

De un lado y del otro

Mujeres contras y sandinistas en la Revolución Nicaragüense
(1979-1990)

María Dolores Ferrero Blanco

De un lado y del otro

Mujeres contras y sandinistas
en la Revolución Nicaragüense
(1979-1990)

Granada, 2018

COLECCIÓN:
ANÁLISIS Y CRÍTICA SOCIAL

9

director de la colección:
JOSÉ LUIS SOLANA RUIZ

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Análisis y Crítica Social», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

© María Dolores Ferrero Blanco

Editorial Comares, S.L.

Polígono Juncaril • C/ Baza, parcela 208

18220 Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

<https://www.comares.com> • E-mail: libreriacomares@comares.com

<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>

ISBN: 978-84-9045-719-1 • Depósito legal: Gr. 1131/2018

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

*A las mujeres sandinistas,
con la esperanza de que conozcan un poco más a las contras.
A las mujeres contras,
con la esperanza de que conozcan un poco más a las sandinistas.*

*A la juventud nicaragüense,
con el deseo de que valoren y respeten a las mujeres de su historia.*

Sumario

PRÓLOGO	XI
AGRADECIMIENTOS	XV
MAPAS	XVII
Mapa 1. Departamentos de Nicaragua	XVII
Mapa 2. Mapa físico	XVIII
Mapa 3. Límites departamentales y capitales mencionadas en el texto . . .	XIX
Mapa 4. Núcleos de población mencionados en el texto (centro-norte de Nicaragua)	XX

PRIMERA PARTE PLANTEAMIENTO Y JUSTIFICACIÓN DEL TEMA

I.I. INTRODUCCIÓN: CONTEXTO HISTÓRICO DE LOS TESTIMONIOS	3
I.I.1. Las raíces del sistema autoritario de los Somoza	3
I.I.2. Los fundamentos del régimen. Anastasio Somoza García	6
I.I.3. La desintegración del régimen en la sucesión de los hijos.	9
I.I.4. La década sandinista (1979-1990)	13
I.II. CÓMO Y CON QUÉ PROPÓSITO NACE LA IDEA DE ESTE LIBRO	27
I.III. ¿HUBO UNA MANERA FEMENINA DE VIVIR LA REVOLUCIÓN?	35
I.IV. METODOLOGÍA Y TRATAMIENTO DE LAS ENTREVISTAS	45
I.V. VIDA COTIDIANA Y REVOLUCIÓN: LAS REPERCUSIONES EN EL ÁMBITO FAMILIAR .	51
I.V.1. En las mujeres de la <i>Contra</i>	51
I.V.2. En las mujeres sandinistas	54
I.V.3. Críticas de ambos grupos a las malas prácticas del sandinismo en las décadas de 1980 y 1990	61
I.VI. EL LEGADO SANDINISTA	73

SEGUNDA PARTE LOS TESTIMONIOS DE LAS MUJERES ENTREVISTADAS

II.I. MUJERES DE LA CONTRA	83
II.I.1. Madres de combatientes de la <i>Contra</i>	84
<i>M.^a de los Ángeles Quintanilla Gutiérrez</i>	84
<i>Juliana Mercedes García</i>	87
<i>Hilda Rodríguez</i>	99

II.I.2.	Esposas de combatientes de la <i>Contra</i>	106
	<i>Silvia Del Socorro Peralta</i>	106
	<i>Nora-Guadalupe Quintanilla</i>	112
	<i>Xiomara Gutiérrez Rizo</i>	117
	<i>Justina Gutiérrez</i>	124
	<i>María Concepción Herrera Rodríguez</i>	131
II.I.3.	Una adolescente en el frente interno de la <i>Contra</i>	139
	<i>Maritza del Carmen Arauz Zeledón</i>	139
II.II.	MUJERES SANDINISTAS	157
II.II.1.	Madres de combatientes sandinistas	158
	<i>Irma Picado</i>	158
	<i>Leonor Ruiz Tinoco</i>	168
	<i>Myrna Reed</i>	175
	<i>Ana Julia Gutiérrez</i>	194
II.II.2.	Esposas y madres, con actividad política propia	205
	<i>Milú Vargas</i>	205
	<i>Ariana Peralta</i>	214
	<i>Juanita Bermúdez</i>	226
	<i>Esperanza Guevara</i>	240
	<i>Margine Gutiérrez</i>	253
	<i>Evelyn Pinto</i>	277
	<i>María Auxiliadora Lacayo Gabuardi</i>	287
	<i>Marlen Auxiliadora Chow</i>	295
	<i>Zoila Guadamuz Núñez</i>	305
	<i>Marlene Álvarez Morazán</i>	319
	<i>Cuta Castillo</i>	330
III.	EPÍLOGO	347
IV.	ÍNDICE DE PERSONAS MENCIONADAS EN EL TEXTO (IP)	351
V.	GLOSARIO	367
	Términos nicaragüenses y sus significados en español de España	367
VI.	FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	371
	Fuentes documentales	371
	Bibliografía	372

Prólogo

*Los científicos dicen que estamos hechos de átomos,
pero a mí un pajarito me contó que estamos hechos de historias.*

Eduardo Galeano

Este es, parafraseando a Eduardo Galeano, un libro de historias, pero no sólo eso. Los testimonios que en él se recogen ponen rostro a la última de las revoluciones armadas triunfantes en América Latina, así como a la desesperación y al duelo del conflicto armado que la acompañaron. En este último trabajo, María Dolores Ferrero recoge la experiencia de la Revolución y sus efectos en una pluralidad de voces que se ofrecen a modo de caleidoscopio y que permiten leer la Revolución desde prismas muy diferentes de aquellos a los que habitualmente hemos tenido acceso. Muy lejos ya del fervor con el que muchos periodistas e historiadores se acercaron a la Revolución desde los años ochenta en adelante, y conocedora del desencanto que acompañaría a la década de los noventa, su autora nos propone un recorrido por las consecuencias de la Revolución vistas desde la esfera privada y familiar de estas mujeres y de sus discursos. «¿Existió una manera femenina de vivir la Revolución?», se pregunta la autora de este texto, y la respuesta es, por supuesto, que sí, y que no hubo una sola. Con matices y diferencias que tienen que ver con las condiciones de ingreso o el grado de implicación en la Revolución o en la *Resistencia*, estas mujeres comparten lugares comunes vinculados a la pérdida o la ausencia de figuras a menudo masculinas en el hogar (marido, hermanos, hijos), pero también despliegan todo un abanico de posibilidades en los efectos de estas ausencias y sus lecturas.

En un amplio trabajo de campo, la autora nos traslada de nuevo a las décadas de los setenta y ochenta en una mirada doble y superpuesta sobre

los años de revolución, de la mano de mujeres que, a diferencia de otros trabajos previos como los Margaret Randall¹ en Nicaragua, no se caracterizan por su trascendencia pública o por puestos de relevancia ni por pertenecer exclusivamente a la memoria sandinista. En un necesario ejercicio de integrar la memoria de la *Contra* en la historia de Nicaragua, con las limitaciones que todavía hoy eso supone, María Dolores Ferrero incluye los testimonios de nueve mujeres vinculadas a la *Contra* cuyo discurso se muestra muy revelador para entender los motivos endógenos que hicieron de la *Resistencia Nicaragüense* un conflicto permanente en la década sandinista.

Durante mucho tiempo prevaleció la idea de que la guerra posrevolucionaria, financiada y orquestada por EE.UU. en Nicaragua, respondía a un ejército mercenario plegado a las directrices de la CIA. Hoy sabemos, y estos testimonios así lo atestiguan también, que el ejército *contra* creció más allá de las expectativas de los EE.UU. y que, en muchas ocasiones, fueron los errores cometidos desde la propia Dirección Nacional los que alentaron dicho crecimiento. Los relatos de estas mujeres sobre el sandinismo, la Revolución y especialmente sobre los efectos de su política en el campo, nos hablan de motivos mucho más autóctonos en la configuración y desarrollo de la *Contra*.

Probablemente uno de los grandes hallazgos de esta obra se encuentre en esa superposición de miradas sobre el otro. El contraste entre la imagen del enemigo proyectada en unos y otros testimonios permite constatar la profunda desconexión y el desconocimiento que todavía persiste entre el Pacífico y las regiones del centro y el norte de Nicaragua o, lo que es lo mismo, entre la zona urbana y la rural. En este sentido, esta mirada al pasado no pretende suturar viejas heridas —muchas de ellas todavía abiertas— pero consigue escuchar voces durante mucho tiempo silenciadas por los discursos oficiales, y contextualizar las complejas realidades del conflicto armado en Nicaragua.

Hay dos aspectos que considero necesario señalar como aportes novedosos de este libro: la atención dedicada a las mujeres de la *Contra* y el interés en centrar los testimonios en el ámbito familiar y en las repercusiones que la militancia y la guerra tendrían en las vidas de todas ellas. En el primer caso, María Dolores Ferrero nos trae por primera vez el discurso de las mujeres que sufrieron las medidas sandinistas como algo sobrevenido e invasivo en sus vidas. El segundo aspecto afecta a todas las mujeres del presente volumen y da cuenta de la persistencia cultural del patriarcado en Nicaragua más

¹ Me refiero fundamentalmente a sus trabajos testimoniales con mujeres nicaragüenses: *Las hijas de Sandino. Una historia abierta* (1990, Managua: Anamá), *Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense hoy* (1980, México: Siglo XXI) y *Somos millones. La vida de Doris María, combatiente nicaragüense* (1977, México: Extemporáneos).

allá del 19 de julio de 1979. En los relatos se pone de manifiesto la tenaz permanencia de unas actitudes machistas, cuya superación es evidente que no fue un objetivo del *hombre nuevo* del sandinismo. Como tampoco lo fue la emergencia de la *mujer nueva*, libre de acosos, de violencia de género y de cargas familiares asumidas en exclusiva.

Los testimonios del lado sandinista recogidos por la autora plantean y discuten las limitaciones y barreras que encontraron las mujeres durante su militancia y en pleno proceso revolucionario.

Tal y como se infiere de la mayoría de los testimonios aquí recogidos, la lectura maniquea de contras y sandinistas da paso —de la mano de quienes sintieron íntimamente sus efectos— a un análisis más profundo de los abusos y de los errores cometidos. Entre estos destacan, por su reiterada mención, sobre todo dos: el profundo desconocimiento del campo, de «la montaña», por parte de los sandinistas, y la instauración del Servicio Militar Patriótico en pleno recrudecimiento de la guerra. Sobre el primero, el lector se podrá sorprender al descubrir una realidad campesina en la que la dictadura somocista no siempre se percibió como una amenaza o un poder opresor, mientras que la llegada del sandinismo fue sentida en gran parte de la Nicaragua rural como violenta y agresiva en demasiadas ocasiones. Respecto del segundo error, por su condición de madres, muchas de las mujeres que dan forma a este libro comparten un mismo relato de dolor y de angustia por sus consecuencias.

Junto a las pérdidas, las ausencias y los sacrificios realizados, los discursos de estas mujeres van más allá de los errores sobradamente criticados y nos muestran también el profundo desengaño, especialmente en el lado sandinista, del devenir revolucionario y la transición hacia la década de 1990. Los excesos cometidos, la creciente corrupción y la caída en descrédito de algunos líderes sandinistas se denuncian en estas páginas desde una mirada crítica al pasado capaz de leer y exponer la Revolución con sus luces y sus sombras.

Las notas a pie de página, encaminadas a contextualizar los testimonios, identificar momentos y personas, puntualizar inexactitudes históricas o profundizar otros aspectos, se presentan sin cuestionar ni deslegitimar la verdad de sus testimonios, pues la memoria captura una verdad que no siempre se corresponde con la de los hechos históricos, pero es la única capaz de convocar la experiencia vivida en el presente. En este sentido, la *presencia* de María Dolores Ferrero en el texto es limpia y transparente. En ocasiones, algunos de los testimonios luchan por salir del marco de partida por el que la autora las convoca, buscan una voz propia. En los casos en que eso sucede, estos testimonios también nos interpelan y nos hablan de las luchas presentes de estas mujeres, algunas de ellas vinculadas hoy a movimientos sociales de carácter feminista o particularmente críticas con los aspectos más machistas

y los silencios guardados durante la Revolución. La posibilidad que ofrece el tiempo y la distancia cronológica respecto de los años de revolución, permite también a estas mujeres horadar los discursos del pasado y hacer emerger esos silencios y sus contradicciones, sobre todo del lado sandinista.

De un lado y del otro es un libro que viene a cubrir un vacío en la historia de Nicaragua, pues devuelve la voz a las mujeres y arroja luz sobre espacios pocas veces transitados por el discurso hegemónico de la Revolución. Si como dice Eduardo Galeano estamos hechos de historias, este libro es una excelente oportunidad para conocer con otros ojos el pasado reciente de Nicaragua, y una obra que supone un valioso aporte al estudio y la recuperación de la memoria en Nicaragua.

Valencia, 24 de abril de 2017

GEMA D. PALAZÓN SÁEZ²

² Gema D. Palazón es licenciada en Filología Hispánica y Periodismo por la Universitat de València. Ha realizado estancias de investigación en Argentina (Universidad de Buenos Aires), EE.UU. (University of Pittsburgh) y Nueva Zelanda (Victoria University of Wellington). Ha trabajado como lectora de español de la Agencia Española de Cooperación para el Desarrollo en Malasia y como personal docente investigador en la Universitat de València y la Université de Lille 3. En la línea de investigación sobre el testimonio nicaragüense, algunas de sus publicaciones más destacables son: «Polémicas culturales, compromiso intelectual y revolución en Nicaragua» (2008), *Memoria y escrituras de Nicaragua. Cultura y discurso testimonial en la Revolución Sandinista* (2010), «Relecturas de la revolución en los testimonios post-sandinistas» (2016).

Agradecimientos

Una investigación sustentada en tantas entrevistas, siendo la autora de dicho estudio de un país diferente, sólo es posible con una gran ayuda de colegas y amigos que allanen el camino. Y yo he tenido la mejor de las ayudas para poder llevarlo a cabo. Mi gratitud, por ello, en primer lugar a mis grandes amigas, Blanca Ramos y Tamara Dávila, que me organizaron citas y cronogramas con una exactitud y precisión admirables, para encontrarme con las mujeres sandinistas de Matagalpa, Waslala, Matiguás, El jícaro, Yalí, Managua y Solentiname, en el tiempo de que yo disponía para mi estancia en Nicaragua. Igualmente, mi mayor gratitud a Maryán Ruiz, militante sandinista desde los catorce años y hermano de Francisco Javier Hidalgo Ruiz, jefe del batallón *Farabundo Martí*, muerto en emboscada en 1987. Su generosidad al ofrecerse a acompañarme desde Matagalpa a Yalí, sus explicaciones de los lugares emblemáticos del camino y de episodios de su vida en el ejército durante la década de 1980, amenizaron el trayecto y me proporcionaron valiosas informaciones.

A Genaro Pérez Merlo, integrante del extinto *Centro de Discapacitados de la Resistencia*, que no sólo ha atendido durante años mis dudas acerca de las vivencias de sus compañeros, sino que me diseñó otro cronograma para contactar con las madres y esposas de *contras*. Asimismo, me proporcionó todo lo necesario para desplazarme en mis recorridos por el centro y el norte de Nicaragua, con la ayuda de Noel Valdez Rodríguez, «comandante Brack», que se ofreció como voluntario y me hizo las veces de chófer en todo mi periplo. Ha sido un excelente compañero de viaje que me fue contando su experiencia en el frente e informando de mil detalles interesantes, convirtiendo la peripecia de atravesar caminos singulares y ríos con estrechísimos puentes en algo instructivo y mucho más llevadero.

A Gema Palazón Sáez, apasionada investigadora y amante de la cultura testimonial nicaragüense, por el hermoso prólogo que me ha dedicado. En él deja constancia de su detenida y minuciosa lectura, señalando los aspectos más notables de este trabajo y poniendo de manifiesto la brillantez y acierto de sus observaciones.

A María López Vigil, por su atención y por nuestras conversaciones de años, sus sugerencias de lecturas y sus diversas recomendaciones, siempre certeras y de gran utilidad para el contexto de mi trabajo.

También doy las gracias a ese elenco de amigos, que tantas veces han querido dar una mirada a mis escritos, por sus agudas sugerencias y comentarios. Sus aportaciones me han ido dando una percepción anticipada de cómo podría ser recibido el trabajo en curso, y siempre lo han enriquecido. Mi reconocimiento por ello a Amalia Perianes, Ana M.^a Wamba, Marielos Chirino, Cristóbal García, Ana Sánchez, Matilde Eiroa, Alfredo Millá, María José Ferrero y Encarnación Lemus. A Jesús Monteagudo, a quien debo la elaboración de los magníficos mapas de lugares y espacios mencionados en los testimonios y a Gabriela Selser por su disponibilidad y firme empeño en que este libro viera la luz. Todos han contribuido de diversas formas en este proyecto, que por sus observaciones ha mejorado indudablemente.

A las mujeres aquí entrevistadas, por abrirse conmigo sin reservas y trasladarme los recuerdos y sentimientos de una época única en sus vidas.

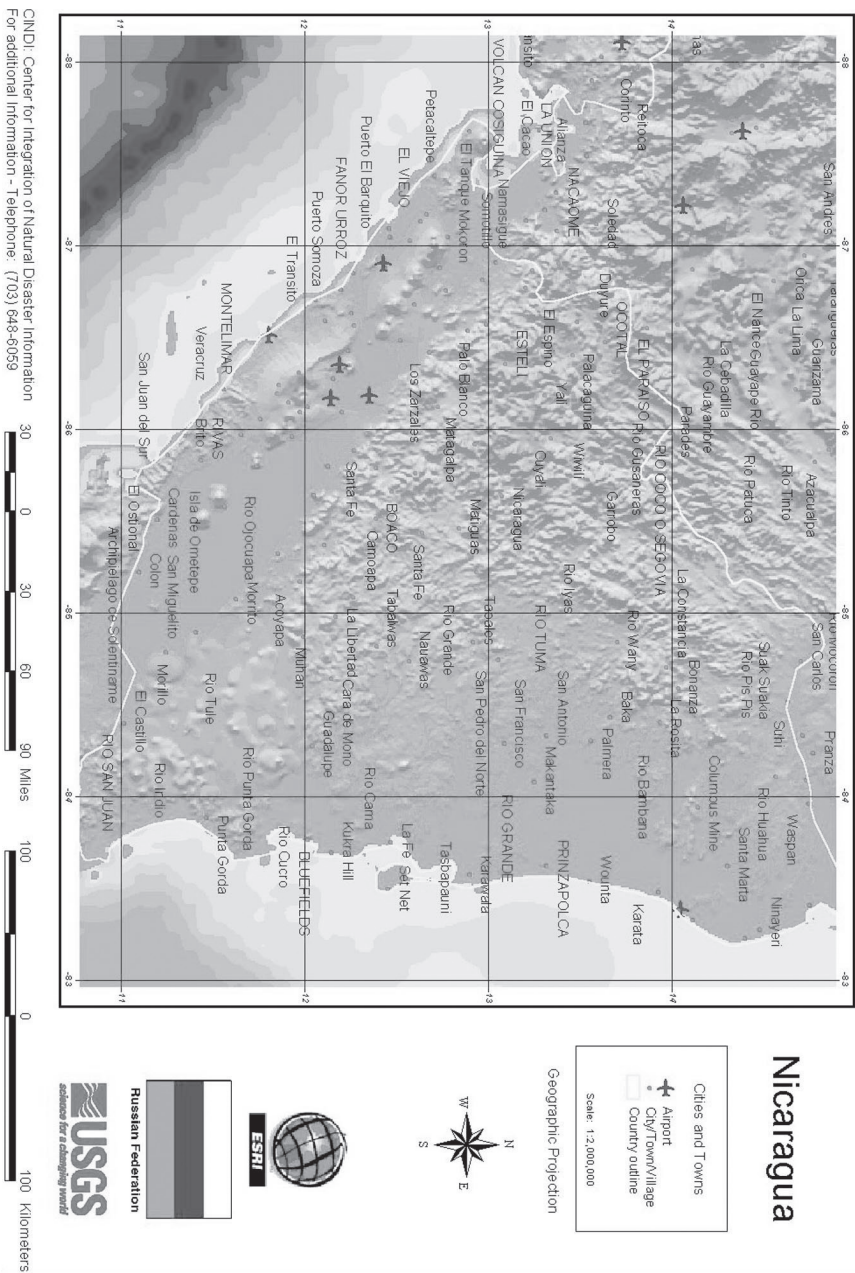
Agradezco a todos su colaboración y haber hecho posible que se conozca una historia diferente que estas mujeres deseaban contar.

Mapas

Mapa 1. DEPARTAMENTOS DE NICARAGUA



Mapa 2. MAPA FÍSICO



Mapa 3. LÍMITES DEPARTAMENTALES Y CAPITALS MENCIONADAS EN EL TEXTO



PRIMERA PARTE

PLANTEAMIENTO Y JUSTIFICACIÓN DEL TEMA

I.I

Introducción:

contexto histórico de los testimonios

I.I.1. LAS RAÍCES DEL SISTEMA AUTORITARIO DE LOS SOMOZA

El extenso período vivido por Nicaragua con la dictadura de los Somoza durante cuarenta y tres años (1936-1979) tuvo sus cimientos tanto en la colonización española como en el modelo institucional de EE.UU., naturalmente adaptado a sus intereses. Y en ese hecho influyeron de igual modo razones geográficas y estratégicas.

El país, situado en pleno istmo centroamericano, fue, por motivos geográficos, uno de los primeros puntos de llegada de los conquistadores españoles. De inmediato se impusieron las instituciones que primaban en España: cortes, cabildos y corregimientos. Pero mientras en España eran formas de participación civil, en la distancia se distorsionaron y derivaron hacia el autoritarismo y la militarización, ignorando las formas de gobierno colegiadas de los indígenas (Wheelock et al., 1997, p. 32). Lejos de su metrópoli, los conquistadores españoles se creyeron «reyezuelos» y los encomenderos terminaron siendo el precedente de los ganaderos/comerciantes de dos ciudades que fueron a la postre las más importantes del Pacífico —Granada y León— y de cuyas agrupaciones iniciales surgirían los dos partidos protagonistas de su historia: conservadores y liberales.

En cuanto al interés estratégico, cuando Nicaragua se independizó de España en 1821, fue objeto del deseo de diversos países europeos, y especialmente, de EE.UU., por su posición privilegiada. Su atractivo radicaba en la posibilidad de construir un canal interoceánico —que se preveía con inmensas capacidades de incrementar la riqueza del país— y cuya viabilidad

aumentaba por causa de las dificultades que presentaba en ese tiempo la construcción del de Panamá³.

La intervención estadounidense llegó al extremo de apoyar que un ciudadano de ese país, el *filibustero*⁴ William Walker, fuese presidente de Nicaragua de 1856 a 1857, aunque antes y después de ese episodio el gobierno se distribuyera siempre entre conservadores y liberales.

Llegado el siglo xx, y cuando en 1914 se inauguró por fin el canal de Panamá, se intensificó el interés de EE.UU., que todavía no había renunciado a la construcción del canal nicaragüense. Ese fue el motivo por el que se firmó el *Tratado Chamorro-Bryan*, entre el plenipotenciario del presidente Adolfo Díaz —Emiliano Chamorro—, por Nicaragua, y Jennings Bryan, secretario de Estado de W. Wilson, por EE.UU. El tratado cedía, además, todos los derechos de paso y utilización del suelo nicaragüense a EE.UU. a perpetuidad (Malamud, 1999, pp. 133-134). Y no sería derogado hasta 1970.

También por estos años, los *marines* estadounidenses hicieron su aparición en Nicaragua, con estancias intermitentes entre 1912 y 1933, hasta convertirse en «el ejército de Nicaragua». Contra ellos reaccionaría Augusto César Sandino, considerado el «padre de la independencia de Nicaragua», que había vivido muy joven la sublevación liberal-conservadora nicaragüense contra el intervencionismo de EE.UU., aplastada por completo en aquella ocasión.

EE.UU. fue dotando a Nicaragua de un voluminoso material militar y armamentístico, puesto que la consideraba, prácticamente, como un protectorado, hasta que en 1927 el presidente Calvin Coolidge firmó el *Pacto del Espino Negro* con el general liberal José María Moncada. El pacto consistía en que Moncada desarmaría a su ejército y se sustituirían los *marines* por

³ Finalmente, como es sabido, fue el que se construyó, pero Panamá perteneció hasta 1903 a Colombia y ese hecho había complicado las decisiones. Cuando se separaron, los gobiernos de EE.UU. y Colombia se pusieron de acuerdo en aspectos fundamentales, y entonces Theodore Roosevelt ayudó a los rebeldes independentistas contra Colombia, a cambio de que se le concediera el control del canal, que por dificultades técnicas no pudo ser inaugurado sino hasta 1914. De ese modo, el canal quedó bajo el control de EE.UU. y no sería devuelto hasta 1977 en virtud del Tratado Carter-Torrijos.

⁴ Los «filibusteros» eran particulares que buscaban cuerpos militares privados y emprendían campañas para «civilizar» zonas de indígenas para EE.UU. en virtud de la doctrina del *Destino Manifesto*, no exenta de racismo y complejo de superioridad. Su significación se basaba en el supuesto «derecho» de EE.UU. a expandirse por el hemisferio occidental. W. Walker era médico, abogado y periodista y ya había fracasado en su intento de formar una «república californiana» en Sonora, México. En Nicaragua participó en luchas internas y, con la aquiescencia de EE.UU, llegó a ser nombrado presidente, cargo que mantuvo por un año. Véase para ampliación: Rosengarten Jr., Frederic (1976) *Freebooters must die!*. Haverford House.

la Guardia Nacional (G.N.). Pero se aceptaría que los mandos siguiesen siendo estadounidenses. En contrapartida, Moncada debería ser reconocido presidente dos años después, en 1929.

Sandino se opuso firmemente a dicho pacto porque Moncada representaba los intereses mineros de EE.UU. en Nicaragua, y Sandino desconfiaba de él. No sólo no se desarmó, sino que logró reunir un ejército con muchos otros campesinos, y permaneció vigilando, convencido de que era entonces cuando empezaba el control efectivo de los *marines* sobre la Guardia Nacional.

Moncada gobernó, en efecto, de 1929 a 1933, pero sólo cuando llegó su sucesor, Juan Bautista Sacasa, aceptó Sandino desarmarse, a cambio de que los *marines* se retiraran definitivamente y todo el control de la Guardia Nacional pasara a Nicaragua. Y así se hizo. Sin embargo, la debilidad de Sacasa fue nombrar a su sobrino político, Anastasio Somoza García (conocido como Tacho)⁵ jefe de la Guardia Nacional. Ese nombramiento fue la condena a muerte de Sandino, porque Somoza temía su ascendiente sobre las tropas, razón por la cual lo mandó ejecutar al año siguiente, en 1934.

En un principio, tanto Sacasa como Somoza se manifestaron condenando esa muerte y prometiendo investigar los hechos. Pero ya en 1935, el escritor y periodista James Saxon publicó la confesión que le había hecho el propio Somoza sobre su implicación en el asesinato de Sandino:

Ya es tiempo de que el mundo lo sepa porque las habladurías no hacen bien a nadie. Se lo voy a decir, pudiendo usted escribirlo. Sandino en el norte quemaba, arrasaba y mataba a nicaragüenses, cuyas vidas era mi deber proteger. Bajo cualquier ley y país, merecería la muerte, pero en Nicaragua, por razones políticas, no podía ser ejecutado. Por eso yo, Jefe de la Guardia Nacional, ordené su ejecución (Saxon, 1963-65).

Así fue la entrada de Somoza en la historia de Nicaragua. Sacasa gobernó de 1933 a 1936, sin terminar su legislatura porque sufrió el golpe de Estado del propio Somoza, que al año siguiente ya era presidente.

Con Somoza, EE.UU. lograría instalar sus bases militares en suelo nicaragüense, además de poner en marcha su política anticomunista en el contexto de la Guerra Fría. Ambas partes, EE.UU. y los Somoza, decidieron perseguir sus objetivos a través de una dictadura controladora de la población, pero con apariencia «democrática». Por eso se optó por un trasplante pervertido

⁵ Anastasio Somoza García había sido el intérprete casual de la legación estadounidense y se había ganado muchas simpatías por su carácter abierto y servicial. Ya con Moncada había llegado a ser ministro de Guerra, entre otros cargos, y, después, cuando Sacasa asumió la presidencia de la República, logró ser el jefe de la Guardia Nacional en sustitución del general estadounidense Calvin B. Matthews.

del *modelo americano*: sería una dictadura, pero con Constitución y con elecciones. La Constitución se cambiaría cuando interesara, y las elecciones no representarían ningún problema si se las dotaba convenientemente de un carácter fraudulento.

A Anastasio Somoza le sucederían sus dos hijos con breves períodos de «presidentes-títeres», asentándose la dinastía familiar desde 1936 a 1979.

I.I.2. LOS FUNDAMENTOS DEL RÉGIMEN. ANASTASIO SOMOZA GARCÍA

Una vez nombrado presidente Anastasio Somoza García —Tacho Somoza— basó su mandato en tres principios elementales: una relación servil e interdependiente con EE.UU., un régimen interiormente asentado en dos pilares —la oposición legal y la Guardia Nacional— y el seguimiento de una estrategia para enriquecerse.

Una relación servil e interdependiente con EE.UU.

A EE.UU. le interesaban de Nicaragua el caucho y ciertos minerales, además de una ventajosa relación económica donde el papel de Nicaragua —país agroexportador— quedara limitado a la producción de materias primas en un clásico esquema norte-sur. Somoza, por su parte, necesitaba la tolerancia del vecino del norte para controlar a su pueblo a base de represión y para poder enriquecerse. No en vano la dinastía se podría identificar por dos de sus características: la represión y la acumulación de propiedades.

Acorde con la admiración de Anastasio Somoza por el vecino del norte, y en razón de su astucia y su sentido de la conveniencia, se ocupó de establecer en Nicaragua, a su manera, algunos aspectos del *New Deal* de Franklin Delano Roosevelt, no sin haber asentado antes las bases de su mandato en las otras corrientes de su época: el fascismo primero, para agradar a los criollos, y algo de «obrerismo» después, para aproximarse a los admiradores del socialismo. Ejemplos de ello fueron la edición de un «Código de Trabajo», que nunca se aplicó, y de un sistema de seguro social de discutida valía: según manifestaciones de funcionarios del Instituto Nacional de la Seguridad Social (INSS), sirvió a los trabajadores del Estado y a los obreros de la caña de azúcar, en el occidente del país. Ellos aseguran que, incluso, había convenios con hospitales de México, adonde mandaban a algunos asegurados que requerían atención médica especializada que no había en Nicaragua. Sin embargo, Knut Walter (1991, p. 190) afirma que fue «un sistema raquítico, inútil y solo existente sobre un papel».

En cualquier caso, los intentos de introducir en el régimen medidas que aparentaran preocupaciones sociales fueron el inicio de la demagogia que caracterizó a Anastasio Somoza, quien unía a una frialdad capaz de las

mayores crueldades un talante afable, halagador y simpático, además de ser absolutamente obediente con quien le resultase conveniente.

En política exterior, la Nicaragua de los Somoza sería el primero de una serie de países en Latinoamérica que se denominarían después «gendarmes anticomunistas» de EE.UU. Y ya durante la Segunda Guerra Mundial quiso mostrar su fidelidad a EE.UU. expropiando los bienes que muchos inmigrantes alemanes habían ido acumulando en Nicaragua y que, de modo muy conveniente, fueron el inicio de su posterior fortuna (véase Von Houwaldt, 1975). Más adelante, del solar nicaragüense saldrían las tropas y armas para el golpe de Castillo Armas en Guatemala en 1954, propiciado por EE.UU., que derrotaría a Jacobo Arbenz, acusado de ser «comunista».

Los pilares del régimen: la oposición legal y la Guardia Nacional

El fundador de la dinastía, Tacho Somoza, practicó toda su vida una política de pactos con la oposición legal y de represión sin paliativos con la oposición ilegal. Sea o no realmente suyo, el lema que se le atribuye, conocido como *de las tres pes*, lo expresa muy claramente: «Plata al amigo, palo al indiferente, plomo al enemigo» (Torres Lazo, 2002, p. 174).

La permanente oposición legal de Somoza fue el Partido Conservador, con el que pactó en numerosas ocasiones y al que entregaba cuotas de poder para no tener problemas y dar la apariencia en las elecciones de que existía la oposición. El hecho de que se celebrasen esos pactos entre grupos políticos que representaban a los mismos estratos sociales, sin dar entrada jamás a las clases más desfavorecidas, obreros y campesinos, iría eliminando en esos sectores la esperanza de sentirse alguna vez representados.

La oposición ilegal estaba constituida por el pueblo mísero y con necesidades básicas de supervivencia, y sus sectores más activos irían pasando, posteriormente, de la militancia en un partido socialista —más sindicalista y reivindicativo de logros salariales/laborales que políticos—, a un movimiento mucho más amplio que se propondría derrotar a la dictadura y se concretaría años más tarde en el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Pero ese momento todavía no había llegado con el primer Somoza.

El otro pilar, la Guardia Nacional, pasó de ser el ejército de Nicaragua a la defensa pretoriana de la familia gobernante y fuerza represora de toda oposición ilegal. Estaba bien jerarquizada y con enormes diferencias entre los sueldos de la tropa, que eran jóvenes que no habían encontrado otro medio de vida y trabajo, y los oficiales o mandos militares de rango superior a los que se asignaban destinos que les permitían obtener beneficios sustanciales. Tacho Somoza propició en el ejército los hábitos de repartir favores, chantajes, prebendas y coacciones hasta tal punto que una institución que debería haber sido apolítica estuvo en sólo diez años absolutamente ligada a

la familia. Los comandantes de los cuarteles departamentales —denominados en Nicaragua *comandos*— gozaban de total autonomía para imponer pagos de tránsito, peajes y multas de todo tipo, siendo sus posibilidades de ganancia muy superiores a las del resto de los trabajadores, y también muy variadas las cantidades de las que podían beneficiarse, según sus respectivos destinos⁶.

Una estrategia para enriquecerse

Los Somoza se sirvieron constantemente de bancos e instituciones del país para sus negocios particulares, sobre todo del Banco de Centroamérica. Con el primer Somoza se inició el plan de enriquecimiento y, partiendo de una herencia paterna de sólo cuatro fincas de café —cuyo valor no sobrepasaba los dos mil córdobas⁷—, las haciendas de la familia alcanzaron, a mediados de la década de 1970, una extensión aproximada de 20.000 km² en tierras agrícolas; casi la dimensión de la República de El Salvador⁸. Tacho Somoza comenzó con prácticas de extorsión y compras forzadas o devaluadas de tierras, y sus hijos fueron después perfeccionando las tácticas e incrementando un sistema de participación en todos los negocios de Nicaragua. Tuvieron numerosas implicaciones en el capital internacional, y en 1979 se calculaba que la familia tenía, a través de múltiples testaferros, unos trescientos millones de dólares en bancos extranjeros.

⁶ Como ejemplo, en las décadas 1930-1940 un comando mediocre podía obtener entre 20.000 y 60.000 córdobas al mes; los intermedios, unos 80.000 córdobas, y los mejores, 120.000. Como eran tan grandes las diferencias, los destinos en los comandos se asignaban sólo por un año para que hubiera un turno en los puestos privilegiados, aunque sólo se distribuía entre los oficiales de mayor rango. La mayoría nunca alcanzaba esos salarios y, por supuesto, ningún soldado raso (Pérez, J., 2004, p. 45). Se podrían valorar estas cantidades comparándolas con otras: en la década de 1960, la media del salario en el campo era de 150 córdobas al mes por doce horas de trabajo, cuando los campesinos aseguraban que no se podía vivir con menos de 360. También el 90% de los trabajadores industriales ganaba menos de 500 córdobas al mes, que era el salario mínimo para satisfacer las necesidades de una familia. Archivo del Centro de Historia Militar de Nicaragua, Tendencia GPP, Caja 4, Fólder 1, Exp. 14.943; Gould, 2008.

⁷ Si se considera esta cifra al inicio del gobierno de Tacho Somoza, en 1936 la equivalencia del dólar con el córdoba pudo oscilar entre 1 US\$ = 1 córdoba y 1 US\$ = 7 córdobas, debido a las sucesivas devaluaciones.

⁸ Véase a este respecto Anderson, J., *La Prensa*, 1978, 15 de agosto. Años antes de la muerte de Anastasio Somoza, ocurrida en 1956, sus propiedades se habían incrementado ya de forma sorprendente. *Inventario de propiedades de Anastasio Somoza García en 1951*. Archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, Anastasio Somoza García (ASG)-028.

El fundador de la dinastía se enriqueció sobre todo con la adquisición de tierras, pero respetó los negocios bancarios y financieros —acaparados por la alta burguesía— haciendo honor a su lema: «Comed y comamos todos» (Ferrero Blanco, 2012, pp. 501-620). Sin embargo, sus sucesores no respetarían esos matices y, a la larga, esta sería una de las causas de su caída.

Tacho Somoza sufrió en 1954 un atentado del que salió indemne, sin embargo, no pudo eludir el que causaría su muerte en septiembre de 1956⁹.

I.I.3. LA DESINTEGRACIÓN DEL RÉGIMEN EN LA SUCESIÓN DE LOS HIJOS

Con los herederos de la dinastía, el sistema fue incapaz de tener continuidad. Los hijos no tuvieron la astucia y el prudente cálculo del padre y contribuyeron a engrosar la oposición con un régimen dictatorial aún más represivo y arbitrario.

El gobierno de Luis Somoza: la etapa más álgida del discurso populista (1956-1963)

El primogénito y sucesor, Luis Somoza, sólo gobernó de 1957 a 1963, al fallecer tempranamente por un infarto de miocardio. Sin embargo, en los pocos años de su mandato demostró que no era diferente de su padre, como muchos pensaban que sería por su mayor preparación y por no ser militar. No ejercía la represión de modo directo, pero permitía que su hermano menor Anastasio —apodado «Tachito»—, ya jefe de la Guardia Nacional, la extremara tras la muerte de su padre, primero con redadas masivas y sanciones desmedidas sin pruebas, y después con motivo de las múltiples protestas por la crisis económica.

Respecto a EE.UU., continuó la línea diseñada por su padre y consolidó su posición en el «anticomunismo» militante. Así, la frustrada invasión a Cuba desde Bahía de Cochinos en 1961 partió en gran medida de la costa nicaragüense —de Puerto Cabezas—, apoyada también por la fuerza aérea de Nicaragua (Haynes, 1964).

Luis Somoza elevó la demagogia familiar al más alto grado —con promesas de reformas laborales y agrarias, pero sin resultados—, poniendo fin

⁹ Anastasio Somoza García, «Somoza el viejo», murió el 21 de septiembre de 1956 bajo las balas de Rigoberto López Pérez, poeta de León y amigo de algunos de los que fueron ejecutados a consecuencia de otro atentado fallido el 4 de abril de 1954. Los disparos que mataron a Somoza ocurrieron en la Casa del Obrero de León durante el baile de la Convención Liberal, organizado por el Partido Liberal de Somoza, en un acto de la campaña electoral de 1957. Somoza fue operado en Panamá el 22 de septiembre, tras lo cual quedó en estado de coma hasta su fallecimiento el 29 del mismo mes.

a las escasas expectativas existentes de una mejora de las condiciones de vida. De hecho, durante su mandato se produjo el abandono definitivo de las formas pacíficas de denuncia, y fue cuando se organizó formalmente el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)¹⁰.

La aparición del FSLN. Composición e ideología

El FSLN ha sido conocido generalmente como una guerrilla urbana, conformada sobre todo por estudiantes de secundaria y universidad, pero no puede obviarse la notable incorporación que se dio, en los últimos años de la década de 1970, del movimiento campesino de las regiones agroexportadoras del Pacífico —Chinandega y León— y de Matagalpa, cuyas luchas frente a los hacendados procedían de 1920 y habían ido madurando y evolucionando desde entonces (Gould, 2008, p. 288).

El movimiento empezó su actividad con el modelo del «foquismo», a imitación de Cuba: crear un foco en la montaña para irse curtiendo y descender después al llano, a las ciudades. Durante la segunda mitad de la década de 1970 sufrió una fuerte división en tres tendencias, y terminó por unificarse y actuar según el modelo «insurreccional», en los últimos tiempos previos al Triunfo de la Revolución¹¹.

Ideológicamente, el FSLN fue producto de la inspiración socialista y de los seguidores de la Teología de la Liberación, del cristianismo de base en defensa de los pobres y de la justicia social. Incluso con la aceptación de la lucha armada por parte de la Iglesia oficial, como explicaba el poeta y sacerdote Ernesto Cardenal:

... Hasta el papa Pablo VI, que era muy moderado y hasta conservador, había dicho en Colombia que era lícita la lucha armada contra una tiranía evidente y prolongada. Y lo de Nicaragua no podía ser más evidente y más prolongada porque fue la más prolongada de toda América Latina. Incluso hubo otras declaraciones del Concilio, donde se llegó a decir que era inmoral confundir la violencia justa con la violencia injusta: la justa era la que surgía por defenderse de un agresor injusto, y la injusta, la que ejercía el agresor injusto (entrevista, junio 2004).

¹⁰ Sobre la configuración del FSLN, consúltese Zimmermann, 2003.

¹¹ En 1975, las tendencias en que se dividió el Frente fueron tres: la *guerra popular prolongada* (GPP) —la original—, la *proletaria* (TP) y la *insurreccional* (TI). Esta última fue la que se impuso, y en 1979 las tres se unificaron de nuevo. Pese a ello, las diferencias nunca se disiparon realmente, pero fue una condición de Fidel Castro para que Cuba diera su apoyo, lo que no ocurrió sino hasta después del Triunfo. (Entrevista con Ernesto Castillo Martínez, julio 2009).

La diversidad de pensamiento de los militantes y simpatizantes del FSLN fue capaz de unificarse porque priorizaban ante todo el deseo de defender a los más débiles en un país con flagrantes desigualdades sociales. No obstante, sus integrantes en su mayoría se definían como marxistas o cristianos, o ambas cosas a la vez. Así lo expresaba la comandante guerrillera Dora María Téllez (entrevista, julio 2009):

Éramos cristianos y éramos marxistas. No lo veíamos como algo separado. Aquí ni siquiera se preguntaba la fe religiosa de cada uno para la entrada en el Frente. Se decía «entre cristianismo y Revolución no hay contradicción».

Del mismo modo, el sacerdote recientemente fallecido, Fernando Cardenal, expone en sus memorias (2008, p. 104) la irrelevancia de las creencias religiosas en los objetivos del FSLN:

Carlos Fonseca —uno de los fundadores míticos del FSLN— me dijo: «A mí no me importa que tú creas que hay una vida después de ésta, y a ti no te debe importar que yo no lo crea. Lo importante es que los dos creamos que es necesario luchar por la justicia en este país».

Esa libertad y ese respeto por las creencias de cada cual permitió aunar al pueblo y dar lugar a una oposición interclasista que se fue incrementando sin cesar y que en 1979 lograría poner fin a la dictadura.

El gobierno de Anastasio Somoza Debayle: el recrudecimiento de la represión (1967-1979)

El segundo hijo de Anastasio Somoza García —Anastasio Somoza Debayle, conocido como «Tachito»— continuó alejándose de las sutilezas de su padre; su radicalización provocó el estallido de la insurrección sandinista y el Triunfo de la Revolución. Especialmente en la década de 1970 ocurrieron varios hechos que marcaron la «recta final del régimen».

En primer lugar, el terremoto de 1972 mostraría a las claras la avaricia particular del presidente y la ausencia total de empatía con su pueblo¹². Siendo inmensa la ayuda internacional, Tachito se la apropiaba y, con la excusa de reconstruir el centro destrozado de Managua, «compraba» terrenos para luego especular construyendo casas que después debía pagar el gobierno y que se registraban a nombre de él. Además, esa actividad inmobiliaria significaba introducirse en las áreas acaparadas tradicionalmente por la alta

¹² El 23 de diciembre de 1972, a las 00:35, un terremoto de magnitud 6.2 provocó una destrucción de enormes proporciones en Managua y puso al descubierto la codicia de Anastasio Somoza Debayle durante la gestión que emprendió para apropiarse de la inmensa ayuda internacional.

burguesía, antes autovedadas por Tacho Somoza. El pueblo fue sabiendo que el presidente había hecho negocio de la tragedia, y el rechazo no cesó de crecer hasta su derrocamiento. Actualmente, Managua sigue siendo una ciudad sin estructura que nunca llegó a superar el desastre del terremoto¹³.

El segundo episodio fue la sorpresa generalizada ante la toma de la casa del ex ministro de Agricultura, José María Castillo —conocido como Chema Castillo—, el 27 de diciembre de 1974, durante una fiesta de la alta sociedad, toma ejecutada por el comando «Juan José Quezada» del FSLN¹⁴.

En tercer lugar, fue crucial la aparición pública en 1977 del *Grupo de los Doce*, que constituyó un apoyo inconmensurable al FSLN¹⁵.

El cuarto episodio sería el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, en enero de 1978¹⁶, al que siguió, un mes después, la insurrección del barrio indígena de Monimbó, en Masaya¹⁷. A partir de este estallido, la insurrección fue imparable.

¹³ Sobre planes y donaciones para los efectos del terremoto, véase *Civil Defense Conference: problems faced by the Government of Nicaragua in reconstruction, zoning and planning*. San Juan de Puerto Rico, 6 a 10 de octubre de 1974. Archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, Anastasio Somoza Debayle (Ahinca, A.S.D.), 081.

¹⁴ El Frente eligió una fiesta que se daba en la casa de Chema Castillo en honor del embajador de EE.UU., Turner Shelton, en el seno de la alta sociedad de Managua. Las condiciones para liberar a los rehenes fueron: lograr la liberación de un buen número de presos políticos, que salieran a la luz sus principios y reivindicaciones en los principales periódicos del país, y una cantidad de dinero que, finalmente, quedó en un millón de dólares. En la fiesta había importantes personalidades, y Somoza tuvo que ceder. Se cumplieron las condiciones y los rehenes fueron liberados a los dos días. La represión gubernamental posterior se intensificó hasta tal punto que en 1976 Fernando Cardenal compareció ante el Congreso de EE.UU. para denunciar los crímenes de la dictadura (véase el índice de personas —IP— citadas en este texto). Esa comparecencia se recoge en un libro editado por el Congreso de EE. UU., para su uso exclusivo: *Human Rights in Nicaragua, Guatemala, and El Salvador: Implications for U.S. policy*. U.S. Government Printing Office. Washington, June, 1976; Subcomité del Ministerio de Asuntos Exteriores de Washington, 1977. Agradezco a Fernando Cardenal por haberme permitido compartirlo con él hace ya muchos años.

¹⁵ El *Grupo de los Doce* lo conformaban personas de reconocido prestigio en Nicaragua y que no militaban, al menos explícitamente, en ningún partido político. Su adhesión al FSLN le proporcionó una imagen respetable y digna de confianza ante las clases altas de Nicaragua, la burguesía y los sectores empresariales.

¹⁶ Pedro Joaquín Chamorro, conservador y director del diario opositor, *La Prensa*, fue, con su periódico, el constante azote de Somoza. Fue asesinado el 10 de enero de 1978. A raíz de su muerte se aceleró el proceso insurreccional.

¹⁷ En el barrio de Monimbó empezó una protesta durante la celebración de la misa por el primer mes de la muerte de Pedro Joaquín Chamorro, el 10 de febrero de 1978. Días después estalló una verdadera insurrección y el barrio fue escenario de un continuo combate que duró del día 21 al 26 del mismo mes. La Guardia aplastó la insurrección y

El quinto y último ocurrió el 22 de agosto de 1978, cuando el comando «Rigoberto López Pérez» del FSLN tomó el Palacio Nacional, sede del Parlamento¹⁸. Con ese operativo comienza la ofensiva final de la Revolución.

La represión posterior fue tan brutal que, a partir de entonces, la lucha se generalizó, apoyada ya por el sector empresarial y por la Iglesia. Anastasio Somoza contestó bombardeando las principales ciudades del país, que se sublevaron una tras otra, de modo que la oposición se incrementó.

Los burdos errores de Anastasio Somoza Debayle le hicieron ir acumulando enemigos por su excesiva ambición y por sus respuestas represivas; a la larga, el escándalo que esa actitud provocó a escala internacional resultó nefasto para la dinastía. A resultas de su decisión de bombardear inmisericordemente las ciudades sublevadas, el presidente Carter dejó de apoyarle, y el 20 de julio de 1979 el FSLN entró victorioso en Managua, tras la precipitada huida del último Somoza y de la Guardia Nacional. Poco después se formó una Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN)¹⁹.

I.I.4. LA DÉCADA SANDINISTA (1979-1990)

La nueva etapa, nacida tras la Revolución triunfante, comenzó con iniciativas tan novedosas y solidarias como fueron la Campaña de Alfabetización y la adopción de un programa consecuente con la pluralidad de la oposición antisomocista: economía mixta, multipartidismo y no alineamiento. Asimismo, la recién constituida Junta de Gobierno reflejaba ese multipartidismo y era una representación de ese pueblo que se había comprometido a fondo

hubo medio centenar de muertos. Fue la chispa que detonó la etapa final de la Revolución, que desde ese momento se extendió a las principales ciudades del país.

¹⁸ La toma del Palacio Nacional ocurrió durante una sesión de trabajo de la Cámara de Diputados, pero en el edificio había muchas más personas porque allí estaban también los despachos ministeriales, por lo que era habitual encontrar una gran concurrencia. A través de la Cruz Roja se logró evacuar a mujeres embarazadas, niños, enfermos, heridos y muertos —pues hubo doce muertos en el enfrentamiento inicial—, siendo finalmente liberadas gran cantidad de personas, pero casi todos los parlamentarios quedaron como rehenes. Una vez más Somoza tuvo que aceptar las condiciones del FSLN: la liberación de los presos políticos, la difusión de sus comunicados y un rescate de medio millón de dólares.

¹⁹ La Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN) estuvo compuesta por Violeta Barrios de Chamorro (esposa del asesinado Pedro Joaquín Chamorro, y apoyada por EE.UU.), Moisés Hassan (Movimiento Pueblo Unido —MPU—), Sergio Ramírez (*Grupo de los Doce*), Alfonso Robelo (del Frente Amplio Opositor —FAO— y del Movimiento Democrático Nicaragüense —MDN—), y Daniel Ortega (FSLN). Aparecía como un compendio de los sectores que se habían unido para hacer posible el cambio. Para ampliación, véase: Ferrero Blanco, M.D. (2015). El diseño de las instituciones del Estado Sandinista. La revolución como fuente de Derecho. *Revista de Indias*, Vol. 75, n.º 265.

y logrado desterrar la dictadura. Sin embargo, el éxito inesperado del FSLN provocó un encumbramiento progresivo de sus dirigentes, que cometieron errores innegables. Se escoró pronto hacia las posiciones más radicales, y ya en septiembre de 1979, aunque la Revolución había sido posible por la adhesión de muy diversos sectores sociales e ideologías, se autodefinió, en asamblea, como marxista-leninista, aunque ello nunca fuera más que una aspiración teórica de parte algunos de sus líderes, ni siquiera de todos ellos²⁰.

Esa declaración, junto a la ayuda a la guerrilla salvadoreña del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN)²¹, más el anuncio de posponer la convocatoria de elecciones y tras los primeros acuerdos con la URSS, indispondrían abruptamente a EE.UU. en contra del nuevo gobierno revolucionario. Sin embargo, la correspondencia privada de Daniel Ortega con Mijail Gorbachov revela que la URSS, en los últimos cinco años del gobierno sandinista, frenó incluso de forma reiterada las posiciones de Ortega cuando se sintió inclinado a emprender nacionalizaciones en los peores momentos de la crisis económica²². Gorbachov siempre aconsejó al gobierno de Nicaragua moderación y la conservación de espacios para la empresa privada²³.

Los sandinistas, aun cuando aspiraran a un futuro socialista por estar convencidos de las bondades de ese modelo, nunca modificaron —al menos formalmente— aquel primer programa de principios democráticos. Pese a ello, la actitud beligerante e inflexible de Ronald Reagan no cedió jamás, obsesionado por frenar de cualquier modo a un gobierno que consideraba prosoviético. Ese posicionamiento fundamentalista y obtuso le impidió entender y comprender la naturaleza del proyecto revolucionario sandinista. Por añadidura, en palabras de alguien tan poco sospechoso de ser filosandinista como el representante de la *Resistencia* en Washington, Bosco Matamoros Hüeck, «Nicaragua se convirtió en la terapia que Reagan ofrecía a los

²⁰ *Asamblea de las 72 horas*. Archivo privado de Ernesto Castillo Martínez. (AECM) sin clasificar (S/C); véase el índice de personas, IP, en el apéndice.

²¹ El FMLN fue fundado el 10 de octubre de 1980 por la fusión de cinco partidos. De 1982 a 1990 protagonizó una guerra civil en El Salvador, y en 1990 firmó en México los Acuerdos de Paz que pusieron fin a la guerra.

²² Daniel Ortega fue uno de los representantes de la *tendencia tercerista*. Comandante de la Revolución, miembro de la Dirección Nacional, coordinador de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional de 1981 a 1984 y presidente de Nicaragua de 1984 a 1990, y de 2007 al día de hoy (2017).

²³ *Carta de Gorbachov a Daniel Ortega del 16 de agosto de 1988*. AECM-190. Véase para profundización en este tema: Ferrero Blanco, M.D. (2015) Daniel Ortega y Mijail Gorbachov. Nicaragua y la URSS en los últimos años de la Guerra Fría (1985-1990). *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 13, pp. 26-53.

conservadores más radicales de su país para lavarse el fango de Vietnam» (Matamoras Hüeck, 2006, pp. 41-42)²⁴.

Del lado nicaragüense, si bien su programa y sus planteamientos teóricos fueron democráticos, las primeras medidas económicas del nuevo gobierno —en particular, la reforma agraria—, diseñadas por unos revolucionarios de procedencia urbana que desconocían la idiosincrasia campesina, sumadas a los comportamientos de ciertos secretarios políticos recién incorporados al movimiento después del Triunfo, fueron alimentando una oposición creciente, sobre todo en el norte del país, la zona de mayor concentración de finqueros medios y campesinado autónomo.

En ocasiones, debido al comportamiento de «individuos prepotentes de la ciudad» que llegaban desplazando a líderes locales, hubo comunidades rurales enteras que se pusieron en contra de la Revolución. La actitud de esos «nuevos integrados» fue un fallo mayúsculo, porque los guerrilleros del FSLN, en la época clandestina, habían podido establecer unas redes de apoyo en el campo a través de los «delegados de la Palabra», que eran los líderes locales de las propias comunidades, respetados por todos. De ese modo, los *muchachos* (como se les llamaba a los sandinistas) habían logrado mantener con el campesinado unas relaciones siempre respetuosas y afables (Martí i Puig, 2012, p. 240). Sin embargo, esos nuevos «enviados de la ciudad» no siguieron las mismas pautas y fueron rotundamente rechazados. El Frente priorizó la lealtad política antes que la competencia personal y la conexión con líderes locales reconocidos por los campesinos, y ello le acarreó graves consecuencias.

La reforma agraria era una necesidad de primer orden, y la Revolución Sandinista tendría en la transformación de la estructura y modos de producción nicaragüenses uno de sus objetivos fundamentales. En una sociedad eminentemente rural, sin industrialización, Nicaragua se había quedado rezagada y estancada en el proceso de integración centroamericano del que salieron absolutamente beneficiados Guatemala, El Salvador y Costa Rica. Debido a todo ello, era incuestionable la necesidad de un cambio.

La estructura de la propiedad de los tiempos de Somoza se había cimentado en unas desigualdades insostenibles, y la pobreza abarcaba a gran parte del mundo rural; se calculaba que la familia gobernante, los Somoza, poseía el 20 ó 30% de las tierras de Nicaragua —una superficie equivalente a la del territorio de El Salvador— y el campesinado más pobre tenía apenas

²⁴ La denominación precisa de *Resistencia* procede de 1987, cuando se unieron diversas ramas de la *Contra*, al menos nominalmente. En la actualidad, sin embargo, los ex militantes o ex combatientes nunca utilizan el término *Contra*, sino *Resistencia*.

el 3% de las mismas (Wheelock, J., 1991, p. 3; véase el índice de personas —IP— en el apéndice). Con el propósito de solucionar tales disparidades, se emitieron los decretos n.º 3 y n.º 38.

El Decreto n.º 3 se refería literalmente a la «Intervención, requisición y confiscación de todos los bienes de la familia Somoza, militares y funcionarios del régimen, que hayan abandonado el país desde diciembre de 1977». Se trataba de golpear a la familia Somoza, dado que militares y funcionarios eran los más próximos a ella, fueran o no estrictamente consanguíneos.

El Decreto n.º 38, sin embargo, ampliaba sus objetivos y determinaba: «La facultad de congelar o intervenir preventivamente cualquier transacción, bien o empresa de personas allegadas, relacionadas con el somocismo, de quienes se haya recibido denuncia o que la Procuraduría considere, según sus informaciones»²⁵. Es decir, se incluía a los sospechosos de haber tenido vínculos con el somocismo, situación en la que se encontraban muchos de los grandes propietarios del país, y permitía, además, englobar en esta categoría a cualquier capitalista al que los trabajadores quisieran denunciar.

Quedaron a salvo los derechos de las personas no incluidas en ninguno de los dos decretos.

La confiscación de las propiedades de la familia Somoza había sido anunciada y secundada popularmente durante la insurrección, y se siguió considerando imprescindible para modificar la injusta estructura; no era un tema objeto de discusión. Pero cuando se incluyó el Decreto n.º 38 —«los allegados al somocismo o relacionados con aquel»²⁶—, que suponía la ampliación de las intervenciones a muchos otros propietarios, se cometieron muchas arbitrariedades que sembraron el pánico entre el campesinado medio.

Según Martí i Puig, tras el Triunfo sandinista, se empezó por hacer un diagnóstico de la estructura de la propiedad y, entre las diferentes posturas, triunfó la visión de los industrialistas —Jaime Wheelock y Orlando Núñez—, que pensaban que el campo estaba constituido por grandes capitalistas y una masa diseminada de proletarios. Dicha interpretación —realizada por un equipo del Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria (Ciera)— aconsejaba que se organizaran grandes unidades de producción para una economía agroexportadora. Sin embargo, cuando en 1988 se reinterpretaron los datos, se circunscribió ese «campo agroexportador» sólo

²⁵ Vigente desde el 20-7-1979. Leyes y Decretos en materia de propiedad. Ministerio de Hacienda y Crédito Público. Intendencia de la Propiedad. Managua, 7 de junio de 2001. (Énfasis añadido).

²⁶ Vigente desde el 8-8-1979. Leyes y Decretos en materia de propiedad. Ministerio de Hacienda y Crédito Público. Intendencia de la propiedad. Managua, 7 de junio de 2001.

a la región del Pacífico y se atribuyó mucho más volumen al campesinado pequeño y medio de los departamentos del norte y de la frontera agrícola. Allí existía una pequeña producción mercantil orientada al mercado interior, muy significativa, que no había sido apreciada en la primera interpretación de los industrialistas y, por tanto, no fue considerada²⁷.

Con aquella concepción, en los inicios de la nueva organización, de que el modelo capitalista agroexportador era el dominante en el campo nicaragüense, la visión industrialista condujo a elegir la vía favorable a colectivizar. Todo el volumen de tierras de los Somoza pasó al Área de Propiedad del Pueblo (APP) y el resto se configuró en cooperativas, pero no se distribuyó la tierra entre el campesinado. De una parte, por un criterio técnico, puesto que se estimó que en las grandes plantaciones no era conveniente la parcelación en aras del rendimiento, pero, en otros lugares, se impuso ese criterio porque el FSLN nunca consideró que fuera deseable un «reparto de tierras» y siempre tuvo la percepción de que «lo colectivo» era superior a lo individual. Así, se organizaron 1.500 haciendas estatales bajo la administración del Instituto Nicaragüense de Reforma Agraria (INRA) y, de ese modo, cerca de 50.000 trabajadores fueron empleados por el Estado²⁸.

Al problema de la estructura de la propiedad del somocismo se añadía el de las ayudas bancarias a los productores. Durante la dictadura, el banco facilitaba líneas de crédito al gran propietario, el que exportaba café, algodón y ganado. Pero los pequeños y medianos agricultores, que eran los que producían granos básicos —arroz, maíz, frijol— y los que abastecían al interior del país, no recibían nada. Lamentablemente, pese a los intentos sandinistas de cubrir las numerosas deficiencias del campo, ese gran sector del finquero medio no fue tenido en cuenta. Las urgencias de la guerra priorizaron que la ciudad estuviera alimentada —porque era la cantera de los combatientes— y para ello se controlaron los precios, la movilidad y la distribución de los granos en una forma lesiva para los campesinos, y rechazada firmemente por ellos²⁹.

²⁷ La reinterpretación de los datos fue realizada por M. Zalkin —(1986) *Peasant response to State intervention in the production of basic grains in Nicaragua, 1979-1984*. (Tesis doctoral). Massachusetts University, Amherst—, quien utilizó los mismos datos obtenidos por los brigadistas de la Cruzada de Alfabetización en 1981, datos anteriormente manipulados. Véase para mayor detalle: Martí i Puig, S., ob. cit., pp. 227-230 y ss.

²⁸ Véase para ampliación Rocha, J.L. (2010). «A 31 años de la revolución: la contradictoria herencia de la reforma agraria sandinista». Managua. *Envío*, n.º 340, 2010.

²⁹ Para la comprensión del proceso de subordinación de todos los intereses sectoriales a los nacionales del FSLN, véase: Núñez, O. (1991). *La guerra en Nicaragua*. Managua: Cipres.

A ojos del campesino, «gentes de la ciudad», extrañas y desconocedoras de sus vidas, habían llegado a fijar el precio de sus productos y a ordenarles que los almacenaran en determinados lugares de depósito para que los gestionara el Estado. El gobierno justificó esa maniobra aduciendo la necesidad de asegurar en todo el país un reparto equitativo de la escasa producción que se obtenía en tiempos de guerra. Pero fue también la consolidación de la alianza del Frente con las ciudades, a las que favoreció por ser de procedencia urbana la inmensa mayoría de sus combatientes, sin reparar en que así desatendían y violentaban al campo. Para que la ciudad pudiera comprar barato, el campesinado estuvo obligado a vender barato y a soportar otras interferencias sandinistas que consideró intolerables e injustas.

De todas formas, abordar los problemas del campo no era un asunto sencillo. De hecho, cuando se recrudeció la guerra, en 1983-1984, y el gobierno necesitó que el campesinado luchara convencido y motivado, empezó a repartir tierras —atendiendo entonces la ancestral demanda— para que ellos sintieran que defendían lo suyo. Pero, para sorpresa de los «diseñadores» de esas nuevas medidas, la reacción no fue positiva en todas partes. Una explicación sería la que ofrece Fernanda Soto, cuando habla de las comunidades que ella conoció bien en el Triángulo Minero —Bonanza, Rosita y Siuna— las minas de la RAAN. Ella dice que esas poblaciones vivían en un mundo de aislamiento, pobreza y violencia en una sociedad patriarcal, feudal, autoritaria y jerárquica. Pero, junto a ello, también señala que «el patrón daba al campesino crédito, empleo, tierra y protección, a cambio de trabajo y lealtad» (Soto, 2011, p. 25). Algo similar comprobó el viceministro del Interior, Luis Carrión, a finales de 1986, en una reunión con el campesinado de Boaco donde se había programado entregar tierras en propiedad. Carrión observó que ante el anuncio de llevar a efecto ese reparto no había ninguna reacción de júbilo entre los asistentes. Llamó a algunos individualmente para averiguar qué pasaba y, contra lo esperado, le dijeron que la entrega de tierras era un problema para ellos, porque cuando trabajaban para un dueño, él les solucionaba una serie de trámites que por sí solos no podrían resolver:

Vi que ellos, con el dueño, realmente tenían una división del trabajo beneficiosa para ambos y, si les dábamos la tierra en propiedad, iban a tener que andar por las instituciones, no sabían cómo moverse, no tenían contactos, tenían que pagar los materias primas... y nosotros estábamos intentando todo sin haber preguntado a la gente. Había un «modelo» que se creía lo mejor y no se dudaba. Era la doctrina. (Entrevista con Luis Carrión, noviembre de 2012).

Es preciso tener en cuenta, para entender estas reacciones, que las haciendas que se fueron expandiendo hacia el este, sobre todo en los departamentos de Boaco y Chontales, rompiendo la frontera agrícola con su esfuerzo per-

sonal, dieron lugar a un finquero que no era el clásico terrateniente rico por familia, ni había estado vinculado con el somocismo. Era un dueño que con gran esfuerzo había logrado lo que tenía, trabajaba a la par de sus colonos y les hacía de intermediario en las gestiones. Pero, además, era un *modelo* a seguir, que ellos admiraban. El «proletariado» del que hablaban los informes oficiales sencillamente no existía (Martí i Puig, 2012, pp. 237 y ss.).

Otro motivo de fuerte descontento fue el provocado por los desplazamientos de campesinos cuando la *Contra*³⁰ *incidió más agresivamente. El ejército sandinista los trasladaba con el argumento de que podían ser atacados, pero realmente temía mucho más que prestaran auxilio a las tropas enemigas. Así lo expresaba uno de los cachorros* —jóvenes reclutados por la ley de Servicio Militar Patriótico de 1983, así denominados por ser a veces menores de diecisiete años— que los condujo fuera de sus tierras en una de esas acciones:

...El discurso decía que era para salvarles la vida (...) pero la realidad era que esos campesinos fuera de la montaña dejaban de ser la base social de la *Contra* y así la cosa se les ponía más difícil (...) No sé cuántos miles fueron reubicados, algunos felices, pero otros volvieron con armas y se enrolaron en la *Contra*. Yo, personalmente, monté en un helicóptero a unas 16 personas, con sus pocas cosas. Lloraban al dejar sus pobres pertenencias, sus *chanchitos*, sus gallinas, el maíz de la troja, su casita de techo de zinc. Esa casa era su más grande logro, su tierrita, y se iban sin nada más que lo que pudieran cargar, la misma historia de los miles de refugiados de todo el mundo³¹.

Por eso no era tan fácil el logro de adhesiones campesinas para la guerra; no bastaba con repartir tierras ni con decirles que los estaban salvando de la *Contra*. Ni querían «defender» tierras ajenas en otros lugares, ni En muchos casos manifestaron sentirse más seguros con sus relaciones de siempre, con sus patrones.

Por supuesto, no fue algo generalizable y no se dio en todo el territorio. Los campesinos que habían vivido explotados en las haciendas de los grandes terratenientes, peones de las grandes propiedades de café y de algodón, vieron que con la Revolución su vida mejoraba, y la apoyaron. Incluso en muchas zonas del norte del país, los sandinistas ayudaron realmente a pro-

³⁰ Utilizamos el término *Contra*, pese a que sus integrantes prefieren el de *Resistencia*, por ser el conocido internacionalmente y, sobre todo, por ser la denominación que se usa en la bibliografía específica cuando se refiere a la *guerra de la Contra*.

³¹ Memorias inéditas de Félix Vijil Gurdíán, citadas gracias a su deferencia para con la autora. Félix Vijil fue gravemente herido por treintaisiete impactos y se temió su muerte o su invalidez total. En ese tiempo murieron siete compañeros suyos.

teger y reubicar a comunidades campesinas cercanas a los frentes cuando se recrudeció la guerra.

Asimismo, fue a la vez valorada y criticada la Campaña de Alfabetización, con la que se hizo un gran esfuerzo para que llegara a todas partes. Había sido el gran proyecto ilusionante de la juventud sandinista, pero no siempre fue entendido de una forma positiva por los campesinos para quienes se había programado³².

Hubo, no obstante, ventajas y mejoras en el campo durante la etapa de gobierno sandinista como la instalación de centros de salud, escuelas y otra serie de servicios de los que nunca habían disfrutado los campesinos, aunque actualmente muchos de ellos consideran que fueron mínimas instalaciones en el centro y norte del país.

En cualquier caso, a través de las numerosas opiniones recogidas, lo positivo de la Revolución también se puso de manifiesto. En el proyecto sandinista es obvio que existió un deseo sincero de que el campesinado saliera de su ancestral exclusión, pero fue opacado a menudo, tanto por las limitaciones de la guerra como por la ejecución de ciertas medidas, fruto de la ignorancia o de la improvisación, que nunca fueron aceptadas por sus destinatarios. La preferencia por el trabajo colectivo, la carencia de títulos de propiedad y los desplazamientos de muchos campesinos de sus parcelas originales cuando los sandinistas consideraron necesario resituarlos en función de la guerra, desataron una reacción tan negativa y de tan gran desconfianza, que ese campesinado políticamente indiferente —incluso antisomocista en no pocos casos— se volvió contra la Revolución, a la que iba percibiendo como una amenaza a su independencia.

En consecuencia, pese a la decisión correcta de emprender una reforma agraria, la preferencia sandinista por las empresas estatales, las colectivizaciones y el control de precios que se impuso para «alimentar a la ciudad», conducirían a muchos campesinos a sumarse a la oposición y a la creación de la *Contra* (Dore, 2008, pp. 22 y ss.). Sus filas estuvieron conformadas por el propietario pequeño —que era el campesino rico, el que tenía treinta o cuarenta manzanas de tierra y estaba próximo a la frontera con Honduras— y los ex guardias nacionales que habían huido. Estos, sin embargo, fueron excluidos muy pronto de la dirección de la guerra y del campo de batalla, porque tenían menor apoyo social. La mayoría de los dirigentes y jefes militares y políticos de la *Contra* fueron finqueros, pese a que hubo otros que

³² A la par de la gratitud de muchos alfabetizados, que siempre recordaron a los jóvenes que les enseñaron, hubo otros que criticaron los métodos por considerarlos excusas para un adoctrinamiento político «comunista».

no lo eran, entre ellos Orlando Rodríguez Tinoco, «comandante Efrén», jefe de operaciones del tercer comando operacional del Ejército de la *Resistencia*; Freddy Gadea Rivera, «comandante Coral», comandante superior del Comando Regional de Quilalí; Marvin Zelaya Escobar, «comandante Chele Douglas», comandante logístico titular del G4 del Estado Mayor y José Ángel Talavera Alaníz, «comandante Chacal», comandante de la Fuerza de Tarea del Comando Regional de Quilalí.

La guerra se organizó desde Honduras y fue, ante todo, una guerra civil, pese a que el discurso oficial sandinista fuera el de «agresión imperialista» y de un «ejército formado por mercenarios». Actualmente, la mayoría de los que fueron altos cargos sandinistas admiten el carácter de guerra civil y reconocen que fue una estrategia de propaganda lo de divulgar que eran «mercenarios». Además, hubo otras razones para el rechazo:

Fue una guerra campesina, no fue una guerra urbana. En las ciudades no hubo barrios que se alzaran. Fueron campesinos combatidos, en parte, por tropas urbanas formadas por muchos jóvenes de las ciudades. Luego, junto a la lucha por la tierra, estaban de por medio sus valores tradicionales, porque tuvo un papel muy importante el binomio familia-religión que temieron se les derrumbara (...) los soldados no fueron «mercenarios», como decía la propaganda, pero los jefes de la *Contra* sí fueron muy pronto pagados por la CIA, que incorporó también a muchos zánganos que vivían en Miami ganando grandes sueldos. La guerra fue apoyada generosamente también por el Departamento de Estado norteamericano. (Entrevista con Sergio Ramírez, 2010).

Los datos conocidos acerca de los pagos a los combatientes corroboran el texto anterior: los salarios de los mandos se iban incrementando poco a poco, hasta llegar a un máximo en los miembros del denominado Directorio, formalmente organizado en octubre de 1982, que eran los mejor pagados³³.

Los soldados rasos —llamados *comandos*— no cobraban nada y prácticamente ni se trataban siquiera con los mandos. A los mandos, según el jefe de la Inteligencia de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), Lester

³³ El Directorio de la *Contra* se constituyó a imitación de lo que había representado el prosandinista *Grupo de los Doce*: una alianza en torno al militar, exmiembro de la Guardia, Enrique Bermúdez y al civil Adolfo Calero, para mejorar su imagen. Calero había sido anteriormente hombre de negocios y miembro del Partido Conservador y, tras la caída de los Somoza salió de Nicaragua. Ambos fueron los principales representantes de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), surgida en 1981 de la unión de ex guardias nacionales y adversarios civiles. Su programa político, muy elemental, sólo aludía al anticomunismo y a la propiedad privada, al que después los estadounidenses añadirían algunos conceptos referidos a la lucha por la libertad y la democracia.

Ponce, se les pagaban sueldos que oscilaban desde el destinado al *comandante de grupo* (que dirigía a treinta hombres), unas 300 lempiras³⁴ (US\$ 150) y 50.000 córdobas³⁵ (unos US\$ 75) para su mantenimiento o para pagos a sus correos, al del *comandante regional* —el cargo militar más alto— que percibía unos 3.000 lempiras (US\$ 1.500). A los ex guardias que se contrataron para entrenar a los combatientes, US\$ 600 mensuales para mantener a sus familias en Miami, y a los miembros del Directorio, US\$ 2.000 mensuales, más gastos, además de la habitación en el hotel «David Williams», en Coral Gables (Miami), como lugar de reunión de los directores cuando preparaban los planes de trabajo³⁶. Sin embargo, según fuentes diplomáticas, cada uno de los cinco dirigentes del Directorio, así como el máximo jefe militar, Enrique Bermúdez, cobraban entre 5.000 y 7.000 dólares al mes, lo que es desmentido por los integrantes de la *Contra*, aunque reconocen que vivían «mejor que ningún otro refugiado en Miami» (*El País Internacional*, 23-5-1988). Por último, Bosco Matamoros da las cifras de US\$ 2.000 mensuales para cada director, US\$ 300 por cada hijo y el pago de los gastos de viaje (Matamoros Hüeck, ob. cit., pp. 28-34).

A medida que avanzaba la guerra se hacía más imposible la aplicación del programa sandinista y se entraba en una profunda crisis económica. Aun así, en toda la década de 1980 el porcentaje de simpatizantes del sandinismo nunca fue menor del 50% de la población. La excepción se produjo en los dos últimos años, 1988 y 1989, en que hubo un descenso fuerte por el progresivo empobrecimiento del país y por el miedo permanente a una posible guerra con EE.UU. A ese temor contribuyó la provocación de George H. W. Bush con la invasión a Panamá a finales de 1989³⁷ y la permanencia del

³⁴ Durante la década de 1980 la equivalencia era US\$1 = 2 lempiras.

³⁵ En 1985 la equivalencia era de US\$ 1 = 670 córdobas, por causa de la enorme inflación. Datos proporcionados por Lester Ponce, jefe *contra*, acogido a la amnistía. («La Contra por dentro», *Envío*, n.º 76, octubre de 1987).

³⁶ Versión de Lester Ponce, jefe de inteligencia de la FDN en la zona fronteriza hondureña de El Paraíso hasta el 17 de agosto de 1981. («La Contra por dentro», *Envío*, n.º 76, octubre de 1987).

³⁷ EE.UU. invadió Panamá en diciembre de 1989 con el objetivo de destituir a Manuel Antonio Noriega, acusado de narcotráfico y blanqueo de dinero, además de haberse situado en el punto de mira de la administración Bush desde que cerró la Escuela de las Américas (*School of Americas*, SOA), donde se preparaba a los militares de toda Latinoamérica «contra el comunismo». En 1997, se desclasificaron algunos manuales de instrucción de la CIA, y entre ellos, dos fueron explícitos al respecto de las actividades de la SOA: en uno de ellos, «Estudio del asesinato», se detallaba cómo asesinar con varios elementos contundentes, y en otro, denominado «Kubarck», se describían métodos de interrogación de contrainteligencia, sobre tortura física o «técnicas de coacción».

servicio militar obligatorio, denominado Servicio Militar Patriótico (SMP) que hizo un daño enorme al proceso revolucionario (Kruijt, 2011, p. 66).

Si el modo de abordar los desequilibrios del campo había resultado nefasto, ese reclutamiento fue otra causa fundamental del posicionamiento antisandinista.

Las consecuencias de la decisión de legislar sobre la obligatoriedad del servicio militar fueron determinantes: según el historiador militar Roberto Cajina, de entre los 120.000 jóvenes que fueron reclutados, sólo un grupo fue voluntario; otros se integraron cumpliendo las citaciones del Ministerio de Defensa, y un tercer grupo fue aprehendido en sus domicilios, en fiestas, a la salida de los cines, o en cualquier lugar donde los encontraran porque, si tenían la edad y no comparecían, eran tildados de evasores e infractores de la ley. Más adelante, cuando la guerra se intensificó, se les reclutaba incluso sin tener la edad reglamentaria, y eso tuvo graves repercusiones, tanto en la ciudad como en el campo. En la ciudad, según fueran voluntarios o no, y en el campo porque se enrolaron muchas veces en la *Contra* por el rechazo a la obligatoriedad³⁸.

Nosotros no aceptamos el servicio obligatorio de los sandinistas y constituimos los Milpas³⁹. En Quilalí todo el mundo, cuando ya se acercaba a los dieciséis años, se metía en la *Contra* porque no soportaban que los obligaran al SMP. Eran capaces de arriesgar la vida como voluntarios, pero por la fuerza no iban a ir. Por ello optaron por la *Contra*. (Entrevista con el abogado Uriel Rodríguez, cuya familia formó parte de los Milpas, noviembre de 2012).

Lo que supusieron los jóvenes del SMP para las fuerzas sandinistas, que triplicaron sus efectivos desde la ley de obligatoriedad, fue fundamental para el logro, desde 1986, de lo que se denominó la «derrota estratégica de la *Contra*» (entrevista con Roberto Cajina, 2004). Pero los efectos políticos fueron totalmente opuestos: tras la desmovilización de cerca de 25.500 jóvenes en 1987, un 61% de ellos no permaneció en las estructuras del FSLN. Además, hay un consenso generalizado de que esa fue la principal

³⁸ En virtud de la ley del SMP, se legisló que los varones entre diecisiete y cuarenta años, y las mujeres, de manera voluntaria, debían alistarse en el entonces llamado Ejército Popular Sandinista (EPS). Pero se cometieron irregularidades y se reclutaron con frecuencia muchachos menores de la edad estipulada. (Ley del Servicio Militar Patriótico, de 13 de septiembre de 1983, decreto 1.327, publicada en *La Gaceta*, n.º 228, del 6 de octubre de 1983. Se mantuvo hasta 1990). Entrevista de la autora con Roberto Cajina, Managua, 2004.

³⁹ Los *Milpas* (Milicias Populares Antisandinistas) surgidos del campesinado fueron los primeros grupos de oposición a las medidas agrarias.

causa de la ruina política del Frente y del voto adverso en las elecciones de 1990 (Petrie, 1993, p. 89).

Otra causa del desprestigio del Frente fue la decepción sufrida por los que fueron realmente voluntarios —conocida por los testimonios de algunos *cachorros*⁴⁰—, porque cuando llegaban a la guerra, con la mística de defender la Revolución de la amenaza de los ex guardias o de los «mercenarios», como les habían dicho, se sorprendían al comprobar que no iban a luchar contra ex guardias, sino contra campesinos. A este respecto es interesante la reflexión de Irene Agudelo (2016, pp. 17 y ss.) acerca de la concepción heroica de los *cachorros* sandinistas y del significado del término *guerrero* —patriota, entregado y valiente— y su diferencia con el *soldado*, el profesional de la guerra. En otros casos, muchachos que fueron de buen grado se decepcionaron igualmente por el escaso cuidado de sus jefes, así como por el abandono y las penurias de la vida en combate, mucho peor de lo que habían supuesto. Hubo muchas deserciones, aprovechando heridas que les hacían merecedores de regresar a sus casas, pero después, si se les descubría, eran apresados por un tiempo. Son muchas las quejas por las carencias y asperezas de la vida en el frente y hasta por haberse sentido incautos y estafados⁴¹.

Según Onofre Guevara, el propio Fidel Castro había desaconsejado la obligatoriedad de los reclutamientos y advirtió de que no se podía defender a la patria forzosamente. Pero su consejo fue desoído:

El error más sobresaliente del período, incluso desde fuera, que el mismo Fidel se lo advirtió a la dirección del Frente Sandinista, fue la organización del servicio militar obligatorio, porque la Revolución no se puede defender por obligación, sino por principios, y la defensa de la Revolución correspondía a los revolucionarios y no a la gente obligándola. Se llamó Servicio Militar Patriótico, pero era obligatorio. Además, en el proceso de desarrollo de ese servicio militar hubo grandes fallos, que desde el punto de vista humano son intolerables, como lo de devolver a la familia un ataúd lleno de

⁴⁰ Se denominaban «cachorros» a los jóvenes reclutados a partir de la ley de Servicio Militar Patriótico de 1983, por su juventud, a veces menores de diecisiete años. Puede consultarse sobre estos jóvenes y sus reflexiones sobre la vida y la muerte en medio de los peligros de la guerra: Suri Quesada, E. (1987). *Los cachorros andan sueltos*. La Habana: Vanguardia.

⁴¹ Para conocer las experiencias de algunos «cachorros» sobre las durísimas condiciones que soportaron los jóvenes en el SMP, así como sus sorpresas y decepciones, véanse: Préndiz Bonilla, J. L. (2016) *Mi voluntad*. Managua: Amerisque, Colección Mi Testimonio; Sovalvarro, J. (2005) *Perra vida. Memorias de un recluta del servicio militar*. Managua: Grupo Lea; Castillo, E. (1997). *Algo más que un recuerdo*. Managua: ANE/CNE, Norad; Vijil, F., *Memorias inéditas*, leídas por cortesía del autor. Managua, 2012.

cualquier cosa, porque no se había rescatado el cuerpo, haciéndoles creer que era su hijo. Eso es grave desde el punto de vista humano. Eso es gravísimo. (Entrevista de la autora con Onofre Guevara, Managua, julio de 2009).

La suma de errores del Frente fue de grandes proporciones, pero también es evidente que la guerra fue un factor determinante en las medidas que tomó el gobierno sandinista. El cuantioso apoyo de las administraciones de Reagan y Bush a los *contras* intensificó y desvirtuó lo que podría haber sido un movimiento de oposición campesino, que, probablemente, hubiera sido capaz de reconducir la trayectoria sandinista. Tal vez se hubieran hecho visibles los problemas que aquellos no habían previsto por ser «gentes de ciudad», como ellos les llamaban, y quizá habría existido una oportunidad de escuchar, dialogar y rectificar. Pero no hubo tiempo de comprobarlo. El empecinamiento de EE.UU. en insertar el conflicto dentro de su lucha contra el comunismo, junto con el esfuerzo por restañar la «dignidad» y el orgullo perdidos en Vietnam, abortaron toda posibilidad de negociación. Y el conjunto de problemas fue insuperable, conduciendo al Frente, irremisiblemente, a la derrota en las elecciones de 1990 y al triunfo a la Unión Nacional Opositora (UNO), encabezada por Violeta Barrios de Chamorro⁴².

El triunfo de la viuda de Pedro Joaquín Chamorro, quien fuera uno de los personajes más respetados del país, fue recibido en EE.UU. con satisfacción, y hasta con sorpresa —no lo esperaban ni sus propios partidarios— pero incluso entre muchos de los simpatizantes sandinistas hubo una sensación de alivio, porque significaba que ya no habría guerra, y que finalmente terminarían las muertes de los jóvenes.

⁴² La UNO fue el resultado de la fusión de catorce partidos de oposición. La participación fue muy alta, el 86,3%. Y los resultados, aunque con una clara victoria de la UNO, no descendieron demasiado para el FSLN, que obtuvo todavía una importante cuota de poder: un 54,7% de votos para la UNO, frente a un 40,8%, para el FSLN.

I.II

Cómo y con qué propósito nace la idea de este libro

Las solidaridades y simpatías que despertó la Revolución Sandinista en todo el mundo fueron excepcionales. Sin embargo, al cabo de una década, el FSLN perdía las elecciones de 1990.

De la Revolución, del proceso revolucionario y de la guerra que ocupó casi todos los años de gobierno sandinista se ha escrito abundantemente y se han expresado miradas específicas desde diferentes puntos de vista; han hablado de ello los líderes principales, otros menos relevantes, numerosos periodistas y algunos historiadores. Pero ha sido menos conocida la visión que tuvieron las mujeres, tanto las partícipes como las que soportaron forzosamente las grandes sacudidas de aquellos años: unas, por su implicación en la Revolución; otras, por haberse sentido involucradas sin buscarlo.

Con esos precedentes, cuando empecé a pensar en el contenido de estas páginas, lo hice queriendo cubrir ese vacío, conocer cuál era en la actualidad el criterio de aquellas mujeres y cómo habían vivido o cómo les había afectado —especialmente en el ámbito privado— tanto la etapa anterior al triunfo sandinista, como la consolidación posterior interferida por la guerra.

Al revisar las investigaciones existentes acerca de los cambios culturales de antes y después de la década de 1980 que habían afectado a las mujeres, observé que sólo en algún capítulo de obras de mayor amplitud sobre la mujer latinoamericana se trataba parcialmente el tema concreto de la mujer nicaragüense⁴³. Otros trabajos de escritoras y poetas feministas destacaron

⁴³ Puede consultarse a este respecto, Fernández Poncela, Anna M. (1992). *Estudios sobre la mujer latinoamericana*. Tesis doctoral leída en la Universidad de Barcelona; *Mujeres*,

diversos aspectos de las vivencias de mujeres específicamente nicaragüenses que habían participado en la Revolución, tanto en momentos anteriores como posteriores al triunfo de la misma. En la etapa prerrevolucionaria es imprescindible citar las obras de Margaret Randall, *Somos Millones. La vida de Doris María*, como memoria individual, junto a las entrevistas a varias guerrilleras y sus madres, en *Todas estamos despiertas*⁴⁴. Años después, en 1988, Roser Solá y M.^a Pau Trayner abordaron de nuevo el papel, las actitudes y las conductas de las madres de militantes y guerrilleras, en el período anterior al triunfo de la Revolución, en *Ser madre en Nicaragua*⁴⁵.

Una década más tarde, de nuevo M. Randall contribuyó con *Las hijas de Sandino. Una historia abierta*, animando a algunas de las entrevistadas —y a otras, contactadas por primera vez— a recapitular sus experiencias al término de la década sandinista. En este libro, Randall pone el énfasis en la participación de esas mujeres en los movimientos feministas y hace visibles las consecuencias del machismo en la sociedad nicaragüense en sus trayectorias políticas⁴⁶.

De la misma época y de años posteriores, pero más extensas en cuanto al período abarcado, son las publicaciones de Victoria González Rivera, que descubrían y rastreaban los orígenes de la participación femenina en Nicaragua, además de dar a conocer la labor de la pionera feminista y educadora del siglo xx, Josefa Toledo de Aguerri (1866-1962). En ellas, González Rivera estudiaba el comportamiento político y la valoración de la mujer latinoamericana y nicaragüense en un largo período: desde el siglo xix hasta el neoliberalismo⁴⁷.

revolución y cambio cultural. (2000). México: Anthropos. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco.

⁴⁴ Randall, M., y Tijerino, D. (1977). *Somos Millones. La vida de Doris María, combatiente nicaragüense*. México: Extemporáneos; (1980) *Todas estamos despiertas. Memorias de la mujer nicaragüense hoy*. México: Siglo XXI.

⁴⁵ Solá, R. y Trayner M.P. (1988) *Ser madre en Nicaragua. Testimonios de una historia no escrita*. Managua: Icaria.

⁴⁶ Randall, M. (1998) *Las hijas de Sandino. Una historia abierta*. Managua: Anamá.

⁴⁷ González Rivera, V. (2011), *Before the Revolution: Women's Rights and Right-Wing Politics in Nicaragua, 1821–1979*. University Park: The Pennsylvania State University Press; (2005) «Nicaraguan Feminist Josefa Toledo de Aguerri (1866-1962): Her Life and Her Legacy». *Diálogos: Revista Electrónica de Historia*, Vol. 5, núm.1-2, pp. 1-22; (2002a), «El diablo se lo llevó: política, sexualidad femenina y trabajo en Nicaragua, 1855-1979», en Eugenia Rodríguez (ed), *Un siglo de luchas femeninas en América Latina*, San José de Costa Rica, Plumsock, pp. 53-70; (2002b), «Memorias de la dictadura: narrativas de mujeres somocistas y neo-somocistas (1936-2000)», en Eugenia Rodríguez (ed.), *Mujeres, género e historia en América Central, 1700-2000*, San José de Costa Rica; (2001),

Esas aportaciones dieron a conocer los puntos de vista de jóvenes guerrilleras, los sentimientos y actitudes de sus madres y la historia del feminismo en Nicaragua. Incluso algunas, como la escritora y poeta Cherríe Moraga, que había estudiado las impresiones de las mujeres del Tercer Mundo en EE.UU., o la sexualidad femenina en Latinoamérica, prestaron parte de su atención a Nicaragua. Moraga (1992, pp. 154-160) lamentaba en su obra la contribución estadounidense a la derrota del sandinismo y alertaba a la conciencia de artistas como ella, instándoles a hablar de la responsabilidad de cualquier ciudadano estadounidense en la *guerra de la Contra*.

Mucho más recientes son algunos ejemplos de relatos autobiográficos, muy representativos de la mujer nicaragüense comprometida políticamente: las narrativas de Gioconda Belli, Leticia Herrera, Cuta Castillo, Gabriela Selser y Nadine Lacayo.

La primera, a través de su novela *El país bajo mi piel. Memorias de amor y guerra* (2005), relata sus experiencias en los años previos y posteriores a la Revolución, envueltas y enriquecidas por su atractiva factura literaria y haciendo honor a las palabras de Henry James cuando afirmó que «la vida es toda inclusión y confusión, en tanto que el arte es discriminación y selección; por ello, las autobiografías tienen al mismo tiempo algo de arte y algo de vida»⁴⁸. Esta obra ha sido objeto de un interesante análisis por parte de Gema Palazón, quien define el modo de contar de G. Belli como «una concesión confesional a su público lector en relación a su personalidad pública, pero también privada»⁴⁹. Dicha percepción coincide con W. Mackenbach, cuando sostiene que, después de que el sandinismo perdiera las elecciones en 1990, se da un cambio de paradigma, que revitaliza lo subjetivo e individual y

«Somocista women, right-wing politics and feminism in Nicaragua, 1936-1979», en Victoria González y Karen Kampwirth (eds.), *Radical Women in Latin America: Left and Right*, University Park, Penn State University Press, pp. 41-78; (1998), «Del feminismo al somocismo: mujeres, sexualidad y política antes de la revolución sandinista», *Revista de Historia*, núm. 11-12. Edición especial, Managua, Universidad Centroamericana, pp. 55-80; (1997), «Mujeres somocistas: 'la pechuga' y el corazón de la dictadura nicaragüense, 1936-1979, en Eugenia Rodríguez (ed.), *Entre silencios y voces: género e historia en América Central (1750-1990)*, San José de Costa Rica, Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia, pp. 197-216.

⁴⁸ Citado por Oscar Lewis en *Los hijos de Sánchez*. (2012). México: Fondo de Cultura Económica.

⁴⁹ Véase Palazón Sáez, G. D. (2008). «Sergio Ramírez, Gioconda Belli y el testimonio posrevolucionario», en M.C. Trujillo Maza (Coord.). *Lectores, editores y audiencia. La recepción en la literatura hispánica*. Barcelona: UAB, pp. 439-445; «Antes, durante, después de la revolución. La lucha continúa. Movimiento feminista en Nicaragua», (2007) *Lectora*, n.º 13, pp. 115-131.

marca «un punto de inflexión en el devenir de la literatura testimonial en Centroamérica»⁵⁰. Surgen así las biografías que insisten en lo privado y lo personal y, en ese aspecto, Mackenbach cita a Nelly Richard, al respecto de apreciar igualmente un viraje hacia un «neoindividualismo»⁵¹.

En un caso muy diferente, Leticia Herrera —una de las tres mujeres que participaron en la toma de la casa de Chema Castillo— expone en detalle la vida de la guerrillera, no exactamente en una autobiografía, sino en forma de cuasi monólogo, como resultado de una dilatada entrevista. En las largas respuestas a las preguntas que se le formulan, la protagonista cuenta su experiencia con gran detalle y da a conocer muchos aspectos de la vida y las relaciones internas entre los militantes del Frente. Asimismo, el relato de Cuta Castillo (Rosa Salaverri), *Una vida es una historia para contar* es eminentemente autobiográfico y muestra cómo fue la vida de una madre y esposa comprometida, junto a ciertas experiencias inusuales tanto en los años pasados trabajando como militante, tras el Triunfo, como en la estancia posterior en la URSS —por ser esposa del embajador, Ernesto Castillo— desde donde realizó desplazamientos a otros países del bloque del Este en la segunda mitad de la década sandinista. La sinceridad y espontaneidad de su narración la hace próxima, valiente y muy instructiva y se ofrece al lector como un diálogo permanente entre su vida pública/política y la más estrictamente privada y familiar⁵².

Partiendo de otra óptica y otra posición, Gabriela Selser, corresponsal de guerra de *Barricada*, el diario oficial del FSLN, describe también sus vivencias durante todo el período del gobierno sandinista. En su libro *Banderas y harapos. Relatos de la revolución en Nicaragua*, saca a la luz recuerdos de dos momentos bien distintos y separados por años: el de su adolescencia participando en la Campaña de Alfabetización con una familia de Waslala, hasta la etapa de su vida profesional, donde ofrece una perspectiva novedosa y conmovedora al relatar sus vivencias desde los frentes de guerra. Final-

⁵⁰ Mackenbach, W.: «El testimonio en Centroamérica: entre memoria, historia y ficción. Avatares epistemológicos». Recuperado de <http://www.vinv.ucr.ac.cr/catedrahumboldt/Mackenbachtestimonio.pdf> (Consultado el 24 de marzo de 2017).

⁵¹ Richard, N. (2004). «El mercado de las confesiones y el auge de la literatura ego», en *Humboldt*, n.º 140, 41-43.

⁵² Consúltese para Leticia Herrera el índice de personas (IP); véase también González Casado, A., Sabater Monserrat, M.A. y Tryner Vilanova, M.P. (2013). *Guerrillera, mujer y comandante de la revolución sandinista. Memorias de Leticia Herrera*. Barcelona: Icaria. La mirada esférica. Salaverri, Rosa (Cuta Castillo, 2016): *Una vida es una historia para contar*. Edición propia. Managua.

mente, en un hermoso relato —*Polvo en el viento*—, Nadine Lacayo desgrana un extenso monólogo sobre aquellos años revolucionarios dirigido al amor perdido muy poco antes del Triunfo. En su narración, por una parte, rememora la lucha compartida con él hasta su muerte, y, por otra, le va contando lo que ha ocurrido desde que él no está. Junto a esa larga conversación, en un paseo por la ciudad que fue base y entorno de sus operaciones, Diriamba, y con la excusa de ir comentando con la madre de él lo que la ciudad le evoca, Nadine hace un recorrido por sus calles donde enaltece los lugares amados hasta detallando sus mejores construcciones. Todo un intento de devolverles su sentido y contenido de vida, a la vez que reivindica la dignidad que un día tuvo esa ciudad, hoy devaluada, pero que no ha dejado de ser testigo de un pasado glorioso que el lector intuye y la autora añora⁵³.

Como obra muy extensa, y con interés recopilatorio, es digna de destacar *Memorias de la lucha sandinista*, de Mónica Baltodano, un exhaustivo recorrido por la prerrevolución, en cuatro volúmenes. En ella, a través de decenas de entrevistas, se rescatan los testimonios de militantes y activistas —hombres y mujeres— durante la prerrevolución, que primeramente habían sido emitidas en un programa de radio y después se organizaron en una edición de cuatro volúmenes⁵⁴.

Había, por tanto, trabajos encomiables sobre las mujeres de aquellos años, y algunas autobiografías. Sin embargo, pronto se hizo evidente que la atención prestada hasta el momento a las mujeres se había focalizado casi exclusivamente en las sandinistas⁵⁵. Faltaba saber qué opinaban y cómo habían vivido aquellas que no habían sido escuchadas todavía y que igualmente formaban parte de la historia y del conflicto nicaragüense: las *contras*. Por añadidura, en una ocasión, la esposa de un comandante *contra* me había dicho: «A nosotras nunca nos han preguntado nada». No lo olvidé, y ahora se daba la ocasión de subsanar esa carencia.

Definida la amplitud del perfil de las mujeres a entrevistar —tanto sandinistas como *contras*— había que concretar qué sesgo temático elegir y, puesto que me interesaba especialmente el ámbito menos conocido, el privado, descarté la idea de que fueran combatientes, líderes o personas muy comprometidas de alguna de las dos partes; quería reseñar especialmente

⁵³ Véase Selser, G. (2016) *Banderas y harapos. Relatos de la revolución en Nicaragua*. Managua: Ed. Gabriela Selser; Lacayo, Nadine (2017): *Polvo en el viento*. Hispamer, Managua.

⁵⁴ Véase Baltodano, M. (2010). *Memorias de la lucha sandinista*. Cuatro volúmenes. Managua: Ihnca-UCA. Véase el IP.

⁵⁵ La excepción era M.^a Elsa González, «Yuri», entrevistada por Bendaña, A. (1993). *Testimonios de la Resistencia: Una tragedia campesina*. Managua: Arte. CEI, pp. 117-126.

los aspectos personales, la influencia de la Revolución en el círculo familiar, por lo que decidí seleccionar sólo a madres y esposas de quienes sí hubieran tenido actividad en la lucha revolucionaria; averiguar cómo habían vivido las mujeres, desde su lugar en la familia, esos cambios y esos años.

Para ello, debían hablar de la repercusión de todo ello en la relación con sus esposos e hijos, porque había sido algo a lo que nunca habían aludido los hombres de muy variadas responsabilidades políticas con los que había conversado a través de los años. Me había llamado la atención que, después de haber tratado o entrevistado a muchos de los comandantes, ministros y otros cargos significativos de la década de 1980, no sabía de ninguno de ellos si en aquella época habían estado casados o solteros, emparejados o divorciados, si tenían hijos o no... Nada de eso aparecía ni en conversaciones ni en las entrevistas, y era prácticamente seguro que ese período de la historia nicaragüense y esa vida tan volcada en la política había tenido que influir en los hijos y en las relaciones de pareja. Por el contrario, en las entrevistas con mujeres, en todas, tarde o temprano aparecía la familia. Fijé mi atención en ese punto y observé que apenas había publicaciones al respecto. Y esa fue la elección que hice para mi objeto de estudio.

Posteriormente, como tantas veces ocurre, la idea no cristalizó exactamente como se había concebido. Pese a la permanencia de mi propósito inicial, cambiaron los dos requisitos previos: que fueran el mismo número de sandinistas y de *contras* y que fueran madres y esposas de combatientes. El primero —que fueran grupos simétricos— no fue posible porque no habían sido iguales las condiciones de vida de las mujeres de cada grupo, ni lo fue la facilidad de acceso a ellas. Además, tampoco tuvieron todas la misma disponibilidad y libertad para hablar y expresar sus opiniones, incluidas sus decepciones. Las *contras* fueron entrevistadas en menor número debido a dificultades de dispersión geográfica y de disponibilidad temporal. Sin embargo, su accesibilidad hizo posible ajustarse al propósito inicial: todas, salvo una, pudieron ser seleccionadas exclusivamente por su condición de madres y esposas de combatientes. No plantearon objeción para expresar su escasa significación en el proceso revolucionario y en la guerra, ni para ser entrevistadas sólo en función de lo que había supuesto para ellas la implicación de sus esposos en cuanto a su vida de pareja o la de sus hijos, en su calidad de esposas y madres. La única que no fue entrevistada en función de esos parámetros, lo fue por sus vivencias desde muy joven y por su actividad política posterior. Pero fue una excepción, y el requisito pudo cumplirse al completo en el caso de las *contras*.

Las sandinistas, en cambio, pudieron ser entrevistadas en mayor cantidad porque tuvieron, en general, mayor protagonismo voluntario y, por tanto, mayor facilidad de ser localizadas y contactadas. Y en cuanto a la condición

de ser esposas y madres, fue necesario aceptar diferentes perfiles: las de mayor edad sí respondieron a esa exigencia, pero las más jóvenes rehusaron dicha orientación por su concepción de una identidad propia en el proceso y, en algunos casos, para evitarse problemas con sus parejas. Por ese motivo se las entrevistó en función de su propia actividad política, aunque sus historias siempre incluyeran también su vida familiar.

Otra diferencia muy notable fue la que se observó en los testimonios de unas y otras: en el grupo sandinista, las entrevistas fueron más largas y aportaron una información más relevante sobre el proyecto revolucionario porque lo vivieron voluntariamente. Muchas se implicaron procediendo de una formación cristiana —si bien orientada a la Teología de la Liberación, o desde el compromiso con los pobres— donde el protagonismo lo tiene el Colegio de la Asunción, citado repetidamente, con su enfoque educativo encauzado a transmitir un sentido de justicia y de solidaridad. En la mayoría de estas mujeres primó —mucho más que una formación teórica marxista, o de una izquierda organizada— el deseo de vivir el Evangelio trabajando en campos muy diversos; participaron conscientemente y no se dio la circunstancia de que se sintieran arrastradas por los hechos. La mujeres *contras*, sin embargo, fueron arrolladas por el torbellino de la historia y, en su mayoría, sintieron que sus vidas se desfondaban.

Otro trabajo en curso sobre la década sandinista me había exigido en los últimos años el encuentro con muchos militantes o colaboradores, varones y mujeres, bastante antes de concebir este proyecto. Y todas las narraciones y vivencias con aquellas mujeres están recogidas en estas páginas, aunque de manera diversa: algunas con sus nombres completos, porque así me lo autorizaron; en otros casos, firmadas también por sus autoras, aunque omitiendo los nombres propios que afloraron en sus relatos, obviándolos o con nombres figurados; y, finalmente, algunos relatos están refundidos con otros, como hechos particulares o sucesos significativos que repetidamente se me revelaron *off the record*. Cuando las aportaciones son literales, pero se me ha solicitado que oculte la fuente, sus textos se han citado como «Informante anónimo n.º 1, 2, 3...». Además, se incluye como apéndice un índice de personas (IP) donde se presentan breves reseñas de los nombres citados en repetidas ocasiones en los relatos de las entrevistadas.

Estas mujeres han contado sus historias rememorando lo que fue un durísimo período, para algunas, y la entrega a una esperanza grandiosa, para otras. Todas ellas con vivencias muy diferentes de las masculinas y también distintas entre sí, según el lado en que se encontraron antes o después del Triunfo de la Revolución, y según si fueron sandinistas o *contras*.

Han hablado de sus ideales, sus heridas, sus desengaños y sus duelos, que mantuvieron amordazados durante mucho tiempo, porque ellas no se

permitieron que emergieran. Finalmente los han exteriorizado, unas veces con el deseo de ir sanando, y otras con el de ir aceptando que los hermosos recuerdos de juventud fueron seguidos de un profundo desencanto en la madurez. En todas las ocasiones son testimonios sinceros y valientes sobre una época irrepetible en la historia de Nicaragua.

I.III

¿Hubo una manera femenina de vivir la revolución?

Es esta una pregunta que surge inevitablemente en un estudio de estas características, dado que la decisión de escribir sobre testimonios de mujeres es elegir la percepción de una etapa histórica desde el lugar específico de la persona-mujer.

La respuesta es afirmativa; sí, hubo una manera femenina de vivir la Revolución, y muy diferente si nos referimos a las del entorno de la *Contra* o *Resistencia Nicaragüense*⁵⁶ —como ellas prefieren denominarse—, o si lo hacemos desde el lugar de las sandinistas.

Las mujeres entrevistadas de la Contra tuvieron su propia perspectiva de lo que estaba ocurriendo, en nada similar a la de los varones. No mantuvieron una posición «activa» políticamente, ni mucho menos reivindicativa de derechos concernientes a su género. Campesinas en su mayoría, más bien fueron sujetos pasivos de lo que decidieron los varones de su familia, esposos o hijos, al respecto de la integración en la guerra. Generalmente vivieron el Triunfo de la Revolución y sus consecuencias posteriores como un problema o como una tragedia que las había alcanzado. Incluso en los casos más conscientes, cuando tuvieron más información y compartieron el criterio de sus parejas o hijos —o del padre y hermanos, en uno de los casos—, para ellas su posicionamiento fue una reacción defensiva ante las iniciativas sandinistas; la respuesta a una intromisión vivida como injusta en sus vidas y a la necesidad de enfrentar algo que les llegaba desde fuera.

Prácticamente la totalidad de las mujeres entrevistadas, de la *Contra*, manifestaron haber vivido bien en la época de Somoza «tranquilas, sin ventajas,

⁵⁶ Véase nota n.º 24, sobre la *Resistencia*.

pero sin inconvenientes». En su opinión, durante la dictadura, el campesino había estado en una situación de abandono en casi todo el territorio, pero ellas lo preferían a cualquier interferencia. Identificaban «sandinismo» con «comunismo» y lo consideraron siempre responsable del empeoramiento de sus vidas, de haberles despojado de sus tierras y de haber forzado a sus esposos, hijos o hermanos a tener que combatir.

Algunas de las entrevistadas fueron esposas de miembros de la Guardia Nacional (G.N.) de Somoza, y una de ellas fue esposa de un juez de mesta⁵⁷. Otras, madres de combatientes, o esposas y madres a la vez de varones fallecidos. Y, en un único caso, una joven de la *Contra* se integró activamente por solidaridad con sus hermanos.

En su condición de campesinas, con o sin lazos con el régimen anterior, la opción de estas mujeres de aproximación o pertenencia a la *Contra* sólo fue motivada porque los hombres de la familia reaccionaron así cuando les afectaron las confiscaciones agrarias y el servicio militar obligatorio sandinista, el denominado Servicio Militar Patriótico (SMP), aprobado en la Asamblea Nacional el 13 de septiembre de 1983⁵⁸.

En ese contexto, el aislamiento de la población campesina había sido grande, pero la ignorancia de sus mujeres era todavía mayor. Ello quedó patente, ya en el período prerrevolucionario, en una anécdota que cuenta de su etapa en la montaña el comandante guerrillero Hugo Torres⁵⁹. Fue el caso de una campesina, Reynita, de dieciséis años, que se unió a su escuadra, y era tan dura que resistió hasta una herida de bala sin emitir queja alguna. Sin embargo, nunca había estado en una ciudad y, finalmente, el miedo a las enormes diferencias con lo que ella conocía le hizo abandonar el grupo:

Reynita no sabía lo que eran los coches, ni la televisión, ni la electricidad y, a veces, cuando trataban de explicárselo, se mostraba incrédula, pensando que se reían de ella. Finalmente decidió quedarse con unos campesinos antes de la bajada del grupo a Managua porque le asustaban todas esas cosas tan desconocidas. (Torres, H., 2003, pp. 344-346)

⁵⁷ Los jueces de mesta eran civiles colaboradores de la Guardia somocista e informadores de los movimientos de la guerrilla en el campo y la montaña.

⁵⁸ Véase Kruijt, D. (2011) «Revolución y Contrarrevolución: el Gobierno Sandinista y la Guerra de la Contra en Nicaragua, 1980-1990». *Desafíos*, 23-II, p. 66.

⁵⁹ Hugo Torres fue comandante guerrillero del FSLN integrante del comando «Juan José Quezada», que protagonizó el asalto a la casa de Chema Castillo en 1974, cuando el Frente hizo público su ideario. También participó en la toma del Palacio Nacional, en agosto de 1978, siendo el único guerrillero que participó en ambos operativos.

Un ejemplo similar lo relata Gabriela Selser (2016, pp. 39-40), ya en 1981, cuando la familia con la que estuvo alfabetizando en San José de las Casquitas, Waslala, no podía creer que existieran «edificios» o casas que estaban unas encima de otras, ni se explicaban cómo podían pararse a la altura que uno quería los «ascensores». Si bien estos pudieran ser casos extremos, reflejan el apartamiento de gran parte del campesinado, su carencia total de ubicación geográfica y su desconocimiento de los avances tecnológicos de su propio país.

El rasgo de exclusión social, de desconexión histórica, sigue siendo observable en muchas de las narraciones, donde se percibe que algunas solo entendieron que «llegó la guerra» a sus pueblos o comunidades, sin relación con la globalidad de lo que estaba ocurriendo, ni más conocimiento del contexto o coyuntura en que vivía el país; en otros casos explicaron la marcha de sus familiares por necesidad de autodefensa y se deduce de sus palabras que para ellas fue una guerra que «vino de fuera», un «gobierno comunista», que trajo después el reclutamiento forzado de sus jóvenes... Todo perfectamente comprensible porque la población campesina de las montañas del centro y norte del país —donde surgió y se mantuvo fundamentalmente la *Contra*— había estado siempre muy marginada de la actividad civil y política, del acceso a la educación, a la salud, y a cualquier clase de adelanto técnico o cultural que era normal en las ciudades.

Además de esas deficiencias, a gran parte del campesinado le influyó intensamente la campaña anticomunista que recorrió el continente durante la década de 1980 —al amparo de la *Doctrina de la Seguridad Nacional* auspiciada por la administración Reagan— que puso el énfasis en demonizar al sandinismo y difundir que peligraban la familia y la religión, que les iban a quitar los hijos, y otras muchas amenazas, especialmente todo lo que se pudiera relacionar con Cuba. Se repetía constantemente que lo que estaba ocurriendo en Nicaragua era consecuencia de la influencia cubana.

La experiencia vivida por una religiosa cubana en Nicaragua, hacia 1986, es muy expresiva de esa publicidad nociva: ella estuvo alojada durante dos años en casa de una señora de Boaco, de procedencia campesina, y esta señora un día le preguntó si era cierto que en todos los hospitales en Cuba los comunistas tiraban al mar a las personas por un «resbaladero»⁶⁰. El hermano de esa señora, que seguía viviendo y trabajando en el campo,

⁶⁰ Es un tobogán, rampa para el deslizamiento de los niños en los parques de juegos.

le había advertido que no confiara nunca en la religiosa porque «podía no ser monja, ya que Fidel Castro les daba carnets de religiosos a sus espías»⁶¹.

Esas particularidades se unieron a las actitudes con frecuencia prepotentes de los enviados al campo por el nuevo régimen, «los que llegaban de la ciudad y mandaban», en palabras de las mujeres de la *Contra*. Ese conjunto de causas explica sobradamente que ellas se sintieran víctimas del proceso y es, bajo ese prisma, como se comprenden tanto la forma como el contenido de sus testimonios.

Del lado sandinista, la cuestión fue muy diferente. Las entrevistas de las mujeres sandinistas son siempre más completas y amplias por sus características personales. Exceptuando algunos casos de las de más edad —elegidas como madres de guerrilleros— todas las demás son profesionales y con una preparación suficiente para ocupar cargos políticos o administrativos.

En dichas entrevistas se observa que, pese a manifestar unas vivencias genuinamente femeninas, el deseo de estas mujeres de participar en la Revolución luchando —contra la dictadura primero, o incorporándose a las tareas del nuevo régimen después— no fue mayoritariamente para reivindicar temas de género, a excepción de algunas más sensibles a las cuestiones feministas. El Frente no contaba con un sustrato bien dispuesto a introducir entre las reformas la valoración de esos temas, y el machismo que impregnaba la sociedad permeó igualmente el entorno revolucionario.

Sin embargo, los grupos feministas vivieron un auge enorme en el ámbito internacional en las décadas de 1970 y 1980, y Nicaragua no fue ajena a ello, aunque el ambiente y la tradición cultural no lo favorecieran en absoluto. Muchos hombres dentro y fuera del FSLN vieron con recelo el fortalecimiento de las organizaciones de mujeres, porque consideraban que era un «mal ejemplo para otras», especialmente para las propias. De hecho, como en otras partes de Latinoamérica, frecuentemente tuvieron varios hogares formados con distintas mujeres e hijos, a los que después no sustentaban económicamente.

El comienzo de una iniciativa de índole femenina/feminista se debió a un pequeño grupo nacido en 1977 para apoyar a las madres y familiares de los presos políticos —la Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional (Ampronac), compuesto en su origen por veinticinco mujeres de las que únicamente tres fueron del FSLN—, que fue creciendo de manera ininterrumpida. Una de sus notas características fue ser interclasista y plu-

⁶¹ Testimonio de M.^a Ángeles Chirino, ex directora del archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (Ihnca-UCA). Actualmente vive en el batey Las Pajas, del departamento dominicano de Hato Mayor del Rey. (Conversaciones durante una estancia de investigación en Santo Domingo, mayo 2014).

ripartidista y, por haber sido contemporáneo de una fortísima represión en el campo, uno de sus primeros objetivos fue denunciar toda clase de atropellos a los derechos humanos. Solo más tarde, y muy poco a poco, se fueron introduciendo temas referentes a discriminaciones varias y ahí fue donde, tímidamente, empezaron a tener cabida las cuestiones de género.

Cuando triunfó la Revolución, en 1979, la heredera de Ampronac fue la Asociación de Mujeres Nicaragüenses *Luisa Amanda Espinoza* (Amnlae), donde el Frente impuso rápidamente una dirección sandinista e ignoró las reivindicaciones femeninas.

A partir de entonces, el debate sobre la realidad de las mujeres y la necesidad de incorporar a la lucha la verdadera temática de género sufrió interrupciones constantes desde el Frente y, en consecuencia, desde la propia dirección de Amnlae, adscrita al mismo.

Así pues, durante la década sandinista, aunque se dieron cambios institucionales y legislativos —algunos muy notables⁶²—, los problemas derivados del sexismo, comportamientos intrafamiliares y otros aspectos esenciales de la vida cotidiana de las mujeres permanecieron casi inmutables, porque no se contó con el espacio necesario para incidir en esa problemática.

Los datos más generales ya eran conocidos y se sabía que, en la década de 1980, en Nicaragua el 60% de las familias estaban encabezadas por mujeres. Los hombres abandonaban a menudo a la primera familia para formar otra, a la que después también dejarían, y era habitual que tuviesen varias mujeres simultáneamente. Como es de suponer, en estas situaciones eran ellas las que asumían todas las responsabilidades económicas y educativas de los hijos. También era algo normalizado que la mayor parte de las parejas no estuvieran casadas, ni por lo civil, ni por la Iglesia, lo que situaba a las mujeres en una situación de indefensión jurídica.

Ante ese comportamiento, lo común era la resignación de las mujeres, por lo que las interioridades del hogar estaban muy ocultas. Sin embargo, con motivo de las demandas de ayuda de algunas de ellas —sólo en conversaciones inusuales y en casos muy puntuales— desde la Oficina Legal de la Mujer se decidió llevar a cabo una investigación a escala nacional hacia 1983-1984⁶³.

⁶² Documentos innovadores de este período: I Proclama del Gobierno de Reconstrucción Nacional, 1979; Estatuto de Derechos y Garantías de los nicaragüenses, 1979; Plataforma Electoral, 1984; Proclama del 25 Aniversario del FSLN, 1986; leyes modificadoras de la patria potestad, parejas de hecho, hijos legítimos-ilegítimos, integradas en la Constitución Política de Nicaragua, 1987; Plataforma Electoral, 1990.

⁶³ La investigación fue dirigida por la fiscal Lourdes Bolaños y la psicóloga Vilma Castillo, a quienes les costó el puesto y casi el cierre de la Oficina Legal de la Mujer. (*Centro de Información y Servicios de Asesoría en Salud* (Cisas), 15-12-2015).

Entonces se descubrió que existía un alto grado de violencia, tanto física como verbal, por parte de militantes del Frente; la investigación reveló, de manera muy enfática, que muchos de los que eran militares sacaban su arma para amenazar a sus esposas. El Frente, para no dañar su imagen, prohibió publicar esos datos, por lo que sólo se conocieron mucho después. No es de extrañar, dado que la mentalidad de algunos líderes sandinistas estaba lejos de apreciar el valor de establecer relaciones justas con sus parejas. A este respecto, el respetado sindicalista y escritor Onofre Guevara comenta (entrevista, 2009):

Hubo un aspecto muy vulnerable de la ética revolucionaria, el de las relaciones entre los hombres y las mujeres. Por ejemplo, Tomás Borge, era un enfermo sexual. Yo fui testigo de un hecho: en 1979, cuando la Unión de Periodistas de Nicaragua hizo una fiesta en el día de fin de año, él llegó prepotente y con un montón de escoltas detrás y, cuando estaba cerca de mí, oigo que le dice al escolta más próximo: «Averiguá quién es esa mujer y me la llevás». Con ese irrespeto, como si fuera su dueño, se refirió a una compañera periodista que yo conocía bien⁶⁴.

De este mismo dirigente —relata en sus memorias Leticia Herrera— emanó la orden de intensificar la instrucción física que se debía imponer a una militante, obrera de León, Mercedes Avendaño, por la única razón de que ella se había negado a una demanda de Borge de averiguar si le criticaban por pretender relaciones con Charlotte Baltodano, casada con otro compañero.

Dice Leticia Herrera:

Ese exceso de ejercicio fue lo que arruinó a la Mercedes, la llevó a la inflamación de sus articulaciones y fue lo que le impidió participar en el operativo de la casa de Chema Castillo, una de las grandes frustraciones de la muchacha⁶⁵.

Tras la derrota electoral de 1990, ya en el gobierno Chamorro, otras investigaciones sobre el maltrato de género, emprendidas desde el interior de la Policía, revelaron que el 70% de las víctimas de crímenes violentos eran mujeres, y que sólo en el 1% de los casos ellas eran las perpetradoras. E igual de demoledores fueron los resultados sobre las violaciones: si los

⁶⁴ Tomás Borge fue uno de los fundadores del FSLN, y ministro del Interior en la década de 1980. El Ministerio del Interior y el de Defensa eran los más poderosos. Borge fue muy criticado posteriormente por sus comportamientos reprobables, su corrupción y su enriquecimiento. (Entrevista con Onofre Guevara, Managua, junio, 2009. Véase el IP).

⁶⁵ Véanse para ampliación: nota n.º 14, y González Casado, A., Sabater Monserrat, M.A. y Tryner Vilanova, M.P. (2013). *Guerrillera, mujer y comandante de la revolución sandinista. Memorias de Leticia Herrera*. Barcelona: Icaria. La mirada esférica, pp. 172-175.

datos del periodo 1990-1992 sobre el incremento de los crímenes en general mostraban un aumento del 7%, en los delitos de violación alcanzaron el 24% (Randall, 1999, pp. 278-279).

La falta de valoración de las mujeres y la violencia contra ellas eran problemas irrefutables, y su seguridad en el ámbito de la pareja, muy deficiente. Fue muy difícil aceptar el descubrimiento de que el hogar era un sitio peligroso para ellas⁶⁶. Quedó demostrado que allí se ocultaban relaciones de riesgo y de abuso de poder de un sexo para con otro, y desde esa certeza hasta el logro de una protección oficial, pasó mucho tiempo. El largo trayecto que hubo que recorrer sólo se entiende al comprobar que no se fijó en el país una penalización a la violencia de género hasta 2011, con la promulgación de la Ley n.º 779⁶⁷.

Inmerso en ese ambiente y esa cultura social, el FSLN no fue una excepción, por lo que en la década de 1980 siempre desactivó el propósito específicamente femenino y siempre calificó los requerimientos de género como «asuntos no urgentes». Dos ejemplos de esta actitud que nos fueron relatados son esclarecedores: cuando Lea Guido⁶⁸, que había estudiado en Lausanne (Suiza), planteaba la necesidad de establecer medidas que eliminaran las prácticas discriminatorias con las mujeres, se le contestó desde la

⁶⁶ Véanse sobre este tema: Martín Baró, I. (1990). La violencia en Centroamérica: una visión psicosocial. *Revista de Psicología*, n.º 35, pp. 123-146. El Salvador; Ellsberg, M.C. (1997). *Candies in Hell. Domestic violence against women in Nicaragua*. Stockholm: Umea University, Department of Epidemiology and Public Health.

⁶⁷ Ley n.º 779, Integral Contra la Violencia hacia las Mujeres, fue publicada en *La Gaceta*, 22 de febrero de 2012. «La ley tipifica los delitos que en lo público y lo privado se cometen ejerciendo violencia contra las mujeres, en cualquier ámbito de la vida social o familiar. Se introduce el delito de feminicidio a la legislación penal nicaragüense y se penaliza ampliamente el ejercicio de la violencia física, psicológica, patrimonial, económica, laboral, el delito de sustracción de hijos e hijas y la violencia en el ejercicio de la función pública contra las mujeres. La ley establece las penas a los delitos nuevos introducidos y elevó las penas a los que estaban establecidos de previo». *El Nuevo Diario*, 10-4-2013. Cuando se promulgó la ley, hubo reacciones tan fuertes como la del obispo de Estelí, Juan Abelardo Mata, que sostuvo que «el nuevo número de la Bestia ya no es 666, sino 779, porque esa ley está destruyendo a las familias». O la del presidente de la Conferencia Episcopal de Nicaragua y obispo de Chontales y Río San Juan, monseñor Sócrates René Sándigo Jirón, que aseguró: «La Ley 779 más bien ha venido a incrementar los casos de violencia, incluso hasta da escalofríos». Declaraciones en Radio Nicaragua. *Servicio Nicaragüense de Noticias*.

⁶⁸ Lea Guido se integró en el Frente en 1974. Organizó y dirigió Ampronac hasta 1979 y fue una de las primeras secretarías ejecutivas de Amnlae. Durante el gobierno sandinista fue ministra de Bienestar Social y ministra de Salud. Véase el IP.

dirección del Frente: «¡Ubícate, aquí no es Europa!»⁶⁹. En otra ocasión, el propio presidente Daniel Ortega dio respuesta a una intervención de la periodista Sofía Montenegro en una asamblea de mujeres a la que fue invitado. Sofía planteaba la necesidad de formular una política de planificación familiar a escala nacional y la respuesta de Daniel Ortega fue: «El que juega, paga. Además, hay que reponer a los muertos. No se puede planificar la familia»⁷⁰.

En definitiva, el Frente pretendió con Amnlae una «domesticación» de Ampronac. Aceptó tener una organización femenina —nunca feminista—, siempre sometida a sus directrices. No le interesaba en absoluto una asociación de mujeres que lucharan por combatir discriminaciones, abusos o violencia de género, agresiones excesivamente comunes y toleradas en el país. Su interés estaba en contar con otro sector dentro de sus organizaciones de masas, como eran los sindicatos, los jóvenes o los Comités de Defensa Sandinista (CDS), todos ellos verdaderos peones al servicio de las necesidades del proceso revolucionario y de la guerra.

En esas circunstancias, la asociación fue perdiendo el perfil interclasista y pluripartidista originario y fue excluyendo a las mujeres de clase media. Al Frente sólo le interesaban amas de casa muy pobres, poco preparadas y, por supuesto, fieles y obedientes. El movimiento de mujeres perdió su independencia hasta el punto de que muchas no aceptaron las presiones de algunas de las dirigentes de Amnlae, y se produjo una escisión. Posteriormente, el empuje feminista continuó vivo en el país, pero ya no tuvieron vínculos con ninguna asociación controlada por el Frente.

Consecuentemente, en la mayoría de las mujeres entrevistadas ha habido una gran coincidencia en tener una actitud muy crítica al respecto de aquellos años y haber manifestado decepciones, desengaños y comportamientos que actualmente modificarían en muchos aspectos. Las sandinistas manifestaron reiteradamente que hoy no optarían por el ocultamiento de los errores que detectaron, ni por guardar silencio sobre lo que no se debió permitir. Están

⁶⁹ Con esa respuesta, que llevaba la intención de descalificar sus enfoques de género, se aludía a su estancia en Suiza previa a su entrada en el FSLN. (Entrevista de Carlos Fernando Chamorro, miembro de la Junta Directiva del Centro de Investigaciones de la Comunicación —Cinco—, en el programa de tv *Esta noche*).

⁷⁰ Entrevista a Sofía Montenegro, noviembre de 2010. Sofía Montenegro, del FSLN, destacó como feminista activa en toda Latinoamérica, y como periodista, estuvo a cargo de la página editorial del diario oficial del Frente, *Barricada*, desde 1985 hasta 1989, cuando inauguró la revista semanal *Gente*, dentro del mismo diario. Fue fundadora de la Cátedra de Género y Comunicación de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Centroamericana, y es en la actualidad directora ejecutiva del Centro de Investigación de la Comunicación (Cinco).

convencidas de que hubieran debido denunciar, hablar, enfrentar ciertas actitudes de sus dirigentes, y lamentan que no lo hicieron. En unos casos, porque la guerra justificaba posponerlo todo, y en otros, porque reconocen abiertamente que nunca se hubieran atrevido a contradecir a sus líderes. Actualmente opinan que no bastaba con pensar que «éramos un país en guerra, y denunciar los errores podía hacer daño al FSLN». Se dejaba todo para «después», para cuando la guerra terminara, pero ese «después» no llegó nunca.

Un ejemplo de esa actitud de ocultar fallos de los líderes por no perjudicar al Frente fue la de un grupo valiente y reivindicativo de su identidad, el de lesbianas y homosexuales, hacia mediados de la década de 1980. Fue uno de los silencios más clamorosos, según relata Rita Arauz, al respecto de una convocatoria que hizo la Seguridad del Estado sandinista a homosexuales y lesbianas. Ella cuenta que en 1986 se habían ido organizando esos grupos —que llegaron a reunir a sesenta integrantes en algunos momentos, todos pertenecientes al Frente o defensores a ultranza de la Revolución— y que en 1987 fueron interrogados, en un claro abuso de poder, de forma desagradable y morbosa. Les amonestaron arguyendo que la Revolución quería crear el hombre nuevo y, al parecer, homosexuales y lesbianas no alcanzaban ese grado. Finalmente los funcionarios los dejaron marchar y calificaron su propia actuación de una simple advertencia amistosa. Los aludidos quedaron escandalizados, pero acordaron no revelar lo que había ocurrido por su concepto de lealtad al Frente, porque pensaron que esa información podía perjudicar a la Revolución. Se ocultó al extremo de que, una vez que el hecho se filtró parcialmente, la mayoría de los afectados lo negaron, y la razón fue la misma: «Estábamos en guerra y tomamos la decisión de mantenerlo oculto. Sabíamos que hablar de ello sólo le podía hacer daño al FSLN. Esperábamos que el error se corregiría» (Randall, 1989, pp. 358-360).

No sabemos si ese colectivo pensará actualmente que fue correcto silenciar aquel episodio. Pero las mujeres aquí entrevistadas tienen ahora, en 2017, la convicción de que no hay que abstenerse de denunciar algo porque pueda perjudicar a una institución o a un proceso en marcha, ni confiar en que su solución vendrá más tarde. Han comprobado que el proceso viciado que no se interrumpe, sigue empeorando. En este aspecto, sus reflexiones coinciden con las de los cachorros sandinistas cuando declaran que ante los cuestionamientos que ellos planteaban en sus reuniones acerca del derroche y ostentación que veían en muchos dirigentes, sufrieron siempre la «represión a su crítica y la negación de la individualidad. Y nada se corrigió después» (Agudelo, I., 2016, p. 29).

Tanto las mujeres que se sintieron perjudicadas por la Revolución como aquellas que la protagonizaron o sufrieron en ella conscientemente, tienen sobre sus hombros vivencias y pérdidas que han querido compartir. Han alzado su voz y han decidido romper su silencio.

I.IV

Metodología y tratamiento de las entrevistas

Desde los inicios del siglo xx se había decidido dar a la entrevista un lugar preeminente como fuente histórica en la literatura testimonial, recogida ya entonces en cintas magnetofónicas. Y, en concreto, la entrevista femenina fue una importante contribución a la literatura latinoamericana, como dice Adelaida Martínez, «por actualizar esa vieja forma de registrar la historia y el relato oral a cargo de voces femeninas (...) para plasmar la visión del mundo de las mujeres»⁷¹. La autora pone sobre todo a Elena Poniatowska como ejemplo de revitalización del testimonio en la literatura femenina, pues «no solo recogió el contenido de los relatos, sino también su lenguaje»⁷².

En la segunda mitad del siglo xx hizo su aparición el nuevo rol, especialmente relevante, de las madres latinoamericanas que denunciaron los horrores de las dictaduras, tanto las de la Plaza de Mayo, como las madres de guerrilleras de la revolución mexicana o las de la guerra de la *Contra* en Nicaragua. Lucía Guerra (1996) asocia esa madre a la imagen moderna de la *Mater Dolorosa* del Evangelio, pero le aporta una diferencia fundamental: que la sumisión y silencio de la María del Gólgota fueron reemplazados por la emisión alta de su palabra en las mujeres latinoamericanas.

Llegada la década de 1980, según Gema Palazón, se dio uno de los mayores empujes a la literatura testimonial centroamericana porque se alcanzó «desde el punto de vista de la crítica, un momento de consolidación

⁷¹ Véase Martínez, Adelaida. *Feminismo y literatura en Latinoamérica*. Universidad de Nebraska. <http://www.correodelsur.ch/Arte/literatura/literatura-y-feminismo.html>. Recuperado el 20 de enero de 2017.

⁷² Ibídem.

y difusión como una forma de resistencia de comunidades oprimidas y de solidaridad con los discursos generados por dichas comunidades»⁷³.

Como consecuencia, la afirmación de la literatura testimonial y la valoración de la entrevista se han considerado argumentos de peso para utilizar los testimonios como fuentes que contribuyen a la historia con sus aportaciones específicas. Asimismo, es un hecho que la percepción del pasado a través de entrevistas a personas que fueron testigos-partícipes de la misma es una herramienta de trabajo irremplazable, que requiere, sin embargo, un cuidadoso tratamiento y tomar algunas precauciones. De una parte, porque las entrevistas textuales suelen ser desordenadas, al hilo de lo que va llegando a la mente de quien se sumerge en el tema propuesto con total libertad para ir exponiendo sus ideas tal como le surgen. De hecho, pocas veces el relato oral puede sostenerse en su transcripción escrita. Y ésta es una de las cuestiones que al entrevistador más le cuesta aceptar, pues, seducido a menudo por la fuerza del discurso, desearía transcribir al pie de la letra las grabaciones recogidas. De otra parte, porque el lector no tiene por qué conocer muchas de las referencias incluidas en esas narraciones. Por tanto, presentadas en forma literal serían difícilmente comprensibles para aquellos a quienes va dedicado el trabajo, y es imprescindible ordenar, recortar, completar, y a veces, añadir, para que todo adquiriera su máximo sentido. En una palabra, editar los textos y decidir la factura del libro final.

Además de lo anterior, hay que tener en cuenta que la memoria, como dijo Dante Liano (2005, p. 22) «esconde las cartas perdedoras, selecciona, tiene piedad». Es siempre producto de una reconstrucción subjetiva de la realidad de la persona entrevistada, y está trabada de mecanismos de defensa. Los sujetos sienten la necesidad de valorar su historia, su biografía, y se permiten idealizar lo que para ellos es más rechazable o lo que está impregnado de mayores contradicciones. Por consiguiente, un trabajo de esta naturaleza es una investigación cualitativa, que señala o enfatiza aspectos o características emanadas de las narraciones vertidas sobre la etapa histórica que se trabaja, pero que precisa tanto del contraste con la documentación de que

⁷³ Véanse a este respecto: Palazón, G. (2008). «Sergio Ramírez, Gioconda Belli y el testimonio posrevolucionario», en M. C. Trujillo Maza, (Ed.). *Lectores, editores y audiencia. La recepción en la literatura hispánica*. Academia del Hispanismo; Achugar, H. (1989): «Notas sobre el discurso testimonial latinoamericano», en R. Chang-Rodríguez: *La historia en la literatura iberoamericana*, Nueva York: Editorial del Norte, pp. 279-294; Yudice, G. (1992). «Testimonio y concientización», en J. Beverley y H. Achugar (Eds): *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Lima y Pittsburgh: Latinoamericana Editores, pp. 207-227; Craft, L. J. (1997). *Novels of Testimony and Resistance from Central America*. Gainesville: University Press of Florida.

se disponga, como de la bibliografía pertinente, a fin de contextualizar los testimonios con el debido rigor científico. Ello, sin embargo, no obsta para que se aprecie en toda su riqueza, tanto de fondo como de forma, la manera de percibir y recordar los hechos, singular y única en cada caso.

Con igual atención, las entrevistas deben seleccionarse en función de algún rasgo que interese al investigador, dado que ese es el motivo por el que se han realizado los cuestionarios. En este caso, como ya se indicó, la selección elegida —los dos grupos de mujeres *contras* y de sandinistas, en su calidad de madres o esposas de combatientes— fue un propósito sólo logrado en el caso de las *contras*, mientras que en el caso de las sandinistas hay más mezcla entre roles familiares y actividades profesionales. Así, para compensar la disparidad se eligió, de entre las segundas, un grupo suficientemente diverso en cuanto a las actividades que desempeñaron en la década de 1980: desde las que vivieron experiencias clandestinas durante la dictadura, hasta las que ejercieron una actividad profesional técnica, destacaron en la lucha feminista, o colaboraron utilizando la música para expandir la Revolución.

El número de testimonios no es más amplio porque en diversos estudios basados en relatos de vivencias personales, o biográficos, que fueran coincidentes en una misma etapa o en similares circunstancias, se ha comprobado que, pasando de la veintena, la reiteración de lugares comunes es casi total, con muy pocos elementos esenciales nuevos⁷⁴.

Las entrevistas se desarrollaron como una conversación distendida y sin prisa con las protagonistas, en sesiones que frecuentemente alcanzaban o sobrepasaban las dos horas. Las mujeres contactadas se expresaron libremente, según el tiempo que ellas desearon dedicarle a cada tema que iba surgiendo, olvidando en casi todos los casos que su relato tenía la finalidad de ser publicado. En muchos casos fue necesario prolongar la comunicación para consultar, adaptar, revisar y decidir posteriormente qué se debía publicar o no, porque las expresiones espontáneas o las confidencias salpicaban constantemente los relatos. Escuché muchas veces «esta es la primera vez que cuento esto», o «esto te lo digo *off the record*», porque la rememoración de una etapa tan intensamente vivida, con ilusión y entrega, con dolor por las ausencias, y siempre con riesgos fuertes, indujo un clima de gran confianza que me permitió entender muy bien sus percepciones.

He realizado en otras ocasiones trabajos con el apoyo de entrevistas, aunque después las he incorporado sólo en ciertos fragmentos ilustrativos, nunca mostrándolas completas como en esta ocasión. Sin embargo, parciales

⁷⁴ Véase González, Y. & Feixa, C. (2013). *La construcción histórica de la juventud en América Latina: bohemios, rockandroleros y revolucionarios*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.

o totales, en todos los casos he concluido que se obtiene un material muy rico, insustituible, para conocer desde ópticas diferentes un período de la historia y las diversas formas en que afectó a quienes lo vivieron.

En cuando a la elección de la estructura de un libro de entrevistas, numerosos y diversos ejemplos invitan a reflexionar. Sólo por citar algunos, son dignos de mención *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis⁷⁵ y *Piezas para un retrato*, de María López Vigil⁷⁶. En el primero, el autor opta por construir la narración poniendo en boca de cada miembro de la familia sus vivencias y recuerdos, en diferentes períodos de sus vidas —dado que les entrevistó durante muchos años— y componiendo entre todos el dibujo de las relaciones familiares. Una opción excelente para ir formando el rompecabezas de una totalidad como la familia. En el segundo, María López Vigil va seleccionando pequeños textos de personas que conocieron a monseñor Romero a lo largo de su vida y, con una ordenación cronológica de los mismos, va construyendo el discurso de la evolución personal desde que era un sacerdote hasta que se produce su asesinato. Un mérito añadido de este último libro es la realización de muchísimas entrevistas, de las que se toman breves párrafos que permiten reflejar la trayectoria que los propios fieles iban observando en su párroco u obispo, según el momento de su encuentro con él.

Otros diseños imposibles de olvidar son los de *La canción de Rachel*, de Miguel Barnet⁷⁷ y *Don Lito de El Salvador*, también de María López Vigil. En ambos casos, se convierten las entrevistas en voces polifónicas o monólogos a través de los cuales se da a conocer al personaje. En el primero —novela testimonio sobre la sociedad habanera de las décadas de 1920 y 1930— a partir del relato de Rachel, se muestran rasgos y características de una corista del teatro que «cree haber sido lo que su ilusión y deseo de triunfar le pidieron, pero que, con su trayectoria, expone y denuncia a la vez»⁷⁸. Entrelazando su narración, en primera persona, con pequeños fragmentos sobre ella de quienes la conocieron, Barnet logra así la percepción que la protagonista tiene de sí misma y la que de ella tienen los demás, dando un resultado formidable para un conocimiento más profundo del personaje que

⁷⁵ Lewis, O. (2012). *Los hijos de Sánchez*. México. Fondo de Cultura Económica.

⁷⁶ López Vigil, M. (1987). *Don Lito de El Salvador*. San Salvador: UCA Editores; (2007). *Piezas para un retrato*. San Salvador: UCA Editores.

⁷⁷ Barnet, M. (1970/1979). *La canción de Rachel*. Barcelona: Editorial Estela, 1970 / Editorial Laia, 1979.

⁷⁸ Estrada Verona, O. (s.f.) *Canción de Rachel, retablo de costumbres de la Belle Époque cubana*. Recuperado de: <http://www.monografias.com/trabajos99/cancion-rachel-retablo-costumbres-belle-epoque-cubana/cancion-rachel-retablo-costumbres-belle-epoque-cubana2.shtml>

se desea mostrar. En el segundo caso, en forma autobiográfica, igualmente, las numerosas entrevistas que dan lugar al relato sobre sí mismo de Don Lito, permiten conocer, junto a su trayectoria personal, todo un entramado social a lo largo del tiempo gracias a que el contexto del personaje se cuele en todo momento a través de sus narraciones.

Siendo todos ellos modelos muy atractivos, contenían elementos, no obstante, diferentes a los que era preciso conciliar en el presente libro: tratar un mismo hecho o etapa de la historia de Nicaragua, con la especificidad de ser expuesto desde dos lugares enfrentados y desde la óptica femenina. A todas estas mujeres se les solicitó, en las conversaciones previas, que hablaran de su actividad durante esos años, pero también de cómo se habían sentido afectadas en su vida personal. Aunque esto no hubiera hecho falta, porque las narraciones trababan constantemente, de una manera espontánea y natural, lo político con lo familiar o lo profesional. Por consiguiente, y teniendo en cuenta todas las variables mencionadas, en la mayoría de los casos se ha optado por presentar la totalidad del relato, manteniendo la forma y el tono de contar, aunque fue imprescindible la ordenación temática por la constante superposición de los recuerdos. Del mismo modo, hubo que resaltar lo sustancial de los testimonios priorizando las cuestiones o perfiles que más los diferenciaban, para trasladar al lector los contenidos de la mejor manera posible.

Los pies de página de las entrevistas —que en todos los casos son de la autora— se han introducido por la necesidad de aclarar alguna cuestión mencionada en el texto, o por tratarse de nombres propios significativos. En el caso de otros nombres que sólo eran conocidos o familiares de quienes hablan, pero no significativos por sí mismos, se han obviado para no densificar la información.

Con estas pequeñas intervenciones, los textos son por completo los de ellas, de las generosas mujeres que se mostraron dispuestas a hablar. Sus narraciones se han transcrito con el respeto más absoluto a su discurso y con la mayor gratitud por su disponibilidad. Y se han reunido aquí con la seguridad de que contribuirán a enriquecer el conocimiento de la historia de Nicaragua.

I.V

Vida cotidiana y revolución: las repercusiones en el ámbito familiar

I.V.1. EN LAS MUJERES DE LA CONTRA

La familia y la pareja

Tras el Triunfo de la Revolución Sandinista, las primeras medidas económicas del nuevo gobierno, especialmente las confiscaciones a los «allegados» al somocismo —ya explicadas en la introducción histórica— fueron consideradas agresivas por una gran parte del mundo rural. Estas, unidas a las torpezas o bajezas de ciertos sandinistas, que llegaban a las zonas de montaña sin la adecuada preparación y con capacidad de mando, promovieron la unión de los grupos descontentos que conformaron los primeros brotes de la *Contra*: los *Milpas*, que se unieron a los ex guardias nacionales después, y a los apoyos que les surgieron en Honduras y Miami. Lo que habían sido choques o ataques esporádicos a algunos alfabetizadores, ya en 1980, y a algunas cooperativas en los inicios del malestar campesino, se convirtieron en una guerra abierta que se recrudecería de 1982 a 1983.

Como los frentes de guerra se habían situado a ambos lados de la frontera hondureña, afectaron a las comunidades rurales de las zonas norte, central y atlántica de Nicaragua, todas de vida enteramente campesina. Allí, los varones —hijos o esposos de las mujeres de las zonas mencionadas— se fueron integrando de manera creciente en la *Contra*, y muchos pueblos casi se vaciaron. La población restante, mujeres, ancianos y niños, no pudieron permanecer en sus viviendas habituales y se trasladaron a lugares que les ofrecían mayor seguridad, obligados a cambiar radicalmente de vida en dos modalidades diferentes, según se fuera familiar de soldados rasos o de los comandantes o jefes militares.

En el primer caso, huyeron a las montañas más profundas del país enfrentando el peligro del fuego cruzado en pleno escenario de los combates

y soportando las miserias propias de la guerra: haciendo su vida en *champas* rústicas de campaña, cultivando lo que podían en esos lugares de asentamiento temporal y, si era posible, aproximándose a las bases militares de los suyos. Para llegar hasta ellas, tuvieron que pasar por puntos ciegos y de difícil acceso caminando grandes distancias y, una vez allí, desde la base se les atendía cuando se podía, lo que no pudo evitar el hambre y otras carencias cuando tardaban en llegar los aprovisionamientos. Algunos, que pudieron llegar hasta Honduras, trabajaron en el campo, en fincas y haciendas, o estuvieron en refugios humanitarios facilitados por Acnur, aunque no sin problemas, porque los hondureños de la frontera veían con muy malos ojos a los «nics» refugiados: los consideraban causa de combates de una parte o de otra y los asociaban con situaciones de peligro e inestabilidad. En consecuencia —según los que se asentaron allí—, todo aquel que podía ocultarlo se abstenía de decir que era nicaragüense.

En la segunda modalidad —las familias de comandantes y de ciertas categorías de jefes militares que pudieron salir de Nicaragua, con mayor prestigio y mejores posibilidades económicas— se instalaron en pueblos o ciudades de Honduras. Allí pasaron la guerra, en lugares próximos a las bases militares, o en ellas mismas, y tuvieron por lo general sus necesidades materiales bien cubiertas, hasta el punto de que sus hijos pudieron ir a escuelas en la propia base o en pueblos cercanos.

En ambos casos, las mujeres de la *Contra* fueron afectadas fundamentalmente por quedar solas para mantener a los hijos. Viudas, o alejadas de los esposos, y con hijos muertos en la guerra, todas las aquí entrevistadas, a medida que iban recordando, expresaron haber sufrido grandes padecimientos. Algunas, porque habían sido pobres y dependientes del trabajo del esposo ausente o fallecido. Otras, en mejor situación económica, porque sintieron amarguras similares por las pérdidas de esposos, o de hijos, o de ambos a la vez. Todas, por el alejamiento de sus lugares de residencia y por el abandono forzoso de sus pertenencias que, en general, encontraron destrozadas a su regreso.

Los hijos

Las secuelas de la guerra fueron especialmente duras para las madres cuyos hijos mayores habían marchado a los combates, o que habían quedado solas al cuidado de los pequeños.

Al respecto del reclutamiento, la queja de las madres fue unánime, fuera cual fuese su nivel económico, cuando en septiembre de 1983 se implantó el servicio militar obligatorio sandinista. Y el malestar se incrementó cuando, a la par que se intensificaban los combates, se empezó a comprobar que se

enrolaba a muchachos de catorce y dieciséis años, sólo porque su aspecto físico los hacía parecer útiles. Había que presentar a los hijos de esa edad en una base destinada a ese efecto, y si no se les llevaba, los detenían donde los encontraran. Así, abundan las expresiones como «se los llevaron a fuerza, y al que no quería ir, lo llevaban amarrado», «los agarraron dentro del colegio», «a la salida del cine», etc. Las madres trataban de esconder a los hijos pequeños, simulaban que estaban enfermos, o los mandaban lejos con algún familiar.

En muchos casos, por ese rechazo a la obligatoriedad militar sandinista, hubo una gran oleada de adhesión a las filas de la *Contra* de muchachos de familias campesinas, que habían sido antes políticamente indiferentes o, incluso, de filiación sandinista, o simpatizantes de ellos. Se integraban en el bando contrario al que les quería reclutar por la fuerza.

Después de la marcha de los hijos, el resto de la familia huía a las montañas o los seguían a Honduras, en un desfile interminable de madres de combatientes, nueras, nietos... en larguísimas filas de mujeres y niños.

Con el paso de los años, las muertes fueron *in crescendo*, y si el hijo moría en la guerra, las madres se enteraban, generalmente con retraso, por un cable de algún conocido o por un compañero que se había enterado o había sido testigo. Pero fue algo normal no poder ver al hijo muerto y darle sepultura en un lugar conocido, o no saber siquiera dónde le habían enterrado sus compañeros. En circunstancias óptimas, si finalmente supieron dónde estaban y pudieron darles un enterramiento en familia, fue después de años, cuando pudieron exhumarlos, y sólo en casos contados.

Los hijos fallecidos durante la guerra marcaron un hito tan especial en sus familias que hasta sus nombres de pila perdieron significación en estos relatos. Así se aprecia en el discurso de las madres, donde es muy frecuente que se refieran a ellos por los pseudónimos que tenían en aquel tiempo, o que los nombren como «el comandante...». A la costumbre de oírlos llamar así por todo el mundo durante años, parecía añadirse el sentimiento de orgullo de las madres por el prestigio alcanzado por los hijos y la mitificación de sus logros y hazañas en los años de combate.

Otro efecto a más largo plazo se produjo entre quienes eran niños pequeños durante los años de guerra. Gran cantidad de hijos quedaron largo tiempo con las abuelas porque sus madres, jóvenes, se habían marchado con sus esposos al frente, o porque al morir el marido, las mujeres se emparejaban de nuevo y los hijos del matrimonio anterior ya no se integraban en el nuevo núcleo familiar. En todos estos casos se quedaban con alguna abuela, que asumía el rol materno. A veces los visitaban esporádicamente las madres ausentes, aunque no vivieran con ellos, y otras veces perdían el contacto por completo, al no ser aceptados por la nueva pareja de la madre o porque ella se había distanciado por alguna otra razón.

En cualquier caso, tanto los hijos nacidos en esos años como los que ya eran mayores y conscientes o estaban en plena juventud, todos fueron intensamente afectados por la guerra.

I.V.2. EN LAS MUJERES SANDINISTAS

La familia y la pareja

Las familias de los sandinistas tuvieron mucha menor movilidad que las de la *Contra* durante los años de guerra, porque en su mayoría eran de procedencia urbana, estuvieron lejos de la frontera y no tuvieron que desplazarse de sus ciudades.

El grueso de la guerrilla, y más tarde, los militantes de segunda y tercera generación, así como los que tuvieron que ir al servicio militar obligatorio de 1983, fueron jóvenes estudiantes, universitarios y hasta de secundaria, empleados, profesionales y de numerosos oficios u ocupaciones, pero casi todos de las zonas de la mitad sur del país y del Pacífico⁷⁹. En estos casos, aunque los hijos se marcharan a la guerra, el resto de la familia pudo permanecer en sus hogares. Lo que sí compartieron con sus oponentes fue la preocupación lógica por la suerte del hijo y por el elevado número de muertes que se conocían a diario.

Entre las madres sandinistas, el servicio militar obligatorio fue recibido de muy diferentes formas. Hubo algunas que lo aceptaron estoicamente, y sus familiares o hijos jóvenes se enrolaron con la ilusión de participar en un gran proyecto, con espíritu patriótico, militante, y afrontando la peligrosidad real. Expresiones como «empezaron las noches de insomnio», «cada llamada de teléfono era una tortura», representan el sufrimiento de esas madres por ser coherentes con un compromiso profundo en la búsqueda de la justicia social y por erradicar la dictadura⁸⁰. Pero otras, y la unidad familiar en general, lo rechazaron rotundamente, y muchos jóvenes terminaron siendo reclutados por la fuerza, igual que en las zonas de la *Contra*. Un buen número de padres que tuvieron posibilidades se marcharon a EE.UU., a Venezuela o a Costa Rica para que sus hijos no fueran a la guerra. Y esa fue la causa a la que más se alude en los relatos sandinistas cuando hubo traslados familiares.

⁷⁹ La región del Pacífico es la principal de Nicaragua. Fue la primera en ser explorada por los conquistadores españoles, y en ella se asienta la mayor parte de la población. Sus recursos fueron también los primeros en ser aprovechados por los conquistadores, y es la región con mayor desarrollo económico y social. En ella se encuentran los departamentos de Managua, Chinandega y León. En cuanto a ciudades, es donde están situadas la capital del país, Managua, y las más importantes y antiguas ciudades del país: León y Granada.

⁸⁰ Testimonio de Josefina Gurdán de Vijil, entrevistada en el programa televisivo *La Media Naranja*. Managua, 1994.

En cuanto a las relaciones de pareja, sin duda se vieron perjudicadas tanto en el tiempo de la insurrección como en el de la guerra. En los casos de las mujeres involucradas por ser madres, porque se fueron implicando cada vez más a través de los hijos: comenzaban ayudándoles para protegerlos y facilitarles las tareas en que se habían comprometido, y terminaban siendo militantes o arriesgándose igual que ellos en la ejecución de labores afines, sociales o vecinales. Además, en la inmensa mayoría de los casos, ocultaron sus colaboraciones a sus esposos, para evitar que las frenaran o les prohibieran seguir, con las lógicas consecuencias de distanciamientos afectivos o separaciones de la pareja.

En las mujeres comprometidas por iniciativa propia, las reglas de la militancia durante la clandestinidad llegaban a tal grado que, en algunos lugares, no se permitieron las relaciones íntimas entre compañeros. Se debía solicitar permiso, y si se les denegaba, había que obedecer. Las razones esgrimidas eran el peligro o amenaza de ruptura de la clandestinidad, que podía perjudicar al colectivo. Aunque no fue algo generalizado, porque como bien expresan a menudo las entrevistadas, «...no había un Frente, había muchos Frentes», «...no hubo para ninguna cuestión un solo modelo»... lo que sí parece haber sido general en el FSLN fue la disciplina férrea y la obediencia propia de una organización jerarquizada, de corte militar.

Ya en la década de 1980, durante el gobierno sandinista, el machismo imperante en la sociedad en general, del que no estaban exentos los varones militantes, afectó intensamente las relaciones de pareja. Los hombres no encajaron bien las ausencias de las mujeres por causa de la absorbente dedicación que precisaron las tareas políticas. Y fue frecuente que, aun compartiendo los mismos ideales, los maridos o compañeros se quejaron de las largas jornadas de las mujeres —lo que no se daba a la inversa, según los testimonios femeninos— y que las discusiones se fueran incrementando con el tiempo. En otros casos, los varones desvalorizaban la entrega de las mujeres a su trabajo político, si era poco relevante, recriminándoles que se aprovechaban de ellas por lo poco o nada que cobraban y comparándolas con sus propios puestos, mucho mejor remunerados o de mayor prestigio. Finalmente, hubo separaciones por falta de sintonía política, incluso cuando no se acompañara de actitudes machistas o posesivas. La entrega vital de algunas mujeres a la causa, no compartida por sus compañeros o esposos, ocasionó en numerosos casos un distanciamiento insuperable que terminó en divorcio.

Otras separaciones fueron motivadas por las circunstancias cambiantes de antes y después del Triunfo de la Revolución. Durante los años previos, los clandestinos sólo se relacionaban con guerrilleras, y con ellas se daban las uniones más frecuentes; pero más tarde, una vez en el poder el FSLN, el abandono de aquella forma de vida condujo a que muchos cambiaran de

pareja. Algunas entrevistadas se lamentaban por el hecho de que la mayoría de los jefes guerrilleros habían dejado ya a sus compañeras por otras «compañeras de apellidos», práctica que ya se había dado antes del Triunfo. Se buscaron «mujeres burguesas», atraídos secretamente por aquello que antes decían combatir. De igual modo, hubo un buen número de muchachas de la burguesía que «en el último año, o el mismo 20 de julio de 1979, se vistieron el uniforme verde olivo y se fueron a meter a los cuarteles (...) aunque esas muchachas, desde luego, no eran la Claudia Chamorro»⁸¹. Al parecer, después del Triunfo de la Revolución, ser guerrillero fue un atractivo añadido para algunas jóvenes de posición social elevada, y este hecho se menciona con frecuencia.

Un tema espinoso que salió a la luz en varias ocasiones fue que algunos de los más destacados dirigentes tuvieron una vida doble o triple con respecto a sus parejas, y hasta se enviaba a los maridos a misiones al exterior para poder abordar a las mujeres que quedaban solas. En otros casos, para deshacerse de las compañeras, supuestamente «oficiales», eran ellas las enviadas fuera de Nicaragua, a la montaña, o a perfeccionarse en tal o cual rama de las actividades que las ocupaban. Después, cuando triunfó la Revolución, como ya no tenían sentido esas salidas, se procuraba un cambio de destino en las propias instancias del Frente o del gobierno, para tener a una persona próxima o distante, según conviniera⁸².

Otros testimonios acusaron a algunos compañeros de buscar *casas de seguridad*⁸³ para sus encuentros privados, sin reparar en el peligro en que ponían a las personas que vivían allí clandestinas. Y todo ello con la complicidad y tolerancia de miembros de la alta dirección del Frente, que conocieron esos casos y no los denunciaron. La mayoría de las mujeres que soportaron esos comportamientos se resignaron, pero las que no lo hicieron sufrieron

⁸¹ Claudia Chamorro fue una guerrillera histórica que murió con veintidós años en un encuentro con la Guardia Nacional en 1977. Pertenecía a la aristocracia granadina y era admirada por su belleza. Pese a esa posición social, y a ser muy criticada en la conservadora Granada, se incorporó muy pronto a la lucha, y la muerte la sorprendió en la montaña. Fue mencionada como un caso excepcional que deseaban constatar para hacer justicia. Informante anónimo n.º 1.

⁸² Pueden leerse situaciones similares recreadas con nombres figurados en la novela de Erick Blandón (1997) *Vuelo de cuervos*. Managua: Vanguardia.

⁸³ Se denominaban *casas de seguridad* aquellas viviendas en que los sandinistas clandestinos podían pasar en las ciudades los «tiempos de refresco» —descansos normalmente de un mes como máximo—; el Frente disponía de esas casas para quienes llevaban cuatro años de permanencia en la montaña; asimismo, se utilizaban para refugiarse ante un aviso de peligro o para guardar armas y documentos comprometedores.

como consecuencia una triste y profunda decepción ante la reacción de sus superiores o sus compañeros.

Al margen del entorno de la guerrilla, y en circunstancias ajenas a las relaciones de pareja, durante la presente investigación se detectó también la existencia de una generalizada violencia intrafamiliar, bajo la «cultura del silencio», como la ha llamado Martha Cabrera⁸⁴. Varias mujeres sandinistas, capacitadas y conscientes de la violencia doméstica que existía en el país, se propusieron abordar los problemas de abusos familiares o acosos en cualquier circunstancia que les daban a conocer otras mujeres menos preparadas que ellas en reuniones privadas y círculos de confianza. Pero cuando los quisieron hacer visibles a las instancias oficiales del partido, no fueron atendidas, y la iniciativa nunca fue aceptada. Los dirigentes postergaban esa clase de problemas y les restaban importancia. De hecho, en un caso concreto fue palpable la tolerancia y desidia de las propias instituciones del Estado al respecto de esa clase de violencia: en 1986, una cooperante italiana fue violada por un periodista de *El Nuevo Diario*, y aunque ella pagó a un abogado durante un año entero, cada vez le pedían al forense declaraciones más extensas y detalladas, hasta el punto en que ella pensó que aquel no las atendería. Pero el forense, un admirable profesional, aceptó y firmó su testimonio a favor de la denunciante, pese a lo cual no hubo sentencia condenatoria, y el caso quedó en el olvido⁸⁵.

Son muchas las mujeres que afirman que el acoso fue intenso, sobre todo de parte de los altos cargos militares hacia las que estaban situadas en puestos inferiores. A ello contribuyó, según las entrevistadas, la normalidad con que los restantes compañeros sandinistas contemplaban y consentían el acoso.

De igual modo, se hace presente en las historias el «país multitudes», del que también habló Martha Cabrera. Por todas las rendijas de los relatos se cuela el dolor por las pérdidas de guerra, por la violencia de género de diversa índole, nunca reconocida ni manifestada, y por las decepciones resultantes del desencanto político o personal de los líderes antes admirados.

Los hijos

El tema de las repercusiones de la militancia y de la guerra en los hijos difiere mucho de unas familias a otras, aunque de forma mayoritaria todas se sintieron afectadas. Ha sido complicada la clasificación de las mujeres, como «madres» solamente o como «madres con participación política»,

⁸⁴ Cabrera, M. (octubre 2014) «La mochila que cargamos». *Envío*, n.º 391.

⁸⁵ Informante anónimo n.º 2.

porque en la mayoría de los relatos las madres sandinistas siempre apoyaron de alguna forma la implicación de los hijos. Unas, cedieron sus casas para esconder amigos o armas, y casi siempre terminaron teniendo implicaciones serias por el afán de protegerles y permanecer a su lado, como admite una de las entrevistadas: «Ofrecíamos las casas como *casas de seguridad* y sabíamos a lo que nos exponíamos, pero eran nuestros hijos»⁸⁶. Otras veces, como «colaboradoras reconocidas» —prestando diversos tipos de ayuda, pero sin ser militantes— y, las menos, llegando a ser miembros del FSLN, de la primera generación. Pero en todos los casos, incluso las muy implicadas de *motu proprio*, sacaron a la luz constantemente el rol materno como algo primordial en sus sentimientos y recuerdos, incluso en su balance de lo que fue en esos años su vida y su actividad. Los hijos se mencionan una y otra vez, y los efectos de la entrega política en ellos se entrelazan con las vivencias militantes de sus madres.

Sin ninguna pretensión representativa, tanto en la pequeña muestra aleatoria que podrían reflejar estas entrevistas como en otros muchos testimonios —los no presentes aquí en toda su extensión, pero incluidos parcialmente— se observan dos rasgos distintivos en el efecto que el proceso revolucionario produjo en los hijos. Por una parte, influye de modo diferente según la edad de los hijos y la época en la que nacieron. Por otra, no se perciben diferencias en razón del sexo: tanto en niñas como en niños se encontraron todo tipo de efectos comunes a los dos grupos.

Asimismo, en los recuerdos que tenían esos hijos y que han revelado después a sus madres hay disparidad entre los que quedaron casi absolutamente al cuidado de las abuelas, en las etapas de la insurrección y post-triunfo, y los nacidos después, durante la década de 1990, cuando ya fueron atendidos directamente por ellas. Es también significativo que se da en muchos hijos una especie de sublimación del recuerdo de la década de 1980. Una curiosa mezcla de reproche a las madres, junto a un deseo de justificarlas; una tendencia a minimizar los efectos, que, de otra parte, las propias madres reconocen que fueron evidentes en aquellos momentos.

En los nacidos en las etapas en que las madres estaban más enfrascadas en su labor política también hay actitudes de rabia o de rencor contenido que salen involuntariamente, o expresiones abiertas de envidiar a los hermanos nacidos después del Triunfo de la Revolución. Se muestran resentimientos, sensaciones de abandono e incompreensión por la dedicación de las madres a «eso» que las sacaba de la casa y las alejaba, a menudo, de la ciudad o del

⁸⁶ Véase fragmento señalado con la nota n.º 85, sobre las denuncias de violencia contra las mujeres.

país. Frases como «lo vivió en plena adolescencia y me lo viene sacando todavía», «tiene un resentimiento muy grande y todavía no lo acepta», «me dice que lo abandoné»..., son muy frecuentes en las narraciones, unas veces aceptadas ya con serenidad, y otras con sentimientos de culpa.

En algunos casos excepcionales fueron las madres las que influyeron en los hijos y los integraron en el Frente, incluso ambos pudieron estar integrados sin saberlo unos respecto de las otras, respetando la clandestinidad siempre tan observada⁸⁷. Su grado de identificación con la lucha para poner fin a la represión fue tan grande, que sorprende el recuerdo de algunos *cachorros* sobre las reacciones de muchas de ellas cuando fueron convocados para el servicio militar obligatorio: sus madres no lloraban al despedirlos, sino que los animaban «a no comportarse como cobardes» (Sovalbarro, J. 2005, p. 12). Igualmente, los tiempos de las peores injusticias, de persecución violenta de los jóvenes, de muertes por razones nimias, provocaban en las madres más indignación que tristeza. Cuando les llegaba la fatal noticia de la muerte de un hijo, aguantaban incluso las lágrimas y procuraban no desmoronarse, en un último acto de rebeldía y dignidad, «por no dar gusto a los guardias». Así también, si eran amenazadas o detenidas, se enfrentaban a ellos, les retaban y les hablaban con desprecio, casi jactándose de no tener miedo a la muerte. Entre tantos testimonios desgarradores es frecuente la mención de esa entereza ante los guardias, o en público, para no mostrar desfallecimiento o debilidad, pensando que de ese modo estaban más a la altura de los hijos, en sintonía con el pensamiento de ellos, seguras de estar en el lado correcto.

Cuando se daba el caso de que fueran militantes o de que se hubiesen involucrado por iniciativa propia, recuerdan en la actualidad el tiempo sin límites que dedicaban a sus tareas políticas, antes o después del Triunfo. Por ello, en las peores circunstancias, no sólo lamentan las muertes de los hijos, sino las secuelas posteriores que marcaron de por vida a los que sobrevivieron. Los hijos que eran pequeños durante la guerra, al cabo de muchos años, incluso en plena adultez, siguieron culpando a las madres por su ausencia, o porque, siendo ellos adolescentes, tuvieron que desviar sus trayectorias o dejar sus estudios.

En otras ocasiones, resulta frecuente el reproche a las madres por las estancias fuera de Nicaragua antes del Triunfo de la Revolución, o después, debido a las largas jornadas de trabajo fuera de casa, y más todavía si esas ausencias eran durante los fines de semana, o si el trabajo consistía en atender

⁸⁷ Véase en este libro el relato de Ana Julia Gutiérrez.

a otros niños o jóvenes. Ese sentimiento de abandono por vivir en el exilio, por la militancia absorbente o por las ausencias cotidianas fue casi la norma.

Finalmente, hubo casos donde los hijos nunca se involucraron en los ideales de sus progenitores, y que forzados o de mala gana les escuchaban o les acompañaban a los actos del Frente. Y pasados los años, los reproches venían porque a la intensa ocupación de alguno de los progenitores se había añadido la separación de la pareja. O en casos más minoritarios, tanto en los departamentos del norte como en la capital, algunos jóvenes no pudieron suscribirse a la influencia del mundo del alcohol o de las drogas. No encontraron en ese entonces su propio camino y buscaron a su modo compensaciones o evasión por falta de autoestima, por el desengaño de sus líderes y superiores en la vida guerrillera, o por carecer de intereses motivadores⁸⁸.

Las madres confiesan que tuvieron fallos, pero por lo general los justifican. Se volcaron en sus trabajos porque sentían que eso era lo que debían hacer. Hacen hincapié en que hicieron comprender a los hijos que esa entrega era su deber y era además la oportunidad de dejar un mundo mejor justamente para ellos. Aun así, se observa un sentimiento bastante compartido: cuando tuvieron hijos en la etapa revolucionaria, no dudaban de que el trabajo político era prioritario, pero cuando tuvieron otros después de la década de 1990, es muy común la expresión «me pegué mucho más a ellos», y entonces expresan mayor o menor culpabilidad al comparar el escaso tiempo que dedicaron a los primeros.

Todo lo anterior no obsta para que existan, sin embargo, datos de satisfacción igualmente intensos en momentos especiales. Por ejemplo, un altísimo número de jóvenes, sobre todo en los inicios del Triunfo —hijos de sandinistas o no— se integraron eufóricos en tareas voluntarias para las que se convocaba al país entero, como los cortes de café o la campaña de alfabetización y, por lo general, guardan buenos recuerdos de esas vivencias⁸⁹. Muchos otros expresaron a sus madres que recordaban aquellos años como muy buenos, y con admiración por la entrega materna, pese a que las propias madres piensen que ese recuerdo no está exento de cierto empeño en edulcorar una época para ellos difícil.

⁸⁸ Informante anónimo n.º 2.

⁸⁹ La colaboración en los cortes de café y en otras tareas estuvo motivada por la falta de mano de obra ante los cambios de la Revolución, además de que se creía que los jóvenes tendrían una educación más completa —como la que se impartía en Cuba— si a las enseñanzas intelectuales se unían las ocupaciones manuales. Por ello se creyó importante que participasen también en los trabajos del campo.

Por último, muchos de los hijos nacidos cuando ya había paz estuvieron familiarizados con la historia de sus padres militantes o comprometidos por las narraciones de ellos, por lo que adoptaron mayoritariamente sus principios y valores, y actualmente se sienten involucrados en diversas tareas políticas y/o manifiestan inquietudes sociales.

I.V.3. CRÍTICAS DE AMBOS GRUPOS A LAS MALAS PRÁCTICAS DEL SANDINISMO EN LAS DÉCADAS DE 1980 Y 1990

Junto a las vivencias de estas mujeres en cuanto madres o esposas, dado que muchas de ellas han reivindicado también sus roles como militantes individuales al margen de las familias, sus testimonios contienen también críticas sobre los años previos y posteriores a la Revolución. De hecho, muchas de ellas manifestaron expresamente su deseo de que salieran a la luz para que las nuevas generaciones conocieran los errores cometidos y pudieran evitarlos en un futuro. Para que la historia de esta Revolución se conozca realmente, con lo positivo y lo negativo, si bien prefirieron ocultar sus nombres y manifestaron su decisión de que se expusieran esas críticas en el conjunto de las generalidades, en esta parte introductoria.

Autoritarismo y represión en los primeros tiempos después del Triunfo

Una de las cuestiones en las que incidieron las entrevistadas, y que reconocen que más les costaba todavía aceptar, fue la existencia de los abusos que cometieron muchos de los que se autodenominaron «sandinistas», aunque ellas no los consideraron dignos de ese calificativo.

Ellas lo atribuyeron, por una parte, a la falta de personas de demostrada preparación y honestidad para cubrir tantos puestos de responsabilidad, pues se había llegado al Triunfo de la Revolución sin haber tenido tiempo de organizar *cuadros* que respondieran con garantías a las necesidades institucionales y administrativas, y por otra parte, a la extrema juventud e inexperiencia de los dirigentes, con una edad promedio de unos veinte años. Por último, en muchas ocasiones, a la ambición de algunos que vieron en el cargo que iban a ocupar una ocasión de enriquecerse —conducta que habían presenciado durante los más de cuarenta años de la dictadura—, y que tendría consecuencias en muchos casos dramáticas.

Los jóvenes que habían conseguido derrotar a la dictadura, *los muchachos*, tuvieron que pasar en muy poco tiempo de ser guerrilleros a gobernar un país pobre y destrozado por la guerra. Y la victoria había llegado mucho antes de lo que habían podido imaginar los más optimistas. De repente se encontraron con el poder en las manos, y eso fue el embrión de casi todos los errores, entre

los que se cuentan los tres más extendidos: la represión localizada «para proteger la Revolución», los excesos en las confiscaciones de la reforma agraria y el servicio militar obligatorio. Asimismo, desde el lado de la *Contra*, se criticó la cantera social de los frentes de guerra de ambos bandos, al respecto de no haber afectado más que a los pobres de cualquier procedencia.

Los que se metían en la *Contra* eran hijos de campesinos. Pero en los dos bandos, la guerra fue en ese sentido, el campo contra el campo, o el campo contra la ciudad, porque había dos posiciones. Pero aquí no murió ni el 0,5% de personas adineradas, ni de políticos, en ninguno de los dos lados. Fue una guerra de campesinos y de obreros. (Entrevista de la autora con Guillermo Miranda, ex guardia, ex miembro de la EEBI y *contra*. Managua, noviembre de 2012)⁹⁰.

Las mujeres de la *Contra* criticaron enfáticamente la inadecuación de los nuevos mandos del sandinismo llegados a sus poblaciones a ocupar puestos de responsabilidad, corroborada por algunas sandinistas. Ambos grupos coincidieron en que los enviados a las distintas zonas del país para ocupar cualquier cargo, con una formación a veces muy escasa o nula, fueron elementos que dañaron el proceso revolucionario.

A medida que la guerra se intensificaba, los sandinistas procuraban encontrar por todos los medios información sobre el enemigo, y de ese modo se alcanzaron cotas increíbles de brutalidad, como muestran los hechos ocurridos en Pantasma, en el departamento de Jinotega, en 1983. Allí había habido una masacre en la que cayeron mujeres y niños, por un ataque de la *Contra* de tal magnitud que, entre 1983 y 1985, la autoridad correspondiente encargó una investigación para saber cómo las fuerzas enemigas habían podido penetrar tan adentro. Se averiguó que el secretario político de la zona, llegado de fuera sin conocer la mentalidad ni la lógica de la sociedad campesina, había decidido que si alguien le rendía obediencia absoluta, era leal, y si no, era contrarrevolucionario. Empezó a reprimir de tal modo a quienes le cuestionaban que, al final, cuando llegó el ataque de la *Contra* al mando de Mike Lima,⁹¹ la población acordó que

⁹⁰ Ciertamente una de las excepciones fue la incorporación al SMP del hijo de Sergio Ramírez Mercado, ejemplo que contrasta con el resto de los comandantes.

⁹¹ Mike Lima fue el jefe de operaciones de la Resistencia y se incorporó a la vida militar en 1976 cuando ingresó a la Academia Militar. Ex guardia nacional somocista, combatió en los barrios orientales durante la insurrección de 1979, y en 1981 se integró al FDN (unión de los ex guardias nacionales con el resto de antisandinistas, que adoptó en septiembre de 1981 el nombre de Fuerza Democrática Nicaragüense, FDN). También protagonizó el cruel ataque de la *Contra* en 1983, en Pantasma, donde murieron muchas personas.

había que librarse de aquel secretario y facilitaron la entrada de la *Contra*⁹². En definitiva, se denunció que los mandos zonales del Frente Sandinista, bajo las estructuras policiales-militares del Ministerio del Interior (MINT), de la Dirección General de Seguridad Sandinista (DGSE) y del Ejército Popular Sandinista (EPS), habían sido responsables de un sinnúmero de atropellos contra civiles de las comunidades de Santa María de Pantasma, por considerarlos sospechosos de colaborar o de combatir con la *Contra*⁹³. Igualmente, la actitud del secretario político de Yalí —César Barquero—, que cita una de las entrevistadas en este mismo trabajo, suscitaba el mayor rechazo de la población⁹⁴.

En general, sin llegar a casos tan dramáticos, son frecuentes las expresiones de denuncia de las mujeres *contras* al referirse a las nuevas autoridades sandinistas: «llegó una gente mal preparada a ofendernos», «nos sacaban de las casas», «nos molestaban y nos amenazaban»...

También fue de suma gravedad lo arbitrario de muchas confiscaciones de propiedades. Con la teoría doctrinaria preconcebida de que lo colectivo era siempre superior a lo individual, y la realidad de la pésima distribución de la propiedad agraria en el país, se promulgaron pronto los decretos anteriormente mencionados, dando lugar a confiscaciones masivas que obedecían a las interpretaciones particulares de los responsables.

En algunos pueblos, como Matagalpa y Matiguás, alcaldes y concejales sandinistas de aquel período aseguran hoy día que allí se abusó mucho del decreto n.º 38, el que confiscaba a «los allegados», que afectó a fincas tanto de tres mil manzanas como de cincuenta⁹⁵. Y no fue debido al carácter *contra* de los propietarios, puesto que muchos sandinistas, incluso antiguos

⁹² Entrevista de la autora a Sofía Montenegro en 2010, refrendada por Ana Julia Gutiérrez en 2014.

⁹³ De hecho, en el Informe referido a 2014 del Centro Nicaragüense de Derechos Humanos (CENIDH), se recuerda que en la década de 1980, Santa María de Pantasma fue una zona donde se cometieron violaciones de derechos humanos por parte del Ejército. Tal fue la gravedad y repercusión que el gobierno se vio obligado a juzgar por Auditoría Militar a casi treinta integrantes del mismo y de las fuerzas del Ministerio del Interior. Hechos recientes en aquella zona abren heridas en la memoria colectiva de la población, lo que representa una amenaza para la convivencia. Véase: Violaciones del derecho a la vida. Informe Anual de 2014. CENIDH, pág. 22.

⁹⁴ Véase la entrevista a Margine Gutiérrez en este mismo libro. Noviembre de 2014. En esa zona, la región IV (Matagalpa y Jinotega), se había destinado como jefe político a Alonso Porras, que fue objeto de diversas acusaciones por actuaciones represivas de algunos de sus subordinados, entre 1983-1984, en Pantasma, Yalí, El Cuá, Waslala y Río Blanco.

⁹⁵ Una manzana de tierra equivale a 0.744 hectáreas.

guerrilleros o combatientes en los frentes de guerra, se vieron igualmente perjudicados⁹⁶.

En Matagalpa hubo propietarios confiscados que llevaron sus escrituras al Instituto Nicaragüense de Reforma Agraria (INRA) para que las revisaran porque no creían estar incluidos, y cuando regresaron a comprobar la marcha de su gestión, sus propiedades estaban ya a nombre del INRA. En algunos de estos casos, los artífices se excusaron en las deudas contraídas anteriormente por dichos propietarios, pero siempre fueron injustificables para los afectados⁹⁷.

Allí fue muy difícil la situación durante toda la guerra por tratarse de una zona muy próxima a los combates u objeto de los mismos. En palabras de Miguel Ernesto Vijil:

Lo que se veía en Matagalpa, que estaba cerca de la zona de combate, era una ciudad entera verde olivo. Completamente militarizada en todos los sentidos. Y ahí, yo me imagino que los que no estaban con la Revolución estaban *con los pelos parados* porque, además, había una especie de paranoia enorme. Hasta en un baño vi en una ocasión siete fusiles guardados, como si fuera la cosa más normal que estuvieran allá (Entrevista de la autora con Miguel Ernesto Vijil, ministro de la Vivienda durante la década sandinista. Managua, 2012).

No es extraño, pues, que una opinión muy extendida en la actualidad sea que, si el Frente perdió en 1990 las elecciones, fue realmente por sus errores, los mismos que habían provocado la guerra. La afirmación es demasiado rotunda y restrictiva, porque el intenso rechazo de EE.UU. a cualquier proyecto sandinista posibilitó las generosas ayudas de la CIA y el Departamento de Estado estadounidense, y fue evidente que ese respaldo prolongó la guerra. Pero sí es cierto que, si bien el Frente no fue el único responsable, algunas de sus decisiones y actitudes contribuyeron en gran parte a su derrota. De haber durado menos la guerra, posiblemente la crisis económica no hubiera sido tan profunda y ciertos comportamientos se hubieran corregido con el tiempo. Pero todos los factores coadyuvaron para que no fuera viable rectificar nada.

⁹⁶ Los frentes de guerra habían nacido en 1978, pero en 1979 habían ido tomando posiciones por todo el país: el Frente Norte, *Carlos Fonseca*; el Frente Sur, *Benjamín Zeledón*; el Frente *Pablo Úbeda*, en la parte central de las montañas; el Frente Oriental, *Carlos Roberto Huembes*, en Chontales; el Frente Occidental, *Rigoberto López Pérez*, en León y Chinandega; el Frente Central, *Camilo Ortega*, en la zona de Masaya y Carazo, y el Frente de Managua, que era el centro neurálgico de la lucha.

⁹⁷ Informante anónimo n.º 3.

La corrupción generalizada

La corrupción fue otro aspecto reiteradamente mencionado por las mujeres entrevistadas. Se reveló en muy diferentes ámbitos de la vida cotidiana y se fue extendiendo como una mancha de aceite a lo largo de la década de 1980. Algunos de los ejemplos recopilados de entre los diferentes testimonios serían los concernientes a las consecuencias de la crisis económica y de la pobreza existente en los años de la insurrección y del gobierno sandinista. La crisis, junto a una laxitud evidente en cuanto a exigencias de limpieza administrativa, derivó en la generalización de hábitos lamentables.

Cuando en 1990, tras la sorpresa de la pérdida de las elecciones por parte del sandinismo, se empezó a reflexionar seriamente sobre las causas de esa derrota, arreciaron las críticas al comportamiento anterior de muchos de los líderes. Varias ex militantes o ex guerrilleras, desengañadas desde entonces, manifestaron que hasta fuera de Nicaragua, en el extranjero, se dieron actitudes abusivas, objeto de críticas, desde los inicios del gobierno sandinista, en 1980-1981. Según informaciones de primera mano, se produjo una «ocupación» deplorable de algunas embajadas nicaragüenses desde que empezó la insurrección. Hubo «gente haciendo guardia» a sus puertas en varios países, quienes se turnaban día y noche para ver qué puestos podían obtener si la Revolución triunfaba. Cuando Somoza salió del país y su personal desocupó las embajadas, aquellos que habían estado a la espera se encerraron en ellas a cal y canto y no dejaron entrar a nadie más hasta que lograron que esos puestos fueran suyos. Y a ello se añadió que las cuantiosas donaciones que llegaban de varios países fueron custodiadas por aquel personal, entre fuertes sospechas de dudosa pulcritud.

Después, durante los años del gobierno sandinista, fue frecuente también que parte del personal de aquellas embajadas se ufanara de sus viajes, incluso en familia, a diferentes países y de haber hecho compras carísimas —de las que nunca antes se habían podido permitir—, todas cargadas a gastos de representatividad. Afortunadamente, no ocurrió en todas las embajadas, y abundan también otros casos ejemplares. Pero cuando hubo abusos, se estaban cometiendo mientras los jóvenes combatientes y colaboradores vivían en la ciudad con miserables salarios, o en los frentes, sufriendo todas las miserias de la guerra⁹⁸.

Otro hecho denunciado insistentemente tanto por *contras* como por sandinistas fue la apropiación de casas, empresas o tierras de las personas que se exiliaron o que huyeron al triunfar la Revolución.

⁹⁸ Informantes anónimos n.º 2 y 3.

Años después, cuando el sandinismo perdió las elecciones en 1990, el gobierno de Violeta Chamorro acordó con el FSLN la cesión de una parte del patrimonio, pero a los dos meses de la derrota, la cúpula del partido dio comienzo a un sorprendente reparto. Se había empezado por actuar irregularmente cediendo el patrimonio de un Estado a un partido, pero se empeoró el procedimiento al repartirse entre algunos altos cargos de dicho partido, el Frente, que no parecían tener claro que la masa de bienes no podía ser divisible entre particulares. Ese reparto fue lo que se denominó la *piñata*: En palabras de José Luis Rocha (2010):

...el traspaso de bienes más vertiginoso de la historia nacional: fincas, viviendas, edificios, fábricas, vehículos, tractores, isletas, millones de dólares en efectivo dejaron de ser Área Propiedad del Pueblo (APP) para convertirse en coto exclusivo de la élite sandinista. La *piñata* hizo palidecer cualquier otra distribución de los años ochenta y algunas de las mejores fincas del país pasaron a manos sandinistas, incluyendo las del ministro y los viceministros de reforma agraria.⁹⁹

En forma similar lo expresaba Onofre Guevara (entrevista, 2009):

En la década de 1990, algunos tomaron todo lo que pudieron del patrimonio estatal y lo hicieron como personas, no como organizaciones. Eso fue la *piñata*. Se justificó como que el Frente, que había hecho la Revolución, al perder las elecciones, no se podía ir a su casa sin fortalecerse y la forma de hacerlo era agarrando propiedades. Pero eso fue el pretexto; después, algunos comenzaron a repartírselas personalmente y ahora no se sabe qué es partidario y qué es personal. Hay una confusión tremenda en todo ese *holding* que maneja Bayardo Arce¹⁰⁰.

La sorpresa de algunos observadores fue enorme al ver que miembros notables del Frente ocupaban casas recién abandonadas, con todos sus enseres dentro, haciendas y fábricas paradas de donde sus dueños habían salido precipitadamente. El argumento más repetido por muchos altos cargos para justificar ese proceder fue que «no podían perderlo todo por la derrota electoral. Habían sufrido durante demasiados años y se habían expuesto hasta la muerte, por lo que debían ser compensados»¹⁰¹. Se permitió inicialmente que se registraran propiedades a nombre de militantes supuestamente leales al Frente, para custodiarlas de forma temporal. Pero, cuando más tarde el partido las reclamó como patrimonio, la respuesta fue que se las traspasa-

⁹⁹ Rocha, J.L.: «A 31 años de la revolución: La contradictoria herencia de la reforma agraria sandinista». *Envío*, n.º 340, julio 2010.

¹⁰⁰ Véase el índice de personas (IP).

¹⁰¹ Informante anónimo n.º 4.

rían si se les mostraban las escrituras de propiedad. Como nunca se habían escriturado, los ocupantes se quedaron en ellas.

Sin embargo, junto a esas críticas, que eran justas y con motivos sobrados, también quedó reflejada en algunos de los testimonios la inercia de los malos hábitos. Por ejemplo, cuando se preguntó a algunas de las entrevistadas cómo se portó el Frente con los de sus filas al llegar la pérdida de las elecciones, una de las respuestas, que sintetizaría otras varias, fue la siguiente: «conmigo muy mal, porque no me dieron ni una casita ni una tierra para sembrar y se la dieron a muchos otros»¹⁰². Es decir, que muchos militantes de base —y no sólo los casos conocidos de altos cargos— se hubieran quedado satisfechos y conformes con las apropiaciones individuales si a ellos les hubiera correspondido una parte del montante, sin poner reparos a la indiferenciación entre patrimonio del partido y propiedad individual. Emergía de nuevo la educación, la arraigada cultura clientelar y el nepotismo político, vividos como algo normal durante tantos años. La concepción de que la lealtad al partido gobernante iba ligada a la posibilidad de obtener algo extra se muestra visiblemente incrustada en el imaginario colectivo tras la dictadura somocista.

De ese reparto no participaron todos los altos cargos, pero sí muchos, y el personal más cercano a ellos. Era natural, en esas circunstancias, que los más pobres se sintieran desplazados, aunque la crítica fuera en ocasiones tan poco modélica como causada porque no habían tomado parte en el reparto.

Otro ejemplo que se nos reveló —en un área tan diferente como el departamento de educación— fue la muy escasa exigencia de honestidad que tuvo su reflejo en los casos de maestros denunciados por vender las notas para incrementar sus ingresos.

Por último, uno de los asuntos merecedores del mayor desagrado general fue el de los retiros de los militares, que se hicieron de manera arbitraria y desordenada. Unos fueron dados en función de la antigüedad, otros del rango, y con distintas formas de indemnización según diferentes planes. Además, crearon malestar tanto por agravios comparativos con los que no eran militares, como entre ellos mismos, por no ser atendidos del mismo modo. Así lo expresaba J. L. Rocha (2010):

Lo más grave es que nunca fueron esclarecidos los criterios para determinar quién permanecía activo en el Ejército y quién pasaba a retiro. Este hecho, sumado a la desigualdad en las indemnizaciones y al ulterior incumplimiento del gobierno por no disponer de recursos suficientes, abonó el resentimiento.

¹⁰² Informante anónimo n.º 3.

La idea fue corroborada por diferentes testimonios de los aquí reunidos donde se lamentan de que los privilegios que el Frente otorgó a los militares se hayan prolongado hasta la actualidad, en una implícita alianza para el mutuo beneficio. Pensiones desmesuradas para los altos cargos y exhibición inadecuada de los niveles de vida que mantienen.

En términos generales, la tolerancia e indiferencia del sandinismo gobernante hacia la corrupción fue uno de los grandes malestares de la década de 1980. Y, además de los excesos de ciertos mandos del FSLN, quedó patente también la insuficiente vigilancia de los subalternos. Ello motivó que ciertos organismos internacionales tuvieran incluso que tomar medidas para asegurar la adecuada gestión de los generosos fondos que se otorgaron a diversos departamentos.

Síntomas del deterioro de los dirigentes: prepotencia, ostentación y mecanismos de control

Junto a todo lo anterior, y en gran medida por ello, se fue abriendo una brecha enorme entre los altos dirigentes y el pueblo, favorecido por el comportamiento servil de auxiliares y cargos intermedios. Muy especialmente, los «nueve comandantes» (ver IP), que constituían la Dirección Nacional, fueron objeto de una inmunidad y reverencia antes inimaginable. Tanto políticos relevantes del nuevo Estado, como la propia ciudadanía en general, mantuvieron ante ellos una actitud de reconocimiento y sumisión que se tradujo en un encumbramiento muy perjudicial para las relaciones. Sumamente expresiva, como muestra del acatamiento a su autoridad, fue la máxima popular que les hacía referencia diciendo: «¡Dirección Nacional, ordene!».

Se rodearon de asistentes que los reverenciaban y los separaban de la gente de a pie debido —según varias de entrevistadas— al ansia de imitación de las costumbres cubanas, que tanto incidieron en la época. La admiración por los servicios secretos de los cubanos y de la Alemania Oriental, ambos países obsesionados con la seguridad de sus autoridades, fue un factor determinante.

En numerosas entrevistas se ha mencionado de una u otra forma «el estilo cubano» que, al decir de la mayoría, lamentablemente se impuso. Hasta entonces, la relación de los militantes con sus dirigentes había sido horizontal, pero en numerosos casos, la influencia cubana propició que se adoptaron formas no conocidas antes en el Frente, en el trato entre compañeros, y todo cambió:

(...) «Fulano» era «fulano» y no había ni «comandante», ni «coronel» ni «mayor». Carlos Fonseca era Carlos Fonseca¹⁰³, y Turcios era Turcios, y no te ponías de pie cuando entraba nadie y le decías lo que te daba la gana... Todo eso cambió. Llegaron los cubanos y nos empezaron a traer otras formas, unas reverencias increíbles... Entraban, y todos a una, ¡arriba! Y se levantaban todos por el que entraba, y uno pensaba: Pero ¿qué pasa?!, ¡pero si es un ser humano!... yo lo conocí de antes... Si se ponen así, voy a actuar yo como una mujer conservadora y que se pongan de pie ellos cuando yo entre! Si no les decías «comandante» ¡qué irrespetuosa! ... cosas horribles... aquello yo lo vi y pensé: «Esto no sé quién lo va a enderezar...»¹⁰⁴.

Pero no fue solo la distancia formal o protocolaria que fueron imponiendo o consintiendo los comandantes para con sus bases, sino que aquellos cada vez se mostraban más atraídos por una vida de lujos que no habían tenido hasta entonces. En algunos dirigentes se fue manifestando un interés por aparecer como integrantes de una clase social superior a la suya, un deseo de «gustar a la burguesía», en palabras de varios de sus coetáneos. Ello es claramente apreciable en una anécdota que se nos relató, trivial, pero significativa: ciertos viejos capitalistas o intelectuales, simpatizantes o afines a la Revolución, montaron «escenarios» en restaurantes con camareros y ambientes selectos para enseñar a los comandantes a comportarse, a imitar las costumbres y detalles protocolarios propios de las clases altas; en síntesis, «a aprender modales». Y ellos accedían de muy buen grado. A ese respecto, Onofre Guevara analizaba con tristeza, ya hace años, que todos esos excesos tenían su origen en la propia historia de los dirigentes:

Creo que la esencia de las desviaciones posteriores, o su raíz, está en que ellos no tuvieron nunca una experiencia de vida vinculada al trabajo, ni siquiera relaciones con los trabajadores. Ellos eran jóvenes estudiantes de clase media baja, de esa clase que es capaz de pactar con el diablo para lograr que sus hijos vayan a la universidad. Pero ¿qué pasó cuando esos hijos llegaron a ir a los mejores colegios de Managua, caso del propio Daniel y de Humberto?¹⁰⁵ Que allí están los hijos de la gran burguesía, con todas sus posibilidades y comodidades, y ellos con sus limitaciones económicas, lo que les despierta cierta ambición. De esa experiencia estudiantil, no vinculada a la producción social, ellos pasan a la clandestinidad, a la acción

¹⁰³ Carlos Fonseca Amador es el más respetado fundador histórico del FSLN. Muerto en la montaña en 1976 a manos de la Guardia Nacional. Véase el IP.

¹⁰⁴ Informante anónimo n.º 4.

¹⁰⁵ Véase nota n.º 22, sobre Daniel Ortega. Humberto Ortega fue el primer comandante en jefe del Ejército Popular Sandinista (EPS) y ministro de Defensa de 1979 a 1990. Es hermano del actual presidente Daniel Ortega.

revolucionaria, con unos principios ideológicos débiles. Y, con ese espejo de los hijos de la burguesía, que lo tienen todo, ellos expusieron sus vidas por la Revolución, pero sin ninguna formación sólida. Por eso, lo que se produjo ya en la década de 1990 fue una consecuencia de su falta de formación anterior, de venir de una clase media que idealizó una situación que no correspondía a sus capacidades.

Para reforzar la tesis que le estoy planteando, fíjese en el caso actual de los hijos de Daniel y de Humberto: todos son propietarios de radioemisoras, de empresas, y ellos están satisfechos porque están viendo en sus hijos la realización de sus frustraciones antiguas y están felices ahora. Pero esto de ahora viene ya de la década de 1980, cuando la Dirección Nacional celebraba recepciones en los clubs, en el *César Augusto Silva*, el antiguo *Country Club*, aquí en la ciudad, como si fueran millonarios y como si no hubiera guerra, a la vez que morían los jóvenes en la montaña, en los frentes de guerra. (Entrevista de la autora a Onofre Guevara, Managua, julio de 2009).

También este tema de los lujos crecientes de los comandantes fue otro de los blancos de las críticas actualmente vertidas, una de las cuales se expresó de la siguiente manera:

Los lujos que iban adquiriendo los dirigentes se los proporcionaba un ejército de auxiliares que les compraban, como a niños pequeños, el último capricho, lo último de todo (...) Así se fue conformando un estilo de vida, una forma de estar en el mundo que ellos no habían tenido, pero que adquirieron muy rápidamente. Empezaron a verse los vehículos de última gama, el entusiasmarse con las posesiones... y a todo ello se unió que algunos ya eran proclives por su personalidad, como en el caso de Tomás Borge, Daniel Ortega o Jaime Wheelock. Tomás Borge, sobre todo, estaba convencido de que se lo merecía todo; que él se había sacrificado mucho y ahora lo que tenía que hacer era disfrutar. Y esa fue y es también la lógica de Daniel Ortega, que, a pesar de haber sufrido cárcel en el régimen somocista, ahora practica el mismo «estilo» de poder totalitario y cruel que combatió, ejerciendo violencia contra los que se le oponen¹⁰⁶.

Ese *estilo* de la década de 1980, caracterizado por el ansia de posesiones y el disfrute de lo más exclusivo, dio lugar a comentarios muy poco favorables sobre el presidente de Nicaragua y su esposa. Durante el largo período de estrechas relaciones con Cuba, se filtró por parte de personal del gobierno cubano, que allí se sorprendían de los atuendos y comportamientos poco apropiados de la pareja presidencial y consideraban lamentable que Daniel Ortega llegara a las visitas oficiales a Cuba con toda la familia. El personal

¹⁰⁶ Informante anónimo n.º 2. Véanse en el IP los nombres aquí citados.

de protocolo se quejaba de que les hacían correr, porque tenían que buscar camas, camarotes, cunas y hasta un microbús, ya que llegaba con todos los hijos como si fuera una visita de paseo. Además, querían ir todos, sin comprender que Cuba era «un país pobre»¹⁰⁷. Los cubanos diferenciaban esa actitud de la de las esposas del resto de los comandantes, que sólo iban cuando se las invitaba, y sólo a trabajar con sus contrapartes cubanas. Ellos —los cubanos— también habían cometido el error de aislar a Fidel Castro, pero no practicaban los lujos que demandaban algunos de los nicaragüenses. Y todo ello, aseguraba la misma fuente, «se ha prolongado hasta la actualidad»¹⁰⁸.

De modo similar, se vertieron críticas refiriéndose al entonces ministro del Interior, Tomás Borge. También sus anfitriones en el extranjero se sorprendían por las compras que encargaba y los servicios que solicitaba, el derroche y el afán consumista. Hubo incluso advertencias de ciertos integrantes de esos gobiernos a otros líderes sandinistas sobre la urgencia de frenar las desmesuras del comandante.

Todo ello se unió al incremento de una «paranoia» que había ido apareciendo en el Frente, a lo que no dejó de contribuir la actitud de EE.UU y la coyuntura interna: el temor a una permanentemente esperada «agresión norteamericana», que surgía de forma reiterada en las conversaciones, sobradamente justificada por los precedentes de Vietnam o de la isla de Granada¹⁰⁹. Dicha amenaza provocaba un fuerte control hacia dentro y hacia fuera del partido y del gobierno. El ejército se ocupaba de lo externo mediante su central de inteligencia, y la Seguridad del Estado (DGSE) lo hacía en el interior para evitar los sabotajes y vigilar a los propios correligionarios, aunque era

¹⁰⁷ Informante anónimo n.º 5.

¹⁰⁸ La prensa, de hecho, denuncia continuamente que las aportaciones del ALBA no entran en el presupuesto nacional, sino que van directamente a las cuentas de la familia, igual que la gasolina, que Venezuela vende baratísima a Nicaragua, pero cuyo superávit no va a las arcas del Estado. En la última campaña electoral, la financiera que manejaba el dinero de la cooperación venezolana era la misma que pagaba a los dueños de autobuses para que emitieran propaganda a favor del FSLN en su recorrido, incluso con supervisores para vigilar su cumplimiento. Y la agencia de publicidad era la que dirigía uno de los hijos del presidente. (Véase *El Nuevo Diario*, 10-8-2011). Asimismo, se señala en la prensa nicaragüenses el acaparamiento de los medios de comunicación por la familia gobernante, las empresas de inversiones y los círculos de poder que han surgido en Nicaragua, que son llamados *la oligarquía orteguista* y se comparan con los del somocismo. (Véase *El País*, 29-11-2016).

¹⁰⁹ El 13 de marzo de 1979 el movimiento de oposición de Maurice Bishop derrocó la dictadura gobernante en la isla de Granada. Poco después, EE.UU. declaró un bloqueo económico y financiero hasta protagonizar la invasión directa a la isla, que tendría lugar el 25 de octubre de 1983.

algo que no se daba a conocer. De hecho, la Seguridad del Estado fue uno de los departamentos más poderosos durante todo el período sandinista.

En síntesis, defectos todos consecuencia de la ambición de poder y dinero y de las rémoras autoritarias que los dirigentes no fueron capaces de erradicar ni reconducir.

Ante la conmoción que supuso después la pérdida de las elecciones, hubo algunos intentos de establecer una autocrítica que pudiera ser útil para el futuro. En este sentido, en 1990 se celebró la primera Asamblea de Cuadros del FSLN en El Crucero, después el primer congreso, en 1991, y el segundo en 1994. En todos estos foros se reconoció que en Nicaragua no solamente había habido una guerra de agresión, sino también una guerra civil, motivada por causas endógenas del propio proceso. También se pretendió hacer una autocrítica oficial sobre el modelo político de poder de la década de 1980, y se logró admitir que había sido objetivamente autoritario. Sin embargo, fue lamentable que sólo una parte del FSLN aceptara esas conclusiones y, evidentemente, no tuvieron el necesario eco, ni continuidad.

La tendencia autoritaria ha permanecido y, actualmente, en recientes trabajos de investigación se ha puesto de manifiesto la instauración progresiva de un sistema político *hiperpresidencial de iure*, legitimado con la reforma de la Constitución de 2014. Ello ha certificado «la capacidad de Ortega de establecer una amplia política de alianzas mediante una lógica caudillista con pretensiones hegemónicas» (Martí i Puig, 2016, pp. 239-258).

I.VI

El legado sandinista

Nos inculcaron que ellos eran comunistas, y a ellos les enseñaron que nosotros éramos contrarrevolucionarios, y ninguna de las dos cosas era verdad.

Carlos García

Ex presidente de la *Fundación de ex Combatientes de Guerra*¹¹⁰

La relación de características que Carlos Vilas enumeró en 1991 como legado de la Revolución Sandinista, podría rubricarse en 2017 en casi todos sus puntos. Algunos sí se han modificado, pero, lamentablemente, para empeorar, como iremos mostrando.

Las continuidades en la historia son tercas y más perdurables que los cambios, y, como Vilas escribía (Vilas, 1991/2005), «mucho de lo profundamente arraigado en la historia de Nicaragua sigue en pie». Ahora, después de varios gobiernos neoliberales y de una vuelta al «sandinismo oficial» desde 2006, el cuadro dibujado por las mujeres entrevistadas corrobora muchas de aquellas apreciaciones de Vilas.

1. *La primacía y estilo patrimonial del Estado y el estilo prebendista del ejercicio del poder, junto a unas extensas redes familiares que se mostraban inmunes a los cambios.*

Es esto algo que podría suscribirse actualmente: un estilo patrimonial y unas redes que se han seguido viendo en los apellidos que pueblan el

¹¹⁰ La Fundación agrupaba a ex miembros del Ejército Popular Sandinista (EPS), del Ministerio del Interior (MINT) y de la Resistencia Nicaragüense (RN). Martí i Puig, S. (2002). *El proceso de desmovilización y «reinserción» de la contra nicaragüense: algunas claves para el análisis de la violencia rural en Nicaragua*. Barcelona: Cibod.

Parlamento y que han ido ampliándose con el surgimiento de una nueva burguesía del Frente. Las mujeres aquí entrevistadas aseguraron que existe un empresariado que apoya ahora gestiones muy poco claras, como la practicada con la ayuda de Venezuela, dado que los recursos de la Alternativa Bolivariana de América Latina (ALBA) no se integran en el presupuesto del Estado. Que todo el mundo sabe en Nicaragua que el negocio del petróleo lo maneja no ya el gobierno, sino la familia presidencial, aunque los beneficios se han repartido parcialmente para tener apoyos, y ha surgido en el país una nueva cúpula que se ha ido enriqueciendo. (Salinas, C. (29-11-2016). El círculo familiar del poder en Nicaragua. *El País*). Así, lo que un día fue la lucha entre las tendencias del Frente, ahora se está dando por los puestos de privilegio o por lugares a ocupar.

Decía una de las entrevistadas:

Los recursos son manejados a discreción por «la pareja real», pero lo sabemos todos y por eso se demanda cada vez mayor transparencia. A mí el que me gusta es el presidente Mujica que dice siempre: «El que quiera reales, se olvide de la política».¹¹¹

Las críticas sobre esa ayuda venezolana han arreciado porque no se ha visto reflejada en la reducción del precio del combustible —como cabía esperar— y el gobierno lo ha justificado por la edición de programas sociales. Sin embargo, aunque se ha dedicado algo a salud y educación, y se ha emprendido una serie de proyectos —*Hambre Cero*, *Plan Techo*, *Usura Cero*, *Merienda Escolar*, *Bono Productivo* y *Casas para el Pueblo*— sus mismos promotores admiten que se ha perseguido «tener algo de despegue», pero que eran programas de supervivencia, no de desarrollo. Resumían la percepción de la ciudadanía diciendo: «Hacen poco, pero a veces a la gente le compensa porque los otros hacían menos»¹¹².

También se denuncia la existencia de corrupción institucional, que abarca desde la Policía —que a cada paso pide «coimas»— a los organismos del Estado, a la alcaldía y a todas las instituciones. Se afirma que es enorme la cantidad de dinero que se exige en la alcaldía o en el registro para cualquier trámite. Un caso concreto fue el de un presupuesto del Estado para reparar escuelas rurales que ni siquiera tenían un techo, y que fue a parar a las cuentas de un diputado, antiguo dirigente de la Juventud Sandinista.

¹¹¹ Informante anónimo n.º 4.

¹¹² Informante anónimo n.º 4.

2. *El FSLN, durante la dictadura somocista, y la Contra, durante el régimen sandinista, fueron oposiciones que no supieron negociar, que sospechaban siempre que la negociación favorecería al régimen que combatían, y que negociar era «venderse al enemigo».*

Sin embargo, en este aspecto, sí se ha ido produciendo un tímido cambio de actitud. Ha habido varios encuentros entre las víctimas de guerra del FSLN y de la *Resistencia* (RN) de diferente calado. Se celebró el Primer Encuentro por la Paz y la Reconciliación, en febrero de 1992, y como consecuencia, la creación del Instituto de Atención a Víctimas de Guerra, por decreto 7-92 del gobierno Chamorro, donde se trabajó en acciones de reinserción social y de reconciliación. Más tarde, desde las elecciones municipales de 2008, muchos miembros de la RN se encontraron con el Movimiento de Renovación Sandinista (MRS), como parte de la alianza del «PLI, «antes de ser defenestrados por la dictadura de Daniel Ortega», a decir de los participantes.

Desde entonces, han continuado los intentos del Movimiento Patriótico por la República (MPR), del Frente Amplio por la Democracia y de otros organismos de derechos humanos, de converger en la necesidad de rescatar la democracia en Nicaragua. (Entrevista con Genaro Pérez Merlo, integrante del extinto *Centro de Discapacitados de la Resistencia* de Managua).

3. *En la década sandinista se generalizó el debate público, la crítica, la diversidad de opiniones, el cuestionamiento de los dirigentes... todo muestras de una desacralización de la función pública.*

Sobre este tema, contrariamente a la percepción de Vilas, nuestras fuentes afirman que el debate público escaseó o se hizo siempre en privado. La Asamblea Sandinista —el Parlamento— sólo era un instrumento de ratificación de las decisiones de la Dirección Nacional. En su seno sí podían darse discusiones acaloradas, pero cuando se llegaba a un acuerdo, se aceptaba sin cambiar una coma porque así rezaba la tesis del «centralismo democrático», que estaba en la estructura del poder. Por añadidura, junto a la concepción doctrinaria, la dificultad de organizar debates en tiempo de guerra facilitaba que las decisiones de los nueve comandantes se asumieran sin objeción alguna.

También las mujeres con actividad política aquí entrevistadas aluden reiteradamente a la dificultad de debatir y expresar discrepancias en aquella época. En todas aparece en algún momento la queja por la imposibilidad de cuestionar a los dirigentes, la exigencia de «obedecer» sus mandatos sin discusión alguna y la observación de una disciplina férrea. Algunas admiten que hasta se adoptaron ciertas formas de rendir pleitesía y se aguantaron exabruptos y malas contestaciones. Sin duda, la experiencia que tuvieron estas

mujeres durante la Revolución no fue la de poder «*cuestionar a los dirigentes, ejercer la crítica y tener diversidad de opiniones*», como señala Vilas.

No obstante lo anterior, algunas sandinistas sí elogiaron al gobierno de la década de 1980 y sus logros, siempre comparando con la época somocista, y esto se percibe especialmente en los relatos de «madres» de ex guerrilleros de avanzada edad. Manifestaron que después del Triunfo sandinista hubo viviendas para algunos que antes nunca las hubieran podido tener, y que desde que ganó de nuevo el sandinismo en 2006, todo el mundo trabajaba y había hospitales en todas partes. Que hubo paz, y que los que se quejaban era porque no habían conocido la guerra, ni lo que fue la Guardia de Somoza, ni la facilidad con la que golpeaban y mataban. Asimismo, señalaron algunas mujeres que había libertad para expresarse, y que antes le podían quitar a uno la vida por lo que hablara. En un caso se definió al régimen como un sistema «ni socialista ni capitalista, pero donde el gobierno se preocupa de la gente». Varios testimonios muestran una gran comprensión de las deficiencias, y hasta de los errores del gobierno después del Triunfo:

Hubo muchos reclamos, pero se olvida que en un pueblo donde había ricos y pobres, aunque algunos de los ricos colaboraron con los sandinistas, el rico no es muy desprendido, y con tantas reformas como hizo el Frente, como la agraria —donde quitaron a los ricos para darles a los pobres— eso no les cayó muy bien y también ellos pasaron penurias. Cuando empezó el bloqueo de EE.UU., algunos se fueron porque hizo falta de todo, pero hubo lo esencial porque el gobierno daba arroz, aceite, azúcar, frijoles, jabón, y la gente aún se molestaba porque tenían que hacer filas, pero ¿dónde no se hace fila? (...) También le culpan de la guerra, pero la guerra, en parte, fue porque se la quiso aquí, porque a mí nadie me va a obligar a coger un rifle si yo no quiero. Todo el mundo sabe que los *contras* fueron a EE.UU. a buscar el apoyo de Reagan y que él los apoyó. La mayoría del pueblo estuvo consciente de que la guerra sólo fue un mal necesario, no había otra manera, y la prueba está en que hubo muchos de la *Contra* que se les sublevaron a sus jefes¹¹³.

Otro sector de las entrevistadas, quizá porque lo echaron en falta anteriormente y se arrepintieron de no haber manifestado con más frecuencia sus desacuerdos, han denunciado reiteradamente sus discrepancias de ahora, que critican abiertamente y reconocen como prolongación de uno de los vicios de entonces del sandinismo: el ansia de enriquecimiento, actualmente concentrada en un proyecto del gobierno: la construcción de un canal interoceánico, del Atlántico al Pacífico, similar al de Panamá, que cruzaría el

¹¹³ Informante anónimo n.º 2.

país, ampliamente rechazado por la oposición¹¹⁴. Los que serían afectados por ello —pequeños propietarios de las tierras por donde se abriría el canal— lo viven como una imposición. Consideran que el gobierno sólo se habría preocupado de conseguir el apoyo de los grandes propietarios, ofreciéndoles proyectos turísticos fantásticos en sus tierras, pero que la ley podría obligar a los pequeños a vender o malvender sus propiedades sin posibilidad de negarse. Por otra parte, como el canal cortaría en dos a Nicaragua, y dividiría dichas tierras, se tendrían que cruzar puentes para seguir trabajando y se separarían las comunidades de sus cementerios.

4. *La llegada de la democracia y cómo se ha mantenido en los gobiernos sucesivos es un logro evidente, aunque el concepto de democracia del Frente era mucho más amplio.*

Este es otro de los aspectos que han cambiado, para empeorar. Si bien fue cierto que el FSLN pretendía, en sus mejores intenciones, que se lograra una «democracia económica» —que incluyera las relaciones sociales y una mayor justicia social y distribución de la riqueza—, no se consiguió entonces, y después ha ido decreciendo. El Frente no fue capaz de lograr esa democracia económica a lo largo de la década sandinista, pero, actualmente, se ha perdido hasta la democracia formal. Diferentes grupos, partidos políticos nicaragüenses, antiguos correligionarios y opositores... se refieren desde hace años al régimen actual como «dictadura orteguista», y el desacuerdo se incrementa día a día.

¹¹⁴ De dicho proyecto, los críticos más especializados afirman que pondría en riesgo el gran lago de Managua, Cocibolca, que es la reserva de agua de Centroamérica, no sólo de Nicaragua. A este respecto, en diversas investigaciones llevadas a cabo por los equipos técnicos se ha afirmado que, además del impacto social, desde el punto de vista económico no tiene ninguna viabilidad, porque es más barato cruzar por el canal de Panamá o, incluso, por el estrecho de Bering cuando se produce el deshielo. (Investigación presentada en televisión por Carlos Fernando Chamorro, hijo de Pedro Joaquín Chamorro y Violeta Barrios, quien fue durante catorce años director el órgano oficial del FSLN, el diario *Barricada*. Carlos Fernando Chamorro salió del diario en 1994 por discrepancias con la dirección del Frente acerca de la falta de independencia en que estaba entrando el periodismo en Nicaragua. Pasó entonces a trabajar en dos programas de tv —*Esta Semana* y *Esta Noche*— y en una emisora local de radio. Es director de la revista de investigación *Confidencial* y sus programas gozan de un gran prestigio como representantes de un periodismo serio y crítico en todo momento). El tema ha sido profusamente tratado también en numerosas conferencias impartidas por Mónica López Baltodano, abogada especializada en derecho ambiental y asesora legal del movimiento Campesino anti-canal, desde que comenzó el conflicto campesino en 1913. González C., A. Mónica López Baltodano: Ortega odia al campesinado. *La Prensa*, 30-4-2017.

5. *El ejército se redujo en tres cuartas partes y conservaba una clara independencia respecto de las fuerzas armadas de EE.UU.*

Aquel ejército, que se consideró la mejor herencia de la Revolución, la institución más valorada, ya no se percibe de la misma manera. Se admiró entonces, a escala internacional, que hubiera sabido evolucionar desde un ejército sandinista salido de la guerra, a un ejército del Estado, de todos los nicaragüenses. Además, que hubiera pasado de un macro-ejército a un ejército de proporciones adecuadas al tiempo de paz, después de un proceso ejemplar de desmovilización.

Por el contrario, actualmente, se vuelve a percibir al ejército como un apéndice del gobierno. En palabras de Sergio Ramírez (entrevista, 2010):

El ejército está metido en Nicaragua en la Asamblea Nacional negociando con los diputados, y los partidos políticos quieren congraciarse con él porque lo ven como a alguien a quien le tienen miedo.

El gobierno actual puede reducir el presupuesto de la salud o educación, pero no hay una reforma fiscal que grave el capital porque no va a atacar nunca a la empresa privada, ni al ejército. Considera que tiene que estar a bien con ellos porque tienen mucho poder económico, tienen muchos negocios. Tiene pactos con ellos y no les va a quitar dinero. No hay miedo a un peligro de golpe de Estado, porque están muy bien «amarrados» a Daniel Ortega¹¹⁵.

Se critica duramente que ha sido muy favorecido por las propiedades que se les han ido otorgando y las fabulosas pensiones con que se licencian para asegurarse así su lealtad al gobierno, a imagen y semejanza de los tiempos de los Somoza. Los documentos de la auditoría *Deloitte* indicaban que el Instituto de Previsión Social Militar (IPSM) tenía un capital de US\$ 29,5 millones en 2002, que había ascendido a US\$ 72.3 millones en 2009 y se estimaba que podía rondar entre US\$ 90 y US\$ 100 millones en 2011¹¹⁶.

6. *En 1991, casi el 70% de los efectivos del Ejército Popular Sandinista había sido desmovilizado, y ese hecho no tenía paralelo en El Salvador, Honduras o Guatemala*

Sin embargo, poco después, uno de los mayores descontentos fue el de los desmovilizados. Tras los Acuerdos de Paz y el cambio de gobierno de 1990, se planificó una reinserción social en siete lugares de asentamiento definitivo

¹¹⁵ Sergio Ramírez fue integrante del *Grupo de los Doce* y vicepresidente del gobierno sandinista entre 1984 y 1990. Véase el IP.

¹¹⁶ Véase al respecto Galeano, L.: Se triplican los negocios del ejército. *Confidencial*, 15-7-2012.

para los repatriados de la *Contra*, los «polos de desarrollo», donde se debía proceder a la entrega de armas con garantía de seguridad personal, junto al desmantelamiento de los campamentos militares. Pero cuando a mediados de ese año se hizo una revisión realista de los logros a través de una comisión formada por todas las partes —*Resistencia*, EPS, gobierno y delegados internacionales— hubo que admitir que sólo el 53% de los desmovilizados había tenido acceso a las parcelas que se asignaron, que no había seguridad y no se habían creado los servicios prometidos. Únicamente se había logrado la retirada de las tropas de la *Contra* de sus antiguos cuarteles¹¹⁷.

Por ello, de casi cien mil desmovilizados en condiciones precarias y ante una enorme incertidumbre por su futuro, a mediados de 1992 surgieron los «recontras» y los «recompas», aparecieron de nuevo armas en cantidad, y en todo el norte volvió la violencia. Y ya no se luchaba contra el comunismo ni por crear «el hombre nuevo», sino sólo por sobrevivir. Según datos del PNUD, más del 50% vivía en condiciones de pobreza extrema, y hubo una muerte violenta cada dos días en los cinco años siguientes, desapareciendo toda autoridad institucional. Los incumplimientos del gobierno Chamorro quedaron al descubierto¹¹⁸.

Los mismos afectados dicen que el proceso es confuso porque admiten que se les ayudó muchísimo, que se les dieron tierras, pero también lamentan que necesitaron venderlas por falta de apoyos para su mantenimiento. Junto a ello, afirman igualmente que, aunque el gobierno de Violeta Chamorro les dio tanto a los del ejército como a los de la *Contra*, los jefes fueron los verdaderos beneficiados, que se quedaron con las mejores fincas y con haciendas completas, mientras que a los de base sólo les correspondieron propiedades de cinco o diez manzanas¹¹⁹.

Los gobiernos liberales cortaron las ayudas exclusivas a las «madres de los héroes y mártires» —sandinistas—, pero cuando volvió Daniel Ortega, en 2006, se las restableció incluso con una retroactividad de cuatro o cinco años atrás, pero no se dio el paralelismo en los *contras*.

Actualmente vuelven las incertidumbres y temores en el norte del país con la preocupación creciente por la construcción del canal, con las expec-

¹¹⁷ Informe de Acnur, 1990.

¹¹⁸ Véase Martí y Puig, S.: «Por qué se armaron los rearmados». *Envío*, n.º 190, 1998.

¹¹⁹ Véanse a este respecto: Butler, J. (1995). *Nicaragua's Lessons in the four R's: Reconciliations, Reconstruction, Reinsertation and Rehabilitation*. XIX LASA Congress: Washington. Mimeo; (1995). *Conflictos difíciles, soluciones parciales. La búsqueda del consenso en Nicaragua, 1990-1995*. Cambridge: Iniciativas Hemisféricas; Cuadra, E. y Saldomando, A. (1994). *Los problemas de la pacificación en Nicaragua. Recomposición de grupos armados y conflictos sociales*. Managua: Cries.

tativas de mejora frustradas, sin esperanza ni salida visible. Periódicamente se repiten los rebrotes ocasionales de violencia y malestar, y se acrecienta la desconfianza en el futuro. Muestra de ello es que siguen siendo válidas las palabras de Salvador Martí en 1990: «No basta con desarmar a las bandas de los rearmados. Hay que abrirles las puertas a una sociedad que les ofrezca oportunidades, atención y humanismo. Porque la exclusión, el hambre, la falta de expectativas y el desprecio también son violencia»¹²⁰.

* * *

¹²⁰ Véase Martí y Puig, S., ob. cit., 1998 (edición digital).

SEGUNDA PARTE

LOS TESTIMONIOS
DE LAS MUJERES ENTREVISTADAS

Después de las grandes guerras del siglo xx y sus muertes masivas, la tarea de escribir sobre guerras modernas, más pequeñas, (...) requiere otra postura ética y metafísica. Hay que reclamar un espacio para lo diminuto, lo personal, y lo aislado. Un solo hombre. Único para alguien. El hombre no debe verse desde la perspectiva del Estado, sino desde la perspectiva de quien es para su madre, para su mujer, para su hijo.

Svetlana Alexiévich
Los muchachos del zinc. Voces soviéticas de la guerra de Afganistán

II.I

Mujeres de la *Contra*

II.I.1. MADRES DE COMBATIENTES DE LA CONTRA

M.^a de los Ángeles Quintanilla Gutiérrez

(El Jícaro, Nueva Segovia, 2014)



¿A mí no me va a entrevistar? ¡Yo soy madre de fallecido!

Yo tengo ahora noventa y nueve años, y un hijo mío murió en la guerra¹²¹. Se llamaba Rufino Quintanilla Gutiérrez Blandón, por el papá, porque no éramos casados con el papá de él ¿sabe usted?, por eso tenía mis mismos apellidos. Murió como a los cinco años de haberse ido a la guerra y tendría unos veinte cuando se fue y dejó tres niños que andan *regados* por ahí... Y yo digo que... ¡a ver por dónde andarán los pobres! La mamá es Esmeralda,

¹²¹ Esta entrevista no estaba programada. La cita era con una nuera suya, en su calidad de esposa de fallecido, pero después supe que, cuando doña M.^a de los Ángeles se había enterado de que yo quería entrevistar a esposas y madres de combatientes, no le había parecido bien que no la buscara a ella puesto que el esposo de su nuera era su hijo. Fui a su casa, cercana a la anterior, y en cuanto ella me vio aparecer, me dijo: «¿A mí no me va a entrevistar? ¡Yo soy madre de fallecido!». Así fue como empezó a contarme su historia, que estaba deseando que alguien escuchara. Algo parecido me ocurrió en casi todos los casos de las mujeres de la *Contra*. Encendí la grabadora y ella empezó su relato.

vive en Managua, pero no están con ella. Después de morir mi hijo, ella, a los tres meses se casó con otro y los dejó con los abuelos, y usted sabe que los abuelos... (¿?). Yo tuve quince hijos, pero se me murieron muchos. Sólo me quedaron dos, uno enfermo, Juan Ramón, y Joaquín, pero Dios sabe lo que hace. Y Rufino, que era el que me daba también todito a mí, del camino me lo llevaron a la guerra y fue el que después murió.

En aquel tiempo, cuando yo era joven, yo le voy a hablar la verdad. Yo conocía a Sandino, y él era un hombre humilde, delgadito, con sombrero, y como él era pobre... bien amable con los pobres. Era buena gente, pobrecito. Pero cuando llegó Somoza, ya fue la guerra, y le cuento que ¡Somoza era el padrino de él! A él le hicieron la guerra y él se fue metiendo, metiendo... Tan sólo me acuerdo de que un combate fue en un lugar de Susucayán (Nueva Segovia), en un lugar que le dicen «la selva Mochen». Allí fue el primer combate¹²².

Cuando comenzó la guerra de los *compas*¹²³, yo estaba en un lugar que se llama El Corozo, haciéndole oficios a una señora que se llama Dorita y a un don Pancho. Les cuidaba yo porque tenía yo a mi mamá viva y tenía también a mis hijos, y yo trabajaba para darles sostén a ella y a mis hijos, porque usted sabe la madre cómo es... y cada quince días les iba a dejar su provisión, pero un día llego y me dice don Pancho: «Fíjese, doña María, que ya está comenzada la guerra, está por acá el ejército»... y entonces le dije «¡Ah, pues si es así, yo me voy, porque mi mamá está ya viejita!». Él me pagó mi sueldito y ya me vine. ¿Y sabe cómo me vine? En la camioneta y con los *compas*, desde Jalapa, porque ¿cómo me iba a venir?... allí estaba destinado un conocido mío y en la camioneta de él me vine, si no, no vengo.

Mis hijos estaban aquí, con mi mamá, y le daban todo a ella. Mi hijo Rufino vino a verme con la mujer, porque él vivía en Managua y siempre venía a dejar la provisión. Él se casó de quince años, usted sabe... los varones... y se fueron por un lugar que le dicen El Espino, más allá de Susucayán, y después de dejar la provisión, agarró el carro para Managua, y de ahí se lo llevaron, y cuando se lo llevaron, se quedó la madre de los niños, que era de Managua, sola con ellos. Dicen que hasta las *pachas* de los niños iban ahí cuando se lo llevaron para la guerra, y se lo llevaron a la fuerza. Después me

¹²² En realidad, el primer combate de las tropas del general Sandino contra la ocupación de los *marines* fue la batalla de Ocotál, Nueva Segovia, el 16 de julio de 1927. Fue, en la historia de la aviación mundial, la primera operación aérea de bombardeo en combate. Ante el fracaso de Sandino y la cantidad de bajas de su ejército, nunca más se enfrentó en ataques abiertos, sino en guerra de guerrillas.

¹²³ Nombre coloquial que se daban entre sí los sandinistas, apócope de «compañero».

llevaron a otro, a Ramón, y también fue su papá, porque era su papá de él, pero nosotros, de pareja, ya lo habíamos dejado. Él estaba con otra mujer, usted sabe cómo es el hombre... le voy a enseñar una foto de Ramón, aquí lo va a ver. Se los llevaron a fuerza, y al que no quería ir, se lo llevaban amarrado. Se llevaron muchos, y unos volvieron y otros murieron.

Yo me escapé de morir, pero usted sabe, una madre ¡cuánto no siente un hijo! Después, a media guerra, murió mi mamá, la pobrecita, y yo quedé solita, en este ranchito [es una casa muy humilde y un ruedo de tierra alrededor]. Y lo hice yo este ranchito porque estaba sola, y batí la tierra y pegué todo lo de allí. Arriba lo mandé a componer... usted sabe cómo es el pobre... yo sembraba frijoles y maíz y hasta hice losas de barro y las vendía, y mire que nadie me enseñó. Estaba yo entonces con cuatro hijos míos: Juan Ramón, Joaquín, la Nora y la Mercedes. Los primeros se me murieron y los doctores no les hallaban medicinas. Se los llevó el Señor, no sé de qué estaban enfermitos. Era que Dios se los quería llevar.

Yo no dormía, sólo pensando en mis hijos, y tomando café, que era mi deleite. Una noche estaba durmiendo y ¿sabe que me dijeron en el oído? Pues esto: «Mama, yo soy muerto, soy Ramón, quedé tirado ahí por Honduras. En el hospital, en Honduras, yo ya soy muerto». Y a los tres días estaba la noticia de que estaba muerto. Mire, cómo me revelaba mi Señor... después ya vino un muchacho, porque de su familia se habían llevado a otros dos, y fue el que me dijo que mi hijo había muerto. Se quedaban en la montaña, no sabemos dónde están enterrados ¡ay mis criaturas!

En los cinco años que estuvo en la guerra, yo ya no lo vi más. Aquí denunciaron a mi Nora, la mujer del fallecido, pero no era cierto. Nunca volvió a pensar mal ella como otras mujeres... ella no. Y hubo personas que denunciaron que por aquí pasaban ellos, los *compas*, pero fueron puras mentiras¹²⁴.

Después, cuando doña Violeta, ya fue cuando oímos nosotros que venía la paz. Ya nos alegramos porque, aunque murieron tantos familiares, ya se estaba más tranquilo. Yo ahí tengo hasta el papel donde los desmovilizaron ya ¿se lo enseño? [Me enseña el papel del hijo desmovilizado].

Tengo noventa y nueve años y he estado enferma porque he trabajado mucho. Íbamos a hacer cuajadas y las llevábamos a pie hasta Jalapa. Todo eso fue cuando quedé solita.

¹²⁴ Se refiere a que en esa zona, de preeminencia *contra*, se denunciaba a quienes acogían o ayudaban a los sandinistas, pero que la esposa de su hijo no les ayudó.

Juliana Mercedes García
(Managua, 2014)



Lo que yo quisiera que se supiera de esa época fue lo triste de las amenazas cuando se fueron mi marido y mis hijos para Honduras. Me decían que yo iba a salir de la casa, pero no iba a regresar.

Tuve siete hijos, de los que cinco fueron a la guerra: cuatro varones y una mujer. Dos de ellos, «Johnny» y «Rubén» están vivos y otros dos murieron en la guerra, los comandantes «Danilo» y «Ceferino». Otro, Marlon Hermógenes, al que llamaban «Marlon», sin pseudónimo, trabajaba en el Ejército de Honduras como artillero del Ojo de Agua. También ya murió, pero no en la guerra, fue después, en México.

El primero que se integró en la *Resistencia*¹²⁵ fue «Rubén», el 20 de marzo de 1980, nueve meses después del Triunfo del FSLN¹²⁶. Un año después,

¹²⁵ Véase Martí i Puig, S. (2012). *Nicaragua (1979-1990): La revolución enredada*. Edición Salvador Martí i Puig, p. 240.

¹²⁶ El «comandante Rubén» perteneció a los *Milpas*. Fue miembro de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), nombre que adoptó en septiembre de 1981 la unión de los ex guardias nacionales con el resto de adversarios del sandinismo. Más tarde fue viceministro del Instituto de Repatriación, en la década de 1990. «Los *Recontras*, campe-

Luis Armando, «Johnny», Julio César, «Danilo» y mi esposo, «Byron». A los dos años, Rigoberto, «Ceferino», que era el pequeño. Y tres años más tarde, en 1983, salí yo camino de Honduras con mis dos hijos pequeños, Marcia y Wendel, además de un nieto de cuatro años, cuya madre también había salido a Honduras con los anteriores.

Mi esposo era juez de mesta con Somoza

Mi marido era hijo de Eduardo Sobalvarro, de Matagalpa, y fue juez de mesta desde que era soltero¹²⁷. En la época de Somoza vivimos en Matagalpa y Jinotega y ahí empecé a tener mi familia. Después vivimos en Wiwilí (Jinotega), porque ahí teníamos una de nuestras fincas, al otro lado del cerro de Kilambé, que se llamaba Santa Teresa, y otras dos fincas de café y un beneficio que era movido por agua, con turbinas. Ahí fue donde dejamos nuestras fuerzas y las de nuestros hijos, pero de la noche a la mañana, llegó un hermano mío, Guadalupe García —después «comandante Rojito»— que llegaba muy de mañana llorando y me dice: «Comadre, mire que derrotaron a Somoza».

Todos lo sentimos, porque con nosotros Somoza se había portado muy bien. Yo, lo poquito que supe, y toda mi familia, se lo agradecemos a él, a Tacho, al padre¹²⁸. Yo, que soy la mayor de la familia, le agradezco que yo estudié, y en todo lo que aprendimos mis hermanos y yo, no gastamos ni un peso. Los cuadernos eran de papel de empaque, y mi mamá, que era costurera, nos pasaba la máquina por encima y nos los hacía y nos vestíamos de manta, porque los uniformes eran de manta, pero estaban muy bien.

Él llegaba a visitarnos, a mí me dio la mano. Después conocí a su esposa doña Salvadorita y a su hija Lilliam, en Wiwilí. Aún está allí la escuela, se llama «Las Tejas». También llegó después Tachito¹²⁹. Él llegaba siempre muy confiado, y una compañera mía hizo un discurso muy bonito y le dieron cien córdobas por él. Ella hasta lloraba de alegría.

sinos armados con amplia base social». *Envío*, n.º 119, 1991. Los comandantes «Rubén» y «Danilo», hermanos, eran del *Comando Regional Salvador Pérez*. (Gadea, Johnny (2013). *Fui un combatiente contra el comunismo en Nicaragua en los años 80*. Libro electrónico, editado en EE.UU., p. 205).

¹²⁷ Los jueces de mesta eran civiles colaboradores de la Guardia somocista e informadores de los movimientos de la guerrilla en el campo y la montaña.

¹²⁸ «Tacho» era el nombre amistoso que daban a Somoza el viejo, Anastasio Somoza García, el fundador de la dinastía.

¹²⁹ «Tachito», Anastasio Somoza Debayle, el hijo menor de Somoza García, que gobernó de 1967 a 1979.

Lilliam nos llevaba regalitos a la escuela y nos componía un cintito que nos poníamos en la cabeza... nos tocaba, nos peinaba... lástima que no nos tomaron fotos, pero yo lo recuerdo todo, y tenía como diez años. Entré a clase a los seis años, en el mismo barrio en que vivíamos, en Wiwilí, donde nací y me crié.

Cuando Somoza llegaba, lo venían a *topar* a caballo hasta Sébaco. Ahí dejaba su carro o se lo llevaba otro, pero él llegaba al lugar montado a caballo, y doña Salvadorita también. Había un doctor Mora, de Matagalpa, dentista, que era el que encabezaba todo eso y que tenía un caballo blanco hermosísimo, al que le decía: «¡Reíte!», y el caballo levantaba el labio, y era para que lo vieran porque le había puesto los dientes de oro. Se le conocía por «Mora», en Matagalpa. Me acuerdo de que al caballo de doña Salvadorita le ponían un ramo de azucenas blancas en la frente, todo muy bonito. En Matagalpa fueron muy queridos los Somoza.

Ya con el tiempo, me casé en Jinotega, porque mi papá compró una finca en ese departamento y estaba allá. Después nos hicimos de más adentro, de la montaña, en Wiwilí, y mis hijos todos tuvieron fincas, y mi hijo mayor, Luis Armando, el «comandante Johnny», ya estaba con esposa y una niña recién nacida, que las dejó cuando él se tuvo que ir a la guerra.

A la caída de los Somoza: la integración en la Contra

Cuando botaron a los Somoza hubo una alfabetización, que estuvo bien, pero unos decían cosas buenas y otros no, porque a mi marido lo perseguían los alfabetizadores. Ellos *levantaban* informes y cuando la gente llegaba, ya tenían preparados todos los informes porque los alfabetizadores andaban en dos cosas: nos estaban enseñando, a los que eran analfabetos, aunque gracias a Dios, en mi casa no encontraron ignorantes, porque a todos mis hijos yo los había tenido en la escuela y no tuvieron que alfabetizar. Pero también se daban cuenta de cuál era la situación de nosotros, y sí se posesionaron de mi casa y de un local de escuela que teníamos, para hacer ellos sus reuniones.

En un principio parecía que iba a ser «una agüita de rosas», pero después ya no. Cuando cayeron los Somoza, nosotros nos quedamos en Wiwilí, y enseguida llegó una gente mal preparada a ofendernos, porque sabían muy bien que, desde mi abuelito, incluso desde mi bisabuelo, Eduardo Artola, de Darío, todos éramos liberales y somocistas. Venían a sacarnos de la casa groseramente, como se saca a un gato dañino, y nos presionaron mucho hasta que mis hijos se fueron para Honduras.

La salida de los hijos hacia Honduras

Mi esposo y dos hijos más se fueron un 16 de julio de 1981, día del Perpetuo Socorro. Yo arrodillé a mis hijos, les di la bendición, y les dije que se fueran porque no había otro remedio¹³⁰. Y su papá allí... yo lloraba a solas. Nosotros, más o menos, sabíamos que estaríamos mal, pero ¿para dónde cogíamos?

Nosotros seguimos en nuestra casa, pero en 1983 fue cuando se empezó todo a poner demasiado feo, cuando empezaron a reclutar para el ejército sandinista. Me había quedado solamente con un hijo, Rigoberto Sobalvarro, «Ceferino», que estaba apenas de trece años, pero me lo perseguían y yo lo escondía. Este después fue el paramédico del «comandante 3-80»¹³¹. Luego estaban los pequeños, que eran niños, Wendel y Marcia, de once y nueve años.

Había que ir a presentar a los hijos a un comando ambulante [base militar, cuartel] por el cerro de Santa Teresa, en Kilambé. Si no, los sandinistas llegaban a las casas y se los llevaban amarrados a esa casuchita que era el comando ambulante, y no decían por qué, sólo que eran «órdenes del nuevo gobierno».

Yo sabía cuando ellos iban a llegar [los sandinistas] porque la finca era un *bordo* bien amplio y se miraba por unos llanos, unos ramales, y me llegaban a avisar. Otras veces lo embadurnaba de *vaporub* y lo metía en una cama y cuando llegaban, lo presentaba como enfermo porque era el único que me quedaba de los que se podían llevar. Nos molestaban y nos amenazaban. Se subían a los palos como los monos a vigilar las casas. Yo sufrí mucho porque estaba sola, y mi marido, que se había regresado en el camino a Honduras, se había metido en el monte y yo le llevaba una cobijita allí, la comida, las

¹³⁰ «Rubén» se había integrado en los primeros grupos antisandinistas ya en abril de 1980. Fue uno de los *Milpas* (Milicias Populares Antisandinistas), que reconocían como jefe a Pedro Joaquín González, «Dimas». En su opinión, cuando «Dimas» fue muerto por los sandinistas, nació la *Contra*.

¹³¹ El «comandante 3-80» era el coronel de la Guardia de Somoza, Enrique Bermúdez, el principal jefe de la *Contra*. Junto con otros compañeros, fundó la *Alianza Democrática Revolucionaria Nicaragüense (Adren)*, sustituida después por la *Legión 15 de Septiembre*, formada exclusivamente por ex miembros de la Guardia Nacional, que fue uno de los primeros embriones de la *Contra*. El grupo, exiliado de Nicaragua a la caída de Somoza, argumentaba que «Nicaragua estaba ocupada por cubanos, rusos y otros nacionales del bloque soviético» (Matamoros H., B., 2006, p. 18). No obstante, los oficiales de la Guardia enseguida fueron sacados de la dirección porque los que tenían el apoyo social eran los finqueros, por la estructura familiar que hay en Nicaragua de grandes familias en el campo. Ellos fueron los que sustituyeron a la Guardia frente a la CIA, que encontró después terreno abonado para su intervención.

medicinas. Los vecinos y amigos ayudaban porque sabían que nos estaban vigilando, y yo a veces no podía salir de la casa. Entonces, esos amigos y vecinos eran los que lo visitaban y lo atendían. Un día llegó un batallón y yo estaba sola, sufriendo. Al oír aquellos bombardeos, aquel avión que llamaban «pájaro negro»¹³²... y mis hijos grandes, todos fuera... yo se los encomendaba a la Virgen. Porque ellos se habían ido ya para Honduras.

Un día llegó un hombre que tiene un taller a la entrada del pueblo, Pedro Guerrero, un campesino, ignorante, que era sandinista y le llamaban «Pedro Navajas» porque tiene un remiendo de un navajazo que le pegaron desde la frente a la mejilla. Llegó con otros, y atrás venía un muchacho que ya murió, que se llamaba Porfirio, que era un chavalo tonto de lo que no hay. El papá era borracho y el muchacho venía y me decía que lo cuidara porque él no podía salir y dejarlo solo. Yo en ese tiempo cocinaba y vendía comida, todo en la casa, y a él le daba de comer y ahí lo tenía. Y cuál fue mi susto que fue el primero que me vino a amenazar y decirme que me mataba y tratándonos de «hijos de p». Y yo le dije:

—Ingrato, yo te conozco.

Él se agachó y yo pregunté quién era el jefe de ellos. Era el «Pedro Navajas» y yo le dije:

—Mire señor, si usted es el jefe de este ejército, recuerde cuando venían acá a hacer reuniones en la escuela.

Y él me dice:

—Yo no te conozco a vos.

Y yo le dije:

—Aquí llegaron diciendo que íbamos a tener tranquilidad, que iban a respetarnos. ¿Y qué respeto es esto para mí, que soy una persona mayor, y este ingrato que estoy viendo me trata de «hija de la gran p»? Yo a ese lo conozco bien, él se llama Porfirio, hijo de Clemente y Sunila, que son mis compadres, —y le leo toda la cartilla. Y ¿éste es su ejército? ¡Pues esto no sirve!

Ya les caí mal, y desde ese día anduve en problemas. Otro día en Semana Santa viene un ejército y me iba a agarrar al chavalo pequeño, Wendel, de once años. Yo le dije a él que tomara un paraguas y que si lo querían llevar, les diera con el paraguas, se fuera corriendo y se metiera donde la profesora

¹³² «Pájaro negro» fue el nombre popular de un avión espía de la fuerza aérea de EE.UU., de las fuerzas de la *Contra*, y tan veloz que decían que «nadie lo podía ver, sólo se escuchaba», porque sobrepasaba la barrera del sonido e impactó en Nicaragua. Sin embargo, es muy difícil que ella lo escuchara en Wiwilí, porque se oyó en Managua, Masaya y Corinto, pero no en su zona. Pudo mezclar el recuerdo con los sonidos de otros bombardeos.

y que no saliera de allí. Yo les pregunté en buena manera por qué lo seguían y me dijeron que ya podía «servir». Yo les pregunté por qué no se los llevaban también con la *pacha*. Discutí con ellos, les dije que él no era vago, que veníamos de la iglesia, pero ya desde entonces tuve mucho miedo.

Mi marcha de Nicaragua detrás de mis hijos

Empecé ya a no aguantar en aquella época estar en la casa. Yo me quería ir, pero no me dejaban porque estaba delicada. A cada paso que daba, les encomendaba a mis hijos a la Virgen, y tuve un sueño, una revelación y *miré* que iba un señor, como el Buen Pastor, que iba arriando cinco ovejas, y yo miré que la última ovejita era mi hijo Rigoberto. Y se formó un letrero que decía: «¿De qué lloras? No desconfíes. Si no confías en mí, llorá, pero si confías, no llores». Y como vi al Buen Pastor con las cinco ovejitas, que eran mis cinco hijos, no volví a llorar. Me levanté riéndome y me entró una tranquilidad enorme. Antes, yo no quería llorar delante de mis hijos y agarraba un traste y me iba por agua, para poder llorar. Pero después de ese día, ya no volví a llorar. De todas formas, ya mi hijo Rubén nos mandó *traer* a Honduras.

Saqué todo lo de mi casa, lo regalé, lo dejé en otros lugares, y nos fuimos con tres yeguas de las mejores, en parte montadas y en parte yendo a pie. A los catorce días llegamos a Honduras por un lugar que le llaman «El Faro», caminando parte de la noche para evitar los combates. Por allí pasamos cuando acababa de pasar un combate y se *miraban* los pedacitos de ropa, porque yo conocía la ropa de unos y otros: los *comandos* vestían de pinto, con uniformes americanos, muy bonitos; *los otros*¹³³, andaban con su ropa destruida. Y ahí miraba yo las señas de la gente que había caído y quiénes no.

Yo miré corazoncitos humanos encajados en las púas de las alambradas, porque era donde ponían las *cobeteras* y los desbarataban. Ahí quedaban los pedacitos y pasábamos sobre ellos y sobre los cadáveres. Algunos estaban ya descompuestos.

Un día nos agarró la noche y nos íbamos a quedar en un lugar, en una casona grande, grande, vacía, donde a veces llegaban y descansaban y cocinaban. Había un poco de cáscaras de banano que habían comido. Y cuando estábamos allí, dice un *comando*: «Aquí es la dichosa casa de los ahorcados»

¹³³ No emplea el término *sandinistas* más que una sola vez. Dice los «fulanos», los «otros» o los «enemigos». También se les llamaba «piricuacos», que en el idioma miskito —de los habitantes de la Costa Atlántica— significa *perro sediento de sangre*, seguramente empleado inicialmente para denominar a los sandinistas por los *Misura*, uno de los grupos miskitos que se unieron a la *Contra*.

y se *miraba* una *solera* que cruzaba de un lado a otro la casa y era allí donde *guindaban* a las personas y las ahorcaban. Yo dije que no me quedaba allí, que hasta temblaba en esa casa. Y, como yo iba en un grupo que me mandaban a llevar, lo que yo decía tenían que hacerlo los comandos, y nos fuimos.

Iba yo con una niña de diez años (Marcia), otro de doce (Wendel) y el nieto de cuatro años. Yo le pedía a Dios que si me iba a llevar, que me llevara con mis muchachos, pero que no se me quedaran en las garras de ellos. Así nos fuimos a quedar a un lugar más adelante, Zacateras o así, no recuerdo, y allí nos platicaron que era cierto, que allí ahorcaban a las personas en un *guindo*. Fuimos hasta llegar a un lugar que llamaban El Chilamate, allá en la frontera. Ya ahí, yo alegre porque ya había un comando, una base, y el que mandaba en ese lugar era mi hijo «Marlon».

Tuvimos que cruzar el río y lo cruzamos en una balsa, pero a mí eso ya no me daba miedo porque prefería estar del lado de Honduras, y allí la gente, muy tranquila, nos recibieron. El Señor me guió, con mis tres criaturas, y allí estaban mis hijos.

También en el camino a Honduras tuve otra revelación en sueño que me dijo: «Hija, tenés que sufrir, porque para que unos vivamos, otros tienen que morir». Y mi hijo Wendel también tenía a un padre, un sacerdote, por padrino, que yo sabía que él estaba orando por nosotros. Me fui tranquila y conforme, no feliz, porque dejaba sobre todo a mi papá y a mi hija mayor —que tenía al marido preso en la *zona franca*¹³⁴ y *no podía irse*—, y *mi papá, que tenía su finquita y no quería. Pero ya tranquila*.

La vida en Honduras

En Honduras fue todo diferente porque estaban allá mis dos nueras, que ya tenían su casita, y ya éramos refugiados. Descansamos tres días y después encontré a mi marido y, como me mandaba llevar el «comandante Rubén», ya teníamos comida, de todo. Pero a mí no me daba hambre. Me aliñaron de acá mi familia, comida, de todo, pero eso me rindió tanto que no me daba hambre y la repartía entre los comandos. No sufrimos ya. Mi sufrimiento

¹³⁴ Zona industrial orientada a la exportación con características tributarias especiales. En la década de 1970, y dentro del contexto del Mercado Común Centroamericano, aparecieron las zonas francas como mecanismos para promover el desarrollo, y Nicaragua fue uno de los primeros países de Centroamérica que la tuvo, en 1976. En la década de 1980, la zona fue irrelevante en la economía en crisis de la Nicaragua, pero siempre se mantuvo, principalmente en fábricas de vestuario y calzado. Los trabajadores que fueron consultados dijeron que había condiciones mucho mejores que las actuales, porque les daban la comida y diversos tipos de subvenciones. (*Envío*, n.º 144, 1993).

era si podíamos caer en una mina, o algo así, porque ellos minaban, pero no por la comida.

Tuvimos una estadía muy buena allá porque vivimos la guerra, próximos a la base militar, y allí la *Resistencia* nos daba el alimento, medicinas, y hasta pudieron ir a la escuela los niños. Mi esposo, Justo Pastor Sobalvarro, que había sido jefe de mesta, trabajaba en la base, lo tenían de «cuque»¹³⁵. Tenía que ir armado, pero no salía a combatir porque tenía que estar pendiente de la cocina. Podía haber infiltrados y poner veneno en la comida. Había que vigilar, y tenían mucho cuidado.

Yo ya sólo me preocupaba porque tenía a mis hijos en el peligro, a mi familia abandonada en Nicaragua, sobre todo a mi papá. Él se sentía bien en Nicaragua, pero, cuando supieron que todos nos habíamos ido, fue muy amenazado y ya fue cuando me lo llevé. Como nos podían hacer visitas mes a mes, en una de esas llegó mi papá y, como mi familia era muy querida del ejército en Honduras, yo hablé con el «comandante Moya» y él me ayudó para pasarlo.

Yo de Managua pasé a familias enteras. Era la frontera y se dividía con un cable como un *mecate*, y yo me iba como jugando, jugando y agarraba un niño; me iba al otro lado a comprar un «vigorón»¹³⁶ y pasaba al niño después; otra vez, un muchacho, que me decían cómo iba vestido, y lo pasaba... Así pasé a muchos a los EE.UU. Teníamos ya mucha amistad con la gente, con los de la frontera, y se les decía que íbamos a comprar cosas al otro lado y volvíamos con más acompañantes y no se daban cuenta. Nos veíamos con los hijos que estaban en Honduras a la hora que quisiéramos y nos comunicábamos por radio con los de Nicaragua.

Allí estábamos las mujeres, porque los hombres estaban en el combate. Estuvimos cinco años, y como a los dos años de estar allá, como a mi hijo «Rubén» no le gustaba que estuviéramos en la base, sino que nos fuéramos a los pueblos, allí hay un lugar que se llama Capire, muy cercano a las bases militares, allí nos fuimos y, después, a Danlí, una ciudad muy cercana a la frontera con Nicaragua, y allí pudieron estudiar y no tuvieron problemas.

Un día que hubo un bombardeo, yo pasé por hondureña. Les imité el acento porque si ven que soy nica, allí me matan¹³⁷. Además, los otros

¹³⁵ Se refiere a un *cook*, un cocinero.

¹³⁶ Es un plato muy popular en Honduras y Nicaragua: sobre una hoja de plátano se sirve yuca cocida, chicharrón —fritura de la piel del cerdo, con o sin carne— y una ensalada de repollo y tomate.

¹³⁷ Los hondureños de la frontera veían con muy malos ojos a los nicas refugiados porque eran objeto de combates de una parte o de otra, y los asociaban con peligro e ines-

entraban mucho a Honduras para saber dónde estaban los familiares de los combatientes de la *Resistencia*, y era una necesidad disimular si se estaba frente a un desconocido¹³⁸.

Me preguntaron, pero yo les dije que «ellos vinieron, pero se fueron», porque a mí me habían controlado ya cómo tenía que hacerlo. La gente lloraba cuando me fui, pero aquí estaba mi papá, yo quería venirme, y mi hija mayor, toda mi familia.

Las muertes de mis hijos

Como le dije, tengo tres hijos muertos, pero sólo dos en la guerra: uno, Julio César Sobalvarro, «comandante Danilo»¹³⁹. Otro, Rigoberto Sobalvarro, de pseudónimo «Ceferino», y el tercero, Marlon Hermógenes Sobalvarro, al que llamaban «Marlon», sin pseudónimo y trabajaba como artillero del Ojo de Agua, del ejército de Honduras. Ese murió después en México.

«Danilo» falleció en Las Segovias, en una trampa que le tendieron. Llegó a la casa a pedir un vaso de agua y comida para cocinar en el monte y andaba solo con el escolta, cuando sintió como de un *tabanco* de la casa, le pegaban un balazo en la cabeza. Me dijeron que aún tuvo tiempo de decir «¡Ay hermano, me mataron!». Ya muerto, lo cargaron en hombros y, como a un kilómetro, lo enterraron en una montaña. Al siguiente día, lo buscaron donde estaba enterrado, lo desenterraron, lo montaron en una mula con aparejo y lo llevaron a la base militar de Asturias. Ahí le pusieron una soga al cuello, y en la mula que lo habían cargado lo arrastraron para exhibirlo, y luego le dijeron a los campesinos que lo quemaran. Estos le pidieron permiso al jefe militar para enterrarlo, lo envolvieron en un plástico negro y quedó hasta con el *mecate* al cuello, tal como los sandinistas lo habían dejado. Estaba con esa misma arma que tiene ahí [me indica una foto de la pared], un «Car-15» le llaman¹⁴⁰. Esa era la que él andaba, esa gorra... Todo eso yo lo recuperé después. Ahí lo dejaron, tenía treinta y tres años el «comandante Danilo». Esa foto me la dio un periodista que había por la zona, que se la hizo.

tabilidad. En su opinión, por «cuestiones de seguridad», todo aquel que podía ocultar su identidad, se abstenía de decir que era nicaragüense.

¹³⁸ Los familiares de sandinistas, o civiles que no eran *contras*, llegaron también en gran número a la frontera hondureña huyendo de la guerra. Había refugiados de ambos bandos, y otros que no eran de ninguno.

¹³⁹ Los comandantes «Rubén» y «Danilo» (hermanos) eran del Comando Regional Salvador Pérez. (Gadea, Johnny. (2013). *Fui un combatiente contra el comunismo en Nicaragua en los años 80*. Libro electrónico, editado en EE.UU., p. 205).

¹⁴⁰ Fusil de asalto, cómodo por su reducido tamaño, muy utilizado en infantería.

Supe de su muerte porque mis hijos me pusieron un cable, pero no lo pude ver hasta el año completito. Fue una exhumación ya en época de doña Violeta, el diez de febrero de 1990. Así lo encontramos, y se le reconoció porque él tenía unas *calzas de oro* en sus dientes, las cuales los sandinistas se las habían quitado, y en su cuello tenía un Cristo que le había regalado un sacerdote católico en un encuentro que él tuvo durante la guerra. También andaba una *camándula* negra, un *bóxer* azul y una camiseta negra, y cuando lo levantaron ahí estaba todo. No querían que yo lo viera, pero les pedí que quería verlo. Cuando le quitaron el plástico y lo movieron, se le desgajó la cabecita y cayó como un montoncito de ceniza blanca. Lo pusieron en la caja, lo sellaron, y ya lo llevaron al cementerio de Jinotega, que ahí está. Sepultado [llora].

Mi otro hijo, Rigoberto Sobalvarro, «Ceferino», era el que se fue con el doctor Aureliano y luego estuvo de paramédico. Cada vez que veo las galletas «Odile»... pienso en él. Tres galletitas le eché, una sabanita y una mudada, pero yo me quedé despedazada. Lloraba a escondidas y no dejé de llorar hasta los tres años.

El último fue «Marlon», que falleció en México, ya no fue en la guerra. Iba a EE.UU. porque su familia estaba muy estrecha y él quería construir su casita, e iba en busca de trabajo por *punto ciego* y lo agarraron y lo torturaron bastante, porque él todavía se logró comunicar con «Rubén» y con un grupo de amigos de la *Resistencia* que había allí, para pasar de «mojados» a EE.UU. Él era muy valiente y le habían dado trabajo allí, pero lo descubrieron que iba a pasarse y lo agarraron y allí lo mataron. Cuando me avisaron, ya estaba muerto. Lo que nos ayudó fue que uno que trabajaba en la aduana era de Matagalpa y conocido de nosotros. Mi hija fue a reconocerlo y nos ayudaron en la embajada para todo. Ella tuvo que ir a la morgue para hacerse el ADN y confirmar que era su hermano, y me lo mandaron a los catorce días, en ambulancia y por avión a la morgue de Managua y, de allá, a la de Estelí. Allá lo fuimos a velar y los de la *Resistencia* nos ayudaron bastante. Eso fue en tiempo ya de doña Violeta, y ella se portó también muy bien con nosotros, a pesar de lo que le hicieron también a ella, pero la dejaron después que trabajara.

La victoria de doña Violeta. Nuestro regreso a Nicaragua

Cuando ganó doña Violeta, regresamos, pero todo lo que habíamos levantado antes, se había destruido con la guerra. Y la propiedad ahí estaba, pero cuando volvimos de Honduras habían pasado seis años, no quedaba nada, le habían metido fuego, y ya sólo estaba ya la tierra, no era ya finca. Se la repartieron entre los sandinistas. Yo no volví a llegar por allá.

Mi marido anduvo viendo, pero a mí no me gustaba ir porque había muchos recuerdos. Él se vino en octubre y yo me vine el trece de diciembre porque mi hija estaba estudiando y yo tuve que arreglar unos papeles para que pudiera seguir aquí. Me quedé de últimas con tres chavalos, y él se adelantó. Pero a él nunca le gustó venir a Managua, le gustaba su finca con los animales, sus caballos, gallinas, y ahí se quedó, y eso le causó la muerte.

Había comprado tres manzanitas de tierra y ahí tenía él su trabajo. Yo iba a verlo, y los hijos, cada ocho días, cada quince días, y le insistíamos que viniera con nosotros a Managua, pero él no hacía caso, le gustaba estar allá. Y cuando nos percatamos, lo mandaron a matar a la casa, al parecer para robar. Hubo detenidos, pero no se pudo juzgar por falta de pruebas. No se supo si fue a través de unas empleadas que le trabajaban y por ellas lograron infiltrarse, o cómo fue.

Lo que yo quisiera que se supiera de esa época fue lo triste de las amenazas cuando se fueron mi marido y mis hijos. Me decían que iba a salir de la casa y que no iba a regresar. Pero yo tengo mucha fe porque el Señor siempre me ayudaba. Yo sabía que los *comandos* andaban a leguas de la casa y necesitaban lugares despoblados, donde sólo había yerba, y tenía que ir a dejarles comida. Para eso, me ayudaba mucho un macho que tenía, al que llamábamos «Azabache», que era muy avisado. Yo ya sabía que, cuando el macho resoplaba, era que allí estaban los enemigos, y, cuando relinchaba, eran los *comandos*. Los enemigos vigilaban, pero yo llevaba comida en el fondo de la bolsa, le echaba maíz encima y les decía que era el maíz para sembrar. Pero debajo llevaba tamales o tortillas o una gallina asada. O echaba encima frijoles y les decía que venía de comprar. Nunca me quitaron lo que llevaba, y los *comandos*, cuando les llevaba comida, me regalaban frutas de monte.

Mi hijo Wendel, con ocho años era bien jinete y se llegaba allá con el caballo. Yo le metía medicinas debajo de las albardas y las llevaba a donde nos avisaban que había enfermos. Y si veía a *los otros*, como él ya sabía que les gustaba que les dijeran «compañeros», se lo decía y les contaba que estaba siguiendo a un caballo que se le había escapado, como con prisas, porque su papá le pegaba si no lo llevaba. Lo dejaban, iba a dejar las medicinas a los comandos y, además, podía decirles dónde estaban *los otros*.

Las bestias yo las iba a dejar largo porque lo de mi papá estaba cerca de la base de Pantasma. Yo le decía que fuera a Pantasma a traer provisión para cocinar y tenerle a la gente cuando llegaran. Era valiente, nunca le sacaron nada.

Aquí ahora vivo con los hijos que me dejó mi hijo «Danilo», porque las mujercitas se fueron con otros hombres. Uno conoce a la mamá, el otro no. La Yolanda, la de «Danilo», cuando supo que mi hijo había caído, se fue.

Y la otra después. Se hicieron de otros hombres y se fueron con ellos. Así, cuando yo le dije en Honduras:

—Yolanda, nos vamos para Nicaragua.

Me dijo:

—No, yo no me voy. Sé que a los *chigüines* usted los quiere más que yo y mejor se quedan con usted.

Yo me los traje para acá, de dos y cinco años. Y otro, que era de otra mamá, pero también de «Danilo». Cuando el papá murió él no había nacido, nació a los dos meses, y yo lo fui a recuperar a los seis meses. Una se hizo de otro hombre, pero los quiere, vive en comunicación. La otra es como que no existe, el hijo no la conoce. Aquí les ha tocado a la tía, que los ha criado conmigo.

Suerteramente, cuando nos vinimos para acá nos dieron estas casas. Eran veintidós casas, y algunos vendieron y se fueron, y ha venido otra gente rojinegra, que están por ahí revueltos. Pero tenemos donde vivir.

Hilda Rodríguez

(Matiguás, Matagalpa, 2014)



¡Más sandinista soy yo que ustedes, porque mi mamá y mi papá fueron capitanes de Sandino, vivo, no del retrato que tienen ustedes ahí. No como ustedes, que son sandinistas, pero de una foto!

Soy madre de diecisiete hijos, diez varones y siete mujeres, y ahora que tengo ochenta y cinco años me viven sólo doce. Ocho de mis hijos se me involucraron en la guerra, y tengo dos caídos en ella, que son Ramón Valdés Rodríguez, «comandante San Martín», y Octavio Valdés Rodríguez, «comandante Mercenario». Los dos fueron comandantes de la *Resistencia*¹⁴¹.

Todos mis hijos estudiaban en el Colegio San Francisco de Matiguás y, cuando la recluta, en 1983, los agarraron dentro del colegio y Octavio cayó en ese servicio militar de los sandinistas¹⁴². Después que se fueron mis hijos grandes, mandé a los tres chiquitos fuera, porque los iba apartando para que no me los agarrara ni el servicio, pero más bien los fui a involucrar: los mandé con una hija mía que estaba en Río Blanco, para que ella me los tuviera allí,

¹⁴¹ Véase nota n.º 24 sobre la *Resistencia*.

¹⁴² Se refiere al Servicio Militar Patriótico. Véase al respecto la nota n.º 38.

y fíjese que más bien los fui a entregar, porque de allá se los llevaron para Honduras, aún chiquitos. Después, ya los conquistaron y como andaban también los otros hermanos, ya ellos lo aceptaron. Y cuando ya vinieron aquí... ¡ay, viera lo que sufrimos nosotros!

Mis hijos se fueron en 1983, y en 1987 esto era ya una guerra... fue cuando me vino la razón de que había caído el «comandante San Martín», que era mi hijo Ramón. Después, en marzo, el otro, Octavio, «comandante Mercenario». Y luego se fueron el chiquito, de once años, y Rigoberto, de trece, y Douglas... quedé sin ninguno de mis hijos, y ya, por fin, se fueron las hijas a EE.UU. a buscar a los hermanos, pero se quedaron allá. Pasaron a Honduras primero y, cuando los «acuerdos», se pasaron a EE.UU.¹⁴³.

Cuando la investigación de los sandinistas, aquí nos tomaron la finca, la propiedad. Había una gran casa, estaba allí, mírela, ¡ni seña quedó de lo que destruyeron! Eso fue en 1987.

Aquí estuvo la base militar y estaban todos los doctores de Cuba, todos en esta casa, porque era un caserón grandísimo. Tenían hospitales y de todo, y yo estaba alegre porque teníamos doctores y cuando teníamos problemas con la presión, de miedo, los doctores eran buenos, nos daban medicinas... pero, cuando ya se fueron los doctores, ya se llevaron preso al señor, mi marido, me llevaron a mí, y no había quién ordeñara. A mi marido lo llevaron preso, a Matagalpa, y estuvo en Las Tejas, cuatro meses. Yo quedé solita aquí, sólo con una nuera mía y una hija. Y después me llevaron presa a mí también ¡qué barbaridad!

Teníamos bastante ganado, pero mataron los bueyes, se destazaron sesenta vaquillas sin permiso ninguno, para la comida de ellos, y uno no podía decir nada. Me decían:

—Sus hijos están en la *Contra*.

—Sí, es cierto —les decía yo.

—¿Y cómo así?

—Se fueron por culpa de ustedes, porque si a estos muchachos no los hubieran agarrado a la fuerza, para el servicio militar suyo, no se hubieran ido con los otros.

Ellos, con once, doce o trece años estaban estudiando y no tenían ninguna necesidad de ir a la montaña. Pero usted sabe que en la guerra no hay súplica ni nada.

Cuando me llevaron presa la primera vez, antes me investigaron, y me dijeron que fuera a traer a mis muchachos, que estaban en Honduras. Yo les dije que no podía, que eran gentes armadas y que si ellos querían traer a

¹⁴³ Los «acuerdos» fueron los tratados de paz, ya desde 1987 en adelante.

los muchachos, que fueran ellos, pero yo no me comprometía en eso. Y fue cuando me llevaron presa a la Seguridad de Matiguás¹⁴⁴. Me interrogaron y no me hallaron nada, y me dejaron venir. Pero me volvieron a llevar otra segunda vez, y yo puse las manos en una mesita, pero me dijeron que las bajara, que era una reo. Yo les dije que si me iban a meter a «la chiquita» o qué iban a hacer conmigo¹⁴⁵. Que si creían que iban a hacer lo que quisieran porque yo era campesina, estaban equivocados, porque yo le pedía al Espíritu Santo que me diera fuerza y sabiduría para defenderme. Les dije:

—Ahí me van a perdonar lo que les voy a decir. Ustedes, ¿son sandinistas?

—Sí —me dijeron— y yo les dije, enojada:

—¡Más sandinista soy yo que ustedes, porque mi mamá y mi papá fueron capitanes de Sandino, vivo, no del retrato que tienen ustedes ahí. De Sandino, vivo, no muerto como el de ustedes, que son sandinistas pero de una foto! Y toda mi familia, de Quebrada Honda, de Matagalpa, son sandinistas. Abogados y todo, preparados en Cuba. Y ni con cuatro camionadas de familiares míos están todos, no como ellos, que sólo eran dos.

Entonces, me preguntó que cómo se llamaban mi papá y mi mamá. Yo les dije:

—Mi papá, Andrés Humberto Rodríguez Briones, de Estelí, que con dieciocho años ya andaba con Sandino, y mi mamá, Cecilia Rizo García, fue capitana de Sandino, que también anduvo combatiendo con él. Como mi mamá era jovencita de catorce años, mi papá y los otros se la llevaron a la fuerza. Un comandante la agarró y se la llevó a mi papá. Nosotros somos sandinistas, mi mamá nos tuvo por San Rafael del Norte, y cuando oía esas gritaderas de los liberales, decía «¡Viva Sandino!» Y decía mi hermano en Sébaco: «¡Cállese, mamá, que son liberales!», pero ella seguía. Y mi mamá y mi papá quedaron como bandoleros porque así les decían a los que acompañaban a Sandino.

Y también les dije:

—Mis hijos están en la *Contra*, ustedes lo saben ¿y tendré culpa yo? Mis hijos son hombres ya, con mujeres, casados. Los padres tienen derecho hasta los dieciocho años, pero ahora ya ¿cómo me están investigando cuando ellos tienen mujeres e hijos? Y me dijeron que tenía razón, y, por fin, ellos ya dicen:

—¡Nada hacemos con esta vieja! Dejá que se vaya. Firme aquí.

Yo tenía entonces unos sesenta años.

¹⁴⁴ La «Seguridad» era el paso previo policial, las celdas de comisaría, antes de la cárcel.

¹⁴⁵ «La chiquita» era el nombre que se daba a las celdas de castigo de la «Seguridad» somocista, tan pequeñas que apenas se podía estar de pie, y totalmente aisladas. En la respuesta hay una suposición implícita de que los sandinistas tienen los mismos métodos y de que ella conoce lo que había en época de Somoza.

Entonces me dijeron que me fuera para mi casa, que ya no me iban a molestar y, cuando llego, una nuera mía me dice que me regrese para Matiguás, porque allí habían llegado unos *compas* (sandinistas) de la Seguridad del Estado y le dijeron que si me hallaban ahí, me iban a matar. Aunque yo les componía ropa a los muchachos del servicio militar, los pantalones que les quedaban muy grandes, todo, y les daba de comer, llegaban otros de ellos y amenazaban. Yo no les tenía odio a los *compas* porque mis hijos andaban en la *Contra*. Lo hacía de corazón, de conciencia, porque pensaba que, si yo les daba de comer a ellos, otros le darían a mis hijos. Pero no me quise marchar ese día, y al otro día me fui donde un teniente Villa, de la Seguridad del Estado, y le conté las amenazas y todo lo que habían dicho. Él me aseguró que no iban a volver esos muchachos, y fue verdad. Hasta hoy nunca más llegaron.

Cuando fui a Las Tejas a ver a mi esposo, preso, no me dejaron entrar. Fui tres veces con la monja de Matagalpa, y toda la familia fuimos, pero no nos dejaron. Después me dijo un yerno mío que ya murió que no fuera, que él iba a ir donde «El Chele» —otro que él conocía que era de la Seguridad también— para que le diera una carta de visita para la entrada y con firma del teniente Villa. Y ya me la dio, aunque llegué un lunes y no me dieron permiso hasta el miércoles. Esa fue la primera y última vez. Estaba grave, inflamado porque allí comían mal, no se bañaban y se estaba muriendo. Me dijeron que me fuera tranquila que, posiblemente, en la siguiente visita, él ya iba a salir. Pero el mismo día que fui, y me regresé para mi casa, ese mismo día lo sacaron. Había estado cinco meses.

Al tiempo murió el padre fray Tomás Zabaleta, de la capilla que había allí¹⁴⁶. Allí llegaban los sacerdotes y mucha gente en busca de una señora que andaba pidiendo firmas para liberar a los presos. Hubo una explosión y toditos nos quedamos ahí, sólo oyendo, sin entender nada. Lo que había pasado era que los *compas* se habían montado en la camioneta en la que iba el padre, y lo fueron a dejar en una finca. Pero, al regreso, cuando él iba con otro padre y dos señoras, ya le habían puesto una bomba. Murió sólo él. Al que iba a su lado, el padre Ignacio, a ese no le pasó nada, y a las señoras tampoco les pasó nada, aunque una de ellas quedó que ni hablaba, y ese mismo día se fue para EE.UU.¹⁴⁷.

¹⁴⁶ Fray Tomás Zavaleta fue un franciscano, salvadoreño, de cuarenta años, y el primer religioso víctima de la guerra de la *Contra* en Nicaragua. Su asesinato el 3 de julio de 1987 causó conmoción en toda Nicaragua, y especialmente en el pueblo de Matiguás (Matagalpa) adonde había llegado a trabajar apenas tres meses antes.

¹⁴⁷ Los franciscanos estaban en Matiguás desde años atrás y habían montado unas cooperativas para el sustento del campesinado en ese tiempo de guerra. Al padre Zabaleta

Luego vino la gente de la montaña y se quedaron donde estaba la casa grande. Era de nuestra finca confiscada, y ellos habían puesto ahí como una base, para la Seguridad del Estado, y ya ahí eran los que mandaban. Como a la una de la madrugada, otra explosión horrible, y ahí murió mucha gente y dejó la casa totalmente destruida. Ya después, los de la Seguridad del Estado se fueron a otros lugares, ya no volvieron a venir. Ya miraron que era peligroso. Todo ocurrió en 1987.

A nosotros no nos amenazaron ni nada, pero mis hijos se habían marchado en 1982 y no volvieron hasta que hubo arreglos, al final. Estuvieron afuera ocho años.

La muerte de los hijos

En la guerra me mataron a dos hijos. Después de ese sufrimiento me dijeron que a Ramón, el «comandante San Martín», lo enterraron, que lo pusieron en un panteón, con sus ponchos nuevos, todo bien bonito, allá en la Costa Atlántica¹⁴⁸ —me dicen ellos, porque yo no sé— y dicen que se hacían cementerios improvisados por cuestiones de guerra, allá en el monte... ¿para qué lo voy a sacar yo de allá? Yo ni sé... De pronto *miraba* uno tres cruces y eso era un cementerio de guerra, no se los podía llevar uno, y ahí ni se sabía quién murió, sólo que era combatiente. Sólo se sabía que murió en combate, pero ni

no lo mató ninguna bomba que hubieran puesto los sandinistas en la camioneta. Ellos trabajaban con él en el proyecto franciscano. Lo que le mató fue el estallido de una mina. Desde la mañana de ese día había combates en esa zona, y se supuso que era un terreno minado por la agrupación de la *Contra* («Legión 15 de Septiembre». *Envío*, n.º 74, 1987). Según Christopher Dickey, la «15 de Septiembre» había nacido de la unión de la plana mayor del somocismo establecida en Guatemala con el nombre de *Movimiento Nacional Pro Salvación de Nicaragua*, junto a la ultraderecha guatemalteca y a los ex guardias nacionales. La fundaron en septiembre de 1980 y «no eran soldados, sino un grupo más en el sangriento mundo guatemalteco». Los dirigía Ricardo Lau «El Chino», que había sido miembro de la Oficina de la Seguridad Nacional, la temida OSN de los Somoza, y al que se relacionó con D'Aubisson, uno de los asesinos de monseñor Romero en El Salvador. (Dickey, Christopher (1986). *Con los contras*. Buenos Aires: Sudamericana Planeta, pp. 81-88).

¹⁴⁸ La Costa Atlántica nicaragüense quedó dividida en 1987 en dos regiones autónomas: Región Autónoma del Atlántico Norte (RAAN), con su sede administrativa en la ciudad de Bilwi o Puerto Cabezas, y la Región Autónoma del Atlántico Sur (RAAS), con la suya en la ciudad de Bluefields. Actualmente su nombre es Costa Caribe, siendo sus nombres respectivos Región Autónoma de la Costa Caribe Norte (RACCN) y Región Autónoma de la Costa Caribe Sur (RACCS), que tiene su sede administrativa. (Ley n.º 926 —de reforma a la ley n.º 28 del Estatuto de Autonomía—, publicada en *La Gaceta*, el 31-3-2016).

nombre, ni apellidos, ni de dónde era originario¹⁴⁹. Aquí no había chapitas, eso era de los soldados norteamericanos, y si alguno la andaba, pertenecía a un norteamericano y la andaba de lujo¹⁵⁰. Y el otro, Octavio, «El Mercenario», no lo saben ni ellos ni nadie dónde lo dejaron *botado*. Si ya muerto se lo comieron los zopilotes... eso es triste. Hasta la vez, no sabemos nada.

Se me fueron ocho hijos y estaban en «La Salazar»¹⁵¹. Noel, de pseudónimo «comandante Brack», se me había ido de once años; Rigoberto, de trece años, Milton Enrique, Julio César, Douglas, Elvis; y de mujeres, la Pina y la Marisa. Ellas cuando el cese del fuego se pasaron a EE.UU. y están allá. Tuve seis varones en la guerra y dos mujeres.

Yo tengo presente un catorce de septiembre, cuando el «comandante San Martín» me manda a llamar¹⁵². Vino un señor de Río Blanco a llevarme porque necesitaba ese hijo mío verme, quería verme la última vez por si se iba a morir. Me dijo que fuera, que me iba a esperar. Pero, ¡qué triste! Cuando vamos a Río Blanco, se lo habían tomado los sandinistas y ya ellos se habían retirado para no volver nunca. Era un catorce de septiembre, y él murió en noviembre. Y él quería despedirse y me había mandado llamar. Pero ni en foto lo puedo ver, porque tenía fotos, pero me las arrancaron y ya no las tengo. Me quedé con ese remordimiento, que algo quería él hablarme. En la época del combate, no los veíamos nada porque los que combatían por aquí eran los de Las Segovias, pero «La Salazar» iba por Chontales y por otros lados.

Como madre, lo peor es cómo murieron los hijos. Porque si es de una enfermedad, eso es normal, pero uno sabe que lo veló, lo enterró, y sabe

¹⁴⁹ En la guerra, se informaba al jefe de personal de todas las bajas. Siempre que podían, los sepultaban (envueltos en un plástico o una funda impermeable a la que llamaban «poncho de lluvia») y de esa forma los enterraban en la montaña, en el lugar donde ocurría el combate. En algunos casos, incluso la población civil se encargaba de enterrarlos en el lugar en que quedaban; en otros, los solicitaban las iglesias para darles sepultura, y también hubo casos en que los cuerpos fueron exhibidos en público como una forma de infundirle terror al «enemigo», fueran *contras* o sandinistas.

¹⁵⁰ No hay ningún dato acerca de que entre los combatientes de la *Contra* hubiera soldados estadounidenses. La «chapita» a la que hace alusión era una placa de metal colgada del cuello con el pseudónimo y el grupo sanguíneo del combatiente, para que, si fallecía, se pudiera identificar más tarde. En principio, esa chapa es reglamentaria en todos los ejércitos del mundo, pero es posible que no estuviera disponible en todos los casos.

¹⁵¹ El Comando Regional *Jorge Salazar* fue la agrupación más activa de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN) en la zona de Matiguás. La FDN se creó en 1981, de la unión de los ex guardias con el resto de los sectores antisandinistas.

¹⁵² Es llamativo que las madres con frecuencia no se refieren a sus hijos con sus nombres, sino con el título de «comandante» y con el pseudónimo; al parecer, como señal de respeto y orgullo.

dónde lo tiene. Pero estos que no se sabe, por ahí... eso sí es triste. Que donde pase uno puede ver calaveras de distintas clases... Tavito —Octavio, «comandante Mercenario»— murió como a los veintidós años, y el otro, ya ni sé. Entonces no había partidas de nacimiento.

Todo fue un desengaño

Esa guerra que hicieron aquí, la hicieron los sandinistas porque querían derrocar a los Somoza. Al principio, hasta las madres nos alegramos, toda la gente estuvo contenta, porque Daniel [Ortega]¹⁵³ prometió cosas muy lindas, pero fue al contrario. Después todo fue un engaño. Todo fue requisado, quitaron las fincas, ya ni me acuerdo de todo, pero iban casa por casa apuntando y quitando.

Antes, con los Somoza, estábamos felices de la vida. Todo era barato, había de todo, y hasta los pobres estaban mejor porque se mantenían tranquilos y vivían de su trabajo. Y los que teníamos cosas personales, que eran de nosotros, nadie nos tocaba nada. Y hasta muchos sandinistas dicen que vivían mejor entonces.

Después, no teníamos derecho de comprar comida, ni jabón, ni nada. Mire lo que sufrimos... Ellos, en la casa que después destruyeron ahí, traían unas mercaderías, una manteca, un azúcar negro... eso era lo que se vendía, y teníamos que comprar de eso porque no había otra cosa¹⁵⁴. Habían destruido todo, ni alambre dejaron, no se podía cultivar nada y los animales se los comieron delante de nosotros. Y nada de eso me pesa, me pesan las vidas de mis hijos. Y los que me quedan, Noel, «Brack», desde que vino de la guerra no vive con nosotros, vive en Matagalpa, ahí estudiando. Y los otros en sus lugares, en sus fincas, ya casados. Yo estoy aquí sola, con el *cumiche*, y Rigoberto, que también está. Sólo dos.

Y ahora, fíjese lo que dicen muchos: «Yo soy sandinista, pero no danielista» y algunos que yo he conocido me dicen que están mal ahora, aunque uno fue teniente, porque no son danielistas. Él fue reclutado, pero ahora que tiene tres hijos, me dijo: «Si ahora me reclutaran un hijo, ahí me dejarían muerto con mis tres hijos. No me los van a sacar como nos sacaron a nosotros». Porque él dice que Daniel [Ortega] está preparando a estas juventudes que tiene ahora para otra guerra. Nadie lo quiere por el engaño que él hizo.

¹⁵³ Véase nota n.º 22, sobre Daniel Ortega.

¹⁵⁴ Se refiere a los llamados «comisariatos» que eran lugares de venta de productos de primera necesidad que controlaban los sandinistas en tiempo de guerra. Los puestos de venta almacenaban los productos centralizados para que no faltara alimento para las ciudades y para los combatientes.

II.I.2. ESPOSAS DE COMBATIENTES DE LA CONTRA

Silvia Del Socorro Peralta
(Matiguás, Matagalpa, 2014)



Cuando me dijeron «tu marido cayó», y también me habían matado un hermano, yo quedé de verdad sin familia, ¡solitita!, y caí muerta de tristeza. Vivo por misericordia de Dios, porque yo casi me morí, a un puntito de morirme.

Yo me llamo Silvia del Socorro Peralta y soy viuda de Orlando Altamirano, de pseudónimo «Lucerito», que no era comandante, sólo soldado. Cuando comenzamos a convivir, yo vivía en la zona de Jinotega y teníamos más o menos veinticinco o veintiséis años los dos, y ahora tengo sesenta y dos.

Nosotros éramos campesinos y él también trabajaba en cosas mecánicas. No nos metíamos con nadie, para qué ¿verdad?, pero se oían comentarios de que había problemas. Con el tiempo, ya todo se fue arreciando, se fue arre-

ciando, y ya al correr de los años vimos difícil la cosa, porque unos se tiraban contra otros... y mi marido me dijo: «Mirá, amor, esto se está poniendo feo y yo no hallo para dónde tirar porque si me voy con el Frente, la dejo a usted; si me voy con la *Contra*, la dejo también». Pero como él era así, de los que dicen «liberales», pues él ya se fue con la *Contra* porque decía que, si no se iba, el Frente lo iba a ir a *traer* también, y es cuando él se va y a mí me dejó.

Mi esposo se fue sobre el 1982-83 y estuvo como cinco a seis años en la guerra. Yo entonces tenía un *conecte*, una amiga, que trabajaba «entrecalada» en la *Contra*, y yo le preguntaba a ella que si lo había visto a él. Desde entonces, casi no lo veía, pero pudo venir escondido algunas veces, y ahí nos regocijábamos un poco, pero muy poco, porque, si lo sabían, estaba muerto.

Hasta entonces, yo sólo era mujer de hogar, cocinándole y lavándole a mi familia, nomás eso. Nunca tenía que pensar qué iba a darle de comer a mis hijos, que tenía cuatro y todos con él. Pero después, me puse a trabajar y fui rodando y sufriendo en esa guerra y tuve que lavar y planchar para no morirnos de hambre mis chavalos y yo. Y desde entonces yo tengo escamas en mi piel, que dicen que es alergia, y eché algunas uñas gruesas, y las tenía comidas porque todo era lavar y planchar en medio de aquella guerra. Fíjese la diferencia, cinco dedos buenos y cinco malos, de tanto que lavaba y planchaba.

Aquella guerra se fue haciendo, se fue haciendo, y a mí me apareció una enfermedad terrible porque me habían hecho «maldad», como dicen, y me pasé un año en coma. Estuve en un hospital que le dicen El Regional, pero ni quiero recordar cuando me enfermé, todo aquello, porque me dolía la cabeza, el vientre, no podía ver, como ciega. Estaba ya para irme del mundo y sólo le pedía a Dios que me mejorara por mis hijos. Mientras estuve en El Regional, mis padres se llevaron a mis hijos. Fue algo triste, pero para mí es un testimonio también porque Dios me permitió que hoy estoy regocijada, y con ellos, que entonces uno tenía diez años y otro como ocho, otro como cinco añitos y el otro dos.

Aún estoy enferma, que dicen que tengo unas placas que me detectaron que tengo bastante debilidad cerebral y el cerebro lleno de nervios. Una enfermedad que dicen que se llama «glucosa». Estoy en tratamiento y no puedo ver el sol claro por esa enfermedad.

La muerte del esposo

Cuando me dijeron: «Tu marido cayó», y también me habían matado un hermano, yo quedé de verdad sin familia, ¡solitita!, y caí muerta de tristeza. Me puse tan mal que me llevaron a donde el psiquiatra, porque yo quedé de una manera que una basura me asustaba. Estaba tomando el tratamiento

del psiquiatra y le pedía a Dios que me sanara y no me muriera, pero vivo por misericordia de Dios, porque yo casi me morí, a un puntito de morirme. No podía moverme, no podía decir «voy a ir a verlos». Imagínese que me llevaron dos o tres veces más al psiquiátrico, y era una desesperación, porque yo quería moverme, pero no podía. Yo no hallaba qué hacer.

La muchacha que se había dado de amiga mía, fue a verme cuando estuve enferma, fue un alma de Dios, a como dicen, y me regalaba *realitos* porque yo estaba solita... sólo con Dios, pero sin familia y sin nada. Esa amiga llegó un día y me dijo: «No tengas miedo, yo soy Maritza», pero no me quiso dar el apellido, como hacían siempre por seguridad. Su marido era un holandés, que yo conocí de cara, pero no recuerdo. También me dijo que tenía que tener prevención, que me querían agarrar a mí también, pero que ella les dijo que no me podían llevar porque estaba convaleciente, y ahí empecé a moverme ya un poco porque me hacía falta cariño y fuerza, porque no tenía.

Mi mamá y mi papá no podían estar allí y me dejaron en casa de una señora, porque yo no podía salir. De la enfermedad había quedado postrada en una silla, que si me daban de comer, bien, y si no, no comía. La muchacha, que fue mi amiga, le dio *realitos* a la señora donde yo estaba para que me cuidara, pero, de repente, llegó a la carrera y le dice a la señora donde yo estaba: «Me voy a tener que ir porque me andan buscando». Lloraba porque había dejado a una criatura y le daba pena por la niña, pero tenía que irse porque, si se quedaba, la mataban, y el marido se llevó a la niña. Me dijo que algún día vendría a verme, pero que no podía ahora más que irse, y me daba el consejo de que buscara a mi familia y me marchara de allí.

Entonces me metí a una iglesia que se llamaba Pentecostal Unida y le dije al pastor que orara por mí, e hicimos una oración de siete días para que me sanara. Cuando ya me sentí con fuercecita, les dije que me iba ya porque el Frente me buscaba. Y me dijeron que me buscaban por juntarme con Maritza —que era *contra* y se había ido a la montaña a combatir— y como era amiga de ella, yo era *contra*. Así que un día me fui y quedaron llorando los de la casa porque yo había sido siempre *bien portadita* y por eso lloraban y por eso estoy viva.

Me llevé como cuatro o cinco días para llegar a donde mis padres, y ahí ya seguí a mi familia, pero no veía qué hacer allí sin dinero, sin nada, y me fui a la iglesia de un pastor. Mis padres eran católicos, pero como el Señor me defendió de esa manera en mi agonía y unos hermanos evangélicos me habían cuidado, desde entonces me hice evangélica.

Había llegado a Cuatro Esquinas, ahí por la montaña, y el problema era en qué trabajaba, porque tenía que mantenerme otra vez con mis hijos. Un señor de la *Contra* me preguntó si sabía leer. Yo le dije que sí y él me dijo que me daba la comida y casa, si a cambio yo si le podía enseñar a leer

a quince chavalos. Me llevó un pizarrón y todo lo necesario y cuando me percaté, tenía allá treinta chavalos. Yo le dije que les iba a enseñar lo que yo sabía, que lo que no sabía, no le prometía. Porque entonces estaba joven y podía. Ahora ya tengo sesenta años.

Lo hice, pero con miedo de que me podían matar, porque mataban a los profesores, y yo no hallaba dónde ir a rodar, ni cama donde caerme muerta. La guerra seguía y yo tenía peligro si pasaban los *contras*, y si pasaban los *compas*, también.

Una vez pasaron muchos del Frente, como cuarenta, buscando comida y yo estaba dando clase. Les dije a los niños: «Pónganse a escribir toditos, nada de andar de curiosos; ejército es ejército, ya saben, a escribir todos!» Pero yo sentía algo feo, temía que me fueran a hacer algo. Me preguntaron:

—¿Qué hace aquí?

Y yo les dije:

—Enseñando a unos niñitos a leer que no saben, que las vocales aunque fuera...

—¿De dónde es usted? —me dicen.

Y yo les digo:

—De Río Blanco.

Y me dicen:

—¿Y qué hace aquí? Parece que va buscando que la maten. ¿Quién le paga?

Y yo les digo:

—El gobierno.

Y entonces, como dije que me pagaba el gobierno, creyeron que era de los suyos y me dijeron que estaba bien, pero que me saliera de aquí, porque lo que me podía suceder es que esos perros que andaban en la montaña, me mataran. Yo les dije que sí, que ya estaba pensando yo que me debía de ir, que ya tenía bastante instruidos a los niños.

Otras veces eran *contras* los que llegaban allá. Cuando aparecían, yo no tenía miedo porque el que me había puesto a mí allá era parte de la *Contra*, pero cuando esos me preguntaban quién me pagaba, yo decía que los padres de familia. En cada lado, una respuesta distinta, capeando por mis hijos y por mí, para no morir, sin tener ningún delito, sólo pasando la vida y viendo cómo vivir.

Al tiempo, oigo decir que viene la paz. Yo oraba por esa paz, le decía al Padrecito lindo que se fijara, que cuántos muertos de ambos lados, siendo del mismo género de los hombres, por qué tanta dificultad, y mi oración era por la salud y por la paz. Porque yo cuando me metí para allá todavía no estaba curada, iba convaleciente, y allá no había ni una pastilla, ni por Matiguás, ni San Ramón, nada, en ningún lugar.

Entonces fue cuando me dicen que va a haber paz. Yo me alegré tanto y me fui a una campaña de ocho días de oración y de ayuno y le daba gracias al Señor. Ahí se vio ya que todos se alegraron.

Después de la desmovilización

Cuando hicieron el llamado al ejército de que se fueran a desmovilizar, ni uno quedó en las montañas. Toditos se fueron. No quedaron ni médicos, ni nadie... Decretan la paz y los *contras* y los *compas* haciendo fiestas por la paz y comiendo juntos, después que días antes se mataban unos a otros... Hicieron una fiesta y allí se abrazaban y todos querían sólo la paz.

A los dos meses, yo me salí y fui a otro lugar donde conocía a un hermano evangélico, a ver si me daba alojamiento, y ahí estuve con mis hijos. Lo que yo quería era una tierrita para trabajar y poder mantenerlos, y me consiguieron tres manzanas de tierra para sembrar frijoles, pero no me estaban dando papeles. Me avisaron de que me querían arrastrar, que me iban a violar para que me saliera de esas tierras, y pensé que tenía que irme porque no tenía seguridad. No llegué ni al año de estar allí y dejé mi casa *botada*, mis cosas, todo, y me fui a decirle al alcalde si me podía dar un solar. Al final me midieron un solar y ahora tenía que hacer yo la casa. Jalé ocho varas de bambú y las mandé hacer como tablitas y con un plástico hice una chocita y después ya fue esta casa. Se hizo llorando lágrimas, con sufrimiento, y realmente es de mi hijo, que es el que la hizo, aunque él me dice que es mía mientras viva.

He rodado mucho con los hijos; comíamos *guineos filipinos* con sal, dos rajitas cada niño cuando no hallaba comida. Y eran no más que *filipinos*, no de otro tipo de guineos. Sufriendo con los niños, por eso hoy le doy gracias a nuestro Señor Jesucristo porque hoy sigo aquí y ahora vivo con los nietos. Ellos no están con los padres porque una vive por aquí, en La Patriota, otra para la salida de Matagalpa y otro que está fuera.

Los nietos están estudiando aquí en esta escuela y hasta aquí duermen. Tengo dos que yo los he criado desde chiquititos y ellos me dicen «mama», y la otra que vio usted antes, esa es adoptada, desde doce días. Todo el mundo sabe que ella es adoptada, pero ella me dice «mama» también. Es hija de una mujer de cantina, que la andaba regalando. Buscó a una muchacha para que se la cuidara y le dijo que le iba a pagar, pero sólo le pagó dos meses, y a los dos meses la bandida se fue para Managua y la dejó *botada*. Vino después de Managua y se la quitó a la chavala, y otra vez la andaba regalando en la calle. Una amiga mía me dijo que la agarrara yo, que otra vez la andaba regalando y que así, tal vez me serviría más tarde, porque yo ya iba quedando sola, ya con todos los hijos *regados* por otras partes. Y, otra vez, cuando ya ella estaba

bonita, de siete meses, la mama vuelve y me la quería quitar porque dijo que la quería vender en quince mil córdobas a una señora de Managua. Le dije que no, que yo no iba a pelear por la niña porque ella era la mamá y tenía el derecho, pero que se la iba a entregar en la comisaría.

Yo había ido antes a la comisaría y les había relatado el caso de que ella quería negociar con la niña, y me había dicho la mujer en comisaría: «Críela, que es suya. Y si se la llega a pedir, me la trae aquí a la mamá, que aquí vamos a arreglar». Pero ella ya no volvió. Hace como tres años, le dijeron lo bonita que estaba su niña y ella la negó, les dijo que no tenía hijos. Ahora la tengo en quinto grado ya, y sabe echar tortillas, cocina, bien, de todo.

Yo sigo padeciendo de mi alergia, de la gastritis y de lo que es el hígado... El doctor me prohibió que trabajara porque el *agitamiento* [actividad] me hace daño, pero ahora ya mis hijos me ayudan lo poquito que pueden, aunque no lo suficiente, porque ellos ya son comprometidos con sus familias, que hasta nietos tengo ya y nietos grandes. Y tengo bastantes amigos que me visitan y vivo bien.

Ahora, ya sólo el hijo mayor se acuerda de mi esposo. Hasta a mí se me va perdiendo. Como ya tengo sesenta años, una viejita ya mejor dicho, ya se me va perdiendo la imagen de su cara... Todas las vueltas que yo di con él, todo eso como que ya... Sólo de ciertas partes me acuerdo y de ciertas, no.

Nora-Guadalupe Quintanilla

(Comunidad El Carrizal, Nueva Segovia, 2014)



Con mi esposo vivíamos bien porque él era un hombre «obligado». Yo supe que se fue a la guerra, nunca pensé que me había abandonado.

Mi esposo, ya fallecido, fue Marcial Sánchez, el «comandante Zacarías»¹⁵⁵ de la *Resistencia*. Como usted sabe, para casarse una pareja primero se conocen, como novios y luego nos casamos. Él era de una comunidad de aquí que se llamaba El Achioté, y yo de esta de El Carrizal. Yo nunca anduve en bailes, sólo así, por acá fue que nos conocimos, y a los dos años nos casamos.

Cuando la Revolución, nosotros ya estábamos casados. Nos enteramos por la radio, que era la única manera de como aquí se sabían las noticias, y la mayoría de nosotros, eso lo recibió con miedo, porque al haber una cosa así, uno tiene miedo.

En ese tiempo los Somoza eran los que mandaban, y nosotros, como personas que vivimos en este país, usted sabe, uno siempre está de acuerdo

¹⁵⁵ El «comandante Zacarías» era del Regional Segovia y él y los comandantes «Benis» y «Douglas» lograron tomar la base La Rica en 1983. (Gadea, Johnny. (2013). *Fui un combatiente contra el comunismo en Nicaragua en los años 80*. Libro electrónico, editado en EE.UU., p. 205).

con el que está mandando... porque así es. Y ellos eran los que estaban en ese tiempo y, antes de haber guerra, vivíamos bien, gracias a Dios. Después, cuando la guerra, cuando ya las cosas eran difíciles, empezaron a llevarse a los hombres. Quedamos solas las mujeres y, por lo menos yo, en mi situación, quedé sola con cuatro hijos nacidos y otro embarazada de él, de dos meses de embarazo. Y el mayor de los cuatro, tenía nueve años. Los otros, siete, cinco y la niña, dos.

La marcha del esposo

Mi esposo no me contó nada cuando se fue a la guerra. Se fue sin decirme nada y yo quedé sola. Él sólo se fue y en aquel tiempo esa era la única idea que podíamos tener, que se habían ido por la guerra, y cuando no iban para un lado, iban para otro, porque así estaban, porque ya no podían vivir en sus hogares. Él se fue en 1982 porque, si no se iban para la *Resistencia*, aquí los reclutaban¹⁵⁶ y cada quien tomaba su decisión de a dónde quería ir. Entonces ya nos dimos cuenta de la cantidad de ellos que se habían ido.

En ese tiempo que mi marido se fue, yo vivía en la montaña, en un lugar que se llama Murra, y de allí es que él se fue. Ahí vivíamos unas diez casas, y la mayoría de los hombres se fueron. Unos con todo y la familia, y otros sólo los hombres, y quedaron allá solamente las familias. Yo me quedé con mis cinco hijos. Él salió, como otros días, porque él salía a comprar y luego revender, eso era lo normal, pero ese día salió y ya no volvió. Ya no lo volví a verlo. En la guerra no podían venir, ya no.

Yo entonces me vine a El Carrizal, donde mi mamá, y empecé a luchar, a trabajar para criar a mis cinco hijos. Cuando estábamos con él, tenía una finquita de café y él trabajaba, y cuando me vine sola, me puse a vender también porque aquí, en estos lugares, esa es la única forma porque no hay otro trabajo. Yo nunca había trabajado y tuve que hacerlo, y a veces hasta en el campo, para poder mantenernos, pero con la ayuda de Dios dicen que todo se puede, y así luchando, pues, pude sacar adelante a mis cinco hijos.

Con él vivíamos bien porque era un hombre *obligado*. Yo supe que se fue a la guerra, nunca pensé que me había abandonado. Era buen padre. Cuando él estuvo conmigo, a mí nunca me faltó nada en mi hogar. Además, él estuvo primero preso. Para meterlo preso le dijeron que era porque lo acusaban de que ayudaba a la gente de la *Resistencia*, porque en ese tiempo decían que la gente de la Resistencia pasaba por las casas... y él después ya, yo me imagino

¹⁵⁶ Se refiere al Servicio Militar Patriótico —obligatorio— impuesto por el sandinismo desde 1983. Véase al respecto la nota n.º 38.

que por eso se fue. ... Y era falso todo... pero por eso lo llevaron preso... Estuvo dos meses preso antes de irse y, cuando salió fue cuando se marchó.

Sólo él sabía lo que habría sufrido. En ese tiempo, el que no agarraba el arma en un lado, se tenía que ir al otro. Estaba difícil, ya no podían... a lo mejor porque la gente ya no podía vivir.

Me costó mucho mantener a mis hijos

Los hijos lo notaron mucho, porque usted sabe que, cuando un padre es responsable, sus hijos notan que les falta bastante, y yo, por mucho que trabajé y luché para que mis hijos no sufrieran, no era lo mismo. Yo salía entonces a comprar y a vender y tenía que madrugar mucho para dejarles su comida hecha, y ya no era lo mismo que cuando yo vivía en la casa, que no salía.

Después de los primeros días que estuve donde mi mamá, luchando hice mi casita. Luchando tanto que casi no dormía, y ya mis hijos no iban como con su papá. Acuérdesse que, cuando un papá es *obligado*, todo lo tiene una en la casa, no tiene necesidad de andar fuera. Pero yo ya tenía que salir a comprar y a revender, a ver cómo sacaba el centavo para darles de comer a ellos... pero eso era ya en mi casita aparte, cerquita de allí. Y cuando salía a mi trabajo, mis hijos quedaban con mi mamá. Me iba como a las ocho de la mañana y regresaba como a las cuatro de la tarde, vendiendo por toda esta zona, siempre andando.

Después, cuando fueron grandes, yo alquilaba tierra para que ellos sembraran, para que tuvieran amor al trabajo y no fueran a andar perdidos, y se sintieran apoyados por mí y empezaran a aprender a trabajar. Y, gracias a Dios, todos aprendieron a trabajar y a leer. Más no, porque por la pobreza no pude, pero aquí había una escuela, y aprendieron a leer y tuvieron sus alimentos.

Cuando se fue mi esposo, primeramente me afligía, porque no estaba acostumbrada a luchar, a trabajar, pero luego, con la ayuda de Dios, ya me acostumbré. Yo ya agarraba mis *reales* y me sentía bien porque podía darles de comer a mis hijos, y poco a poco porque pude ir haciendo mi casita, no buena, pero para poder vivir con mis hijos, porque ya con cinco hijos... Y entonces, ya me sentí bien. Eso fue como a los cuatro años de estar sola.

Me enteré tarde de la muerte de mi esposo

Hasta 1987 me enteré de que había fallecido mi esposo, ya cuando lo del cese al fuego. Me enteré cuando hubo unas visitas en Las Manos, porque, entonces, una hermana mía fue allá y un comandante de la *Resistencia* le dijo a ella que si no me habían comunicado que el finado «Zacarías» había muerto. Hasta entonces me di cuenta.

Cuando me enteré, me sentí afligida, pero ya cuando el marido sale, hay una guerra... Ahí ya solamente Dios es el que puede. Me resigné a vivir sola desde un principio. Yo le dije al Señor: «Yo voy a servirte cuando mis hijos se críen, y voy a luchar por ellos y que me ayudes a que yo pueda criarlos sola. Que mis hijos no vayan a sufrir porque yo les meta un 'verdugo', un padrastro». Ya un padrastro no es igual que un padre. Yo no pensé en mí misma, pensé en ellos, y me dije que yo iba a ser padre y madre para ellos. Y Dios me ayudó y hasta hoy. Me siento alegre porque el Señor me ayudó y ya hoy mis hijos están grandes, están hombres ya.

Ya no me volví a casar. Es una experiencia grande la que uno vive para criar cinco hijos sin ayuda de nadie, sólo de Dios... Yo ya desde un principio decidí vivir sola y hasta hoy.

Yo me aparté de todas esas cosas del mundo y yo le ando sirviendo a Dios porque él me ayudó y esa fue una promesa que yo le hice. Y ahora ya todos se criaron, y cuando el pequeño tenía unos doce años, yo ya empecé a servirle al Señor.

Cuando ya se criaron, ya se dieron cuenta de lo que fue la guerra y entendieron que su papá no los abandonó porque quiso. Ya los mayores se acordaban de cómo era y yo les dije que fue todo por la guerra, porque fue un desastre el que hubo en Nicaragua con la guerra. Quedaron tantos hijos huérfanos... Si mi esposo me hubiera dicho algo, yo hubiera preferido que se escondiera, que no se fuera, pero no me dijo nada.

También murió un hermano mío en la guerra y otros familiares.

Después, cuando se empezó a hablar de la paz... ¡qué alegre!, aunque de los hermanos que yo *andaba*, sólo vino uno, porque el otro murió, y también nos enteramos tarde de esa muerte, tampoco sabíamos. El otro que no murió, vino enfermo, lesionado en un pie.

Con el gobierno siguiente, ya la juventud podía ir libremente por la calle, por los lugares, y antes no, siempre con el miedo de que los reclutaran. Con el régimen de doña Violeta, ya todo era alegría porque, aunque de nuestra familia hubo bastantes que no regresaron, regresaron algunos, y con eso nos conformamos.

Cuando ahora me acuerdo, en esa época yo creo que no hubo nada bueno. Todo fue tremendo, porque perder uno su familia es lo más tremendo. Y perder todo lo que uno ha trabajado... Porque recuerde que nosotros vivíamos en esa montaña y ahí quedó todo, todo se perdió. Cuando vino la paz ya no se podía regresar allá. Todo estaba deteriorado, ya no había casas, no había nada, sólo la tierra, todo destruido... Imagínese, después de tanto tiempo todo abandonado, ya no pudimos.

Una cosa que fue algo buena también fue la alfabetización. Para los que no sabían, tal vez fue bueno, pero para los que ya sabíamos un poquito, no.

Por lo menos yo, no estuve. Mucha gente los recibió bien y los que no sabían leer nada, aprendieron a leer y escribir, y fue bueno porque todo lo que sea aprender es bueno para el pueblo.

En esos años todo lo que se hablaba era de la guerra. Aquí no llegaron, al Carrizal, pero se escuchaban los combates, los tiros, cerquita, por El Achioté, por alrededor. Lo peor fueron dos cosas: la necesidad y el miedo, porque en ese tiempo, mi mamá no quería que fuera a comprar y vender, que era peligroso, pero yo le decía: «Dios me va a guardar. Si yo muero, ahí le quedan esos chavalos, ahí me los cuida». Yo tenía esa decisión, porque si me quedaba en la casa, no les podía dar de comer. Tenía que salir. Y, primeramente, vivíamos con miedo, pero estaba la pobreza también y sólo se podía luchar para comer.

Otras mujeres fueron combatientes, fueron a la guerra directamente. Pero no de esta comunidad. Aquí la mayoría eran madres o esposas que quedaron solas, pero no fueron luchadoras de la guerra.

Mi esposo me dijeron que quedó por Zelaya Central, lo enterraron los compañeros, pero yo no sé el lugar exacto. No se podía bajar de la montaña los muertos en plena *balacera*.

Xiomara Gutiérrez Rizo

(Waslala, Región Autónoma de la Costa Caribe Norte, 2014)



Lo peor de todo fueron las muertes. Y las amenazas. El miedo cuando detenían a alguien y podía acusarnos. Pero no nos pasó.

Yo fui la esposa de Francisco Bernabé, y de pseudónimo «Guatuso». Él había sido guardia y después tuvo un cargo en la *Contra*, al mando de veinte hombres¹⁵⁷. Mandaba hombres a Honduras para que lucharan con el enemigo, pero en una de esas él cayó en una emboscada y lo mataron. Yo era tan jovencita que ahora tengo cincuenta años y de eso hace mucho tiempo.

¹⁵⁷ Jefe de destacamento, con veinte hombres a su cargo.

El Triunfo de la Revolución Sandinista

Cuando el Triunfo de la Revolución, nos enteramos de eso por la radio, por las noticias, pero para nosotros no fue alegre, porque mi papá nos decía lo que venía. Mi esposo era un hombre bien activo y también nos decía que venía un régimen sandinista y que con él todo se iba a terminar. Decía «Se lo van a vender todo limitado», y fue cierto, media libra de azúcar, medio taco de jabón... Y los zapatos que ellos querían. A una señora casi la mataron porque le vendieron un vestido verde olivo y, como era el color que usaban las partes contrarias, no se podía llevar¹⁵⁸. Más adelante, comenzábamos a oír que les quitaban a las madres los niños de once años, y yo lo siento ahora que lo sé, que tengo mis hijos y mis nietos¹⁵⁹.

La guerra empezó por eso, porque no nos gustó el racionamiento. Había que hacer fila para todo. Nos vendían un cuarto de jabón para quince días, colas de más de quinientos, y lo daban en la Empresa de Alimentos Básicos (Enabas), sólo en ese punto. Si usted quería comprar un vestido o zapatos o lo que fuera, te quedara o no te quedara, te lo tenían que vender allí. Y por eso la gente se unió en armas y se fue a liberar. Y ahorita casi estamos en el mismo punto, porque todo está caro y vamos al mismo lugar del racionamiento. Lo hicieron porque ellos pensaron que al racionarnos, la *Contra* no iba a sobrevivir¹⁶⁰.

En tiempos de Somoza no pasaba eso, vivíamos tranquilos. En ese tiempo, yo conocí sólo a tres guerrilleros que iban desbandados, y que la Guardia los mató, ya cerca del Triunfo. Hasta me acuerdo de que llevaban una camiseta verde uno y amarilla el otro, y eran chavalos. Pasaron buscando un lugar y yo salí a verlos, las cosas de los chavalos, a ver que había, y después la Guardia me investigó, pero yo no conocía ninguna dirección.

Cuando llegó el Triunfo de la Revolución, hubo personas que realizaron masacres y eran de la comunidad, no eran de fuera. Nuestra comunidad tiene unas quinientas familias, es muy grande, y algunos tenían odios, o

¹⁵⁸ El color verde olivo era el de los uniformes de combatientes sandinistas.

¹⁵⁹ Se refiere a 1983, cuando el Frente decretó el servicio militar obligatorio. La edad para el reclutamiento era de diecisiete años, pero hubo muchas quejas de que reclutaban a menores.

¹⁶⁰ No fue esa la razón. Se había impuesto un control de la propiedad, la producción y la comercialización, pero no fue para asfixiar a la *Contra*. Se hizo por la necesidad de controlar los precios para evitar la especulación y acaparamiento de mercancías y garantizar el abastecimiento de las ciudades, que eran la «cantera de combatientes» para la guerra. Pero el campesino propietario medio no aceptó esos controles y se incrementó su rechazo al sandinismo.

les caía mal alguien, o pensaban que era «tal cosa», y sin estar seguros, no les temblaba el pulso. Los denunciaban y así se dieron muchas muertes. Hubo muchísimas muertes por denuncias, pero también por el combate, por todo. El Frente Sandinista, mire, asesinaba a la gente. Uña por uña... ¿Usted conoce la Biblia? Uña por uña, sacaban los dedos, los ojos, los dientes... Y después los dejaban tirados en el monte. Yo conozco a un familiar de mi hijo que se llamaba Hipólito Zeledón, que lo encontraron muerto y torturado, por colaborador de la *Contra*. Ahí está la esposa todavía. Otro, don José Quintero, también lo sacaron de su casa por la noche y también fue torturado, así murió. Luego las familias iban a ver si los hallaban y así los encontraban.

A nosotros lo que nos afectó fue que los malos vecinos empezaron a llamarnos reaccionarios, lo que le decían a la parte de gentes que no era de ellos. Y ese odio fue porque mi papá tenía mucho *conecte* con la Guardia y mi esposo también había sido guardia nacional cuando Somoza y luego fue de la *Resistencia*. Y, como el Frente nos tomó como reaccionarios, nos llegaron a decir que nos iban a quemar con toditas nuestras cosas. Por eso, lo que teníamos en las fincas, allá lo dejamos todo. Yo tenía dieciocho años y estaba ya casada. Vivíamos con los padres y aún no tenía hijos. Eso fue desde 1983.

La vida en la montaña durante la guerra

Cuando arreció la guerra, mi papá intentó llevarnos para Honduras, pero nosotros no quisimos, por mis hermanos, pero sufrimos mucho. Fuimos desplazados de guerra y la vivimos en lo alto de la montaña, sin dejarnos ver. Allí estuvimos siete años, hasta que terminó todo y allí formamos como otro pueblo.

A veces comíamos, o si no había para comer, sólo con agua. Tiraban las bombas, y eran unas aviaciones... horroroso. Nosotros, debajo de los árboles, porque si se veía un poco de humo de la cocina, comenzaban a bombardear. Allí había niños, y nacieron otros en esos lugares. A algunas mujeres, si tenían que tener al hijo, las llevaban a otro lugar, pero otras parían en el monte y hasta en medio de los combates. Yo me quedé embarazada estando en el monte y allí tuve a mi hijo. Teníamos que estar escondidos, que no llorara ninguna criatura y, cuando ya no se amamantaban, los alimentábamos con *pinolillo*.

Cultivábamos maíz y frijoles allí mismo, porque fueron años, pero no podíamos comprar ni aceite, ni azúcar, nada de eso. También teníamos cerdos, pero si nos descuidábamos se los llevaban los del Frente, porque había veces que si venían lo abandonábamos todo, porque no podíamos cargar tantas cosas.

Cocinábamos en la noche, oscuro, o en la mera madrugada, para que no saliera el humo. Una vez nos descubrieron y se lo llevaron todo, nos dejaron en el aire, pero gracias a Dios no nos mataron. Nos dejaron a nosotras con lo que llevábamos puesto, casi todas mujeres y los niños. Los únicos hombres, ancianos, nuestros padres. Había también mujeres combatientes, otras que iban para ayudar a sus hombres y otras sólo por gusto, porque les gustaba andar con la tropa. También hubo casos en que las denunciaban y se las llevaban por la fuerza.

Los hombres venían, como a los seis meses... De vez en cuando, porque ellos estaban en el frente y en esos años no los *mirábamos*. Entonces se quedaban varios días, hasta un mes, porque cuando se quedaban sin nada... Ni ropa, ni zapatos, ni abastecimiento, hasta que llegaba una avioneta, ya no podían hacer nada, así que llegaban allá y les dábamos lo que podíamos... Muy poco. En 1983, estuvieron un mes con nosotros comiendo puros frijoles con arroz sin una gota de aceite, y el trece de diciembre los llamó de nuevo la aviación. Cuando ya no podían venir era cuando iban a Honduras. En Honduras era donde se abastecían de todo, y aquí, donde venían a combatir.

Ellos tenían lo que les dejaban los aviones, pero no cobraban, eran voluntarios. Lo que les daban era ropa, comida, zapatos... Pero dinero no. Muchos decían que les financiaba el gobierno de EE.UU., pero el mayor apoyo para nosotros fue Honduras. También Costa Rica, pero el apoyo total fue Honduras, donde se refugiaban, donde llegaban a descansar.

La muerte de mi esposo me dejó con un bebé

Mi esposo era campesino y se lo había llevado el Frente al servicio militar obligatorio¹⁶¹. Entonces a él no le gustó y se regresó y se fue con la parte contraria con mi hermano y ahí ya empezaron a perseguirnos. En 1983 murió ese hermano mío; después, un cuñado, y en 1985, el diez de mayo, murió mi marido. Yo sólo llevaba año y medio casada y mi hijo tenía seis meses cuando su papá murió. El catorce de este mes cumplió treinta años mi hijo. Después, otro hermano mío de dieciséis años murió en 1986, en la zona de las minas, combatiendo, y otro sobrino mío, de dieciocho años, a unos treinta kilómetros de Waslala, y así, muchas personas más.

Me enteré de la muerte de mi marido porque, casualmente, ese día iban con él mi hermana y mi papá, y en un *gancho* del camino los atacaron por todos lados. A ella le preguntaban si era su esposo, su cuñado... Pero ella les dijo que no lo conocía y gracias a eso no los mataron a mi papá ni a ella.

¹⁶¹ Véase nota 38, sobre el Servicio Militar Patriótico.

Era todo por la parte de Siuna, que ahí todos murieron ahí porque estaban en el mismo frente.

Nosotros habíamos vivido siempre de las tierras y trabajando el ganado, pero no nos quedó absolutamente nada. Hoy en día no tenemos nada, todo eso fracasó. Cuando él falleció, nosotros sembrábamos frijoles, pero como no teníamos dónde guardarlos, una parte se pudría en el monte y otra se la comieron los muchachos de la *Contra*. No sabíamos dónde meterlo porque si se veía, el Frente se lo llevaba. Arrasaba con gallinas, ganado, con todo, pero nosotros, para que ellos no lo utilizaran, los del Frente, lo estropeábamos. A la sal le tirábamos gas encima, el gas de alumbrar. Y ellos nos destruían las cosas porque creían que así nos moriríamos de hambre, pero mi marido nos había dejado bastantes cosas cuando murió, porque él se metía como fuera y traía cosas para el uso de la casa. Y, además, la *Contra* tenía sus buenas ayudas.

También cuando murió mi esposo, yo tuve que tomar el machete. Sembraba y cosechaba dos arrobas, tres arrobas, y así, porque para mí era duro agarrar ese machete y, con eso de la guerra, yo nunca tuve preparación. No me preparé, nunca estudié.

Era triste que apenas sabíamos cuándo habían muerto. Sólo nos decía alguno que nos conocía que el esposo o hermano de alguna «murió en tal parte», pero nosotras no los *mirábamos*. Nos enterábamos cuando regresaban los vivos. Sólo de último nos dábamos cuenta de cuándo habían fallecido, y donde morían, ahí los dejaban, porque no se podía otra cosa. Nosotros a veces, sabiendo dónde estaban, no podíamos ir tampoco, porque era lejísimos. Un primo mío no apareció nunca por ningún lado, y eso era peor todavía, porque también hubo varios desaparecidos¹⁶².

Cuando mi esposo murió, yo me enteré que él estaba muerto, pero no lo pude ir a recoger. Mi papá intentó, pero tampoco pudo. Otros amigos lo recogieron y lo enterraron, pero yo no lo pude ver. Después, cuando vinieron los *compas* a la investigación, yo les dije que yo no tenía esposo, y a un señor que era bien *indito* le dije que le había dicho a los *compas* que él era el papá del niño. Él *se me corría* [me eludía], no quería, pero cuando después le preguntaron, el hombre se enfrentó y dijo que sí. Fue cuando mi marido llevaba ya tres días muerto y oímos que le dijo uno de los *compas* al otro: «Entonces

¹⁶² Igual que el sandinismo, la *Contra* tuvo desaparecidos, pero no se tienen cifras, ni siquiera aproximadas. Según datos facilitados por Rodolfo Ampié, director ejecutivo del Centro Nacional de Planificación y Administración de Polos (Cenpap, la base de datos que manejaba la Resistencia), fueron más de mil los desaparecidos de ambos lados, de los que lograron resolver seiscientos casos. (*Envío*, n.º 38, 1993).

no fue el guardia aquel que matamos»... Y uno oyéndolo y teniendo que hacer como que ni sentía ni vivía. Apenas tenía veintidós años.

Y los hijos sin padre... cuando el hijo crece pregunta por qué no tiene papá. Mi niño, un día, me preguntó dónde estaba su papá, qué se hizo de su papá... qué golpe más duro [llora desconsolada]. Su papá murió cuando él tenía seis meses, pero él me preguntó aquel día, y uno les tiene que ir diciendo que su papá murió en una guerra que hubo, así al suave, poco a poco, cuando van creciendo...

Mi hijo, ahora que entiende, me dice qué triste la vida que yo viví. Y yo no se la deseo a nadie.

La situación actual es mala. Las cosas no se arreglan

Cuando bajamos de la montaña ya era 1990, porque no pudimos hasta que ganó doña Violeta. Entonces había que buscar un lugar donde vivir porque no quedaba nada de lo de antes y ya me fui a un caserío, en Puerto Viejo, como a una hora de Waslala. Me puse ahí alquilada y con mis padres. Mi mamá, por los efectos de la propia guerra, quedó con una tristeza que la dejó sequita, y mi papá igual, sequito también. Por eso, allí murieron, y ya los enterré. Entonces, cuando ya quedé sola con el hijo, trabajé haciendo comida para vender: enchiladas, nacatamales, de todo, y así seguí viviendo.

Con lo de los tratados de doña Violeta, otro hermano mío, de pseudónimo «Guerrero», que era campesino, comenzó un movimiento para ayudar a la gente del campo, un movimiento del proyecto de tierras, de la reforma agraria. Ayudó a muchos, les dio tierritas, lo que pudo, pero por envidia lo mataron, hacia 2005, y nunca supimos quién. Él tenía *conecte* con el presidente, porque fue muy reconocido por el doctor Arnoldo Alemán¹⁶³. Yo tenía miedo de que lo asesinaran, pero él decía que no se podía retirar porque no podía dejar a su gente en el aire. Lo mataron *baleado* en Managua hace nueve años, en una casita que tenía, y allí quedaron esposa y niños. Duró cuatro meses en agonía. Tenía treinta y nueve años. Se investigó, pero aquí muchas muertes quedan impunes.

Así, después de la muerte de mi hermano, yo ya no tenía otra familia más que mis hijos, y ahora vive conmigo mi hijo, que ya tiene dos varones.

Hace ya veinticuatro años que terminó la guerra y no hemos *mirado* ninguna ayuda¹⁶⁴. Nos prometieron que nos iban a ayudar cuando los tratados

¹⁶³ Arnoldo Alemán fue presidente de Nicaragua de 1997 a 2002.

¹⁶⁴ Se refiere a la escasez de ayudas que todos denuncian tras la desmovilización. Las quejas continúan actualmente, tanto entre sandinistas, como entre *contras*.

que fueron en Sapoá, y otros, cuando dijeron que hasta la última generación de la *Resistencia* nos iban a ayudar, pero a nosotros no nos ayudaron. Y ahora yo tengo seis meses que no trabajo porque me enfermé y he estado bien enferma, me duelen las manos.

Las cosas están mal y no se arreglan. Ahora se robaron las elecciones. Yo pasé tres días con fiebre cuando se sacó a Bolaños, que era el presidente que estaba hasta 2006, y otras [elecciones], después, también se las robó el Frente.

Las mujeres trabajamos mucho, íbamos a alimentar y curar a los heridos de la *Contra*, y para llevar alimentos teníamos que decir alguna excusa, como yo decía que era para mi hijo, y así les llevaba, pero no lo agradecieron. Las mujeres jugamos un papel muy importante ahí, pero ellos se olvidaron y no fuimos reconocidas. Y después todo terminó.

Justina Gutiérrez

(Waslala, Región Autónoma de la Costa Caribe Norte, 2014)



Desde que los sandinistas llegaron al poder vino el servicio militar y el «racionamiento», que ellos le llamaban. Eso no le gustó aquí a nadie, y la gente se pasaba al otro lado.

Me casé de veintidós años, y como aquí se casan muy jovencitas, yo con esa edad ya no era joven. Aquí sobre los dieciséis ya se casan, y es bien raro que una muchacha de dieciocho o veinte años esté soltera. Así, mi hija mayor ya tiene treinta y cinco, y mi primer nieto ya es de dieciocho años, ahora que yo tengo sesenta y uno. En este tiempo las cosas han cambiado, y algunas estudian ya casadas, se siguen preparando. Otras no, sólo cuidan los hijos, como antes, pero son menos.

Mi esposo fue Jesús Ramón Benavides Gutiérrez, de pseudónimo «Dragón», y él tenía veinte años cuando nos casamos. Yo soy un poco mayor que él. Nosotros vivíamos bien de la agricultura en la época de los Somoza y no queríamos que salieran del gobierno. Después, cuando vinieron los sandinistas fue cuando se puso feo. Aunque en ese tiempo no les decían así, les decían *los chavalos, los muchachos*.

Cuando sacaron a los Somoza

Cuando llegaron los sandinistas, a los Somoza los sacaron. Mi esposo era un muchacho joven, y tuvimos cuatro hijos, pero me quedaron tres porque murió uno. Yo era ama de casa.

Vivíamos con mis suegros porque teníamos una tierrita donde trabajar y ahí estaba él trabajando, no se había ido a combatir, pero cuando vino el servicio militar obligatorio de los sandinistas, a él eso no le gustó¹⁶⁵. Anduvo un tiempo huyendo y no se había unido a la *Contra*, pero ya lo vigilaban, lo perseguían, temía que lo mataran, y ya se fue por eso.

Cuando mi esposo se fue, yo tenía tres hijos ya y andaba embarazada del niño que ya él no vio. Me dolió que se fuera, pero ver que tanto te humillan, que ya entendí que se fuera. Era 1983 y murió en ese mismo año que se fue, apenas de veinticinco años y yo veintisiete, y al final no falleció porque lo agarraran, fue ya en combate.

Desde que él se fue a la guerra, yo me pegué ya a mis padres y me aparté de mis suegros. Y como él y dos hermanos míos se habían ido a combatir, hubo quien nos denunció y tuvimos que huir al monte. Ya éramos perseguidos, hasta las mujeres, porque decían que éramos «correos» de la *Contra*, y era verdad. Nosotras teníamos familiares en el monte, en la *Contra*, y estábamos de acuerdo con ellos, y les participábamos todo. También tuvimos que irnos porque el pueblo quedó en zona sandinista.

Así, cuando murió mi esposo, nosotros ya estábamos en el monte y allá estuvimos desde 1983, todo el tiempo hasta que perdió el Frente. Estábamos escondidos y pasaban las patrullas y se oían algunos combates cerca, pero no teníamos peligro porque era zona *contra* y los sandinistas a veces cruzaban, pero salían de nuevo.

Cuando nos enteramos de la muerte de mi esposo después de que la tropa sandinista había pasado, lo fuimos a buscar y hasta pudimos enterrarlo. Más bien medio lo enterramos porque había que hacerlo de prisa y había un temor enorme. Después, como a los tres o cuatro años de estar allí huidos, pasaban en ocasiones los hombres para ver a las esposas, pero antes no. Cuando mi esposo se fue, en esos meses yo no lo vi ya hasta muerto. Sólo estuve cinco años casada.

Como tuvimos que irnos, lo perdimos todo, lo abandonamos todo y comíamos «a pringues» de lo poquito que a uno la gente le ayudaba. Pero mi papá allá sembraba frijoles y maíz... También podíamos cultivar algo de fruta y verdura, o tener gallinas, *chanchitos*... Y el jabón, la sal y otras

¹⁶⁵ Véase nota n.º 38, sobre el Servicio Militar Patriótico.

cosas las conseguíamos en los puestos de los sandinistas¹⁶⁶. Ellos ponían puestos en cada comunidad y tenían de todo: azúcar, arroz, de todo, pero todo venía limitado, y los que compraban, apartaban para la gente que no tenía. Hacíamos un control y distribución ya hablado, bien hecho, para que alcanzara para todos. Pero según las épocas, pasamos necesidad... a veces comíamos guineos cocidos con un poquito de sal, y los niños de lo mismo, y alguna gente mantenía una vaquita y podía traer algo. Así nos arreglábamos.

La gente apoyó mucho a la *Resistencia*, a los que andábamos en el monte, porque fue la que nos llevó a la paz y al triunfo¹⁶⁷. Los que la manejaban la eran Enrique Bermúdez¹⁶⁸, y otros, pero esos eran los que estaban en Honduras, no combatían. Eran los que movían las cosas y se les escuchaba. Nuestros esposos o hermanos no les criticaban por no ir al combate, porque eran jefes sólo para mover las cosas.

La gente campesina, usted no se puede imaginar cómo nos apoyaba. Por eso mismo fue perseguida, y muchos murieron porque ayudaban tanto. A los que se fueron a combatir, les llevábamos lo que había para comer, aunque no nos quedara nada. Y si *andaban* dinero, a veces compraban, pero muchos les regalaban lo que querían comprar. Eran tantos que muchas veces no alcanzaba, y era sólo una tacita de café, poquito, pero lo que había se les daba. Cuando podían destazaban un *chancho*, o una vaca, o lo que allí hubiera, y se comían guineos, yuca, lo que fuera. Caminaban por el monte y si no *andaban reales*, pedían, pero no abusaban, porque a ellos les reabastecían los aviones [de EE.UU.] lo que ellos necesitaban: ropa, dinero, de todo. Después, a los que no combatíamos, sí nos llevaban pastillas, medicinas, nos daban hasta hilo, sólo la ropa estaba prohibida. Eran sus uniformes y no podíamos tenerlos. Pero sí *ocupábamos* la tela de los paracaídas donde mandaban las cosas y de

¹⁶⁶ Se refiere a los «comisariatos», que eran centros sandinistas de abastecimiento, venta y distribución para controlar el reparto de productos que escaseaban por la guerra. Durante la década sandinista, los campesinos que antes vendían a las tiendas del pueblo tenían que vender a esos centros de acopio, además de sufrir controles de producción y de precios, y esa fue una de las mayores causas de rechazo que tuvo el campesinado hacia el sandinismo.

¹⁶⁷ Llama «el triunfo» a la derrota sandinista en las elecciones de 1990 y victoria de la UNO y de Violeta Barrios de Chamorro.

¹⁶⁸ Enrique Bermúdez, el «comandante 3-80», fue coronel de la Guardia de Somoza, principal jefe de la *Contra* y el que logró un gran prestigio entre los campesinos del norte y, más tarde, su unión con los ex guardias, constituyendo la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN). Fue durante toda la década de 1980 el principal líder de la *Contra* y, según algunos, agente de la CIA. (Véase Matamoros, B. (2006). *La Contra, movimiento nicaragüense*. Managua: Hispamer).

ahí les hacíamos ropita a los niños, *cobijas*, hamacas. También teníamos hojas grandes para hacer *champas* que se forraban arriba y a los lados con bambú.

Los sandinistas me capturaron y me torturaron

A mí me denunciaron y llegaron los sandinistas a traerme presa. Me amenazaron porque era la mujer de un *contra*, aunque entonces él ya había muerto. Él había andado comandando una tropita de veinte¹⁶⁹, y ellos a mí me tenían mal vista por mi esposo y creían que yo sabía. Me llevaron presa desde la casa de mi padre, me *arrearon* y me llevaron hasta Puerto Viejo. El hombre que dirigía a los otros se llamaba René y era bien joven, moreno. Dicen que era de la Seguridad del Estado, que eran los que torturaban y mataban. Me *zamparon* a un hoyo y una letrina. Después me sacaron y me siguieron *arreando* hasta un río y me sumergieron. Me sumergían y luego me sacaban para respirar y preguntarme otra vez lo de quiénes eran los correos, los comandantes, cosas de mi familia... de todo. Así estuvieron desde la una a las cinco de la tarde. Después me dijeron que me *embrocara* ahí, que iba a ser mi último día y me preguntaban que a quién le iba a dejar mis hijos. Yo le respondí que no tenía a quién dejárselos, que habían quedado con mi madre. El hombre agarró una pistola, la enderezó y me hizo creer que me iba a matar. Me dijo que me levantara y después me encerraron en un aposento y me llevaron de cenar, pero yo no cené. Eso pasó cuando apenas tenía yo siete días que se me había muerto mi chiquito. Llevaba la ropa mojada del río, que me la exprimí y me la volví a poner. A las seis de la mañana ya me despacharon. Yo les convencí de que nada sabía y que si mi esposo se había ido era cosa de él, pero que yo no sabía. Que él se mandaba solo, yo no lo mandaba.

A mucha gente les hicieron lo mismo, los mataban volando la cabeza o a pedacitos, quemados los huesitos. Hubo muchas personas que murieron. Pero no debieron abusar de las mujeres, yo creo que las respetaban porque ese hombre que me agarró, hasta me dijo «Tè debía de violar, pero me das asco». Así me dijo. De violaciones no oí nada y, que yo me dé cuenta, aunque hubo alguna mujer que supe que la habían embarazado, pero era raro.

Ellos venían de fuera, pero tenían gente infiltrada que les informaban de todo. Mi familia, mis hermanos, mi madre, huimos siempre de ellos. A mí personalmente me buscaron más veces para matarme, pero nunca me encontraron porque me escondía hasta debajo de las camas. Les tenía tanto terror por lo que me hicieron que me escondía.

¹⁶⁹ Su esposo era jefe de destacamento, con veinte hombres a su cargo.

Las dificultades de los hijos

En los años de la guerra, los hijos estaban con mi mamá, que estaba tan joven como yo ahora. A ellos no les importaban los hijos, y también a los abuelos los dejaron tranquilos, porque conmigo se metieron por lo de mi esposo. Años después de la muerte de mi esposo, yo me junté con otro señor, y de ese me quedaron mis hijos chiquitos, porque no estoy ya con él, quedé siempre sola.

Esos años fue muy difícil tenerles comida, ropita, todo. La teníamos porque la cuidábamos mucho y era la que habíamos llevado. A veces los niños iban descalzos, y nosotros también, pero cuando se ponían los zapatitos eran los del principio, cuidándolos, y así pasamos años. Se guardaba la ropa de unos niños ya crecidos para otros más chiquitos. Pero una vez que llegaron allá, a donde estábamos, los sandinistas nos hicieron zanganadas, nos rajaron toda la ropa, la comida la *botaron* toditita. Nos dejaron sin gallinas, sin nada. Había sacos de frijoles, porque en la montaña se cultivaba, y agarraban las bayonetas y los rajaban.

Cuando crecieron mis hijos, yo les conté todo. Saben lo que pasó, igual los de más de treinta años que mis hijas que son de veintidós y veintitrés, que están trabajando en España. Les conté que su papá se había ido a la guerra por la presión, porque todo iba a ser limitado y no queríamos nada limitado. No estábamos acostumbrados a eso y pensamos que era por una ley que pusieron. Desde que los sandinistas llegaron al poder vino el servicio militar y el «racionamiento» que ellos le llamaban. Eso no le gustó a nadie y la gente se pasaba al otro lado.

Lo peor es que no puedo olvidar

Lo peor que recuerdo de aquella época es mi tortura y los bombardeos que pasamos, porque aunque no nos cayeron encima, sí cayeron cerca, y a una hermana mía se le incrustó un charnel de una bomba que explotó cerca, a un niño suyo le dio en los piecitos, y a mi mamá en la mano y en la cara. Tantos combates hubo...

Mi tortura es algo que a mí no se me olvida. Yo quedé con aquello, y hace poco hubo una misa y dijo el sacerdote: «De nada sirve que recen el Padrenuestro, que es una oración tan alta, si no se perdona, porque si no hemos perdonado, tampoco el Señor nos perdonará». Y digo yo, que yo caigo a la razón de que es cierto, pero yo mantengo eso porque ahí me quedó. Pero bueno, yo le pediré perdón en silencio a mi Señor, que me perdone él mis culpas. Le pediré al Señor perdonar para que me perdone a mí porque no puedo olvidar.

Antes era más duro todavía porque los odiaba. Ahora no. Antes no los podía perdonar y lo que quería es que se muriera ese hombre, que no existiera, pero ahí lo tiene el Señor, que él sabe lo que está haciendo y lo que va a ser de él.

Murió mucha gente. Una muchacha que estaba en una casa vio que llegaban ellos, y los de la casa se corrieron por el miedo que tenían, pero a la muchacha la alcanzaron. La *rafaguearon*, la trozaron y *guindaron* una hamaca y la dejaron en ella con suero. Pero cuando la familia llegó ya la halló muerta. También mataron a mi cuñado. Y más cosas, pasó mucho.

También hubo muchísima gente desaparecida de la que no hubo noticias y nada que hacer. El que ya no apareció, ya no apareció. La familia se quedó esperando, supieron que salieron de sus casas, pero nunca más supieron nada. Lo normal era que allá donde morían, allá los enterraban. Allá quedaban, los habían enterrado los compañeros. Íbamos las familias, a ver dónde, pero esos cuerpos allá quedaban, no se cambiaban de lugar. Están por toda la montaña, los enterraban y salían huyendo, sin ninguna señal. Sabemos la zona, pero el lugar exacto, no.

Después, a la llegada de doña Violeta, bajamos a la finca que había sido de mi papá, pero ya no había ganado, se había terminado todo, y ya, a trabajar de nuevo.

Para serle clara, desde que están los sandinistas en el poder, ahora, no estoy tranquila, aunque ya no me hacen nada ni soy perseguida ni maltratada, pero sí *miro* que no hay... No hallo cómo expresarme, pero lo que le quiero dar a entender es que ellos lo han tomado todo. Hay votaciones, pero ellos nunca pierden. Yo cuando voté, cuando doña Violeta iba a ganar y cuando Arnoldo [Aleman] —que para mí fue un presidente bueno, pero para otros fue malo, será que yo no conozco nada, pero para mí él hizo mucho—, yo ya no voté más. Ahora dicen que si no voto, mi voto le sirve a Daniel [Ortega]¹⁷⁰, pero ni me importa, porque de todos modos de nada le sirve a uno votar.

Yo *miro* el final de este gobierno bastante feo, porque se nota que no hay unidad, y sin eso no vamos a hacer nada. Esto es difícil porque cuando son limpias las votaciones aún hay «sinvergüenzadas», pero si no hay unión, más aún. Y eso me tiene preocupada, no vivo tranquila, porque no somos perseguidos, pero estamos dominados por ellos.

Después de todo ello, tratamos de ubicarnos y empezar de nada. Ahora yo tengo una casita que compré a medias con una hija mía y allí estoy arriada de mi hija. Mis hijos son los que me ayudan, que viven también del campo. Pero ahora en Nicaragua se está poniendo feo todo otra vez. Hay

¹⁷⁰ Véase nota n.º 22, sobre Daniel Ortega.

tropas armadas, que yo no las he visto, pero dicen que andan odiosos, no sabemos por qué, pero hay movimiento.

También dicen que han venido ayudas, pero se las roban o no sé, pero no nos llega. Ahora andamos en un proyecto con un muchacho que se llama Melvin, y dice que le van a dar una ayuda a las viudas, pero yo ya tengo casi un año en ese proyecto, y nada, no he visto nada.

Otra ayuda que dijeron que iban a dar, no la pude sacar porque se la dieron a las mamás de los muchachos muertos, pero no a nosotras que teníamos esposos, pero no hijos muertos. Yo terminé de crecer a mis niños como pude y me quedé con mi *chigüín* sin que lo conociera su papá, pero le dieron la pensión a las mamás de los fallecidos. A nosotras, nada.

María Concepción Herrera Rodríguez
(Murra, Nueva Segovia, 2012)



En la celebración del Día de la Paz y Desmovilización de la Resistencia Nicaragüense¹⁷¹

Nosotros, los norteros, siempre les llamábamos «comunistas» porque nunca estuvimos engañados con el gobierno. Llegaron instalando Comités de Defensa Sandinista en los barrios y haciendo cosas que no se hacían en la democracia.

Actualmente trabajo en la *Asociación de Discapacitados de la Resistencia Nicaragüense* (ADRN) y soy viuda de Orlando Rodríguez Tinoco, «comandante Efrén», de la *Resistencia*.

Cuando cayó Somoza, yo tenía diecisiete años y vivía en Murra, en Nueva Segovia. Recibimos la noticia con cierta tristeza porque entraba un nuevo gobierno que se decía comunista, y para nosotros era triste, porque aunque estábamos en medio de una dictadura, nosotros no teníamos problemas porque teníamos una finca, trabajábamos y no nos afectaba. Donde

¹⁷¹ Concepción Herrera está firmando el documento de Acuerdo de la Alianza Democrática para el Desarrollo Sostenible (Addes). Se trataba de una alianza firmada entre varias ONG de la *Resistencia Nicaragüense* para trabajar en acciones conjuntas a favor de la integración social y productiva de los ex combatientes de sectores sociales vulnerables y en situación de marginación y exclusión social.

nosotros vivíamos, a la mayoría de la gente del campo le importaba poco quién estuviera en el gobierno. Lo que nos importaba era que nos dejaran trabajar tranquilos. Nosotros no habíamos tenido intervención con Somoza ni en positivo ni en negativo, aunque con Somoza a nosotros no nos maltrataron, y la guerra contra él y los problemas se tuvieron en los pueblos, en las ciudades, pero no en el campo¹⁷².

Por la parte de Waslala y por esas zonas hubo siempre mucha presencia de la Guardia, pero era porque allí se refugiaban los sandinistas; iban buscándolos. Hasta a mi papá le afectó, porque tenía una granja de viveros para café y hubo a veces rumores de que andaba por allí la guerrilla sandinista. Le fueron a decir a los guardias, al comandante de Somoza, que mi papá tenía allí a sandinistas. Pero el comandante de ese comando de la Guardia era amigo de mi papá y les dijo que eran locos, que mi papá era un trabajador y que no se metía con nadie.

Sin embargo, después nosotros sí tuvimos problemas en Nueva Segovia, porque la guerrilla de la *Resistencia* se concentró por esa zona y, cuando iban allí los sandinistas, creían que éramos colaboradores de los otros y nos metían presos. Nos torturaban o nos mataban en los caminos... No respetaron si uno era trabajador o haragán, y ellos sí nos molestaban.

La dictadura de Somoza nos afectó en el sentido de que era un gobierno continuo que no le daba lugar a otro, pero no en la parte económica, porque lo sentíamos como un gobierno que le ayudaba a crecer a la población. En cambio, con un gobierno comunista pensamos que íbamos a ser afectados, y así ocurrió, porque fuimos confiscados¹⁷³.

Nos confiscaron y nos metieron en la cárcel

Yo era de una familia en la que vivíamos bien. Mi papá tenía fincas, ganado, bestias, pero trabajábamos todos y no éramos allegados a Somoza; yo ni siquiera pude votar nunca por Somoza por la edad, ni conocí a la Guardia porque no salía a los departamentos, a los municipios, pero fuimos confiscados.

Llegaron militares que se instalaron allí en Murra, en el *comando*, y nos dejaron sin nada. Nos denunciaron como contrarrevolucionarias y la explicación que daban era que mi papá era terrateniente, y nuestras tierras las hicieron

¹⁷² Hace referencia a que las insurrecciones previas a la caída de los Somoza ocurrieron en las ciudades, dado el carácter urbano de la Revolución Sandinista.

¹⁷³ En comunidades o pueblos pequeños se cometieron grandes abusos. En nombre de la guerra, si se decía «Esto lo necesita el ejército para la Revolución», ahí no se discutía nada. (Entrevista a Ernesto Castillo, Managua, junio de 2004).

cooperativa y se las dieron a otra gente¹⁷⁴. Nos quitaron las bestias, y el café, incluso el que se acababa de cosechar en ese año, se lo cargaron en las mismas bestias de nosotros y nos dejaron a brazos cruzados. Entonces, yo les reclamé que cómo podían decir que habían triunfado por la pobreza y nosotros no éramos gente adinerada, sino luchadora y trabajadora, y que habíamos llegado a comer tortillas con sal para llegar a tener lo que habíamos conseguido, y que no teníamos vínculos con Somoza porque yo era una chavala, y entonces me llevaron presa junto con mi hermana, que tenía trece años entonces, en 1981.

A mi papá lo sacaron de la casa los sandinistas, en medio de una balacera, y tuvo que unirse a los *Milpas* porque no lo dejaban en paz los que querían reclutarlo para su servicio militar¹⁷⁵. Mantuvieron la casa rodeada, nos acosaban, y nos metieron presas en La Chácara, en Estelí, por reclamar a los que llegaron del ejército a quitarnos todo. Nos acusaron de que éramos parte de los *Milpas*, y en la cárcel querían que denunciáramos a gente que ni siquiera conocíamos, y nos dijeron que si no les decíamos la verdad, íbamos a morir allí en la cárcel. Nos pegaban con los fusiles y a mí me vendaron los ojos y me pusieron un puñal en el cuello y me dijeron que me daban cinco minutos de vida para decir dónde estaban los *Milpas*, y si en esos cinco minutos no lo decía, me iban a matar. Yo les decía que no conocía a los que me nombraban, pero insistían ellos en que eso era lo que nos decían los *Milpas* que teníamos que decir, pero que sí sabíamos.

Todo eso nos obligó a irnos a la *Contra*, no nos quedaba otro camino. Mi mamá tenía un *tierno* de ocho días y le quitaron al niño de encima y nos dijeron que si no decíamos nada, allí íbamos a morir. Toda la familia nos fuimos, ya también, con el *tierno*; se fueron todas las familias en esa comunidad, porque no éramos las únicas que se habían llevado presas. Ese mismo día se llevaron a muchos otros.¹⁷⁶

En la cárcel se dieron muchos abusos. A mí me llevaron presa junto con mi hermana, que tenía trece años, y mi hermano, de doce. Mi hermano, después, murió en la guerrilla de la *Resistencia*. Con nosotros llevaron también preso a un señor de ochenta años, que se llama Domingo Arma, todavía vive.

¹⁷⁴ Hasta 1984 se confiscó a *contras* como un castigo y se distribuyó su tierra entre sandinistas o colaboradores del sandinismo, como premio, organizando las tierras en cooperativas. Cada vez más, la razón de los cambios era la urgencia de autodefensa por causa del recrudescimiento de la guerra. (Rocha, J. L., 2010).

¹⁷⁵ Véase nota n.º 38, sobre el Servicio Militar Patriótico.

¹⁷⁶ Los departamentos del norte y centro del país —Nueva Segovia, Matagalpa, Jinotega, parte de Estelí y la Costa Caribe Norte—, los más próximos a la frontera con Honduras, fueron zona de penetración *Contra*, y los sandinistas, además de maltratar, actuaron muchas veces indiscriminadamente, considerando *contras* a quienes no lo eran.

No le daban de comer... Salió flaquito, igual que nosotros, pero al menos nosotros estábamos jóvenes. Y fue por lo mismo.

Nos tuvieron allí un mes presas hasta que vino uno que, cuando me preguntó el nombre de mi papá, que era Simón Vázquez, vio que lo conocía y les reprendió a los otros porque mi papá había estado con él preso en época de Somoza. Y ese fue el que nos sacó, porque si no, hubiéramos muerto allí. Mi hermana casi salió loca, se hincaba en las manos unas agujas, porque era una niña.

La marcha a Honduras con los Milpas

No nos marchamos enseguida con los *Milpas*, porque mi mamá y otras mujeres iban con *tiernos*. Nos fuimos primero a Arenales, pero llegaron los rearmados de los *Milpas* y nos encontraron en el río Poteca y nos llevaron con ellos. No nos exigieron a nadie que nos fuéramos, pero nosotros, al ver la represión que había, nos unimos a ellos. Llegamos a la base de Honduras, y sólo llegar allí hubo una *balacera* y a mi mamá, con una ráfaga, le amputaron una mano. Cuando quedó sin una mano, ya vimos que ni en otro país teníamos paz y nos unimos a los *Milpas*, a la *Resistencia*, y allí ya estaba mi papá. Estuvimos juntos en el mismo «regional» y después me conocí con el papá de mi hijo y ya me junté con él y ya andábamos juntos.

Mi hijo nació en un hospital de la *Resistencia* que se llamaba Aureliano, en medio de morterazos, en la guerra. Todo el embarazo lo pasé en la guerra, pero cuando salí del hospital, ese día *morterearon* la base, porque el hospital estaba dentro de la base, y cada vez caían las bombas más cerca del hospital. Entonces el director, don Francisco, ordenó evacuar a todos los pacientes a las colinas porque pensó que allí podía haber menos peligro. El doctor me montó en una camioneta y me mandó a la colina donde estaba mi marido. Me habían hecho cesárea y me tocó huir, sin haberme sacado las puntadas, con un M-16 y mi criatura. Pero, a los cinco minutos de mi salida, con un niño de tres días, cayó una granada que produjo una excavación tan grande que hubiera cabido dentro un tractor. Pasado el combate, me fui de nuevo al hospital para que me curaran y a los dos meses más o menos ya estaba bien. Allá en la colina habían *mortereado*, pero nos cuidaban, y terminé de recuperarme.

La base de Honduras

La base era un campamento que se armó en la colina, vivíamos en unas *champitas* de plástico y éramos bastantes, todos a los que no les gustó el mando de Daniel [Ortega]¹⁷⁷. La gente se empezó a rearmar para combatirlos y en

¹⁷⁷ Véase nota n.º 22, sobre Daniel Ortega.

la *Resistencia* estuvimos en total 23.000. Se dividían en «fuerzas de tarea», que estaban formadas por doscientos hombres cada una. Los comandantes de cada «regional» lo eran de tres «fuerzas de tarea» por lo que había en total de seiscientos a mil hombres. Por eso, mi marido tenía seiscientos hombres allí a su cargo. De allí salían continuamente distribuidos por Nicaragua, y en la base siempre había de cien a doscientos guardando el lugar.

1. *La rutina cotidiana*

El campamento se protegía con un rol de vigilancia que rotaba por horas, día y noche. Había una casa donde se mantenían las municiones y el abastecimiento. Siempre tenía que haber un lugar para las armas y la alimentación de los *comandos*, que estaban saliendo de continuo para Nicaragua.

La alimentación o las medicinas, una parte la llevaba uno en la mochila, y otra llegaba en helicópteros y lo dejaban caer en paracaídas. Por eso, allá la gente esperaba los bultos; y no se cocinaba, se daba una «ración seca», cosas enlatadas y así. Algunas veces sí se compraban reses en los lugares donde no había mucho peligro y se mataba y se guisaba lo que se compraba, pero, cuando había mucha presión, no se podía asar carne porque podían ver el humo o la luz los aviones, o de lejos... Y hasta se aguantaba el hambre por esa razón. La ropa, botas, la vestimenta nos la proporcionaban, y estaba bien. Llegaba ropa nuevita, fusiles nuevecitos, botas, las botas «coreanas» militares, de todo¹⁷⁸.

Mi niño creció allí hasta los cuatro años, y cuando su papá salía a patrullar, él quería ir también con un fusilito Cetme-79 y hacía lo mismo, y aún se acuerda de muchas cosas. Y cuando *miraba* a la patrulla formar para ir a comer, él tomaba su plato y se iba detrás de ellos y decía: «Yo voy con mi comandito a comer». Había niños en cualquier base, pero en la nuestra sólo hubo dos niños: otro, Éveri, cuyo papá ya había muerto en la *Resistencia*, y el mío.

En Honduras estábamos al corriente de todo porque teníamos radio y tv y sabíamos que se estaba dando un proceso de negociación, que iba a haber elecciones, cuando ganó la UNO y que ya pronto nos íbamos a desmovilizar y regresarnos a Nicaragua, porque allí estuvimos hasta un tiempo después de que ganó doña Violeta. No vinimos enseguida porque

¹⁷⁸ Los desmovilizados cuentan que, en los primeros años de la guerra, en Honduras, la CIA les facilitaba tanta comida y provisiones que algunos *comandos* se herían a sí mismos para volver a la «buena vida» de los campamentos y no combatir en Nicaragua. (*Envío*, n.º 119, 1991).

no teníamos confianza en el ejército de aquí y esperamos allí para tomar la decisión de desmovilizarnos.

Algunos habían ido ya a los puntos de enclave, pero todavía no habían entregado las armas, así que se esperó a que los «jefes mayores» dieran la orden. Cuando ya ellos dijeron que nos debíamos desmovilizar, ya lo hicimos.

2. *La participación de las mujeres y el trato hacia ellas*

La mayoría de los que se integraron fueron hombres, pero poco a poco, también fueron entrando mujeres, y hubo como un 25% del total de las fuerzas de la *Contra*, sólo mujeres jóvenes. Algunas fueron combatientes y otras ayudaban en las tareas domésticas. Se ayudaba a todas las familias en la base y a la alimentación de los que estaban en el ejército.

Al inicio, donde yo estaba, fui la única mujer que andaba allí, y como el jefe de la patrulla —el «comandante Efrén»— era mi marido, a mí todo el mundo me respetaba. Pero cuando más tarde hubo más mujeres, yo nunca vi tampoco un trato malo o despreciativo. Los otros muchachos que llevaron mujeres no tuvieron ningún mal comportamiento, porque mi marido no lo hubiera permitido, eso lo prohibió terminantemente. Los comandantes ponían unas normas entre su gente y podía haber quienes lo hicieran bien y quienes no, pero había normas. Allí tenía que haber un respeto, y también las mujeres que se querían marchar, lo hacían. Yo, por ejemplo, después de que nació mi hijo, ya no seguí andando con él y a mí nada me pasó.

Tras la victoria de doña Violeta

Cuando los sandinistas perdieron las elecciones, estábamos alegres por el triunfo de doña Violeta, pero los sandinistas no nos respetaron a pesar de la desmovilización, y hubo muchas muertes todavía. Ellos siempre mataban a la gente. Llegaban al pueblo y, por ejemplo, allá en El Jícaro, a un muchacho que fue *comando*, lo mataron a sangre fría delante de toda la gente. Entonces nos pareció que nos habían dicho que nos desmovilizáramos para irnos matando a uno por uno... Y fue cuando la gente se rearmó y se fue a la *Recontra* porque no estaba de acuerdo en que estuvieran matando desarmados. Se iban a los mismos sitios donde había estado la *Contra* anteriormente y estuvieron un tiempo. Después doña Violeta volvió a hacer otro acuerdo de desmovilización y ya se desmovilizaron.

Se empezó a hablar mucho de la vida que tendrían los desmovilizados, de las dos partes, y en eso estaba el «comandante 3-80», que era el superior

nuestro al que más admirábamos y lo quisimos mucho. Murió asesinado¹⁷⁹. Fue un hombre valiente que permaneció hasta doña Violeta, pero después en las negociaciones de la paz, ya no lo quisieron porque era guardia y entonces ya quedaron los que no habían sido guardias. También estuvo el «comandante Franklin» —que era Israel Galeano, quien destituyó al anterior por ser guardia—, el «comandante Beni», mi esposo —que fue Orlando Rodríguez Tinoco, de pseudónimo «Efrén» y que cayó el 27 de noviembre de 1989— y otros más.

Mi hijo también se llama Efrén, como mi esposo. Y cuando él murió, yo quedé solita con mi hijo, no me volví a casar.

Lo que miré mejor de esa época fue la alfabetización

La idea de los sandinistas de alfabetizar fue una buena iniciativa porque aprendió mucha gente que no sabía. A mi casa llegó a través de una alfabetizadora costeña, que venía por mis padres, porque mi hermana y yo íbamos al colegio y sabíamos ya. Pero mi papá se resistió. Le decía que no quería aprender con ellos, que si aprendía con alguien, sería con nosotras y se lo tuvimos que dar nosotras.

Lo negativo de eso fue que ellos politizaban a través de los alfabetizadores. Eran muy jóvenes, pero los capacitaban y los mandaban adiestrados.

En los tiempos de Somoza nadie sabía allá de política, y cuando después llegó esa gente hablando de política y sabiendo que venían de un gobierno comunista, la gente se resistió. Nosotros, los norteos, siempre les llamamos «comunistas» porque nunca estuvimos engañados con el gobierno. Supimos siempre que era un gobierno comunista porque llegaron instalando Comités de Defensa Sandinista (CDS) 180 en los barrios y haciendo cosas que no se

¹⁷⁹ Enrique Bermúdez fue asesinado el 16 de febrero de 1991 en el estacionamiento del hotel Intercontinental de Managua. Se dijo que había sido obra de un profesional y se acusó al sandinismo. Al día siguiente iba a viajar a Matagalpa para visitar una cooperativa de desmovilizados de la Resistencia, y en la prensa local salió publicado que iba a «asaltar tierras». (Diario *El País*, 18-2-1991). Véase el IP.

¹⁸⁰ Los Comités de Defensa Sandinista (CDS), a imitación cubana, comenzaron teniendo funciones eminentemente comunitarias, pero cuando recrudeció la guerra y se vincularon a la Dirección General de Seguridad del Estado, se les asignaron funciones de recogida de información sobre los ciudadanos. Se justificaba como vigilancia de infiltrados de la *Contra*, pero esa exigencia desvirtuó sus funciones originales y la desconfianza dio lugar a ejercer vigilancia también sobre los propios compañeros. Llegó a ser un sistema de control de la población y se dieron denuncias de vecinos y correligionarios motivadas por venganzas, arbitrariedades y abusos de diverso tipo.

hacían en la democracia. Por eso el norte fue el primero que se rebeló contra Daniel [Ortega], porque no creyó en su política.

Mi actividad actual

Ahora soy miembro de la *Asociación de Discapacitados de la Resistencia Nicaragüense* (ADRN) y trabajamos por defender los derechos de las personas con discapacidad, en general, no sólo por causa de la guerra. Somos una organización mixta: tenemos personas con discapacidad porque nacen así, personas por causa de la *Resistencia*, y por accidentes. Hay gente que no quiere estar en otras asociaciones porque tienen otras afinidades políticas que no les gustan y quieren venir aquí. Hemos abierto un espacio en el estatuto para poder integrar a quienes quieran estar con nosotros. No los podemos rechazar.

A los llegados desde la *Resistencia*, por ejemplo yo —voy a hablar de mi persona— voto siempre por el partido que tenga la mayoría que pueda derrotar al Frente, porque lo que nos interesa a nosotros es tener una democracia. Hasta ahora ha sido el Partido Liberal Independiente (PLI) y hemos votado por ese¹⁸¹. Ganó las últimas elecciones y no está en el poder porque se las robó el Frente.

Nosotros a Arnoldo [Alemán] lo vemos como un traidor porque nos traicionó a los que luchamos en la *Resistencia* por la democracia. Él, al aliarse con Daniel, nos traicionó.

Daniel [Ortega] pactó con Alemán para estar juntos en el poder y minimizar al resto¹⁸². Ahora, los sandinistas ya no creen en Daniel y el liberalismo tampoco cree en Alemán.

¹⁸¹ El PLI es un partido de centro-derecha, nacido en 1944 como disidente del Partido Liberal Nacionalista (PLN) de la familia Somoza. Junto con el Partido Conservador fueron siempre la oposición legal y parlamentaria.

¹⁸² El «pacto» Daniel Ortega-Arnoldo Alemán (este último presidente de 1997 a 2002) fue un acuerdo por el que Alemán —que entonces controlaba la Asamblea por tener la mayoría de diputados con el Partido Liberal— aceptaba, a favor de Daniel, que se pudiera gobernar con un 38%, a cambio de que la Corte Suprema —dominada por el sandinismo— absolviera a Arnoldo Alemán, condenado a veinte años de cárcel por apropiación de recursos públicos.

II.I.3. UNA ADOLESCENTE EN EL FRENTE INTERNO DE LA CONTRA

Maritza del Carmen Arauz Zeledón¹⁸³

(Miami, 2017)



Los sandinistas, tanto en la cárcel como en libertad, me propusieron trabajar con ellos a cambio de dinero y cargos públicos. Según ellos todos tenemos un precio... Me siento orgullosa de hacer la diferencia.

Nací en Matagalpa en 1965, y cuando tenía dieciséis años me quedé sin mamá. Murió de un paro cardíaco a consecuencia de una hemorragia provocada por el parto de mi octavo hermano.

¹⁸³ Por residir ella en Miami, esta entrevista se hizo por escrito. Buena parte de lo que aquí expone procede de su informe de solicitud de asilo en EE.UU.

Entonces yo era una estudiante de secundaria en Matagalpa, y tres meses después de la muerte de mi mamá, mi papá decidió que me trasladara de Matagalpa hasta nuestra finca, en la comunidad de El Coyolar, del mismo departamento, para hacerme cargo de mis hermanos. Al año siguiente, en 1983, mi papá compró otra finca, La Selva, en el departamento de Jinotega, y yo me trasladé a vivir allí con cuatro de mis hermanos, el último de los cuales tenía sólo ocho meses. Las cuatro hermanas restantes se quedaron en El Coyolar con mi papá.

La llegada de los sandinistas

Empezamos a saber de los sandinistas en julio de 1979, porque las radioemisoras del país hablaban de la insurrección del pueblo de Nicaragua y de que Somoza había abandonado el país, dejándolo a merced de los comunistas.

Una vez en el poder, iniciaron las confiscaciones de los bienes de Somoza y sus allegados, y no conformes con esto, continuaron con los mal llamados «burgueses» y «terratenientes»; luego siguieron con todo aquel que no estaba de acuerdo con sus ideales, iniciándose así el descontento inclusive de ex revolucionarios y de muchas personas, principalmente campesinos.

Confiscaron propiedades altamente productivas de El Coyolar, cuyos dueños, amenazados y sin dinero, se vieron obligados a abandonar el país. La ley de confiscación se aplicaba a personas somocistas, o que hubieran sido sancionadas por delitos contrarrevolucionarios o que se constatará que estaban armados en la *Contra*. Mi papá era mediano productor, y estuvo detenido, pero después fue liberado sin tener que ir a juicio.

Tiempo después fue cuando se promulgó la Ley del Servicio Militar Patriótico, por la que todos los jóvenes de diecisiete años en adelante debían cumplir con dicho servicio durante dos años¹⁸⁴. Pero aunque los dos hermanos que me seguían a mí en edad tenían dieciséis y catorce años, fueron reclutados cuando estaban en la finca La Selva trabajando. Inmediatamente, mi papá y yo viajamos al puesto de reclutamiento de «La Trampa», en Jinotega, para presentar los certificados de nacimiento y demostrar que mis hermanos no tenían la edad estipulada. El jefe militar lo constató y, dos días después, nos los entregaron.

La guerra entre los sandinistas y la oposición se había recrudecido y por eso habían decretado ese servicio militar, lo mismo que se habían militarizado

¹⁸⁴ La ley del Servicio Militar Patriótico (SMP), del 13 de septiembre de 1983, decreto 1.327, fue publicada en *La Gaceta*, n.º 228, del 6 de octubre de 1983 y se mantuvo hasta 1990. Disponía que los varones entre diecisiete y cuarenta años, y las mujeres de manera voluntaria, debían alistarse en el entonces llamado Ejército Popular Sandinista (EPS).

las comunidades y habían convertido las haciendas en unidades militares. Todo estaba en función de la guerra.

La situación iba de mal en peor, y en octubre de 1983, familiares y amigos nuestros, incluyendo uno de mis hermanos, en un total de veinticinco personas, decidieron ingresar en la *Resistencia*.

Dos años después, cuando el segundo de mis hermanos tenía dieciséis años, en 1985, estando en la finca, volvieron a intentar reclutarlo para la guerra. Mi papá fue al lugar donde lo tenían, demostró que no tenía la edad, además de que era el único hijo que podía ayudarle y, finalmente, logró que se lo entregaran. A partir de esa fecha, mi pobre hermano ya no pudo salir a trabajar al campo porque cada vez que pasaban batallones del ejército sandinista, los reclutaban. Tuvimos que esconderlo para que no se lo llevaran, porque ya teníamos al mayor en la *Resistencia*, sin noticias desde hacía dos años, y no podíamos tener otro con los sandinistas.

Un año más tarde, en julio de 1984, mi papá y dos tíos míos, con sus hijos, fueron encarcelados en el centro de detención de Matagalpa, «La Perrera», acusados de contrarrevolucionarios. Fueron torturados física y psicológicamente, pero un mes después, ante la presión y denuncias de familiares ante los organismos nacionales e internacionales de derechos humanos y Cruz Roja Internacional, así como en los medios de comunicación, fueron liberados.

Atacaron nuestra finca e intentaron violarme

Desde noviembre de 1983, uno de mis hermanos y otros familiares se habían integrado ya en la *Resistencia*, y al mes siguiente, en diciembre, a las seis de la mañana, me encontraba ordeñando vacas en La Selva, cuando un batallón del ejército sandinista, sin orden de cateo y sin permiso de nadie, invadió la propiedad de mi papá, entraron en la casa y se pusieron a registrar todo buscando armas. Como yo estaba sola, le pedí a mi hermanito que fuera corriendo a llamar a un tío que vivía cerca, pero, entretanto, un militar, que tenía una cicatriz que le cruzaba el lado derecho del rostro, se dio cuenta de que estaba sola con los pequeños, me siguió hasta la cocina y comenzó a tocarme morbosamente. Me condujo hasta un extremo de la cocina e intentó besarme y arrancarme la ropa con intenciones de violarme. Empecé a forcejear con él y logré escapar y salir fuera de casa, pero cuando iba a correr hacia la carretera, vi salir al resto de la tropa, y pensé que el pequeño estaba en el cuarto y le podían hacer daño. Estaba aterrada, cuando vi llegar al otro hermanito con el tío al que había ido a buscar. Nunca lo había visto con tanta alegría. Lo abracé y aproveché para decirle lo que yo les había dicho antes a los del batallón, para que no se contradijera conmigo y, en efecto,

cuando le preguntaron, así lo hizo. Me preguntó por mi papá, le dije que estaba en el cafetal y que no regresaría hasta las dos de la tarde, y él dijo que le urgía hablar con él y lo esperaría. Se puso a ayudarme a ordeñar, y hacia la una de la tarde, el jefe militar decidió por fin la retirada. Cuando llegó mi papá y le conté lo sucedido, me trasladó a El Coyolar, menos afectado por la guerra, había energía eléctrica y un centro educativo, donde estudiaban mis hermanos, y me sentí más segura. Mi papá se trasladó a La Selva, donde yo había estado hasta ese momento.

A los pocos meses, un día llegó mi papá a la finca y nos llevó a la iglesia. A nuestro regreso, encontramos a su esposa, que se había quedado allá, llorando, y los muebles de la casa y todas las cosas tiradas por todos lados. Nos contó que había llegado un grupo de militares del Ejército Popular Sandinista con el rostro cubierto con *pañueletas* rojas y negras, les habían ordenado a las personas que había en la casa que se acostaran boca abajo en el piso, registraron la casa otra vez —supuestamente buscando armas— y robaron el dinero que teníamos guardado y cuatro pares de botas estilo vaquero.

Antes de marcharse, le preguntaron a la esposa de mi papá que dónde estábamos todos, y el que parecía ser el jefe le dijo a ella: «Lástima que no está la palomita». Ella llorando, me dijo, que gracias a Dios que no estaba, porque pensaba que me hubieran violado.

Al día siguiente fuimos al puesto de policía de la zona a interponer una denuncia; fueron a la casa a verificar y, tres días después, recibimos la visita del jefe de policía que nos informó de que, según las investigaciones, el único grupo militar que ese día andaba por la zona era un batallón que estaba a diez kilómetros en una hacienda confiscada por el gobierno, conocida como la Unidad de Producción Estatal (UPE) «La Oriental». Que les habían facilitado la información algunos campesinos, pero que tenían miedo de testificar y que la policía no podía hacer nada porque estábamos en guerra. Que me recomendaban que me trasladara a vivir a la ciudad porque corría peligro.

Fui una «contra» trabajando en el Ministerio de Educación sandinista

Mi papá, por supuesto, me trasladó a vivir a Matagalpa, donde ya había estudiado el primer curso de secundaria en el Instituto Eliseo Picado, y en ese año, ya 1985, pude retomar mis estudios. Uno de mis compañeros de sección me preguntó si quería trabajar, que su esposa era la administradora de la Delegación Zonal del Ministerio de Educación, y que necesitaban una persona para ocuparse de la estadística. Yo necesitaba el trabajo y a mí se me daban bien los números, por lo que dije que sí y fui a visitarla. Resultó ser Isabel Matus, que había sido compañera mía en 1981, en la etapa anterior de mi primer curso, el año en que había muerto mi mamá. Entonces, todos los

compañeros de clase de mi sección y los profesores me habían acompañado en la vela, incluida ella, y, quizá por ese hecho, me recordó posteriormente. Me dio el trabajo y me dijo que me mandaría a unas personas para que me entrenaran. Trabajaba en el día y estudiaba en la noche. Así desempeñé el cargo de responsable de estadística del Ministerio de Educación de la ciudad de Matagalpa.

Mi trabajo en el Ministerio de Educación sandinista fue posible porque ella, Isabel Matus, desconocía los problemas políticos que afectaron a mi familia, y yo por supuesto, no se los di a conocer. Yo había sido compañera suya años atrás y después lo era de su esposo. Sin duda, eso posibilitó que no fuera investigada, sin olvidar que, en ese momento, la prioridad era la guerra, y el MED estaba obligado a enviar al Ministerio del Interior (órgano militar) la lista de los profesores varones en edad del servicio militar, para que no fueran a escapar al enrolamiento. Pero, al margen de eso, no tenía mayor interés en investigar a quiénes contrataba el MED. Tampoco era algo raro, en lo que respecta a la juventud o preparación, que me hubieran confiado ese trabajo. En ese tiempo, el gobierno no exigía ningún título técnico o profesional para emplear a alguien. Lo capacitaban y si este demostraba que podía ejercer el cargo durante tres meses, pasaba a ser empleado permanente.

Incluso, más tarde, por mi buen desempeño, en un momento en que la responsable de recursos humanos renunció, Isabel le propuso al delegado que me promovieran a mí a dicho cargo, y él aceptó.

Yo siempre cumplí con responsabilidad y eficiencia el cargo por el cual recibía un salario.

Mi entrada en la Resistencia: el Frente Interno de Matagalpa

En abril de 1985 viajé al municipio de El Cuá, en la comarca de San Pedro (Jinotega) porque había recibido noticias de que mi hermano podía ir también hasta allí y encontrarse conmigo. Pero después de una semana de infructuosa espera, me tuve que marchar, obligada por los constantes combates.

Casi un año después, en marzo de 1986, el «comandante Matagalpa», de la Fuerza de Tarea¹⁸⁵ «15 de Septiembre» de la *Resistencia Nicaragüense* —que era primo mío— me invitó a visitarlo a Río Blanco y me comunicó que mi hermano, el que se había integrado en la *Resistencia*, trataría de reunirse conmigo. Aproveché la Semana Santa para viajar a Río Blanco, esperé tres días en

¹⁸⁵ La Fuerza de Tarea constaba de un conjunto de ciento veinte hombres, que era la suma de dos compañías.

la comunidad de El Martillo, en casa de un colaborador de la *Resistencia*, Juan Zeledón. Allí, mi primo me planteó la idea de organizar un frente interno en Matagalpa para sensibilizar a la población, para trabajar en presionar al gobierno sandinista hacia una apertura política y un proceso electoral, con observadores internacionales para propiciar un cambio de gobierno. Me explicó que, además de la lucha armada, había que trabajar psicológicamente a lo interno del país, y que otros, afuera, trabajaban buscando un proceso democrático para la región centroamericana. De esa forma se acabaría con la guerra que tanto dolor estaba costando al país.

Como yo era una joven de diecinueve años, y mujer además, tenía mayor posibilidad de pasar desapercibida, a él le pareció que podía ser adecuada para organizar el Frente Interno. Yo, con la ilusión de ver a mi país en paz y aclarando que no me implicaría en actividades bélicas, acepté la propuesta. Pensé que así, además, tendría la posibilidad de mantener una comunicación con mi hermano y otros familiares que ya estaban integrados en la *Resistencia*.

No era algo extraño que nos encargaran tareas importantes a personas tan jóvenes como yo. El mismo gobierno sandinista les había dado por ley a los adolescentes la responsabilidad de defenderlo en esa horrible guerra y, precisamente por eso, muchos jovencitos tomaron la decisión de integrarse voluntarios a la contrarrevolución.

Mi primo me explicó que debía ser convincente, hablar a personas de mi confianza, y que tuvieran vínculos con la *Resistencia*, a trabajar en el proyecto. Tendríamos que elaborar *pintas* con mensajes políticos alusivos a las injusticias del gobierno sandinista, y me entregó pintura de *spray* para las pintas y volantes impresos; distribuir *afiches* para sensibilizar a la población, para protestar en contra del servicio militar, contra las confiscaciones de fincas productivas, contra el racionamiento, por la expropiación de las cosechas a los productores, y exigiendo apertura política. Pero todo tendría que hacerse en clandestinidad porque, para el gobierno, eso era un delito.

Como tenía que pasar por seis retenes militares hasta llegar a Matagalpa, tenía los nervios a flor de piel, todo el material fue empacado en forma de *marquetas* de queso cubiertas con hojas de banano. Le escribí a mi hermano, le di la carta a mi primo y me despedí de los soldados, todos jóvenes entre dieciocho y veinticinco años.

Llegué a Matagalpa y me reuní con un grupo reducido de personas que yo sabía que estaban en contra de las injusticias del gobierno, con el objetivo de conformar el Frente Interno de la *Resistencia Nicaragüense* en la ciudad, y les expuse en qué consistiría el trabajo. El grupo que formamos nos reuníamos los fines de semana y yo les distribuía lo que me habían dado en Río Blanco; elaborábamos rótulos con los mensajes de protesta y luego los pintábamos en piedras, árboles y muros. Y, aprovechando los apagones

en el centro de estudio o en las calles, *regábamos* los volantes en las calles, predios o baldíos y los metíamos en las casas por debajo de las puertas. Era muy peligroso porque, si nos descubrían, nos arrestaban.

Otra actividad nuestra era comprar medicamentos para diferentes enfermedades y/o heridas para enviar a los soldados de la *Resistencia* y, si era necesario, enviar un médico para curar a un herido, lo hacíamos, siempre que estuviéramos seguros de que nos apoyara.

Por esas fechas, otro primo mío fue reclutado para el servicio militar, pero en la base contrajo tifoidea y le permitieron ir a su casa a curarse. Sus papás aprovecharon la ocasión, decidieron sacarlo del país y marchó a EE.UU. También entre 1986 y 1987, varios familiares míos salieron del país, y mi hermano, que estaba en la *Resistencia* en Honduras, me llamó diciéndome que iba a desertar para marchar igualmente a EE.UU.

Yo estaba feliz porque mi hermano estaba bien, pero esa llamada fue interferida por la Seguridad del Estado sandinista, que ya me estaban investigando.

Mi captura y detención: «La Perrera», Waswalí, la Modelo de Tipitapa

El diez de junio de 1987, a las cinco y treinta de la tarde se presentaron en mi lugar de trabajo tres vehículos militares del Ministerio del Interior de la sección Seguridad del Estado y rodearon el edificio. Entró el teniente Gonzalo González, con una orden de captura a mi nombre y la entregaron a la secretaria del delegado. Me detuvieron, me subieron a uno de los vehículos, me esposaron, me vendaron los ojos y me trasladaron al centro de interrogatorios «La Perrera», en las afueras de Matagalpa.

Al llegar, me obligaron a cambiarme de ropa, con un *short* y una camisa enormes para mi talla; me obligaron a quitarme los zapatos y me encerraron en una celda, famosa porque sólo *alcanzaba* una persona de pie. La llamaban «la chiquita»¹⁸⁶.

En la madrugada me sacaron de celda y me llevaron a un cuarto donde estaba un militar sentado frente a un escritorio, con cara de pocos amigos, con voz prepotente, que me ordenó que me sentara en una silla frente al escritorio para comenzar el interrogatorio.

¹⁸⁶ Tristemente, «la chiquita» parecía una imitación de las existentes con el mismo nombre en las ergástulas somocistas. Allí era definida como «una celda situada en el hueco de una escalera, de forma triangular, donde sólo se podía estar acostado y con los pies rozando el techo, como un ataúd oscuro, caluroso y maloliente». (Chamorro, P. J., (2001). *Estirpe Sangrienta: Los Somoza*. Managua: La Prensa, pp. 68 y ss.).

Yo no tenía ni idea de lo que había pasado, ni a quién habían capturado que me hubiese delatado, y sufría porque no sabía cuántas personas más estaban detenidas.

Le dije al militar que no sabía por qué me habían detenido. Entonces me preguntó si conocía a Germán Arauz, y cuando respondí que mi papa y mi hermano tenían ese nombre, me pidió que le informara dónde se encontraban. Le dije que no sabía. Comenzó a levantar la voz y yo me limité a callar. Entonces le ordenó a un oficial que me llevara a una celda. Era más grande que la anterior y estaba completamente vacía. No había donde sentarse y era un lugar oscuro que tenía en la parte superior un bombillo con una luz roja-naranja.

La puerta era de una lámina metálica gruesa, que al abrirla y cerrarla hacía un fuerte ruido.

Cuando ya estaba dentro de la celda, surgió de la pared un chorro de agua que inundó el lugar. Comencé a golpear la puerta y a gritar que la celda se estaba inundando, pero nadie me escuchó. Entonces me di cuenta de que era parte de las torturas.

La celda tenía una especie de baño con un hueco en el centro que era utilizado para realizar las necesidades fisiológicas, pero estaba taponado, y mis pies estaban cubiertos de agua. De pronto, *miré* que mis piernas estaban llenas de sangre, era la menstruación, tal vez por los nervios o porque coincidió la fecha con el horror que estaba viviendo. Le di gracias a Dios por no sentir hambre ni sueño.

A partir de ese momento, cada media hora me llevaban a interrogatorio, rotando con cuatro diferentes interrogadores, tres de ellos groseros, amenazando con golpearme y tirándome contra la pared una que otra vez. El cuarto, que aparentaba ser el bueno de la película, me pedía que colaborara con la justicia porque de esa forma saldría más rápido de ese lugar y que, además, si colaboraba, la sentencia sería menor.

Los interrogatorios algunas veces eran cortos. Me llevaban a la celda y a los cinco minutos me sacaban de nuevo y me llevaban donde otro militar. No había dónde sentarse, tenía que estar de pie, y el lugar era tan oscuro que las luces permanecían encendidas. Fácilmente se perdía la noción del tiempo, no se sabía si era de día o de noche.

Me llevaban la comida en una bandeja metálica que dejaban en el piso. Ponían arroz cocido y frijoles totalmente duros. Por fortuna, yo no tenía hambre y los ratones y cucarachas parecían estar contentos comiéndose mi comida. Me llevaban la misma dos veces al día, depositando la segunda encima de la anterior, ya descompuesta. Era parte de la tortura, pero por alguna razón que agradecía a Dios, no me daba hambre ni sueño.

Mis pies comenzaban a llenarse de hongos; me recostaba en la pared para aguantar el cansancio; me sentaba entre mis piernas para no hacerlo en

el piso húmedo, pero no sabía cuánto aguantaría. Sólo quería que el piso se secara para poder sentarme.

Me sacaron de la celda y me llevaron a un cuarto totalmente frío, que era otro lugar de tortura. Me dejaron ahí de pie hasta la madrugada y, cuando me sacaron, no podía ni hablar, me estaba muriendo de frío, mi cuerpo no podía dejar de temblar y mis piernas estaban llenas de sangre.

Me llevaron a una oficina y me mostraron un expediente lleno de *afiches* sucios. Los reconocí. Eran los mismos que nosotros *regábamos* durante la noche aprovechando los cortes de energía eléctrica. También había algunas cartas que yo había guardado de mis primos, los que andaban en la *Resistencia*. Me mostraron una mochila, una hamaca y cosas militares del ejército sandinista, diciendo que lo habían encontrado entre mis cosas, lo que no era verdad. Yo nunca usé ni guardé pertrechos militares porque mi trabajo era totalmente político-ideológico. Obviamente, negué que eso fuera mío; les dije que era verdad que había tenido en algún momento comunicación escrita con mis primos, que andaban en la *Resistencia*. Pero nada más.

El militar me dijo que no siguiera negando mi participación en la *Contra*, que Juan ya había declarado todo. Entonces me di cuenta de quién me había denunciado. Él continuó mencionando a personas que yo no conocía y me decían que tenían a mi papá detenido y que, más inteligente que yo, les estaba diciendo todo. No lo creí porque mi papá no sabía lo que yo hacía, y estaba segura de que él no tenía nexos con la *Resistencia*. Pero me preocupaba que, por mi culpa, estuviera en ese lugar y que mis hermanos estuvieran abandonados. Eso me derrumbó y, sacando fuerzas, le respondí que mi papá nada tenía que ver con lo que yo hacía, que se mantenía trabajando y que yo no vivía con él. Entonces me dijo que me enviaría a mi celda para que reflexionara y colaborara.

El carcelero me llevó y yo le pedí que me permitiera ir a donde pudiera bañarme y hacer mis necesidades. El hombre me dijo que vería lo que podía hacer. Parecía un poco más humano que los demás, y al rato regresó, me condujo a otra celda y me dijo que ahí podía asearme. Le pedí ropa limpia, le mostré mi *short* manchado de sangre y le dije que estaba muy lastimada en mis partes íntimas debido a la suciedad y la hemorragia que tenía. Entonces me encerró, fue por ropa limpia y me la dio. Sentir el agua sobre mi cuerpo y, tomarla, alivió un poco mi sufrimiento. Después me trasladó a mi celda, me llevó café caliente y un poco de comida y me dijo: «Te traigo comida y Dios quiera que pronto salgas, sos muy niña para estar aquí». A partir de ese día, cuando ese oficial estaba de turno, podía bañarme y comer algo de comida o pan.

En todo momento trataron de buscar la complicidad de mi papá en el caso y, gracias a Dios, logré no involucrarlo, porque él debía cuidar de mis hermanos. Y en otro de los interrogatorios, me dijeron que tenían detenidas

a dos amigas y compañeras de clase, pero les dije que las soltaran porque ellas desconocían mis actividades, lo cual era cierto.

A los veinte días de mi cautiverio me sacaron a recibir sol. Para entonces, tenía los pies llenos de hongos y mi cuerpo lleno de alergia. Cuando llegué al pasillo, cerca de la puerta de salida, sentí un dolor intenso en los ojos, caí al piso inconsciente y cuando desperté, sentí golpes en mi cuerpo. Eran las patadas que me daba el militar gritándome que me levantara, y a empujones y golpes me sacaron al patio a recibir el sol.

Al observar el lugar, vi tres pilares gruesos que tenían manchas viejas y recientes de sangre, como de latigazos. Al parecer, amarraban a los presos y les daban latigazos. Eso explicaba las manchas de sangre que muchas veces había visto en los pasillos de aquel lugar, solo y horrible, con gente de rostros mal encarados. Mis lágrimas no paraban de salir ni pasaba el dolor en los ojos, y una hora después me volvieron a llevar a la celda.

Por la tarde me permitieron ver a mi papá —que por fin había dado con mi paradero— durante diez minutos. No era cierto que hubiera estado preso, pero sí mis amigas, aunque ya las habían soltado. Mi papá me había traído una comida, una cobija y un cepillo dental, pero todo me lo quitaron al entrar de nuevo a la celda.

Comencé a tomar conciencia de que mis actividades estaban perjudicando a mucha gente inocente y que, de seguir así, pronto llegarían a la gente que realmente trabajaba conmigo. Decidí «colaborar», como ellos decían, y en el siguiente interrogatorio les dije que había viajado a Río Blanco, a casa de un señor llamado Juan, porque había recibido un mensaje de un primo mío diciéndome que mi hermano estaría en ese lugar; que fui en busca de mi hermano, pero que sólo vi a uno de mis primos, quien me pidió que hiciera ese trabajo, que me capacitó y me entregó volantes y material para elaborar las pintas; que yo sola hacía el trabajo aprovechando las interrupciones de energía eléctrica, tanto en mi centro de estudios, como en la calle, cuando hacía la vigilancia revolucionaria.

En los siguientes interrogatorios dije lo mismo, y no sé si me creyeron, pero unos cinco días después, me trasladaron a pie al Centro Penitenciario Waswalí, a unos cinco kilómetros.

1. *El penal de Waswalí*

Al llegar a Waswalí me llevaron al pabellón de las reclusas, donde había unas cuarenta mujeres sancionadas por diferentes delitos, incluyendo sólo seis por delitos políticos.

La oficial de turno me entregó un colchón húmedo, lleno de moho y maloliente. Me llevó a una litera de tres pisos, indicándome que yo ocupara

el tercero. Yo me negué, pero me contestó que no estaba en condiciones de pedir gusto. Le dije que había pasado mucho tiempo durmiendo en el piso y que si dormía en aquel lugar, me iba a caer. Una de las reclusas por delito político convenció a la mujer de que yo durmiera en el segundo piso y también le pidió que me cambiara el colchón, aunque la oficial respondió que era el único que había.

Arreglé la cama utilizando la cobija que mi papá me había llevado, colocándola sobre el colchón, y preferí no cubrir mi cuerpo más que con la ropa que llevaba puesta, pero pensé que, así, por fin podría descansar.

Por la noche, aproximadamente a las diez, escuché aquel ruido horrible de la puerta al abrirse, pero como tenía los nervios a flor de piel, creí que estaba en el centro de tortura. Salté de la cama y caí en el piso. Afortunadamente, no estaba en el tercero, porque quizá me habría roto unas cuantas costillas.

Al día siguiente me llevaron a la clínica del penal, donde un médico militar me ordenó quitarme la ropa; me ruboricé, le pregunté que para qué. Me respondió que era un chequeo médico que le hacían a todo hombre o mujer que llegaba detenido. Finalmente, avergonzada, me quité la blusa y el *brasier*, me tocó los senos, el centro y parte baja del vientre, después me ordenó vestirme y me dijo que me podía retirar. Pero aún me faltaba lo peor: cuando teníamos que salir a las visitas programadas con nuestros familiares, la oficial de turno nos ordenaba desnudarnos completamente y hacer sentadillas para ver si no llevábamos nada oculto para entregar a nuestros familiares. Lo mismo sucedía al entrar después de la visita, y esa situación era humillante porque se hacía en presencia de las demás internas.

El pabellón de mujeres estaba a cargo de una oficial, teniente militar, que llevaba el control de cada una de las internas. Debía darles a conocer el manual de orden y disciplina del penal, observar su comportamiento para su respectiva progresión en régimen de adaptación laboral, semiabierto o abierto; sacar a las internas a recibir sol, integrarlas en las actividades deportivas y culturales del penal e informar de los problemas de salud para la atención médica.

Con esa oficial tuve un episodio de acoso. Ella me sacaba del pabellón supuestamente para que le ayudara a hacer tareas de clase, pues estudiaba, pero aprovechaba para decirme que me quería mucho y que si yo la quería a ella. Yo siempre le respondía que la respetaba y le tenía aprecio, hasta que un día me dijo que ella me quería de otra forma, a lo que le respondí que yo no la podía ver más que como una amiga; que yo estaba en ese lugar cumpliendo una condena y no me interesaba más nada. En esas circunstancias, un reo que también daba clases en la escuelita conmigo, pidió permiso para ser mi novio; ella me preguntó que si yo quería y, cuando le respondí que sí, se puso enojadísima, me dijo que no autorizaría tal cosa y me prohibió

hablar con él. A mí eso no me importó, porque yo lo que quería era demostrarle a ella cuál era mi definición sexual y además quitarme la presión de la Seguridad del Estado. Después, sin embargo, reconozco que me ayudó en varias ocasiones: en agosto de 1988, mi papá tuvo un accidente viajando a Matagalpa con su camioneta cargada de frijoles. Los llevaba para venderlos y pagar a dos abogados que me defendían, cuando la camioneta se incendió y mi papá tuvo serias quemaduras en todo el cuerpo. Entonces yo le solicité a ella que intercediera por mí, para que me llevaran a verlo al hospital. El jefe encargado de esos menesteres, como era de esperar, negó el permiso y me dijo que sólo tenía derecho a ver a mi papá si se moría. Cuando ella me comunicó tal situación, me puse rebelde y le dije que le dijera a su jefe que si mi papa se moría, que *se lo hartaran*, que él era un perro insensible y que yo estaba convencida de que la *Contra* tenía razón de ser porque ellos eran unos perros. Con esas ofensas yo estaba firmando la sentencia de que me llevaran al calabozo, celda de aislamiento y castigo. Pero ella me dijo que sólo porque ella me entendía, me perdonaba y no diría nada y que me prometía que iría al hospital a ver a mi papá, como en efecto hizo.

También, como la comida del penal me hacía daño, en muchas ocasiones permitió que, a escondidas, unas mujeres que trabajaban en el mercado, amigas de una tía mía, me enviaran comida con un joven que prestaba el servicio militar en el penal. Estaba prohibido que un reo recibiera paquetes, excepto en el día de visita familiar.

2. *El Juzgado para Delitos Contrarrevolucionarios*

Unas dos semanas después, me llevaron al Juzgado para Delitos Contrarrevolucionarios, cuyo juez era Antonio Flores, del que se decía que era un hombre muy duro. Había estado ya en los tribunales especiales que habían juzgado a los miembros de la Guardia Nacional después de la caída de Anastasio Somoza en 1979¹⁸⁷. Al subir al camión, reconocí al señor que me delató. Era un campesino de unos cincuenta años, que tenía la cara con moretones; también vi a Juan Zeledón, igualmente con evidencias de tortura. En el juzgado, el señor que me delató se acercó a mí y me dijo: «Mire mi lengua», y lloraba pidiéndome perdón. La lengua la tenía inflamada y morada por las torturas, y sentí mucha pena por él.

¹⁸⁷ Al respecto de los tribunales que se constituyeron tras la victoria de la revolución, véanse: Ferrero Blanco (2015) El diseño de las instituciones del Estado Sandinista. La revolución como fuente de Derecho. *Revista de Indias*, Vol. 75, n.º 265; Oettler, A. (2013). Justicia transicional y los significados de la elaboración del pasado nicaragüense. *Encuentro*, n.º 95.

Éramos doce personas enjuiciadas, pero, gracias a Dios, ninguna del Frente Interno con el que yo trabajaba en Matagalpa. Eran once campesinos, y yo la única mujer, que para ese entonces cursaba quinto año de secundaria en el instituto, tenía veintiún años y era la responsable de recursos humanos del Ministerio de Educación.

El secretario nos leyó los cargos y nos pidió que nombráramos defensores y que, el que no pudiera, tendría uno de oficio. Lógicamente, en aquella época, ningún abogado podía hacer nada por un reo político. A la vez, me enteré por un periodista, Celso Martínez, corresponsal del diario *La Prensa*, que mi papá estaba preso.

Al mes aproximadamente, nos volvieron a llevar al juzgado y nos leyeron la sentencia. La mía fue la pena mayor, quince años de prisión, haciendo énfasis en mi nivel académico y mi cargo en el lugar de trabajo. Para entonces, mi papá había sido liberado y me había buscado una abogada miembro del partido del gobierno, según él para que me pudiera liberar apoyándose en sus influencias. Evidentemente, no había sido una buena idea.

Después mi papá me contó que lo tuvieron detenido por quince días, pero lo liberaron al no encontrar nada vinculante con mi caso. También lloviendo, me dijo que mi hermano estaba preso en Texas, EE.UU., que había sido detenido por las autoridades de Migración USA por cruzar la frontera ilegalmente e indocumentado. Que, al menos, a mí me podía ver, pero que no sabía siquiera cómo estaba su pobre hijo. Posteriormente ya me comentó que había sido liberado y trabajaba en EE.UU.

3. *Regreso a Waswalí: peligros y abusos*

Yo creía que, con la sentencia, ya todo había pasado, pero en el interior de la cárcel siguieron las torturas: utilizaban cualquier pretexto para aislarme del resto de las internas hasta por un mes; me suspendían alimentos, visitas de familia, me acosaban para sacarme información de mi familia en la *Resistencia*.

En ocasiones recibí la visita del jefe de la Seguridad del Estado, conocido como comandante Nájar, y de otro militar, Efrén Vallecillo, que querían llevarme a trabajar con ellos en «La Perrera», para sacarle información a otros presos, y que también me ofrecieron mucho dinero a cambio de infiltrarme en la *Resistencia* y pasarles información. Por supuesto, me negué, pero sembraron la desconfianza entre los demás presos haciéndoles creer que yo trabajaba con ellos. Así pasaron tres meses. No aguanté, caí en desnutrición, depresión y falta de apetito e insomnio; me daban fuertes dolores de estómago, sudaba y me desmayaba; me llevaban a la clínica, me inyectaban para calmar el dolor, pero el problema continuaba y no podían internarme en la clínica del penal porque había muchos presos enfermos. Gracias a Dios,

recibimos la visita de la Cruz Roja Internacional y la Comisión de Derechos Humanos y aproveché para denunciar lo que me estaba pasando, además de que era evidente que estaba mal.

Desconozco si sirvió de algo, pero el médico responsable de la clínica orientó que me cambiaran a la primera cama de la litera, en reposo absoluto, y me puso en tratamiento. Me inyectaban suero, medicamentos y sedantes y así pasé quince días. El tratamiento hizo efecto y también cesaron las presiones políticas.

Me promovieron del régimen de adaptación al régimen laboral, me capacitaron para dar clases en la escuelita del penal, que podía preparar por la mañana. Por la tarde impartía alfabetización, y por la noche, primaria acelerada.

Otro momento difícil fue en mayo de 1989, cuando una reclusa, Elba Rayo, una presa común que trabajaba en la bodega, y con quien había tenido problemas de celos porque ella estaba enamorada de mi compañera de trabajo en la escuelita —María Edulfa Mendoza Martínez—, fue vista por una de las que hacía la limpieza cuando introdujo un cuchillo entre su ropa. Después, cuando las llevaron al pabellón, la misma vio que escondía el cuchillo en el colchón de su cama y fue a informar al oficial de turno de lo que estaba pasando. Revisaron el pabellón, encontraron el cuchillo y se la llevaron a la celda de aislamiento. A la mañana siguiente la interrogaron y confesó que quería matarme por celos y que no necesitaría el cuchillo, que lo haría con sus propias manos.

El jefe de educación penal ordenó que la aislaran quince días. Al cumplir la sanción, la llevaron al pabellón y, al verme, se me lanzó y me quería tomar por el cuello. Forcejamos, pero entre el oficial y otras reclusas lograron detenerla y la enviaron otros quince días al aislamiento. Finalmente, lograron convencerla de que estaba en un error y me pidió disculpas, pero yo ya no dormí tranquila.

Por la misma época volvieron las presiones políticas, pero, para entonces, yo ya conocía los abusos que cometían los militares con las mujeres que trabajaban en la cocina y las que limpiaban sus oficinas en el penal. Se aprovechaban de que ambas eran presas comunes, con la diferencia de que las que hacían la limpieza eran jovencitas que se dedicaban a la prostitución y habían sido detenidas normalmente por robo a sus clientes.

Las obligaban a tener relaciones sexuales, con engaños, diciéndoles que las ayudarían a salir pronto de la cárcel haciéndoles llegar a los jueces cartas de buen comportamiento. Así que les dije que me dejaran en paz o denunciaría todos los abusos que se cometían en el penal. Mi error fue decírselo al comandante Nájar, de la Seguridad del Estado en la región, porque no pude llegar hasta el final. Yo había escrito unas cartas a la Cruz Roja Internacional y a Derechos Humanos denunciando los hechos, la misma denuncia que ya había hecho al comandante Nájar, y la iba a entregar a mis familiares en la

próxima visita. Pero no sé cómo, se enteró la jefa del pabellón, revisó mis cosas y encontró las cartas. Volvieron a regresarme al régimen de adaptación y me suspendieron las visitas, además de humillar a mi papá y a mis hermanos cuando me llegaban a visitar. Entonces fue cuando me decidí a solicitar que me trasladaran a La Modelo de Tipitapa, en Managua, con reclusas desconocidas y con mayor dificultad para que mis familiares fueran a verme cada quince días.

4. *La cárcel Modelo de Tipitapa (Managua) y la liberación*

A finales de septiembre de 1989 nos trasladaron a la cárcel Modelo de Tipitapa a todas las presas políticas, y a las dos de la mañana del cuatro de octubre de 1989 nos sacaron del pabellón. Individualmente, nos hicieron entrar en la oficina de un militar, quien después de varias preguntas nos informó de que, gracias a la generosidad de la Revolución Sandinista, íbamos a ser indultadas. No obstante, nos amenazó diciéndonos que, si continuábamos en actividades políticas, nos iban a volver a encarcelar.

A las cinco de la mañana nos llevaron de nuevo a nuestra celda, y a las diez de la mañana, al área de visita del penal, donde se encontraban representantes de la Cruz Roja Internacional y de la OEA; nos entregaron ropa y dinero para el transporte hasta nuestros lugares de origen. Nos informaron de que la Asamblea Nacional había aprobado el indulto de 457 reos y que seríamos liberadas todas las presas políticas que estábamos detenidas a nivel nacional, y ancianos con enfermedades crónicas¹⁸⁸. El jefe nacional de la Policía nos informó de que, en cumplimiento de los compromisos contraídos por el gobierno en Esquipulas II, y por la apertura política que se estaba dando en el país, seríamos liberados y entregados a la Cruz Roja Internacional. A continuación, nos dio las respectivas órdenes de libertad.

Ese mismo día, una unidad de la Cruz Roja me condujo a Matagalpa, a casa de unas tías. Al día siguiente viajé a la finca de mi papá, feliz y un poco desorientada todavía.

Los efectos de la guerra en la familia

Yo era muy joven cuando empezaron los problemas, y no me afectó en la familia que pude crear más adelante, pero sí en la de procedencia. Cuando me detuvieron, siempre estuve preocupada por la seguridad de mis hermanos

¹⁸⁸ El indulto de los 457 presos fue publicado en *La Gaceta* del 30 de octubre de 1989, aunque fueron liberados el 4 de octubre de ese mismo año. Maritza aparece en esa lista con el número 352.

menores si yo estaba ausente y mi papá era detenido, y por el otro hermano que tuvo que enrolarse en la *Resistencia*, por los peligros que estaba viviendo lejos de nosotros en la guerra. Pero, por lo que pude ver, en términos generales, le diré que los errores que cometieron los revolucionarios provocaron rupturas familiares, necesidad de redoblar esfuerzos en las mujeres —que además de la responsabilidad del hogar tenían que dedicarse a levantar la producción en el campo— e igualmente sucedía en las zonas urbanas, sumado al sufrimiento de sus hijos en la guerra. Muchas familias vendieron sus bienes para sacar fuera del país a los adolescentes antes de cumplir la edad para el SMP, y otras escondían a sus hijos para protegerlos de la guerra. Voy a citar brevemente dos casos muy afectados en la familia:

El hogar de mi tía Esperanza Arauz se desintegró totalmente. Su esposo, Enrique Artola, un mes después del Triunfo revolucionario fue acusado —por venganza— de disparar y dejar inválida a una niña, y de que había sido protegido por el gobierno de Somoza por ser soplón, lo que se llamaba «oreja» entonces. Pero la realidad es que don Enrique en esa ocasión regresaba *tomado* a su casa y un perro lo atacó. Él le disparo al perro, pero falló el tiro, que rebotó y le pegó a una niña que estaba jugando. Eso ocurrió en el tiempo de la insurrección. A él lo arrestaron y a mi tía la obligaron a ir de cocinera al comando central del FSLN, lugar donde tenían a los presos. Un día pusieron a mi tío a excavar una fosa en el patio del comando, y cuando terminó, llevaron a mi tía y, en presencia de ella, lo fusilaron. No le hicieron un juicio digno ni tomando en consideración que la guerra había terminado.

Mi tía tenía dos hijos varones y una hija mujer. Cuando decretaron el servicio militar fue reclutado uno de ellos, pero posteriormente desertó y se integró voluntario a la contrarrevolución, y el otro huyó hacia EE.UU. Mi tía murió de un derrame cerebral producto de tanto sufrimiento, desconociendo el paradero de sus hijos.

También una profesora mía vivió muchos años en conflicto con su esposo y finalmente se separó, porque él era sandinista y ella antisandinista.

Las elecciones de 1990. Mi actividad política y mi salida al exilio

Producto de la presión de la guerra y la suspensión de la ayuda rusa, obligaron a los sandinistas a comprometerse a realizar elecciones democráticas y transparentes y aceptar los resultados electorales. La oposición formó una coalición de partidos que llamaron Unión Nacional Opositora (UNO) y, tanto estos que llevaban como candidata presidencial a Violeta Barrios de Chamorro, como el comandante Nájar de la Seguridad del Estado sandinista, me propusieron trabajar con ellos. Los primeros me propusieron ser concejal por Matagalpa, pero solo acepté ser activista de la UNO. Los segundos me

sometieron a una auténtica persecución, interrogándome a diario sobre mis actividades, hasta que me indicaron que el comandante Nájar quería verme.

Antes de ir a visitarlo, fui a la Oficina de Derechos Humanos y a la de la OEA, denuncié la persecución de que estaba siendo objeto y les informé de mi próxima reunión con el comandante Nájar. Ambos organismos me aconsejaron no asistir, pero, pese a ello, fui, y cuando llegué, el comandante me dijo que la cárcel no me había servido de mucho ya que andaba metida en la UNO, que perdería las elecciones. Me propuso trabajar con ellos, ofreciéndome dinero o cargo político, hacerme diputada incluso. Me negué en rotundo y le dije que esperaba que ganara doña Violeta y se terminara la guerra. Él me dijo que me equivocaba, que ganarían ellos y yo volvería a la cárcel.

Meses después de la victoria de la UNO, fui contratada para el área contable del Instituto de Fomento Municipal, una institución al servicio de las alcaldías, para fortalecer los municipios.

En 1991, con la desmovilización, se crea el partido político que la unificaría, el Partido de la *Resistencia Nicaragüense* (PRN). De inicio, se esperaba que el comandante Enrique Bermúdez Varela, «comandante 3-80» liderara la reorganización de los *contras* cívicamente, pero no hubo tiempo. En febrero del mismo año fue asesinado y su crimen quedó en la impunidad, como muchos otros¹⁸⁹.

En 1993 se aprobó la personería jurídica del PRN, y fui nombrada, sucesivamente, tesorera de la Junta Directiva Departamental, presidenta departamental y representante legal departamental de Matagalpa.

Tras múltiples irregularidades en el proceso electoral de 2006 y omitiendo el 8% de los resultados electorales, el Consejo Supremo Electoral (CSE), otorga el triunfo a los sandinistas y, con ello, el retorno de Daniel Ortega al poder. En ese proceso resulté electa diputada suplente representando a la *Resistencia* en la Alianza Liberal Nicaragüense, que obtuvo el segundo puesto, según el CSE.

¹⁸⁹ Enrique Bermúdez fue asesinado el 16 de febrero de 1991 en el estacionamiento del hotel Intercontinental de Managua. Los comentarios sobre sus últimos días son confusos: al día siguiente de su muerte se dijo que iba a viajar a Matagalpa para visitar una cooperativa de desmovilizados de la *Resistencia*, y en la prensa local se dijo que iba a «asaltar tierras». Otros lamentaron que cuando murió estaba intentando reivindicar los derechos de los *contras* desmovilizados, y una tercera versión aseguraba que en su última etapa había cortado sus relaciones con la *Contra*, muy desengañado de que lo hubieran excluido, cuando se retiró de los principales puestos a los guardias nacionales. Se dijo que su asesinato había sido obra de un profesional y se acusó al sandinismo.

En el proceso electoral del 2011, estando nuestro partido incluido en la alianza del Partido Liberal Independiente, se me acreditó como candidata a diputada, pero el proceso electoral fue descaradamente amañado, negándonos en su mayoría las credenciales de los fiscales y siendo muchos de ellos expulsados por los sandinistas de sus respectivas Juntas Receptoras de Votos. El fraude fue más que evidente y, de nuevo, el CSE concedió el triunfo a Ortega, despojándonos de dos diputaciones en Matagalpa, incluyendo la mía.

En el 2012, en alianza con el PLI, fui acreditada candidata a la alcaldía de Matagalpa. Finalmente —después de otra serie de episodios ilegales y violentos, protagonizados por los sandinistas, en los que fui atacada— todavía el PLI obtuvo el segundo puesto en Matagalpa, y fui nombrada concejal, tal como dispone la ley electoral.

Entonces, reconocidos ex miembros de la Seguridad del Estado me amenazaron con atentar contra mi vida si continuaba apoyando «a los perdedores y desprestigiados» por los sandinistas. Por fin, decidí dejar Nicaragua, temiendo por mi vida y la de mis hijos, y solicité asilo en EE.UU.

Mi casa en Matagalpa siguió siendo apedreada por sandinistas aun estando yo fuera del país.

II.II

Mujeres sandinistas

(...) Vos no alcanzaste a ver la luna, yo sí y todos los que quedamos vivos. Fue solo por un instante, un efímero momento, se desintegró cuando la teníamos. Apenas la pudimos sostener un poco, brillaba intensamente frente a nuestros ojos y pesaba demasiado en nuestras frágiles manos.

Nadine Lacayo
Polvo en el viento

II.II.1. MADRES DE COMBATIENTES SANDINISTAS

Irma Picado

(Matagalpa, 2014)



Yo, poco a poco, empiezo a escuchar hablar de la guerrilla... La gente se está armando en el campo, hay necesidades y yo me metí por mis hijos. Ellos ya estaban bien integrados y me decían lo que necesitaban.

Mi nombre, como yo firmo actualmente, es Irma Picado viuda de González —el apellido de mi esposo— pero soy conocida como Irma González¹⁹⁰.

¹⁹⁰ Madre del comandante José González Picado (*Chepe* González). Conocido como «Ernesto», participó en la insurrección de los «muchachos» de agosto de 1978 en Matagalpa y fue integrante de la columna guerrillera «Crescencio Rosales» en la ofensiva final de la Revolución Sandinista.

Soy viuda hace dieciséis años. Tengo setenta y cinco años y me casé a los dieciséis, y mi esposo, Julio César González Vargas, que era leonés, tenía veintitrés años.

Mi esposo había tenido una primera familia, y después, los hijos nuestros, de mi esposo conmigo, fueron Mayra, José, Lucy, Aurora, Juan de Dios, Julio, Irma y Soledad. De ellos Mayra, José y Lucy fueron guerrilleros, y Juan de Dios, a cortísima edad, se integró también ya en la insurrección. Irma y soledad eran entonces niñitas de apenas seis u ocho años.

No soy muy buena para las fechas porque tuve un derrame y he perdido un 30%, pero me siento muy bien porque estoy muy integrada en la iglesia. Soy coordinadora del Apostolado de la Oración Eucarística y eso me ha llenado mucho espiritual y moralmente y me siento con ánimos. Pero aun así, le quiero hacer una remembranza de mi pasado antes de casarme.

Origen y formación

Mi papá era del Partido Conservador, contrario a la dictadura, pero era una persona muy alejada de la actividad política y muy honrado y trabajador. Cuando yo era una niña como de nueve años, vivíamos en un pueblo cerca de aquí, San Ramón, y recuerdo que yo miraba que había algo que... no estaba bien. Mi papá está muerto ya. Él oía una radio clandestina, de Cuba, las noticias, y se enteraba de la lucha de aquí... Porque entonces mataban a mucha gente... Y cuando Somoza hacía sus campañas, todo era muy difícil para la gente de mi época. El gobierno se alarmaba antes de la cuenta y hacían unas avalanchas terribles, muchísima represión. Capturaron a cuatro o cinco de San Ramón, sólo por ser opositores, porque eran gente muy honrada. Los echaban presos y después se enteraba uno de que desaparecían. Mataron a muchos en esa época, y yo, viéndolo como niña, no lo entendía, pero sabía que las cosas no marchaban bien. Había mucho temor y, en mi casa, pues, y una gran oposición a Somoza.

La vida familiar antes de la Revolución: esposo e hijos

Después de muchos años, ya me casé y mi esposo y yo nos fuimos al campo a trabajar durante doce años. Duramente, empezando de cero, hasta dormir en tablas en el piso en un ranchón, que era como un corral de terneros, de una finca de mi suegro. Ahí trabajamos doce años y logramos hacer la casa donde yo vivo actualmente. Cuando nos vinimos aquí ya teníamos a Mayra, José, Lucy y la Yoyita, que tiene una discapacidad, un poco de retardo.

Cuando ya teníamos los niños, pensamos en irnos a Matagalpa porque mi esposo era de un carácter fuerte, pero muy amante de su familia y bien preocupado de sus hijos. Nos vinimos y pusimos un negocio que fue muy

bien porque abastecíamos mucho al campo. La gente era honradísima, y con la palabra de uno era suficiente y teníamos muchos compradores, una red de unas cincuenta personas que se llevaban cantidades de mercadería, y aquello rotaba. Y en aquel tiempo, alguien que te comprara por cinco mil o diez mil córdobas, era un capital.

Mi esposo, como mi suegro, era antisomocista, conservadores los dos. Y yo, poco a poco, empiezo a escuchar hablar de la guerrilla, empiezo a colaborar porque la gente se está armando en el campo, hay necesidades y yo me metí por mis hijos, porque ellos ya estaban bien integrados y me decían lo que necesitaban. Después, la comandante que estaba aquí me mandó a pedir ayuda a través de la «Amanda»¹⁹¹.

En ese tiempo, como le decía, yo vendía mercadería y la «Amanda» me mandó que facturara algo. Que hiciera una factura como que era de una compra, aunque en realidad era una cooperación que yo hice. Le llevaba la factura un campesino, pero lo capturaron, lo mataron y le encontraron mi factura. Y ese fue el motivo de estar amenazándome la Guardia después, y eso era horroroso, todo era temor.

Cuando uno encontraba a un guardia, uno se cruzaba de calle. Infundían terror y caminaban con unos *garand* enormes. No era como para saludarlos, como ahora, o para sacar un papel, y ellos mismos decían que los entrenaban para matar. Tenían cara amarga... imagínese qué sentí yo cuando me empezaron a citar, sobre todo la primera vez. Me llega con un papel un guardia tan gigante que casi no pasaba por la puerta —todo para infundir más temor— y se lo dio a mi esposo, que no sabía nada ni de mí ni de mis hijos, porque nosotros aprovechábamos cuando él permanecía en la montaña. Él estaba allá porque, con todo el trabajo de aquí, habíamos logrado comprar cinco casas bastante grandes y trabajábamos muchísimo.

Mi esposo quedó preocupado y vino conmigo a la primera cita, y llegar allí y ver aquellas cárceles tan sucias, estar amenazado y saber que perseguían a nuestros hijos, era horrible... Hasta tenían unos perros para atemorizar... Me llevaron a interrogarme y a él lo dejaron afuera. Hacían preguntas y preguntas, de mi padre, mi madre, las familias de ellos, y estaba yo ya agotada, cuando me dice uno de ellos, chino, porque había unos chinos aquí que eran torturadores en ese tiempo: «Ésta es la última vez que te citamos. La próxima te llevamos en un helicóptero y te vamos a llevar a tirarte». Si no me hubiera acompañado mi esposo, no sé si lo estaría contando porque en

¹⁹¹ Se refiere a la comandante Mónica Baltodano, que fue responsable política de la región de Matagalpa antes del Triunfo de la Revolución. (Véase el IP). Francisca Amanda Torres fue una combatiente histórica matagalpina.

ese tiempo hubo muchas muertes y muchachos presos a los que degollaron en la cárcel por orden del doctor Flores Lovo¹⁹², que todavía está vivo. Uno de esos muchachos fue Guy Ruth Smith¹⁹³. Pero yo sentía que tenía una gran indignación, no miedo. Era impotencia.

Después del interrogatorio, mi esposo habló con el comandante de la Guardia y le dijo que era compadre de su papá, lo que pudo, para ver si se ablandaba... Al final me dejaron salir de allí, aunque me citaron tres veces más. Yo andaba embarazada de mi hijo menor y, gracias a Dios, todas las veces me pudo acompañar mi esposo. La última vez yo ya estaba hastiada, y cuando llegué, allá estaban todos los guardias, un montón, acostados por el piso... Sólo para atemorizar porque era ya 1978, la época creo de la toma del Palacio¹⁹⁴... Y citaron a muchas personas aquí en Matagalpa. Yo vivía metida en mi negocio y en las entradas y salidas de los chavalos, que llegaban a la tienda para dejar mensajes y disimular que era para esperar a sus mamás, que estaban comprando o podían llegar.

Después seguí colaborando con mis hijos: mi hija Mayra estaba en Managua, pero venía y yo temía que la capturasen... Me pedía *muñequitas* para la guerra y le conseguí una [dice sonriendo que se la robaron a su papá]. Había una peligrosidad horrorosa... Mi hijo José me decía que necesitaba docenas de gorras oscuras, un reloj bueno con pulsera negra y que no brillara... Yo se lo conseguía todo...

José se integró de lleno en la montaña con Crescencio Rosales, que era el jefe de la región, y él y José fueron los responsables de aquí, de Matagalpa. Después, Crescencio murió, junto con otro del grupo, Salvador, porque los perseguían vivos o muertos, y cuando iban a un operativo para recuperar un equipo de reproducir, el vehículo usado que manejaban, por una terrible coincidencia, un *jeep* rojo igual a otro en el que se movilizaba Salvador, y lo confundieron. Iban en él Crescencio, mi hijo José, Salvador, Amador y alguno más, y parece ser que venía Salvador manejando para recoger al resto y allí los acribilló la Guardia. Cuando los acribillaron, faltaban dos para montarse en ese *jeep*, y uno de ellos fue mi hijo José, que se quedó esperando. Por eso pudo salvarse, pero hubo momentos en que fue muy perseguido por

¹⁹² Augusto Flores Lovo era un coronel de la Guardia Nacional, pero también era el jefe de lo que en Matagalpa se conocía como «la Sanidad». Véase el IP.

¹⁹³ Después de la insurrección de 1978, hubo unos trescientos matagalpinos presos, a los que consideraba claves para que entregaran redes de sandinistas. Entre ellos estuvo Guy Ruth Smith, un joven que fue asesinado y torturado por Flores Lovo directamente. (Baltodano, M. (2010). Entrevista con José González. *Memorias de la lucha sandinista*. Managua: Ihnca).

¹⁹⁴ Véase nota n.º 18, sobre la toma del Palacio Nacional.

la Guardia, en varias ocasiones pasó peligros, y en una le alcanzó un balazo en la cabeza, por el río. Mis hijas tampoco podían ir ya con seguridad y tuvieron que mandar al hospital a otras personas para saber quiénes eran los muertos, porque creían que su hermano era uno, pero no lo fue. Se había quedado esperando.

Yo no entendía todo a fondo, sólo sabía que era una juventud bien opositora, pero mis hijas conocían casi todo. A mí me decían poco, porque era más seguro, y yo les vi a ellas una gran preocupación. Sentí gran tristeza cuando me dijeron que habían matado a Salvador y a Crescencio, porque yo los conocía porque mi tienda daba lugar a que todos entraran. Eran amigos de mis hijos, como Rodolfo Castillo, «Payín», que también tenía una pierna amputada porque en el cerro de El Calvario le dieron una vez unos franco-tiradores, y muchos más...

Mi hija Mayra ya estaba en Managua, estuvo en el Repliegue a Masaya y creo que su responsable era el comandante William Ramírez¹⁹⁵. Y aquí en Matagalpa tuvieron que internarse en la montaña. Era horrible, y era como un delito ser joven...

Mi hijo José, aunque estaba aquí, tenía mucha conexión con la Asociación de Estudiantes de Secundaria (AES) y todo lo del Consejo Estudiantil de la Universidad de Nicaragua (CUUN), del Frente Estudiantil Revolucionario (FER), toda la propaganda la regaban aquí por todas partes. Y las madres, conectadas por los hijos y porque se veían cosas horribles. Yo vi un día cómo la Guardia mató a un señor por puro gusto. Porque se vino a parquear allí enfrente, que estaba la fábrica de ropa de Jorge Samara y, cuando él se parqueó, le sacaron el *garand* y lo mataron como a una palomita. Yo lo vi todo, y esas cosas nos impactaban tanto... Eso queda imborrable para uno.

Se trabajaba de una manera muy organizada, con una hermandad tremenda, un sigilo enorme... Cuando la lucha de la toma de catedral, y en todo el período, hubo mucha colaboración de madres, como «mamá Becha», que era Rosa Emilia, de la familia Büschinting, o doña Myrna Reed, una de las que se subió a la catedral, que era tremenda¹⁹⁶.

¹⁹⁵ El Repliegue se llevó a cabo el 27 de junio de 1979 para ir de Managua a Masaya, ya bajo control de los sandinistas. Seis mil personas caminaron juntas de noche y en silencio para no dar señales a la Guardia, y fueron en tres columnas: una delantera, encabezada por Ramón «Nacho» Cabrales; otra, en la retaguardia, conducida por el comandante Carlos Núñez Téllez (jefe del Estado Mayor del Frente Interno), y la tercera, la del centro, la más grande, enorme, dirigida por los comandantes William Ramírez Solórzano, Joaquín Cuadra Lacayo y Mónica Baltodano.

¹⁹⁶ Entrevistada como madre de sandinistas en este mismo trabajo.

Mi esposo no llegó a saber que yo estaba involucrada. Se fue enterando de los hijos, pero de mí no supo. Él iba a la montaña y, como era muy popular, un guardia que lo conocía le dijo un día que lo apreciaba y por eso le decía que sabía que era bien trabajador y lo admiraba por eso, pero que sus hijos estaban metidos en cosas que se los iban a matar. Entonces fue cuando ya puso toda la atención, y fue también cuando se tuvieron que ir a la clandestinidad mi hija Lucy y su amiga Sadie, hija de doña Myrna Reed, además de mi hijo José, que ya estaba allá.

Los hijos terminaron integrados, ¡todos! Y nosotras con ellos, claro. Tuvimos valor, pero yo creo que Dios estaba con nosotros, porque era una injusticia enorme lo que vivíamos. Las madres nos metíamos más que los padres... éramos más valerosas o los hijos buscaban nuestro apoyo, más que en el padre. Mis hijos no tuvieron nunca el valor de decirle nada al padre, porque no le gustaba que sus hijos se sometieran a peligros. Incluso mi cuñado Carlos, que vivía en EE.UU. vino a llevárselos antes del Triunfo, y venía con pasaportes y todo. Porque mi esposo se lo pidió, pero se llevó una decepción porque cuando vino ya no los encontró, más pronto se fueron de la casa. Como ellos ya eran independientes, no vivían en la casa, y como el papá andaba en la montaña por el trabajo... Así podían ocultarlo. Yo no se lo decía porque él era muy celoso de sus hijos, pero llegó un momento en que fue teniendo consciencia y ya no se le pudo ocultar.

Los chavalos iban pegando gritos. Cuando yo oía «¡Patria libre o morir!», temblaba, me hacía el corazón... Había un chavalito, Plomito, que iba con cuatro o cinco y pasaban con esos gritos. Yo les hacía hasta las banderas —les hice una que llegaba de calle a calle— porque todo el tiempo se hacían manifestaciones y los capturaban, los golpeaban... Mi hija y otras se envolvían en la bandera, que supuestamente era respetada, y la gente los rodeaba para cubrirlos. El pueblo se revolvió y los protegía.

La vida durante el gobierno de los sandinistas

Después de Triunfo vino otra época muy dura. Mi esposo tenía una finca en Kuskawás de 1.170 manzanas, ochocientas reses y una lechería que era de su papá y que hemos conservado. La dejó a nombre mío y de mis hijos y con eso hemos sobrevivido. Pero lo que habíamos logrado en la montaña era el resultado de treinta años de trabajo, y con el Triunfo, los campesinos se tomaron la finca, perdimos el ganado, y ya en la guerra los dos bandos comían de ese ganado y fue todo un desbarajuste horrible.

Teníamos una deuda en un banco de 400.000 córdobas en ese tiempo, y con el Triunfo del Frente, el gobierno condonó todas las deudas, a todo el mundo, a todos los productores. Fue maravillosa esa ayuda, pero por alguna

razón no cubrió algunas de las fincas, y esos propietarios terminaron cancelando ellos mismos sus deudas.

Yo en ese tiempo vivía muy preocupada porque mi esposo se enfermó al ver el final de tanta lucha y se agravó cuando se tomaron las fincas. Eso y el peligro de los hijos... Se desmoralizó. Ya en 1982 estaba mal porque aquello había sido un trabajo continuo, de mucho sacrificio el ir por aquellos lodazales, donde las mulas iban hasta el lomo de lodo, donde él tenía que nadar para pasar los ríos y que el caballo pasara nadando... Y finalmente tuvimos que vender la finca.

A mi hijo José, después del Triunfo, lo mandaron a la Costa Atlántica, un lugar del que se decía que a todo el que mandaban como comandante, lo mataban, y eso era muy duro. Era algo horroroso, pues él era bien jovencito, veintidós o veintitrés años, y ya lo habían nombrado comandante. A la Costa Atlántica fue como delegado del Ministerio del Interior (MINT). Después lo mandaron para León y de allí de nuevo aquí, cuando el Frente perdió las elecciones en 1990.

La gente se empezó a desconcertar otra vez cuando la guerra, después del Triunfo, porque hubo demasiadas groserías de la contrarrevolución. Muchos crímenes por todos lados, emboscando a los muchachos... El servicio militar... Muertos en cantidades... Murieron muchos chavalos, casi igual que antes del Triunfo, creo yo. También hubo desaparecidos. Conocí un caso de apellido Rivera, no recuerdo el nombre, compañero de lucha de mi hija Mayra, que desapareció. Nunca más se supo nada y hubo muchos desaparecidos, lo sé, aunque personalmente no los conocí¹⁹⁷.

Por la parte de los hermanos del padre de mis hijos (Marta, Roberto, Guillermo y Julio Claudio), que son González Kraudy, el único que no tuvo vinculación con la guerrilla fue Julio; los otros tres fueron guerrilleros, y Guillermo murió en la frontera con Honduras en 1981, siendo teniente primero. Él llegaba a Kuskawás, a la propiedad nuestra, diciendo que iba para ayudarle a su papá, pero tenía otro objetivo colaborando con el comandante Tirado López [ver IP]. Guillermo en la casa con quien tenía confianza era conmigo, aunque no fuera su madre, y me pedía medicinas, ropa, de todo, y le llevaba a la gente en el campo. Y como podía entrar en la finca, tomaba animales y los llevaba más adentro, a la montaña, y allí lo asesinaron finalmente, con otros veinte de los que era el jefe.

¹⁹⁷ Nunca estuvo clara la cifra de desaparecidos. Cuando en 1988 las madres reclamaban seis mil, Humberto Ortega, ministro de Defensa, sólo contabilizaba unos mil, según los servicios informativos del ejército. (*Envío*, n.º 38, 1993).

En el tiempo que estuvo Guillermo en la montaña, todavía estaba la Guardia atemorizando y torturando. Y él me contó cosas muy fuertes —porque no le decía a su papá, me decía a mí— como cuando la Guardia un día trajo a un muchacho joven, con barba cerrada, ojos azules, entre dos guardias, y que él estaba en un lugar en que lo vio todo: le hicieron una fosa y lo metieron vivo y empezaron a darle con bayonetas y lo dejaron como crucificado. Para él fue espantoso ver aquello, y después pudo ir con un trabajador que era sandinista clandestino, no como otros —porque los trabajadores, a veces, eran peligrosos, «guardieros», que estaban con la Guardia— y al muchacho lo enterraron bien porque los guardias lo habían dejado encimita, a la vista de todos. Dice que les impactó ver cómo estaba, que tenía hasta un par de lágrimas... Nunca supieron quién era porque todos tenían pseudónimos en la clandestinidad, y ni se sabía a veces ni era fácil avisar a las familias. Después a él la *Contra* lo mató en 1982, cuando iba con otros veinte, de los que sólo hubo un sobreviviente; nada más uno, que fue el esposo de Sadie¹⁹⁸, Francisco Javier Hidalgo, «Filemón» en la clandestinidad¹⁹⁹.

Hacíamos todo lo que podíamos y hasta yo me integré en las «brigadas de salud», de padres de familia. Organicé un BLI [batallón de lucha irregular] de treinta militares, porque yo siempre apoyé con todo amor y decisión la lucha del Frente, del pueblo, de los jóvenes, para tener una mejor sociedad y que hubiera justicia, porque hubo mortandades horribles. En La Mula, otros veinte, creo que del servicio militar, también murieron. Los hallaron dormidos y así los mataron y los enterraron en el monte, en fosas. Hubo cosas tremendas, pero cuando morían en la guerra, siempre había gente alrededor y por eso nos enterábamos, avisaban cuando podían.

Lo más lindo de aquel tiempo

Lo que no le he contado y fue bien alegre, lo mejor, lo más lindo, fue la alfabetización, y mi hija Irmita, como era bien joven, de once años, fue a alfabetizar.

¹⁹⁸ Sadie Rivas fue compañera de Marcos Largaespada, activista de Matagalpa, aún vivo. Después fue esposa de Irving Dávila —igualmente en las montañas de Matagalpa—, del que se separó, fallecido en 2017. Más tarde estuvo casada con Francisco Javier Hidalgo, «Filemón», que murió en una emboscada de la *Contra* en 1988. Sadie murió en la década de 1990 en un accidente de tránsito.

¹⁹⁹ Jefe de un batallón de lucha irregular (BLI), del Ejército Popular Sandinista. Hubo nueve BLI que fueron creados entre 1983 y 1985, ante el recrudecimiento de la guerra, con el objetivo de lograr el desgaste de las fuerzas enemigas, de la *Contra*.

Salieron de aquí cantidades, y eso fue otro enojo con su papá, porque ya estaba todo calmo, parecía, y ahora esto. Y ella estaba en el colegio religioso Santa Teresita, pero esas monjas estaban a la cabeza. La hermana Marta López Frech, que se fue con los muchachos, la madre Pilar, española, también les apoyaba siempre... porque ellas eran muy chiquitas. Lucy se tenía que parar en una mesa para explicar a sus compañeros cómo estaba la situación y que había que luchar, para llevárselas a las manifestaciones, y lo hacía como una persona grande. Como José en el instituto, que hasta los profesores llamaban a la Guardia y me lo mandaban a perseguir porque les decía a los estudiantes que era «la hora de dejar el libro y agarrar el fusil»... ¿Se imagina? Porque la justicia de aquí fue tan difícil!...

Ahora los jóvenes tienen más problemas, las drogas, el sexo, no hay familias sanas como se vivía antes, que, por lo menos, se mantenía la familia. Pero la época maravillosa fue cuando los muchachos fueron a alfabetizar. Aquí venía el padre Fernando Cardenal²⁰⁰ y llegaba a comer, porque aunque no teníamos nada, yo hacía sopa, o vendía algo, o lavaba ropa, lo que fuera, y siempre tenía para todos. Y a los muchachos, a los alfabetizadores, les hacía también la comida. Se albergaban en el Colegio San José y organizábamos cinco lugares de comida, teníamos muchos colaboradores y se conseguía. Es muy lindo cuando se trabaja en unidad y por un ideal grandioso. Ahí se luchaba por la patria y por la familia.

En la actualidad vivo en paz, cuidada por mis hijos

En la década de 1990, mi hijo José fue diputado y, cuando los pactos de Daniel [Ortega]²⁰¹ con Alemán, él no lo aceptó, estuvo en contra²⁰². Era un buen hombre, aunque yo lo vea como hijo, pero era verdad. Colaboraba con monseñor Brenes con los ancianos, en barrios, pidió ayuda para muchos chavalos que estudiaban, ayudaba en los discapacitados... Fue una persona buena... Nosotros les infundíamos esos sentimientos a los hijos, incluso perdimos la finca porque nunca hemos hablado. Trabajamos con dignidad toda la vida y no tuvimos ni nunca un pelo de Somoza, siempre trabajamos a puro esfuerzo. Tampoco con el gobierno nuevo, nunca hemos ido a pedirles

²⁰⁰ El padre Fernando Cardenal, jesuita, fue partícipe de la Teología de la Liberación y coordinador nacional de la Campaña de Alfabetización en 1980. Fue ministro de Educación de 1984 a 1987 y director nacional de «Fe y Alegría» hasta su fallecimiento en 2015.

²⁰¹ Véase nota n.º 22, sobre Daniel Ortega.

²⁰² Pacto de 1997 de Daniel Ortega con Arnoldo Alemán. El primero obtenía apoyo político para acceder a la presidencia con sólo el 38% de los votos, y el segundo obtenía impunidad tras ser acusado de desfalco y sentenciado a veinte años de prisión.

nada. Hasta para un papel que haya necesitado, se me ha hecho difícil... Una o dos veces he ido... Ya no voy más.

Anteriormente, cuando he tenido que tocar puertas, he pensado que yo nunca necesité, y seguimos adelante y Dios me ha bendecido a mis hijos porque ellos trabajan con la venta de ganado. Yo empecé ayudándole al hijo menor, que tenía una joyería, y tiene una clientela... Hasta la gente dice bromeando que tiene «tráfico de no sé qué», de lo bien que le va, pero no, vive sólo de su trabajo en la joyería. La tiene en su casa y ahí llegan sacerdotes amigos, porque él ha sido siempre una persona bien honrada, y trabajador, de buenos sentimientos. Colabora también con quien necesita, pero ni yo sé, porque lo hace en secreto.

Yo creo que el Señor, a los ángeles los envía a la propia familia. Mis hijos han sido mis ángeles, no nos falta nada. Cuando ha habido que operar a mi niña, que tiene necesidades, todos corrían, lo que haga falta. La Irmita llega todos los días preguntando qué hace falta, qué me trae, me dan todo de sus tiendas, me siento muy tranquila y cuidada... una de ellas me paga una enfermera para que esté cuidándola, la otra me paga la chavala que me acompaña en la noche, así a mí no me falta nada, ya todo pasó...

Ahora ya pasó esa época para mí. No es que yo, no es que no quiera nada con el Frente, sino que yo ya después vi que me necesita mi papá, que ya era mayor, y yo ya había dado mi parte en la lucha antes. Ahora por lo menos hay paz, gracias a Dios.

Leonor Ruiz Tinoco
(Yalí, Jinotega, 2014)



Cuando supe que había muerto mi hijo, yo no lloraba, era rabia lo que tenía. Me subió la presión y me agarró un vómito que no paró hasta llegar a Matagalpa.

Me casé en la época de los Somoza y soy separada de mi marido. Tuve cinco hijos y me viven cuatro, por el que me mató la *Contra*. Y tengo ochenta y cuatro años ahora²⁰³.

²⁰³ Madre de Francisco Javier Hidalgo, «Filemón», fallecido, que fue jefe de un BLI del EPS.

Yo era trabajadora de un señor que se llamaba Julio Molina, que era conservador y apoyaba a los sandinistas²⁰⁴. Ahí se vinieron a hospedar dos sandinistas que andaban clandestinos, que eran Tomás [Borge] y Edén Pastora²⁰⁵. Estuvieron allí, en el aserrío que tenía el señor y se hicieron pasar como trabajadores de él, pero amanecían escondidos en una oficina, haciendo hojas para regar²⁰⁶.

El comienzo de la actividad política de los hijos

Como yo dormía al cuarto siguiente de donde ellos estaban, y de allí sacaban esos papeles, se los daban a mi hijo, al que mataron en la guerra, Francisco Javier Hidalgo, para que los regara de noche. Él tenía trece años, era un muchacho bien serio y ellos lo conquistaron y él hacía todo lo que les hacía falta. Y yo desconocía todo eso. Como él sabía manejar en camioneta, podía ir hasta largo a regar los papeles y a servirles de correo.

Yo me fui dando cuenta más adelante, al extremo de que mi hijo fue demasiado joven para estar en el Frente, y ya de hombre, siempre siguió en esas cosas. Ya más hombre, jovencito, pero ya no chavallo, la Guardia venía de un cerro que se llama «el cerro de la Guardia», a revisar, a ver qué traía en el vehículo, y nunca le hallaron nada. Pero no había vez que llegara él que no estuvieran allí, y se vio obligado a irse a la montaña porque era ya muy vigilado.

A él y a otros, después los llevaron presos a Jinotega, y a él lo golpearon porque querían agarrar a otro hermano mayor que sospechaban que era sandinista. Al día siguiente fuimos a la cárcel con los papás de los otros muchachos y un abogado y salió el guardia a ver qué pedíamos. El abogado le dijo que queríamos ver al muchacho que golpearon y el guardia le pidió quinientos pesos. Y ahí lo pudimos sacar, porque pagamos los quinientos pesos.

Era sobre 1975 ó 76, cuando iban clandestinos y la Guardia me mandaba a llamar y me decía que entregara a mis hijos, porque yo tenía otra hija que se llama Gabriela, que está ahora en EE.UU, y también se había marchado para Chinandega a combatir. Pero como mi hija trabajaba en una hacienda y tenía un *comisariato*, ella llevaba correos y de todo y nadie se dio cuenta. Yo tenía esos dos clandestinos, los mayores, y otros dos pequeños, como de

²⁰⁴ El Partido Conservador siempre fue la oposición parlamentaria a Somoza, quien era del Partido Liberal. En los últimos años del somocismo los conservadores siguieron a la vanguardia sandinista, aunque no tenían su ideología ni los mismos métodos.

²⁰⁵ Véase Tomás Borge en nota n.º 64. Véase Edén Pastora en el IP.

²⁰⁶ Se refiere a propaganda para distribuir.

doce o trece años. Los dos pequeños eran de otro marido, no del primero, pero yo ya estaba solita y mantenía a esos hijos.

La Guardia llegaba a registrarme toda la casa a ver si estaba mi hijo el mayor, Francisco Javier Hidalgo, y me llamaban al comando y me amenazaban. Me decían que me podía pasar lo que a Blas Centeno, al que habían ahorcado en el comando, en una viga, y allá me la enseñaban. Yo les decía «¡Háganlo! Si lo quieren hacer, lo van a hacer», y ya me dejaban ir para la casa. Otra vez me dijeron que me iban a hacer lo que a la Victoria Blandón, una mujer a la que acostaron en un baño y le metieron un chuzo en la vagina (chuzo eléctrico, corrientes) porque no dijo dónde tenían las armas sus hermanos. Y ella dijo que sabía, pero no quiso decirlo. Yo les decía «Eso no lo van a hacer conmigo. Si ustedes creen que tengo algo escondido, mátenme, pero eso no es justo ni ante Dios ni ante las leyes».

Pero dos guardias, que habían sido amigos de ese hijo mío que andaba ya en la guerra, me aconsejaban. Me decían que les dijera a los otros guardias, que eran nuevos y no conocían a mis hijos, que yo sólo tenía a esos dos, Francisco Javier y la otra, que son gemelos, pero que no dijera nada de los ausentes. Y yo así lo hacía, decía que sólo tenía los hijos pequeños. Hasta hubo otro guardia, que no conoció a mis hijos mayores, pero que tampoco era malo, y una vez me llevó unas botas para uno de los pequeños, porque yo le daba de comer. Él venía a comer y me decía que cerrara, que no vieran que comía aquí.

Al final, de todas formas me tuve que marchar, porque los propios guardias amigos de mi hijo me dijeron que había orden de capturarlos vivos o muertos. Un amigo de él, también ya muerto, me fue a dejar a Honduras con más familiares, y ya no regresamos aquí hasta que triunfó la Revolución. Yo tenía mi dinerito ahorrado y me llevé a los dos chavalos y, cuando regresé, yo tenía buen reconocimiento entre las personas, en mi cervecería, y me facilitaron créditos para trabajar, aunque con dificultades. Pero mis hijos no se me murieron de hambre.

Nos enteramos en Honduras del Triunfo de la Revolución

El día del Triunfo, en Honduras estábamos cuarenta familiares que vivíamos en la misma casa —la habíamos alquilado a un general del ejército de Honduras— y estuvimos tres meses refugiados. La comida nos la proporcionaba el gobierno de Honduras, que se portó muy bien con nosotros. Me imagino que sabían que éramos sandinistas, y aunque allí vigilaba la policía por los alrededores, nunca nos hicieron daño. Nos tenían como refugiados y nos daban la ración de comida cada semana.

Un día estábamos oyendo la radio quedito, cuando supimos que había triunfado la Revolución. Hablaron por la radio de Matagalpa y dijeron que

estaban vivitos todos los familiares que andaban en la guerra. ¡Qué alegría para toda la familia! Fue el día de la entrada de la Guardia de Nicaragua a Honduras, que venían derrotados, y la ración de comida de esa hora se suprimió en el lugar de siempre y nos la entregaron en otro lado. Enseguida nos fuimos a ver esa entrada de la Guardia, los que habían pasado la frontera de Nicaragua, que eran una barbaridad: mujeres dando de mamar a niños chiquitos, guardias chorreando sangre, heridos... En esa entrada, se miraba a todo el mundo con miedo, era lastimoso verlos. Un surco de gente incontable, de guardias.

Como a los quince días del Triunfo, ya nos vinimos, por mi hijo que nos mandó traer hasta San Marcos. Cuando llegamos, mucha gente tenía como rencor y, como los sandinistas vivían en el comando de la Guardia y comían en mi casa, al principio me llegaba poca gente a mi negocio de comida y bebida, y como con miedo. Los sandinistas me pagaban o me daban las cosas para que les hiciera la comida y yo, a poquitos, empecé a concientizar a la gente y ya se enderezó mi negocio de nuevo y se fue pasando el miedo.

Aquí, en Yalí, había muchos *liberales* y empezaron también a volver sin miedo²⁰⁷. En los últimos tiempos de Somoza, sólo quedamos aquí los viejos, o nos fuimos a Honduras. Los sandinistas, los jóvenes, casi todos se habían marchado y, después del Triunfo, volvieron algunos jóvenes porque otros habían muerto. Sólo en ese cementerio que ve usted frente a mi casa hay 448 muertos del pueblo y del contorno del pueblo. Eso fue horrible, sólo pueden protestar ahora de cómo se vive los que no conocieron aquella época. Yo digo ¿cuándo la gente había tenido casas? Sin costarles ni un real y todavía se quejan. Aquí les dieron cinco o seis casas a seis mujeres que tenían niños y estaban solas, y ahí están ellas, y antes, si uno no tenía dinero, no tenía casa. Los bancos dan préstamos sin mayor pago de intereses... ¿por qué se quejan? La gente vive mucho mejor ahora.

La muerte de mi hijo

Cuando triunfó la Revolución, yo tenía dos hijos trabajando: la que se fue para Chinandega, que salió de la universidad y marchó a pelear, y la otra que llevaba mensajes y le dieron un puesto de supervisora de las escuelas del campo. Los pequeños, ya cuando se bachilleraron, a uno lo mandé a León y a la otra me le dieron trabajo en Telcor, y también estudiaba.

El hijo que falleció en 1988, Francisco Javier, era joven cuando se fue a la guerra. Era jefe de guardafronteras, trabajaba para Wiwilí, y pasé como dos

²⁰⁷ El Partido Liberal era el somocista, y se refiere al miedo de sus militantes o votantes cuando triunfó el sandinismo.

años que no lo *miraba*. Lo volví a ver cuando triunfó la Revolución, cuando le dieron un cargo y estuvo en Ocotal, donde formó una escuela militar en Somoto. De ahí lo trasladaron a Chontales y ahí ya nos mirábamos otra vez, porque él me mandaba *traer* y estuve en su casa y con su esposa, que a ella después la trasladaron a Matagalpa. Les dieron casa en Matagalpa y ahí también estuve yo. Cuando él venía, me avisaba y me iba yo para allá.

Había un festejo por el Triunfo de la Revolución y él tenía una reunión. Mandó un camión delante para explorar el camino y sintió que volaban unos tiros que fue para distraerlo, pero él no lo sabía. Entonces, se apeó del vehículo en el que iba con los escoltas y disparó un lanzacohetes. Un francotirador que estaba en un alto, lo mató por detrás.

Él me decía siempre: «Mire, mamá, no ande llorando, porque si yo muero es por una causa justa, por los pobres». Y también me decía: «Si me matan, me van a matar por detrás, porque por delante no crea que voy a morir solo». Y así fue, le entró el tiro por detrás y le salió por delante, por el corazón. Los escoltas me dijeron que todavía tuvo tiempo de decir: «Me mataron como mierda». Eso fue todo lo que dijo.

Cuando lo mataron, él estaba casado con Sadie Rivas²⁰⁸, de Matagalpa, y tenía un hijo que tenía dos años. Antes, anduvo con una señora de Estelí y tenía tres hijos más, pero luego ya se casó. El sábado pasado le hicieron un acto de homenaje a mi hijo Francisco Javier Hidalgo, y el chaval todavía anduvo por aquí.

Yo pasé muchas tristezas, aguantando, pero Dios lo hace a uno valiente. En el entierro de mi hijo, yo estoy tan agradecida, porque la gente llegaba de todos lados, por todas partes había carros. Las ofrendas llegaban desde la iglesia hasta aquí, hasta aquel panteón y por un lado y por otro, estaba todo lleno²⁰⁹. Todo el mundo se portó muy bien y hasta al acto del sábado pasado, de aniversario, vino gente de todas partes, de León, de Granada, todos lo querían.

Cuando falleció, en la vela, yo no lloré ni una lágrima. Cuando ya pasó el entierro, como me acompañaban muchas amigas, se quedaron algunas conmigo allí un rato. Y cuando ellas se fueron, me fui para el cuarto y, mire, me agarró una desesperación que pasé más de un año que no dormía, arimada a una persiana. Todo el ruido que yo oía, me parecía que era él. Tuve que ir a donde un médico porque casi me vuelvo loca. Eso fue horrible. Como él sólo llegaba de noche, yo no podía dormir, sólo esperando que algún ruido fuera él.

Desde que se fue a la guerra, sólo estaba por acá cuando venía a combatir. Una vez vino, me llegó escondido a verme a la casa, pero se metieron debajo de un puente para ir por otro lado a atacar a la Guardia, y ahí se fue.

²⁰⁸ Sadie Rivas era hija de Myrna Reed, entrevistada seguidamente en este libro.

²⁰⁹ Se refiere al cementerio que se ve desde su casa.

Cuando lo mataron, fue por la mañana, como a las siete. Estaba yo arri-mada al molendero tomando un poquito de café porque no había desayunado, cuando llegaron mis dos hermanos, me dijeron:

—Alístese, que vamos, que hirieron a Javier.

Yo les dije:

—No, está muerto, porque yo lo conozco y no se dejaría herir.

Ellos tenían un *jeep* y cuando vinieron de regreso, ya con otra hermana mía, me dijeron:

—Alístese, llévase varias cositas porque dicen que se murió.

Y yo dije:

—¿Ven? ¿Qué les dije yo?

Pero yo no lloraba, era rabia lo que tenía, me subió la presión y me agarró un vómito que no paró hasta llegar a Matagalpa.

Llevaba sábanas y de todo para arreglarlo, porque lo iban a velar en Matagalpa, en la casa de él, donde vivía con la esposa. Allí, al llegar, estaba un sobrino mío que es médico y me dijo que si quería una pastilla para dormir. Pero yo le dije: «No, yo no quiero pastilla para dormir, quiero sentir lo que yo siento. Dame para el vómito». Me dio para la presión y se me calmó ya del todo.

No lloré una sola lágrima, y me criticaron por eso. La gente decía que yo no lo quería porque no lloraba. Estaba con la otra hija mía cuando lo trajeron, porque lo habían llevado a Managua, donde le hicieron un acto, y como el ataúd que traía no era tan bueno, en Matagalpa le cambiaron a otro mejor. Lo fuimos a cambiar con mi hija, lo vestimos, y yo le dije a la esposa: «Hay que ponerle algo encima de la cara y sellar el ataúd» y lo tapé. Porque él me había dicho que cuando muriera no lo dejara ver. Y así lo hicimos.

Al día siguiente lo trajimos para acá, y lo velamos también aquí. Y tampoco lloré. La gente estaba con la gran curiosidad de verlo, pero yo no quise abrir el ataúd porque él así me había pedido. Que él había visto a gente ver a los muertos y salir riendo y diciendo: «De tal modo quedó», y eso él no lo quería.

Había sido teniente, capitán y, cuando murió, lo habían ascendido a mayor. Y lo iban a ascender de nuevo cuando lo mataron, cuando lo iban a trasladar de Chontales. La gente todavía lo recuerda mucho.

Yo creo que ahora la gente se queja mucho

Sólo el que no sabe, critica al gobierno de ahora.

Hubo mucha gente que perdió hijos. Unos se fueron, otros ya murieron. Las madres estábamos ahí. A mí me decían todos ellos «mi madre» por el apoyo que les daba yo siempre cuando pasaban por aquí. Ni quiera Dios que aquello se repita.

Hace bastantito llegó uno criticando a un sandinista, uno que no lo era, cuando estaba yo en mi casa, me dijo:

—¿Usted qué dice, doña Leonor? ¿Qué cosas buenas ha hecho el Frente? Y yo le dije:

—¿Querés que te diga? Pues el Frente ha hecho muchas cosas buenas. Te voy a decir, pero no te enojés: cuando la Guardia²¹⁰, vos no podías hablar como hacés ahorita. El Frente hizo hablar a los mudos, ver a los ciegos y oír a los sordos. ¿Qué mejor querés? Ahora vos hablás y no te pasa nada. Cuando la Guardia, sólo por sospechar que eran sandinistas, aquí en mi casa, yo miré que le pegaban golpes a los clientes. Aquí un cuñado mío le quitó [a la Guardia] un muchacho que *lo volaron* y le dio ahí por sobre una mantenedora [congelador horizontal] porque sospechaban que era sandinista. Esa es una de las cosas, hay libertad de expresión.

Y entonces él se quedó callado, no dijo nada.

La Guardia hizo cosas muy malas, todo era al golpe y a la cárcel. Pero conmigo, cuando mi hijo estaba clandestino, algunos hasta me ayudaron. Sabían dónde estaba, pero lo habían conocido de antes, lo querían mucho y lo ayudaron. Después yo lo miré todo bien, menos un error fuerte que vio toda la gente: la confiscación. Yo no veo otro, o no me di cuenta, pero la confiscación sí molestó mucho. Se le hizo a excelentes personas. Le confiscaron a la gente todo lo que tenían, y se voltearon, claro. Se fueron a la *Contra*, y a otros se los llevaron a la fuerza.

Lo del SMP (Servicio Militar Patriótico) tampoco lo debieron hacer. Llevaban chavalos muy jóvenes y no querían ir. Tenían que reforzar el ejército, pero debían haber visto en qué forma lo hacían. No aquello de reclutar y reclutar²¹¹.

Cuando ganó doña Violeta, nosotros pensábamos que iba a ganar el Frente, pero doña Violeta fue muy buena persona. Lo que es verdad, hay que decirlo.

Fue un mandato excelente y ella tenía mucha influencia y la gente le creía porque era muy cristiana. La gente estuvo contenta, aunque antes hubiera tenido el entusiasmo de que ganara el Frente.

²¹⁰ La entrevistada utiliza la frase «cuando la Guardia» para aludir a «los tiempos de Somoza», es decir, al tiempo de antes del Triunfo de la Revolución.

²¹¹ Además de que el SMP fue obligatorio, lo peor fue que a medida que se recrudecía la guerra se redujo la edad de reclutamiento hasta los catorce años, lo que era un despropósito. Por añadidura, como había sido fruto de una ley, a los que no cumplían con ella, se les detenía donde se encontraran. Se consideraba que si no estaban luchando, teniendo la edad, era que se habían evadido.

Myrna Reed
(Matagalpa, 2012)



Los escritores se han dedicado a escribir sobre los guerrilleros, sobre los combatientes urbanos, y nadie se ha acordado de que también las madres colaboradoras fueron un pilar para el Triunfo revolucionario. Sin ellas no hubiera habido niños combatientes.

Me llamo Myrna Reed y nací en el tiempo del bozal, donde uno no podía preguntar absolutamente nada de nada, en el más acerbo de los prejuicios, donde los niños no debían estar nunca donde estaban los mayores oyendo lo que no debían. La curiosidad era cortada con un soberano coscorrón, y era de muy mala educación preguntar. La corrección de los modales por el servicio o los padres eran constantes, en la lucha por hacer de sus hijos grandes damas y caballeros.

Pero fíjese cómo es la vida y cómo da sus vueltas: mi bisabuelo materno era español y decían que era un conde llamado Fernández de la Cerda y, como venían de Galicia, les decían «los G» y se cambiaron el apellido a «Gallegos». Uno de sus hijos, mi abuelo, era un hombre muy guapo, blanco, de ojos verdes, que se llamó Manuel Antonio Gallegos. Tuvo alrededor de catorce hijos con mi abuela, pero llegó a tener dieciocho hijos por fuera del matrimonio, y cuando mi abuela le reclamó una vez, él le contestó: «Señora, de la puerta para dentro soy su marido; de la puerta para fuera, no soy de nadie».

Mi abuelo tenía una finca inmensa que se llamaba San Vicente, casi pegada a Costa Rica, pero se metió en política con los conservadores y estuvo preso. Cuando salió, no se supo si se las había dado a los conservadores o le habían confiscado los liberales, pero quedaron en la calle sus descendientes. Y en medio de esos vaivenes políticos, los conservadores llamaron a los *marines* de EE.UU. y con ellos vino mi papá, Richard Sherman Reed, que llegó en 1918, enviado para pelear contra Sandino. Estuvo en el Chipote²¹² bombardeando, pero ya Sandino había puesto unos monigotes para que creyeran que tenía muchos hombres y no tener bajas. Fue después instructor de la Guardia Nacional de Nicaragua y estuvieron bajo sus órdenes Davidson Blanco²¹³, Reyes Ruiz²¹⁴ y un hijo natural de Somoza, entre otros²¹⁵.

Yo lo recuerdo viejo porque, además de que los niños recuerden así, él tenía veinticinco años más que mi mamá. Tenía cincuenta y dos años cuando me tuvo a mí, que nací cuando ya lo jubilaron del ejército y, ya jubilado, a él le fascinó Nicaragua y compró varias fincas. Ya no se quiso ir y murió aquí.

²¹² Es un cerro a unos once kilómetros de Quilalí, municipio del departamento de Nueva Segovia.

²¹³ Federico Davidson Blanco había sido combatiente contra Sandino y era uno de los oficiales de gran prestigio y más aceptado entre personas relevantes de la oposición. Fue marginado a la muerte de Somoza García, en 1956, porque los hijos de Somoza lo consideraban peligroso debido a su gran capacidad de mando en ambientes hostiles y temían que se les pudiera enfrentar en algún momento. (Boza, F. (2007). *Memorias de un soldado*. Managua: Pavsá, pp. 233-234).

²¹⁴ Carlos Reyes Ruiz fue mayor de la Guardia Nacional de Anastasio Somoza García, y jefe de la Oficina de Leyes y Relaciones de la G.N. en 1948.

²¹⁵ José Somoza era hijo natural de Anastasio Somoza García, quien lo introdujo en la Guardia Nacional, como raso, en 1933. Desde 1954 tuvo rango de mayor, y su hermano, Anastasio Somoza Debayle, le ascendió durante su mandato a general de brigada, primero, y a comandante del Batallón Blindado «General Somoza» más adelante. En los últimos años del régimen terminó siendo inspector general del ejército, el número dos en el rango militar, después del propio presidente. (*Inventario de Bienes de la familia Somoza*. San José de Costa Rica: AECM, marzo de 1979, p. 19).

Mi papá conoció a mi mamá en una fiesta del insigne conservador Emiliano Chamorro 216. Él, sin hablar una palabra de español y ella, sin hablar nada de inglés, y los marines lo dejaron de comandante. Era muy amigo de Somoza el viejo 217, que iba a Estelí a comer los panqueques de mi mamá y era bien campechano. No andaba con el despelote que ha ido su hijo, y yo recuerdo que llegó un día cuando yo tendría unos tres años y él me chineó. Preguntó de quién era yo y le dijeron que era hija de mister Richard. Lo recuerdo muy bien.

Ahora tengo setenta y seis años, y de mis hermanos mayores no guardo ningún recuerdo porque todos estábamos internos en colegios privados, incluso yo, a la edad de seis años, y durante los tiempos de vacaciones todos éramos enviados a otros lugares, cada uno por separado. Nunca compartimos juntos, por lo menos yo no lo recuerdo. Yo era la penúltima de seis hermanos, y después de mí estaba Edwin, el menor, el único con el que conviví porque los otros emigraron a los Estados Unidos a los quince o dieciséis años.

Mi educación y mi vida en una hacienda. Los abusos de aquella época

De mi mamá no recuerdo un abrazo, un beso... Ella tenía la convicción de que besuqueos entre los seres humanos se prestaban a todo. Que por eso existían los abusos sexuales entre familia, los padres con los hijos, con los hermanos, etcétera. Ella tenía una obsesión enfermiza en cuanto a la relación hombre-mujer, todo era malo en el hombre. Un ejemplo clarísimo es que a mi hermano Edwin, seis años menor que yo, nunca jamás recuerdo haberlo visto desnudo, y cuando lo iban a cambiar de pañal *me corrían*. Tampoco tuve muchas amigas. Mi mamá me obligó a separarme de una porque era hija ilegítima, y de otra porque se puso de novia y no era correcto andar con alguien que tenía novio... no se sabía los *cuadros* que iban a hacer delante de mí.

Así crecí absolutamente ignorante de lo que eran las relaciones sexuales, ni siquiera recuerdo haber oído esas palabras. Me casé ignorando todo de la vida matrimonial, sin la más remota idea de lo que era un hombre.

Yo había tenido una juventud que no disfruté. Tenía un complejo enorme, prejuicios y tabúes que no me dejaron disfrutarla. La educación que había tenido se veía en los consejos constantes: «El que con lobos anda... Sólo las cabras tiran al monte... Deben buscar amistades de su nivel... El amor no existe, eso es pura película, existe sólo la necesidad de casarse con

²¹⁶ Emiliano Chamorro fue dos veces presidente de Nicaragua, en 1920 y en 1926, y después jefe de los conservadores.

²¹⁷ Anastasio Somoza García, Somoza el viejo, el padre de la dinastía, gobernó desde 1936 hasta 1956, cuando falleció a resultas de un atentado.

hombres ricos porque el dinero es todo en la vida... El amor es de novelitas cursis, no dura...». Otro de mi papá, cuando estuvo destinado en la Costa Atlántica era: «No se casen con un negro, no tanto por el negro como por los negrisillos», porque allí, todos los sirvientes que había en las casas del campamento eran negros. Todos adoptaron los apellidos y nombres de los patrones donde trabajaban.

En casa de unos tíos de Sébaco conocí al que sería mi primer marido dos años después, quien dijo a sus amigos que se casaría conmigo el mismo día que me conoció. Fue Bony Rivas Haslam, y cuando yo tenía diecinueve años, nos casamos.

Viví toda mi vida de casada en una hacienda cafetalera, La Viola, donde nacieron mis hijos. Mis suegros eran Rivas Haslam, y los Rivas eran unas excelentes personas en honradez y en todo, pero no los Haslam, que eran gente bien mezquina. Mi suegra era Haslam y si usted ve a los Rivas Haslam, desde allá hasta ahora son hombres mangoneados por las mujeres. Además de que, en Matagalpa en ese tiempo imperaba el matriarcado. Mi propio suegro le decía a mi marido «Andá a trabajar, dejá de andar detrás de tu mamá»... porque la adhesión de Bony hacia su madre era excesiva.

Mi marido vivía leyendo novelitas de vaquero, de ese escritor Marcial Lafuente Estefanía, que de un tiro mataba a un batallón entero. John Wayne era su ídolo. Quería imitarlo en todo. Aunque no saliera, desde que se levantaba hasta que se acostaba andaba con sus botas hasta la rodilla tipo Sandino, los ruedos de los pantalones bien metidos adentro de las botas, el fajón de tiros, la pistola al cinto, sombrero metido hasta las orejas y las espuelas que sonaban en el tambo a cada paso... clic... clic... Mi suegro siempre le decía: ¿«Quién viene a atacarnos, que andas armado»?

Yo me aburría mucho en la finca, con aquel silencio, y me entretenía leyendo todo lo que podía. Mi suegro, cuando me veía leer me decía: «La mujer no debe saber más que el marido, porque después la mujer lo ve como inferior». Y entonces yo le decía a Bony que leyera alguno de los libros, pero él me decía que lo aburrían, que eran muy gruesos y que a él le gustaban sólo los de vaqueros. Por el contrario, mi curiosidad iba en aumento, y desde que tuve unos veinte años empecé a ver *pintas* con el dibujo de una mano que decía «Basta ya de Somoza» y en la iglesia de San José de Matagalpa, había reuniones donde estaba ya Ramiro Tijerino, que era un niño entonces, hermano de Doris²¹⁸, y ahí empezó mi inquietud. Cada día uno se iba

²¹⁸ Doris Tijerino es militante histórica del Frente. Capturada en 1969, fue torturada y violada, tras lo cual denunció las vejaciones. Salió libre en 1970 y unos años después marchó a La Habana, donde permaneció hasta el Triunfo de la Revolución en 1979. Fue

enterando de más cosas fuertes por el periódico y empecé a ver la cantidad de muertos que había continuamente... Todos nos preguntábamos cómo era posible que un gobierno hiciera esas barbaridades, cuando, supuestamente, su obligación era proteger a la gente. Eso me fue abriendo la mente y fui conociendo. No hacía falta ver la prensa, se veía la represión a diario.

Una vez me peleé públicamente con un guardia porque le dio un culatazo a una pobre criatura como de doce años, y le reventó la cara; otras veces, la Guardia veía a chavalos haciendo *pintas* o distribuyendo papeletas, lo que fuera, y les pegaban un balazo. No había ley que amparara a nadie, y menos a la juventud. Sobre todo de noche, todo joven era un enemigo y la intención era de hacer una limpieza²¹⁹.

En el campo, era horrible. El campesino era olvidado totalmente de los patrones, y yo iba teniendo un objetivo de justicia, porque veía cómo trataban a los trabajadores en la hacienda de mis suegros, y me lastimaba. Incluso empecé a darles clase, de leer, de resolver sumas y restas, lo básico, y aprendían. Ya la multiplicación, casi no, les costaba mucho, pero lo otro sí. Y mis suegros se dieron cuenta y pegaron el grito en el cielo y me dijeron que qué era esa locura, que les estaba dando un arma para combatir al patrón. Ellos se daban perfecta cuenta de que con la ignorancia tenían el dominio sobre el campesino.

Yo los veía ir a Matagalpa enfermos, incluso los colonos, que eran los permanentes, a pedir un *socorro*, porque era mínimo lo que ganaban, y los dejaban allí esperando hasta las tres o cuatro de la tarde, sin un vasito de agua. Los pobres allí hasta se orinaban... Todo eso me hizo a mí ir viendo las cosas. En la finca había un *comisariato* y allí se sacaban como cincuenta litros de cuajada diarios que iban para Matagalpa, y no les daban ni un mililitro de leche. Yo empecé a ver cómo darles, sobre todo a las embarazadas, y advirtiéndoles a mis hijos de que no dijeran nada, hasta que mi suegra se enteró y le puso un «candado de castidad» al cuarto donde estaban las provisiones.

Se abusaba de todas las maneras posibles. En la hacienda había plátanos, bananos, guineos, y no les daban, eran contados. Vivían espíándolos para ver si se llevaban un miserable plátano, y económicamente no tenía importancia, pero era para que no se sintiera superada esa gente. Enseguida se temía que abusaran, que después robaran, que fueran ladrones. Por ejemplo, en

la primera jefa de la policía sandinista. Su hermano Ramiro fue sacerdote, trabajador a favor de los pobres y muy respetado en Matagalpa.

²¹⁹ La impunidad de la Guardia en los centros urbanos es repetidamente denunciada. No se les cuestionaban sus métodos ni eran objeto de sanciones; si allanaban un domicilio, se les permitía apropiarse de lo que desearan.

una gran hacienda a uno no le dejaban sembrar ni un *chayote* porque decían que arruinaban el plantío. A mí me daba una lástima insoportable, y sufría.

Algo de más graves consecuencias era que para vivir se les hacía una casita de madera. Allá, en un solo cuarto tenían el fogón, se sentaban en el suelo o afuera para todo y colocaban sólo un *tapesco* para dormir. Toda la familia, sin colchón, en la pura dureza: padre, madre, hijos, padrastros, hijastras, con lo que se daban muchos incestos, sobre todo de los padrastros con las niñas. Era casi una tradición porque dormían todos juntos. Yo vi una de las niñas, a la que conocí casi desde que nació que, cuando ya tuvo doce o trece años, huyó porque el padrastro procuraba estar a su lado en la tabla y la manoseaba. Ella no sabía si su mamá, tal vez cansada, se dormía. Las madres, quizá, toleraban por la misma ignorancia. No tenían dónde aprender nada y lo habían visto así desde siempre.

A nosotros nos trabajaba una señora allá en la hacienda, ya muy madura, que tenía una chavala de unos dieciséis años y el padrastro vivía con la hija. A la señora ya la tenía tirada y él estaba con la hija, y le tuvo varios hijos, y ellos lo veían como normal; ella te decía: «Es mi padrastro» y lo aceptaba como inevitable. Era lo más frecuente. También tengo una comadrita —soy madrina de una de sus hijas— a la que adoro, porque tuvo muchas gentilezas conmigo en medio de su pobreza y todos sus hijos fueron de su padrastro.

A veces también ocurría con los padres, aunque menos, pero sí se daba y aún se ve. Ahora ya las hijas se van emancipando porque tienen acceso a la televisión, a la tecnología, ya saben cómo aprender, cómo defenderse, pero antes no.

Se levantaban muy temprano y las mujeres se quedaban limpiando, haciendo sus cosas, mientras los hombres se iban al trabajo y allí almorzaban un pedazo de dulce, que es el que sale de la caña, y una botella de café. Eso es lo que ellos comían, lo que almorzaban. Cuando ya llegaban a la casa, la mujer les tenía sus tortillas y sus frijoles, pero carne comían quién sabe cuándo, era algo que no tenían nunca.

Al llegar del trabajo comían y a las seis ya estaban acostados porque se levantaban a las cuatro de la madrugada.

Existía también el abuso de patrón a la campesina, claro. Y las patronas lo consentían o ni lo veían. Mi suegra, por ejemplo, era mezquina ya por raza yo creo, porque vinieron de una raza que llegó del exterior. Eran ingleses y se dice que hubo un Charles Haslam, que era pirata, de los piratas del Caribe. De ellos, el papá era Haslam y la mamá era Macy. Al papá no lo mencionaron nunca; yo sólo vi una foto de un hombre viejo, *chele*, con una enorme barba, pero a mí me llamaba la atención que no lo nombraran. Le tenían miedo, como terror, y era el padre de todos los Haslam, y en la foto, aparece él solo en un lugar, y los hijos con esposas ya, juntos en otro. Incluso un yerno de

ese señor, que supuestamente era de procedencia inglesa, era un *baqueano* de la Guardia ya cuando Sandino, y le hicieron el «corte de chaleco»²²⁰. Tenía tres haciendas: San Pablo, La Verona y La Viola. San Pablo y La Verona se la quemaron tres veces y las tuvo que vender. Por todo eso eran antisandinistas.

Para mi suegra los empleados no valían nada. Si había campesinas jóvenes que gustaran a los varones de la casa, tenían derecho sobre ellas. Yo tenía un cuñado que embarazó a una campesina. A ella *la corrieron* y mi suegra le robó la niña, no por amor, sino porque su hijo no podía reconocerla. Si le preguntaban a la niña quién era su papá, ella decía que era su hermanastro —realmente, otro hijo del mismo padre que la niña—, porque lo contrario era una vergüenza para la familia. Incluso la trataron como a una *recogida*, no como a una hija. Y cuando murió el marido, que era uno de los que fumigaban, le quitaron un seguro que él tenía y pasó calamidades y desprecios.

Era algo que se veía allá como normal. Ella podía quitarle la niña, y la mamá ni reclamaba porque los patrones tenían derecho sobre vidas y haciendas. Ahí no había dónde reclamar. Todos los patrones actuaban igual, y el mismo gobierno, y sabían que, si caía uno, caían todos.

No se formaban parejas nunca. Sólo era el capricho de algún patrón o hijo de patrón, y a veces las *corrían* con barriga y todo y las sometían amenazándolas con *correr* también a su papá o a su mamá, o con que no iban a tener trabajo. También en algún caso ellas se podían enamorar del muchacho, y no acceder a él como una obligación, pero cuando no ocurría así, también se sentían obligadas a complacerlo.

Todo eso se sabía, y la gente, aunque fueran obreros o analfabetos, no eran tontos, y se sentía la injusticia. Por eso el pueblo se volcó en la insurrección, a pesar de que después vino la decepción.

La influencia de la política en la vida de pareja y en los hijos

Estuve casada con mi primer marido doce años, pero un día no soporté vivir más en La Viola. Allá, la que mandaba era mi suegra, y hasta pensaban entre todos los nombres de mis hijos. Un día, fui a ver a mis padres que vivían en Rivas y me llevé a mis dos hijos, pensando en no regresar y esperando que mi marido fuera a buscarme y me ofreciera alguna alternativa que no fuera vivir en la finca con mis suegros. Después de varios episodios, él fue allí me ofreció vivir en La Viola, pero independientes, nosotros solos. No

²²⁰ El denominado «corte de chaleco» consistía en un asesinato brutal al enemigo: lo ataban a un árbol, le amputaban los brazos, le sacaban la lengua por la garganta, de modo que al verlo de lejos, todo bañado en sangre, la lengua parecía una corbata; de allí provino el nombre.

pude negarme, pero, aún así, continuaron los problemas y, tiempo después, decidí divorciarme. Las desavenencias con él no tuvieron nada que ver con la política. Fueron cuestiones personales.

Al cabo de unos años me volví a casar porque conocí a un hombre mucho mayor que yo, que me hizo sentirme admirada y cuidada durante un tiempo. Se llamaba Alejandro, y más adelante, ya no fueron las atenciones del primer tiempo del noviazgo. Empezó a prohibirme cosas, a tener celos... se notaban cada vez más sus veinte años de diferencia conmigo, la brecha generacional... y, en muchos conceptos me recordaba a mi mamá, que era casi de su misma edad.

Las desavenencias con el primero no tuvieron nada que ver con la política. Fueron cuestiones personales. Pero, con el segundo, sí tuve que ocultar siempre mis actividades y las de mis hijos. Y, en medio de mis problemas de matrimonio, cuando ya tenía yo como treinta y cinco años, leí la noticia de la muerte de Carlos Fonseca²²¹. Era alguien conocido para mí porque era de Matagalpa, de una familia muy pobre y él vivía vendiendo, de niño, dulces y fritangas que hacía la mamá. Al preguntar quién era a los vecinos para ver qué contestaban, unos decían que era un criminal y subversivo, pero otros reconocían que había muerto por defender los derechos de la gente frente a la injusticia. Me empecé a interesar seriamente por la política, pero siempre tenían que ser ocultos los pasos que yo iba dando para ayudar poco a poco, porque la mayoría de mi familia, además de mi esposo, era *liberal*²²².

1. *Mi hija Sadie me metió en el FSLN*

Cuando mi hija mayor cumplió los dieciséis años, era hora de presentarla en sociedad en una fiesta en el Club Social, junto con otras debutantes, y la fiesta se la hacía la familia de mi primer marido, por lo que yo no estuve invitada.

A ella nunca le habían gustado esas celebraciones, pero de repente le había ido tomando gusto a esas fiestecitas de jóvenes y casi no se perdía ninguna. Al día siguiente de la fiesta, muy de mañana, me llegó a tocar la puerta y llevaba su traje de debutante color amarillo, manchado de pintura roja. Cuando le pregunté cómo era posible, se sintió acorralada y me dijo: «Mamá, quiero contarle algo, pero quiero su promesa que no se lo va a decir a nadie, a nadie, es de vida o muerte, si alguien lo sabe...». A mí se me

²²¹ Carlos Fonseca fue el más emblemático y respetado líder histórico fundador del FSLN. Véase el IP.

²²² Del Partido Liberal, el partido de los Somoza.

pararon los pelos... pensé en un embarazo, pero ella me dijo que no, que no era eso... ¿Pues qué es?, le pregunté, y me dijo: «Mamá, estoy organizada en el Frente Sandinista. Yo iba a las fiestas para poder salirme a media noche y hacer *pintas*». Entonces, la abracé y le dije que hacía tiempo que yo buscaba a alguien que me contactara con el Frente, y ahí empecé a trabajar.

Así pues, aunque con mi primer marido los problemas no tuvieron que ver nada con mi involucramiento político —porque yo aún no andaba en eso— con mi segundo marido, sí. Sufrí mucho porque mi inquietud fue en aumento y mi esposo era contrario a cualquier actividad política de protesta. Tuve que ir ocultando continuamente mis actividades y protegiendo a mis hijos, cada vez más metidos en la lucha. Además, estaba el problema de lo que escondía en la casa, tanto a personas como armas cuando era necesario. Todo para cubrir a hijos y amigos, pero no me importó.

2. *La colaboración de las madres*

Había muchas otras madres como yo, aunque pude ser un poco especial porque no estuve sólo para servir de ayuda a mis hijos, sino que llegué a ser militante del FSLN; y, aunque para mí fue algo normal, quizá no lo era tanto. Sé que hubo otras muchas que también ayudaron siguiendo a sus hijos, y yo siento que las madres de los guerrilleros, o de los involucrados del modo que fuera en la lucha contra Somoza, que sufrimos mucho, no hemos sido reconocidas. Nos llamaban «colaboradoras» y no nos conocíamos entre nosotras porque la Guardia podía tener *chequeada* a una colaboradora y era un problema que por una se delatara a otras. Tal vez a mí me conocieran un poquito más porque tenía negocios, por mis hijos, y porque me lancé. No fui sólo una mamá que se arriesgara, fui algo más, pero todas nos sentimos abandonadas después. A nosotras, las madres, que éramos muchas, nunca nos han preguntado.

Los escritores se han dedicado a escribir sobre los guerrilleros, sobre los combatientes urbanos, y nadie se ha acordado de que también las madres colaboradoras fueron un pilar para el Triunfo revolucionario. Sin ellas no hubiera habido niños combatientes, pero se olvidaron de su dolor y de la angustia que sufrían diariamente. Nadie se acordó de su existencia, y este pilar sólido levantado con sangre y angustia, se derrumbó, y al derrumbarse se perdieron la pureza y el idealismo profundo que nace desde las entrañas. La retaguardia, que fue una sólida muralla protectora de las espaldas de los combatientes.

Hasta la juventud, aunque al inicio se escribió sobre ella, también fue finalmente olvidada, y sin la juventud, que es de un valor incalculable, no se hubiera podido hacer nada. Lo que ellos hicieron fue lo que nos impulsó a

las madres a apoyarlos y a tomar consciencia de su sacrificio. Por eso yo digo que la Revolución tampoco tomó en cuenta todo el esfuerzo y la entrega de la extrema juventud, que fue inmenso. Muchísimos eran realmente niños de juguetes, y no tuvieron nada, sólo sacrificio, buscando únicamente cómo conseguir que no los mataran, que no los vieran. Y el dolor de las madres de ver a sus hijos salir sin saber qué los aguardaba... y la sangre de los mártires y de los jóvenes que participaron de alguna forma... Ha habido mucho sufrimiento y mucho olvido.

Las mamás vivíamos con una lucha interna: estábamos por los hijos y por el amor a la causa, porque la gente se metió de corazón y con todo lo que tenía, y ahí nadie esperó que el día que triunfaran les iba a tocar algo, incluso que algún día pudiera ser que triunfaran, pero Dios sabría cuándo. Pero, a la vez, sufriendo cada día porque aquello no era sólo estar en la política, era jugarse la vida.

Algunas muy pobres se quitaban la comida de la boca para dárselas a los chavalos. Mi familia tenía más posibilidades, pero esas otras era asombroso cómo lucharon y eso me mortificaba. Todos eran niños, pero todos decían ¡«Patria libre o morir»! Era tan temida la Guardia y la cárcel, que nos llevábamos un bisturí escondido porque sabíamos que si nos apresaban, las torturas podían ser horribles, así que con ese bisturí podíamos degollarnos.

Al final, nos nombraron «colaboradoras históricas», pero nunca hubo un verdadero reconocimiento. El Frente abandonaba incluso a los suyos cuando ya no tenían mayor interés y hubo unos descuidos y relajos increíbles. Yo sufrí enormes desengaños, y mis hijos más que eso.

3. *El mayor dolor: la historia de mi hijo Bony*

Al cabo de los años, la repercusión en las vidas de los hijos fue enorme para casi todas. Es un caso raro la madre que dice que sus hijos se beneficiaron de aquellos años y que les fue bien y fueron personas centradas y preparadas.

Yo he tenido en mi familia un ejemplo de esas consecuencias: tengo un hijo muerto, Bony, y otro hijo, Aníbal, por el que ahora me siento culpable porque tenía diez años cuando empezó a colaborar. Siento como si nosotros —mis hijos mayores y yo— lo hubiéramos lanzado y contribuido a que él se arriesgara tan joven. También tenía a mi hija Sadie de unos dieciséis años, la que me metió a mí en la lucha.

Yo quería protegerlos, no sabía dónde andaban, y lo tenía que hacer todo a espaldas de mi esposo Alejandro, pero Aníbal se disgustaba conmigo porque lo vigilaba. Los muchachos mayores que él conocía del Frente lo mandaban a escuchar, a recoger información bajo la excusa de vender lotería, que era, además, para recoger fondos, y eso era lo que él quería hacer y lo que hicieron

con la ilusión de ser mayores tantos chavalitos. Yo le quitaba la lotería y la iba a vender yo para que no se arriesgara; o quería tirar bombas con otros y yo me iba y se las quería tirar también, pero él se ponía bien disgustado porque quería ser como los hermanos.

Fue un tiempo de esconder, de ocultar, y yo ayudaba porque teníamos una farmacia y allí se vendía comida de bebé. Los muchachos comían caja tras caja de esa comida para ocupar los envases de vidrio para las bombas. También salía de la farmacia el clorato, la pólvora, el azufre y los *nipples*²²³ para la fabricación, porque en ese tiempo, las farmacias tenían acceso a todos esos productos. Después, la Guardia lo prohibió.

Y, en medio de todo eso, llegó la mayor decepción del Frente que yo he tenido, el comportamiento con mi hijo Bony del comandante [Tomás] Borge²²⁴.

Mi hijo Bony no conoció más vida que la de la lucha por la libertad y la justicia de su país. Se integró muy niño en la guerrilla, estuvo preso e incomunicado en época de Somoza, después en Cuba, y en la montaña con sólo quince años. Primeramente, en la época de la Revolución, se cruzó un alto *manejando* en Managua, cerca de donde vivía Humberto Ortega²²⁵, y sus escoltas lo *rafaguearon* y huyeron sin socorrerlo. Casi se muere, y todo el sistema digestivo de Bony tuvieron que ponérselo de plástico. Como tardaba en mejorar y necesitaba ayuda para nuevos exámenes y tratamientos, fui donde Tomás Borge, pero ya nunca me recibió. Después, cuando hubo necesidad de sacarlo para otro chequeo en México, el Frente ahí lo dejó otra vez a su merced, sin nada que hacer ni a dónde ir. Se lavaron las manos y no le dieron ningún mantenimiento médico ni dinero, y si no hubiera sido por la familia, se hubiera muerto de hambre y de frío. La suerte fue que un cuñado mío, también doctor, intercedió por mi hijo, y otro hijo suyo fue el que lo esperó en el aeropuerto y lo hospedó en su casa. Hasta las tasas del aeropuerto las tuvo que pagar él.

Cuando regresó a Nicaragua, ya mi hijo, lo mismo que tantos y tantos otros, tenía la desilusión en el alma. Después, cuando el Frente perdió las elecciones de 1990, mi cuñado fue de los primeros en llegar a la embajada de México y encontró un recibo donde decía: «Por atenciones médicas al compañero Bony Rivas: \$2.000». Firmado. ... Se había cobrado por un servicio que nunca le habían prestado.

²²³ Véase el glosario.

²²⁴ Véase nota n.º 64, sobre Tomás Borge.

²²⁵ Hermano de Daniel Ortega, actual presidente de Nicaragua. Véase el IP.

Pero lo más fuerte fue posterior, ya durante el gobierno sandinista. Se estaba investigando la muerte de un comandante de la guardia somocista, el coronel Fonseca, conocido como «el chacal de la montaña». Decían que en toda esa zona había hecho barbaridades con el campesinado, genocidios enteros, violación de niñas, etcétera, y mi hijo ya estaba en el Ministerio del Interior, en Puerto Cabezas, organizando allí los asuntos del ministerio, bajo las órdenes de Tomás Borge.

Empezó a haber rumores de que el coronel Fonseca había muerto porque mi hijo Bony le había interrogado y se le había escapado un tiro accidentalmente. Yo le pregunté a mi hijo lo que había pasado en realidad, y él me contestó: «Cosas del comandante ...». Me quitó la vista y no le pude sacar nada, porque así era mi hijo, nunca decía ni expresaba nada. Pero él había estado con su amigo «Kevin»²²⁶ y con otros compañeros de la que fue la Brigada «Pablo Úbeda» en la guerrilla. Y con aquél yo tenía gran confianza porque lo conocía de siempre y a él sí le pude hacer hablar. El muchacho me dijo que habían llegado unos jefes a investigar al comandante de la Guardia Nacional, Fonseca y a todos los de la brigada los habían sacado de allí y mandado a Rosita o a Siuna, [el triángulo minero de Nicaragua, donde se practica, sobre todo, la minería de oro, y algo de plata y cobre] no recuerdo bien dónde. Y que, cuando regresaron, se encontraron con que el coronel Fonseca había sido ajusticiado. Pero a ellos se les exigió que tenían que decir que Bony —responsable de Puerto Cabezas— lo había matado accidentalmente. Ellos eran militares y tenían que cumplir las órdenes.

Eso fue asqueroso. Una manifestación más de la corrupción que construyó el puente hacia la poca credibilidad de las masas para con sus dirigentes, que terminó con los principios ideológicos más puros con que se formó la Revolución Sandinista.

Más adelante, a Bony ni siquiera lo llamaron para comunicarle su baja del Ministerio del Interior, ni le invitaron a la promoción de la medalla de los fundadores del ministerio. Se lo mandaron por correo. Y el carro malmatado que llevaba, se lo mandaron a quitar. No tuvo pensión y le dieron una miseria para seguir su vida.

Todo eso siendo Bony capitán y responsable de personal y cuadros, un cargo importante. Como ve, los dirigentes abandonaron a los de arriba también, sencillamente cuando les daban problemas. Y el problema que él les había dado, Bony, era su enfermedad, ningún otro. Pero él fue decayendo porque no le dieron ni pensión de retiro.

²²⁶ «Kevin» es un nombre figurado para preservar la identidad del aludido.

Casi todos estos muchachos, a través de los años, fueron muriendo trágicamente, asesinados en emboscadas. «Kevin» acabó asesinado por la espalda y mi hijo se suicidó más tarde. Dejó una carta donde manifestaba que todo lo que había hecho era por cambiar el país y que había creído en sus dirigentes del Frente, que habían sido sus ídolos, pero que no era así y se había engañado. Y que tomaba la decisión de suicidarse porque el proyecto por el que había luchado había sido un proyecto fracasado y no le encontraba sentido a la vida.

El otro hijo mío, Aníbal, el *chele*, sólo pudo estudiar hasta sexto grado, ni empezó la secundaria. Ya era tiempo de que sacaran a Aníbal de la montaña y lo mandaran a estudiar, y hablé con Javier Carrión²²⁷. En el Frente hicieron el parapeto de papeleo para mandarlo a Cuba, pero del avión lo bajaron y se lo llevaron directamente a la Costa [Caribe] con la explicación de que no había nadie con la experiencia de él para reponerlo en el batallón. Yo pegué el grito cuando me di cuenta de que había vuelto a la Costa, y me fui a la comandancia del ejército a gritarles: «¿Por qué no mandaban a esos culos cuadrados de tanto estar sentados a foguearse a la montaña?». Yo peleé mucho por que me lo sacaran de allí y, por fin, me lo mandaran a estudiar unos cursos, pero eran de formación militar. Lo que yo quería es que se bachillerara, pero no me hicieron caso.

De lo que sí hablaba él con ilusión era de la Campaña de Alfabetización. Eso creo que fue lo mejor del sandinismo. Ahí se entregaron los chavalos y les ayudaron mucho los maestros cubanos. Yo les rindo a esos cubanos un homenaje porque por esos parajes, cruzando ríos, entre la miseria de los campesinos, vivieron sacrificados por orientar a los muchachos y para que ellos enseñaran a leer y escribir; pero los que llegaron a Managua, al Ministerio del Interior, que venían a enseñarles a los de la capital, esos vivían muy bien, no era lo mismo. También amo al pueblo cubano porque cuando me dieron un balazo en una pierna, me llevaron allí a curarme y me atendieron con todo amor y cuidado.

Los chavalos, con la alfabetización, andaban por todos lados y a veces pasando muchos peligros, eso sí, porque iban por todas partes y los controlaban poco. Hasta pasaron hambre porque no tenían bien calculada la comida. Como en tantas otras cosas, hubo descuido y desorganización, pero fue una idea linda y ellos fueron felices. Lo recuerdan siempre con mucho amor, pero ahora ese hijo mío es otro que vive mano sobre mano, desilusionado.

²²⁷ Javier Carrión fue jefe de las Juventudes Sandinistas y uno de los directivos de la Campaña de Alfabetización.

La década sandinista: las decepciones del Frente

Después del Triunfo hubo muchos errores que llevaron a la derrota al Frente en las elecciones de 1990. Muchos sandinistas se envalentonaron y empezaron a hacer disparates, y cada quien tuvo también responsabilidad en esos errores. Hubo matanzas de campesinos porque estuvieran en contra de la Revolución, porque tenían miedo, tenían horror, y se fue contra ellos; hubo violaciones de hijas; hay cementerios enteros que van apareciendo con el tiempo. En un lugar céntrico de Managua donde empezaban a hacer un edificio, salieron como doce cadáveres. Muchos muertos que nunca se sabía dónde los ocultaban, y más tarde han ido apareciendo fosas. Sí, hubo bastantes abusos de las fuerzas militares del Frente, que entonces se atribuían mucho a la *Contra*, pero la guerra estaba en la montaña, no en las ciudades. Cuando se encontraban cadáveres en lugares donde no había guerra, esos no eran por la *Contra*.

1. El Servicio Militar Patriótico

Para mí, el peor error de la Revolución fue el servicio militar obligatorio (SMP). Acabó con la vida de muchos jóvenes que eran agarrados a la fuerza, ya en sus casas, en las calles, donde fuera. Me consta que las madres escondían a los hijos, porque al final se reclutó desde los dieciséis años. Los metían en barriles, incluso hubo una señora que escondió a un hijo en una letrina. Pero de allí los sacaban y eran mandados directamente a pelear a la Costa, sin ninguna previa preparación de armas y mucho menos de combate.

Eran niños, no sabían lo que era un rifle, y los echaban presos si los encontraban, se los llevaban, los mataban si no querían ir. Desbarataban las casas buscando, en los pozos, hoyos, donde fuera, lo miraban todo, y la mayoría de las veces los hallaban, porque ¿dónde iba a esconder la madre a una persona en una casita humilde?

Eran muchachos que no tenían ninguna noción de lo que era ser militar. A los dieciséis o diecisiete años ya podían ser jefes de batallones en la montaña, y no les cuidaban debidamente. En una ocasión, los de mi hijo pasaron siete días sin que el ejército les llevara comida. Tuvieron varias veces malaria, y una de esas veces mi hijo Aníbal llegó a Siuna a reclamarles a los jefes porque la tropa estaba famélica, desmayada de no comer y con disenterías porque recogían agua de los charcos, y mi hijo, que era jefe de batallón, llegó y les dijo que no les habían llevado la comida, que no les habían pagado. Le contestaron que no había comida y ninguna explicación más. Aníbal les dijo que si no les entregaban la comida, abandonaban todo, pero él sabía dónde la guardaban, y con el batallón fue a la bodega, rompió la cerradura a patadas y allí estaba la comida, hasta arriba de provisiones que reservaban porque también las vendían para hacer negocio en tiempos

de guerra. Y eso que Aníbal era muy querido por las tropas y la gente de las minas, era conocido como «El Ruso». Después de eso les amenazó con unirse a la *Contra* si los volvían a abandonar.

A veces tampoco tenían municiones, no tenían nada. No sé si las venderían para El Salvador, porque estaba allí también la guerrilla y había otras a las que el Frente ayudaba. No sé qué harían, pero los muchachos se encontraron muchas veces sin munición, con lo cual los dejaban a morir, sin defensa.

Por la opinión de mi hijo, a ese servicio militar obligatorio no se le cuidó en absoluto, y el pueblo tuvo ahí su mayor desengaño, sobre todo por cómo se los llevaban: a culatazos, presos, por último hasta los desaparecían, y fue cuando se agrandó el descontento del pueblo. Fue una de las mayores causas de la caída del Frente. Porque la gente, miles de gentes que había en esa plaza antes de las elecciones de 1990, esperaban que Daniel [Ortega] dijera que se quitaba el servicio obligatorio. A mí me dijo un compañero que íbamos a perder si no lo decía, y eso que aquello era una manifestación terrible en la plaza, que habían llegado de todas partes. Era inimaginable que se perdiera. Pero Daniel tenía una soberbia, una prepotencia, que no dio su brazo a torcer. Y él creía que el pueblo lo amaba, y lo cree aún, y no es así.

2. *Los rumores del paso de la droga*

Hubo muchos rumores de que por aquí pasaba droga de Colombia a no se sabe dónde, aunque nunca pudimos tener pruebas, pero la gente lo daba por seguro. Una vez cayó una avioneta en una parte de la Costa, que se supo que venía llena de droga, y desapareció la carga. Se supo que venía de Colombia, pero no se supo más de la droga, a dónde fue a parar. La gente del pueblo no lo supimos.

Otra vez un avión al que venía siguiendo la Administración para el Control de Drogas (DEA), también tuvo que aterrizar y hasta salió en el periódico Tomás Borge examinándolo, y diciendo que ahí no había nada, que eran una locura ese tipo de comentarios... pero el piloto era un muchacho que dijo que el avión había llegado cargado de droga. Al piloto lo despacharon para Cuba y yo creo que todavía sigue ahí, desde cuando perdió el Frente²²⁸.

²²⁸ La entrevistada alude a un episodio ocurrido meses antes de las elecciones presidenciales de 1984. Un avión pilotado por el agente doble, **Barry Seal** —un **preso a quien se le conmutaba la pena por ese servicio y que había sido infiltrado** en el cartel de Medellín por la *Drug Enforcement Administration* (DEA)—, llegó al aeropuerto de Los Brasiles de Managua a recoger un cargamento de 750 kilos de cocaína, que había llegado días antes desde Colombia. Seal había logrado colocar, con riesgo de su vida, una cámara oculta en el avión que demostró que allí había estado Pablo Escobar, incluso el comandante

3. *La corrupción de los comandantes, y la piñata*

La primera cosa, el primer síntoma de que las cosas no iban bien fue la prepotencia de los comandantes que los fue corrompiendo. Al principio, las madres, o adultos en general, personas como yo, que habíamos colaborado, y a veces mucho, teníamos acceso a los comandantes. Pero después del Triunfo, de repente, llegaron los del exterior los que habían huido a las primeras bombas y ya venían con sus titulitos y evacuaron a los participantes en la lucha sandinista y se pusieron ellos en su lugar. Entonces nosotros empezamos a ser críticos y ya no nos recibían. Les decíamos, por ejemplo: «Quiero ver al comandante Ruíz», que antes nos recibía, ahora era: «No, no y no», y nos boicoteaban totalmente. Me refiero a los que vinieron del exilio, no a los cubanos, que eran unos mandados y aquí vinieron a dar su apoyo. Pero los que se fueron al exilio, a los que decíamos a veces que necesitábamos ayuda y que se negaron y salieron en carrera a las primeras bombas, esos volvieron de EE.UU. y de otros lugares, luciendo su inglés, y ahí nos dimos cuenta de que era mentira que el poder revolucionario todo era para el pueblo... Eso eran como utopías que nos metían: nos decían todo eso y nos lo presentaban como maravillas de la Revolución.

Otra cosa fue el derroche. Empezamos a ver el despilfarro en los cuadros intermedios. Yo vi a un muchacho que tenía que ir a Italia para una cuestión de una firma, y fueron como veinte. Y volvían presumiendo de los zapatos que traían, diciendo «puro cuero italiano». Igual, cuando yo estuve en Nueva York, vino un grupo de siete para ocuparse de la tela de los uniformes de los alfabetizadores y era sólo uno el que tenía que firmar²²⁹. Se hospedaron en el mejor hotel, cada uno con su carro, y todo iba a gastos de representación... Yo me quedé pensando qué hacía ahí yo. También cuando mandaron a mi hijo Aníbal a Cuba —porque enviaban allá a los que decían que estaban traumatizados de la guerra—, iban a estudiar con un responsable al que llamaban «Julio Uno» y que los dejó *botados*. Cuando ellos reclamaron, les dijeron: «Ustedes son lumpen, qué más quieren, agradezcan lo que se les hace... son vagos y *drogos*, y lo que tienen que hacer es agradecer». No les

Tomás Borge y algunos de sus asistentes, compartiendo los trabajos de carga y descarga de cocaína del avión DC-3 pilotado por Seal. Fue una nueva iniciativa de la Administración Reagan para poder minar al sandinismo, añadiendo al calificativo de «comunistas» el de colaboradores del narcotráfico. Hasta esa fecha, nadie había vinculado a los sandinistas —a su cúpula— con Pablo Escobar Gaviria, en ese momento el narcotraficante más poderoso del mundo. Véanse a este respecto: Legarda Martínez, A. (2005); Bowden, Mark (2010).

²²⁹ Myrna Reed estuvo trabajando en la embajada de Nueva York enviada para asistir al embajador Víctor Hugo Tinoco.

llevaron comida ni atenciones de ninguna clase, como jabón, papel higiénico... Sobrevivieron por la generosidad del pueblo cubano, y como mi hijo Aníbal ya tenía experiencia, con un amigo suyo de siempre convenció a otros dos y se fueron a donde la casa de un jefe e hicieron allí una manifestación. Los expulsaron para que no repercutiera en público cómo los trataban.

Y no sólo fue en ese momento. Años después, estuve yo trabajando en la embajada de Cuba y teníamos a otro prepotente —el embajador Marcos Valle— al que sólo faltaba el látigo para tratarnos. Nos tenía allá miles de horas, y yo trabajé con el chavalo de la Juventud y vi cómo lo trataban. Y era igual que lo otro, no les daban un centavo y sobrevivían por la gente.

También me acuerdo de que el Frente mandaba a ciertas personas como enlaces para conseguir armas en el exterior, pero algunos irresponsables las compraban inservibles y hubo detenciones porque esas armas no fueron útiles para defenderse, o bien, cuando la guerrilla bajaba de la montaña, no las encontraba en los buzones de armas.

Los comandantes y jefes se corrompieron mucho. Unos porque nunca habían tenido, y otros porque parece que el que tiene un poco, quiere siempre tener más, nunca se paran. Se separaron totalmente del pueblo, ya uno no tenía acceso a nada, nos paraban los cuadros intermedios. Unos del exterior, otros simplemente los que iban constantemente detrás de ellos arreglándoles las cosas, como asistentes personales. Uno de esos responsables, que estaba en León, vino aquí a Matagalpa porque hubo protestas de robos, de algunas cosas, y lo trasladaron. Hasta había rumores de que los comandantes ya andaban buscando compañeras en las alturas de la burguesía... debía ser un deseo oculto, y muchos cambiaron de pareja en esos años.

Yo tenía amistad con un coronel cubano del Ministerio del Interior, y nosotros, para comprar, hacíamos fila con las tarjetas. Mi mamá era pensionada por el ejército norteamericano por mi papá, por haber sido *marine*. Pero no había dónde comprar hasta que pusieron la «diplotienda», una tienda especial para diplomáticos. Y en ese tiempo me invitaron, y al ver la abundancia que había allí, ni comí, se me hizo un nudo. Y en otra fiesta, en la que estaban allí Bayardo Arce y todos los de ese tiempo... ¡qué barbaridad! ¡qué no había allí de *despelote*! Era un salón inmenso, como bufet, con el vino, el champaña, camarones... Me chocó horriblemente ver eso con las carencias que estaba teniendo la gente en Nicaragua.

Por suerte había algunos otros que no eran así. Yo creo que el hombre más honesto que parió la Revolución fue René Núñez²³⁰. Su hermano Carlos

²³⁰ René Núñez fue guerrillero y responsable político del FSLN de Matagalpa antes del Triunfo de la Revolución. Fue detenido y confinado en la cárcel Modelo de Tipitapa,

murió, pero René vive. Ese sí era lo más humilde, amable e inocente. Pero hubo muchos que no.

Después vino lo de *la piñata*²³¹. Eso fue cuando se perdieron las elecciones de 1990 y ganó doña Violeta. Fue de lo peor. Las propiedades de tierras o casas, cosas de toda clase que se acordó que fuera patrimonio del FSLN, acabó en unas pocas manos. Si hubieran repartido equitativamente, entre toda la gente, habría sido otra opción, pero no fue así²³². Hubo mucha gente de abajo que se volvió loca cuando ya tuvo poder adquisitivo.

De aquel patrimonio, empezaron a poner tierras, casas, propiedades a nombre de gentes particulares, pero de la nueva ola. Incluso yo fui donde Noel Escobar, jefe del Consejo de Estado, y le dije que por qué no me ponía una finca a mi nombre, que estaba en la perra calle también, para ayudarme, que yo la guardaba después para el Frente... y me dijo que iba a ver, que fuera al día siguiente y, cuando fui, me dijo que se la habían asignado a otro, uno de los nuevos. Cuando después se la fueron a reclamar, supe que él dijo que ahí estaba su nombre en la escritura y que era suya. Yo fui donde Noel y le dije: «Ahora ya sabes, me río en tu cara». Y así fue todo lo de *la piñata*.

Nosotros todos quedamos prácticamente en la calle, desbaratados por todo, por la guerra, por los hijos... ¿cuánta gente no vio caer a sus hijos? La decepción fue muy grande, y ¿qué se puede esperar si tenemos el ejemplo ahora del mismo presidente?

Quisimos advertirles a nuestros dirigentes del desastre que veíamos venir a pasos agigantados, para las elecciones de 1990, pero los cuadros intermedios nos obstruían la entrada hacia ellos. Nos decían que eso era la *vox populi* y que ellos «no querían críticos, sólo colaboradores». Pero ¿cómo los íbamos a apoyar en las sinvergonzadas? Yo sentía un dolor infinito al ver mi vida destruida, mis hijos que no tuvieron juventud. Y ¿para qué? Utopía... Trotsky

y fue asimismo uno de los liberados cuando la toma de la casa de Chema Castillo. Era hermano de Carlos Núñez, presidente de la Asamblea Nacional en la década de 1980. René Núñez falleció en septiembre de 2016. Véase el IP.

²³¹ Véase la nota n.º 100 en el apartado I.V.3, que hace referencia a la piñata en el fragmento de la entrevista con Onofre Guevara.

²³² En efecto, hubo una extensa apropiación individual, que en cierto modo tenía un precedente en los primeros tiempos posteriores al triunfo de la Revolución en 1979. Tras las medidas confiscatorias de los decretos 3 y 38, hubo numerosas quejas o críticas al respecto de casas expropiadas o confiscadas de somocistas que huyeron, porque fueron habitadas por militares desmovilizados de los combates de la insurrección. Eran los que entraban después del 19 de julio y las ocupaban, a veces, hasta «heredando» las empleadas del dueño anterior, que seguían dentro.

lo había escrito. Todo se había convertido en una anarquía. Pensaban que habían pateado a la burguesía, y tristemente ellos eran la nueva burguesía.

Tras las elecciones de 1990, todo el mundo aceptó a doña Violeta

Cuando estaban cerca las elecciones de 1990, a muchas colaboradoras se nos recomendó hacer amistades y atender a los de la OEA para sonsacarles las encuestas y ver cómo venía el Triunfo sandinista, pero los de la OEA no soltaban prenda. Al guatemalteco que yo andaba atendiendo, ya cuando Daniel estaba cerrando la campaña en Matagalpa, le pregunté: ¿Vamos a ganar? Y él me dijo: «Si Daniel [Ortega] dice que ya no va a existir el servicio militar obligatorio, ganan las elecciones, pero si no...». Se lo mandé a decir a la Doris Tijerino²³³, pero, ya en medio del discurso... era demasiado tarde.

Se perdieron las elecciones, pero en todo el país se celebró la nueva presidencia de Nicaragua, triunfo rotundo de Violeta Chamorro, y ahí empezó el sálvese quien pueda y con lo que pueda. Las reparticiones de propiedades, confiscadas o no, a nombre de personas fieles al Frente Sandinista. Pero los antiguos sandinistas desconfiaron de los antiguos colaboradores y combatientes, los más fieles, y confiaron en gente de la nueva generación sandinista. Y así les fue. La mayoría se quedó con lo que confiadamente pusieron a sus nombres, pensando que después lo cederían al patrimonio del Frente, pero no fue así. Y lo demás ya lo he contado.

²³³ Véase nota n.º 219, sobre Doris Tijerino.

Ana Julia Gutiérrez

(Matagalpa, 2014)



En la cárcel de La Aviación, por fin, me llevan para ver a mi hija; una malla, al otro lado, otra malla, y en medio un espacio vacío, que no la podía ni tocar. Y cuando yo la veo... flaquita, con el pelo largo, mechuda, pálida... yo me desbaraté, pero hice un esfuerzo y me sobrepuse.

Yo todavía estaba jovencita, tenía veintiún años, cuando murió Somoza el viejo, y ahora tengo ochentauno. Empecé a saber algo de la historia de mi país tarde. Leía la prensa, pero yo era como apática y no tenía partido, ni voté cuando tuve ya la edad de votar.

Origen y compromiso político

Mi mamá fue madre soltera y era muy humilde, conservadora de pensamiento, pero inactiva, como que a ella tampoco le interesaba mucho participar en nada político. Yo fui auxiliar de enfermería, pero antes de eso, fui madre adolescente. Mi hija Margine nació el 26 de mayo de 1953 y yo cumplí los dieciocho años el 26 de julio de 1953, a los dos meses de su nacimiento. Nunca había trabajado, a pesar de que mi mamá era humilde, pero yo sólo iba a la escuela. Sin embargo, llegó un momento en que tuve que trabajar, que ella me dijo que no podía ya sola con todo, porque siempre fuimos solas ella y yo. Tuve tres hermanos más, pero por circunstancias, ellos tomaron su rumbo y yo los conocí ya grandes a ellos.

Cuando nació mi hija Margine, fue cuando me puse a trabajar, y fue de maestra, porque, en esa época, había escuelas rurales donde no exigían que los maestros fueran titulados, sino que, teniendo hecha la primaria ya se daba clase. Así fue que yo trabajé nueve años de maestra rural. Y en esos nueve años yo tuve cuatro hijos, tres mujeres y un varón.

Después, tuve un problema y salí del Ministerio de Educación. Me quedé dos años sin trabajo, ya con mis cuatro hijos. Usted se imaginará, las privaciones, pero entonces conocí a una señora que era la presidenta de la Junta Local de Asistencia Social de Matagalpa, doña Ada Vita, y ella me recomendó para que yo fuera a trabajar al hospital. Allí recibí el primer curso de auxiliar de enfermería y, aunque yo era tímida y no muy expresiva, ya trabajando en ese hospital, fue cuando empecé a interesarme por lo que ocurría en mi país, en el hospital.

El trabajo sindical

En 1973, cuando yo entré en el hospital, las condiciones y reglas de allá eran las de las monjas que lo administraban: todos los que trabajábamos allí hacíamos lo que ellas decían. Ninguno sabíamos que había un horario de ocho horas, que teníamos derechos, y si había que trabajar catorce, o dieciséis, o hasta veintiséis horas a veces, se hacía por el mismo salario. De vacaciones, las monjas decidían si le daban a uno ocho días, o diez, o nada. Y hasta cuánto les daban los días de reposo a las trabajadoras que parían, tenían una regla: si eran casadas, tenían más descanso, pero si eran madres solteras, sólo ocho días. Ser madre soltera se penalizaba por ellas.

Después de la llegada de un dirigente de la Central de Trabajadores Nicaragüenses (CTN), que nos explicó nuestros derechos, organizamos el sindicato y se creó la primera Junta Directiva. Luchamos ante todo por las ocho horas, pago de horas extras y permiso de las que daban a luz, de tres meses de pre o posnatal. Después, por que se mejorara la comida, por que el hospital comprara los medicamentos de los trabajadores que enfermaban y que nos dieran los uniformes y zapatos, que hasta los comprábamos nosotros. Fue en el tiempo en que estaba de director del hospital el coronel Flores Lovo [ver IP].

Todo se iba consiguiendo, pero sólo a base de huelgas, que no eran como las de ahora, sin asistencia al trabajo; las nuestras eran con permanencia en el lugar de trabajo, y las cosas se pusieron duras. Éramos veintiún personas: dieciocho mujeres y tres varones, porque las mujeres éramos mayoría en ese trabajo.

En una de las huelgas, en 1974, de nivel nacional por los salarios y por las condiciones de miseria de todo del hospital, el director nos dijo que no

podíamos estar dentro del hospital sin trabajar. Pero como los dirigentes sabíamos que si salíamos del hospital perdíamos la huelga, nos situamos frente a él, en la calle, y allí dormíamos.

Yo, entonces, había empezado a destacarme: había cuestionado ya por qué razón doña Hope Portocarrero²³⁴ tenía que ser la que diera todos los lineamientos de salud si ella ni sabía cómo vivíamos los trabajadores. Hice un comunicado explicando las carencias del hospital, todo manual, porque no teníamos medios, esperando llevárselo después, para hacer copias, al padre Benedicto Herrera²³⁵. Pero surgió el inconveniente de que al compañero que iba a llevarle al padre el manuscrito lo detuvo la Guardia, le encontraron mi borrador y, como yo era técnica quirúrgica y llevaba un libro donde anotaba a diario las operaciones y el nombre de los pacientes, ahí estaba mi letra para poder compararla. Lo hicieron, claro, y el doctor, el coronel Flores Lovo, me llamó. Le confirmé aterrada que esas anotaciones eran mías y él me dijo que por eso podría ir a la cárcel si él me denunciaba, pero que no lo haría por respeto a que era una mujer muy disciplinada y muy trabajadora, que nunca faltaba al trabajo. Pero que eso no podía repetirse.

Se nos ordenó que nos fuéramos del exterior del hospital, que iba a ir la Guardia a desalojarnos, así que pensamos, entonces, en tomarnos la catedral. Ya lo habían hecho los estudiantes y, cuando eso ocurría, el pueblo se desbordaba y apoyaba porque era la única forma de resistir. Sin embargo, en ese momento nos encontramos las iglesias cerradas y con los guardias en la puerta, cumpliendo órdenes del doctor Lovo. Entonces nos metimos en el Colegio San Luis, donde estaba el padre Benedicto, que nos dio permiso para quedarnos, en contra de la orden de uno de los obispos. Él fue a hablar con el director de secundaria y le hizo ver que, si nos sacaban, y pisábamos la acera del San Luis, la Guardia se nos llevaba.

Allí estuvimos casi dos meses, y se extendió, llegando a ser una huelga a escala nacional, mientras se seguía negociando.

Fue muy difícil sobre todo para las solteras con madres e hijos que cuidar, por lo que, a veces salíamos en la noche para ver a la familia y volvíamos después sin ser vistas, pero logramos nuestras reivindicaciones. La huelga fue un éxito.

²³⁴ Prima hermana y esposa de Anastasio Somoza Debayle. Véase el IP.

²³⁵ Benedicto Herrera, sacerdote progresista, director del Colegio San Luis, en Matagalpa.

Mi entrada en el FSLN

Hacia 1974 fue cuando ya se empezó a oír hablar mucho del Frente porque había una política muy represiva contra los jóvenes. La gente empezaba a decir que «era un delito ser joven» y fue entonces cuando me llegó a ver un muchacho, a hablarme del Frente, enviado por un odontólogo que siempre nos había ayudado en todo, Carlos Argüello Pravia. Él me dijo que era una organización que pretendía el derrocamiento de la dictadura sangrienta de Somoza, pero que necesitaba de muchos colaboradores, y que si yo estaba dispuesta a hablar con una persona que iba a venir de Managua para que me explicara. Acepté, y a otra compañera y a mí nos llevó el propio doctor Argüello a una finca suya a la que llegó una mujer que fue la que nos explicó todo: la dictadura, que el Frente estaba en todas partes, en la montaña y en las ciudades, que tenía apoyos del exterior, pero que con esa entrevista no nos sintiéramos comprometidas a nada, porque era peligroso. Nos insistió en que se requería mucha *compartimentación* —una palabra muy de la época— porque ni a la mamá, ni al papá, ni al marido o hijos ... se les podía decir nada. Ella fue mi primera responsable. Nos preguntó si estábamos dispuestas y le dijimos las dos que sí y, desde ese momento, ya fue todo imparable. Era la comandante —porque yo sigo diciéndole «comandante»— Olga Avilés López, que tenía como pseudónimo «Eugenia» y después supimos que había sido parte del comando cuando lo de Chema Castillo²³⁶.

Nos explicó que necesitaban tener casas disponibles, que llamaban «casas de seguridad», a las que podrían llegar, de repente, compañeros del Frente por necesidad de esconderse, y nadie más podía saber que estaban allí cuando llegaran. Se tenía que decir que eran amigos que estaban allí de vacaciones.

Nos decidimos y dejamos ya la Central de Trabajadores Nicaragüenses (CTN) porque allí solo había reivindicaciones laborales.

La responsable nuestra por el Frente, Olga, llegaba a mi casa y nos explicaba que teníamos que montar una célula, con gente totalmente confiable para poder extraer medicamentos, apósitos, equipos de cirugía menor, para ayudar a los clandestinos heridos. La célula en sí podía ser de unos cinco, pero teníamos que tener siempre gente de apoyo para las huelgas, y allí llegamos a tener diez personas. Así, preparábamos paquetitos con lo que podíamos sacar y se los entregábamos a otro doctor, Ceferino Pavía —excelente médico y persona— que recibía a los guerrilleros que llegaban, muchos de ellos en estado lamentable.

²³⁶ Véase nota n.º 14, donde se explica la toma de la casa de Chema Castillo.

Más tarde, ya en 1977, también nos integramos en una organización de mujeres que nació en ese tiempo a escala nacional: la Asociación de Mujeres por la Problemática Nacional (Ampronac), cuya primera presidenta fue Lea Guido y que organizaba reuniones clandestinas en Managua²³⁷.

La situación política en Matagalpa: peligros y brutalidades de la Guardia

En Matagalpa se veían a diario barbaridades del trato de la Guardia con los jóvenes. Fue tremenda la cantidad de gentes que murieron de aquí. Mi mamá, que era una viejita, se encariñaba con los jóvenes que llegaban a nuestra casa, porque ella no sabía nada. Creía que tantos muchachos por la casa eran novios de las niñas, de la Margine sobre todo, y no le gustaba, pero cuando se dio cuenta de que «Abel» —Bayardo Arce— estaba preso y supo que lo torturaban, lloraba. Así era la Guardia y así de peligroso era.

Un triste ejemplo de los peligros que se corrían a diario fue lo que pasó con nuestro responsable regional, Crescencio Rosales, «Miguel», que no tendría ni treinta años, y su amigo Salvador Amador, el que nos enseñaba a nosotros arme y desarme en una pieza del hospital, en las narices de Flores Lovo, aunque nunca se dio cuenta nadie. Los dos murieron en un encuentro con la Guardia, que voy a contarte para que veas cómo se procedía: Crescencio estuvo en mi casa el día anterior a su muerte, y me dijo que llegaría un jovencito a dejarme un paquete, y así fue. Al siguiente día, en la mañana, yo tenía libre y me vinieron a avisar de que había personas en la morgue y que sería bueno que las viera, porque siempre debíamos identificarlos. Existía el riesgo de ni saber siquiera qué había pasado con nuestra gente, porque si nadie los reconocía, los hacían desaparecer. Me fui directamente y allí encontré muerto a «Miguel» —que era Crescencio— y al muchachito que me había dejado el paquete, que no tenía ni diecisiete años. Al parecer, la Guardia le siguió, él se tiró al río, pero lo alcanzaron.

Después supe que Crescencio iba en el coche con Salvador Amador y que decían que los habían denunciado y los mataron. La Guardia creyó que llevaban armas o propaganda, pero no les encontró nada, y debieron pensar que habían metido la pata²³⁸. Pero yo me fui pensando que, cuando averi-

²³⁷ Véase en el apartado I. III la explicación ampliada de Ampronac que empezó siendo una asociación interclasista y antisomocista, apoyada por el Frente. Sus reuniones enseguida tuvieron que ser clandestinas.

²³⁸ Las circunstancias de la muerte de Crescencio Rosales y Salvador Amador no han quedado claras. Se habló de un enfrentamiento con la Guardia cuando él y Salvador Amador iban a cumplir un operativo, pero también de que fueron víctimas de una falta de

guaran que Crescencio era «Miguel», por sus archivos, y que era guerrillero, lo podían hacer desaparecer. Como era algo que ocurría a diario, quise que se supiera de su muerte y se lo dije a la Sarita Tijerino, a la que yo conocía por las reuniones de Ampronac. Pero ella ya lo sabía y lo había ido a velar. Después fue ella la que me avisó de que se haría un rápido funeral porque la Guardia vigilaba, y así lo hicimos. Ella y su hermana —Doris Tijerino— habían comprado el ataúd, lo habían sacado diciendo que era familia de ellas, buscado un terreno para enterrarlo y contactado al padre Benedicto para hacer la misa. Se enterró, y en el pueblo no se supo quién era hasta después de la Revolución. Había viejitas colaboradoras de *casas de seguridad* y se oía que cada una le decía un nombre: «Miguel», «José», «Juancito»... tenían varios pseudónimos todos.

Salvador tuvo mejor entierro. Como era hijo de burgueses, se lo entregaron a su mamá, porque a los ricos los mataban igual, pero tenían más miramientos con los padres. A él lo enterraron más tarde con toda la gente, amistades y todo, mientras nosotros, el pueblo pobre, fuimos a acompañar a Crescencio, y su mamá se enteró por fotos. Eran muy pobres y ella vino desde León, de Subtiava. Cuando llegó a Matagalpa, estuvo en mi casa, y a Crescencio lo dejó enterrado aquí, y ya no lo movieron.

La Guardia también entraba en el hospital cuando quería, con la complacencia del doctor Lovo, nos teníamos que esconder para las reuniones sindicales y nos impedía que llegaran nuestros familiares. Una de las cosas más feas y crueles de la Guardia fue hacia 1978. Las monjas tenían misa a las seis de la mañana y allí iban los que salían de su turno y podían ir si no tenían a ningún familiar a cargo. Uno de esos días, llegó una muchacha de la limpieza y me dijo que había entrado por la capilla un muchacho mojado, que estaba en la lavandería y que había unos guardias que lo estaban matando. Fuimos un grupo de enfermeras y vimos que lo tenían en el piso, dándole unos culatazos y unas patadas tremendas. Fui a la capilla a decirle al padre Benedicto lo que ocurría para que lo ayudara, y cuando él acudió rápido, saliéndose de la misa, llegaban los guardias que ya venían de la lavandería con el muchacho desmayado totalmente. Lo llevaban dos de las manos y dos de los pies.

Yo tenía ese día una guardia hasta la seis de la tarde, y estando ya lista para irme, me avisan de que vaya a emergencias, que está allí el muchacho

información de parte de los compañeros que realmente llevaron a efecto dicho operativo. Según esa versión, Salvador y Crescencio llevaban un coche muy parecido al de aquellos compañeros y pudieron ser confundidos por no haber sido advertidos, como debió hacerse. En esta investigación se han manifestado dudas sobre una posible negligencia o utilización de ellos por parte de otros militantes. (Informante anónimo n.º 2).

de la mañana, que creen que lo traen muerto. Me voy, y cuando lo veo en la camilla compruebo el salvajismo que habían hecho con el pobre muchacho. Le habían golpeado para que todo el destrozo fuera interno, porque esa gente eran especialistas en no dejar señales, todo golpes internos. También tenía quemaduras de cigarros en piernas y brazos, pero no tenía un solo tiro. Estaba casi muerto y se le terminó parando el corazón. La Guardia sólo quería que confesara algo que ni sabía a lo mejor, pero así lo hacían siempre. Y eso fue en un hospital, porque entraban en todas partes.

En agosto de 1978 estalló la insurrección de Matagalpa y el hospital se vació en cuanto se oyeron los primeros tiros. Nos quedamos sólo otras dos enfermeras y yo, por no dejar solos en pediatría a los niños del campo. Los de la ciudad habían ido saliendo porque se sabía parcialmente lo que iba a ocurrir.

Como a los cuatro días, entró la Guardia con una crueldad enorme. Puso en estado de sitio el hospital y nadie podía moverse de allí, pero las tres que nos habíamos quedado teníamos que ver a los hijos pequeños, y al final nos ayudó la Cruz Roja, pero nos exponíamos a que nos mataran por salir. Cuando regresé por fin a mi casa, yo había dejado de todo, pero no había de nada. Todo desolado y sin saber dónde estaban mis hijas, Flor e Ivania. Ya no recuerdo cómo encontré a Flor, y a la Ivania, la menor, no la encontré hasta después de la guerra, porque ella se había integrado también en el Frente y andaba en su trabajo.

Tiempo después, al batallón de Ivania le ordenaron que fuera detrás de Flores Lovo, y a él y a otro, Parajón, segundo en el mando, los detuvieron y los amarraron con *mecates*. Mi hija me dijo que, cuando vio a Flores Lovo, quería decirle que era hija mía y le daban ganas de pegarle un tiro por todo lo que me había hecho a mí, pero la orden que tenían era de no disparar. Lo tuvieron preso y aún logró irse, finalmente, no sé cómo.

En los últimos tiempos anteriores al Triunfo, casi en junio de 1979, el peligro era tan grande que tuvimos que ir a donde Flores Lovo a pedirle protección para ir a trabajar al hospital, porque la Guardia, si veía personas solas, que no iban a algún lugar conocido por ellos, podían disparar. Nos tuvo que organizar que las ambulancias nos acompañaran a todos los barrios, nos hicieran el recorrido diario a nuestras casas.

Las consecuencias en la familia: mis hijas se integraron en el FSLN por mí

En cuanto a la pareja, compañero o esposo, yo fui madre soltera siempre, no había padres, no vivían siquiera en Matagalpa, ni preguntaban, y era lo normal. Otras, hasta se divorciaron por discusiones sobre la participación política. La ideología estaba tan metida en nuestras vidas que sobrepasaba sus

límites, estaba sobre cualquier cosa. Yo, de todos modos, no tuve contacto con el padre de mis hijos excepto en relación con mi único hijo varón, que era más pequeño, al que su papá mandó a estudiar a Costa Rica. Pero mis hijas, las mujeres, nunca se relacionaron con su padre.

A diferencia de la mayoría de los casos que conozco, mis hijas no me metieron a mí en el Frente, sino yo a ellas, aunque realmente, sólo integré directamente a Margine, la mayor. Lo de las otras dos hijas mías más pequeñas, Flor de María e Ivania, fue más tarde, porque me descubrieron a mí por mis salidas y entradas.

Margine estaba en la universidad y, por su cuenta, ya andaba en el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) cuando yo recibí una orden —porque esas eran órdenes— de mi nuevo responsable, René Núñez [ver IP] diciéndome que había que captar a la Margine y que le dijera que alguien llegaría a hablar con ella. Ese alguien fue el comandante Bayardo Arce [ver IP].

Las otras dos digo que me descubrieron, porque yo, como mujer del Frente, tenía que *regar* papeletas y meterlas debajo de las puertas y por todas partes. En una de esas, les dije a mis dos hijas pequeñas —de trece y diecisiete años, que estaban en la Asociación de Estudiantes de Secundaria (AES)— que me iba a Managua, pero una de ellas se despertó por la noche y me empezó a buscar. Se puso a mirar desde la casa por una ventana, porque vivíamos en un alto y se veía descendiendo toda la calle. Y entonces me vio y despertó a la otra, pensando las dos que estaba loca porque me agachaba en todas las puertas y a esas horas de la noche. Después, habían ido a un roperito de la casa a buscar algo y se encontraron con una pistola, municiones, papeles, de todo. Y, al regresar a mi casa, allí estaban las dos mirándome, tuve que contarles y se involucraron también.

Yo tenía terror y fue la época más horrible de mi vida, pero cada una se reunía con su grupo y no nos lo decíamos, ni ellas sabían una lo que hacía la otra. Hacían *pintas* en las paredes cuando se protestaba por los presos, pero no tuve coraje o firmeza para decirles que no lo hicieran. Yo no preguntaba, sólo les decía que tuvieran mucho cuidado. La Guardia cateaba todas las casas, y llegaban cerca, pero nunca llegaron a mi casa, y gracias a Dios, nunca les pasó nada.

En esos años crecía la represión y ya el 19 de octubre de 1977 capturaron a mi hija Margine, dos días después de la muerte de Pedro Arauz²³⁹. Fue llevada a las salas de tortura de la Seguridad Nacional, en la Loma de Tiscapa y después a la Central de Policía, donde estaban las otras mujeres

²³⁹ Pedro Arauz Palacios, «Federico», fue apresado el 17 de octubre de 1977. Era uno de los jefes históricos más emblemáticos de la tendencia GPP del Frente.

de la redada posterior a la toma de la casa de Chema Castillo²⁴⁰. Me enteré de que la Margine estaba presa porque *Radio Corporación* en ese tiempo era antisomocista, sacaban la información de quiénes caían presos. Era importante porque, si capturaban a alguien y nadie lo sabía, ese alguien podía no aparecer nunca, o se lo encontraba alguien en algún lugar, a lo mejor en estado de descomposición. Sin embargo, si cuando lo apresaban gritaba su nombre, o alguien lo veía, ya el pueblo apoyaba, y la Margine eso hizo. A ella la capturaron cuando mataron a Carlos Arroyo, que era vecino nuestro y los dos estaban clandestinos en Managua estudiando en la UNAN. Allí estuvo presa hasta la toma del Palacio²⁴¹. Casi me muero cuando lo supe, y me puse a pensar qué tenía que hacer, yo que sólo había estado una vez en Managua. Y aunque ya no era la persona humilde y callada de antes, supe que esa vez tenía que serlo, y tragarme lo que fuera. Fui a buscarla a la cárcel de Managua, *La Aviación* —la actual *Ajax Delgado*—, a cuyo cargo estaba el guardia Alesio Gutiérrez, un hombre malvado [ver IP].

El encuentro con el encargado fue de lo más desagradable, un hombre de lo más vulgar, que me dio cinco minutos, entre malla y malla, sin poder tocarla. Y cuando yo la veo, flaquita, con el pelo largo, mechuda, pálida, yo me desbaraté. Desde la oficina de la Guardia, cerca de allí, éramos observadas para ver nuestras reacciones y, cuando la sacaron por el otro lado de la malla, ella me dijo enseguida que no les diera el gusto de que me vieran llorar. Así que hice un esfuerzo y me sobrepuse. Ella me contó que estaba con la Doris —que yo conocía—, la Mónica [Baltodano] —que había llegado a mi casa—, Auxiliadora Cruz —que murió ya—, Rosa Argentina Ortiz, Martha Cranshaw... Creo que eran ocho²⁴².

Allí empezaron su lucha, para comunicarse, para difundir sus condiciones carcelarias, todo. Allí nos conocimos todas las madres también: la de la Doris, que iba con sus hermanas, la de Martha Cranshaw, de la Auxiliadora Cruz, una señora muy humilde que llegaba de cerca de Estelí... la de Mó-

²⁴⁰ Véase nota n.º 14 sobre la toma de la casa de Chema Castillo. Desde ese momento, se impusieron la ley marcial y el estado de sitio y se hicieron redadas masivas, justificándolas con el denominado *Reglamento para Gobierno y Disciplina de la Guardia Nacional*. Entonces comenzó la etapa más dura de la represión somocista, y todas las personas apresadas en esos años sólo fueron liberadas hasta que el FSLN efectuó la toma del Palacio Nacional, en agosto de 1978.

²⁴¹ Véase nota n.º 18, sobre la toma del Palacio Nacional.

²⁴² Se refiere a Doris Tijerino y Mónica Baltodano, que fueron parte de un grupo de ocho muchachas detenidas en las redadas posteriores a la toma de la casa de Chema Castillo. Sus vivencias y cartas desde la cárcel pueden consultarse en: Ferrero Blanco, M.D. (2009). «Violencia y represión en el ocaso de los Somoza». *Historia Crítica*, n.º 39.

nica no, porque estaba enferma, y ya nos normaron que cada quince días, en martes, iba a haber visita, aunque, algunas veces, se les antojaba no darnos la visita y no nos la daban. Entonces nosotros hacíamos alboroto, íbamos a *La Prensa*, y después, con saber que íbamos a ir para allá, nos dejaban entrar porque no querían esa propaganda.

Recuerdo que el día que asesinaron a Pedro Joaquín Chamorro [ver IP] era martes, y nos tocaba visita, pero ese día nos tuvimos que regresar a casa sin verlas. Y a los meses de aquello, cuando vino lo del asalto al Palacio, supe que salió mi hija Margine porque radiaban las negociaciones con el FSLN. La vi un segundo cuando se iban en el avión a Cuba. Ya no tuve noticias hasta que otros responsables me informaron de que ya estaba allá.

Después del Triunfo de la Revolución

Ya en la década de 1980, en el hospital se hizo una brigada médica para salir con los batallones de reserva, y yo estuve movilizada varias veces. Y en esos años llegábamos a San José de Bocay, a Pantasma, a La Patriota, y a otros lugares donde hubiera destacamentos de milicianos. Un día de 1983, en que me habían destinado a La Patriota, cuando íbamos para allá, oímos la noticia por radio de que a Pantasma había llegado la *Contra* y todo era un desastre. Fíjese que, de no ser porque estuve en otro lado, en Pantasma hubiera dejado yo mis huesos.

También estuve movilizada cuando sacaron a los miskitos²⁴³ de donde vivían —por miedo a la *Contra* cercana a su zona— y los mandaron a otra parte. Estuve allá como dos meses, tanto organizando centros de salud, como de milicia. Allí había cinco asentamientos, que, en conjunto, se llamaban Tasba Pri²⁴⁴. Los sandinistas estábamos muy contentos con lo que habíamos hecho, sin pensar en cómo lo vivieron los miskitos. Eso no lo interpretamos bien, no conocíamos la realidad. Y todo ocurría en medio de una tremenda guerra, en la que nos tuvimos que defender.

²⁴³ El hecho fue que cuarenta y dos comunidades indígenas —los miskitos— fueron trasladadas obligatoriamente desde la región oriental de la Costa Caribe, la franja fronteriza del río Coco con Honduras, hacia el interior del país. La operación se realizó en 1982 cuando empezaron a intensificarse las agresiones de la *Contra* en la frontera con Honduras. Ese suceso sigue siendo todavía un tema muy controvertido: la explicación oficial de los sandinistas fue que el traslado se hizo para evitarles estar en zona de guerra, y la de la *Contra* y otros partidos de la oposición, que se había hecho a conveniencia de los sandinistas que temieron que los miskitos se unieran a la *Contra*.

²⁴⁴ *Tasba Pri* (*Tierra Libre* en el idioma miskito) fue el nombre del conjunto de asentamientos que se organizaron para la llegada de los trasladados.

Para mí hay una diferencia grande entre la guerra de liberación que hicieron los sandinistas y la guerra que hizo la *Contra*. Hubo sandinistas que hicieron también cosas feas, pero era una guerra limpia, de un pueblo organizado que quería la libertad. Todos los pueblos del mundo supieron qué era Nicaragua, que antes no, y todos se pusieron de nuestra parte. Y así fue aquella historia.

II.II.2. ESPOSAS Y MADRES, CON ACTIVIDAD POLÍTICA PROPIA

Milú Vargas

(Managua, 2014)



Nosotras no parimos sólo a las mujeres, parimos a todos los nicaragienses y, por tanto, hay que repartir los costos de esa función social. No puede cargar con esos costos sólo la mujer porque sólo ella se reproduzca.

Mi nombre es María Lourdes Vargas. He tenido a mi lado hombres muy relevantes porque he sido hija de un padre muy conocido y también tuve un marido muy conocido. Pero, precisamente por ello, he elegido siempre representarme a mí misma, y quizá como feminista, me saca un poco de mi sentido de identidad el propósito de contar una historia con el filtro de madre o esposa, pero trataré de combinar en el relato mi vida privada y mi trabajo.

Tengo sesenta y cuatro años y vengo de un colegio religioso, La Asunción, que me despertó inquietudes sociales desde pequeña porque tuve monjas comprometidas a las que quiero y recuerdo mucho. Fue una experiencia muy bonita y, después, entré al Frente Sandinista muy temprano.

En esa época, se iba de la casa al colegio, del colegio a la casa de los amigos. Unas casas eran más grandes, otras más pequeñas, pero todas parecidas, y parecida la ropa, parecido el mundo en que nos movíamos. Pero una de las madres, madre Mireille, era una monja francesa, dedicada enteramente a los pobres, y al lado del colegio estaba el barrio de los pescadores, *La Tejera*, cerca del lago. Ella empezó a llevarnos allí a enseñar el catecismo, para que viéramos otro mundo distinto, y ahí me cambió a mí la vida.

Cuando íbamos, regresaba siempre muy mal a mi casa, no tenía ganas de hablar, ni de comer, y mi padre me preguntaba. Lo que me pasaba era que tenía que decirle a una mujer que no tenía qué comer, con el marido sin empleo y el niño con una pancita con lombrices, lo de que había «tres personas y un solo Dios verdadero» y que íbamos a resucitar, y yo creía que eso a ella no le importaba nada. Y entonces mi papá, que era diputado conservador y creyente, pero no era practicante, me dijo que no, que a quién le iba a importar eso. Desde entonces empecé a conversar con él y me decía que estaba bien que rezara, pero que el mundo no iba a cambiar por eso.

También mis hermanos tenían otra forma de ver las cosas y, sobre todo René, que era marxista y me retaba en la mesa del comedor a que rezara para que bajara el maná del cielo sobre la gente que tenía hambre. Mi papá se metía a mediar y le decía que cada uno de nosotros tenía derecho a pensar como fuera, pero que lo importante era que hiciéramos algo y que no me tenían que descalificar. Eso fue muy importante para nosotros, porque aprendimos el pluralismo viviéndolo y siempre lo hemos seguido practicando. Creo que es la razón de que nos guste reunirnos, platicar, porque cada quien respeta la forma de pensar del otro. Mis hermanos son todos distintos, pero son gente muy honesta, que les importa lo que les pasa a los demás.

En aquel ambiente empecé a cuestionarme muchas cosas acerca de mi manera de vivir, de todo. Y tuve la facilidad de que mis hermanos iban por delante. Mi hermano mayor, Gustavo Adolfo, que me lleva ocho años, fue uno de los fundadores del Frente, y el otro, René, también me lleva cuatro. Además, mi padre era opositor a Somoza en el Congreso, aunque fuera una oposición que nosotros cuestionábamos. Él hasta decía que si fuera joven, a lo mejor hubiera hecho lo que nosotros, pero que con su edad, era lo que podía hacer. Así, cuando yo entré en la universidad, me metí en el FER desde las comunidades cristianas de base y ahí estuve hasta que fui una de las fundadoras de la *Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional* (Ampronac), en la época de la dictadura. Era el comienzo, aunque entonces fuimos sólo una comisión de derechos humanos, porque no podíamos ser otra cosa.

Tras el Triunfo de la Revolución: el trabajo jurídico y la inquietud feminista

Cuando se dio el Triunfo, se continuó con las instituciones que venían de antes, de la década de 1970: los trabajadores del campo, las mujeres (Ampronac), todo lo anterior, y esos, junto con el Estatuto de Garantías y el Estatuto Fundamental, que redactó Tito Castillo [ver IP], fueron los documentos que hicieron las veces de Constitución hasta que se redactó la de 1987.

En la década de 1980, como ya era abogada, me dediqué siempre a los temas jurídicos. Fui directora general de la Asesoría Jurídica del Consejo de Estado, el primer Parlamento, que después se transformó tras las elecciones de 1984 en la Asamblea Nacional, como cualquier parlamento de la democracia. Era un trabajo que venía de antes, que se fue negociando con la empresa privada, con los partidos políticos, con diversos sectores, porque no se podía derogar la Constitución que había si no se tenía una propuesta de otra y todavía no teníamos nada. Y el Estatuto de Garantías y el Estatuto Fundamental fueron la propuesta, lo que trabajó Tito, en espera de la nueva constitución.

El Consejo de Estado era donde iban a estar representadas todas las fuerzas políticas que habían participado de alguna manera —unos más y otros menos— en el derrocamiento de la dictadura de Somoza. Y las personas que entraron ahí fueron elegidas, no de la manera de votar que nosotros conocemos (directo, secreto, el voto de la democracia), sino con el voto «de segundo grado». Quienes iban a llegar ahí eran elegidos por sus organizaciones, como delegados suyos, y, en algunos casos, ni elegidos. Y ese fue el primer Parlamento, del que tuve la suerte de ser directora general de su Asesoría Jurídica.

Mi tema en general era y es el constitucional y de derechos humanos, pero dentro de eso, lo más personal para mí eran los temas relacionados con las mujeres. Por eso, aunque me metí en todo, mi militancia ha estado siempre en los asuntos de las mujeres. Y ahora sigo igual porque, como me dijo una campesina, que me gustó, «cada quien reza por su propio santo», y «mi santo» son las mujeres.

Aquel Parlamento inicial fue una etapa muy activa. Éramos muy jóvenes, con poca experiencia y todo lo queríamos hacer ya, todo rápido. Y ese trabajo fue el germen la Asamblea Nacional posterior, que después se transformaría en constituyente con el objetivo elaborar la Constitución de 1987. Me correspondió trabajar todo ese proceso y, aunque me tocaba hacer de todo, porque era un equipo que yo coordinaba, yo me metí a militar con el tema jurídico de las mujeres. Costó mucho, porque el derecho tradicio-

nal funcionaba, no estaba derogado. Por ejemplo, una cosa que para mí fue fundamental fue el cambiar el término «patria potestad», porque eso era ejercido sólo por el papá y únicamente cuando no estuviera el papá decidía la mamá. Nosotros le cambiamos el nombre y le pusimos «relaciones de madres, padres e hijos», hacia 1982, y sigue vigente esa ley. Eso cambiaba el concepto de familia, y fue difícil porque estábamos tocando el derecho romano, que era una institución, pero salió.

Desde entonces, la responsabilidad de la familia la tienen el padre y la madre, exactamente por igual, para los pasaportes o permisos de todo, para actuar el padre sin la madre y viceversa. Fue un paso muy importante por las discusiones que suscitó. Yo siempre he sostenido que las leyes son un instrumento de lucha para la emancipación de la mujer, pero no una solución a su problemática, porque no se cambian las cosas con las leyes, sólo se posibilita el cambio. Sin embargo, sí obligó a discutir temas que antes no se habían planteado, como lo del cabeza de familia, lo de que tuvieran el mismo peso en la familia el padre y la madre, etcétera. Antes no se preguntaba a la mujer. Lo que el padre decía, se hacía y nada más. Y aún se hace, claro.

A mí me decían que era radical porque quería discutir sobre el vocabulario que se utilizaba en nuestros textos. Yo opinaba que no era correcto utilizar el «hombre» como genérico, equivalente a «ser humano», cuando el genérico es «persona». Así, en la Constitución, cuando se habla de ambos, se dice «personas» o «nicaragüenses», pero si no, se dice «hombre» o «mujer», según de quien se trate. Hubo muchas discusiones de ese tipo, para nosotras importantes, y otras sobre la familia, como la patria potestad, que ya estaba en la ley, pero no en la Constitución. Finalmente, se logró dejar planteado en la Constitución que el hombre fuera absolutamente igual a la mujer, así como el carácter de función social de la maternidad: nosotras no parimos sólo a las mujeres, parimos a todos los nicaragüenses y, por tanto, hay que repartir los costos de esa función social. No puede cargar con esos costos sólo la mujer porque sólo ella se reproduzca.

Otra discusión fuerte fue sobre las uniones de hecho. A pesar de que aquí había casi un millón de personas con «uniones de hecho» —y aún ahora ha salido el dato hace poco de que hay más de ochocientas mil personas en esa circunstancias— no se aceptaba que se igualaran sus derechos a los de un matrimonio con rango constitucional. Nos decían que estábamos «desbaratando la familia», en vez de reconocer que se estaba reconociendo que había «más de una clase de familia».

Lo que se quería era proteger a la familia y se consiguió que, en la ley de Seguridad Social, se dijera que quien tuviera dos años de convivencia o un hijo de esa pareja, tenía derecho a pensión. Esa protección era muy nece-

saría, porque aquí era muy común que entre el campesinado, por ejemplo, la gente no se casara ni se firmara un solo papel.

También se reformaron aspectos concernientes a los hijos. Teníamos un Código Civil de 1904, que tenía cosas avanzadas ya en esa época, como el divorcio, pero otras muy atrasadas, como el tema de «hijos legítimos e ilegítimos». Nuestro objetivo era que la ley tratara a todos los hijos por igual. Si el papá no lo quisiera reconocer, la mamá podría demandar la prueba de ADN, pero si no se demanda, se le pondrían los dos apellidos de la madre, pero todos serían considerados legítimos; sólo se pondría «hijo de» y no como antes, que se diferenciaba entre «natural» o «legítimo».

Otro foro en el que participamos fue el de los debates que hubo en los cabildos para la redacción de la Constitución. Se llamaron «cabildos abiertos» y era como una consulta popular: se reunían los parlamentarios por todo el país y, por primera vez, iban a oír, no a hablar. Se iba a consultar en todos los aspectos de la Constitución sobre los que se quisieran pronunciar, pero sobre todo en temas referentes a la familia. Obreros, campesinos, intelectuales, la Costa Atlántica... en cada lugar hubo concentraciones hasta de doscientas o trescientas personas, que se reunían en las escuelas por lo general, institutos y universidades. Se organizaban en la Asamblea los grupos de parlamentarios que iban a cada sitio, a cubrir lo más que se pudiera. La gente llegaba allí, con su papelito, con todo apuntado, lo que quería que saliera en la Constitución. Se sacaron unas separatas en el diario *Barricada*, como suplementos para que la gente los pudiera ir viendo y se estudiaba después en las organizaciones.

Para mí, otra cosa importante fue que se desmitificó el derecho como un discurso elitista, porque pasó a ser debatido, y el lenguaje se facilitó. Si vos mirás la Constitución de 1987, es un lenguaje sencillo con el que no todo el mundo estuvo de acuerdo. Los profesionales más académicos decían que perdía calidad, pero para nosotros no era cierto, porque las personas a las que uno se dirige deben entenderlo, no tienen que tener la necesidad de ir a pagar un abogado para que les explique.

A finales de la década de 1980 estuve al frente de la Coordinadora Nacional de Profesionales (Conapro) que tenía veintidós organizaciones: abogadas, arquitectas, etcétera, y fue muy complicado hasta que llegamos las mujeres a tener algo, porque a los hombres no les interesaban ni necesitaban Secretarías de la Mujer. Pero de las diferentes asociaciones de profesionales, se logró aprobar la creación de esas secretarías. Hicimos un congreso con trescientas mujeres de toda Latinoamérica, y también de España, de donde vino Teresa Conde.

Dentro de Conapro, teníamos nuestro grupo más pequeño, con la Gioconda [Belli], la Sofía [Montenegro], la Rita Arauz, la Malena de Montis, que ya se nos fue, la Ana Criquillón, la Lourdes Bolaños, la Vilma Castillo...

un grupo como de doce mujeres, en diferentes espacios, que éramos críticas, que nos poníamos de acuerdo y cada cual llevaba a su lugar lo que habíamos acordado. Uno de los recuerdos más bonitos que yo tengo de esa época es lo fácil que era ponernos de acuerdo. Yo quería que presidiera Lourdes Bolaños, pero cuando se lo dije, ella contestó que yo era la que tenía mayor consenso, que debía ser yo. Y yo ni me lo había planteado, era mucho trabajo y mucha responsabilidad, teniendo mi otro trabajo asalariado que había que cumplir. Pero enseguida me dijeron que ellas me ayudarían y todo fue colaboración. Cada grupo hacía una cosa: las del PIE²⁴⁵ una cosa, las de Conapro, otra, y así lo fuimos resolviendo todo.

Aquel grupo de mujeres, todas sandinistas, discutíamos nuestras inquietudes y considerábamos que era como un deber el ser muy críticas. Lo veíamos como una obligación con nuestro propio proceso porque si no, no avanzábamos, y queríamos un cambio no sólo en lo externo, sino desde dentro. Debía ser un cambio interior de nosotras, porque pensábamos que era la primera transformación necesaria para poder exigir. Pero fue en una época muy difícil por la guerra, cuando moría tanta gente... era terrible entender que hubiera una guerra y que alguien fuera de tu país la estuviera financiando y los que morían eran de los nuestros. Era el momento del enfrentamiento entre el esfuerzo por el cambio de las condiciones exteriores y el interior que queríamos conseguir nosotras.

La política no representó un problema en mi familia: la pareja y los hijos

Yo no tuve problemas por mi actividad política con la familia, ni de la que procedo, ni en la que formé. Con mi primera familia, como te dije, porque todos eran muy políticos y mi padre siempre nos respetó las opciones a los hijos. Con la propia tampoco porque tuvimos un proyecto común.

Durante la década de 1980 mi pareja fue Carlos Núñez Téllez, que era el presidente de la Asamblea, lo que fue el Parlamento desde 1984, y mi equipo lo asesoraba. Comenzó nuestra relación en 1981, cuando él llegó a la Asamblea. Yo estaba allí ya y ahí se dio nuestro encuentro, hasta su muerte. Yo venía de decir que no había que casarse, pero con él me casé. Siempre me decía: «Milú, este es un mundo machista, si me pasa algo»... Y después de

²⁴⁵ El *Partido de la Izquierda Erótica* (PIE), se fundó en 1980, en los primeros tiempos después del Triunfo, por un grupo de mujeres cuya intención era sacudir el *statu quo* y hacer visible la problemática femenina. Sus fundadoras se proponían que las ideas feministas impregnaran los espacios de la Revolución.

seis años de estar conviviendo, él me lo pidió en un cumpleaños, que fuera mi regalo para él, que ya lo tenía todo arregladito. Nos casamos. Por él me casé.

Estoy hablando de alguien que no existe, porque murió, y murió en un momento en que nuestra relación era querida por los dos. Porque si te divorcias, es porque quieres, pero cuando alguien se te muere, la cosa es distinta, porque la relación se te acabó, pero no la acabaste. No la acabamos ninguno de los dos, y sólo lo tienes que aceptar.

Yo creo que a nosotros nos unió mucho que éramos muy jóvenes, compartíamos un proyecto que era la Revolución, y eso agrega a tu relación un plus increíble, porque estás con una gran euforia, con el mismo objetivo. También compartíamos la parte jurídica, por el trabajo de ambos y porque yo dirigía ese equipo de la asesoría suya. Imaginate que te dicen que tienes que hacer una constitución, además de una revolución, y nosotros, con unos treinta años o menos. Yo te hablo de mi área, pero le preguntás a otra compañera del Ministerio de Salud o de Educación, lo que sea, y es igual; cada quien entregaba la vida porque creía que estaba haciendo lo mejor. Y preocupándote de los derechos de las personas, aplicando todo lo que habías pensado, la igualdad de verdad, la no discriminación, todo.

Trabajamos muchísimo en ese proyecto. Hacíamos análisis comparativos con otras constituciones. La de España, por ejemplo, la estudiamos mucho para la parte de las comunidades autónomas, aunque no llegamos a algo parecido. Nosotros hubiéramos querido llegar aún más allá, porque la autonomía no fue económica, no tuvo el peso que tenían las autonomías allá, aunque sí lo estudiamos e hicimos lo que pudimos.

Esas aspiraciones y ese trabajo contribuyó a construir una relación más bonita, más gratificante, con una persona que creía en la igualdad, también de hombres y mujeres. Carlos estaba comprometido con eso, lo creía de verdad y, además, creía que también lo beneficiaba a él, que la igualdad y el compartir beneficiaba también a los hombres.

Me acuerdo de una cosa bien concreta que discutíamos: la distribución de las tareas de la casa, cómo hacer la división en el trabajo doméstico. Yo le explicaba a él las ventajas de participar los dos y eso lo entendía bien. Yo le razonaba: «Si yo, después de trabajar tantas horas fuera, tengo que pensar en lo de aquí, cuando vengo, no tengo ganas de platicar, ni de estar contenta, ni de nada. Estoy sobregirada en energía, en tiempo, y me acuesto y nada más. Y, si tengo libre ese tiempo, vengo y me voy a bañar, estoy contenta, descanso, puedo hacer otras cosas. Después, yo acepto cuando me toque a mí y vos hacés otras cosas, pero no estamos los dos siempre pendientes».

Teníamos personas trabajando con nosotros en la casa, pero alguien tenía que ocuparse de lo que se comía, de los chavalos, de la organización, y nos lo dividimos primero mes a mes, pero después lo fuimos pasando a tres me-

ses. Él era muy práctico, y yo no, y eso lo aprendí con él. Él le decía a doña Celina, que era como la responsable de la casa: «Doña Celina, no me venga diciendo 'No hay para tortillas, o no hay para limón', porque así no le voy a hacer caso. Usted me va a decir lo que se gasta al mes en esta casa, cuántas tortillas se comen aquí al mes y vamos sumando». Ella estaba acostumbrada a pedir las cosas cada semana o cuando le faltaban, como ella quisiera y, como él quería un control más sencillo, se sentaba con ella, y ella se moría de risa. Era una mujer ya con años y con mucho sentido de la vida y también tenía un encanto especial. Él le decía «Si calculamos mal y se terminan las tortillas, se terminaron, pero ya no me diga entonces nada a mí porque no podré volver a eso». Y ella ya se fue organizando. Sin embargo, cuando me tocaba a mí, ella se relajaba y no le importaba interrumpirme cada rato. Y yo le decía, «No, no, doña Celina, no; yo como el comandante».

Aquello funcionó tan bien que, cuando llevábamos como dos años así, yo le hice un diploma. Estuve buscándolo para traértelo, pero no lo encontré y me quedé un poco preocupada por si se me hubiera perdido. En un cumpleaños con los amigos más íntimos, se lo entregué. En el diploma hay una muñequita, con el pelo como yo, con pequitas, que va cargando la casa y dice: «Imposible hacerlo sola». Y, en el otro lugar, está la misma casa, con la muñequita y un muñequito, y dice: «Sólo juntos podemos», y un poema que él me había hecho a mí sobre la casa, que decía: «Juntos podemos construir una casa de mar, de sol y de arena»... Yo tomé esa parte de su poema y se la puse.

Se lo hice porque él decía siempre que tenía que dar diplomas a mucha gente y nadie nunca le había dado un diploma a él. Y entonces yo le puse: «Honor al mérito» y le decía: «Gracias por compartir conmigo la vida y compartirla de esa manera». Y estuvo feliz y contento con su diploma. Y eso que fueron dos años no exentos de discusiones, había sus reclamos, claro, yo le decía que era un fresco muchas veces, pero entró en ello, y también tuve la suerte de tener unas amigas que llegaban a la casa y también conversaban con él. Fue la época en que hicimos lo del PIE.

Me sentía muy bien en el ámbito personal y, cuando en 1990 Carlos murió, fue devastador. Fue la única vez que tuve deseos de morir, nunca me había ocurrido. Pero, claro, yo también tenía mi hija y eso fue fuerte. Mi papá decía: «Un hombre no es nada tuyo, pero se va convirtiendo en lo más importante, aunque no sea de tu familia». Y yo no lo entendía, pero comprobé que era cierto. Es con quien compartes tu vida, tus sueños, tus proyectos. Murió en el mismo año en que perdimos las elecciones. Se me murió todo. En esos momentos fueron fundamentales las amigas, además de la familia. Los hermanos, todo... pero las amigas fueron muy importantes.

En cuanto a los hijos, Carlos se había divorciado y yo también, nuestras ex parejas estaban, como nosotros, en la Revolución y no tuvimos hijos de los dos. Pero cuando veo a mis hijos, como a los de Carlos, los veo bien. Son responsables, trabajadores, ninguno es vago y estudiaron todos. Buscaron sus propias opciones y no esperaron que los mantuviéramos nosotros. Cuando los veo así, digo qué suerte que salió bien, porque nosotros ahí tuvimos que apostar por la calidad y no por la cantidad. Éramos súper idealistas, les queríamos dejar un mundo mejor y que ellos sintieran que los amábamos. Sacábamos tiempo para jugar con ellos, platicar con ellos, hacer algunas actividades, reírnos, celebrar una piñata... no grandes cantidades de tiempo, pero sí tuvimos nuestro tiempo.

Con mi hija yo sentí que siempre quería tener más, es cierto, pero yo veo que ahora pasa igual con mis nietos; que mi hija trabaja y sus hijos siempre quieren tener más tiempo con ella. No era un reclamo enorme, era como el que le hacían y le hacen los hijos a cualquier mujer trabajadora. A ellos les explicábamos todo y los llevábamos algunas veces para que vieran lo que hacíamos, y a Carlos lo veían en la tele cada semana cuando había sesión del Parlamento. Conocían todo aquello en lo que andábamos, y ellos fueron en aquel tiempo a los cortes de café, también colaboraron. Los papás podíamos ir los domingos a llevarles comida y a comer con ellos, y era una preocupación porque yo le decía a Carlos que allí se estaba divino, y con la edad que tenían, dieciséis añitos, con esos atardeceres... estaba preocupada de que fueran a tener sus relaciones sexuales demasiado pronto, y lo hablé muchas veces con mi hija. Ella me decía que era una exagerada, qué cómo se me ocurría! Y ella decía eso, pero sí tuvimos chavalas jóvenes que salieron embarazadas.

Así que yo a los chavalos, los veo bien. No les cambió la vida, estuvieron en un colegio bueno, en los jesuitas, se mantuvieron en sus clases, tenían muchos amigos, se involucraban mucho en cosas del colegio, terminaron sus carreras. Y a los amigos de entonces de mis hijos veo que también salieron adelante, todos estudiosos, profesionales hoy en día, con interés por otras personas, no son indiferentes.

Todos pasaron sus crisis y me cuestionaban, se ponían rebeldes, pero ahora, cuando se ven los resultados de aquello, y sientes el cariño de ellos, con todas nuestras fallas, creo que salió bien. Y también creo que he tenido mucha suerte porque hoy de mi hija recibo una valoración grande. Ella piensa que soy inteligente y una buena persona.

Ahora estoy escribiendo sobre los logros jurídicos de la mujer, para no volver otra vez a lo mismo. Creo que ahí tenemos una responsabilidad, y no es necesario que se hagan cosas transcendentales, hay que hacer «pedacitos», lo que se pueda, no hace falta que sea todo. Pero hay que seguir trabajando.

Ariana Peralta
(Managua, 2014)



Viendo para atrás, no sé cómo lo hice, con dos hijos pequeños a los que ayudaba después con sus tareas, con su educación... siempre estuve pendiente de ellos, pero tuve un trabajo intenso y siempre estudiando. Todavía estudio.

Me llamo Ariana Peralta Ríos, y, aunque soy del norte, de Ocotal, vivo en Managua desde que tenía diez años y ahora tengo setenta y cuatro. Mi papá —Gilberto Peralta Gutiérrez— fue militar del ejército de Somoza y vivíamos en Somoto.

Origen y formación: los inicios del compromiso

Yo me eduqué interna en el Colegio de la Asunción, unas monjas de origen francés que están como en sesenta países. El colegio se consideraba de élite, nos relacionábamos con todos los millonarios de aquí, de Managua, y ellos se relacionaban con los finqueros del norte, los que vivíamos de la tierra. Pero era un colegio donde nos daban muchos principios sociales, nos impulsaban a entregarnos a los semejantes, practicar la misericordia y a ser sensibles a las miserias y a tener empatía, que no era igual que caridad.

Mi papá era un militar formado por los norteamericanos, muy apreciado por sus compañeros, y nosotras, sus hijas, recibimos una educación muy militarizada, pero con un amor increíble en la familia. Él era incapaz de

levantarnos la voz, y nos formó, parecido a las madres, en lo de ayudar a los demás. Si había un problema en la finca, en el cafetal, nosotras, como hijas del dueño, teníamos que ayudar a la gente. Si alguien se enfermaba en el pueblo, teníamos que ir a ver cómo podíamos cooperar con esas personas. Fue una formación un poco compleja, con disciplina en la familia, pero mirando a los otros. Éramos tres mujeres, y mi papá decía: «Miren mis muchachitas, nunca bajen los ojos. Si alguien les habla, vean de frente, no permitan que alguien les haga bajar la mirada y nunca acepten que alguien les levante la voz. Si alguien lo hace, ustedes se dan la vuelta y se van. Que griten solos». Para mí fueron una familia bella y un colegio bello.

Con esa educación, más la de las madres del colegio, nosotras nos volvimos muy autosuficientes. Queríamos depender de nosotras mismas, sin tener que estarle pidiendo nada a nadie, y yo he sido capaz de hacerlo. Trabajé siempre, desde los dieciocho años, y mantuve mi casa. Estudié Administración de Empresas, saqué otra licenciatura en Contabilidad Pública, tengo tres posgrados (Administración de Salud, Financiera y Recursos Humanos) y tengo una maestría en Administración y Formulación de Proyectos. Viendo para atrás, no sé cómo lo hice, con dos hijos pequeños a los que ayudaba después con sus tareas, con su formación... siempre estuve pendiente de ellos, pero tuve un trabajo intenso y siempre estudiando. Todavía estudio.

En la etapa de la prerrevolución, lo que hice fue apoyar en todo lo que podía a personas que estaban involucradas, trasladando gente, escondiendo armas, etcétera, y mi casa fue *casa de seguridad*, pero no para que llegaran personas, sino para guardar cosas, porque yo no despertaba sospechas en el vecindario por no haber estado nunca en cosas públicas.

Entonces vivía en la zona oriental de Managua, en el reparto El Dorado, que era parte la más brava, como un cuartel general de todas las fuerzas del Frente Sandinista. Por eso, decidí llevarme a mis hijos donde mi mamá y mi papá, al norte, más tranquilo en aquel momento. Pero me fui a dejarlos y ya no pude regresar, porque se tomaron los cruces de la carretera panamericana y ya no había paso. Ahí, una de mis hermanas y yo, con toda su familia y la mía, fuimos a una finquita que quedaba *despuesito* de la frontera con Honduras y ahí acogíamos a la gente que venía entrando desde Nicaragua: guerrilleros, gente que venía enferma, exiliados... eso fue un trabajo pesadísimo porque, además, era con fondos nuestros, que ya no teníamos de dónde sacar: les dábamos de comer, les revisábamos la ropa, les curábamos heridas tremendas, gente que venía sin una mano o sin un pie, de los que estaban siendo atacados por el ejército. Ahí estábamos en la finca, que no era ningún campamento de refugiados ni nada parecido. Sólo algo improvisado por donde sólo pasaban *de a poquito* porque el ejército de Honduras nos vigilaba mucho.

Después del Triunfo, ya nos vinimos para Managua.

La actividad profesional durante la década sandinista

1. Los hospitales

Después del Triunfo, yo llegué a arreglar mi casa porque El Dorado fue ametrallado, y mi casita quedó prácticamente sin techo. La empecé a arreglar poquito a poco y a instalarme y a trabajar. Yo tenía una larga trayectoria de administración en empresas grandes del país, por mi profesión y porque había sido muy disciplinada y eficiente. Tenía un excelente currículum laboral y el Frente me encargó administrar el hospital más grande que había en este país, el *Fernando Vélez Paiz*, que tenía casi dos mil trabajadores. Era un materno-infantil que estaba por Las Piedrecitas, en la carretera sur. Yo no sabía la menor palabra de hospitales, aunque supiera administrar una empresa, pero era diferente y ¡hay que ver la angustia que causa el lenguaje! Al principio no les entendía nada. Por ejemplo: en la ocasión en que debía autorizar cuatrocientos rollos de «catgut crómico»... Como para mí un rollo era como los de alambres eléctricos, me pareció una barbaridad, pero resultó que el rollo de «catgut» era de hilos de sutura absorbible. Unos rollos que tienen la medida de una monedita, y por eso esa cantidad era algo perfectamente normal.

Entonces empecé a promover una reunión de todos los administradores de hospitales y centros de salud, porque en el equipo todos éramos administradores de empresas, pero nadie sabía nada de salud. Solicitamos un curso sobre Administración de Salud y nos trajeron profesores de Cuba, de Perú, de Alemania, de todo el mundo. Vinieron a prepararnos porque había una solidaridad increíble. Fue un posgrado intensivo de un año, porque era de dos, y fue muy útil. Creo que hicimos un excelente papel en el hospital, hasta hubo un premio, y entonces me mandaron a otro, más grande aún, que era el de ortopedia, el *Lenin Fonseca*. Ahí había que revisar desde las calderas a las salas de máquinas, porque todo era un desastre.

Un problema era que nos ponían a administrar o gestionar cosas «por confianza», pero no por conocimientos, y a mí me preocupaba muchísimo porque yo decía: «Si yo me equivoco en una empresa, el dueño pierde un montón de dinero, o lo pierdo yo, pero si me equivoco aquí, las personas salen en un ataúd». Eso me causaba una angustia horrible, que por falta de algo, alguien se muriera.

Otra enorme dificultad era que todo estaba centralizado. Todo había que tramitarlo desde Managua, enviar desde aquí la solicitud aunque la carencia fuera de El Jícaro, en Nueva Segovia, o de Río San Juan²⁴⁶. Era necesario

²⁴⁶ El departamento de Río San Juan está al sur de Nicaragua, en la frontera con Costa Rica. Su capital es San Carlos y en su territorio se encuentra Solentiname, donde el padre Ernesto Cardenal fundó una comunidad religiosa.

descentralizar, pero eso llegó nueve o diez años después. Y mientras todo estuvo centralizado, todo fue lentísimo, a pesar de que yo tenía un súper equipo de gente.

Después, me colocaron a cargo de la división de ingeniería y mantenimiento de todo el sistema de salud. Ahí había que ver la construcción de hospitales, de centros de salud, todo el mantenimiento de los equipos electromédicos... todo. Que todos los hospitales del país funcionaran perfectamente. Era un trabajo difícil, duro, y encima con mis hijos con nueve o diez años. Ahí conocí a mi segundo esposo, que era un médico, y después tuve otros dos hijos.

2. *La cooperación externa*

De salud pasé a gestionar la cooperación externa, donde me sentía mejor porque era más mi campo: gestionaba proyectos, fondos, inversiones, y ahí ya me sentía en lo mío. Mi área abarcaba América —de punta a punta, EE.UU. incluido— y África. Esta última era irrelevante porque ¿cómo iban a cooperar los africanos? Sólo hubieran podido los países petroleros del norte, que eran musulmanes y no les importaba nada lo que nosotros estábamos haciendo. Pero lo de América sí era algo pesado, porque en los ochenta la gente se volcó con Nicaragua y todo eso había que canalizarlo. Fue muy importante la cooperación de Canadá, inmensa, valiosísima, de la que todavía existen remanentes que nacieron en aquella época, y la de México, un país que también fue muy solidario.

Yo diseñé una pequeña capacitación, un sistema de seguimiento en la cooperación para las embajadas, que mandé a todos los embajadores. Teníamos proyectos de inversión, de construcción, de formación y, como nos comunicábamos por télex y era imposible escribir mucho, le puse una clave a cada concepto y ellos sólo me comunicaban: «Código tal, resuelto para tal fecha». Y con eso nos entendimos y era todo muy ágil.

Fue una época en la que me tocó viajar muchísimo. Conocí medio mundo y fui mucho a Europa del Este. Ahí los que más ayudaron fueron Alemania Oriental y la URSS. También algo Checoslovaquia... pero todo se centralizaba en Alemania del Este y en Moscú. En la URSS no podíamos negociar con cualquier república, era todo con Moscú.

Se trabajaba muchas horas, demasiadas, porque yo nunca he estado de acuerdo con las horas «extra» y el exceso de horario, y yo traté de racionalizar esa costumbre.

Los viajes y los contactos me ayudaron a conseguir médicos especialistas, medicamentos, cosas que nosotros no teníamos. Me atendían a cuerpo de rey porque iba en nombre del Frente Sandinista y me recibían en la puerta del

avión, no te imaginas. Y si yo decía que necesitaba comprar un revelador de fotografías para mis hijos (porque para entretener a los mayores les empecé a enseñar a tomar fotos y tenían su laboratorio en el baño que está ahí afuera), me lo regalaban. Eso era en Alemania. En cuanto yo quería pagar con los cuatro centavos que andaba, no me dejaban. Ellos buscaban cómo darme licores y cosas así, y aquí nadie toma licores en esta casa. Así que ese mueble que está lleno de licores de esos regalos, son para cocinar o para las visitas.

En esa época aprendí mucho y mis estudios sobre proyectos fueron de gran ayuda porque me mandaban algunos inaplicables. Yo los cambiaba y les decía después que los había pasado a limpio porque si no, no nos lo iban a aprobar. Me decía mi jefe —en ese tiempo, Mundo [Edmundo] Jarquín [ver IP]— que venía siempre con cien mil cosas más de las que había ido a pedir, porque esas demandas me las facilitaban mis estudios. Pero después, cuando ya hacía los planes, y cada quien sabía lo que tenía que hacer, y sólo revisaba informes... me aburría. Llegué a estar muy aburrida y cansada de tanta *viajadera*, con mis hijos tan chiquitos. Ahora me encantaría, pero ya vieja, nadie me manda.

3. *La distribución del combustible*

Después, me pasaron al mayor dolor de cabeza que teníamos aquí: el racionamiento del combustible, porque fue durísimo el bloqueo que nos hizo EE.UU. en 1984, hasta que empezó a venir el combustible de la URSS. Esa fue una enorme ayuda, pero también tenía sus problemas, porque nos llegaba en barcos que se cruzaban con los norteamericanos y también nos los bloqueaban en el mar.

Fue un trabajo duro, aunque siempre interesante. El objetivo era eliminar las filas —las colas— porque unos días les tocaba a los pares, otro a los nones, y las esperas eran interminables; la gente ese día no podía ir a trabajar, y eso había que eliminarlo. Y logramos diseñar un magnífico sistema gracias a aunar gente pensante —no necesariamente que trabajara conmigo, sino gente que sabía que iban a tener ideas brillantes— con la que yo empezaba a platicar de cualquier forma, tomando café, invitándoles a rosquillas de mi pueblo, contándoles y escuchándoles, y eso me dio resultado toda la vida, porque dos cabezas piensan más que una.

Así fue surgiendo el nuevo sistema en el que ya no se distribuían los días según las placas de los vehículos —que se repetían cuatro veces porque había camiones, camionetas, vehículos y motocicletas y podían tener el mismo número porque sólo cambiaba un código que estaba en la tarjeta de circulación— sino mediante unos cupones. Se tenía derecho a cuatro cupones de cinco galones por mes y se podían retirar en un banco. Eso se hizo a nivel

de todito el país, del río Coco al río San Juan y de costa a costa. Y como no todos consumían igual —porque no es lo mismo un vehículo de turismo que una camioneta para sacar piña o para labores agrícolas— a cada quien se le empezó a asignar lo que necesitaba dependiendo de su oficio, de su trabajo. Y después, fue lindo ver que la gente iba al banco a retirar sus cupones e iba en el momento que podía, sin dejar abandonado su trabajo.

Ahí estuve como cuatro años: dejé montado todo el sistema funcionando. Lo que no me correspondía era el combustible del Estado: ni gobierno, ni ejército. Pero todo lo demás, aunque fuera una bicicleta con un minimotorcito, pasaba por nuestras manos o no tenía combustible. También era para bombas de riego, equipos, para todo.

4. *Las empresas del Frente*

Finalmente, pasé a organizar las empresas del Frente, sobre 1987. Les llamo del Frente porque fueron decomisadas a la empresa privada y pasaron a ser administradas por el partido, supuestamente para generar fondos para mantenerlo, a él y a sus militantes... pero a cuya cabeza se había puesto a políticos o a sindicalistas, gente toda no acostumbrada a tener un mando gerencial, y eso estaba siendo un desastre absoluto.

En esa época yo tuve ofertas excelentes para trabajar fuera del país, pero quise trabajar para el Frente... y ahora estoy aquí ¡haciendo milagros con mi pensión de jubilada!

Empecé a organizar la Corporación de Empresas del Frente²⁴⁷, que fue difícil por la mezcla habitual de lo político con lo técnico. Los comandantes estaban por encima de nosotros —la Dirección Nacional— aunque no supieran nada de eso y, de hecho, ninguno sabía absolutamente nada de administración.

Mi jefe era Bayardo Arce —ahora archimillonario, porque debe andar cerca del nivel de los Pellas²⁴⁸— y cuando yo le presentaba estados financieros consolidados, él me decía: «Explicame, no sé qué es esto», y para mí era una cosa clarísima! Pero ahora, hay que ver cómo maneja todas sus

²⁴⁷ Se refiere a las empresas que gestionaba el Frente dentro de su esquema de economía mixta. Ese patrimonio, una vez derrotado el FSLN en las elecciones de 1990, fue mantenido en virtud de un acuerdo entre el Frente y el gobierno de Violeta Chamorro. De ahí salieron cuarenta y cuatro empresas que luego terminarían en manos privadas, lo que se denominó «la piñata». Sobre la piñata, véase en el apartado I.V.3 el párrafo a que hace referencia la nota n.º 100; véase asimismo el glosario.

²⁴⁸ Los Pellas son la familia considerada por la ciudadanía nicaragüense como la más adinerada del país.

empresas, negocios... tiene hasta monopolios, y con una habilidad increíble. Es malcriado, pero brillante. Yo lo conozco y lo admiro por ser brillante, porque él estudió periodismo y trabajaba como periodista, pero ahora es un súper empresario. No sé qué hace como «asesor de la presidencia», pero es empresario.

Me dediqué, pues, a hacer producir las empresas del Frente y todas llegaron a ser autosuficientes. Hay una que me duele muchísimo que la haya destruido el mismo Frente después, la Editorial El Amanecer, donde se tiraba *Barricada*²⁴⁹, aunque eso era una cosa mínima del total. Aun así, era un sangrado tremendo porque todo el mundo lo leía, pero en la práctica, nadie lo compraba, se regalaba. Y, claro, de la empresa dependían los sueldos y así no podía ir bien.

Sacábamos ocho mil libros por turno, y a veces se trabajaba tres turnos porque se sacaban todos los libros de todos los colegios del país. Era un trabajo increíble. Tuvimos una modernísima encuadernadora que fue un regalo de la Margaret Honecker al Ministerio de Educación, y de allí se la pasaron a la editorial. Yo tuve que viajar varias veces a Alemania para tratar con los ingenieros, para entrenamiento del personal... mil cosas que son anteriores a echar a andar una empresa de ese tipo. La encuadernadora de libros tenía unos ochenta metros de largo, y volteaba en «U», y por allá salían los libros ya en las cajas. Los muchachos, entrenados por los alemanes, conseguían que todo funcionara como un reloj. Otra vez salía mi formación «militarizada» que me ayudó a ser exigente, porque las cosas se hacen correctamente o no se hacen, pero no se puede andar con chapucerías. Así que, si alguien me fallaba, se iba, y con eso, teníamos problemas con los sindicatos. Nos citaban a las diez de la mañana y yo les pasaba recado de que esas eran horas de trabajar, que los esperaba a las cinco y media de la tarde, cuando ya hubiéramos terminado el trabajo.

La sección de tirada del periódico no dependía directamente de mí, sino de Carlos Fernando Chamorro, pero teníamos disciplinas distintas. Si a él le escribían un artículo bueno, no le importaba que le tardaran todo el día, pero lo mío no. Yo pedía eficiencia y, si el resultado no era bueno, no servía.

Teníamos también una impresora alemana, la Planet, que podía sacar todo el tiraje de los periódicos en cuarenta minutos. Era un monstruo de grande al que se le metían los originales y por cuatro bocas salían los periódicos a una velocidad increíble, algo que aquí no se conocía. Y en esa impresora se hacía también todo lo de los libros, a color, a todo. También teníamos máquinas adicionales que, con todos los dibujos de los chavalos, que yo les

²⁴⁹ Era el diario oficial del Frente Sandinista.

mandaba hacer en los sobrantes del papel, hacíamos papel de regalo, que aquí no había. Y se vendía en los mercados. No se desperdiciaba ni un pedacito.

La primera vez que llegué a esa editorial, fui el primer día a la bodega (almacén) y no se podía ni andar entre tantas cosas. Yo comprendo que me tuvieran terror en los sitios donde trabajaba porque era exigentísima también en limpieza, orden y eficacia, pero es que aquello era un desastre; una empresa que nunca tenía con qué pagarle a los empleados, ni para el agua, luz, ni nada. Y el comandante [Bayardo] Arce me había mandado ahí con el encargo de que en un año esa empresa se enderezara.

Busqué al responsable de la bodega saturada y le dije que iba a volver en una semana e iba a traer unos patines: «Tengo que poder circular en patines por todos los pasillos». Él me tenía que demostrar que conocía su trabajo, si no, estaría fuera. A la semana exacta él me vio llegar con los patines colgados y vio que era cierto. Pude patinar perfectamente, y él ya lo mantuvo en orden el resto del tiempo.

Con el dinero, igual. Al principio, el resto de las empresas me tenían que prestar para poder pagar nóminas, pero cuando me marché, todas las empresas del Frente quedaron solventes.

Monté también la empresa de la Casa Cross, para importar vehículos, que era del Frente y ahora es de los Cross. En ese sector tenía experiencia porque había trabajado con los Pellas y ahí es donde estuve hasta 1990, hasta el triunfo de doña Violeta.

Lo último que hice fue dirigir una bodega —que se llamaba así, pero era como diez bodegas— donde se almacenaban todas las donaciones que nos llegaban, y de ahí había que enviarlas a los supermercados del resto del país.

Hasta ahí llegó mi relación con el Frente Sandinista, al que dejé con *muchi-sí-si-mo* dinero, «para el partido», pero al partido no le quedó ni un peso. Hay que tener en cuenta que el FSLN, la Dirección Nacional y el gobierno eran uno, en la parte administrativa no había diferencias. El gobierno no utilizaba las empresas del FSLN, pero hubo cientos de mandos que desviaron recursos recurrentemente, para su beneficio, familia y amigos. De hecho, durante la década de 1990 se dio la ya conocida *piñata*, que fue la repartición de bienes, servicios, dineros, empresas entre los más allegados, hoy millonarios, en vez de ser un patrimonio del partido. ¿Cómo se lo repartieron? No lo sé. Un día, unos conocidos me dijeron:

—¡Qué bárbara! Con el dinero que vos manejaiste ¿y no estás rica?

Yo contesté:

—¡Ah, pero yo puedo entrar en cualquier lugar con las personas que haya y tener mi cabeza bien alta!

Y me contestaron:

¡Ah, no *fregués*! Te puedo contar a más de diez comandantes que entran con la cabeza bien alta y antes del Triunfo de la Revolución no tenían ni un peso... y ahora son archimillonarios!».

Pero, bueno, ese es un asunto de ellos. Mi ética ahí está.

Lo que más me molestaba de aquellas prácticas de los ochenta fue la exigencia que vi de obediencia a cualquier orden de cualquier comandante o mando superior. Tuve serios conflictos sobre ese asunto, porque debido a mi formación —lecciones de mi padre desde muy niña— que era «no haga nada que no quiera hacer», me enfrenté a los nuevos militares que pensaban que eran señores de haciendas y esclavos. Yo no era del Frente Sandinista, sólo había sido colaboradora, y ellos pretendían que fuera a los cortes de algodón y de café, pero no lo hice. Si no me despidieron fue porque en el país habíamos quedado pocos profesionales, porque se suponía que éramos «burgueses» por haber tenido el privilegio de ir a la universidad a estudiar Administración de Empresas.

El mando absoluto fue un vicio entronizado en toda la década de 1980, y continúa siéndolo.

La difícil conciliación familiar

En la etapa de la insurrección, en la prerrevolución, mi participación fue sólo de apoyo, y no me involucré directamente porque me divorcié cuando mi hijo mayor tenía dos años, y el otro, uno. Y mis hijos dependían totalmente de mí, porque su papá —Carlos Mejía Godoy [ver IP]—, que es una excelente persona, de los mejores hombres que he conocido en mi vida, andaba completamente involucrado en las luchas antisomocistas y yo tenía que mantener la casa y mirar por mis hijos. Después nos separamos por mil cosas, pero nos seguimos teniendo un cariño inmenso, y para él sus hijos son lo máximo. Es un excelente padre y una excelente persona.

Esa separación fue en 1973 y comencé una nueva relación en 1981, cada uno con su compromiso. No tuve ningún conflicto en ese sentido, pero el trabajo de la etapa del gobierno sandinista sí fue muy difícil para la cuestión familiar. Una hija mía era asmática y, cada vez que a mí me decían «Vas para Moscú», para donde fuera, y yo sabía que no era para dos o tres días, sufría horrores porque mis dos hijos bebés, chiquititos, se quedaban solos con su papá y con mis dos hijas mayores, que eran y son una belleza de hijos, pero tenían once o doce años, y los chiquitos, dos y uno, o tres y dos... tienen una diferencia de diez años. Me preocupaba mucho, aunque se quedaban con dos empleadas: una para la casa y otra para los niños, pero mi esposo estaba todo el día fuera de casa: trabajaba toda la mañana en el hospital y después se iba a las tres a su clínica privada y venía como a las cinco de la tarde. Yo,

si estaba en Managua, a veces iba cuando podía para la casa, ayudaba a los mayores con las tareas y después me regresaba a trabajar.

Algo que me reclaman aún a veces los hijos es el trabajo en casa con muchachos de barrios marginales en un proyecto que tiene la Cervecería Victoria, casi desconocido. Me encanta trabajar con ellos, y lo normal es que lo haga en el Instituto Técnico, un edificio donde ellos imparten cursos técnicos de aire acondicionado, de electricidad, algo de administración, y de muchas otras cosas. A mí me contratan cada final de curso para enseñarles cómo hacer planes de negocios, porque van a salir con un documento técnico, y si no pudieran trabajar en una empresa, podrían poner su propio negocio. A estos muchachos los escogen a través de entrevistas, de los barrios donde no entra nadie porque todos son pandilleros, donde jamás tendrían la oportunidad de estudiar. En la cervecería les dan todo: el uniforme, el transporte, la comida, los materiales, pero la exigencia es fuerte y eso se les explica desde el principio: «Si ustedes fallan las clases, la disciplina, las reglas, no pueden seguir aquí; si las cumplen, se quedan; si no las cumplen, se van».

Yo ahí me entendí muy bien porque si me llegaban tarde o se salían de clase, sabían que no podían volver a entrar. Incluso en las universidades, yo imparto un curso en la universidad de ingeniería y se los digo desde el inicio: «Son las ocho y treinta y vamos a empezar a las ocho. Ahí tienen las reglas, y el que venga tarde, se queda fuera porque es una falta de respeto con sus compañeros y conmigo. Tienen que respetar y ser puntuales. La salida a tomar café son diez minutos y adentro, y nunca me van a fallar en un trabajo que yo les deje. Si fallan, están aplazados». Porque las universidades se han relajado mucho. Cuando llega alguien así, dicen que de dónde ha salido. Yo les digo que estudié en la UCA, que me formé en un colegio de monjas, con un papa militar y que la disciplina es lo que rige el mundo, si no, el sol ya hubiera girado al revés, y les pregunto: «¿Qué hacen ustedes si a su corazón se le ocurre que va a pensar en vez de bombear sangre? Si a ustedes les deja de hacer una palpitación, puede ser un infarto o una parálisis cerebral porque la sangre no les llegó. No quiero que les dé un infarto, que son niños. Porque a mí no me da. Cada cosa se debe hacer en su momento y en su lugar, haciendo lo que se tiene que hacer y tiene que ser exacto». Al principio están muy reacios, pero después, ¡cómo son de solidarios, de lindos!

En toda esa tarea, mis dos hijos me regañaban por el tiempo que dedicaba a los alumnos, porque como venían muy retrasados, sin alcanzar a entender los porcentajes ni nada de ese nivel. Llegaban con una base desastrosa a esos cursos y yo les ofrecía: «Si ustedes están dispuestos, el domingo por la mañana yo trabajo con ustedes, con dos o tres y en mi computadora —que no se la dejo a nadie— y así los estoy revisando». Y qué lindo respondían: a las

siete de la mañana, bañaditos, limpios y en su sitio. Y mis muchachos me regañaban por atenderlos hasta el domingo, pero merecía la pena con ellos.

La situación actual: todo ha cambiado a peor

A la llegada del gobierno de doña Violeta me jubilaron, por invalidez, por problemas de columna. Pero aunque ningún médico daba un real por mí, todavía camino. Una escoliosis salvaje provocada por las posiciones continuas, estar mucho tiempo del mismo modo. En aquella época, todo el día en un escritorio, me mataba.

Me habían visto en Moscú, en Canadá, en Cuba, casi cada dos meses, y me jubilaron por invalidez total. Pero lo que me recomendaban —lo mismo en todas partes— yo no lo podía admitir: meterme una varilla en el centro de la columna para enderezar como un andamio, y con un yeso durante seis meses. Mi neurólogo —que era el presidente del Seguro Social, aquí la máxima eminencia en Neurología y, casualmente, ahora suegro de Bayardo Arce—, me aseguró que tenía como máximo seis meses hasta quedarme en la silla de ruedas y que tenía que rebajar veinticinco libras²⁵⁰.

También me prescribían medicinas muy caras, pero yo no hice caso y no quise creerles. Regalaba las medicinas porque creía que con ejercicio, disciplina y no engordándome podría mantenerme, aunque le dije al doctor que si rebajaba esa cantidad de peso, iba a estar tan arrugada que no podría casi moverme y no iba a poder ni con el *lampazo*²⁵¹. No lo acepté y preferí arriesgarme a terminar en silla de ruedas. Yo no quería pasar por todo eso, y mis hijos necesitaban una mamá que se moviera. Y aquí sigo, pese a que sólo atendí a lo fundamental. Logré mantenerme y sigo andando.

Ahora todo ha cambiado muchísimo. Desde hace algunos años, concursar en licitaciones, todas administradas por el gobierno, hay unos requerimientos claramente corruptos, quienes negocian los contratos de licitaciones ganadas —a quienes conocí— imponen una «mordida» del 25% del total del contrato, dicen que «para el partido», incluyendo gastos y todo, no sólo de los honorarios, sino que incluyendo impuestos. O sea, que el monto del contrato se ve reducido en un 35%, con el demérito de los resultados. Eso es una mordida de la que no dan recibo, y es de suponer que el funcionario se enriquece a costa del profesional que participó en la licitación. Es decir: si el Estado me contrata —con financiamiento externo— para gerenciar un proyecto de la construcción de una carretera, debo comprometerme a

²⁵⁰ Una libra equivale a 454 gramos.

²⁵¹ Nombre que se da en Nicaragua a la fregona.

entregar el 25% de la inversión total, haya ganancias o no. Resumiendo: el costo total se refleja en el presupuesto, pero a la hora de la ejecución, se debe reducir la inversión. Por cualquier tipo de consultoría debe entregarse el 25%. De lo contrario, no hay contrato.

Como a mí me pasó, lo conozco personalmente. Gané un contrato, pero me hicieron esa oferta y no les dije que no de inmediato, les dije que me dejaran pensarlo. Y cuando me llamaron, les dije que no, que haciendo cuentas veía que no me resultaba, que tal vez en otra oportunidad. Me salí así del asunto. A los cuatro días, me llama otro, que ni del nombre me acuerdo, y era quien había aceptado el contrato que yo había ganado. Resultó que me buscaba para preguntarme cuánto le cobraría para ayudarlo en el trabajo, pero «debajo de la mesa». Aparecer como que lo estaba haciendo él, pero que fuera yo la que dirigiera. Le habían indicado que tenía que hacer el trabajo, pero conforme a la propuesta técnica que yo había presentado, propuesta que el contratado no se encontraba en capacidad de ejecutar. Cuando me lo propuso, yo le dije:

—Cuatrocientos dólares diarios (que es más o menos lo que se cobra).

Y él:

—¡Pero eso es lo que me van a pagar a mí!

Y yo le contesté:

—Sí, pero usted con mi trabajo enriquece su currículum, y eso es lo que yo cobro.

Mentira, no era verdad. Yo hago cantidad de trabajos sin cobrar. Ahí tengo compromisos con varias ONG, organismos lindos que hay aquí. Me dicen que no tienen dinero y no les cobro. Les digo que cuando tengan me paguen algo, por lo menos la gasolina. Es como decimos en la comunidad, con el padre Fernando²⁵²: «Yo hago muchos trabajos con la mano izquierda, pero poquitos con la derecha. Pero los de la mano derecha que paguen lo que se les cobra, ellos pueden pagar». Y ya con eso respiro y les ayudo a los que no pueden.

²⁵² Se refiere al padre Fernando Cardenal, ministro de Educación de 1984 a 1990.

Juanita Bermúdez
(Managua, 2014)



Vos creías que estabas construyendo un país y un mundo mejor para los hijos, que ahora estaban poco con nosotras y era como que los habíamos abandonado. Pero que después tendrían una patria mejor. Eso fue lo más dramático, que eso no llegara.

Cuando llegó el Triunfo de la Revolución tenía treinta y seis años, y ahora tengo setenta y tres. Entonces estaba casada con un peruano, Eduardo Neira, viví en Brasil seis años y mis dos hijos nacieron allá. Después surgieron problemas y decidí separarme de mi marido. Entonces tuve que elegir entre quedarme en Brasil, irme a EE.UU., donde ya había vivido, o regresar a Nicaragua, que era la última opción. Sin embargo, me di cuenta de que estaban pasando ya cosas en Nicaragua, de que se había tomado la casa de Chema Castillo²⁵³, ya se hablaba de los combates, había muerto Carlos Fonseca [ver IP] ... y decidí volver.

²⁵³ Véase nota n.º 14 sobre la toma de la casa de Chema Castillo.

Mi familia me metió el virus político

Fui educada, como tantas otras, en el Colegio de la Asunción, y allí, así como había una monja que era aristócrata, había otra, madre Alberta, que era la de los pobres. Nosotras, internas, y «furufufú», pero junto a una escuelita de niñas pobres. Yo siento que en el colegio me pulieron, pero que fue la familia la que a mí me procuró ese caldo de cultivo de ver la realidad, crecí en ese ambiente. Fui hija de un líder antisomocista, del Partido Liberal Independiente (PLI) —Roberto Bermúdez Alegría— y mi papá para mí fue una figura esencial en mi vida, aunque en mi casa fue duro, no era fácil, porque para mi papá, Sandino era un héroe, y para mi mamá, era un asesino que hacía los «cortes de chaleco»²⁵⁴ en la montaña... También un tío mío, que era el «comunista» de la familia, fue fundador del Partido Socialista. Con esos precedentes, me afectaba lo que estaba pasando en Nicaragua. Yo llevaba ya detrás una trayectoria de izquierdas, de familia combativa, que siempre se manifestó... incluso mi abuelo fue uno de los ministros del general Zelaya y yo ya llevaba ese virus político y ahí ya decidí.

Cuando cumplí los veintitrés años, no me había casado, estaba asfixiada y aburrida y quería salir de aquí. Yo tenía un primo que era vicerrector del Banco Central y le pedí que me ayudara a encontrar un trabajo. Me lo consiguió en el Banco Interamericano de Desarrollo, en Washington, donde él tenía muchas relaciones. Trabajando allí, conocí al que sería mi marido, Eduardo Neira, que fue mi Pigmalión. Él era un hombre muy culto, diecinueve años mayor que yo, y acabé enamorándome porque era un hombre encantador. Realmente me formó, me introdujo en el mundo del arte, me enseñó buen gusto, a vestir bien, armónicamente, porque era un esteta.

Estuvimos como tres años juntos, pero él no aceptaba abiertamente la relación conmigo y yo estaba molesta, y decidí irme, pero no quería volver a Nicaragua. Me conseguí un puesto en la *Food and Agriculture Organization* (FAO), en el Programa Mundial de Alimentos (PMA) y me fui a Roma. Y entonces él se convenció de que sí era la persona con quien quería vivir, decía que «el resto de su vida» y allí nos casamos, en Roma. Diez meses después regresé a Washington y ya nos fuimos a vivir a Brasil.

Como dije antes, el matrimonio duró seis años y era ya 1976 cuando tuve que elegir dónde continuar mi vida, miré la situación del país y me dije: «Me voy a Nicaragua porque este es el momento de empezar a hacer algo». Así lo decidí, aunque entonces yo me había aburguesado por completo.

²⁵⁴ Véase nota n.º 220 sobre los «cortes de chaleco».

Llegada a Nicaragua: inicio de la actividad política

Llegué a Masaya²⁵⁵, que es donde vivía mi madre, y empecé a trabajar con la familia, en una finca de café y en una librería que tenía una tía mía allí, además de criar a mis hijos que, para esa época, ya tenían tres años y uno y medio.

Mi papá ya había muerto y mi mamá venía de familia conservadora y había sufrido mucho por la carrera política de mi papá, que estuvo muchas veces en la cárcel. Fue perseguido y torturado por los Somoza, y yo, de una manera muy natural, me fui comprometiendo cada vez más con la gente de Monimbó²⁵⁶, el barrio indígena de Masaya. Cuando ella vio que cada vez me involucraba más, una vez me dijo: «¡Qué barbaridad! Yo pensé que como tu papá ya se había muerto, yo ya iba a descansar, pero vos sos peor que él y mi casa vive llena de indios». Eso venía de que Monimbó era el barrio indígena y ella los *miraba* de menos.

Todas las noches había acciones en el barrio con la Guardia y me iban a despertar gritando: «¡Se quemó la pólvora!», porque Monimbó era la «fábrica» de las bombas de contacto, que se hacían manualmente, con papel *kraft*²⁵⁷. Yo lo conseguía en las librerías y con el apoyo de las farmacias, que nos daban clorato de potasio y aluminio negro, productos que de otra forma no se podían obtener. Esas bombas se hacían para luchar contra la Guardia y sus armas.

Como los muchachos eran jóvenes y descuidados, muchas veces fumaban a la vez que hacían las bombas y hubieron varios accidentes al explotar la pólvora. Uno, gravísimo, que fue un milagro que no muriera. Estuvo muchos meses en el hospital de Masaya donde se le trataba con gentamicina, un antibiótico muy fuerte que conseguía en las farmacias amigas y solidarias. Al Triunfo, fue trasladado al Hospital Militar aquí en Managua, donde se le continuó tratando y se le realizó la primera cirugía plástica. Luego vino a Managua Felipe González, y ofreció tratar a lisiados de guerra en España.

²⁵⁵ Masaya es un municipio del departamento de Managua, situado a 27 km de la capital.

²⁵⁶ Monimbó es un barrio indígena de la ciudad de Masaya donde dio comienzo una protesta durante la celebración de la misa por el primer mes de la muerte de Pedro Joaquín Chamorro, el 10 de febrero de 1978. Días después estalló una verdadera insurrección y el barrio fue escenario de un continuo combate que duró desde el día 21 al 26 del mismo mes. La Guardia aplastó la insurrección y hubo medio centenar de muertos. Fue la chispa que detonó la etapa final de la Revolución, que desde ese momento se extendió a las principales ciudades del país.

²⁵⁷ Papel de estraza.

Entre esos se fue este compañero de Monimbó, y en Madrid le practicaron varias cirugías más. Aún está vivo pero quedó con muchas cicatrices.

Cuando no había nada que hacer, otra gente nos ayudaba con ataúdes, como don Mariano Pavón, viejo carpintero de Monimbó que siempre estaba dispuesto a darnos la mano en ese momento de angustia.

En 1978 empezó ya a diario, casi todas las noches, el movimiento insurreccional, que en Masaya fue durísimo. Era una lucha muy desigual, en gran desventaja para los jóvenes, que iban con rifles 22 o bombas de contacto, a tirárselas a las tanquetas de la Guardia, enfrentados totalmente con su armamento.

Yo colaboraba directamente con el Frente, pero como tenía los dos niños muy pequeños y mi mamá, seguía siempre legal, nunca me fui a la clandestinidad. Me nombraron presidenta de la sección de derechos humanos en Masaya, por lo que pude recoger ayudas para un paro que se preparaba. Después, las cosas se fueron complicando en Masaya para las fiestas patrias y tras la insurrección de septiembre de 1978 empezó una ola de represión tremenda. Había mucha gente presa y empezaron a llegarme noticias de que nos andaban buscando a mí y a un compañero con el que yo recaudaba el dinero. Se llamaba Arturo —conocido en Masaya como Arturito Velázquez—, y una madrugada a él lo capturaron y lo mataron, y era algo sabido que la próxima era yo.

Mi mamá y mi hermana se daban cuenta y me decían; «¡Andate, andate! ¡Dejá a los chavalos, hacé lo que querás, pero desaparecé!», y Eduardo, el padre de mis hijos, me llamaba también y me decía que tenía que salir de Nicaragua, aún sin saber el grado de compromiso que yo tenía. Él se había enredado con otra mujer y yo le decía que no me podía ir, que era una causa mía, que escogí esto: «Vos sos el padre de mis hijos, pero vos elegiste, y yo estoy aquí». Él insistía siempre que mandara al menos a los niños, que me fuera yo también, pero a mí ni se me pasaba por la cabeza. Sin embargo, aquella madrugada en que mi hermana me dijo que a Arturo lo habían echado preso y que lo habían matado, fue terrible. La Guardia le había disparado y la familia todavía lo llevó al hospital, pero ya llegó muerto. Mi hermana vivía a media cuadra de su casa y había escuchado los disparos, entonces me dije: «Ni modo, me tengo que ir por los niños», y me vine a Managua a una *casa de seguridad*. Llamé a Eduardo, al papá de mis hijos, y cuando le conté lo ocurrido, me dijo que fuera de inmediato a la oficina de Naciones Unidas, que iba a ver cómo resolvía esa situación, pero que yo tenía que salir inmediatamente de Nicaragua y viajar con los niños a México.

Al poco tiempo me llamó un señor de Naciones Unidas que yo no conocía y me dijo: «Señora Bermúdez, su contrato de trabajo ya está listo y le ruego que venga a firmarlo». Me mandó un vehículo, y como los niños y

yo estábamos todavía en el pasaporte de Naciones Unidas de Eduardo, fue la salvación, porque el mío estaba caducado. Eso fue un viernes, y el sábado en la tarde él estaba aquí recogiéndonos.

El señor de Naciones Unidas nos llevó al aeropuerto y dejándonos a mí y a los niños en el vehículo, se fue con Eduardo a resolver los temas de migración y línea aérea. Sólo cuando llamaron al vuelo, nos metieron, y él entró con nosotros hasta dejarnos sentados en el avión. No se podía correr el mínimo riesgo. Para mí fue desgarrador, y nada más al sentarnos, me puse a llorar y a llorar...

Mi exilio en México. El trabajo con los refugiados

Al llegar a México, enseguida busqué el contacto con la gente del Frente de allá, y a un representante del *Grupo de los Doce*²⁵⁸, que en esa época ya estaba totalmente consolidado y eran como el Frente diplomático. Llegaron a hacer arreglos con el Partido Revolucionario Institucional de México (PRI) y con el presidente López Portillo y, como eran de la *tendencia tercerista* del Frente, a mí me pusieron a atenderlos a ellos por mi pertenencia a esa tendencia. Aunque ya se había dado la unidad de las tendencias del FSLN, en la práctica realmente nunca existió y siempre se sentía uno más cerca de los de la suya.

Yo establecía las citas, los llevaba de un lugar a otro... fui como la oficial de protocolo de *Los Doce*. Eran gente súper querida para mí y, es feo decirlo, pero mi mismo «origen de clase» —que tanto me criticaron a lo largo de los años de revolución en el Comité de Base—, en esos momentos ayudó mucho. A mí me decían: «A usted, compañera, la traiciona su origen de clase», pero fue muy útil en varias ocasiones. Y, sobre todo, allí estaba también Sergio Ramírez [ver IP], que había sido mi amigo de infancia, porque mi mamá era de Masatepe, como la familia de él, y los padres de Sergio y los míos eran muy amigos. Tuvimos una relación fraterna desde pequeños y cuando él estuvo con una beca en Alemania, yo pasé un año en Roma y él y su esposa Tulita llegaron a verme a Roma. Como mi papá era un intelectual y hablaba mucho con Sergio, yo le decía a Sergio si venía a verme a mí o a mi papá. Y él era el «niño genio», que cuando yo me estaba bachillerando, iba casi cinco años por delante de mí y es sólo un año mayor que yo; él es de 1942 y yo del 43. Fue esa relación, la de nuestros padres, y algunos matrimonios que había entre nuestras familias, lo que hizo que, sin ser exactamente familia, entre nosotros hubiera una relación familiar.

²⁵⁸ Véase nota n.º 15, sobre la configuración del *Grupo de los Doce*.

También contacté enseguida con el Comité de Solidaridad del Pueblo Mexicano con Nicaragua. Llegué en septiembre de 1978, un domingo, y el lunes ya estaba en conexión con ellos y ese comité fue increíble. Recibimos de México un apoyo incuestionable, aunque Costa Rica fue la que ofreció el terreno, por la proximidad, para que se pudiera desarrollar toda la actividad combativa —la base del Frente Sur nuestro estaba en el norte de Costa Rica— pero el apoyo económico y político sobre todo fue de México y fue increíble.

Tenía entonces treinta y seis años, era la mayor el grupo y ya había una gran cantidad de combatientes exiliados salidos de los frentes de guerra o de los combates, que, perseguidos por la guardia, se asilaban en la embajada de México en Managua. Nuestro responsable político me asignó trabajar en el Comité de Refugiados, junto a un compañero de la *tendencia proletaria*, y otra, mayor que yo, pero de la GPP²⁵⁹. No sé si por la madurez, hicimos un buen trabajo, especialmente con el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (Cospa), que ya llevaba mucho tiempo y era de un nivel intelectual muy alto. Allí estaban los psiquiatras de Córdoba, Sylvia Berman [ver IP], Marie Langer [ver IP], gente que prácticamente había creado el psicoanálisis, y todos estaban exiliados en México. Tenían incluso una guardería para sus hijos, y allí fueron los míos. La directora de esa guardería, Graciela Gómez, ha venido varias veces aquí, así como otra pareja, la súper activa M.^a Rosa Renzi [ver IP] y su esposo Mario Cangiani, que se quedaron y aún siguen en Nicaragua, aunque Mario, lamentablemente, sufrió un accidente y quedó muy dañado.

Fue importantísimo el apoyo psiquiátrico y psicológico que ellas dieron a tantos muchachos que llegaban con tremendos delirios de persecución y con comportamientos horribles. Les dieron un hotel, de seis o siete pisos, y hacían barbaridades allí: había peleas, rompían lámparas, una *araña*, por ejemplo, apareció un día en el suelo. Era duro porque había también allí gente refugiada que eran familiares de los que estaban en los frentes de guerra. Se asiló cantidad de gente. Chavalos perseguidos por la Guardia se escondían allí, y llegamos a tener setecientos; pero también era una especie de trampolín, porque de allí iban al Frente Sur *Benjamín Zeledón*. Todas las semanas había un vuelo de Mexicana en donde mandábamos ocho o diez jóvenes a San José, para que continuaran hacia el Frente Sur.

México nos ayudó también mucho con las prótesis, porque algunos llegaban mutilados. Eran novatos, sin entrenamiento militar... y se dieron casos muy duros como el de un joven de León que había perdido las dos manos porque se les estallaban las bombas; otro fue el de Marta, gran com-

²⁵⁹ Véase nota n.º 11, sobre las tendencias que se crearon en el FSLN.

batiente de Jinotepe que llegó con su mamá, que era alcohólica, y con su hijo. Se fue al Frente Sur. Era tan fuerte que le asignaron la ametralladora 50, como su arma de guerra. Se integró en una columna que fue aniquilada en Nueva Guinea, y ahí murió la Marta. Al niño lo adoptó la hermana de Norita Astorga [ver IP], la Lidia Astorga, y ahora es ya un profesional.

Murió tanta gente, y tuve que avisar a tantos familiares, que cuando podía llorar no tenía parada [se quiebra, dice que nunca lo había hablado], como cuando al subirme al avión lloraba por todos los muertos que no había llorado antes porque no había tiempo, porque todo era acelerado.

Teníamos una actividad tremenda, y no sólo con los refugiados, sino que hacíamos de todo, y la ayuda de algunos, como los del sindicato electricista, fue enorme y nos ayudaron en la preparación de actos fantásticos. Me acuerdo de uno donde coincidieron Mario Benedetti y el poeta cubano Roberto Fernández Retamar. Roberto llegaba de Cuba y Mario no recuerdo, pero hicieron un recital en solidaridad con Nicaragua, hermosísimo; los partidos políticos, la prensa, el canal 13 de Televisa... Había allí un compañero del Frente Amplio Opositor de Uruguay, Diego, y era el que preparaba el programa de noticias de la noche, porque tenían dos corresponsales en Managua y todas las noches informaban de cómo iba todo. Él me pasaba los reportes y yo los editaba para redistribuirlos entre nuestra gente. Y así fue toda esa actividad muy linda.

La semilla del Instituto Nicaragüense de Cine (Incine), el cine nicaragüense, prácticamente surgió allí. Tanto el director de cine independiente mexicano, muy conocido en la década de 1970, Paul Leduc, como su esposa de entonces, la también productora mexicana de cine, Bertha Navarro, fueron tremendamente solidarios con nosotros y él propuso entrenar con la cámara a chavalos nuestros para que fueran a filmar los combates al Frente Sur, donde ya se encontraba Ramiro Lacayo, director de Incine, y necesitaba apoyo. Él, al Triunfo, pasó a ser el director. Entre esos *chavalos* estaba Frank Pineda, el mejor camarógrafo de Nicaragua hoy, esposo de Florence Jaugey [ver IP] fundadores de «Camila Films», y realizadores de películas de largo metraje nicaragüense.

Al principio, yo estaba muy triunfalista y pensaba que iba habiendo resultados. Pero después vi muchos fracasos, mucha gente que caía. Pensábamos que iba para largo, de manera que, cuando estalló la insurrección final, la de 1979, yo ya no creía que íbamos a ganar. Sólo que había avances. Pero las cosas empezaron a desarrollarse de una manera vertiginosa y hacia el 23 de mayo más o menos, México rompe relaciones con Nicaragua —con los Somoza— y entonces sí pensamos que ahí ya sí, que ya no había retorno. Efectivamente, después, en junio, ya fueron las insurrecciones fortísimas en Managua, en Estelí, Masaya, León y todas las principales ciudades, y así ¡qué

maravilla!, hasta que nombraron a la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional y ya fue una realidad el Triunfo.

El Triunfo de la Revolución y el regreso a Nicaragua

Desde la llegada de *Los Doce*, Sergio [Ramírez] me había llamado y me había dicho que cuando triunfáramos, yo iba a trabajar con él. Por supuesto, le dije yo. Así, cuando se nombra a la Junta de Gobierno, me llamó y me dijo que fuera inmediatamente a San José, para empezar a trabajar. Le dije que, cuando pudiera, iba, pero yo tenía cosas pendientes por hacer allá, entre ellas una exposición de fotografía que nos habían mandado los corresponsales de Canal 13, que estaban aquí y tenía que terminar.

Poco después, Carlos Gutiérrez —un dentista que era el representante del *Grupo de los Doce* en México y se ocupaba allí de los refugiados o exiliados nicaragüenses— me alista para que vuele a San José el 19 de julio en la madrugada. Yo acudo, pero cuando regreso a la oficina del comité, como a las cuatro de la tarde, me encuentro un jolgorio que no te puedes imaginar. «¿Qué es lo que pasa?» y me dicen: «¡Ya triunfamos! ¡La Guardia se fue, mañana llega la Junta!». Sentí una felicidad que no puedo explicarte. Después de marcharse Somoza ese 17 de julio, «Día de la Alegría» para nosotros, que la Guardia desertara... ya era el Triunfo de verdad.

Así que en la madrugada del 19 salí con el hermano de Herty [Lewites, ver IP], Saúl, mi responsable en el Frente, para Costa Rica, para reunirme con el equipo. Pero antes, recibí una llamada de Carlos Gutiérrez y me dice que voy a ir Costa Rica en el Quetzalcóatl, el avión presidencial mexicano, el avión que iba a transportar a la prensa internacional, junto a algunos ministros que todavía estaban en Costa Rica, para que por la tarde llegara a Managua. Así viajamos Saúl, los niños y yo, con seis y cuatro años.

Llegamos a San José e íbamos a venir para Nicaragua, pero cuando llegamos al aeropuerto había cientos de nicaragüenses que se querían venir: estaban por allí Claudia Chamorro²⁶⁰, Miguel D'Escoto [ver IP], todos los que habían quedado en San José, los que no habían salido aún para Nicaragua. Era tal la presión que ni a Saúl ni a mí nos trajeron, porque allí no nos conocían. Uno de los ministros, Alejandro Martínez Cuenca, de Exterior, me dice:

—Y usted, compañera, ¿qué hace con dos niños? ¡Desista de ir, que hay mucha *peste*!

²⁶⁰ Claudia Chamorro Barrios, hija de Violeta Barrios de Chamorro, quien es viuda de Pedro Joaquín Chamorro y fue miembro de la Junta de Gobierno de Reconciliación Nacional y más tarde presidente de la república.

Yo le dije:

—Compañero, usted me va a disculpar, pero yo no estoy aquí por mis *pistolas*, sino porque voy a ser la asistente de Sergio Ramírez.

Y él contestó:

—¡Ah! ¿usted es la compañera Juanita? Vamos a ver lo que podemos hacer.

Pero no hubo forma de sacarnos y no fue hasta la madrugada siguiente en que la compañía Lacs costarricense puso un avión a disposición de los nicaragüenses y ahí sí, ya vinimos. Ahí venían también la Cuta Castillo y la Rosa Carlota Tünnermann, esposas de Tito Castillo [Ernesto Castillo] y de Carlos Tünnermann, respectivamente [ver IP] y otros, pero cuando se abre aquella puerta del avión, no había servicio de ningún tipo, ni quien bajara las valijas; suerte fue que toda la gente venía livianita, con una o dos mudas, porque sólo querían estar en el momento del Triunfo. Después supongo que regresarían por sus cosas. Pero yo, que iba a vivir aquí desde ese momento, llegaba con mucho material, ropa de los niños, documentos, fotos, de todo. Como pude bajé los zurrones y a los dos monos, así que, cuando yo terminé de juntar mis cosas, el bus que estaba esperando ya se había ido y allí me quedé otra vez.

De repente, se oye una *bullá* enorme y era una invasión de guerrilleros que llegaba: ¡el Frente Sur!²⁶¹, que no sé por qué decidieron llegar al aeropuerto. Eran los de Edén Pastora [ver IP], que venían en camiones desde la frontera. Todos los de Costa Rica, no te puedes imaginar... hasta el embajador en la OEA, Denis Moncada Colindres, que se había ido al combate con un *cotorrito*, que era su mascota, que la había recogido en el camino... ellos siguieron su rumbo y yo otra vez sin saber.

Intenté llamar a mi mamá, que se había ido temporalmente con mi hermana a Managua porque tenía un problema de plaquetas, y en Masaya, donde tenía su casa, había habido un destrozo enorme, todo deteriorado por la insurrección... Traté de hablar por teléfono desde el aeropuerto, pero las líneas no funcionaban y la pista era una alfombra de casquillos de balas. Al parecer, cuando la Guardia se fue en desbandada, vaciaron las armas allí mismo...

Al rato se aparece Herty, mi hermano de juventud también, y al que yo *anduve manejando* una vez en México. Me dice:

—¡Ideay, negrita! ¿Qué hacés aquí?

Y le cuento:

²⁶¹ Ver en las primeras páginas el mapa de los frentes de guerra.

—Con los enanos y el montón de *chunches*, ¡nadie me sube!

Y me dice:

—Yo te voy a llevar, ahí ando una camioneta. Yo voy para el Camino Real, ¿a dónde tenés que ir a dejar a estos *pegostes*?

—Mirá, mi hermana está viviendo en una casa aquí en Managua, y ahí voy.

Yo creía saber dónde estaba esa casa, porque había sido de un guardia, de un coronel, y su hija se había bachillerado con mi sobrina. Pero ellos, mucho antes del Triunfo, se fueron y le pidieron a mi sobrina que si se podía quedar en la casa, a lo que ella accedió. Y ahí fue que mi hermana se vino a esa casa, con empleada y todo, y ella me había hablado por teléfono algunas veces allá en México. No me quedaba más remedio que encontrar a mi hermana para entregarle a los niños, porque Herty me había dicho: «Vos te vas inmediatamente, te regresás al hotel para que me ayudés a llevar a la gente que está en el hotel al Palacio». Porque el acto del Triunfo, con la entrada de todos los que llegábamos de fuera, fue el 20 de julio, no el 19. De modo que llegué a la casa y me encuentro con Margarita, la empleada, y le digo:

—Margarita, ¿dónde está todo el mundo?

Y me dice:

—Ya se fueron a la plaza.

Así que le dije que se me quedara con los chavalitos, y yo, de madre desalmada, se los dejé a Margarita, a la que en su vida habían visto, y me fui a la plaza sin demora. Margarita se quedó después trabajando conmigo veinticinco años, y adora a mis hijos y mis hijos a ella. Ella los crió. A ellos y a todo el *chavalero* del vecindario.

Llegué a la plaza, y cuando yo estoy entrando al Palacio, lo primero que me encuentro fue el grupo de compañeros argentinos que yo había conocido en México. Eran montoneros²⁶², cosa que antes yo no sabía... todos con su camisa de cuadritos blancos y celestes y su pantalón azul... todos con el uniforme y el escudo de los montoneros... ¡Ay qué emoción! Y aquel palacio lleno de gente... ahí conocí a la Rosario y pregunté quién era, porque no la había visto antes y me dijeron: «Es la Rosario Murillo [ver IP], la compañera de Daniel Ortega» [ver IP]. Y a las pocas horas estaba trabajando con ella, y allí me encontré con Sergio [Ramírez], que me mandó a la Casa de Gobierno, que se iba a hacer en el edificio que estaba listo para ser la presidencia del Banco Central. También estaba otro que después se fue a la *Contra*, Alfredo

²⁶² Organización guerrillera de la izquierda peronista argentina que desarrolló su actividad en la década de 1970.

César Aguirre [ver IP]. Y en ese edificio viví los casi once años siguientes por la cantidad de horas que pasé allá.

Herty [Lewites] llegó, y como era el jefe de protocolo de la Cancillería, se aparece con unas cajas que había mandado [Omar] Torrijos [ver IP] con el embajador de Panamá, y lo que había allí era papel *bond* con el membrete de «Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional», papel de copia, máquinas de escribir, lápices, borradores... todos los útiles de oficina. De todo, porque aquí no había de nada después de la guerra.

El edificio de la presidencia del Banco Central había tenido dieciocho pisos, pero con el terremoto fue demolida casi por completo la torre, y se conservaron sólo dos pisos de ella y dos de abajo. Todas se fueron ocupando, y en el cuarto piso se organizaron los miembros de la primera Junta de Gobierno: Daniel [Ortega], Sergio [Ramírez], doña Violeta [Barrios de Chamorro], [Alfonso] Robelo y Moisés Hassan, y esa fue la primera Junta.

La primera reunión fue el día 20 en la tarde, con todo el gabinete, hubo muchos reencuentros, mucha emoción... ahí estaba ya Rosario [Murillo], como asistente de Daniel [Ortega] y yo iba ya también como asistente de Sergio [Ramírez]. También había una muchacha muy joven que era asistente de [Alfonso] Robelo [ver IP], a la que se le había muerto un hermano en el Repliegue y nunca la encontraron. Cristiana Chamorro, que trabajaba con su madre, doña Violeta, y Ligia, que trabajaba con Moisés Hassán [ver IP]. Ese era el equipo. Herty era jefe de protocolo y no trabajaba en la Casa de Gobierno, sino en el Ministerio de Exteriores, con Miguel D'Escoto [ver IP].

Herty [Lewites] fue después el mejor alcalde de Managua, era un tipo maravilloso. Llegó a la alcaldía y dijo: «Aquí guardo la bandera del Frente, y yo soy el alcalde de todos los *managuas*». Y la burguesía estaba encantada con él. Fue una gran pérdida que muriera tan pronto.

El trabajo en la Casa de Gobierno

Estuve once años con Sergio [Ramírez], fueron años de mucha satisfacción, pero de mucho dolor y angustia también, viviendo todo lo que ocurría, porque por allí pasaba todo. Sergio era el jefe del gabinete económico, pero llevaba todo lo estatal. Era un abogado muy respetado y tenía excelentes relaciones. A Daniel [Ortega] lo veíamos esporádicamente. Todo lo del partido lo llevaba la Dirección Nacional del Frente²⁶³: el ejército, la policía,

²⁶³ La Dirección Nacional fue constituida en marzo de 1979, en Panamá, cuando se llevó a cabo la unión «formal» de las tres tendencias del FSLN. Se componía de nueve comandantes, tres por cada tendencia, y fue el verdadero poder ejecutivo de 1979 a 1989.

el Ministerio del Interior. Y todo lo que era la parte social y económica la veía Sergio. Tenía un cuerpo de asesores y, además, él era como «el gran embajador», y el elemento de diálogo con la socialdemocracia. De hecho, lo criticaban diciéndole que era socialdemócrata, pero la escasa relación que hubo con Europa Occidental, era él quien la llevaba. Y la Norita [Astorga, ver IP] y Miguel D'Escoto, en el mundo entero.

Una vivencia terrible fue en 1988, cuando el huracán Johana, cuando Sergio estaba en Alemania, en gira precisamente de relaciones en busca de apoyo, en plena guerra... y allí, en la oficina, se estableció como un puesto de mando, además de otro que había en el ejército, y yo estuve trabajando ahí unos tres días seguidos sin salir, sin parar. Estaba la gente de la defensa civil cubana llevando minuto a minuto el ritmo de lo del huracán. Pudo haber una gran cantidad de muertos, pero se coordinó con una organización excelente y se evitaron muchas muertes.

Otro recuerdo bonito que tengo, donde de nuevo fue útil mi «origen de clase» a la gente que quedaba aquí de la burguesía. A mí me conocían, sabían quién era Sergio, que ya era un escritor famoso en esa época y muy conocido en Alemania, y eso ayudaba desde todos los puntos de vista. Como había muchas restricciones para tener dólares y había gente de dinero que tenía la posibilidad de irse a tratar médicamente a EE.UU., siempre recurrían a nosotros para que se les autorizara. A veces me encuentro gente que aún me dice que recuerda cuando les ayudé a que se les vendieran los dólares para irse a curar al extranjero.

La repercusión en los hijos

No estuvimos con los hijos lo que hubiera sido normal. Trabajábamos muchísimo. Yo sabía la hora a la que salía de mi casa, pero no a la que llegaba. Y así nos pasaba a todas las mujeres, y no podía ser de otra manera. Vos creías que estabas construyendo un país y un mundo mejor para los hijos, que ahora estaban poco con nosotras y era como que los habíamos abandonado, pero que después tendrían una patria mejor. Eso fue lo más dramático, que eso no llegara.

Por ejemplo, de la generación de mi hija Claudia, todas sus amigas son hijas de gente comprometida, y muchos vivieron en este vecindario nuestro, que era increíble: aquí está Sergio, que vivía, y vive, a media cuadra, Ernesto

Fue la expresión de la confusión partido-Estado que se prolongó durante toda la década sandinista. Véase «Nueve Comandantes» en el índice IP.

Cardenal [ver IP], enfrente, el ministro de Finanzas, también la magistrada de la Corte Suprema y muchos más.

Mis chavalos tienen sus recuerdos y percepción de aquellos años muy distintos uno de otro, porque tenían personalidades muy diferentes. Objetivamente, y como nos pasó a todas las que nos involucramos en las tareas de la Revolución, los dos sufrieron el mismo «abandono» o ausencias mías, pero lo sintieron de manera muy diferente:

Mi hija, la Claudia, era Bermúdez total, y nicaragüense. Ella ama la Revolución y se comprometió desde niña. Fue dirigente de la ANS (Asociación de Niños Sandinistas) y luego pasó a la Juventud Sandinista. Del Colegio Centroamérica la expulsaron «por revoltosa» sobre 1985-86 —junto a otros dos—, en el segundo año de secundaria, y cuando yo fui a solicitar si me la podían recibir en el Colegio Loyola —que era como «el colegio de los niños pobres» de los jesuitas—, el cura responsable de primaria y director del Loyola, me dijo:

—¿Y de qué problema salgo? La estoy expulsando de aquí y me la querés *enchutar* allá?

—Hasta ahí no más —le dije yo—. Olvídense de lo que le dije y disculpe, yo no lo conocía a usted, me arrepiento de haber venido.

Seguramente la dirección discrepaba de la Revolución o del ritmo que iba tomando, pero como Fernando [Cardenal, ver IP] era el ministro de Educación y en varios colegios me dijeron que estaba todo completo, Sergio le pidió ayuda a Fernando y nos consiguió que ella y los otros niños expulsados del Centroamérica pudieran entrar en el Rigoberto López Pérez.

Era un colegio público donde la Claudia dice que pasó los mejores años de su vida y decía que había estudiado en el *Rigoberto High School*.

La Claudia dice: «Santiago piensa que mi mamá nos abandonó, pero yo no siento que me haya abandonado». Ella se graduó de periodismo en la UCA, la mandé a estudiar inglés, y el papá, que los siguió siempre, fue a Washington a verla y me dijo: «Juani, estás *botando* tu dinero. Claudia no sabe una palabra de inglés», porque vivía con una prima mía y su familia y era la guía turística de todo nicaragüense que llegaba. «Tenemos que mandarla a otro lugar. Yo te voy a ayudar a pagarle los estudios y que se vaya a un lugar donde no hable español». Así, sobre 1990, le buscó una universidad en Hingtinton, West Virginia, el estado más pobre de la nación y donde sólo vio a un mexicano y un colombiano, de habla española. Pero aprendió, y con tan buena suerte, que por los buenos resultados en inglés, le dan una beca para una maestría en Relaciones Públicas. Fuimos a su graduación, y ella se quedó allá y yo me vine aquí.

Más tarde se fue a trabajar al Banco Interamericano de Desarrollo, en Washington. Habla perfectamente inglés, y ya vive en Nicaragua. Creó su propia empresa que se llama *Crea Comunicaciones*. Es una asesoría de Comunicación Estratégica, dirigida por ella.

Mi hijo lo vivió de diferente forma. No se involucró igual, e iba a muchas de las tareas de la época medio obligado o de mala gana. Su papá estaba lejos, aunque siempre los atendió muy bien, y yo muy ocupada. Se sintió más afectado en alguna época, pero actualmente vive feliz, está casado y tiene su familia. Todo se ha ido recomponiendo y yo sólo pido a Dios que me los cuide.

Como una suerte de epílogo puedo decir, veintisiete años después, que a través del arte encontré mi forma de hacer patria. Fundé la Galería Códice en 1991 y desde 1995 colaboré con la familia Ortiz Gurdíán, tradicionales coleccionistas de arte, a quienes apoyé en la creación de la fundación homónima en 1996. Los proyectos más importantes que realizamos son la Bienal de Artes Visuales Nicaragüenses y su participación en la Bienal del Istmo; ambas han fortalecido el desarrollo y los lenguajes contemporáneos en Centroamérica. La creación del Centro de Arte Fundación Ortiz Gurdíán en León, que debido a sus varias ampliaciones hoy constituye un fuerte referente museístico en la región. Alberga colecciones desde finales del siglo xv hasta nuestros días, reunidas en su catálogo: *Del Arte Occidental al Arte Nicaragüense*.

Esperanza Guevara
(Solentiname, 2014)



Como Ernesto Cardenal no cobraba ni los bautizos ni los matrimonios, hubo parejas que se volvieron a ir a casar o a bautizar al hijo a San Carlos porque creían que el niño no estaba bien bautizado o ellos bien casados.

Soy de una familia campesina, de once hermanos, de la comunidad de Solentiname²⁶⁴. Vivíamos en una isla habitada por unos seiscientos habitantes, muy atrasados, la mayoría analfabetos, aislada la isla. Fíjese que había en Managua un concurso con un premio para el que adivinase dónde quedaba Solentiname en la época que llegó allá *El Poeta*, [Ernesto, ver IP] Cardenal.

Yo nací en una pobreza extrema donde las madres todas tenían un montón de hijos. Allí lo que cultivábamos eran granos básicos, entonces nada más. Las tierras no eran buenas, pero ni lo sabíamos. Como tantas otras cosas que no supimos hasta que llegó el padre Cardenal. Era una pobreza terrible,

²⁶⁴ Solentiname es un archipiélago de treinta y seis islas en el suroeste del lago de Nicaragua. Perteneció administrativamente al municipio de San Carlos, del departamento de Río San Juan.

muy, muy fuerte, y ni la notábamos. Era como creer que todo el mundo era así, o que después de la muerte era cuando el cielo era diferente.

Teníamos mucha religión, bien impregnados de religión por mi mamá y mi papá. Llegaba un sacerdote a Solentiname una vez al año, y lo cierto era que los padres de esa época llegaban más bien a calmarnos. El mensaje era rezar mucho, no meterse en política, no fumar, no tomar tragos, y cuando muriéramos ya ganaríamos el cielo. Rezábamos el rosario a diario, todo así. Pero de repente un día, una ancianita de las mayores, Adelita Arana, decía que ella, en sus rezos crónicos, pedía que algún día Dios se acordara de Solentiname y mandara un padre. Y parece que se escucharon sus rezos.

Ernesto Cardenal llega a Solentiname

Cuando Ernesto Cardenal llega, el 6 de febrero de 1966, tenía cuarenta años y yo tenía sólo once, pero supe bien que todo lo que empezó a decir fue un impacto. Desde que llega a Solentiname, dice: «Yo quiero ser uno más de ustedes». Un año antes compró la propiedad donde iba a vivir, y al otro año llegó para quedarse. Y las dos veces estuvo en mi casa.

Él nunca mencionaba nada del infierno, nada de después de la muerte, sino el amor de inmediato, en la tierra, el amor por los demás, la entrega por los demás... yo creo, personalmente, que mucha gente no lo entendió. Unos porque teníamos muy metido lo espiritual sólo, y otros por lo que fuera, pero la gente era resignada y nadie protestó.

Dijo: «Llámenme Ernesto», y eso fue rarísimo. Y también dijo: «Quiero ayudar en lo que pueda. No voy a cobrar por los bautizos, ni ningún servicio religioso». Y otra vez el impacto. Yo creo que la gente después se iba a casa diciendo: «¿Este será padre o no?», pero nada más se dijo, porque había un gran respeto. No lo entendíamos, pero tampoco se le rechazaba. Íbamos todos los domingos a misa, todo bien. Pero el extremo de no entenderlo —y esto quiero remarcarlo— fue que hubo campesinos que, como no cobraba ni el bautizo ni los matrimonios, se volvieron a ir a casar a San Carlos porque creían que el niño no estaba bien bautizado o ellos bien casados. Yo conocí un caso concreto de una muchacha a quien la mamá trajo a Granada a casarse otra vez, porque no habiendo cobrado el padre, estaba segura de que quedaba mal casada. Y no la dejó dormir con el novio hasta la segunda boda. Pero *El Poeta* nunca dijo nada, yo creo que ni se enteró.

Mi mamá, sin embargo, que era una mujer muy sufrida, que aprendió a leer ya adulta, ella sí lo entendió pronto. Hubo un caso de una niña que había muerto de diarrea, de gastroenteritis, y la mamá llamó al padre y le dijo:

—Padre, ¿usted podría venir un momento? Sería de agrado para mí porque acabo de perder una niña. Pero bueno, esa es la voluntad de Dios.

Y Ernesto le contesta:

—¿De qué murió tu niña?

Y ella le dice:

—De diarrea

Él le contesta:

—No, esa no es la voluntad de Dios, que tu niña muera de una diarrea que se puede curar, sino que aquí ni hay médicos ni medicinas, y por eso murió tu niña.

En mi casa también lo comentamos y nos sorprendió, pero mi mamá dijo: «Tiene razón, contradice la voluntad de Dios, pero tiene razón». Fue todo un cambio.

Y eso ocurrió así los primeros días. Fue un poco impactante, aunque mi mami siempre entendió rápido. Y nosotros también, pronto... *mirábamos* que tenía razón en todo y que la vida del reino de Dios no había que esperar a morir para tenerla aquí.

Los campesinos descubren su arte

En todo ese tiempo, a Ernesto lo visitaba cierta gente importante, que hasta era molesto para él porque decía que no había ido allí para recibir visitas, sino a vivir su vida retirada. Y de repente, llegó un joven de Managua que era pintor, Roger Pérez de la Rocha, y le dijo: «Aquí debe haber artistas. Veo en tu cocina una *jícara* labrada». Después, se le ocurrió poner allí a un campesino, le dio material y lo puso a pintar diciéndole solamente: «Pintá lo que ves allá», en un paisaje. Y cuando terminó, le dijo al padre: «Este es un excelente *primitivo*»²⁶⁵. El señor se llamaba Eduardo Arana, medio alcohólico, sin saber leer... Mi hermano, Alejandro Guevara, que trabajaba con Ernesto, observó esa pintura y dijo que eso también sabía hacerlo él. Alejandro fue el segundo pintor, y después todos nos involucramos. Ernesto compraba el material, lo entregaba sin listas de gastos y sin nada. Las listas las hacíamos nosotros mismos, y después, cuando vendíamos un cuadro, descotábamos lo que él nos había dado.

²⁶⁵ Es decir, pintor primitivista. Se denomina *primitivista* un tipo de pintura ingenua y colorida, de origen campesino, cuyo desarrollo se dio al margen de los centros académicos tradicionales de las grandes ciudades. Representa principalmente la cotidianeidad de los pueblos, sus costumbres y tradiciones, muestra la exuberancia de los paisajes y el colorido de su flora y de su fauna. Llegó a tener un desarrollo espectacular en Solentiname, sobre todo en la década de 1980, paralelo al apoyo internacional a la Revolución. La *Escuela de Solentiname* sigue vigente.

Así fue el descubrimiento de la pintura primitiva, que nos ayudó muchísimo para la economía diaria, después la artesanía... ¡Fue tan bonito! Todavía hay muchos pintores, pero entonces estábamos naciendo.

Unas misas diferentes

Otra gran novedad, aunque ahora lo *miremos* normal, fue que el Evangelio se comentaba en la misa, cada domingo cuando tocaba. El padre nos explicaba qué quería decirnos Cristo en cada Evangelio de cada domingo; las misas empezaron a ser de frente y todo el mundo sentados cara hacia el altar, viéndolo todo. Pronto todo el mundo se acostumbró, a la mayoría les gustó, y al que no, entendió y no rechazó. La gente fue muy respetuosa.

La misa se hacía en conversación, todo se fue grabando y más tarde el padre lo puso en el libro suyo, *El Evangelio de Solentiname*²⁶⁶. Y eso nos fue puliendo y fuimos conociendo que vivíamos en una dictadura, que no era buena y que no era lo que Dios quería. Que nos la teníamos que quitar de encima porque no es que Dios quisiera eso. Era como lo que siempre estábamos diciendo, que Cristo quería algo «para la humanidad, no para uno solo», y eso fue haciendo el compromiso grande.

Somoza —creo que desde que *El Poeta* llegó a Solentiname— empezó a sentir una molestia, inclusive, en 1976, y lo mandó a citar con un guardia. Le entregó una cita de que tenía que ir a presentarse en Managua a contestar cargos. Creo que a Somoza le dio miedo echarlo preso porque se imaginó que iba a tener protestas y no lo hizo, pero sí lo mandó a llamar a Managua. Así, nosotros íbamos sabiendo que teníamos un problema y era cosa de nuestra responsabilidad y de nuestro compromiso seguir debatiendo el Evangelio. Y lo hicimos.

En Solentiname nunca hubo maestros. Cuando el terremoto de 1972²⁶⁷, a mí me encontró en Managua haciendo el tercer grado. Y entonces, de repente, llegaron tres maestros, mandados por Somoza. En realidad eran espías para ver qué se hacía allí y qué hacía Ernesto con los jóvenes en Solentiname. Pero bueno, el padre lo denunció y los quitaron. Somoza, con toda su dictadura, le tenía su respeto o su miedo.

La integración en el Frente y el ataque al cuartel de San Carlos

Un día les llegó el ofrecimiento a Ernesto y a los muchachos de si querían participar en la lucha armada contra Somoza. El FSLN iba a atacar una serie de cuarteles de la Guardia, todos a la vez para dividirla, y nosotros

²⁶⁶ Cardenal, Ernesto (2006). *El Evangelio de Solentiname*. Madrid: Trotta.

²⁶⁷ Véase nota n.º 12, sobre el terremoto de 1972.

teníamos que atacar el que teníamos allí, el de San Carlos. Y allí estuvimos, en octubre de 1977. No toda la comunidad, pero ahí estuvimos los que lo habíamos entendido, unos pocos.

Al padre lo había mandado el Frente a explicar afuera del país lo que era la dictadura de Somoza y que Nicaragua ya no aguantaba esa dictadura. Su postura, su papel, era un poco contradictorio, porque era la imagen de un padre apoyando la guerrilla, pero era su responsabilidad hacerlo. Así que en esos días estaba en el extranjero.

Mi esposo y mis siete hermanos nos fuimos a la lucha. Estaban Alejandro, Donald, Julio Ramón, la Gloria, la Miriam, todos hermanos míos. En ese momento, cinco, pero después se integrarían los otros dos. Y luego, el resto de la comunidad, que eran Laureano Mairena y Elvis Felipe Chavarría. Esos fueron los que participaron, y Bosco Centeno, mi esposo, que también después fue jefe militar de Río San Juan²⁶⁸. A mí me tocó apartarme con mis dos niñas, chiquititas, con mi mamá, con dos pequeños hijos más, y otros tres de otros compañeros. Pero fue terrible. Yo creo que hubiera preferido estar en la guerrilla a lo que nos tocó vivir.

El Frente en ese momento lo que decía e indicaba era no quitarse de su lugar cada uno, aguantar allá, porque íbamos a triunfar. Pero no se podía decir, aunque era la orientación que teníamos²⁶⁹.

Murieron tres de nosotros, muchos detenidos, y después la comunidad fue arrasada por la Guardia. En Solentiname hubo una represión grandísima. Apresaron y torturaron a mucha gente que no tenía nada que ver, familiares, conocidos y todo el que había estado en esas misas del Evangelio. Los torturaron fuerte, y algunos no salieron hasta la toma del Palacio, otros antes. Mucho más tarde supimos que mi hermano Donald murió ahí, y que fue una muerte terrible, pero estuvimos un tiempo sin saber dónde estaba. Diez meses, porque fue uno de los que no se supo que había muerto hasta la toma del Palacio Nacional²⁷⁰.

Cuando lo del asalto al cuartel de San Carlos estaba ocurriendo, yo, por más que dijeron que no nos moviéramos, pensé que me tenía que marchar con mis niñas y mi mamá o podíamos quedar todas muertas, y realmente así hubiera sido. Nos fuimos por un sendero, a las cinco de la tarde, toda la noche andando hasta Costa Rica, por un río por el que nunca había pasado,

²⁶⁸ Véase nota n.º 247, sobre el departamento de Río San Juan.

²⁶⁹ Se había establecido la consigna de que no había retirada posible: había que vencer o morir. Pero se esperaba que, ante el ataque simultáneo a todos los cuarteles, se lograría una victoria.

²⁷⁰ Véase nota n.º 18, sobre la toma del Palacio Nacional.

en un botecito chiquito. Un río que no era río, sin conocerlo de nunca... No soy beata, pero eso fue un ángel de la guarda: de noche, casi sin luz, con tres niños *tiernos*, y poder pasar como en diez horas ese río... escuchamos todo el combate cerca, en San Carlos. También iba la Elena, la esposa de Laureano, de diecisiete años, y un bebé de tres meses, alguna ropita y lo más básico. Y escuchamos todo. Eso fue terrible, oír todo sin saber cuántos muertos y cuántos vivos... Y luego fue difícil porque en la frontera *tica* nos quisieron devolver. Pero la pasamos.

La vida en el exilio de Costa Rica

Yo ya me quedé clandestina en Costa Rica con las dos niñas. Y fue tremenda la noticia al día siguiente. Fue como una *rayería*, y uno en medio porque hasta la noche no tuvimos noticias de los muchachos.

Supimos que, de los dos primeros que se asilaron, uno era mi esposo, y de los demás, no sabíamos nada. Y *El Poeta* —que había oído, pero nada sabía tampoco—, llamando a San José, preguntando qué pasaba con sus muchachos... fue terrible. Y ahora lo podemos decir: fue un gran error del jefe guerrillero que llevábamos, Plutarco Díaz Hernández [ver IP]. Sufrimos muchos, no tenía que haber habido ningún muerto... pero bueno... aguantamos todo eso. Después, en Costa Rica, nos ayudaron muchísimo, lo tengo que agradecer toda la vida. Mucha solidaridad. Nos quedamos ahí clandestinos dos años.

El impacto para mí fue que el primer día cuando salieron de la cárcel y se asilaron también en Costa Rica, mi hermana, mi hermano, mi marido dijeran enseguida que seguían en la lucha. Mi esposo fue el primero, y Laureano Mairena después. Participaron inmediatamente con la echada a andar de la emisora, la Radio Sandino, la primera emisora clandestina del Frente Sandinista. Otros grababan lo que pasaba y ellos eran los que se encargaban de hacerlo a las horas que tocaba emitirlo. Y ahí estuvimos todo el tiempo.

Somoza cada vez hacía mucha más represión, sobre todo al siguiente año, cuando asesinaron a Pedro Joaquín Chamorro [ver IP] y la represión fue tan tremenda que la gente se empezó a unir al Frente. En nuestra casa *tica* estaba mi familia, que era grande, y no dejaba de llegar más gente semanalmente para unirse a la lucha. A veces pagaron los colaboradores todo el sustento, a veces la mitad... Gente que ni conocíamos, de Nicaragua, y algunos *ticos*, que eran pocos, pero apoyaban muchísimo. Domingo a domingo había manifestaciones de apoyo a la lucha en el parque central de Costa Rica. Y ahí estuvimos hasta el Triunfo.

El Poeta siempre estaba saliendo a los sitios a donde lo mandaba el Frente. Fue una lucha dura, triste, fuerte, pero también mezclábamos alegría en

otros momentos. Hasta con gente de otras religiones, pero que se unían a esa lucha porque era justa.

Siempre pensamos que si no nos funcionaba bien lo de San Carlos, la lucha iba a durar veinte años, pero ya fueron sólo dos, y con el Triunfo regresamos a Managua a los dos días. No vimos ya la entrada de los combatientes muchos de nosotros. Las mujeres seguíamos en Costa Rica, y mucha gente *tica* nos llamaba, nos llegaban a felicitar... fue muy bello, un milagro.

Regreso a Nicaragua

Cuando regresamos, siempre trabajé en esos trabajos que no se toman en cuenta. En esta misma casa, mis hijas creían que yo tenía ese trabajo, que era mi financiamiento porque tenía cosas que hacer en la calle a cada rato. Pero no era así; yo siempre fui voluntaria y mi esposo fue militar de lleno. Él se fue a Cuba un año a estudiar enseguida que se triunfó, y yo estuve un año aquí solita, con mis niñas.

Trabajé en esos años mucho, mucho, en el trabajo de barrio. Era en mi calle, mi zona, dentro del trabajo de los CDS²⁷¹, con un objetivo social, para escuchar opiniones de todo el mundo, promover campañas de salud, de alfabetización, enterarnos de las necesidades, de todo. En cada lugar, había una cúpula de dos o tres que eran los que recogían informes, y después se seguía como en cadena hasta la base, cubriendo todo palmo a palmo. Teníamos horarios muy marcados, le tocaba a uno de tal a tal hora, tales noches, y así a cada uno, y en ese tiempo tenía que vigilar. Se hacía —así nos lo explicaban— porque «todavía estaba insegura la Revolución», aunque nunca supe si con eso se detectaron o no algunos focos de *contras*.

Mi esposo y yo estábamos en la lucha

Mi esposo me contó que en Costa Rica hubo un momento, cuando creyó que le iba a tocar la marcha ya a la guerra, en que sintió miedo. Cuando llegaron a llevarlo, dijo que él no hubiera ido si yo no lo hubiera esperado, pero yo le había dicho que no podía decir que no, y lo había hablado también con los amigos.

No fui una esposa a la que afectara que el marido estuviera en la lucha, porque estábamos los dos. Incluso era yo la que lo impulsaba.

Cuando empezó la guerra de la *Contra*, nos fuimos a Río San Juan, porque ahí lo ubicaron a él, y años después, fue el jefe de la brigada militar del ejército sandinista que detuvo a Hasenfus en el momento del derribo del

²⁷¹ Véase nota n.º 181, sobre los Comités de Defensa Sandinista (CDS).

avión con el que traían las armas²⁷². Eso fue ya en 1986. Mi esposo empezó de capitán y llegó a teniente coronel.

Ahí estuvo él nueve años, pero uno se las ingeniaba para estar en contacto, y yo iba para allá, él venía... y luego hicimos una casita en el propio lugar en que se desempeñaba, hasta que perdimos la Revolución en 1990 y ya se desmovilizó y volvimos a estar juntos.

Para nosotros, claro que era duro, porque se pasaban noches tremendas, sin saber. Pocos matrimonios duramos, hubo mucho divorcio. Tuve cinco hijos, y como él venía o yo iba, mis hijos no tuvieron consciencia de su papá. Más bien como un tío que llega a verlos, realmente no como un padre, pero después no se lo han reprochado, lo han entendido.

Yo creo que lo que más sufrí yo de mi familia en aquel tiempo fue por mi hermano perdido, Donald, desde el ataque al cuartel de San Carlos, por no saber nada de él. Lo habían torturado y matado inmediatamente, pero tardó mucho en saberse. Empezaron por *tirar la noticia* de que estaba por ahí huido, de que no se sabía, pero cuando se tomó el Palacio Nacional por un comando del FSLN, fue cuando supimos, por Edén Pastora [ver IP], que estaban muertos²⁷³. Salió por la tele lo de Pastora, y mi mami casi se vuelve loca en Costa Rica.

En medio de todo lo malo, tuvimos la suerte de que, cuando *mirábamos* las noticias fronterizas de San Carlos desde Costa Rica, siempre andaba por allá el señor que los entregó, que era el capataz de una finca grande de Somoza, La Esperanza, y siempre estaba con un niño de unos nueve años. Siempre lo *mirábamos* con él. Y ese niño fue el que después llegó a decirnos

²⁷² Eugene Hasenfus tripulaba el avión estadounidense cargado de armas para la *Contra* que fue derribado por los sandinistas en 1986. Quedó demostrado que trabajaba para la CIA y, por ello, que EE.UU. había incumplido la ley aprobada por el Congreso en 1984 —según la cual sólo se podría apoyar a la *Contra* en cuestiones de información e inteligencia. El minado que hicieron en los puertos en Nicaragua y los ataques a los tanques de combustible pusieron en serio peligro a la población. No obstante, Reagan consiguió entonces treinta millones de dólares de Arabia Saudí. Véase *El Nuevo Diario*, 3-7-2012.

²⁷³ La búsqueda había discurrido de la siguiente manera: los familiares de quienes habían estado en el enfrentamiento de San Carlos, y de quienes no se tenía noticia, habían acudido a la Comisión Pro Defensa de los Derechos Humanos y habían entregado una lista de los capturados en distintos lugares del país de los que no se sabía nada desde hacía meses. Cuando se tomó el Palacio Nacional, en agosto de 1978, una de las condiciones del comando del FSLN fue canjear los diputados retenidos por los presos políticos, canje que se realizaría en el aeropuerto antes de que el comando saliera del país. A la lista de presos se adjuntaba la lista de desaparecidos para que, si estaban vivos, los entregasen, y si no, se supiera que los habían matado. Al ver que Donald Guevara y Elvis Chavarría no llegaron con los liberados al aeropuerto, preguntaron por qué no estaban allí, y entonces se enteraron de que los habían matado. Los cuerpos no se localizaron sino hasta 1979.

dónde estaban los cadáveres, dónde los habían enterrado y cómo habían sido asesinados. Él vino a decir todo lo que sabía porque temía que nosotros lo agarráramos después cuando triunfó la Revolución.

Yo había dicho que a los guerrilleros muertos y enterrados no había que tocarlos, que quedaran donde estuvieran, pero cuando el muchachito dijo que sabía dónde estaban, me salió algo de dentro, y tenía que ir a buscarlos. Y todo fue igualito a como él lo dijo: él había dicho que a Elvis Chavarría le habían robado sus *jeans*. Supimos que era cierto porque Elvis era de la propia comunidad de Ernesto, que vivía con cuatro muchachos: Alejandro, Laureano, Elvis, William Agudelo y Teresita; y a veces *El Poeta*, como salía afuera, les compraba *blue jeans* «Levis», muy caros en Nicaragua y más baratos allá. Y la Guardia, siempre que miraba en un guerrillero algo bueno, se lo quitaba, y era cierto que los *blue jeans* se los había quitado la Guardia. El muchachito nos dijo que uno iba vivo, y supimos que era Donald, porque después vimos que tenía sus huesitos enteros, y Elvis lo tenía quebrado todo.

Nos contó que fueron poniéndolos primero a hacer su fosa, y después los interrogaron, los torturaron y enterraron a uno vivo, y ese fue Donald, mi hermano. Como el capataz nunca se apartó de la orilla, y el niño iba con él, también lo vio todo. Y el niño se lo dijo después a mi hermano Alejandro. Cuando él le preguntó que cómo sabía él que el otro iba vivo, le dijo que él *miró* que respiraba. Y todo lo que el niño dijo era verdad. Nos dio mucho pesar, pero agarramos la información del muchachito, y fue ciertísima. Ellos estaban en el río Frío²⁷⁴, de camino a Los Chiles²⁷⁵, cuando la Guardia, que estaba casi en Morrito²⁷⁶, dio la vuelta, se metió otra vez al río, donde los habían capturado y allí los fue a asesinar. Mi mamá se enteró de todo y sufrió mucho. Tiene ahora casi noventa años, y ahí vive un poco mal de la mente.

Yo, como le dije, me tuve que ir de allá rápida, para protegerla a ella y a los niños de uno, dos y cuatro años, y otro de tres meses, porque la Guardia no respetaba nada: si iba por un guerrillero y en la casa había ocho personas, a ocho mataban. Esa era la gran diferencia con nuestra lucha sandinista.

Yo creo que el Frente descuidó muchísimo a las familias. Las mamás hacíamos de padre y madre, y la misión de tener vivo el cariño del papá para los niños nos tocaba a nosotras, claro que cuando una quiere... Y se hace a veces justamente y a veces injustamente, pero se suele hacer. Yo tenía esposo y era como que no lo tenía, pero lo sufrí bien, porque, por suerte, tuve un buen matrimonio. Igual fue con la militancia, con todo.

²⁷⁴ Río de Costa Rica que desemboca en el río San Juan de Nicaragua.

²⁷⁵ Los Chiles es un cantón de la provincia de Alajuela, al norte de Costa Rica, en la frontera con Nicaragua.

²⁷⁶ Municipio del departamento de Río San Juan, en Nicaragua.

Mis hijos fueron poco afectados

A mis hijos creo que no les afectó, al menos no en su formación académica. En San José tuve yo otra niña y en total fueron cinco. Y tenía clara mi meta: mis hijos tenían que estudiar a como fuera, aunque estuviéramos dos meses aquí, tres allá... Yo fui casi completamente iletrada, y ese fue mi esfuerzo. La mayor, cuando llegó aquí, le hicieron un examen, y pasó a un grado superior al que le correspondía porque yo hice un esfuerzo enorme. Así, con veintiún años, sacó su carrera de Ecología y está fuera de Nicaragua. Todos hicieron una carrera universitaria.

Otra cosa en que las formé mucho fue en que no fueran madres a destiempo. A mí me dolió mucho ver la cantidad de mujeres que hubo, todas madres muy jovencitas. Eso a mí me marcó también, y yo hablaba con mis hijas de todo. Me facilitó que hablábamos de todo desde muy pequeñas, desde los siete años.

Una vez me tocó traerlas aquí y separarnos. Ellas aquí, para que estuvieran juntas, y yo allá para su mantenimiento. Yo venía a las cinco de la tarde y eran las once de la noche y estábamos hablando. El pequeño decía: «¿No se termina la reunión?». Porque mi preocupación era que no se me hicieran madres muy jóvenes. Que se casaran o no, no me importaba, pero que estudiaran. De treintaiún años fue madre la primera, la mayor de treinta y ocho, y las dos están casadas. Yo les decía: «Yo no soy el mejor ejemplo, pero no soy el peor».

Ninguno estudió en colegios privados, excepto el último.

La familia se vio afectada también en las consideraciones sociales. En aquella sociedad sandinista que pasamos, no era necesario estar casado, no era necesario ser de una religión ni de otra, ni que mi casa tuviera título [de propiedad]... pero, después de eso, hubo que adaptarse a la vida real y tuve que legalizar esta casita, busqué cómo poner al muchachito, ya el último, en un colegio privado... hasta tuve una hija que llegó a ser viceministra en Guatemala, porque aquí se nos cerraron todas las puertas cuando llegó doña Violeta.

La pérdida de las elecciones de 1990

La derrota del Frente fue porque EE.UU. mantuvo la guerra, pero la guerra fue nuestra y eso fue lo que nos hizo perder. Fue tremendo, yo lloré todo el día, no entendíamos cómo podía ser, con todo lo que habíamos perdido y sufrido, pero muchos sandinistas votaron a Violeta Chamorro, porque de no ser así, las cuentas no salen. La gente estaba harta de guerra.

Yo lo analicé después, y vi que nos habíamos quedado como Adán y Eva, desnudos; más *pallasito*, inmediatamente después del impacto de la

derrota, nos empezamos a ver desnudos, y a tener que pensar qué nos tocaba ahora, cuál sería la hoja con qué taparnos, la manzana con qué sobrevivir. Estábamos como ciegos y no sabíamos qué tan fuerte iba a venir la agresión contra nosotros mismos después del voto, el miedo al nuevo sistema. Pero yo creo que sí se abusó: primero, el paraíso y, después, por lo que se agarró, que fue mucho.

Si se hubiera tomado lo necesario, yo creo que era justo. Por ejemplo, nosotros vivíamos en esta casita sin nada, sin papeles, sin ningún documento. Lo lógico era que nos dieran un papelito porque no se sabía cómo venía lo otro²⁷⁷. Pero no fue así y se abusó, abusaron algunos, aunque también pagamos caro lo que se hizo mal, antes y en ese momento, y lo seguimos pagando caro.

Yo pasé mucho tiempo sin ver errores en la gente del Frente. Como vivíamos en la frontera con Costa Rica, teníamos contactos con *ticos* y en un tiempo entraron y vieron la maravilla de la Revolución. Aunque no debería decirlo, mi esposo era el jefe militar en la zona de Río San Juan, y mi hermano Alejandro era ministro delegado de Río San Juan, y ellos vieron que eran como unos más del pueblo. Los *ticos* vieron ese trato y se fueron maravillados. Tuve amistad con uno, se llamaba Trino, y a mí nunca me ha ayudado un familiar como me ayudó ese señor, tan agradable, sólo por amigo. Me mandaba de Costa Rica, casi cada mes, un paquetito con jabón, calcetines para los niños. Pero la propaganda que hubo recién el Triunfo de la Revolución desde la *Contra*, las reacciones a las primeras medidas... los mismos *ticos* que habían apoyado tanto, se nos voltearon. Les entró miedo, pensaron que estábamos haciendo barbaridades, y no era verdad. Después la frontera se cerró en 1985-87 por razones de guerra.

Entonces, con ese amigo, de repente, vino una discusión fuerte porque dijo que visitó Granada y Rivas y que miró un montón de errores en «mi» Revolución, y me los quiso señalar. No lo dejé. Entonces no me era posible verlo y le dije que habláramos de otra cosa, que mejor no habláramos de eso. Lo sentí como cuando uno quiere proteger su impotencia. Fue ya en 1988.

Cuando más tarde perdimos la Revolución, siempre me acordé ¡Cuánta razón tenía mi amigo! Y entonces me dije: «Sólo voy a meter mis manos por lo que yo vi en Río San Juan, aquí cerca, lo que me rodeó, lo que yo *miré* bien». Porque él, lo que decía, era sobre los mandos de otros lugares: que en Granada y Rivas tenían unos privilegios como en el somocismo, andando

²⁷⁷ Se refiere a que se habían distribuido casas entre gente que no tenía, de las que habían abandonado los somocistas o guardias en su huida, pero se las cedieron sin ningún título de propiedad. Ellos temían que el nuevo gobierno los despojara, aunque no lo hizo.

tres empleadas para sus hijos y cosas así. Pero esa no era mi experiencia, yo no había vivido de esa forma, no tenía ni una [empleada doméstica], o una para todo, y él decía que nosotros éramos ángeles, pero que no eran todos igual. Pero a mí eso tampoco me gustaba, porque yo no lo quería ver, aunque es verdad que yo tampoco vi muchas cosas negativas en mi ambiente.

Sí hubo un detalle que me golpeó un poco: mi esposo era militar, y en Managua se había creado un colegio para hijos de militares y yo ni sabía. Mis hijos nunca estuvieron ahí y eso era una diferencia que no entendí. Así pasarían montones de cosas, pero... yo nunca supe. Mi entorno era positivo, absolutamente.

Sin embargo, después, ya en 1991, mi hija, una espina bífida, algo terrible, ahí el ejército me ayudó. Mi marido todavía no se había desmovilizado y el ejército pagó la operación de la niña. Allí encontré a una joven que se había ido a EE.UU. exiliada y había regresado temporalmente porque se tenía que operar. Era de Matagalpa y me contó unas cosas terribles que hicimos los sandinistas. Me dijo que ellos ayudaron al Frente, pero después les quitaron toditas las fincas y se tuvieron que ir con nada a EE.UU. Yo no le podía quitar la razón a la mujer, aunque lo que yo viví no fue eso. Y me dolió mucho porque eran abusos que se hicieron.

Mi recuerdo de la Revolución es positivo

Como a mí me tocó siempre meterme en todo lo social, eso lo sigo teniendo dentro. Por ejemplo, para abastecernos de todo, desde Solentiname tenemos que ir a San Carlos y de allí traemos las cositas para la semana. A veces, acabo de llegar, y me rodean niños que me venden un huevo, o una frutita, y no los puedo dejar así. Pero, sobre todo, lo que más me preocupó siempre a mí fue la educación. Solentiname no tuvo educación en el somocismo, y ahora tenemos nueve plazas de primaria, al calor de Ernesto y de mi apoyo, y una secundaria a distancia desde hace quince años.

Todo lo hicimos sin ayuda del gobierno, porque aquello venía de cuando en Alemania le ayudaron a Ernesto con unas escuelitas primarias. Pero después de la pérdida de las elecciones, poco a poco yo se las fui pasando a los gobiernos. Fuimos pasando las primarias y me quedé con las secundarias, pero preferíamos trabajar con niños y actualmente tenemos nueve de primaria, y una de secundaria.

En 2014 teníamos cuatro mil dólares para el primer año de secundaria y mandaron siete mil quinientos más. Eso significó poder mantener la secundaria, dar el recorrido a todas las islas de Solentiname para que lleguen los alumnos a estudiar, y alojar a los maestros. El sueldo, al inicio, lo pagábamos nosotros, ahora ya lo hace el gobierno, si no, no se podría. Yo le he trabajado

a todos los gobiernos y a ninguno, porque salario no he recibido de ninguno. Pero me siento muy bien.

Para los trabajos después de la pérdida de las elecciones nos afectó mucho nuestra cercanía al *Poeta*, y nos sigue salpicando, lo mismo que las protestas que Ernesto hace. No hay trabajo para ninguno de nosotros. A mí no me quisieron dar el carné sandinista y aquí, sin él, no se encuentra trabajo. También los impuestos nos los cobran a la gente que estamos así, y a los demás, no. En Solentiname, donde trabajo yo, en la zona histórica, la verdadera, si llegan visitas, turismo, por nuestra zona pasan por alto. Está prohibido, como en el somocismo.

A pesar de todo, ahora, que ya no estoy en la propia Revolución, en mis análisis siento que fue un sufrimiento con gusto. Hubo errores que vimos después, pero hubo mucho más positivo que negativo, y eso fue lo que nos ayudó a vivir. También disfrutamos esos diez años de la Revolución. Conocí de verdad Solentiname andando en la campaña para las elecciones de 1984, porque aun viviendo allí, no lo conocía. Además, en aquel tiempo había esa solidaridad maravillosa de la que ya no queda nada.

Margine Gutiérrez
(Matagalpa, 2014)



Trabajábamos desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche sin que nos pagaran un córdoba y no me sentía explotada.

Soy de Matagalpa y crecí oyendo toda mi vida hablar de Carlos Fonseca [ver IP], que era para mí, y sigue siendo, el paradigma, pero yo no tenía ninguna consciencia de los problemas del país. Los dos nombres que todos conocíamos aquí eran Carlos Fonseca y Tomás Borge [ver IP], ambos matagalpinos. Posteriormente, se agregó Doris Tijerino [ver IP]. Esos eran los nombres que aquí sonaban. Era frecuente que se oyera de repente un alboroto y decían: «¡Mataron a Carlos Fonseca!» —porque se le confundió varias veces— y la gente corría a la morgue, a ver qué pasaba. Yo crecí en ese ambiente. Tenía una aproximación afectiva sobre todo a Carlos Fonseca y, en menor grado, pero no lo voy a negar ahora, a Tomás Borge²⁷⁸.

²⁷⁸ Al decir que «no le voy a negar ahora» se refiere a que reconoce que lo admiraba, pese al desprestigio posterior de Tomás Borge.

Entrada en el FSLN y etapa clandestina: entre una madre feminista y la sumisión hacia los líderes políticos

A mí me metió en la militancia mi propia mamá, que era dirigente sindical y enfermera, y por ese trabajo suyo mantuve un vínculo con el sufrimiento de la gente, porque yo por la mañana iba al colegio y por la tarde al hospital. Las tres hermanas anduvimos por ese hospital como por nuestra casa.

De pequeña, yo ayudaba a ordenar sus frasquitos a una monja enfermera y, aunque era muy poca cosa, fue un vínculo que me hizo mirar de cerca el sufrimiento, la pobreza de la gente. Mi mamá, a veces llegaba y nos decía: «Mirá, que hay una persona aquí que pasa frío —porque aquí hacía bastante frío antes—, regaláme tu suéter para dárselo»... y nos fuimos criando en ese ambiente.

Durante mi secundaria, yo quería estudiar francés, y mi sueño era irme a Francia y mi mamá me dijo que lo que yo quisiera. Lo que más admiro de ella no es que se integrara en el Frente, sino que siendo una enfermera que ganaba trescientos cincuenta córdobas (cincuenta dólares), nunca le oí decir «No puedes estudiar o hacer algo porque yo no puedo» 279. Ella jamás pensó que nosotros no íbamos a estudiar por su condición, y así nos fue criando. Ni la pobreza ni que todo éramos mujeres en esa casa... nada nos lo iba a impedir.

Cuando yo me bachilleré, y salió el anuncio de la matrícula en la universidad, me dijo: «Tomá los reales y vete a matricularte». Yo nunca había ido a Managua. Fui íngrima, tomé el bus, llegué a la parada, pregunté, me fui a la universidad, me matriculé y me regresé. Después, cuando iban a iniciarse las clases, ella no me fue a buscar una casa, como hice yo con mi hija que se la fui a buscar, a instalarla. Yo me fui sin tener dónde vivir; anduve así viviendo un día con una amiga que me invitaba a su casa, otro día en otro lado, y ella me dejó organizarme sola. Y empezó la época más feliz de mi vida, mi época universitaria, y allí llegué a estudiar francés.

²⁷⁹ En la década de 1960, el 90% de los trabajadores industriales ganaban menos de quinientos córdobas mensuales, que era el salario mínimo para poder mantener a una familia. (Gould, J.L. (2008). *Aquí mandamos todos. Lucha campesina y conciencia política en Chinandega, Nicaragua, 1950-1979*. Managua: Ihnca-UCA, p. 163). En la década de 1970, un obrero todavía ganaba unos trescientos córdobas (poco más de cuarenta y ocho dólares) y un campesino, unos cien córdobas (quince dólares). (Pérez Baltodano, A. (2003). *Entre el Estado conquistador y el Estado Nación. Providencialismo, pensamiento político y estructura de poder en el desarrollo histórico de Nicaragua*. Managua: Ihnca-UCA, Fundación Friedrich Ebert en Nicaragua, p. 544).

Al principio, me inhibía el ambiente de Managua porque había muy pocos estudiantes de Matagalpa; no era muy común que estudiáramos los matagalpinos. A mí nadie me sacaba una palabra, aunque a la gente le gustaba que yo hablara porque tenía más marcado el deje norteño y creían que era cafetalera. Pero, aun siendo súper tímida, si había un alboroto, allí estaba yo.

Pronto me sentí identificada con la gente del Partido Socialista, pero en una identificación superficial, sin saber mucho. Sin embargo, cuando llegó la fecha del Congreso de los Estudiantes —que era un acontecimiento en la universidad— de mi aula, no sé por qué, me seleccionaron a mí. Dije que sí y me fui a León al congreso y allí yo me iba fijando que la gente que más intervenía, con la que yo babeaba, era de periodismo y eran mujeres. Sólo de algún hombre me acuerdo, más de la Vivian Torres y la Lily Soto [ver IP]. Ese día decidí que iba a estudiar periodismo, y mi mamá otra vez lo vio bien.

Yo toda la vida, desde chiquita, supe lo que era el Frente, pero no sabía que estaba allí mi mamá. Pero un día ella me dijo: «Te quiero llevar donde una señora que quiere hablar con vos y que es del Frente», y la señora era la responsable de la zona, Olga Avilés [ver IP], que ahora veo que era contemporánea mía, pero entonces la vi viejísima. Ella fue mi primer contacto y me dijo que quería ver si yo me hacía cargo de sacar adelante Impacto, una revista que era del Frente, pero que el muchacho que la hacía ni lo sabía. Y después mi mamá me dijo: «Si hubieras estudiado francés no me hubieras servido», pero fue la única recriminación de lo anterior. Y eso que ella y mi abuela eran de mano dura: ellas me gobernaban la vida de tal manera, que hasta me escogían la ropa. Una ropa horrible, un peinado también horrible, como un riñón, que nos quedaba feísimo, para que no nos pasaran los piojos, pero no se podía decir nada.

Después supimos que le venían diciendo que querían contactar a sus hijas, pero ella decía que no, que ella haría lo que quisieran, pero a las hijas no. Pero al final, ella misma nos fue reclutando. Hasta a mi hermana que tenía once años la obligaba a venir a las reuniones con nosotras, y ella entraba furiosa y se salía a la menor oportunidad. Todavía ayer, que estuvimos hablando con motivo de esta entrevista, aún me decía que le repugnaba, que le daba una cólera enorme que la mandaban obligada. Pero después, cuando yo caí presa con el grupo de mujeres de la Central de Policía, ella llegó a verme, aunque era tímida, y me dijo, como un poco agachada: «Ya soy del FER». Pero ya entonces entró por su propio gusto.

Las tres hermanas éramos tímidas, tal vez por ese régimen tan estricto, pero ella la que más. Y yo, desde que fui a la universidad, perdí la timidez y si hay cosas aún, nadie me lo nota.

Olga Avilés y su sustituto, que fue René Núñez [ver IP], los dos se marcharon cuando la toma de la casa de Chema Castillo 280. Por ese tiempo, mi mamá me llamó por teléfono a Managua y me dijo que teníamos una visita que me quería ver. Yo me imaginé inmediatamente que sería para conocer al clandestino nuevo, al que sustituiría a René, y me vine de Managua. Pero cuál fue mi susto cuando veo que era un profesor de Periodismo, que a mí no me había dado clase, porque yo llegué cuando él se había ido ya a la clandestinidad, pero que la universidad —que era un hervidero y donde se sabía todo—, le había hecho hasta siete despedidas. A mí entonces no me invitaron porque yo aún era recién llegada, pero lo había visto, y ahora reconocí que quien me quería ver era aquel profesor: Bayardo Arce [ver IP].

Cuando capturaron a René Núñez, estuvimos un tiempo desconectados porque el Frente no tenía a quién mandar a Matagalpa. Pero como yo me ofrecía al FER para todo, Bayardo Arce me localizó y, al final, estuve militando en dos lugares distintos: en Matagalpa, en el Frente, y en Managua, en el FER, donde mi jefe fue Antenor Rosales [ver IP]. Y esta última fue la actividad que yo he sentido siempre como fundamental. Creo que si no hubiera sido del FER, no sería lo que soy hoy, porque siempre he visto una diferencia entre la gente que sólo estuvo en el Frente y la que no. En el FER, los círculos de estudio eran rigurosos, la célula de la universidad tenía su hora de reunirse a estudiar, mientras que el Frente valoraba sobre todo la actividad: repartir propaganda, hacer comunicados y cosas similares. En el FER, también había actividad, pero había estudio.

Las dos únicas marchas a las que yo fui, fueron del FER, donde agarró la Guardia al Antenor. Fui del Comité Ejecutivo del FER y estuve atendiendo semiclandestina el territorio de Nagarote. Combiné ambas cosas hasta que me fui a la clandestinidad, algo que para mí fue fácil porque no tuve oposición familiar.

1. *Nuestra casa era «casa de seguridad». El respeto incuestionable a los clandestinos*

La *casa de seguridad* era el lugar a donde podían llegar a cualquier hora los compañeros que estaban en la clandestinidad; allí se les ocultaba, alimentaba, o se les escondían propaganda, documentos o armas. Nosotros éramos «colaboradores» y ellos como nuestros jefes. Era algo totalmente asumido con gusto, y la casa estaba al servicio de ellos. Por eso, cómo vivíamos cuando aparecían es un buen ejemplo de cómo nos relacionábamos con los clandestinos, porque nosotros dábamos la vida por ellos. Éramos capaces de

²⁸⁰ Véase nota n.º 14, sobre la toma de la casa de Chema Castillo.

dar todo por la causa, eso estaba por descontado. Sin embargo, ahora yo ahora he llegado a la conclusión de que mucha gente que fue entonces capaz de dar la vida, ya no son capaces de hacer nada por la gente pobre. Es la gente que dice: «De jóvenes, de izquierdas, y de viejos, de derechas». Yo creo que no voy a padecer nunca de ese mal porque le dedico mucho tiempo a pensar en cómo fue lo del Frente.

Fijáte a qué extremo los venerábamos que mi mamá y nosotras dormíamos en el suelo para que ellos durmieran en las camas, y mi abuelita se ponía furiosa y decía: «Es el colmo, ¡los queridos durmiendo en las camas y ellas en el suelo!», porque a ella la teníamos engañada, al margen de todo eso.

Así fue con Bayardo Arce, porque cuando frecuentó mi casa, fue como clandestino y como nuestro jefe, no comandante, como sería después. Y para que veas lo duros que podían ser, porque no era sólo él, te voy a poner ejemplos de cómo fue su trato conmigo, aunque yo nunca le reclamé por eso: el 4 de febrero de 1976 capturaron a Tomás Borge [ver IP] y sus tareas las tuvimos que asumir Carlos Arroyo [ver IP] y yo, porque no había más personas disponibles en Matagalpa. Y él, en lugar de animarnos, nos decía que «nos quedaba la camisa enorme», menospreciando nuestros esfuerzos. Yo sé que mucha gente lo odia por cosas así, pero yo, a pesar de que nos hablaba de esa forma y él sólo era un poquito mayor que yo, lo tengo en un altar. No al Bayardo Arce de hoy, sino a aquel, porque lo que yo soy, creo que se lo debo en parte a él. Porque él era así. Si yo le iba a entregar una cosa mal hecha, y decía «¡Esta mierda no sirve!», así de bruto, y había que hacerlo otra vez, pero él se ponía conmigo, me ayudaba, me aconsejaba y me enseñó mucho. Además, yo le podía decir las cosas. Por ejemplo, tras el Triunfo salíamos a bailar y echar tragos después del trabajo y él se ponía a acosar o a hacer cosas que no me gustaban. Una noche me lo quedé mirando y me dijo:

—¿Por qué me mirás?

Y le contesté:

—Porque me acuerdo de cuando usted me dio a leer *Lenin y el amor*, y esto es totalmente distinto a lo que dice el libro. Usted me formó a mí unos valores que usted no tiene.

Y él lo aguantaba. Es cierto que yo podía verle actitudes que censuraba, pero él ha sido una constante en mi vida. Fue mi jefe, antes y después del Triunfo. Era duro, pero yo misma creo que en aquella época no había otra manera de hacer las cosas y yo se lo agradezco profundamente. Era una persona ordenadísima, exigente. Recuerdo que si hallaba algo sucio, te decía: «¿Por qué no te orinaste, cagaste, lo revolvés y así lo mantenés?», porque él era bien ordenado, pero era rajatabla. Nunca me ofendió ese trato suyo, porque era abominable, pero formador.

Después, se fue porque él atendía todas Las Segovias y entonces vino otra clandestina que resultó ser Mónica Baltodano [ver IP]. Yo no la conocía en persona, pero ella era un mito porque había estado embarazada, siendo guerrillera, y había tenido un hijo que había entregado de tres meses a su mamá²⁸¹.

Toda la historia de los clandestinos se conocía en la universidad y yo había sospechado que era la Mónica, pero no lo sabía seguro. Después, cuando oí lo que se decía de ella, enseguida pensé que sí. Llegaba en Matagalpa a la casa, mi hermana tenía una hija de la misma edad que el de ella y se hacía loca con la de mi hermana, la chineaba y hasta la ponía a jugar con la pistola. Y ella dice en su libro que nosotras ahí inauguramos la costumbre de que somos capaces de pasar toda la noche hablando, sin dormir. Y, después, en la cárcel hacíamos lo mismo: hacíamos hoyitos en las paredes de las celdas y nos pasábamos toda la noche hablando.

Así, cuando a finales de marzo de 1976 me fui a la clandestinidad, como yo ya había estado semiclandestina, y ya faltaba meses de la casa, no fue un cambio enorme. La universidad ya hacía tiempo que la tenía de pantalla, pero no estaba en ello. Y ni se me ocurrió mandarle una carta a mi mamá, porque ella ya sabía y estábamos de acuerdo, pero me dijeron que era la norma, y le escribí. Le conté que en la casa donde estaba nos habían caído veintiún Becat²⁸² y que me tenía que ir a la clandestinidad. Eso fue en marzo, dos meses antes de que agarraran presa a la Charlotte²⁸³.

Mi mamá me contestó a esa carta mía diciéndome que se sentía orgullosísima de mí y que si ella tuviera menos años, también lo haría. Que lo único que tenía temor era de que algún día un guardia me pusiera una mano encima. Y esa carta circuló por el Frente —porque te leían las cartas antes

²⁸¹ Era una norma del Frente que, en caso de tener hijos siendo clandestina, se mantenían con la madre los tres primeros meses, pero después había que dejarlos con algún familiar o personas de confianza, porque no se podían cuidar en las circunstancias de la guerrilla. Hubo varios casos en que no volvieron a ver a los hijos hasta los siete años. (Véase un ejemplo en: González Casado, A., Sabater Monserrat, M.A. & Tryner Vilanova, M.P. (2013). *Guerrillera, mujer y comandante de la revolución sandinista. Memorias de Leticia Herrera*. Barcelona: Icaria. La mirada esférica).

²⁸² Las Brigadas Especiales contra Actos de Terrorismo (Becat) eran grupos de la policía política de Somoza que patrullaban las calles de Managua, deteniendo o arrestando gente de manera arbitraria e impune. Por extensión, se usaba la misma sigla como nominativo para referirse a los integrantes de esas brigadas y a los vehículos que empleaban en sus misiones.

²⁸³ Se refiere a Charlotte Baltodano (ver IP).

de dárte las, tu responsable las leía— y les llamó mucho la atención que una madre pudiera decir eso.

Todo esto que te he dicho es inédito, porque para la gente yo soy una ex prisionera y me preguntan siempre por la cárcel, por mi detención, pero no saben de mi vida clandestina y mi militancia. Lo de mi mamá, la Mónica [Baltodano] sí lo dice en su libro, porque ella estuvo clandestina en mi casa también²⁸⁴.

2. *Mi captura y la cárcel*

Cuando me capturaron, no fui directamente a la Central de Policía, sino que una semana me llevaron a los sótanos de las Oficinas de la Seguridad Nacional (OSN), no sé exactamente a dónde²⁸⁵. Era donde nos interrogaban. Al capturarme, me doblaron como un sándwich para meterme en el Becat, para que no viera, y con una capucha de hule que llegaba hasta medio cuerpo. Te dificultaba respirar y no *mirabas* absolutamente nada. Me llevaron a una celda que hoy yo aún no me explico cómo era su construcción, pero en los siete días que estuve ahí, no supe si era de día o de noche. Estaba siempre encendida una luz, y aunque te asomaras, porque tenía barrotes, sólo veías pared, yo no sé cómo estaba hecha. Ahí me metieron encapuchada, pero me quitaron las esposas y yo me quité la capucha para indagar dónde estaba, pero no pude saber.

Allí nos quitaban todo, pero me quedó una puntita escondida (un clavo) y yo hacía unas señales con ella en la pared cuando me despertaba. Así supe que llegué al número siete, que fueron siete días.

En cualquier momento del día o de la noche me sacaban para los interrogatorios y yo pienso que era un sótano porque yo iba encapuchada y esposada de una mano con el guardia, que me decía «Ahí hay una grada, tienes que bajar, tienes que subir»... con la inseguridad que da eso. Además, yo andaba con unas botitas sin cordones —nos los quitaban y también la *faja*— y todos

²⁸⁴ Se refiere al libro de Mónica Baltodano: *Memorias de la lucha sandinista...* (ver la bibliografía).

²⁸⁵ La Oficina de la Seguridad Nacional (OSN) estaba situada en la Loma de Tiscapa, en los sótanos del lugar donde estuvo la propia casa presidencial de Somoza antes del terremoto de 1972. Era el primer destino de los detenidos, donde se les interrogaba —frecuentemente con tortura— y se les informaba de los cargos, quedando a la espera del juicio y de su traslado a la cárcel. Pero ese paso tenía otro intermedio que era el de los calabozos de la Central de Policía, que tampoco solían respetar el tránsito rápido preceptivo, sino que en esas dependencias las estancias se prolongaban sin límites en la mayoría de los casos.

los zapatos me quedaban flojos porque yo era un hueso, pesaba ochenta y cinco libras (unos cuarenta kilos), y era incomodísimo caminar, por lo que yo buscaba dónde agarrarme y las paredes estaban húmedas. Cuando después me han descrito los sótanos, yo creo que estuve ahí, pero no lo sé con seguridad.

Como estaban sobrecargados —pues donde interrogaban tenían siempre gente— me tuvieron como en espera, amarrada a un tubo con la esposa y con mi capucha, en un baño. En toda la semana no me dieron un bocado de comida, ni agua, y, cuando fui a declarar ante el juez, como ni tenía la *faja*, el pantalón se me caía recto. Tuve que agarrarlo con mis manos.

Para sacar lo que ellos querían, me amenazaron con torturar a mi mamá, me hacían culpable emocionalmente de que mi mamá estuviera trabajando para que yo estudiara y cómo correspondía yo... aunque eso a mí ni me llegaba porque yo sabía lo que pensaba mi mamá. Y sin comer los siete días... eso en mi caso... ni fu, ni fa, porque yo era muy inapetente y no sufrí en ese aspecto.

Fueron días que estuve como en un *shock* porque te sacan a cada rato a interrogarte, a golpearte, a darte en la cabeza, y estás permanentemente a la espera del candado para que te lleguen a sacar. Es un sistema donde los golpes no son lo peor, sino que cuando me llevaban agarrada, que me iba cayendo, era una sensación horrible. Cuando yo he visto después películas de nazis, me pongo a llorar, no las puedo ver, porque eso es lo que aún siento y no lo puedo asimilar. Eso de que te lleven, que te tengan que decir dónde pones el pie, con aquella capucha, es espantoso.

En mi interrogatorio, los guardias querían que les dijera quien era «Abel» (Bayardo Arce) y dónde estaba. Por suerte, pude seguir las indicaciones que nos daban en el Frente: mantener siempre nuestra coartada y no abundar en detalles. Así lo hice, me cerré en que no sabía. Me golpeaban, me daban con una pistola en la cabeza, en la espalda, y decían: «Mientras no digas lo que sabes, no te damos de comer». Y hubo veces que me llevaron el plato, para que lo viera, pero no contaban con que yo había sido medio anoréxica, y es todavía hoy, y si no almuerzo o no ceno... no me muero. Me hubieran matado y no lo hubiera dicho. Pero, además, yo tengo una cosa que creo que tendrán la mayoría de los seres humanos como sobrevivencia: una imaginación poderosa. Pensaba en el barrio donde trabajaba cuando fui reclutada, el barrio La Chispa, el más pobre de Matagalpa, donde estábamos haciendo una escolita. Recordaba que allí yo hacía cosas que sólo se pueden hacer por una gran convicción porque, siendo un hueso, yo subía el cemento en la cabeza; después la gente nos daba una comidita horrible, que se tenía uno que comer por no despreciar, y también me la comía. En los siete días de esos interrogatorios, sólo pensaba en ellos, y eso me dio fuerza.

Se hizo cargo de mi defensa el sindicato de radioperiodistas, y cuando fui a ver al juez, allí estaba Vivian Torres, a la que yo había visto en el congreso de estudiantes del FER, aunque ella no me conocía.

Lo más alarmante de la cárcel fue que, de repente, me toco y noto que me habían salido unas pelotas en el busto, y te voy a contar el cuento entero porque vas a ver cómo era lo que pasaba en la cárcel y qué cosas conseguíamos de Somoza y cuáles no.

Nuestras órdenes eran que la responsable que teníamos en la cárcel, la Rosita —Rosa Argentina Ortiz [ver IP]— tenía que informar a nuestro responsable clandestino, que era el comandante [Bayardo] Arce. Él enseguida exigió que se me llevara a un hospital, pero Somoza se negó en rotundo. Entonces empieza una campaña de propaganda de que tengo cáncer, y oíamos en las noticias que no me había podido levantar ese día de mi camarote, que tenía dolor y un montón de cosas que eran mentira, aunque sí era cierto que yo ya estaba asustada. Entonces, José Esteban Quesada, un periodista del Frente —estrella de entonces y comprometido— fue a la conferencia de prensa que daba Somoza todos los lunes y preguntó cuándo iba a autorizar que a la periodista Margine Gutiérrez la llevaran a examinar o que viniera un médico. Él contestó: «El lunes», de modo que ese lunes se llenó de periodistas esperando que me llevaran al hospital y, claro, me llevaron. Pero ya el Frente tenía concertado al doctor Sandino, para que él me operara²⁸⁶.

Lo duro fue que cuando el doctor Sandino llegó, y me dice: «No te voy a poner anestesia porque no me han autorizado a traer a mi anestesta, y ellos pueden cerrar una válvula y te matan. Así que, hijita, sólo te voy a poner anestesia local». Eso era lo que no podíamos controlar ya de los métodos de Somoza. La Guardia tenía impunidad para hacer algo como eso, como matar a un guerrillero en una operación.

En un principio, la anestesia local no fue un problema, pero después, la pelota tenía un racimo que salía de ella y tuve que decirle al doctor que me amarrara porque no aguantaba el dolor. La anestesia local sólo alcanzaba a la pelota inicial, pero no a las ramificaciones.

Fue terrible, y él me dijo después: «En su expediente voy a poner que no necesita curación, porque no voy a dejar que la cure nadie y yo la voy a venir a curar todos los días». Al final, no fue cáncer, pero había que extirparlo y curarlo, claro.

²⁸⁶ El doctor Sandino era un médico que ayudaba a los detenidos del Frente siempre que le era posible. Los detenidos confiaban en él.

3. *Salida de la cárcel: la toma del Palacio Nacional*

Mi operación fue un lunes, 23 de agosto de 1978, y el martes, 24, fue el asalto al Palacio Nacional. El doctor ya no pudo llegar a curarme el 24 porque era diputado y estaba allá retenido. Pero fue de los pocos que soltaron de «la chanchera»²⁸⁷. Ahí fue donde la Dora le dijo que se podía ir porque nos había ayudado en varias ocasiones²⁸⁸. Ella fue la única mujer de ese comando, aunque cuando empezó a correr el rumor de que había una mujer en el asalto, todos pensamos en la Mónica. Yo no podía saber nada de eso, claro, pero él vino después y me contó. Era tan lindo, que me llevaba revistas para que yo me entretuviera.

En la cárcel no habíamos sospechado nada porque vivíamos haciendo planes de fuga, hasta que el comandante Arce nos mandó una carta prohibiendo terminantemente que siguiéramos planeando fugarnos. Nos dijo que eso era peligroso y que antes de que cumpliera años «el Pipito»²⁸⁹ estaríamos libres. El cumpleaños era el 22 de agosto, y el asalto, finalmente, fue el 24, pero casi fue exacto. Entonces nos dimos cuenta que se venía preparando ese asalto desde tiempo atrás.

Esa noche del asalto al Palacio yo estaba dormida en el Hospital Militar y escuché el tiroteo. Había una guardia capitana que se llamaba Carmen, a la que yo estaba asignada en el hospital, aunque yo tenía también un custodio allí en la puerta, pero ella era la única que llegaba. Un día me trajo dos agujas e hilo y me empezó a enseñar a tejer. Era súper amable.

Llegó el día del asalto a mediodía y me dice por lo bajo: «Tus compañeros hicieron algo para la libertad de ustedes». Y en la noche siento que me agarran —a mí me dolía horrores la operación aún— y me dicen: «¡Hija de la gran puta, te voy a matar!», y era un hombre con una pistola, «¡Mataron a mi primo, asesinos, criminales!». Pero entonces veo entrar a la guardia Carmen y le dice a él:

²⁸⁷ «La chanchera» llamaban despectivamente los sandinistas al Congreso de los diputados de Somoza. En Nicaragua los cerdos se llaman «chanchos».

²⁸⁸ Dora María Téllez se había involucrado ya en el movimiento estudiantil de secundaria, cuando se luchaba por que salieran los presos políticos sandinistas y en respaldo a la huelga de los maestros. Después continuó su participación en la universidad, donde tomó contacto con el Frente y empezó a trabajar en la clandestinidad. Su primera acción pública fue la participación en la toma del Palacio, con el pseudónimo de *comandante Dos*, una de los tres miembros que encabezaron el operativo. Se permitió salir a algunos diputados que habían prestado diversas ayudas. El doctor Sandino había operado ya a la madre de otra de las presas, Doris Tijerino, —también del Frente— y después a Margine.

²⁸⁹ «El Pipito» llamaban a Pancasán, hijo de Bayardo Arce y Mónica Baltodano.

—¡Teniente, deténgase!

Él le dice:

—¡Mataron a mi primo!

Y ella:

—Usted es teniente y yo capitana, ¡sálgase de aquí! Y le dijo al custodio:
¿Por qué lo dejaste entrar? Vos respondés por la vida de ella.

Después supe que el primo era uno de los guardias que había a la entrada del Palacio, a donde los del comando llegaron disparando. Pero yo no entendí entonces y no sospeché nada hasta más tarde, cuando me despertó un gran alboroto: llegan como cincuenta guardias a mi cuarto, con ametralladoras, con cincuenta mil tiros, y me dicen que me vista rapidito. Me vestí y me llevaron a un Becat que iba para el lago. Eran como las doce de la noche, por todo el trayecto descampado aún desde el terremoto²⁹⁰, y yendo hacia el lago que era donde mataban a diario. Yo pensé que me iban a matar y sólo me acordé de que mi mamá tal vez no sufriría tanto porque entendía en lo que yo estaba. Pero era que me llevaban a la Central de Policía, y cuando yo llego, miro que estaban allá mis compañeras y les habían hecho, no sé si en la noche, no sé si con alambre, como un redondel cercado, y ahí las tenían. Ellas se llevaron una gran alegría, porque pensaban que se iban y yo me quedaba, porque iba con la operación tiernita.

Ahí estuvimos hasta la madrugada, en donde ya nos fuimos a Panamá, yo operada de un día. Estuvimos allí una semana y de ahí pasamos a Cuba.

4. *Mi breve exilio en Cuba*

Cuando llego a Cuba, como voy operada y tengo ya un poquito de fama de ser medio inquisidora e interesada en cosas teóricas, parece que la Doris [Tijerino] [ver IP] y «Modesto» [Henry Ruiz, ver IP] se comunicaron y decidieron que yo no fuera a una escuela militar, como fueron todas, sino a una escuela política. Yo tenía curiosidad y a la Doris [Tijerino] le preguntaba por el maoísmo, las diferencias entre las corrientes marxistas. Era la que más se interesaba y caí ahí por preguntona. Y también por ir operada, que no podía ir a entrenamiento.

Estuve estudiando en esa escuela varios meses en un curso político que era *cuadrado*, de marxismo-leninismo, teórico. No había lápices de tinta (bolígrafos) y los cuadernos eran de papel de periódico. Hace unos días encontré uno de esos cuadernos y vi mi letrita de colaboradora del periódico en la «Historia del Movimiento Obrero Internacional»: nos dictaban cómo

²⁹⁰ Véase nota n.º 12, sobre el terremoto de 1972.

se formó la Internacional, materialismo histórico, dialéctico, etcétera. Hasta estudiamos los tres tomos de *El Capital*. Era *cuadrado*, pero lo vimos todo. Ahora lamento haber tenido el 80% de mi mente en Nicaragua, porque yo siempre estaba buscando cómo regresarme y no me acuerdo de nada. ¡Qué irresponsable!

Llegó un momento en que se iban marchando ya todas y a mí no me decían nada, aunque yo sabía que el comandante [Tomás] Borge me estaba pidiendo para una columna que se iba a formar en la montaña. Fui a diario a preguntar a René Núñez, que también estaba allí, cuándo me iba yo a ir, y —otra vez el estilo de estos hombres— me contestó una grosería: «¿Querés irte? ¡De querida de Tomás Borge es que vas a ir!». Yo, como Borge era mi ídolo, no dije nada, pero vi qué atrevido era ese hombre, cómo se le ocurría...

Por fin, en los primeros días de junio de 1979 me llaman y me dicen que voy a dejar la escuela porque voy a ir a un curso y que se va a cumplir mi sueño: que iba a ser la *radista* (periodista de radio) de la columna militar que iba a entrar con Tomás Borge en Nicaragua, porque estábamos cerca de la victoria. Yo sólo con venirme ya para Nicaragua, lo que fuera. Estaba alegre, pero en esos días había un festival de estudiantes en Polonia y deciden que vaya yo con Cándida González, que fue esposa de Joaquín Cuadra Lacayo [ver IP].

Nos fuimos a Polonia, con un frío horroroso, sin entender nada ni por qué. Sólo a hacer bulto y a que se dijera que ahí estaba el Frente Sandinista. Y ahí nos agarró el 19 de julio, el día del Triunfo. Y allí nos llegó la noticia por un polaco, que trajo un periódico y lo leyó en español: «¡Se fue Somoza!», sin saber ni que le escuchaban tres nicas, dos mujeres y un hombre. Empezamos a llorar.

Todavía seguimos como tres días más en Polonia y por fin regresamos a Cuba, donde estaban ya con la formación de la embajada. Y nosotras con el terror de que nos dejaran allí, pero no sé por qué dejaron de representante al otro que estuvo preso, Luis Guzmán «El Chiri» —que fue poco después el responsable del diario del FSLN, *Barricada*—, porque nadie se quería quedar. Y a nosotros ya nos mandaron para Nicaragua.

El trabajo político después del Triunfo: desorganización y rivalidades

Cuando triunfó la Revolución regresamos desde Cuba, y enseguida yo *miré* que se agrandaban muchas cosas. Primero, se notó enseguida que había una división entre los militantes: los que habían luchado combatiendo y los que no, con una valoración exagerada de los que habían combatido. Había gente que empezaba a contar historias de tomas de tanquetas, de combates, porque se valoraba más, y no habían estado en ellos. Entonces vi que yo era otra categoría de militante, porque nunca he opinado de lo que no viví. Y eso

que me sé la historia de cabo a rabo porque he tenido un privilegio que no ha tenido mucha gente de tener amistades que no tenía por qué tener, como Henry Ruiz —«Modesto»— o Ana Julia Guido [ver IP], y los primeros años yo era una esponja oyéndoles sus cuentos. Pero si están hablando de insurrecciones y de combate, yo para atrás, porque yo sé que existe esa división, a pesar de que estoy consciente de que un poema de la Gioconda Belli [ver IP] hizo más en la consciencia internacional que los tiros. Pero hubo gente que exacerbó el papel de la lucha armada. Por ejemplo, una vez que alguien estaba queriendo desacreditarme ante otra persona, dijo: «Esa no voló ni un tiro». Yo le dije: «Cuando a mí me reclutaron, me dijeron que este era un movimiento político, organizativo, que por circunstancias y razones defensivas andábamos armados, pero sólo por eso». Incluso alguien como «Modesto» no quería salir a matar guardias. Nosotros no éramos asesinos. Andábamos organizando al campesino y, si te topabas con un guardia, y se precisaba un combate, tenías que enfrentarlo. Pero «salir a matar guardias», por salir, eso es repulsivo. Sin embargo, en los años de la Revolución, eso primó.

Otra cosa fue que, a las que estuvimos presas nos dieron una relevancia excesiva. Pero sí es cierto que la entrega era tan grande que, cuando perdimos, cada 19 de julio yo lloré por espacio de ocho años. Me iba a una finquita que teníamos, a llorar.

Yo llegué aquí desde Cuba soltera, libre, y dispuesta para lo que me mandaran, pero el desconcierto y falta de coordinación entre los cuadros y ministerios era enorme. De momento, ni se me ocurrió buscar a mi mamá, y después de recibirnos en el aeropuerto, nos pusieron bajo el cargo del comandante Borge, que tenía su cuartel en el Hotel Intercontinental²⁹¹. Ahí dormíamos en las alfombras, donde fuera, hasta que un día él llegó y nos dijo que nos iba a mandar a ubicar en una casa. Nos llevaron a esa casa y nos dieron un carné, pero allí no hacíamos nada, estábamos aburridas y nos habían prohibido salir. Aun así, fuimos al Intercontinental otra vez a ver si nos asignaban algún trabajo, y nos encontramos con William Ramírez [ver IP], que era periodista también, y me dice que si no estoy en nada, me vaya con él a las *tropas especiales* del Ministerio del Interior, a la Comisaría Política²⁹². Estaban reuniendo, buscando gente combatiente para formarlas, y el

²⁹¹ En los primeros tiempos tras el Triunfo de la Revolución no estaban fijadas las sedes de las instituciones y ministerios, algunos de los cuales se organizaron en los pisos del Hotel Intercontinental.

²⁹² Se refiere a las Tropas Especiales «Pablo Úbeda», creadas por William Ramírez. Eran unas tropas de asalto que se entrenaban en Cuba, en virtud de una asesoría para Nicaragua del Ministerio del Interior cubano (Minint), en seminarios de varios meses.

William era así: me encaja mi uniforme, un rifle, y me asigna ir de arriba abajo con él y me dice que sólo podía salir con él.

Yo todavía estaba sin poder avisarle a mi mamá que no me mataron, que estaba aquí. Pero el segundo de William era Ramón Cabrales [ver IP], y un día, el William anuncia que va a salir y no va a llegar hasta el día siguiente. Entonces Ramón me dice que era mi oportunidad. Me sacó sin que nadie me viera, me vine a Matagalpa, saludé a mi mamá, y ni cuenta se dio el William de que me vine. Él *me andaba como llavero*, a todo con él, cargándole un maletín que *andaba hasta la pata de reales*. No supe cuánto era, pero lleno.

Y en esas llego al Intercontinental un día y me encuentro con el comandante Arce, que me dice con aquel menosprecio «¿Y dónde estás? ¿Vos creés que el Frente invirtió en vos para cargarle al William el maletín? Te espero mañana».

Cada uno me decía una cosa, así que yo no le dije nada al William, pero a Ramón sí le dije que el comandante Arce me había llamado cuando yo ni tenía dónde vivir, porque yo allá, con el William, vivía en las tropas. El comandante me dijo que iba a ir a trabajar en la Secretaría Nacional de Propaganda y Educación Política (Senapep), como jefa de propaganda, y estuve en Managua cinco años en eso. Después me destinaron a Matagalpa.

La guerra en Matagalpa: los encuentros con la Contra

Aunque yo valoraba mucho mis años fuertes de formación y aprendí muchísimo cuando estuve en Managua en el Departamento de Propaganda y Educación Política (Depep), o cuando hicimos la campaña para dar a conocer el Servicio Militar Patriótico (SMP), me saturé de ese tema y pedí que me mandaran como secretaria política a alguna zona. Y fue aquí, en Matagalpa, donde pasé cinco años súper tensos, de situaciones horribles, peor que en la década de 1970.

Pasé de vivir en Managua en un mundo de ir a los restaurantes, a las discotecas, a una vida de zozobra en la que no podíamos salir a ningún lado si no íbamos en grupo, en caravana, todos armados, con botas por si te tenían que tirar del *jeep* y viendo asesinatos atroces.

Tengo los peores recuerdos de la *Contra*, los más tristes y dolorosos, porque conocí sus actividades en Matagalpa, que era un escenario de guerra. Me avisaban a veces para reconocer cadáveres que traían en una camioneta porque, siendo la secretaria política, tenía que subir a verlos. Pero los alcaldes con frecuencia me decían: «Margine, no subás, porque no tenés idea de cómo vienen». Y eso era todos los días.

Un caso que no se me olvida fue en noviembre de 1986, el día que la *Contra* mató a dieciséis compañeros, de una manera atroz, desbaratados

con minas. Los estuvimos velando en el Comité Regional y eran chavalos jóvenes que no eran ni militares, eran políticos. Otro fue el de unas madres que venían a ver a sus hijos a una base militar de Jinotega, en Tomatoya. Las emboscaron y las mataron a todas.

En otra ocasión, creo que estaba en el Comité Zonal, el secretario político de Jinotega, Ronald Paredes, con otros cuatro compañeros fueron a ver qué había pasado en una cooperativa en «La Sorpresa», en donde decían que estaba todo destrozado y que había montones de heridos. Y como a las dos horas me llaman, que los habían emboscado y matado a toditos. Y a esa hora, a esperar a esos cinco cadáveres, mientras en Río Blanco habían matado ese mismo día a otros tantos.

Yo no puedo compartir que se disculpe a la *Contra*. Y te digo, sinceramente, tengo amigos que fueron *contras*, pero individualmente. Como movimiento, fueron unos asesinos y unos criminales. El Frente jamás hizo las cosas que hizo la *Contra*. Así que lo que difunden actualmente de las «devociones a la Virgen de Coapa» y lo de fabricar reproducciones de esa Virgen y repartirlas²⁹³... no lo asimilo. Parece que ahora es la reconciliación, pero a mí no me gusta ser deshonesto ni mentir: yo estoy de acuerdo con la reconciliación como política de Estado, totalmente de acuerdo, y cuando la he tenido que asumir, la asumo. Pero en mi vida personal, no lo cumplo. Creo que ni he olvidado, ni perdonado.

Las repercusiones del trabajo político en la familia

En ese aspecto, a mí las cosas se me hicieron fáciles porque no tuve enfrentamientos familiares. Como dije, me integré en el Frente muy joven y como fue mi propia mamá la que me metió, fue algo natural. Siempre hubo un buen ambiente en la casa, excepto por parte de mi abuelita, por aquello de pensar que los guerrilleros que frecuentaban la casa eran «queridos» de nosotras, sobre todo de mi mamá, pero nada más.

Igual antes del Triunfo —en mi etapa clandestina—, como en los primeros meses después del Triunfo, yo estaba soltera y siempre volcada en el trabajo al que me podía dedicar plenamente, y con ese espíritu, trabajando de domingo a domingo. Trabajábamos desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche sin que nos pagaran un córdoba y no me sentía explotada. Allí desayunábamos, almorzábamos y cenábamos, pero nunca cobramos el

²⁹³ La Virgen de Coapa: se refiere a una iniciativa de la Iglesia más conservadora, que decidió atribuirle a esa efigie el rasgo de respaldar a la *Contra*, por lo cual quedó como símbolo de la misma.

trabajo. Yo no tenía ni dónde caerme muerta, ni una sábana, ni una toalla, nada más que lo puesto. No sé cómo alguno se hizo rico. Ahora, sin embargo, por todo me siento explotada.

1. *Las relaciones de pareja*

En los años de clandestinidad hubo una liberalización en las relaciones hombre-mujer. Después me contaron que ya en el tiempo de la insurrección lo había, cierta promiscuidad, pero, al menos yo, jamás la vi ni conocí eso. Hay gente que a mí me ha preguntado y yo nunca supe, incluso había otra cosa en el Frente: vos sabías que si te llegabas a enamorar de un compañero, no podías establecer relación con esa persona si no pedías permiso. Yo a veces pienso que hubo «distintos Frentes», porque en mi entorno, en el que yo viví, vos tenías que pedir permiso para hacer vida con alguien. Y si te decían que no, era no. Eso tenía la justificación de posible peligro para la vida de los clandestinos. Cuando estás enamorado eres un poco irracional, y la explicación era ese posible peligro, por si la pareja era un riesgo para uno o para otros. Se tenía que pedir permiso aunque fuera un compañero de lucha.

Otras veces, cuando era necesario, hombres y mujeres vivíamos juntos, pero como hermanos. Por ejemplo, cuando yo estuve en el Comité Ejecutivo del FER, cuando estábamos clandestinos, estábamos cuatro, dos hombres y dos mujeres, que dormíamos juntos en el mismo cuarto, con una relación de puro trabajo. Después estuve también clandestina en casa de una pareja, y nunca ningún clandestino me acosó o intentó abusar.

También surgió ese rumor de promiscuidades, en concreto en Matagalpa, porque, después del Triunfo, aquí llegó destinada una ola de *gente de occidente*²⁹⁴, con esposas que habían oído que las mujeres de Matagalpa tenían fama de ser muy lindas. Decían que llamaban la atención, y para justificar su preocupación eran ofensivas. Yo llegué a escuchar que lo que había aquí era «un montón de putas, que habían desbaratado montones de matrimonios».

Lo que sí es cierto de aquella época es que, vos hacés un examen y son pocos los que siguieron con las esposas o parejas de antes. Dos excepciones son Humberto Ortega y Daniel [Ortega] [ver IP], que se quedaron con las que tenían de antes, pero tuvieron infinidad de mujeres en medio de todo el proceso. Y yo creo que ellos son los únicos que tienen las mismas parejas. También hubo algunos que entraron con sus esposas en Managua el 19 de julio y después las dejaron y se casaron con otras, generalmente de mejor

²⁹⁴ Al decir «de occidente» se refieren a la población mucho más urbanizada de los departamentos de León y Chinandega, en la costa del Pacífico.

posición económica que ellos. Les ocurrió a casi todos los hombres, lo que no fue el caso de las mujeres que tenían cargo y estaban casadas con hombres de menor rango. Las mujeres no cambiaron de pareja, sólo ellos.

En mi caso en concreto, meses después de mi llegada de Cuba, en diciembre de 1979, tuve un compañero, Leonel Espinoza [ver IP], pero todo siguió igual: vivíamos en la misma casa, pero cada quien por su lado. Él, entrega total a la causa, y yo igual. Lo primero, el trabajo.

Me separé de él años después, pero en eso no tuvo que ver la política. Era un poco *mujerero* y yo lo miraba irresponsable. Él era el jefe de la sección de medios de mi mismo edificio y empezó una relación con su secretaria en mi cara. Tal vez el contexto en el que nos habíamos desarrollado fue propicio, pero yo no lo sentí así. Me sentía mal de verlo bailando con ella cuando hacíamos fiesta, y empezamos a tener conflictos, a pesar de que él siempre lo negaba.

Junto a lo de mi compañero, empecé a tener otro problema en el trabajo. A mí siempre me ha gustado el trabajo de base, entre la gente, que es como yo había empezado, y en ese tiempo sólo estaba en planes de campañas, bajando a los comités regionales a presentarles el plan, hacer los *volantes*, todo como en una burbuja. No salía de ahí y a mí no me gustaba.

Entonces le conté al secretario político de Estelí que yo que me quería ir allí, y él *me pidió*. Y afortunadamente, tuve un jefe maravilloso, el comandante Carlos Núñez, con el que también hablé, y me autorizó el traslado. Y ahí resolví dos cosas: mi traslado a Estelí por el trabajo y mi separación de mi marido. Él lloró porque estaba bien apegado al hijo que teníamos de tres años, Carlos Leonel, pero yo estaba decidida. Y ya nos habíamos separado varias veces antes, hasta que en esta yo me marché.

2. *Los hijos*

Tuve ese primer hijo, Carlos Leonel, ya en 1981, cuando a mi sección le tocaba montar los actos del 19 de julio, que era un trabajo horrible: la propaganda, los *afiches*, las invitaciones, montar el acto, la tarima... y todo eso era mi responsabilidad. Mi hijo nació el 22 de junio, y a la semana yo estaba trabajando en el montaje del acto. Y después lo metí en el Centro de Desarrollo Infantil (CDI), para que estuviera ahí todo el día, y no sentí que fuera un atraso. Mi vida seguía siendo el trabajo.

Cuando me separé de su papá, lo que sí me propuse es que mi separación no le afectara a él, y creo que lo conseguimos: su papá venía todos los sábados a verlo, en vacaciones, y todo el día andaba con el papa de arriba abajo. Nunca me peleé con él, y yo lo considero, a pesar de que como marido fue un desastre, el mejor padre del mundo.

En 1987, tres años después de mi separación, me junté con un teniente del Ministerio del Interior, y todavía estoy con él. Después de 1990 tuve dos hijos más y a esos ya sí me pegué como garrapata.

Pasados los años, y al acordarme, me dio cargo de consciencia y pensaba «pobrecito mi negrito», pero uno se lleva sorpresas. Un día le pregunté:

—Carlos Leonel, ¿cuál es la mejor época de tu vida?

Y me dice:

—La de la Revolución.

—¿Por qué? —le dije yo.

Y él dijo:

—Porque se jugaba en el barrio, estaba feliz.

Y es que entonces había una seguridad total en Matagalpa, aunque yo llegara a las diez de la noche, él estaba en la calle jugando. Hasta cuando el huracán Juana, yo pensé después, ¿cómo yo lo pude dejar *íngrimo*, nada más con una empleada, e irme a los barrios a sacar a la gente?

Pero era así porque sentíamos que todo lo que ocurría era culpa o responsabilidad nuestra.

Los errores sandinistas: abusos de autoridad, ignorancia de la idiosincrasia campesina, confusión Estado-partido

Después de 1990, cuando perdimos las elecciones y había ganado la Unión Nacional Opositora (UNO), estábamos en una reunión, y conocí a una muchacha que se llamaba Maritza Arauz²⁹⁵, que decía que había sido de la *Contra*. Y me dice: «Margine, ¿cuánto tiempo estuviste presa?». Hasta me extrañó la pregunta, porque ellos nos odiaban a muerte, ni siquiera nos hablaban después del noventa. Se lo dije y ella dijo: «Yo también estuve presa por los sandinistas». Y después ella buscó cómo acercarse a mí para platicar y me empezó a decir que la torturaron, lo que le hicieron, y yo me puse a llorar, porque esos temas me afectan mucho, y le dije: «Perdoná, pero no era la filosofía de la Revolución torturar».

1. *Los abusos*

Me quedé pensando y me di cuenta de que, cuando yo decía que me habían torturado, al menos un periódico decía «Margine Gutiérrez, víctima de las torturas en las ergástulas somocistas», pero de la parte de ellos no lo

²⁹⁵ Maritza Arauz se integró en la *Contra* en 1986. Es una de las entrevistadas en este mismo trabajo.

hay. Por eso no sabés si es mentira o es verdad, aunque aquí hay pueblos que fueron arrasados y eso nadie lo cuenta.

El caso del secretario político de Yalí fue tremendo. Yalí fue un pueblito sandinista, más bien el casquito urbano, muy golpeado por la *Contra*. Pero la historia venía de atrás: cuando aquí triunfa la Revolución, pusieron al mando a Alonso Porras, un militante de la tendencia proletaria²⁹⁶, que colocó en distintos lugares a secretarios políticos afines a su tendencia. Y en Yalí pusieron a un muchacho jovencito, César Barquero²⁹⁷, que empezó a hacer atrocidades con la gente hasta que llegó a los oídos de la dirección y mandaron a Jaime Wheelock [ver IP] y a Luis Carrión [ver IP]. Vinieron inmediatamente e hicieron una investigación, que se recopiló en unos tomos que ahora me arrepiento de no haber recogido. Barquero fue expulsado y ni sé cómo no lo fusilaron. Aquello fue horrible.

Éramos demasiado jóvenes, y con sucesos así, lo que iba mal se terminaba de desbaratar. Si en Yalí hubo alzamientos, toda la gente dice que se debió a las acciones de ese psicópata de César Barquero.

También fue una equivocación poner gente de fuera al mando. En Matagalpa, por ejemplo, había gente suficiente para cubrir los puestos, y ya sabes que era territorio GPP²⁹⁸. Pero tal vez nuestra gente no tenía *el vuelo* de la gente de occidente donde son más *hablantinos*, más decididos. Aquí la gente de aquí es más apartada, apocada. Vos sabés que tenemos como idiosincrasias diferenciadas. Y entonces, en lugar de poner a la gente de aquí, mandaron aquellos *cuadros*, como Alonso Porras, y los de aquí quedaron por debajo. Cuando pasó lo de Yalí, la gente de la GPP decía que si nos hubieran dejado a nosotros, eso nunca hubiera pasado. No se sabe, no se puede saber... pero sí conocíamos la idiosincrasia de la gente, y los que llegaron, no.

Mi marido, que fue de la Seguridad del Estado, estuvo en Waslala defendiendo la Revolución, pero después él se salió. No tuvo beneficio alguno precisamente porque se fue. Cuando sale la gente hablando de esas cosas, él, que los conoce, me dice: «Ese fue un 'hijo puta' que hizo esto y esto». Y me quiere contar cosas, pero yo le digo que no lo haga porque no lo tolero.

²⁹⁶ Véase nota n.º 11, sobre las tendencias del FSLN.

²⁹⁷ César Barquero fue uno de los secretarios políticos impuestos por Alonso Porras, que fueron objeto de diversas acusaciones por actuaciones represivas entre 1983-1984. Se decía de ellos que capturaban a la gente que estaba contra el Frente y la torturaban, y se les acusó de conductas crueles en Pantasma, Yalí, El Cuá, Waslala y Río Blanco.

²⁹⁸ Se refiere a la tendencia del Frente denominada *guerra popular prolongada* (GPP), la primera, que abogaba por la lucha en la montaña. Véase al respecto la nota n.º 11.

Aquí, en cada etapa de elecciones, *La Prensa* dice cosas que hicieron los sandinistas, pero nadie les contesta, y yo estoy segura de que muchas cosas son inventadas. Tampoco niego que determinadas personas, individualmente, pudieran cometer atrocidades, porque conozco alguna. Pero es verdad que no eran las instrucciones de la Revolución.

2. *El desencuentro con los campesinos*

Muchas iniciativas nuestras afectaron de forma negativa al campesinado. Por ejemplo aquí, después de un año o dos del Triunfo de la Revolución, estaban vivas las estructuras coloniales del campo, el colonato²⁹⁹, la mediería³⁰⁰ y los *comisariatos*³⁰¹. Se prohibió el abuso de los comisariatos y se les empezó a llevar azúcar, papel higiénico, incluso regalado, todo lo que se podía, pero ellos lo rechazaban. Esas formas de tenencia de la tierra, que a nuestros ojos eran abominables y de explotación, para el campesinado eran su tradición e incluían que el patrón o la patrona eran los padrinos de sus hijos, y ellos se sentían bien con sus costumbres. Empezaron a ver alterado su modo de vida y no querían un cambio.

Lo hacíamos de buena fe, pero ellos lo rechazaban porque se intervenía sin preguntar. Por ejemplo, en los primeros años después del Triunfo, construimos casas en la montaña, con inodoro, lavamanos, de todo, pero la gente lo primero que hacía era arrancar el inodoro y *botarlo* y hacer su letrina. Se hizo una investigación también para ver qué pasaba, porque todo se había hecho para que mejorara su vida, y se vio que todo lo que le cambiaban al campesino le iba incomodando.

Igual que lo otro de «democratizar el crédito» fue otra de las «locuras» de la Revolución. La total inexperiencia llevó a esos extremos: para que la gente tuviera acceso a él, se les tiraban sacos de *reales* desde un helicóptero. A gentes que no tenían ni carretera para llegar hasta ellos, ni se sabe a dónde irían a parar esos sacos. La gente nos *miraba* como locos.

Pero otras veces se les ayudó realmente. Por ejemplo, cada cosecha de café la normativa decía: «Los lunes les tienen que dar huevos, los martes, sopa

²⁹⁹ El colonato era un sistema especial de arrendamiento de tierras mediante el cual el trabajador de un latifundio cultivaba una parte de la tierra del dueño, para el consumo de su familia, a cambio de fuertes pagos al dueño como tributos o renta.

³⁰⁰ Era el sistema por el cual un socio ponía la tierra, otro compraba la semilla, y se repartían a medias la producción.

³⁰¹ Había *comisariatos* en los que de un pan que valía un córdoba, sacaban tres partes y las vendían a cinco córdobas cada una.

de hueso, los miércoles...», y nosotros íbamos a ver que eso se cumpliera y estuvieron mucho mejor alimentados.

Lo peor fue que no se supo tener el cuidado necesario en el trato a los campesinos. Había muchas cosas que *los de occidente* desconocían: vos llegás a la casa de un campesino y a él no le gusta que le digas de «vos», si no es tu conocido. Lo tenés que tratar con respeto, no podés hacer otra cosa. O si llegás a casa de un colaborador, *no te quedés viendo* a la hija, a su esposa, sé respetuoso... Y eso nosotros lo hablábamos, pero *los de occidente* llegaron como Pedro por su casa: *voseaban* a los campesinos, se metían, porque ellos así son. Y eso le chocó mucho al campesinado de aquí. Lo que tenían era estudios teóricos... como los de Jaime Wheelock, pero no se me olvida cuando él vino a hacer algo que para mí fue una de las cosas más grandes de la Revolución: quemar los *galpones*³⁰², los míseros campamentos. Y la gente se sintió ofendida. Nuestra actuación fue el origen de un alzamiento no estimulado.

3. *El FSLN se convirtió en un partido-Estado*

Otra cosa que veo cuando ahora reflexiono, es el error de la falta de diferenciación que hubo entre Estado y partido. Yo siempre fui del partido y veo que nosotros éramos un poder: venía la cosecha cafetalera, yo era la coordinadora del Comité de Cosecha; se iban a sacar los granos básicos, yo era la coordinadora del Comité de Granos Básicos; y eso significaba que se subordinaba a mí incluso el director de la empresa cafetalera. Yo le iba a revisar que allí hubiera azúcar, que no le faltara nada al trabajador, que el 24 de diciembre hiciera su piñata... eso era parte de mi trabajo político. Yo siento que fue una gran escuela para mí. Aprendí de todo eso y vivíamos vigilantes de las necesidades de la gente, pero no fuimos lo suficientemente críticos. Aquí se hacía lo que decíamos, y esa confusión nos hizo perder el rol de un partido, que es vigilar y fiscalizar al gobierno. El partido no tuvo la distancia que era necesaria, sobre todo respecto al ejército y al Ministerio del Interior. Los ministerios actuaban como poderes estancos. Por ejemplo, Jaime Wheelock, en agricultura, tenía un superministerio, que era un gran poder; o el Ministerio del Interior o el del Ejército-Defensa, igual, eran los otros más fuertes y no los supervisaba nadie. Y, a la vez, el partido gozaba de una gran autonomía: los más altos cargos se podían dar cuenta de lo que pasaba en Managua, pero no sabían lo que pasaba aquí. Fijate que yo, como

³⁰² Los galpones eran meros cajones donde los campesinos dormían en condiciones inhumanas; una especie de habitáculos que recordaban los pabellones de los campos de concentración nazis.

secretaría política zonal —nombrada de Matagalpa y Jinotega—, era miembro del Comité Regional y de la Asamblea Sandinista, y aquí los jueces los poníamos nosotros. Yo misma nombré juez a una mujer que apenas sabía leer y escribir, pero la nombré por su valía personal, por su compromiso. Después cuando estudié Derecho me quedé espantada de lo irresponsable que fui. Sin embargo, fue una de las mejores jueces que hubo, y querida por la gente.

Es cierto que el partido era un poder con una autonomía grande, donde se sancionaba la indisciplina y la gente nos odiaba porque éramos unos tiranos. Pero también hubo algunas cosas buenas en la confusión Estado-partido: por ejemplo, yo era la responsable del Comité de Cosecha. Si venía el director de la Unidad de Producción Estatal (UPE), que eran como treinta fincas, y me decía: «Tenemos problemas, no tenemos frijoles para esta semana», yo, con mi comité, que era del partido, les buscaba los frijoles y se los comprábamos. Me llamaban: «No tenemos azúcar», pues a buscar donde la hubiera. Para nosotros, los ojos de la cara eran los trabajadores agrícolas, porque eran los más sufridos y los más explotados.

Vivíamos dedicados totalmente a nuestro trabajo. En esos años, yo nunca tuve una cena navideña, un siete de diciembre³⁰³ o un 31 de diciembre. En mi área había como treinta haciendas, todas en fila, y yo empezaba desde la primera, el día 24 en la mañana, hasta terminirlas. Iba a revisar que tuvieran piñata, una cena navideña para los trabajadores, que el *comisariato* tuviera de todo para que pudieran comprar... finca por finca. Cuando recuerdo esa época, me veo saliendo por El Roblar, remojada, de noche, cansada y agotada, sólo para venirme a acostar con mi hijito que ya estaba dormido.

Mi visión actual

En mi opinión, ahora se critica en exceso todo lo que hace el gobierno, pero yo siempre he tenido que actuar por convicción. No he podido dejarme llevar.

Por ejemplo, en las críticas constantes a lo del canal³⁰⁴, yo no tengo una posición porque no tengo datos, y veo que los que dicen que nos van a partir el lago hablan desde una posición emocional. No dan una alternativa, y la gente no se puede seguir muriendo de hambre, porque aquí sigue habiendo una pobreza horrible.

³⁰³ Se refiere a la fiesta de La Purísima, muy celebrada en Nicaragua.

³⁰⁴ Véase nota n.º 114 sobre el proyecto gubernamental de construir un canal interoceánico, muy rechazado por la población.

Tampoco me he callado ante el movimiento de mujeres: apoyo a la red de mujeres, les doy mi ayuda y hasta una calle me pusieron con mi nombre, pero no comparto al cien por cien sus métodos. Me considero una feminista desde mis raíces y mi hogar, por el ejemplo de mi mamá y de mi abuela, no por el Frente, donde nunca me preguntaron y sólo decían: «Va usted para allá, o para acá», pero eso no me quita de ver los errores. Por ejemplo, yo estoy a favor del aborto, pero no puedes llegar a decir a gentes atrasadas eso de repente. Hay que ir educándolas. Ni estoy de acuerdo en que, cuando vino la Conferencia Episcopal desfilando, algunas de la red de mujeres aparecieran en la esquina unas sin *brasier* y otras en bolas. La gente no las quiere, las detesta, porque tocan al montón de hipócritas. A veces, como diría Lenin, «hay que dar un paso atrás, para poder avanzar».

Lo mismo me ha pasado con gente que dice ahora que Daniel Ortega es muy prepotente. Pero si yo a él nunca lo he visto maltratar a alguien ¿por qué tengo que decir que es cierto? O en el caso del gobierno: yo no me considero opositora «per se» y no vivo brincando en contra de todo lo que hacen porque creo que hay cosas que las han hecho bien: cuando el Frente volvió a gobernar en 2007, en los hospitales no había ni sábanas. Ni las telas con las que se dividen los cubículos. Se estaba allí en una total promiscuidad. Yo veo este gobierno peor que el de los ochenta, pero no peor que los de Violeta, Bolaños o Alemán³⁰⁵ y, sin embargo, no tuvieron críticas de la sociedad tan virulentas como los del Frente.

Mucho después, en el 2000, yo trabajé con Ayuda Popular Noruega porque hubo una hambruna horrible. Hice una investigación en las haciendas de café en Matagalpa, con un representante de cada hacienda de Matagalpa, San Ramón, El Tuma, La Dalia, y les pudimos hacer muchas encuestas a los trabajadores. El resultado fue que la mejor época para ellos había sido la de la Revolución, pese a que yo tenía una gran insatisfacción. Sólo me faltó llorar.

Me quedé muy sorprendida, porque recordé que las órdenes eran que al gran productor había que darle todo, incentivos, lo que pidieran, aunque los trabajadores agrícolas trabajaran sin salario porque los productores decían que no tenían para pagarles. Pero vos *mirabas*, después, que esos productores sacaban la cosecha y compraban las camionetas Mitsubishi —que aquí ni había porque seguíamos con el bloqueo de EE.UU. e iban allá a comprarlas—, se traían televisores, muchas cosas, y Wheelock pidiéndoles a los trabajadores que sacaran la cosecha a como fuera, y ellos, por esa disciplina que había, lo hacían.

³⁰⁵ Fueron los gobiernos neoliberales posteriores a la derrota del FSLN en 1990: Violeta Chamorro (1990-1997), Arnoldo Alemán (1997-2002) y Enrique Bolaños (2002-2007).

Cuando luego vinieron a decir que la mejor época había sido la de la Revolución, yo les dije: «Pero, ¿por qué?» y contestaron: «Porque conocimos el azúcar». Mirá el nivel de pobreza que tenían.

Desde la pérdida de las elecciones, en 1990, no soy del Frente, pero no me considero enemiga. A mí me invitan, voy a actividades, no partidarias, sino de la alcaldía. Pero cuando los veo, pienso que si estuviera allí, pensaría como ellos, actuaría igual... porque a uno se le pone una venda cuando está participando.

Evelyn Pinto
(Managua, 2014)



A nuestra terrible guerra de los ochenta, hoy yo me inclinaría más por llamarle «guerra civil» que «agresión norteamericana». Y creo que esa fue una de las cosas que me golpeó más descubrir en los noventa, porque mi discurso era otro...

Me llamo Evelyn Pinto. Me casé, con el único esposo que he tenido, en 1981 y tengo tres hijas, de treinta y tres, treinta y veinte años. Siempre he vivido en Nicaragua.

Origen y educación

Vengo de una familia opositora, tradicional, conservadores de antes del *Kupia-Kumi*³⁰⁶. Mi familia nunca tuvo una buena relación con el somocismo, ni de amistades, ni de lucro, ni de puestos en el gobierno, salvo que mi mamá era maestra. Era una oposición elemental, de estar contra la dictadura, y tengo un tío muy activo que, cuando mataron a Somoza el viejo (1956),

³⁰⁶ Se denominó *Kupia Kumi* —que en el idioma miskito significa «un solo corazón»— al pacto entre los liberales (partido de Somoza) y los conservadores (la oposición legal y parlamentaria tradicional) pacto que tuvo lugar en mayo de 1971.

y se detuvo a tanta gente, fue detenido, y casi toda la familia estuvo presa. Una de mis tías era novia de un amigo de Rigoberto,³⁰⁷ pero eso fue todo.

Estudié la secundaria en León. Allí había dos grandes colegios privados de religiosas, La Pureza y La Asunción, y yo estudié en el Colegio de la Asunción. Éramos un grupo bastante fuerte que hicimos escuela y me siento muy orgullosa de haber pertenecido a ese grupo. En ese colegio, yo creo que fue muy influyente la apertura de las hermanas, no tanto que hubiera una estimulación directa. El colegio era muy elitista, pero había opciones para que otras personas que no teníamos ese nivel pudiéramos acceder a los estudios. Y no necesariamente por ir becadas, sino que los requisitos económicos imprescindibles no eran inalcanzables. Por ejemplo, en mi caso, siendo hija de maestra de escuela, con gran esfuerzo, ella me pudo enviar allí.

Las hermanas eran muy abiertas, provocaban el debate y fomentaban la expresión, las discusiones, que uno pudiera hablar. Allí nos llevaban a personas relevantes a hablarnos de marxismo, de todo, hacia 1975-76. Querían que nos informáramos y eso fue muy favorable. Por eso me enteré bien jovencita de la situación que había en mi país.

Mis compañeras y yo colaboramos pronto con la lucha, fuimos *correos*, y en eso nos ayudaba muchísimo ser del colegio, porque paseábamos con nuestros uniformes y no éramos nada sospechosas. Después, mi trabajo fue de tipo organizativo político, nunca militar, aunque llegada la insurrección, todos tuvimos que tomar las armas.

Antes de que yo me involucrara directamente con el Frente, pertenecí al grupo cristiano de la Asunción que trabajaba con los de La Salle, cercanos a la parroquia. Lo que hacíamos era un trabajo social en los barrios, donde se organizaba la juventud: alfabetizábamos, hacíamos murales para las misas de los domingos con el acuerdo del sacerdote, visitábamos casas, reflexionábamos sobre la situación del barrio y sus problemas... Estoy hablando de empezar con trece años, en la alfabetización de Río Chiquito, que ahí todo el mundo iba a alfabetizar, y después, ya con catorce o quince años, iniciamos el estudio y las conversaciones sobre la realidad de Nicaragua, la toma de conciencia de la situación en esos barrios y todo un trabajo que ya no vino de las hermanas, sino de un hermano de La Salle, que era el animador.

En esos andares en el barrio —que fue el del Laborío— fue donde nos topamos con el Frente, con otro grupo que ya eran universitarios, como la Mónica Baltodano [ver IP]. Nosotros los veíamos con simpatía, pero entendíamos que eran otra cosa, que estaban más en la política y nosotros más en

³⁰⁷ Se refiere a Rigoberto López Pérez, ejecutor de la muerte de Anastasio Somoza García (ver IP).

lo social y más metidos en la iglesia. Pero ellos se dieron cuenta que éramos una «mina» y empezaron a trabajarnos y a captarnos uno a uno: primero lo observaban a uno, veían si se podían fiar, si sería válido, y ya entonces nos lo decían directamente, si queríamos pertenecer al FSLN. A mí fue, incluso, uno de mi propio grupo el que me reclutó.

En aquel proceso había muchos más muchachos que muchachas. Nosotras éramos claramente minoría, pero se nos escuchaba igual que a ellos, teníamos nuestras opiniones y éramos igual de activas. Muchas veces destacábamos más nosotras que ellos, y así nos ocurrió a Ana Patricia Elvir —ahora cónsul de Nicaragua en Japón— y a mí. Ella fue mi amiga de crecer juntas en el colegio, tuvimos mucha actividad unidas y sobresalimos mucho más que los varones.

Al llegar a la universidad, fue creciendo nuestro involucramiento y compromiso personal. Yo participé en todas las actividades estudiantiles que se hicieron en León y en las insurrecciones de 1978 y 1979, y después durante los ochenta hasta que se perdieron las elecciones.

Mi actividad política tras el Triunfo sandinista en el ejército y la educación

Yo me encontraba en León cuando se dio el Triunfo, y lo primero que nos dijeron es que había que organizar enseguida la policía y el ejército, y yo elegí estar en el ejército —aunque ahora ni sé muy bien por qué— y fui fundadora junto con la primera jefa, Dora María Téllez [ver IP]. Se formaron dos grandes grupos, uno para poner orden, y otro para la seguridad.

Mi misión era formar a un nuevo tipo de ejército, y hasta participamos en los procesos de reclutamiento, porque podía llegar un guardia infiltrado y no ser detectado por los que estuvieran a cargo de esa tarea. Pero me quedé allí menos de un año, porque cuando ya se empezó a organizar todo con aquella disciplina militar... aquello no me iba. Yo soy muy cuestionadora, no soy de obedecer sin más, y lamenté mucho que, para ese entonces, empezó la Campaña de Alfabetización, donde me hubiera encantado participar, y no pude por estar en el ejército. Así que trabajé en ello con los recién reclutados, aunque no recuerdo que hubiera muchos analfabetos. Los que se integraban de León o Chinandega, gente urbana, solían venir en mejores condiciones culturales. Nos dedicamos sobre todo a los que llegaban del norte.

Fue casi al año del Triunfo, cuando a los antiguos nos iban a dar grados militares, mayores responsabilidades, cuando vi que debía irme del ejército, y salí de allí en 1980, gracias a mi amiga Ana Patricia, la que le mencioné antes. Desde esa fecha hasta 1987, fui miembro, con varios cargos, de la Comisión de Relaciones Internacionales de las Juventudes

Sandinistas. Ese trabajo significaba viajar mucho y, sin saber idiomas, me recorrí toda Europa, la India, muchos lugares. O me acompañaban, si iba como secretaria, o acompañaba yo. Viajé varias veces con Carlos Carrión, el coordinador general de la Juventud Sandinista, y mucho también por Europa con Fernando Cardenal [ver IP]. Ahí tuve la misión de seguir con el mismo trabajo político, dar a conocer en el mundo la guerra y la situación en que estaba Nicaragua.

Paralelamente, en el interior, se estaba desarrollando la Campaña de Alfabetización, que fue la actividad de más entusiasmo de todo el período. Y ahí quedó reflejada la juventud de esa época, en la que hay dos grupos: una generación de jóvenes de veinticuatro o veinticinco años en ese tiempo, que éramos los que llegábamos con experiencia. Y otra, a partir de los diez años, que empezó a despuntar con esa Cruzada de Alfabetización, que sintieron que ese era su momento histórico y se sienten orgullosos ahora de haber participado. Después, ya en 1983, hubo otra cantidad de *chavalos* a los que las familias los sacaron del país para que no fueran al servicio militar obligatorio, y hubo situaciones difíciles, pero no fue lo general.

Las influencias del exterior: Europa del Este y Cuba

Nosotros no queríamos ser alineados, por lo que nos relacionábamos con toda Europa, tanto con los países del Este y la URSS, como con los socialdemócratas occidentales. Las juventudes nos invitaban a sus congresos, o a reuniones que nos organizaban, para que contáramos nuestra experiencia y la situación del país y marcha de la guerra. Eso duró toda la década y fue muy frecuente, todo era un ir y venir. Y en esos viajes, cada vez más, lo importante para nosotros iba siendo dar a conocer el tema de la guerra, de lo que nos estaba perjudicando.

Ahí fue donde yo me di cuenta de los «manejos» de los partidos, sobre todo los de Europa del Este, porque intentaban que apoyáramos la línea que fuera «políticamente correcta» para ellos. Pero nosotros no cedíamos en eso; si uno socialdemócrata nos ayudaba, o si lo hacían los rusos, o quienes fueran, nosotros aceptábamos que nos ayudaran, lo agradecíamos, pero no seguíamos sus indicaciones políticas. Por ejemplo, no aceptamos a hablar a favor de la intervención de los rusos en Afganistán, o de otros temas con los que no estuviéramos de acuerdo, aunque nos lo pidieran. De eso es algo de lo que yo me siento orgullosa, de que siempre fui coherente con mi manera de pensar.

Igual con los cubanos, que muy pronto supieron que nuestra juventud no era la de los partidos comunistas de América del Sur, que se alineaban. Nosotros no. Sí nos invitaban, nos financiaban el viaje, pero nosotros decíamos lo que queríamos.

En una ocasión, mi amiga Ana Patricia Elvir tuvo la idea de proponer una marcha mundial a favor de Nicaragua. A los cubanos les pareció una locura de esta muchachita, pero fue bueno porque nos hicimos respetar ante ellos.

En otra ocasión —una de mis mejores experiencias— fue cuando Fidel [Castro] levantó el tema de la deuda externa, que se había demostrado impagable. Los cubanos no hablaban de otra cosa, y querían poner a todo el mundo en sintonía con eso, pero se dieron cuenta de que para nosotros no era un tema prioritario, que el nuestro era dar a conocer nuestra situación de guerra. Y en una reunión latinoamericana en que llegó todo el mundo, convocada por Fidel, esta vez sí se atrevieron a decirnos claramente que el tema era el de la deuda y que debía ir todo alrededor de eso. Nos advirtieron y nosotros escuchamos, pero estando allá nos llegó información de una masacre que se había dado en Nicaragua, y nosotros decidimos cambiar nuestro discurso y no desaprovechar la situación para dar a conocer lo ocurrido. Y ahí hubo una brecha importante con los cubanos, una crisis real, porque no lo aceptaron en absoluto. Nunca se imaginaron algo así, o nadie se les había opuesto a lo que decían. Al regresar nosotros a Nicaragua, volvimos con las relaciones prácticamente rotas, pero el Departamento Internacional del Frente nos respaldó, no nos dijo nada. Fueron los cubanos los que nos tuvieron que llamar para recomponer las relaciones, con la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC). Ellos trataban de influir siempre, pero se manifestaban de forma muy suave, sugerían, no imponían, y lo decían todo muy sutilmente. Aprendieron a respetarnos.

Y aun así, hoy creo que debimos ser más críticos. En los eventos que había de la juventud mundial debimos decir algo sobre nuestros desacuerdos, pero éramos incapaces, no nos atrevimos. Al menos no les lamimos las botas ni a rusos ni a cubanos porque nos pagaran el boleto.

En nuestros viajes por el mundo, no fuimos a museos, no conocíamos nada, porque no concebíamos ir de turismo cuando aquí a la gente la estaban matando en la guerra. Y también con el dinero fuimos de lo más austeros y transparentes: íbamos con cincuenta dólares a Europa y volvíamos con ellos si no los gastábamos —porque nos invitaban mucho— y enseñábamos los billetitos de los buses, de todo. Recogíamos la pasta dental de los hoteles, cosas así, por la escasez que había aquí, pero nada más. Aunque también es posible que todo el mundo no fuera así.

El Frente, la pareja y los hijos

Cuando a mí me reclutaron para el Frente, con diecisiete años, yo quise hacerlo con el novio que tenía, pero él no quiso. Era mi novio de cuatro años, y eso fue causa de ruptura. Él sí quería participar, pero no tanto como yo, no

comprometerse así. Eso fue cuando la insurrección de 1978. Fui a llamarlo y no vino, no quiso, y ya no volvimos a unirnos. El contexto era tan fuerte que, con diecisiete años, se elegía la militancia ante la negativa del novio.

Después me casé en 1981, y él también estaba en la organización, en Jalapa, en Chontales, y ya con el núcleo familiar, en Managua. Mi militancia y actividad no afectó negativamente en mi familia porque tuve el respaldo de mi mamá, que me daba la ayuda necesaria para que todo funcionara. Al final, parece que siempre es una mujer la que responde, y yo tenía a mi madre. Tuve dos niñas en los ochenta, y la menor en los noventa, que se quedaban con ella, los crió y fue el soporte de la casa, hasta en hacer *filas* para la provisión doméstica, porque entonces uno se pasaba la mitad del día así, porque había que esperar para todo. Y nosotros, los padres, estábamos del todo y a tiempo completo en el trabajo político.

Mis hijas después me han comentado la diferencia enorme que vieron en las circunstancias de ellas y de la pequeña, la nacida ya en los noventa. Decían cómo les hubiera gustado para ellas lo mismo, pero aun así, una de ellas sigue mis pasos, y está hoy bien comprometida. Fueron viviendo la historia de su país y se metieron en las mismas cosas.

He visto otra gente que los hijos no saben nada de su historia, parece que sus padres hubieran vivido en otro país. Pero nosotros no, nuestros hijos saben todo, y han vivido y conocen su historia. Cuando aprendieron a leer, me preguntaban. Tienen conocimiento de experiencias tristes, duras, que nos tocó vivir y las supieron por nosotros.

Respecto al papá, cuando él estuvo fuera, por tres años, aún eran muy pequeñas, y sólo la mayor lo notó. Le hacía falta, lo llamaba... pero nosotros les contamos siempre a todos, les explicamos qué habíamos hecho y por qué. Y crecieron así. Tienen fotos más vestida de militar y cargando con ellos en las marchas, todavía con las *pachas*.

Para mí fue muy positivo porque, cuando la experiencia del primer novio, yo me di cuenta de que no hubiera podido compartir la vida con alguien, formar una familia, sin que comulgara con mis ideas. Yo todavía sigo tirando más del carro, porque soy más apasionada que mi esposo, pero compartimos los ideales, mantenemos una sintonía.

Mis decepciones de los sandinistas

A nuestra terrible guerra de los ochenta, hoy yo me inclinaría más por llamarle «guerra civil» que «agresión norteamericana». Y creo que esa fue una de las cosas que me golpeó más descubrir en los noventa, porque mi discurso era otro. Pero cuando tuve que hacer mi trabajo de licenciatura, la

monografía del trabajo de graduación, lo hice sobre una serie de medidas económicas que se tomaron a finales de los ochenta y el impacto que eso tuvo.

A medida que fuimos investigando, documentándonos, haciendo entrevistas, viendo la realidad desde otra óptica más crítica, la conclusión fue esa. Vimos que todo nos indicaba que aquí no hubo una guerra de agresión como nos dijeron, sino una guerra civil, y que las causas aquí estaban.

1. *La incompreensión de la realidad del campo*

Lo que fuimos aclarando en nuestro estudio es que fuimos nosotros, a nivel económico, político, organizativo, los que pusimos la estopa con las medidas hacia el campesinado; lo que hicieron los gringos fue poner el fuego a todo volumen para que esto hirviera, eso sí, pero nosotros se lo habíamos preparado.

Con el tema del acopio de los granos básicos, vimos que si le decían al productor «te lo compro a tanto», en realidad le estaban imponiendo un precio³⁰⁸; lo perseguían si él buscaba un precio mejor; tampoco le satisfacían las otras necesidades que antes se le suplían, ya que, por tradición, se las suministraba el patrón. Por todos lados les destruimos el mercado, ¿cómo ese campesino podía sobrevivir?

Tampoco hubo una reforma agraria que le diera tierras al campesino, que era su aspiración, por eso se sumó a la oposición³⁰⁹. Nosotros decíamos: «A desalambarrar, que la tierra es para el que la trabaja», y no fue cierto. En el campo se cometió uno de los errores más grandes, porque la organización en cooperativas no era su aspiración, no iba con su cultura, con su tradición. Y toda el área de propiedad del pueblo tampoco era lo que ellos demandaban ni esperaban de la Revolución. La realidad con la que se encontraron —por ejemplo los que iban a los cortes de café— fue que trabajaban en la misma hacienda de antes, pero por menos dinero³¹⁰.

³⁰⁸ Se refiere al control de producción, comercialización y fijación de precios que llevó a cabo el gobierno sandinista entre 1979 y 1981. Se propusieron controlar los precios para evitar la especulación y acaparamiento de mercancías y garantizar el abastecimiento de las ciudades, el lugar de procedencia de la gran mayoría de los efectivos para la guerra. Pero el campesino propietario medio se sintió utilizado y se opuso frontalmente al sandinismo.

³⁰⁹ Es necesario recordar que la reforma agraria sandinista priorizó la estatización-colectivización de la tierra —Áreas de Propiedad del Pueblo (APP) y cooperativas— a cualquier otra forma de tenencia, y esto no satisfizo al pequeño y mediano propietario.

³¹⁰ Dado que las grandes haciendas pasaron a ser propiedad estatal con las confiscaciones a Somoza y a sus «allegados», los peones trabajaron después en los mismos lugares, con el único cambio de que su patrón no era el de antes, sino el Estado, y, en ocasiones, con menor protección.

Recuerdo cuando Jaime Wheelock quemó un *galpón* como símbolo de que esas condiciones eran inadmisibles y que ya se iba a ver algo nuevo. Pero al campesino no le gustó, y todo fue un abono para ir fomentando un rechazo cada vez mayor. Hicieron de todo para mejorar el campo sin conocerlo.

2. *La monopolización del poder por el FSLN*

Otro problema fue que, al llegar el Triunfo, el Frente lo copó todo. En León no lo sé porque no tuve un tipo de relaciones como para poder afirmar algo, pero en general, yo diría que la intención no fue esa desde el inicio. No fue algo premeditado permitir que nos ayudaran otros partidos o grupos políticos y después monopolizar el poder, pero la realidad es que se hizo. Se triunfó de una manera tan abrumadora que fue como decirnos: «No necesitas ya a nadie». Se había triunfado por todos, por muchos más que los que estábamos en el Frente, pero el que tenía el arma no lo veía así, y pensaba: «El chico de la película soy yo».

La relación de la gente con los cargos intermedios, con los comandantes, todo cambió. Una de mis hermanas tuvo *casa de seguridad* para muchísimos compañeros: allá estuvieron Pedro Arauz [ver IP], Lumberto Campbell [ver IP] y muchos otros, pero triunfa la Revolución y se ve que cada uno presumiendo en sus carros y ahora te veo, no te conozco... y una piensa: «¡Yo que te di de comer en mi casa y no me conocés!». Fijate, si eso pasó con compañeros, ¿qué sería con los demás? Los comandantes se enfermaron de prepotencia. Y desde ahí viene la señal para abajo.

Fueron más abiertos con algunos sectores del Partido Liberal Independiente (PLI)³¹¹, como Virgilio Godoy que fue ministro de Trabajo, y con algunos socialcristianos, pero sólo de los de más alto nivel. No hubo una política de colaboración y el discurso fue: «Aquí nosotros fuimos los vencedores». Ese triunfalismo hizo perder la visión de que esto había sido un trabajo de todos. Y así se refleja todavía en las celebraciones del aniversario del Triunfo, los 19 de julio, en la forma en que ha estado y sigue estando acaparada por los sandinistas. La fiesta se convirtió en algo propio de ellos, no de la nación.

3. *Los indígenas de la Costa Atlántica*

Algo que no puedo dejar de mencionar, ahora que yo trabajo con proyectos sobre cultura, y me doy cuenta de lo que no se puede hacer, es la

³¹¹ El PLI surgió de una facción desgajada del Partido Liberal, partido de Somoza, y fue fundado en 1944.

actuación con los indígenas de la Costa Caribe. Perdimos totalmente de vista la otra realidad que había allá y que no se podían aplicar las mismas políticas que en el Pacífico, pero nos fuimos para allá y les rompimos totalmente sus esquemas organizativos y culturales. Por eso los miskitos se alzaron. Todo el desarraigo de *Tasba Pri*³¹² fue brutal. Y creo que se volverá a repetir la historia si no se corrigen muchas políticas.

4. *El Servicio Militar Patriótico (SMP)*

También fue muy negativo el servicio militar obligatorio, que reclutaba muchachos demasiado jóvenes, aunque lo que dicen algunos de reclutamiento «con secuestros», yo al menos, eso no lo vi. Yo estaba entonces en las Juventudes [Sandinistas] y a nosotros nos tocó la triste tarea de ir a convencer a los chavalos: se les entusiasmaba, se hacía un trabajo político muy fuerte, se les convencía, pero nada de lo otro. Pero éramos muchos distribuidos por todo el país, y pudo haber casos que no conozco, eso sí.

Ese reclutamiento abonó muchísimo el malestar por la cantidad de muertos que se estaban recibiendo a diario. Era enorme y en aumento. Se tenía esperanza de que pudiera ir descendiendo la presión, y se dijo que había una decisión tomada de hacer una moratoria con lo del servicio militar. Era lo que la gente esperaba de Daniel [Ortega] [ver IP], pero él, días antes de las elecciones de 1990, vio en la plaza aquella marea humana, que se volvió a subir y ya no pensó en retirarlo. La gente lo que entendió fue que seguía la guerra, y ese fue el final.

5. *La represión de los incontrolados*

Hubo quejas de represión poco después del Triunfo, que fue llevada a cabo por los *cuadros* nuevos, porque con la victoria del Frente entró mucha gente poco preparada. Había una enorme cantidad de colaboradores que no figuraban como militantes, que no eran activos en estructuras o congresos, pero sí simpatizantes. Por ejemplo, la universidad quedó desierta por tantos que ocuparon cargos; había mucha gente que desconocía muchas cosas, y el medio se convierte en el objetivo, que es algo que ha pasado en todas las guerras.

Cuando llegó la derrota de 1990, y todo lo que se estropeó de la Revolución, no fue sólo culpa de la guerra. La guerra vino a exacerbar, a darle un sabor alto a los errores que ya existían, pero no los creó: la prepotencia,

³¹² *Tasba Pri* («Tierra Libre» en idioma miskito) fue el nombre del conjunto de asentamientos que se organizaron para la llegada de los trasladados.

el aislarse del pueblo... algunas cosas ya se veían venir, y nosotros, en la Ejecutiva Nacional de la Juventud, con Carlos Carrión, discutíamos y le planteábamos cosas que observábamos, no ya de personas concretas, sino por comentarios de las regiones, que había llegado algún dirigente y había hecho o dicho algo que era totalmente inapropiado. Por ejemplo, se difundió que había dicho Bayardo [Arce] [ver IP]: «¿Por qué no me mandan a traer unas chavalas de la Juventud?», igual que Tomás Borge. Y aquello inmediatamente se rechazó y le preguntaron qué estaba diciendo.

En mi círculo, en mi nivel, no sabíamos nada de las conductas desviadas de Tomás Borge [ver IP] o Bayardo Arce, no sabíamos nada de eso. Se comentaba y discutía de todo lo que se oía, pero no se tenía toda la información, todo eran rumores. Además, los que escuchaban irregularidades de sus jefes, no iban a ir a decírselas a él. Así se fueron tapando las cosas, pero trascendían a los demás y, al final, nos enterábamos todos.

6. *Las trabas a los problemas de género*

El caso de las mujeres fue un ejemplo de ello. Había un grupo de pioneras, como la Lea Guido, la Sofía [Montenegro], la Gioconda [Belli] [ver IP], que fueron sancionadas, puestas en capilla por andar levantando los temas de género en un momento en que la patria estaba en peligro. Otras, más jóvenes, pensábamos claramente que la patria estaba en peligro y no cuestionamos a los jefes. Como todo giraba en torno a la guerra, se distorsionó todo, y postergamos lo demás.

El machismo también repercutió en la representación institucional femenina. Fuimos muchas las buscadoras de *casas de seguridad*, pantallas, apoyos, respaldos... pero siempre la retaguardia, por muchísimos años. Las únicas que rompieron con el esquema de participación de las mujeres en el Frente fueron las comandantes: la Dora [Téllez], la Mónica [Baltodano], que tomaron las armas, fueron jefas, directivas. Y aun aquellas que fueron combatientes nunca estuvieron en la Dirección Nacional. Sólo hubo dos excepciones en cargos importantes: Doris [Tijerino] [ver IP], jefa de policía, y la Dora [Téllez] [ver IP], ministra de Salud. Pero nada más.

Yo creo ahora que, si no hubiera habido agresión gringa, por la forma en que se discutía todo, se debatían las cosas al menos en algunos niveles, se hubieran podido corregir muchos errores. Todo se supeditó al tema de la guerra, y eso nos vino a nublar la vista. Se perdió la capacidad de analizar, de interpretar la realidad correctamente. Las consecuencias ya las conocemos.

María Auxiliadora Lacayo Gabuardi
(Managua, 2014)



Cuando, estando en Cuba, de repente nos dicen que está por perderse la Revolución, y cuando después llegué a Nicaragua y veo aquel desastre... yo no hilaba.

Mi implicación creo que viene ya de mi familia, antisomocista y marcada por la historia, porque tengo un tío —Luis Gabuardi—, que fue mártir de aquellos tiempos de abril de 1954³¹³. Mi papá, que fue un hombre —diría yo en este país— de posibilidades, un ingeniero educado en Europa, que fue

³¹³ En abril de 1954 se produjo el más grave atentado fallido contra Anastasio Somoza García, el fundador de la dinastía, por parte de un grupo de oficiales desafectos al régimen y algunos civiles. La mayoría fueron ejecutados, entre ellos Luis Gabuardi, y otros, sometidos a consejo de guerra.

presidente de la Cámara, que hablaba idiomas y de gran prestigio³¹⁴. No era de prestigio económico, pero sí ético, y desde jóvenes nos inculcó los ideales de la igualdad y de estar en contra de la dictadura somocista. Decía: «No hay que confundir los sombreros. Yo soy presidente de la Cámara, pero eso no me va a quitar a mí que yo le diga a Anastasio Somoza que es un dictador en otro contexto». En mi casa, si llegaba un trabajador, un carpintero a hacer algún trabajo, se sentaba a almorzar con nosotros. Y en ese ambiente me crié yo, y en mis sesenta y ocho años de vida he seguido teniendo una mirada crítica y de valores sociales.

Cuando ya me puse de novia, da la casualidad de que fue con un hijo del alcalde somocista de Chinandega³¹⁵. Aunque era una familia totalmente contraria a mis ideales, mi suegro era una persona tolerante y divertida. Me compraba el periódico y me decía: «Aquí te traigo tu prensa y aquí la mía». Muy abiertos, respetuosos, y nos llevamos muy bien, pero murieron pronto.

Hacia 1978, en mi casa, una casa de campo, yo tenía un *kindergarten*, «Jardín Feliz» en el kilómetro once y medio de la carretera vieja a León, cerca del Planetarium, en una colonia que había construido Somoza para altos cargos militares. Allá, en mi preescolar, tenía yo a las hijas de altos militares de la Guardia Nacional somocista, entre los que estaba Pablo Emilio Salazar, el «comandante Bravo» [ver IP]. Y todo esto ocurría parejo a la circunstancia de que la casa de mi mamá, vecina a la mía, era *casa de seguridad* de la dirigencia del FSLN, *tendencia proletaria*³¹⁶. Y ambas casas eran de madera de doble forro, y en la de mi mamá entraban por la noche cargamentos de armas, hacia el patio de atrás, que se escondían en las paredes y luego se distribuían clandestinamente. En una ocasión llegó la Guardia rondando y mi mamá con enorme sangre fría los saludó y los invitó a un café.

Yo colaboraba ayudando en hacer hamacas y otras necesidades para la lucha, pero especialmente, con la de *cobertura* de mi preescolar, que mi hermano Osvando —el que nos metió a las que queríamos participar— decía que era una buena fachada si yo estaba serena. Pero cuando los grandes coroneles de la Guardia llegaban a dejar a sus niños, yo pensaba que algún día se darían cuenta y me iban a matar.

³¹⁴ La entrevistada es hija de Roberto Lacayo Fiallos y M.^a Auxiliadora Gabuardi Lacayo.

³¹⁵ Su esposo fue Iván Zelaya Montealegre, de la familia Montealegre de Chinandega, en cuya genealogía hay varios presidentes de Guatemala, Costa Rica y Nicaragua.

³¹⁶ Véase nota n.º 11, sobre las tendencias del FSLN.

Mi actividad tras el Triunfo de la Revolución

Cuando en julio de 1979 se dio el Triunfo, el día 20 las tropas sandinistas entraron a Managua y mi casa se llenó de guerrilleros del FSLN, que llegaban a descansar al patio. Fue entonces cuando toda la comarca se dio cuenta de lo que era mi casa, de que había sido colaboradora. La víspera, el día 19, habían salido huyendo los grandes coroneles, capitanes, etcétera, en sus aviones, pero sus escoltas o choferes se quedaron. Y esos guardias de menor rango atacaron mi casa con una ametralladora 50, aunque se veía perfectamente que era una cabañita de madera. Ahí tengo aún las perforaciones que guardo como recuerdo. Y ahí estaba yo con mis cuatro hijos de ocho, seis y cuatro años las niñas, y bebé varón de seis meses. Nos pudimos proteger porque la base de la casita era de ladrillo, pero eso fue muy fuerte.

Profesionalmente, yo había trabajado en la educación preescolar en un aula privada mía porque, en esa época, sólo existía un aula de educación preescolar en un centro público en todo el país. Pero con el cambio de gobierno, me llamó inmediatamente Carlos Tünnermann [ver IP] para que lo que hacía privadamente, lo hiciera para el ministerio. Así me lo dijo: «Para llevar a todos los niños lo que estaba haciendo en mi preescolar».

Junto con otros profesionales, que ya trabajaban en ese nivel, pasé a integrar el equipo de preescolar que se formó en el Ministerio de Educación (Mined) y la directora fue la del único instituto público del país que tenía un aula de preescolar, Azucena Armijo. Así que me fui al ministerio y cerré mi preescolar. Les dije a los padres que me iba a trabajar con los pobres de la Revolución y que les ayudaría a ubicar a sus hijos en otros centros, y así lo hice.

Doné todo mi mobiliario y materiales al preescolar que fundamos en el Ministerio de Educación, el «Camilo Ortega Saavedra», que inicialmente se dijo que era para los hijos de los que trabajaban allí, porque estaba ubicado justo a dos cuadras del ministerio, pero estuvo abierto a cualquier hijo de los trabajadores del Estado.

Los niños pasaban todo el día allí. Sus papás los pasaban dejando a las ocho de la mañana y los recogían a las cinco de la tarde. Diseñamos un horario especial para ellos: por la mañana, la jornada normal de cualquier preescolar, que era de medio tiempo; después almorzaban, hacían una siesta —abriendo unas *tijeritas*— y luego tenían juegos dirigidos por las educadoras, hasta que los papás los recogían.

Empecé trabajando en la Unidad de Programación de Preescolar; después pasé a ser subdirectora de Programación Educativa de la Educación Básica, para elaborar los programas, orientaciones metodológicas y preparación de libros de texto de primero a cuarto grados, desde 1979 a 1987. Para-

lamente, mi marido, más por relación personal que por ideología, había sido nombrado asesor de uno de los miembros de la Junta de Gobierno, de Arturo Cruz [ver IP].

En el aspecto político, también en estos años me integré en el FSLN, y hacia 1986-87, me nombraron directora de Actividades Extraescolares y de Apoyo, atendiendo en ese cargo las becas para estudiar en Cuba.

El nuevo ministro de Educación, sucesor de Carlos Tünnermann, el padre Fernando Cardenal [ver IP], me llamó porque había detectado una mala atención en la normativa de otorgar becas, y corrupción en las adjudicaciones. Las becas se repartían entre comandantes, funcionarios y militantes que no las necesitaban, cuando estaban destinadas a niños campesinos y urbanos pobres que hubiesen aprobado el sexto grado. Nos daban trescientas cincuenta becas anuales para esos niños, que se iban por varios años. Nosotros teníamos que escoger entre los que no se lo pudieran pagar, rurales o urbanos: quienes las obtuvieran, cursarían en Cuba su secundaria básica, de séptimo a noveno grado y una carrera técnica; o bien, continuarían el bachillerato, de décimo a decimosegundo grado, y seguirían una carrera universitaria. Por tanto, también definimos la normativa para distribuir las becas de educación técnica y bachillerato, pues no había transparencia en el proceso y fue necesario elaborar unos criterios claros para su concesión.

Mi estancia en Cuba

1. El trabajo en la embajada

Después de que el padre Cardenal y yo hubiéramos trabajado en el asunto de ordenar la distribución de las becas, se recibió en la presidencia una solicitud desde Cuba de que el programa fuese atendido por un profesional de la educación, y no por la Juventud Sandinista, que lo llevaba con algo de descontrol. Por eso en 1987 me trasladé a Cuba para enderezar ese tema. Me ubicaron en la embajada de Nicaragua para atender personalmente a los becarios nicaragüenses, y ahí pasé tres años, hasta 1990.

Una vez en Cuba, un embajador, muy hábil y delicado, reunió a las juventudes y les dijo que, en adelante, la responsable era yo ante todos los ministerios de Cuba: con Relaciones Exteriores, Educación y con todos los demás con los que negociábamos las becas de técnicos medios y las universidades. Y que ellos serían mis colaboradores.

No hubo ningún problema y me llevé excelentemente bien con los muchachos, que no eran ya muchachos, sino padres de familia, y tuvimos que corregir algunos excesos que encontramos que habían introducido por causa de rigideces propias de su inexperiencia. Por ejemplo: les quitaban los pasaportes a las chavalas becarias nicaragüenses para controlar sus movimientos,

ya que, si alguna se quería casar con un cubano, se lo impedían «porque su misión era regresar a su país» y no quedarse en Cuba. Con el mismo objetivo, a toda la que salía embarazada le advertían que debía abortar o perdía la beca. De una parte, lo veían incompatible con el trabajo que habían ido a realizar allí, pero también estaba motivado porque los cubanos estaban muy acostumbrados a recurrir al aborto. Era un ataque a los derechos humanos que no se podía permitir, y yo me opuse rotundamente. Les dije que había que impartir cursos de técnicas anticonceptivas, y que, en caso de embarazo se podía dejar el niño en Nicaragua con familiares, o negociar alguna otra fórmula, pero no aquello. Fue un problema, pero logramos establecer unos cursos de formación y mejoró bastante el asunto.

2. *El pueblo cubano*

Conocí personalmente a Fidel Castro y hasta le dije en broma que, como me había tocado el brazo, esa noche no me bañaría. Pero, en serio, quiero dar testimonio de mi magnífica impresión del pueblo cubano, educado y con salud. Con un sólo detalle lo vas a entender: me preguntaron al llegar dónde tenía que inscribir a los dos hijos pequeños que me llevé, uno era de ocho años y la otra de once. Yo no entendí y les dije que donde correspondiera, pero me siguieron preguntando si tenían algún talento. Les dije que a la mayor le fascinaba la música y al otro el deporte, y enseguida me los mandaron al conservatorio y al béisbol, y los dos progresaron muchísimo en ambas cosas: una sacó su cartoncito de directora coral, estuvo en guitarra, en piano, y hace como un mes, me dijo mi hija que no me lo iba a creer, pero que acababa de ver un video de dos de los que fueron sus compañeros, y eran dos de los pianistas famosos en el mundo. Fijate qué calidad de educación daban allá.

En Cuba hacíamos mil cosas por los nicas que llegaban. No estábamos en plan de funcionarias diplomáticas elegantes, no. Lo que hacíamos era ir a los hospitales a verlos, visitar a las mujeres con cáncer... siempre trabajando por los nicas con la ilusión de nuestra Revolución. Pero empecé a intuir lo mal que iban las cosas en Nicaragua cuando llegaban visitas y decían: «Queremos preguntarte. Esta revolución de acá ¿cómo está? ¿Vos has ido a alguna casa de los cubanos? ¿Cómo viven?

Yo les dije

—Viven sencillos, los veo con grandes limitaciones.

Ellos:

—Y en Nicaragua, ¿cómo es la cosa?

Yo:

—Pues no sé, díganme ustedes, porque no estoy allá y no puedo opinar.

Y entonces me dicen:

—Es que estamos asustados del nivel de vida de la dirigencia. Nos da vergüenza, porque nosotros nos metimos en todo esto pensando que era un cambio para los pobres, pero esto no ha sido para los pobres, ha sido para los poderosos y para que algunos que estaban abajo subieran arriba.

Así que, ya estando en Cuba me empecé a asustar, y de repente, nos dicen que está por perderse la Revolución. Cuando después llegué a Nicaragua y veo aquel desastre... yo no hilaba. Lo comparaba con aquella tranquilidad de Cuba, a pesar de las carencias, el progreso social, no económico, pero sí social, y luego y me encuentro con lo que había aquí.

En 1990, cuando perdimos las elecciones, aún estaba en Cuba, pero me quise regresar ya por el miedo a no tener trabajo en Nicaragua. El padre Cardenal me había dicho que me viniera para garantizarme trabajo en el Mined antes de que entrara el nuevo gobierno, y me vine. Después, como el yerno de doña Violeta, Toño Lacayo, es primo hermano mío, hablamos de todo aquello, y como a los tres o cuatro meses, Cristiana, su esposa, me preguntó que por qué me había venido de Cuba cuando todos los registros decían que había hecho un trabajo excelente³¹⁷. Ella me aseguró que, por mi buen trabajo, nunca me hubieran apartado de allí, pero a mí me dio el nervio de que me sacaran y no me pude quedar a esperar qué ocurría.

Las repercusiones en la familia

Respecto a lo que nuestro trabajo y entrega a la Revolución en la década de 1980 afectó a la familia, es innegable.

Mi marido y yo no coincidíamos políticamente. Él provenía de una familia, siempre agradable y educada conmigo, pero con distintos criterios políticos, aunque para 1979 mis suegros ya habían muerto. Desde que entré a trabajar en el Ministerio de Educación, y en el FSLN, los desencuentros con mi esposo cada vez fueron más frecuentes y terminó por costarme el divorcio.

Que todo aquello alcanzó a repercutir en los hijos, fue evidente, aunque sólo hubiera sido por la gran cantidad de tiempo que requería el trabajo político. Estar integrada en el partido suponía tener reuniones semanales tras el horario laboral, o sea, de cinco a ocho de la tarde, hacer «puesto de mando» —dormir en el Mined sin ver a mis hijos por velar en el ministerio de seis de la tarde a seis de la mañana, cuidando ante cualquier problema—, estar en las Milicias Populares Sandinistas y hacer prácticas sabatinas para

³¹⁷ Se refiere a Antonio Lacayo, esposo de Cristiana Chamorro Barrios, hija de Violeta Barrios de Chamorro (ver IP).

ello, participar en las Jornadas Rojinegras³¹⁸ para hacer la limpieza, aseo del ministerio, y hasta participar en los cortes de café, lo que significaba estar hasta dos meses sin ver a mis hijos. Algunas de esas tareas fueron muy satisfactorias, como alfabetizar en 1980, pese a que se hacía también tras horario laboral, pero otras requerían pura disciplina.

Fue después de mi divorcio, en 1987, cuando estuve libre para atender la petición de marchar a la embajada en Cuba, que me había hecho el padre Fernando Cardenal [ver IP]. En ese momento, mis cuatro hijos estaban entre los ocho y dieciséis años. Me llevé a los dos pequeños y se quedaron con mi mamá las dos mayores, una de las cuales no quiso venir porque había empezado la secundaria. Siguieron en Nicaragua esos tres años, pero viajaban a Cuba en sus vacaciones gratuitamente, en la Cubana de Aviación, porque esa fue una generosidad que siempre tuvieron los cubanos con los nicas de la embajada.

Por supuesto que toda esa actividad y entrega mía tuvo consecuencias. En la actualidad, cuando hablamos de ello, la mayor lo comprende más, pero la otra se vio muy afectada. Ahora en retrospectiva me doy cuenta del impacto negativo que tuvo en ella. Pero... ¡fue una misión tan linda la de esos años!, y los cubanos me dieron tantas facilidades para la estancia de los pequeños, que no pude negarme. Pero les afectó, eso fue así.

Mi regreso a Nicaragua en 1990 y mi desengaño: Los escándalos

De vuelta a Nicaragua empecé a ver que nos llamaban para lo que Daniel [Ortega] [ver IP] denominaba «gobernar desde abajo»³¹⁹. Él orientaba a sus militantes a hacer boicots y entorpecer todo lo que hiciera el nuevo gobierno. En algunas actividades participé, pero a mí eso me dolía, porque éramos como fuerzas de choque, y a la pobre doña Violeta le hicimos barbaridades. Me decepcioné totalmente del Frente, y si ya en Cuba, aunque yo no podía verlo, me fui dando cuenta de que había un gran descontento en el país, una vez aquí fue más claro todavía. Hoy hasta me duele que gente que ni sabe

³¹⁸ Se denominaba *rojinegro*, por los colores de la bandera sandinista, todo aquello que se hacía para el FSLN: jornadas, domingos, y cualquier otra labor extra.

³¹⁹ Daniel Ortega no aceptó de buen grado el triunfo de Violeta Barrios de Chamorro en las elecciones de 1990, y después de su derrota se hizo famosa una frase que pronunció en un discurso en la misma plaza donde días antes se le había aclamado: «Nosotros no nacimos arriba, nacimos abajo y *vamos a gobernar desde abajo*. Ahora que hay un poder popular, estamos en muchas mejores condiciones para, en un corto tiempo, volver a gobernar este país desde arriba».

nada de la Revolución, ni conocen a Carlos Mejía Godoy, toquen y canten sus canciones, que yo también tocaba y cantaba. Me duele muchísimo.

Poco a poco, un buen grupo fuimos viendo que era un error oponerse a todo lo que hacía el nuevo gobierno, empezamos a retirarnos y nos separamos completamente del Frente en 1995. Fundamos el *Movimiento Renovador Sandinista* (MRS), al cual pertenezco, y fui miembro de su primer tribunal estatutario. Ahora soy presidenta municipal del MRS de Managua.

Marlen Auxiliadora Chow
(Managua, 2014)



Yo creo que este pueblo botó a Somoza a través de una gran movilización popular, por encima del Frente y empujándolo. Esa es mi teoría.

Soy originaria de Alamikangban, una comunidad indígena en el río Prinzapolka, en el Caribe norte nicaragüense, donde se hablan otros idiomas y habitan varias etnias y pueblos originarios.

Mi comunidad fue utilizada como puerto fluvial por donde las compañías gringas y canadienses sacaban maderas preciosas y minerales del Triángulo Minero, Bonanza, Rosita y Siuna. Allá, la salud se atendía con plantas naturales y algunas pastillas que llevaban los comerciantes mestizos, con nombres comunes y corrientes como la «matadolor». Muy pocos podían estudiar porque había que irse a buscar una escuela fuera de la comunidad.

En Siuna recibí las primeras letras con una congregación religiosa norteamericana de misioneras, Maryknoll, que tenían un colegio y visitaban las comunidades indígenas prestando servicios de salud y predicando el Evangelio.

Siendo muy niña, acompañé a estas monjas en sus viajes por el río y vi a los indígenas enfermos de tuberculosis y silicosis, a las mujeres con muchos problemas de salud hasta por los embarazos, producto del abandono tanto del gobierno como de los representantes de la economía de enclave establecida en esa parte de Nicaragua. También me di cuenta de cómo las mujeres miskitas eran prostituidas por los extranjeros y los *benqueros* mestizos, contratados para talar los bosques.

Cuento esto porque, a través de ellas, tuve muy temprano consciencia de la injusticia y la explotación. El *chavalero* veía el trabajo enorme que hacía esta congregación en las comunidades; muchos de los que estuvimos con ellas sentimos que el ejemplo de estas religiosas nos marcó para toda la vida.

Yo era una niña con una manera de ver la vida completamente diferente al mundo con el que me encontré cuando vine a estudiar a Managua. Aquí me encontré con otra clase de religiosas y otro tipo de religión... todo más conservador, súper conservador.

Pasados los años, supe que las monjas de Maryknoll se trasladaron a Managua a un barrio muy poblado y empobrecido, hoy Ciudad Sandino³²⁰. Y más tarde trabajaron en zonas indígenas en Guatemala, y que también fueron mujeres de esa congregación las religiosas a quienes asesinó el gobierno militar en El Salvador.

Terminé el bachillerato, en 1969, me matriculé en un curso de preingreso en la Facultad de Economía en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN) y fue entonces cuando Somoza invitó al multimillonario norteamericano Nelson Rockefeller, entonces gobernador de Nueva York, para tratar una propuesta del dictador de invertir en un canal interoceánico. A su llegada fue recibido con honores de jefe de estado por Somoza y su gabinete, pero el movimiento estudiantil llamó a una movilización en repudio al gringo. Como yo ya sabía lo que hacían los «machos» —así se les llamaba a los gringos en la Costa—, no lo pensé dos veces y me fui a la protesta, que fue atacada en pleno centro de Managua —en la avenida Roosevelt— por las *turbas nicolasianas*³²¹ con pistolas y machetes.

³²⁰ Barrio de la ciudad de Managua que en el año 2000 pasó a ser un municipio independiente. Próximo al lago, fue una zona muy deprimida e insalubre durante mucho tiempo.

³²¹ Se llamó así a los provocadores somocistas dirigidos por Nicolasa Sevilla y su marido, Eugenio Solórzano. Eran personas a las que el régimen sacaba de la cárcel en momentos puntuales, a cambio de que provocaran escándalos cuando hubiera manifestaciones antes de que llegara la represión de la Guardia. Después, regresaban a las cárceles con una rebaja de sus condenas. (Ver Torres Lazo, A., ob. cit., pp. 76-80).

En ese curso de preingreso, dos varones y yo sacamos las notas más altas. El cupo era para sesenta u ochenta estudiantes, y éramos trescientos aspirantes. Allí hubo escenas de llanto, protesta y un gran revuelo ¡Queríamos entrar todos! Y con ese objetivo hicimos una asamblea, y mi propuesta fue que podíamos pagar más para que contrataran más profesores y así poder entrar todos. Pero ahí plantada frente a los estudiantes en el estrado, vi que alguien me llamaba con urgencia y me decía: «¡No, no! No debes decir eso, debes decir que debemos exigir más presupuesto al gobierno!». Era el presidente de los estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas... y yo me regreso a repetirlo adelante... Toda la gente gritó, se armó una gran agitación y de allí nos fuimos en una marcha a León, que era la sede de la universidad. Íbamos al frente los otros dos mejores alumnos y yo, con muchos estudiantes de otras facultades. Mi «segundo bautizo», fue en la Juventud Universitaria Católica (JUC), un movimiento cristiano beligerante de la Teología de la Liberación, que llegó a dirigir el movimiento estudiantil universitario. Este, sin ser un movimiento político, fue la escuela donde me convencí de la urgencia de cambiar el *statu quo* y donde aprendí a fortalecer valores éticos como estudiante y como mujer.

Luego pasé a integrar el Secretariado del Frente Estudiantil Revolucionario (FER), ante airadas protestas, porque no aceptaban que una estudiante —mujer y cristiana— asumiera un cargo. Es posible que el sentimiento de rechazo que sentí ante ese acto de discriminación me diera fuerzas, y en menos de un año ya militaba en el Frente Sandinista, sin estar clara de la profundidad de ese compromiso, ya que jamás pensé que iba a abandonar mis estudios. Fue tan acelerado que, en 1970 me mandaron a una *casa de seguridad* y muy pronto pasé a la clandestinidad cuando el asesinato del poeta Leonel Rugama [ver IP] y otros compañeros y la persecución desatada por la Guardia Nacional.

Me metí de lleno, en un tiempo en que el Frente estaba en uno de sus momentos de mayor debilidad y el somocismo se ensañaba en la juventud revolucionaria.

Luchar en medio del desamparo y la necesidad de abrigo sólo podía superarlo agigantando mi espíritu y confiando en que estaba en el camino correcto. Tenía en la cabeza sencillamente que había que luchar contra la dictadura. La represión daba terror, pero la caída de las y los compañeros me animaba a mayores compromisos. La dinastía somocista desde siempre fue un régimen caracterizado por la persecución, la represión, la tortura y el asesinato de quienes se le opusieron.

En la radio decían: «¡Marlen Chow, agente del comunismo internacional!». Para mi familia debió ser algo brutalísimo, para ellos fue un desastre familiar. Mi padre se fue de Nicaragua, creo que sintió que yo había muerto, fue una herida enorme.

Tuve responsabilidades que me obligaron al estudio y al trabajo intenso, que me forjaron y me hicieron olvidar el miedo y la soledad. Supe que la solidaridad era indispensable y logré interactuar con artistas, maestros, obreros y estudiantes. Toda mi participación fue producto del esfuerzo de equipos o células revolucionarias, algunos ya muertos, como Angelita Morales Avilés, Luisa Amanda Espinoza, Nora Astorga, Vladimir Cordero, Francisco Meza Rojas, Edgard Munguía, José Benito Escobar, Patricio Argüello [ver IP] que, entre tanta gente, entregaron su vida por una causa hoy traicionada.

Mi vida en el Frente Sandinista

No fue una etapa fácil. Además de pasar muchas penalidades por la dureza de la lucha, había que pasar por situaciones negativas que se enfrentaban en una soledad enorme, pues no había ni norma ni manual donde aparecieran pautas o soluciones para esos problemas, ni la forma de resolverlos.

Yo cumplía las responsabilidades que tenía asignadas tanto con hombres como con mujeres, y hablábamos, sobre todo, de los estudios y el trabajo, pero en muy pocas ocasiones de problemas familiares, y nunca sobre lo que enfrentábamos como mujeres. Con el paso del tiempo, me pareció que la mentalidad y las actitudes masculinas eran la norma de vida general. El cumplimiento de las tareas y mi capacidad de organización me abrieron la oportunidad de tener cierto grado de responsabilidades, como la de dirigir la célula de impresiones, o encargarme de alojar a cuadros dirigentes en *casas de seguridad*, realizar actividades de organización y formación política, reclutar colaboradores opositores al somocismo, conseguir apoyo económico, medicinas, muebles y otros enseres para las *casas de seguridad*, movilizar a compañeros y lograr que tuvieran cobertura periodística internacional las acciones del Frente Interno³²².

La reproducción de materiales de lectura y estudio era indispensable debido a que la dictadura ejercía un control férreo con la entrada de libros. Y a través de la Ley Quintana se encarcelaba al que encontraran en posesión de algunos de ellos, de *afiches* o de cualquier impreso relacionado con ideas revolucionarias. Por eso, teníamos que imprimir documentos políticos, filosóficos, manuales, históricos o internos del FSLN, de manera rudimentaria, todavía con linotipos. Igualmente, diseñábamos portadas, capeábamos y

³²² El Frente Interno, según Carlos Fonseca, era «el primer auxiliar del ejército defensor». Y en efecto, su cometido era asistir en sus necesidades a los frentes de guerra, permanecer en la ciudad y desarrollar labores de avituallamiento, proporcionar *casas de seguridad* para los que llegaban de la montaña, o de otros lugares, y hacer labores de propaganda.

empastábamos, trabajando por las noches en diferentes talleres con la colaboración de obreros expertos y de nuestra célula, donde la mayor experiencia la tenía Carlos Núñez Téllez [ver IP], porque era estudiante y obrero linotipista, además de Francisco Meza Rojas [ver IP] y Marcos Somarriba [ver IP], todos posteriormente *cuadros* importantes del FSLN que cayeron en el camino.

La represión criminal y el planteamiento de derrocar a la dictadura y establecer una sociedad nueva, las prisiones y las torturas, proyectaron a la sociedad la imagen de una militancia compuesta por «seres extraordinarios, casi santos». Sin embargo, en el FSLN también hubo hombres que estaban en la guerrilla por aventurerismo, porque les atraían las armas o porque en la legalidad no encontraban otra opción de vida. Este tipo de gente, en medio de tantas precariedades, fue un elemento que causó un gran desgaste en diferentes momentos, por ambiciones y rivalidades de mando.

Nosotros sabíamos que la dictadura se derrumbaba porque Somoza se terminó de pudrir después del terremoto³²³. La corrupción increíble y su brutalidad, junto a una guardia drogada y un estado general de terror, produjeron un proceso de desgaste que fue una de las principales causas de la caída de la dictadura. Ahora, que nos hemos conmocionado por los cuarentaitrés estudiantes desaparecidos en México... recuerdo que aquí bajaban a la juventud de un bus y ta-ta-ta-ta-ta-ta, la asesinaban a mansalva porque sólo por ser jóvenes eran sospechosos. Los mataban y los tiraban a la Cuesta de Plomo... todo el mundo podía ver a cielo abierto los cadáveres comidos de *zopilotes*... era algo espantoso.

Había barrios donde no entraba la Guardia Nacional porque los chavillos se abalanzaban contra los Becat³²⁴ poniendo sus cuerpos como escudos sin importarles cuántos fueran a morir, hasta ver caer al cauce el infernal vehículo militar. Formaban escuadras o grupos que se fueron convirtiendo en escuadras de combate, como por ejemplo, lo que ocurrió con aquellos cuatro hermanos que le hicieron un doble fondo al carretón que *halaba* su madre vendiendo refrescos, para esconder armas y banderas y movilizarse de barrio en barrio por todo Managua.

Creo que este pueblo botó a Somoza a través de una gran movilización popular, por encima de la capacidad del Frente y empujándolo.

³²³ El terremoto de 1972 dio visibilidad a las ambiciones del tercer miembro de la dinastía, Anastasio Somoza Debayle (1974-1979), quien hizo negocios con los terrenos destinados a reconstruir viviendas y se apropió del dinero recaudado de las donaciones internacionales.

³²⁴ Véase nota n.º 283.

La planificación estratégica y operativa la hacían los compañeros, y aunque muchas mujeres tuvieran cualidades suficientes para ser parte de la Dirección Nacional, siempre prevaleció la concepción machista de que la lucha era cosa de hombres. Mi apreciación es que ese estilo marcó una militancia de mujeres con un sentido de justicia que excluía el fenómeno patriarcal que discrimina y somete a las mujeres. La alta capacidad de las mujeres para cumplir con las tareas no estuvo acorde con el ascenso a mandos superiores. Siempre hubo jefes hombres que determinaban la conducción del FSLN. Cada vez que alguna solicitó, reclamó o protestó por un derecho, fue calificada de conflictiva cuando menos. Yo fui una de las conflictivas.

También conocí jóvenes mujeres —algunas que habían estado en EE.UU. o Europa— que veían en los guerrilleros interesantes y provocativos *condotieros* con quienes tener una aventura amorosa, y sin medir el peligro ponían a disposición sus casas, sus carros, etcétera. Y estos encantamientos se incrementaron al Triunfo de la Revolución. No mencionaría este fenómeno si no fuera que en muchas ocasiones tales prácticas afectivas pusieron en serio riesgo la *compartimentación*.

La sed de conocimientos, de comprensión de la lucha, era grande. Pienso que quizá fuera porque estábamos apostando nuestra propia vida y necesitábamos encontrarle sentido a esa entrega. Observaba a mujeres y hombres que sufrían lo mismo que yo y sobrellevaban las condiciones de vida con alegría y creatividad; de ellos aprendí muchísimo, y eso me hacía guardarles ternura y admiración. El doctor Mario Flores Ortiz [ver IP] —que fue como mi padrino—, y después Ricardo Morales [ver IP], fueron mis consejeros de estudio, práctica siempre hecha con urgencia, porque los libros pasaban fugaces por mis manos, unas veces porque había que devolverlos, otros, porque cualquier día me movía de casa, o de una ciudad a otra, y tenía que cargar lo mínimo. Todo se dio en el transcurso de diez años, pero se sienten como si hubiesen sido muchos más. Cuesta explicar cómo pasó tanto en tan pocos años.

El grave estado que la organización arrastraba desde 1968, lo sacó la «etapa de acumulación de fuerzas en silencio»³²⁵. Y fue sobre todo después del terremoto de 1972, cuando se hizo un enorme esfuerzo con el objetivo de

³²⁵ En la etapa de 1970 a 1974, la tendencia del Frente de la *guerra popular prolongada* (GPP) adoptó coyunturalmente la actitud de retaguardia llamada «acumulación de fuerzas en el silencio». Sería un período en el que no se reivindicaría ninguna acción política o militar, sino que estaría dedicado fundamentalmente a fortalecer la organización y prepararla para realizar después una actividad sostenida y definitiva contra la dictadura. «Era necesario evitar los enfrentamientos directos y el trabajo guerrillero debería orientarse a reclutar campesinos, discutiendo con ellos de uno en uno». (Nolan, D. (1986). *La ideología sandinista y la revolución nicaragüense*. Barcelona: Ediciones 29, p. 67).

levantar la imagen del FSLN articulando los cuadros de la cárcel, la montaña y la ciudad. Avanzar y poder canalizar la rebeldía del pueblo hacia el derrocamiento de la dictadura en un futuro próximo. Se agudizó el descontento popular como consecuencia del terror y la rapiña que desató la G.N. y que se fueron recrudeciendo en los siguientes años de la década de los setenta. Denuncias, buzones de armas, enfrentamientos armados y otras actividades insurgentes brotaban en todo el país. La gente se hartó de la criminalidad de la dictadura y de la voracidad con que Somoza asaltó las arcas del Estado para emprender una verdadera competición con la empresa privada.

A mediados de la década del setenta, el Frente volvió a hacer crisis, esta vez con una división en dos, y después, tres tendencias. Ello produjo, si no su aniquilamiento, sí un desangramiento importante que pudo haber repercutido en la credibilidad del pueblo en la guerrilla como medio para derrocar a la dictadura. No le encontré sentido a esas divisiones en un momento importante de la coyuntura nacional. Sin restar importancia al rol del *tercerismo*, en los últimos meses con la formación del *Grupo de los Doce*³²⁶, la formación del Frente Sur, etcétera, tampoco creí totalmente en la veracidad de sus postulados iniciales de propugnar el aceleramiento de la insurrección cuando en realidad ya estaban insurreccionados, tanto el pueblo como otros sectores. Pensé que las faltas de entendimiento debían resolverse con responsabilidad, sin perturbar el crecimiento de la efervescencia popular. Pero las rivalidades estaban impregnadas de arrogancia y ambiciones de poder, por lo que el daño interno que se hizo a la organización fue enorme, y sus consecuencias nefastas, sobre todo en la universidad. Sin embargo, afectó muy poco hacia fuera de la organización, probablemente porque el levantamiento popular ya era indetenible, y la rebeldía general, más fuerte que la división de la guerrilla. La participación de las mujeres en diversas acciones tuvo un incremento notable, igual que la de las comunidades indígenas, campesinado, expresiones populares en favor de los derechos humanos, apoyo a los grupos de jóvenes de los barrios, etcétera... en su mayoría surgiendo por iniciativa propia y al margen del FSLN.

Así, el Frente se vio urgido, y prácticamente obligado, a buscar la unidad, presionado por un pueblo en lucha y por influencias externas³²⁷.

³²⁶ Véase nota n.º 15, sobre la configuración del *Grupo de los Doce*.

³²⁷ Una de ellas, tal vez la más importante, fue la de Fidel Castro. Él advirtió claramente que no ayudaría al Frente si no se producía la unificación de las tendencias que, finalmente, se produjo de manera «formal» en marzo de 1979, en Panamá. Pese a ello, en la realidad, la unidad no existió nunca y las rivalidades permanecieron.

Después del Triunfo, algunos han esgrimido argumentos para dar validez a las tendencias, pero no es necesario ser un estratega militar para entender que, por muy complejos que hubieren sido los conflictos, jugarse las cartas de división significó un paso peligroso que provocó el derramamiento de mucha sangre valiosa, incluyendo la del comandante Carlos Fonseca³²⁸. Con seguridad, si el pueblo se hubiese dejado arrastrar por la división, quizá la dictadura hubiera aplastado el descontento popular antes de 1979.

Lo que se dio fue un levantamiento popular de mujeres y hombres porque ya no era posible soportar la embestida criminal de somocismo. No había familia que no tuviera hijos muertos o desaparecidos. Hubo un tope, y la única alternativa que la gente vio fue esa *bandera rojinegra* que muchas mujeres en los barrios y ciudades cosieron clandestinamente como pañuelos y banderas, los distintivos que simbolizaban la rebeldía y el antisomocismo.

Las tendencias, que contribuyeron a minar toda una trayectoria ética en el FSLN, tuvieron su reflejo después del Triunfo, pues aunque los dirigentes se presentaron en una supuesta unidad, lo cierto fue que, en la práctica, permanecieron las rivalidades y manejaron sus áreas de responsabilidad como feudos independientes, con las consecuentes gastos y desarticulaciones en la construcción del nuevo Estado.

El ámbito personal y las relaciones de pareja

Nuestro entorno personal era cambiante y dependía de las tareas y de la forma en que debíamos adaptarnos a lugares, personas, costumbres. Nunca tuve una maleta, a lo sumo una bolsita con lo necesario para guardar un arma y lo mínimo para el aseo personal. Desgraciadamente no existían las mochilas. En las *casas de seguridad* se permanecía lo más discretamente posible.

Las relaciones familiares se guardaban en un lugar profundo del corazón. Las normas prohibían tener contacto con la familia por razones de seguridad, y la esperanza de estar cerca de los familiares era una ilusión que íbamos viendo cada vez más lejos. La separación la vivíamos de diferente manera, desde algunos que se saltaban la prohibición conservando alguna pequeña foto, que a escondidas sacaban al terminar el día, hasta personas completamente adaptadas, como aquella compañera que en una casa sin energía eléctrica, cada noche se enrollaba el pelo antes de acostarse.

³²⁸ Se hace referencia aquí a la circunstancia de que Carlos Fonseca se internó en la montaña, buscando a los representantes de la GPP —los que se enmontañaban— con el objetivo de trabajar por la unión de las tendencias. Él fue a esa misión en condiciones nefastas, porque iba solo, tenía muy mala visión y no era tan joven como la mayoría. Murió allí en un enfrentamiento con la Guardia en noviembre de 1976.

No pude vivir sin familia, por lo que la hice de mucha gente colaboradora, de compañeras y compañeros con los que conviví en un ambiente de hermandad profunda.

En medio de ese entorno, las relaciones de pareja fueron siempre muy complejas. La mayoría éramos muy jóvenes y buscábamos parejas que también creyeran en la causa. Muchas, apenas pudieron juntarse antes de sufrir prisión o asesinato.

Aunque en conversaciones informales hablábamos de las sanciones que el General Sandino imponía a quienes abusaban de las mujeres en el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, del ejemplo de Carlos Fonseca y muchos compañeros, en la historia del FSLN se dieron casos bochornosos de hombres cuyas prácticas sexuales podrían calificarse de violaciones. Tomás Borge reunió en grado máximo esas características.

Se nos enseñaba que no había que mezclar las relaciones personales con el trabajo, y a las mujeres se les daba un seguimiento cuidadoso. Pero cuando se trataba de los hombres, se justificaba por sus privaciones afectivas y sexuales, y era permitido que un hombre se encontrara con una compañera para asuntos de trabajo y al mismo tiempo pensara en un íntimo y rápido *affair* en donde no contaba el respeto obligado. Supe de mujeres que fueron movilizadas, o mandadas al exterior, por sus parejas, con la complicidad de otros compañeros, para sacarlas de su espacio porque el hombre había cambiado de pareja. Esta doble moral repercutió también en los hijos, cuyas historias han quedado en el silencio.

Pero no solamente fue un comportamiento masculino. También hubo mujeres astutas y ambiciosas con prácticas que se volvieron corrientes y que las colocaron en posiciones y cargos importantes a costa de lo que fuera. Muy parecido a la época somocista, contra lo que habíamos luchado tanto y afirmado que cambiaríamos.

La década de los ochenta

La década de los ochenta me permitió moverme en varias funciones. Me desempeñé en actividades relacionadas con las comunicaciones, bajo la dirección del Frente, en un aparato partidario que dirigía la propaganda y la educación política. Desde allí se coordinaban las comunicaciones relacionadas con las grandes líneas de acción de la Revolución como la Cruzada Nacional de Alfabetización, la Reforma Agraria, la Defensa de la Revolución o la planificación económica. Monitoreaba con un equipo de mujeres periodistas las informaciones internacionales y pasaba un informe al gobierno y a la Dirección Nacional. Trabajé en el Ministerio de Cultura, en el Departamento de Artes Plásticas, porque necesitaban una persona que pudiera tratar con

los artistas plásticos, a quienes conocía desde mis años estudiantiles. Conocí de los reclutamientos para el Servicio Militar Patriótico y de los horrores cometidos, los abusos con los pueblos indígenas y de la lucha de las mujeres.

De la experiencia de aquellos años pude admirar ese milagro de un pueblo entero trabajando lleno de esperanza y fe en la construcción de una nueva sociedad. La juventud y las mujeres con su generosidad sin límite. Los avances jurídicos en materia de los derechos de los más vulnerables, con especial atención de nuevo a las mujeres. La enorme solidaridad exterior hacia la Revolución de Nicaragua. Todo era un prodigio.

Pero algo no encajaba entre el esfuerzo y el sacrificio del pueblo y la coherencia necesaria en las actitudes de los dirigentes. Estos, desde el inicio fueron formando grupos que, al mismo tiempo que concentraban poder, montaban un sistema de vida totalmente divorciado de su condición de revolucionarios. Lo personal no era lo político y los dirigentes fueron cayendo en un grotesco modo de vida que intentaba imitar el estilo de la burguesía nicaragüense, mezclado con influencias cubanas de tratamiento militar a los jefes.

Las nubes del poder se condensaron y bastó una década para que los dirigentes sandinistas se quedaran con discursos y planes económicos, políticos y militares vacíos, frente a una guerra de agresión imperialista, un pueblo dividido y una sociedad empobrecida con una montaña de muertos, miles de lisiados de guerra, no sabemos cuántos huérfanos, viudas, ni madres de héroes y mártires.

La solidaridad internacional y la gran contribución de la prensa de muchos países, pendientes de Nicaragua, que tanto habían acompañado la lucha, fueron debilitándose; las organizaciones de los trabajadores, campesinos, maestros, estudiantes y periodistas, quedaron mutiladas o desaparecieron. Y, otra vez, el pueblo fue el que reconoció el camino que los dirigentes no vieron: el FSLN perdió las elecciones. La famosa *piñata*³²⁹ dejó al descubierto la descomposición de un proyecto que costó demasiado.

Pese a todo, dentro de los escombros, floreció la lucha feminista, que por su rebeldía no logró ser anulada ni absorbida por una Revolución con mirada de hombres. En estos tiempos constituye el movimiento más importante que lucha por las reivindicaciones de las mujeres y de la sociedad en su conjunto, frente al gobierno ilegítimo, dictatorial, de Ortega-Murillo³³⁰.

³²⁹ Véase el párrafo a que hace referencia la nota n.º 100, y también la nota n.º 248, sobre lo que fue la piñata.

³³⁰ Se refiere al presidente de Nicaragua y esposa, Daniel Ortega y Rosario Murillo.

Zoila Guadamuz Núñez
(Managua, 2014)



Le planteamos a la dirección, a través de Bayardo Arce, que era necesario trabajar el maltrato a las mujeres, el eje de la violencia, y él contestó: «Miren, si ustedes quieren dedicarse a ese eje de trabajo, háganlo, pero en su tiempo libre».

Mi nombre es Zoila Guadamuz Núñez y, al pensar en mi recorrido, lo primero que me viene a la mente es que mi motivación fundamental para comprometerme con la Revolución no fue necesariamente el Frente Sandinista. Yo estaba recién divorciada, desde 1973, y entre los años 1974 a 1976, cuando andaba buscando un sentido a mi vida, escuchaba la lucha de los guerrilleros y admiraba que fueran personas que daban su vida por un ideal.

Ya antes, cuando todavía estaba con mi ex marido, mataron a Leonel Rugama [ver IP] y cuando yo lo vi en el periódico, dije: «Pobrecito», pero él me dijo: «Pobre no es el que muere por sus ideas» y eso me quedó a mí grabado. Otra persona que a mí me motivó fue Doris Tijerino [ver IP], por lo valiente que la vi. La apresaban, la torturaban, salía, la volvían a apresar, y volvía y volvía de nuevo. Yo pensaba ¿qué les pasará? ¿cómo será posible que vuelvan? ¿qué sienten? Me pareció una actitud muy valiente y de mucha entereza.

En esa búsqueda del sentido de mi vida, yo había estado un año en EE.UU. y cuando vine me encontré un anuncio en la prensa de retiros espirituales dirigidos por el padre Ruiz Medrano, un jesuita. Me fui con mi hermana allí y ese retiro fue la campanada a mi consciencia, porque el

sacerdote tenía preparado el ejercicio contrastando los pasajes evangélicos con la realidad nacional.

Tiempo después, me di cuenta de que era la Teología de la Liberación, pero yo en ese momento no sabía. Eso me hizo reflexionar mucho, alejada de mi vida cotidiana, y cuando salí de allí, yo era otra persona. Me sentí orientada y pensé que tenía que seguir buscando y encontrar espacios donde poder desarrollarme con gente que estuviera con esa clase de compromiso.

Me integré en las comunidades de base y fui encaminando mis acciones de solidaridad, de marchas, de todo, especialmente trabajando en los *barrios orientales*³³¹.

En ese proceso, una amiga que lo es hasta el día de hoy, a la que le debo mi compromiso, que se llama Anita Velázquez —una de las fundadoras de la Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional, Ampronac— estaba buscando una secretaria. Yo entonces tenía un trabajo informal, de ir a Miami a comprar cosas y vender después: ropa, calzado, para sostenerme, y ganaba dinero, pero me sentía vacía. Le dije que podía ser su secretaria, y como ella dirigía un centro de documentación en un lugar que aún se llama Centro de Educación y Promoción Agraria (CEPA) —parte importante de la Pastoral Rural—, allí fue donde empecé a trabajar junto a un grupo de voluntarios y dirigidos por otro jesuita, el padre Jesús María Martín Mateo, que ahora está en Honduras. Allí, como secretaria, me invitaban a eventos y capacitaciones y así fui conociendo los problemas de los trabajadores agrícolas sin tierras. Poco después, me propusieron si quería entrar en la formación bíblica y me dieron el cargo de delegada de la Palabra, desde donde empecé a poner en práctica mi compromiso³³².

Con nuestra formación cristiana y política, con el enfoque de la Teología de la Liberación, nos llamaban «promotores de delegados de la Palabra» y el trabajo era, en efecto, promover comunidades de esos delegados en Masatepe, cuyo párroco, monseñor Quintanilla, fue el más cercano a mí y era el que nos autorizaba ante la comunidad para realizar nuestro trabajo.

³³¹ Los barrios orientales de Managua eran entonces de los más pobres de la ciudad: San José Oriental, Ciudad Jardín, La Reynaga y el barrio Los Ángeles. Tenían un altísimo porcentaje de desempleo y de miembros de las familias en el extranjero. Aún ahora siguen viviendo de las remesas enviadas por aquellos, de ventas de segunda mano y de constituir una de las rutas de tráfico de drogas.

³³² Los delegados de la Palabra eran líderes locales de las comunidades campesinas a quienes aquellas se dirigían en caso de dificultades. Asimismo, cuando una organización externa quería entrar en una comunidad campesina, debía hacerlo a través del delegado de la Palabra, y entonces era aceptado por la comunidad.

Viajábamos desde Managua varias veces a la semana para organizar las reuniones parroquiales en las que se reflexionaba sobre la Palabra, o mensajes bíblicos interpretados a la luz de nuestra realidad nacional.

Poco después de mí, algunos de los que trabajaban en el CEPA, y que estaban ya integrados en el Frente, me empezaron a captar. Un compañero del Frente, que murió después en un atentado, en una emboscada, me dijo: «Yo soy del Frente Sandinista y te hemos visto comprometida y te queremos como colaboradora». Yo sabía del Frente, pero de largo, de los hechos, pero nunca me imaginé que una célula del Frente estuviera ahí porque yo a los del CEPA los veía sólo como promotores sociales. Además, eso era para él abrirse, era peligroso y yo no estaba segura. Fue como hacia 1976.

Yo le dije: «Déjame pensarlo, porque no me siento realmente preparada para esto ahora. Yo más adelante te resuelvo». Pero en el proceso, yo sentía que a mí eso me estaba sirviendo de catarsis y como de terapia, le estaba dando un sentido a mi vida y era un alivio enorme a mis heridas del divorcio. Además, en todo ese tiempo —quiero que conste en mi relato— la influencia más fuerte que yo tuve fue la del padre misionero y mártir, Gaspar García Laviana, tanto desde antes de su muerte, como de después, por lo que significó para mí la coherencia de su vida y de su compromiso hasta el final [ver IP].

Por otro lado, algunas ya estábamos discutiendo sobre la participación de las mujeres en la Revolución, para tener una parte específica para nosotras. Había otras compañeras con las que discutíamos, como Gloria Carrión o Felicia Medina³³³. Yo era cercana a la tendencia proletaria del Frente, y en ella se estaba pensando ya en promover una organización de la mujer con el afán de luchar por los derechos humanos. Ese era el primer paso, pero eso implicaba luchar contra la dictadura. Sin embargo, como a mí me veían tan sensible y consciente de lo que debía de ser la lucha de la mujer, me ofrecieron involucrarme en la Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional (Ampronac), creada desde 1977.

Los esfuerzos por crear una plataforma de lucha por los derechos de las mujeres

Cuando entré en Ampronac, mi primer contacto fue con Lea Guido [ver IP], la coordinadora, que me encargó tareas sobre todo de propaganda, un trabajo que me motivó de verdad. Viéndolo desde la actualidad, me doy

³³³ Ambas mujeres, provenientes del movimiento cristiano, combinaban el trabajo social con el político.

cuenta de que, a mí, lo que de verdad me llenó de la Revolución Sandinista, de mi participación en ella, no fue la militancia, sino el hecho de que se pensara en la marginalidad y en la discriminación de las mujeres dentro de esa Revolución, que era toda una novedad. Si no hubiera sido por eso, yo quizá me hubiera integrado posteriormente, pero no en ese momento.

A partir de noviembre de 1977, fui miembro de la Comisión de Organización, y estuve trabajando en comités en *La Centroamérica*³³⁴, con personas más o menos de clase media, y en *Las Américas*³³⁵, con gente muy pobre, porque así era Ampronac. Quería ser multisectorial y plural. Y nunca más en la década de 1980 se logró nada parecido. La siguiente, la Asociación de Mujeres Nicaragüenses *Luisa Amanda Espinoza* (Amnlae), aunque se considerara a sí misma como heredera de la anterior, ya fue dirigida por el Frente e iba orientada a los sectores de amas de casa más pobres. A las que éramos de clase media, la mayoría profesionales, nos ubicaron como directoras y en cargos, desvirtuando el sentido de la primera organización.

Cuando se creó Amnlae, se nos comunicó que se iba a cambiar el nombre de la organización anterior, pero sin consultarnos nada, cuando nosotras siempre habíamos consultado todo... se perdió algo muy valioso. Se explicaba que esas decisiones se justificaban por el «centralismo democrático», pero eso fue cuestionado en nuestras asambleas porque nosotras habíamos sido los pilares de aquello, y si quisimos ser multisectoriales y diversas, se debió respetar. Con la nueva estructura cambió todo, y para mí, descapitalizó la asociación, porque lo de ubicarnos a las profesionales en los cargos fue un abandono del modelo anterior. Desde ese momento, el nuevo objetivo de Amnlae era formar sectores de mujeres populares, en el fondo, propaganda para el Frente. La posibilidad de ser democráticas se perdió por completo en la década de 1980 con el Triunfo de la Revolución. Todo se hizo más vertical y nos empezamos a mover ya en medio de un enorme dirigismo y machismo.

La organización de mujeres en la década de 1980

En septiembre de 1981, siendo ministra de Bienestar Social Lea Guido, como ya había que tener representación en el exterior, ella me nombró delegada titular de Nicaragua ante la Comisión Interamericana de Mujeres (CIM), con sede en Washington D.C., ante la OEA. Como Lea era de la confianza

³³⁴ La colonia Centroamérica, en el noroeste de Managua, es una zona bien urbanizada, con abundante comercio y lugares recreativos, que incluye barrios de tipo medio.

³³⁵ El reparto Las Américas se sitúa en el noreste de Managua, que aún permanece con un problema de asentamientos inadecuados e insalubres por ser un lugar de recepción de la emigración irregular e incontrolada del campo a la ciudad.

del Frente, fue aceptada su propuesta y de 1980 a 1982 fui la persona que instaló la Oficina Gubernamental de la Mujer, adscrita a la Presidencia de la República. Después, cuando a mi me «trasladaron» a la Dirección de Relaciones Internacionales del Ministerio del Interior, la Oficina se transformaría en el Instituto de la Mujer, bajo la dirección de Ivonne Siu. Se ubicó hasta en el mismo edificio de la Presidencia de la República. Así «se cumplía» con el objetivo de la resolución firmada en la ONU, pero quedaba subordinada a la dirección de Amnlae. Es decir, que la Oficina Gubernamental, en teoría, era del gobierno, pero yo siempre me tenía que coordinar con Amnlae, es decir, con el partido. Este la consideraba como una más de sus «organizaciones de masas» y nunca tuvimos realmente el respaldo gubernamental, porque la presión partidista era enorme.

Con la guerra en medio, se nos decía continuamente que era en el campo de batalla donde se estaba definiendo lo que pudiera ser la Revolución. Había que apoyar las tareas militares y ahí canalizamos miles de nuestras energías.

Lo más dramático que me pasó a mí estando en esa oficina fue que, cuando ya conocía a mujeres latinas que tenían años de experiencia en esos trabajos, y me sentía muy a gusto con mi tarea, consideraron que era necesaria una oficial de protocolo en la Dirección de Relaciones Internacionales y Prensa del Ministerio del Interior, y pusieron el ojo en mí. Se lo solicitaron a la dirección de Amnlae y para mí fue un golpe emocional enorme, porque no quería por nada cambiar de área de trabajo. Fui a la oficina de la comandante Mónica Baltodano [ver IP], que dirigía una instancia municipal desde el Gobierno, y se me saltaron las lágrimas. Le dije que no me quería ir de allí, que yo me había casado y divorciado, no tenía hijos (fui madre adoptiva — porque adopté a mi hija —, pero ya finalizando los ochenta), estaba libre y la organización, la oficina, yo la sentía como si fuera mi hija. La comandante se me quedó viendo, así, como un poco impresionada, pero como diciéndome que no podía hacer nada porque ella no tomaba esas decisiones. Las tomaba la Oficina Política del Frente, a cuya cabeza estaba Bayardo Arce [ver IP], y el Ministerio del Interior, que lo llevaba el comandante Borge [ver IP], que era el que me había solicitado junto a la comandante Tijerino, que respaldaba esa solicitud. Hasta pedí a mis compañeras que lo discutieran y solicitaran que yo me quedara, y lo hicieron, pero entonces me llamó el comandante Borge y ahí tuve la presión más grande: me dijo que me entendía, pero que estábamos «sufriendo una agresión militar de EE.UU.» y era urgente defender al país. «Si esta guerra se pierde, olvídense de Oficina de la Mujer y de todo, porque aquí entra la *Contra* y va a ser otro tipo muy distinto de gobierno».

Me sentí muy presionada, y como en ese momento yo valoraba mucho ser reconocida como «militante» del FSLN —pues aún no había obtenido el carné y era colaboradora—, decidí aceptar el traslado. Permanecí en ese

puesto un año y me tuve que dedicar a recibir periodistas y a temas de protocolo, pero al año tenía tal frustración que no podía más, y hasta me enfermé. Solicité mi «baja militar» en cuanto me quedó claro que mi traslado no había sido necesario y más bien obedecía a un interés personal del comandante Borge por mi persona. Pero tuve que pagar el costo de que me suspendieran temporalmente del FSLN por considerar la dirigente política del Ministerio del Interior que yo no estaba siendo «consecuente» con las urgencias políticas de la Revolución. A esa decisión apelé de inmediato y fui repuesta en mi condición de aspirante también de inmediato.

Hacia 1985-86 se dieron cuenta de que las modificaciones que habían introducido en la organización de mujeres habían sido perjudiciales, y a las que estábamos dirigiendo nos volvieron a decir que debíamos recuperar el estilo anterior plurisectorial y se empezaron a hacer intentos de captar más sectores, pero ya no se logró. El modo de trabajar se había vuelto «muy militante», ya no era lo mismo. Los nombres que yo sugerí, por ejemplo, no llegaron nunca.

Ese giro había estado tan mediatizado que, un día, hace poco tiempo, quise ver qué se decía de aquello en Google, y me asombré. No sé quién metería ese texto ahí, pero hablaba de que los «sectores medios de mujeres eran superficiales, que solo llegaban a las reuniones y encuentros en ocasiones y que las mujeres proletarias eran las consecuentes». Y no era verdad. Tengo que decir a las compañeras, que están vivas todavía, que me gustaría que lo leyeran y lo revisaran. Que me dijeran si hoy están de acuerdo con esas declaraciones.

Yo me doy cuenta actualmente de que, incluso las revoluciones han sido impulsadas mucho por la clase media. Los propios dirigentes de aquí, si lo analizamos, fueron de clase media. Sin embargo, mantenían y perpetuaban esa convicción tan sectaria, resumida en una frase que se le adjudicaba a Sandino: «Solamente obreros y campesinos llegarán hasta el fin». Y eso, en los ochenta, fue algo incuestionable que repetíamos como una oración. Ahora no lo pienso así, y por eso me interesó tanto esta entrevista, porque yo quería decir esto: que se supiera que, a pesar de que empezamos casi en 1978, en plena y fuerte dictadura, constituimos una organización en la que hicimos todo lo posible por que fuera amplia, multisectorial y multipartidaria y eso fue un valor que se perdió con el Triunfo del Frente. Y quiero que se sepa porque me parece muy importante reivindicar nuestra historia. Muchas feministas, después en los ochenta, como Magaly Pineda [ver IP], nos decían: «Es que no puede ser que ustedes sigan las tareas del Frente Sandinista, ustedes tienen que recuperar su autonomía». Y era cierto. Si no era así, no podía ser una organización que captara el interés de las mujeres.

Las relaciones hombre-mujer en la pre y posrevolución

El tema de la clase de relaciones que establecíamos con los varones en todos aquellos años es muy interesante, porque había diferencias notables según la posición jerárquica de los mismos. Y, sobre eso, yo tengo como dos visiones: la que había con los compañeros que eran del mismo nivel de trabajo, de militancia, y la de los altos dirigentes.

En un principio, hacia 1974, cuando yo me inicié en mi compromiso con los grupos cristianos, empecé con mucho miedo de que me vieran como una «mujer fatal» por ser divorciada. Pero cuando conocí a Óscar Robelo, el que me propuso a mí entrar en el Frente, y a Manuel Salvatierra [ver IP], que trabajaban conmigo, vi que lo que ellos tenían en sus mentes y a lo que orientaban sus esfuerzos era una causa sublime. Tengo muy buenos recuerdos de todos aquellos compañeros.

Me sentí tratada como una persona de igual condición humana, incluso con mucho respeto. Por ejemplo, cuando estábamos semiclandestinos y nos tocaba ir a las comunidades del campo, a veces teníamos que dormir allá. Los campesinos que nos daban hospedaje no disponían de cuartos adicionales a los que ellos necesitaban y, con gran generosidad, nos cedían un solo cuarto y, a veces, una única cama. Y allí dormíamos, con el mayor respeto, sin que esos compañeros se consideraran con derecho a nada, y sin que me molestaran ni con una simple insinuación. Esa fue una de las cosas que a mí me sirvió de terapia, porque yo iba muy lastimada, y lo novedoso que yo encontré en el Frente, en esa relación con mis compañeros, fue precisamente el trato. Me sentía reivindicada y tomando mis propias decisiones. Fue totalmente distinta a la relación que yo había tenido con mi esposo, y pensaba: «Qué increíble, que con el hombre con el que yo me comprometí para vivir una vida, me sintiera discriminada, y estas personas, a quienes estoy conociendo ahora, con las que no he tenido relación ninguna, son las que me han respetado».

Sin embargo, más adelante, ya en los ochenta, conocí relaciones distintas, cuando algunos pasaron a ser altos dirigentes. Los sentí muy autoritarios, sobre todo en el Ministerio del Interior, donde la característica militar parecía disculpar los gritos y los tratos bruscos. Yo llegué a decirle a un comandante que me sentía lastimada y que no necesitaba que me gritara, pues nunca hubiera esperado yo eso de un compañero del Frente Sandinista.

También hubo mujeres autoritarias cuando en las organizaciones la línea se hizo vertical. Las mujeres se volvían autoritarias porque a ellas las presionaban con lo que había que cumplir, y ellas presionaban a las de más abajo. Y yo tuve que sufrir también a dos o tres personalidades de mujeres autoritarias.

Las relaciones más armónicas que tuve se dieron en el tiempo que estuve en Conapro.

1. *La indiferencia del Frente ante la problemática de género*

La prioridad absoluta de los dirigentes del Frente por todo lo relacionado con la guerra llegaba al punto de que la organización de mujeres no les interesaba como tal, sino como otro sector al que encomendarle tareas y servirle de propaganda. Desde que estuve en Amnlae me daba cuenta de que era lo mismo que estar en los Comités de Defensa Sandinista (CDS)³³⁶, porque se realizaban las mismas tareas: salud, alfabetización, etcétera. No había una definición de derechos propios que reivindicar. Además de que querían atender a otros intereses más ajenos todavía, incluso contrarios, a nuestros objetivos, y eso no cambió en toda la década de 1980.

El Frente nunca entendió que pudiéramos centrarnos en los temas realmente de mujeres, y nos descalificaban continuamente. Así, en una ocasión, fui directamente criticada por el comandante Tomás Borge, conversando sobre el tema de las mujeres y su discriminación. Él me dijo que yo era «obsesiva» como feminista, a lo cual yo respondí: «El machismo, que yo sepa, no es una actitud muy sana». Y le manifesté claramente que él establecía una contradicción e incoherencia entre su «discurso» en las plazas y su actitud cotidiana en el trato personal con las mujeres. En otra, traté de analizar la deformación de valores que significaban los «concursos de belleza» para las mujeres y para la sociedad en general, y mi artículo fue publicado en el diario oficial del FSLN tal cual yo lo redacté. Sin embargo, a la semana siguiente, el mismo medio le dio cabida a otro artículo firmado por la secretaria ejecutiva de Amnlae, es decir, su máxima dirigente nacional, en el que «rebatía» mis argumentos y planteaba que «no tenían suficiente fundamento». No puedo afirmar que ese artículo de ella fuera orientado por la dirección política del FSLN, pero estas cosas sucedían con mucha frecuencia, y tengo pendiente esa pregunta para ella hasta el día de hoy.

Más tarde, en los últimos años ochenta, desde Conapro, teniendo ya conocimiento de los resultados de la investigación que se había llevado a cabo en 1983-84, sobre violencia, tanto la Secretaría de la Mujer de Conapro, como la de la Mujer de la Asociación de Mujeres del Campo, ATC, y la de la Mujer de la Central Sandinista de Trabajadores, CST —los obreros—, decidimos presentar a la Secretaría del FSLN la propuesta de que en nuestros planes de trabajo se incluyera de manera permanente la lucha contra la violencia hacia las mujeres. Planteamos que era necesario trabajar el eje del maltrato a las mujeres, y la contestación de Bayardo Arce fue:

³³⁶ Véase nota n.º 181 sobre los Comités de Defensa Sandinista.

Los planes de trabajo de las Secretarías de la Mujer deben ajustarse a las prioridades de la situación nacional, a la coyuntura. Si las mujeres de las secretarías quieren trabajar sobre el tema de la violencia, pueden hacerlo en sus horarios «libres», en sus días libres.

Lo consideraban como una cosa menor, como diciendo «si tanto insisten»... como si fuera un *bobbie*, además, ¿de qué tiempo libre hablaba, si nunca lo teníamos...! No querían darle importancia, no era algo que llamara su atención. Incluso a Gloria Carrión y a Glenda Monterrey —las secretarías ejecutivas del Frente en ese tiempo— las regañaban y les decían que se estaban desviando, que tenían la guerra enfrente. Nos ponían de «pequeñoburguesas» para descalificarnos, y nos decían: «Vayan a organizar a las madres de héroes y mártires y trabajen con ellas, con esas mujeres que han sufrido». Como diciéndonos que nosotras nos preocupábamos por cosas baladíes, mientras que ellas eran las que sabían, las que eran heroínas. Y sí, nosotras teníamos que aprender de ellas, pero sentíamos que lo nuestro era igual de legítimo.

2. *Las reivindicaciones nunca planteadas: la violencia de género y el abuso*

En ese ambiente de incompreensión y desvalorización de la problemática específicamente femenina, no era posible hablar con claridad de los temas más duros. No pudimos nunca plantear abiertamente lo que ocurría con las relaciones hombre-mujer y familiares en general en el país. Las mujeres de medios humildes se integraban a menudo con nosotras colaborando en lo que fuera, trabajando en lo político o en lo social, pero lo llevaban a cabo como algo totalmente al margen de sus vidas. Nos fuimos dando cuenta de que muchas estaban viviendo situaciones de violencia y, cuando estábamos mujeres solas, hablaban: decían lo que les había hecho el marido la noche anterior, cómo las había amenazado, mil cosas, pero siempre únicamente en los espacios informales. Nunca lo plantearon en las reuniones del Frente. De nuevo se trataba de conversaciones que sólo eran posibles «en el tiempo libre».

En toda la década de los ochenta, nunca se nos permitió el verdadero abordaje de la discriminación de la mujer, por tanto, tampoco pudimos ahondar en las cuestiones de violencia, maltrato, abusos sexuales... todo eso estaba muy oculto. Fue una realidad muy golpeada que pude observar.

Nos dábamos cuenta de los miles de rumores que había, pero nunca se abordaban claramente y nunca nos atrevimos a que fuera un tema de trabajo. Recuerdo a una amiga española, Pilar Jaime [ver IP], que trabajó aquí en organizaciones de mujeres, que escuchaba confidencias y me decía: «Investiguen sobre la familia, porque aquí en Nicaragua, la familia está enferma.

Aquí hay abuso sexual de los padres con los niños, de los padrastros, de los tíos. Ya llevo muchos casos y eso no puede ser casualidad». Pero todo era demasiado oculto.

3. *El mayor logro de esa etapa: los avances jurídicos en los derechos de la mujer*

Hacia 1987, cuando salí de Relaciones Internacionales, Milú Vargas me pidió que me fuera con ella a la oficina de la Confederación de Asociaciones Profesionales de Nicaragua (Conapro), porque íbamos a fundar la Secretaría de las Mujeres Profesionales. Así pues, bajo la dirección de Milú Vargas, que fue electa Secretaria Titular, fui electa secretaria ejecutiva de la Secretaría, y en ese cargo estuve en los años 1988 y 1989.

En ese tiempo, como nosotras seguíamos formándonos en seminarios y en encuentros feministas en el exterior, en un momento determinado fui dos meses a Puerto Rico y allí logré ver cuál era la diferencia entre una organización con un enfoque feminista y la que no lo era. Cuando regresé a Nicaragua venía entusiasmadísima, pero siempre me encontré con una pared: la guerra, la alfabetización, siempre algo... las tareas vinculadas con el Frente eran las prioritarias.

En los debates que hubo entre las mujeres de Amnlae, mujeres y hombres de otras organizaciones populares y representantes en la Asamblea Nacional, fue cuando afloraron las contradicciones más fuertes entre nosotras y los/las militantes del FSLN y otros sectores organizados. Ese fue un primer termómetro para medir los vacíos de formación y de criterios con enfoque de género que existían entre nosotras mismas y los hombres y mujeres del FSLN.

El logro mayor de esa etapa fue la aprobación de la *Ley de Relaciones Madre, Padre e Hijos* —es decir, que figurara el nombre de la madre en primer lugar—, en consonancia con el rol tan determinante que ha jugado la madre en la familia nicaragüense. Esa fue, quizás, la ley más debatida e importante que se aprobó en la Asamblea Nacional de Nicaragua. Costó mucho por el hecho de que el término «madre» iba en primer lugar, y yo creo que se consiguió gracias a la gran influencia que tenía el comandante Carlos Núñez, tal vez el más sensible a los temas de discriminación femenina de todos los altos cargos.

Esa ley significaba la patria potestad compartida. Era un logro, pero si antes teníamos doble jornada, ahora era triple: la del hogar, la militancia política del partido, y la tarea social con las mujeres, su promoción para que se integraran. Y mi vida era mucho más sencilla entonces, pero ahora me doy cuenta yo de que era demasiada tarea para las que tenían familia. Tenían que dejar a los hijos con las abuelas, suegras, aunque muchas veces

las descalificaran y las criticaran por sus ausencias. Vivían con ese gran pesar, que yo en aquellos momentos no tenía.

Después de esa experiencia, creo que deberíamos haber demandado en nuestra Asociación de Mujeres que se dedicara tiempo para continuar con una formación que nos proporcionara capacidad de análisis de nuestra realidad concreta. Y por supuesto, mayor fuerza de convicción para sostener un debate permanente entre la militancia del FSLN. Pero eso no sucedió. Creo que, más bien, algunas dirigentes de Amnlae fueron tan presionadas por la autoridad de la dirección política del FSLN, que quedaron un poco temerosas de mantener un debate interno, y mucho menos externo.

De todos modos, me sirvió mucho estar en Conapro porque tomé otra decisión en mi vida que fue fundamental: estudiar Derecho. La ocasión fue un congreso o asamblea de mujeres latinoamericanas que venían a discutir sobre sus experiencias en cada uno de sus países sobre la legislación que estaba aprobada en ellos acerca de las medidas sobre derechos de la mujer. Había una corriente que se llamaba «Derecho Alternativo», que era la creación de un nuevo marco jurídico para las mujeres y tener eso como una nueva herramienta de lucha. A la máxima de la época «La Revolución es fuente de Derecho», nosotras respondíamos: «Sí, pero también un nuevo derecho es fuente o instrumento de cambio». Eso a mí, que no era profesional —era trabajadora social empírica y secretaria— pero que tenía la aspiración de estudiar, me decidió a estudiar Derecho, hacia el 1988. Me propuse que mi instrumento de trabajo fuera fusionar lo social con el Derecho. Y ahí me tomó la derrota del Frente. Estaba en Conapro, con Milú, en 1990, ya después de dos años de estudiar Derecho, cuando se perdieron las elecciones.

Tras las elecciones de 1990: mi visión de la actualidad

Tras las elecciones de 1990, la Oficina Gubernamental de la Mujer ya estaba muy disminuida y vimos que no podíamos continuar. Sólo unos seis meses más siguió lo de Conapro, y cada uno buscó cómo sobrevivir.

Yo, como te dije, tenía ya dos años de estudiar Derecho y continuaba con mi interés acerca de una legislación de medidas sobre derechos de la mujer, el tema de aquel encuentro de 1988. En aquella ocasión, las españolas nos ayudaron mucho, porque nos trasladaron sus experiencias de instrumentos legales que se habían aprobado de las organizaciones de mujeres y feministas de España.

Decidí terminar mi carrera y ver cómo integrar una comisión que todavía existe, la del Centro de Documentación. Busqué a las compañeras de ese encuentro, pero estaban tan metidas en su sobrevivencia que no encontré eco y entonces busqué organizaciones de mujeres donde yo pudiera canalizar mi trabajo como abogada.

Después, con la cooperación española, se crearon las Comisarías de la Mujer y la Niñez, en la policía, y fui contratada para dar seguimiento y asesoría a las comisarías de Masaya y de Estelí. Sentí que la vida era como un ciclo, porque volví a lo que dejé, pero ahora ya era impulsando líneas de trabajo. Me centré en aquello que a nosotros nos decían que dejáramos «para el tiempo libre».

Pude encauzarme por el camino que yo había elegido, dentro de lo que me motivaba. Porque, en ese sentido, yo tengo dos vinculaciones emocionales bastante fuertes: en los primeros años, el padre Gaspar García Laviana, que tanto me influyó, y luego, las españolas, y la cooperación, también española, que me ayudaron mucho a consolidar ese objetivo de mi vida profesional.

1. *La permanencia de una cultura tolerante con el abuso sexual*

Lo más lamentable es que la existencia de una tolerancia con el abuso sexual en la familia se confirma con datos obtenidos en diferentes sectores sociales, tal vez más en el campo, incluyendo las comunidades indígenas. En las zonas de las Regiones Autónomas del Atlántico Norte y Sur, cuando nosotras planteamos la necesidad urgente de una ley que penalizara la violencia sexual, en las discusiones con algunos jueces de esos territorios, nos decían: «Aquí eso no se puede aplicar, porque en este territorio las madres venden a las chavalas a hombres y es algo normal, es una práctica habitual ¿cómo voy a penalizar eso? Yo no puedo ir con esta ley, se me echan encima las comunidades».

En las ciudades, me he dado cuenta de que también existe, no tan frecuentemente, pero existe. E igualmente, cuando aquí una niña o adolescente se atrevía a denunciar el maltrato del padrastro, nosotras nos quedábamos con la boca abierta al ver cómo las mujeres salían defendiendo al marido. Yo creo que por eso el caso Zoilamérica [ver IP] se ha llamado aquí «un caso emblemático», porque es un símbolo que representa un aspecto oscuro del país. Y un reflejo de esa subcultura es el hecho de que no haya afectado a un presidente haber sido denunciado por violación e incesto. Igual que a la Iglesia, a la que yo le reclamo también porque vive en contacto con la población y trabajando las conciencias. Para mí tiene una gran responsabilidad.

Hasta después de las elecciones de 1990 no abordamos algunas actitudes de abuso. Yo misma viví experiencias en las que se combinaba la autoridad con el acoso y tuve que resistir y decir claramente que me trasladaran de un lugar a otro. Hubo más compañeras que lo vivieron, y nos lo contábamos en confidencias, pero no nos atrevimos jamás a plantearlo; creíamos, incluso, que eran casos aislados, que nos pasaba sólo a nosotras, pero se empezó a oír más cada vez y hasta hubo una compañera del Frente que pidió perdón públicamente y dijo que se había dado cuenta, pero que nunca había dicho nada.

2. *El empeoramiento de los problemas en la ciudad y en el campo*

Como en el tema anterior, en otros también, en los ochenta todo se dejó «para abordarlo después», y con la pérdida de las elecciones, ese «después» nunca llegó. Si uno se para a reflexionar, la Revolución no se perdió desde 1990, sino que se desmontó desde antes.

La Revolución la hicimos más que todo la gente de base. Fuimos los que pagamos los mayores costos, pero seguíamos y seguíamos cuando ya desde el gobierno se habían desmontado varios proyectos: se había desmontado Cultura; se le había quitado presupuesto a programas sociales muy importantes, porque desde el bloqueo³³⁷, los gastos de la guerra no permitían disponer de esos presupuestos, estaba todo ya disminuido. Pero seguimos hasta el final como pudimos.

Yo siento que ahora las cosas están peor que antes, pero vienen de entonces. Aunque no se denunciaba y todo se ocultaba, se sabía. Prueba de ello era que cuando le planteamos a el Comandante Bayardo Arce que era necesario discutir la moralidad sexual, para definir qué fundamentos debería tener la moral en la Revolución —ya que observábamos que en la cultura se conservaban muchos aspectos de la doble moral—, él respondió que no era apropiado, porque «¿quien tiene autoridad para definir que es la moral?» ... y con eso todo el mundo se callaba...

Los Ortega se han entronizado en el país, como antes los Somoza, porque, si en Centroamérica las dictaduras han sido de grupos, de clanes, en Nicaragua han sido de familias. Y en el país, yo veo sobre todo dos temas de conflicto: el campesinado y el Pacífico.

En el caso del campesinado, por la gente que se indigna al ver tanta injusticia y tantas desigualdades y, como respuesta, a cada rato se oye que van surgiendo armados, desarmados, se vuelven a armar... Porque los dirigentes de la *Contra* agarraron su parte, pero, también ahí, el combatiente de base quedó excluido, está en la misma situación que nosotros. Sólo los jefes salieron beneficiados. En Nicaragua no se accede a los trabajos si no se tiene el carnet del Frente, se sale mucho a trabajar a Costa Rica y se forman familias muy desintegradas.

La otra es esta parte del Pacífico, donde se respiraba una cierta quietud, y ahora ha empeorado con lo del canal interoceánico, que afectaría enormemente al lago de Nicaragua³³⁸. Este tema está despertando muchísimo un

³³⁷ La administración Reagan declaró el bloqueo económico a Nicaragua en mayo de 1985, pero desde 1982 ya se estaban denegando préstamos.

³³⁸ Véase nota n.º 114 sobre el proyecto de canal interoceánico.

inconformismo que estaba adormecido, y creo que no van ser tan fáciles los proyectos de expropiación. En el campo, en la montaña, la gente está más afectada que en la ciudad con ese proyecto, y lo viven como una segunda confiscación, una continuidad de la que hubo en la Revolución, todo en el mismo paquete.

Mucha gente piensa que el gobierno va a convencer a los grandes propietarios de que el proyecto va a revalorizar sus tierras y así van a dividir a la gente haciendo acuerdos con algunos que acabarán cediendo, pero la oposición cada vez ha sido mayor.

Los conceptos como violación de las leyes, institucionalidad o soberanía, son conceptos que los campesinos no conocen y no manejan, y con eso se tenía cuidado al principio, de no hablarles porque no tenía sentido. Pero ahora, lo que empezó con un rechazo por la amenaza de expropiación, ha continuado con encuentros para llevar a cabo movilizaciones, y en las marchas de protesta contra la construcción del canal cada vez se va adquiriendo más una consciencia de soberanía. Ahora ya hablan de defender el lago.

Concluyendo, te diré que para mí la Revolución fue terapéutica, porque me alivió de dolores que yo había tenido y me mostró unas relaciones con compañeros diferentes. Puedo decir que tengo buenos recuerdos. Me ayudó a encauzar mi vida y me dio oportunidades de estudio, ya que pude estudiar Derecho con una beca de un programa especial que se abrió para los cuadros y militantes del Frente, en la UNAN. En otra universidad cualquiera hubiera tenido que estudiar con jóvenes diez años menores que yo y eso me hubiera creado un problema de comunicación. Pero como ahí eran todos adultos, y comprometidos de la misma manera, eso me ayudó mucho.

Por otra parte, cuando llegaron las elecciones de 1990 y se perdieron, es innegable que hubo una sensación de libertad en muchos militantes del Frente. Junto al dolor de haber perdido, muchos sentimos un alivio tremendo, un sentimiento de poder hacer ya lo que uno viera por sí mismo, libres de aquella gran responsabilidad.

Marlene Álvarez Morazán
(Managua, 2014)



*Grupo musical «Pancasán» en la década de 1980
(Marlene Álvarez en primer plano)*

Nos habíamos ido separando de las familias, y era como que teníamos otra familia que era la de la lucha. Estábamos dedicados ciento por cien al compromiso, al gran compromiso de hacer más por toda la gente que quedó en el camino, por los que no estaban.

Vengo de una familia de clase media baja. Mi papá, Pablo Alvarez Curbello, procedía del Pacífico, de Rivas, y mi mamá, Ofelia Saballos Morazán, de Matagalpa, pero se conocieron en la Costa Atlántica, en Río Coco y se dedicaron al comercio desde muy jóvenes; bueno, toda su vida. Al indagar en mi árbol genealógico, he sabido que varios de mis antepasados se involucraron en la actividad política, en la tendencia liberal, siendo mi bisabuela María Manuela Morazán Membreño, de origen hondureño y descendiente de Francisco Morazán. [ver IP].

Mi familia no me inculcó ninguna ideología. Mi compromiso vino desde el cristianismo

Eso es algo que agradezco a mis padres, porque mi padre fue un líder nato en el municipio de Waspám, Río Coco, y a pesar de lo que él participó en política, y hasta fue pre candidato a alcalde, él nunca me inculcó su ideología y respetó totalmente mis decisiones cuando yo quise integrarme en la lucha contra la dictadura somocista, lo que no significa que estuviera de acuerdo con lo que yo hacía y pensaba.

En 1974 me integré en el Movimiento Estudiantil, en la organización vinculada al FSLN: el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) y participé en la insurrección de 1979. Después, durante la década de 1980, estuve trabajando en el Comité Regional del FSLN en Managua como Jefa (en órganos auxiliares) de Propaganda primero y, luego, en Organización, en Información y como miembro de Comité Zonal. Pero todo fue un proceso.

Mi primera actividad política fue una toma del colegio, en solidaridad con una toma de la catedral que se hizo por la libertad de los presos políticos. En ese momento, ni me había bachillerado todavía, pero ahí empezó mi inquietud y mi actividad política. Desde niña parece que tenía inclinación a la política pues simpatizaba con las protestas de grupos opositores y me impresionaban las manifestaciones de los conservadores, que veía en la Ciudad de Matagalpa; me llamaban la atención los rebeldes.

Cuando me fui comprometiendo más, ya en la universidad, me ayudó el hecho de que yo practicaba atletismo y competía. Y eso fue una oportunidad excelente para muchas escapadas de la represión de la guardia. Yo en mi casa no dije en lo que estaba, pero, si en secundaria me había tomado el Colegio, y con lo que estaba pasando, ya podían tener una idea mis padres. A ellos les dio mucho temor, y lo comprendo ahora, pero no interfirieron. Solo me pidieron que terminara mi carrera, y para la insurrección solo me faltaba un semestre.

Tuve la dicha, como mucha gente de mi generación, de que me tocó vivir una etapa bonita, la de esa década de los años setenta, saliendo de la

secundaria y empezando la universidad. Mi formación fue la de un colegio religioso que ya no existe, el Colegio Francés de Managua, donde una religiosa, que nos daba clase de Filosofía, recién venida de Francia, empezó a motivarnos, y a conseguir que conociéramos a grandes pensadores. Fue la primera que nos cuestionó nuestra fe, nos motivó... y después, ya vino el contacto con varios sacerdotes jesuitas amigos de ella, que estaban involucrados en la Teología de la Liberación, como Fernando Cardenal. [ver IP]. Esas fueron luces que iluminaron mi camino, con un sentido de *praxis*, de lo que es la búsqueda de la justicia social. Fui de esa camada de jóvenes que, desde inicios de 1970, empezamos, a la luz del evangelio, a interesarnos por la situación de los nicaragüenses, a palpar lo que era realmente la pobreza, la desigualdad, la injusticia y a simpatizar en plena adolescencia con la lucha.

Llegamos a la universidad, en 1973, realmente buscando una alternativa para participar. Entré a estudiar Psicología, que era una de las Escuelas más involucradas, donde la mayoría de estudiantes y profesores ya andaban participando en la lucha, eran colaboradores o militantes del Frente Estudiantil Revolucionario (FER).

Los Grupos Cristianos, organizados en Colegios de Secundaria, creo que han sido una cosa muy linda que ha tenido Nicaragua. Esa parte de la Iglesia Católica, volcada a acompañar las luchas del pueblo fue para mí un regalo de la vida, porque me permitió conocer a personas maravillosas, entregadas, y eso me capturó. Después, en la Universidad, se creó también una expresión del Movimiento Cristiano Revolucionario (MCR) que luego se fusionó con el FER, que pertenecía a una de la tendencias cuando la división del FSLN. Y, te digo sinceramente, que para mí es un honor haber militado en esas organizaciones, porque, creo yo, las semillitas que sembraron, los valores, lo que vivimos en esa época, en los setenta, fue decisivo en nuestras vidas porque sembró unos ideales muy profundos y un compromiso que, la mayoría, tratamos de preservar.

En el movimiento estudiantil universitario tuve la oportunidad de ir a los barrios a ver cómo era la realidad, porque los jóvenes estábamos en la universidad, pero también hacíamos trabajo en los barrios: ir a dar charlas, a reflexionar con la gente sobre la carestía de la vida, sobre lo que se estaba viviendo... para que empezaran a tener una conciencia crítica y una organización que les permitiera tener esa vía para expresarse y para luchar. Queríamos llevar ese mensaje fuera de las aulas porque era una época en la que se había intensificado muchísimo la represión en la montaña, con la Guardia controlando a los campesinos, y todos nosotros buscábamos qué podíamos hacer en la ciudad para llamar la atención sobre lo que estaba haciendo la dictadura.

La denuncia a través de la música

Yo tenía desde niña inclinación por la música, y me tocó formar un grupo de música testimonial, el grupo *Pancasán*³³⁹.

La vivencia de aquello fue muy fuerte, porque usted sabe lo que es el papel de la música. En los inicios habíamos varias mujeres y después quedaron solamente cuatro varones y yo. Íbamos a muchos lugares a cantar, a agitar, a movilizar... a colegios de secundaria, a barrios, a planteles de la construcción, a haciendas... Nos tocó asumir nuestro papel con mucho coraje porque nos enfrentábamos al peligro todo el día. Pero ya habíamos tomado la decisión de un mayor compromiso.

Los integrantes del grupo musical ya estábamos organizados en el Frente Estudiantil Revolucionario (FER M-L), cada uno en su respectiva escuela y facultad. Pero como empezaba ya la mayor movilización en la calle, después de las actividades o movilizaciones nos sentábamos en la *grama*, alguien tomaba una guitarra y empezábamos a cantar, a compartir y tocar la música de protesta, de varios países, como Chile y Venezuela. Primero cantábamos la de ellos, pero luego recibimos la orientación de hacer canciones que reflejaran nuestra situación, que fuera acerca de lo nuestro, para crear conciencia en la juventud, para que reaccionara y no estuviera apática ante lo que sucedía. Y a denunciar hechos concretos, reales que estaban ocurriendo en el país. Decir en canciones los mensajes políticos, hablar de lo que estaba pasando.

Actualmente, nos hemos vuelto a reunir para hacer algunos conciertos, por ejemplo el 17 de Julio, Día de la Alegría, nos presentamos, rememorando esa época y el 31 de Julio, homenajeando a Arlen Siu [ver IP]. Fue mi gran amiga del alma y murió a los 19 años en un combate con la Guardia en El Sauce, León el 1 de Agosto de 1975. Ella cantaba precioso y compuso una canción «María Rural» que nuestro grupo grabó en 1978. Bueno como grupo musical ya no seguimos, pero sí como hermanos, como grandes amigos que seguimos siendo.

³³⁹ *Pancasán* fue el nombre del grupo en conmemoración de una gesta guerrillera ocurrida en los inicios de la lucha en la montaña. Pancasán se llama también un cerro del departamento de Matagalpa, donde el 27 de agosto de 1967 una emboscada de la Guardia aniquiló casi al completo una columna de guerrilleros; allí murieron trece jóvenes de los primeros que se «enmontañaron».



Manifestación en homenaje a Arlen Siu

La etapa de los setenta fue de gran aprendizaje. Las mujeres estuvimos a la par de los varones, en actividades, compromisos y situaciones en que debíamos asumir riesgos. Todos hicimos lo que tuvimos que hacer independientemente de si éramos hombres o mujeres. Lo que primaba ahí era tu decisión, hasta donde llegaba tu compromiso, y cada uno ofrecía lo mejor que tenía: unos eran buenos oradores, otros, organizadores, de apoyo logístico; nosotros, además de las tareas organizativas, cantábamos. Cada cual hizo lo que sabía.

La lucha era nuestra vida, y no es que no estudiáramos, porque íbamos a clase y estudiábamos, pero también luchábamos. Lo que sí es cierto es que poco a poco, a medida que avanzó el proceso, obviamente, tuvimos que tener más actividad a cualquier hora... Pasábamos todo el día en la universidad. Yo, por ejemplo, fui dirigente estudiantil como representante de aula desde el año básico, y luego, en la carrera de Psicología, en una ocasión fui candidata a ser delegada ante el Centro Universitario de la Universidad Nacional (CUUN) por la tendencia proletaria, como FER M-L.

El trabajo después del Triunfo: los Comités de Defensa Civil y los Comités de Defensa Sandinista (CDS)

Cuando triunfó la Revolución, todos sentimos a los ausentes. El compromiso fue mucho mayor por tanta gente que había dado su vida en el camino. Había muerto mi compa, pero había un chorro de muertos. Sentíamos más compromiso los que quedamos vivos, como una carga. Era un compromiso con la vida que ellos ofrecieron por la Patria.

Todavía estuve con el grupo musical un tiempo, fuimos a Cuba, Estados Unidos y a Alemania, a un Festival Mundial de la Canción Política en Febre-

ro de 1980 representando a Nicaragua. Fue maravilloso conocer a algunos autores de canciones que cantábamos, por ejemplo a Daniel Viglietti, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, entre otros. Pero decidí que ya no iba a seguir porque lo que yo quería era un trabajo más directo. Estuve los diez años en el Comité Regional del FSLN en Managua y allá sentía que trabajábamos día y noche. Algunos años me ubicaron en Comités Zonales del Frente, donde había que trabajar con la gente en los barrios, teníamos un territorio asignado y ahí hacíamos de todo, propaganda, información, todo lo de los Comités de Defensa Civil que habíamos organizado antes, durante la insurrección, con los vecinos de una calle o de una cuadra, donde había múltiples tareas: unos organizaban la logística, otros cuidaban heridos, de todo³⁴⁰.

Cuando ya se dio el Triunfo, los *Comités de Defensa Civil* se convirtieron de *Comités de Defensa Sandinista* (CDS)³⁴¹, que eran mucho más complejos: atendíamos salud, seguridad y vigilancia...de todo lo que iba surgiendo, desde la educación, cuando se reclutó a la gente para la alfabetización. Hasta atendimos en la defensa. Los comités del inicio, cuando no había asomo de guerra, hacían la vigilancia revolucionaria en las noches, por ejemplo, para que no hubiera delincuencia, para cuidar la seguridad de la gente. Pero después, los CDS formaron parte de las organizaciones de masas. Estábamos en plena guerra y obviamente también se dedicaron a vigilar actividades de la oposición. Nos decían que los CDS tenían que ser «ojos y oídos de la Revolución».

Además, el partido se organizó en *Comités de Base, Zonales, de Distrito y después, el Regional*, que era el que abarcaba varios departamentos y se enumeraban: Región I, II, III, etcétera.

El primer período fue magnífico. La guerra no fue al día siguiente y la gente, que respondía muchísimo, se iba comprometiendo poco a poco en las tareas. Como cuando se llevó a cabo la alfabetización, todo era bonito. Pero a la gente no se le puede atemorizar y manipular con que «te va a pasar esto» y «te van a quitar lo otro». La propaganda de la Contra asustó al campesinado y muchos se volvieron contras. Pero también influyó en el descontento, el hecho que hubo confiscaciones injustas. Yo he sabido de personas que estaban involucradas en la lucha, no guerrilleros, pero sí comprometidos y como se creía que el papá o el abuelo habían sido terratenientes, les afectaron, aún teniendo

³⁴⁰ Los Comités de Defensa Civil (CDC) proliferaron en la insurrección de 1978 y en la ofensiva final, en 1979. Cuando un pueblo era liberado, los CDC fueron claves para organizar el abastecimiento en las ciudades, para hacer funcionar adecuadamente los servicios básicos y para organizar las primeras alcaldías.

³⁴¹ Véase nota n.º 181 sobre los Comités de Defensa Sandinista (CDS).

hijos en el ejército sandinista. ¡Todo pasó tan rápido! Nadie estaba preparado para asumir la responsabilidad de gobernar un país. Era algo inmenso.

También influyó mucho que, antes de 1979 el Frente no era nada, era muy pequeño, y asumir tantas cosas, la economía, el Estado, la organización del ejército, todo, era un mar de cosas, y a muchas personas poco preparadas se les dio responsabilidad porque no se podía con todo. Se demandaban muchas manos, había muchísimo trabajo y no éramos autómatas. Se estaba preparado o no se estaba, había formación o no la había, y era natural, creo yo, que se escaparan cosas, se cubrieran puestos con personas inadecuadas, y ahí se explican un montón de problemas. ¡No había experiencia ninguna! Y, encima, al poco empieza la agresión³⁴².

Desde que empezó la guerra, todo fue para defender la Revolución. La economía se fue a pique, empezaron las inconformidades, cada vez a peor, porque la gente no está dispuesta a sacrificarse durante tanto tiempo. Era muy complicado, un proyecto que se soñó tanto y que había que defender, pero que se veía truncado. ¿Qué podíamos hacer? Defender el proceso para llegar al gran proyecto. Se priorizó la defensa, pero ahora, se ve que hay cosas... que empezaron siendo buenas y se comenzaron a revertir.

La *Contra* en Managua no se vivía, pero la ciudad fue como la gran retaguardia porque aquí estaba la tarea del reclutamiento. Igual que cuando se reclutó a toda esa juventud que se metió de lleno en las tareas de alfabetización, que se organizó en escuelas, fábricas, centros de salud, en todas partes. Fueron a alfabetizar a barrios de Managua o de fuera, a todos los rincones. Casi al final de la Cruzada de Alfabetización fue cuando empezaron los enfrentamientos, cuando la *Contra* penetró donde los muchachos colaboraban en los cortes de café... y hubo alfabetizadores que murieron. Me tocó muchas veces informar a familias que sus hijos habían muerto y eso fue lo más duro para mí, muy doloroso.

La guerra empezó a ocuparlo todo. El contexto histórico fue terrible, y durante los años que duró, los problemas internos sólo se agravaban con la crisis permanente de la economía. Un país en guerra no puede prosperar, no puede avanzar, y aquí hubo una guerra que impidió que ese proceso madurara. No se le dejó evolucionar y crecer. Si no hubiera habido guerra... no se sabe, porque un proceso así, de cambio, siempre trae una reacción de la parte

³⁴² Se refiere a la ayuda que EE.UU. proporcionó a la *Contra*, por lo que durante toda la década de 1980 a la oposición a las medidas sandinistas se le denominaba «agresión». Se tardó mucho en aceptar que fue una guerra civil, aunque durante todo ese tiempo, también es cierto que se esperaba una intervención directa de EE.UU., una invasión. Los recursos y esfuerzos dedicados a esa prioridad tergiversaron todo el proyecto sandinista.

que se siente desplazada, pero se pudieron ir corrigiendo cosas. Sin embargo, con una guerra, y más con la «ayudita» externa de EE.UU., era imposible. Sólo al final nos dimos cuenta de qué había pasado a nuestros campesinos. Que el mismo tipo de cambio que se estaba dando, las políticas económicas, habían generado reacciones adversas, porque hubo errores, y muchas familias no estuvieron de acuerdo. Y ya no fue posible crear un espacio político para una lucha de otro tipo, para la discrepancia. Ya estaba encima la guerra.

La *Contra* se alimentó de muchas familias que se estaban viendo afectadas, y algunos porque tenían compromisos o familiares que venían del somocismo. Mucha gente tenía un gran apego al régimen anterior, y sus nuevas generaciones no estaban de acuerdo con los cambios y reaccionaron de esa manera. Mucha gente que, o tenía otras ideas, o se vio afectada.

La pareja y los hijos

Las relaciones de pareja, naturalmente, se vivían en el marco de la lucha. Para algunas fue un gran problema, pero otras compartíamos ese ideal, y yo, en ese marco, tuve la oportunidad de conocer al amor de mi vida, Gabriel Cardenal [ver IP]³⁴³. Era un militante que, como yo, venía del movimiento cristiano, pero él estuvo antes que yo, mucho más comprometido. Vivíamos el amor hacia el pueblo junto al amor de pareja, pero dentro de un gran compromiso. Murió el 4 de julio de 1979, quince días antes del Triunfo. Estaba preso y ese día lo mataron. Tenía veinticuatro años.

Lo mismo ocurría con el cuidado de los hijos. Aquí se trabajaba las veinticuatro horas del día, y tanto antes como después de la Revolución, fue una época de trabajo muy intenso. No lo puedo resumir de otra manera. Las que ya tenían familia vivieron una situación muy difícil porque tenían que lidiar con todo: su casa, los hijos, el compañero. Pero, en ese tiempo, es verdad que el compromiso con el proceso ocupó la parte central de la vida de muchas mujeres jóvenes, y se hacía sin cuestionarlo.

Las que en ese tiempo no teníamos hijos, trabajábamos más aún, porque estábamos más libres, pero era menos complicado. Yo no tuve a mi hijo hasta 1987, ya al final casi, pero como todos estábamos participando, no fue un gran problema. Creo que las mujeres nos habíamos independizado mucho antes. Hasta cuando hacíamos en la universidad el trabajo de barrios, recuerdo que en las reflexiones, charlas, había bastantes mujeres y ya nos acostumbramos a decidir nuestros propios caminos.

³⁴³ Acerca de la actividad de Gabriel Cardenal, véase para ampliación: Agudelo, W. (1997). *El ángel de San Judas*. Managua: ANE-Norad-CNE.

Nos habíamos ido separando de las familias y era como que teníamos otra familia que era la de la lucha. A veces vivíamos grupos de compañeros en la misma casa y lo primero era el trabajo político. Estábamos dedicados al ciento por cien al compromiso, al gran compromiso de hacer más por toda la gente que quedó en el camino, por los que no estaban. Yo misma, pronto me fui de la casa de mis padres. Sin embargo, me satisface pensar que aún pude cumplir con lo que me habían pedido tanto, que terminara los estudios. En mi último año, en el último trimestre de 1979, ya prácticamente no íbamos a clase, pero después compensé e hice otra carrera. No dejé los estudios.

La pérdida de las elecciones

La derrota de 1990 fue una sorpresa terrible. Y cuando uno piensa en qué pasó, por qué ocurrió, no podemos dejar de tener en cuenta la intervención de EEUU. La guerra fue un enorme problema, y Cuba y la URSS ayudaron, pero siendo Nicaragua geopolíticamente de enorme interés para EEUU, nos metimos en un enfrenamiento de gigantes.

También hay reconocerlo, influyó en que mucha gente se opusiera al sandinismo la actuación de algunos dirigentes que llegaron a organizar el campo. En el Norte, la característica del campesinado era una realidad desconocida para los cuadros que llegaban de la parte urbana. Eran territorios en exclusión, porque las personas que vivían en el campo no tenían acceso a educación y salud de calidad, incluso no conocían productos que para nosotros eran básicos y del día a día. Cuando los muchachos de las ciudades llegaron a alfabetizar y empiezan a conocer la realidad en que vivía el campesinado, de explotación, atraso, analfabetismo, fue descubrir como otro mundo. Poco a poco todo eso empezó a cambiar. Se les empezó a llevar cosas, se quiso que tuvieran derechos, un futuro, otra vida. Pero claro, para mucha gente fue como un shock, aunque yo no creo que fuera negativo. Ahora lo expresan a veces así, pero entonces las familias campesinas contaban con entusiasmo su encuentro con los muchachos de la ciudad, y para los de aquí fue una experiencia inolvidable, Ambos se descubrieron.

El problema vino después, cuando la situación se tensó con la guerra, las persecuciones, eso ya, lógicamente, era como revivir algo que ya se había vivido cuando el somocismo. Volvieron todas las heridas y se sufrió lo injusta que es una guerra, aunque en aquel tiempo no lo viéramos así. No creíamos que podíamos estar equivocados; no se ponía uno en el lugar del otro y, además, la guerra te radicalizó pronto, los dos bandos se vieron como enemigos y fue una situación muy difícil. Esperemos que no se reproduzca con los descontentos actuales.

Mis reflexiones después de tanto tiempo

Nosotros tenemos un problema importante sin resolver y que afecta a toda la sociedad, y es que no hemos trabajado los duelos. Hemos tenido enormes pérdidas, hemos vivido duelo tras duelo, tras duelo, cuando no ha sido por las muertes, ha sido por un desastre natural (huracanes devastadores, terremotos), pero no hemos salido de eso. Y creo que hasta que no lo logremos, no vamos a cambiar como sociedad. Estamos todavía muy anclados en el pasado, y ojalá que nos podamos dar como sociedad la oportunidad de doblar esa hoja y ver el futuro. Pero para eso hace falta que haya medidas, que haya otra política.

Yo me he dado cuenta de eso y he cambiado completamente mi perspectiva. Me ha ayudado por un lado la madurez y, por otro, la apertura hacia nuevas apuestas. Por ejemplo, yo estudié psicología de joven y ahora estoy volviendo al estudio, a conocer las nuevas corrientes, y he tomado más consciencia de la necesidad y la importancia que tiene el reencuentro entre la gente, independientemente de si se estuvo acá o allá. No dividamos, veámonos todos de la misma familia. Estoy bastante metida con la teoría de las constelaciones, de psicología, el aprender que somos sistemas y nuestra historia familiar está muy vinculada a nuestro *sistema familiar*. A lo que han vivido nuestros antepasados, si no ha sido procesado y no se ha sanado, se sigue enfermo. Es muy importante que nosotros, que hemos vivido ese horror de guerra, sanemos. Hay que hablar, hablar de los duelos, ponerte en el lugar del otro, no tener sólo tu mirada, entender la del otro. Tener un encuentro con ese peso. Cuesta mucho, pero se está haciendo. En algún momento tenemos que decir que eso ya pasó, que quedó atrás, y qué país queremos tener. Pero si no se hace, si no se enfrenta, la herida está abierta. No se cierra y sana ignorándola.

Es muy importante el trabajo con los jóvenes y el encuentro intergeneracional. Por el hecho de que se haya sufrido tanto, no hay que dejar de hablarles. Hay que reflexionar, viendo la película completa, no la mitad. No puede ser, porque la realidad no es así y tenemos que aceptar la otra parte de la realidad e integrarlo todo. Aprender algo para que más adelante sea de otra manera, para que no se repita la historia.

Nosotros fuimos la última revolución del siglo xx y sólo teníamos el ejemplo cubano. En toda Latinoamérica no había otro. Y nos dejamos influir muchísimo, no lo adaptamos lo suficiente a nuestra realidad. No hubo ni la capacidad ni el tiempo, ¡y queríamos hacer tanto!... Pero yo creo que ahora se están abriendo nuevas miradas, reflexiones, porque en medio de la apatía y el individualismo, hay gente que sí está tratando de entender de una manera más amplia. Mi hijo, por ejemplo, participa en estos encuentros intergene-

racionales, y piensan en qué liderazgo necesita esta sociedad para construir el futuro. Proyectos que tienen que ver con promover valores democráticos, que nos hacen muchísima falta. La tolerancia, tomar el punto de vista del otro. Y se están abriendo espacios para ello.

Esta semana —otro ejemplo— tuve la oportunidad de ir a un diálogo de mujeres por la democracia. Mujeres diferentes por completo, hablando de sus vivencias, de sus experiencias, para oírse unas a otras. Aprender nuevas formas de comunicarse y tratar de hacer los cambios que hay que hacer para mejorar este proyecto democrático. En aquel tiempo, en nuestra juventud, estaba visible el enemigo. Ahora tengo sesenta años. Todo es más difícil, es más complicado, pero yo tengo esperanza.

Cuta Castillo

(Managua, 2012)



Cuando llegué de Costa Rica después del Triunfo, se veía a la gente que salía de las casitas mal acabadas... la cara iluminada... pero aun así, yo... impávida, como si me hubiera tragado un riel.

Me llamo Rosa Salaverry Ocón, pero siempre me han llamado Cuta Castillo³⁴⁴. Ahora tengo setenta y ocho años, pero tenía diecisiete años cuando murió mi mamá y ahí *nomasito* me casé. La familia de mi marido no me quería ver ni en pintura porque era pobre, además de que éramos muy jóvenes, pero

³⁴⁴ Esposa de Ernesto Castillo Martínez. Él, conocido como Tito Castillo, perteneció al *Grupo de los Doce*, fue procurador de Justicia de 1979 a 1985 y embajador de Nicaragua en la URSS de 1985 a 1990.

prevaleció el amor, y un padre nos casó a las nueve de la noche en la iglesia de la Merced. Yo iba de negro rígido, así se guardaba el luto. Fue antes de que mi esposo Ernesto —conocido como Tito Castillo— empezara su carrera de Derecho. Cuando la terminó, estuvo en un despacho de prestigio, pero se implicó seriamente en las luchas contra Somoza y dejó ese despacho para trabajar en uno que, junto con un sacerdote jesuita, organizaron un bufete popular de la UCA, y daba clases en la universidad. Por su involucramiento con los estudiantes en lucha lo *corrieron* de allí y, cuando eso pasó, en la década de 1970, no teníamos un centavo de prestaciones sociales, no teníamos de qué vivir, con ocho hijos. Pero nada, nada. Yo sentí una cosa horrible durante años cuando pasaba por la UCA³⁴⁵. Recordaba las carencias que pasamos. Las cosas empeoraron y tuvimos que salir para Costa Rica —el lugar primordial de refugio que tuvieron los nicas perseguidos por Somoza— y en San José vivimos tres años. Nos habíamos ido por razones políticas, porque querían echar preso a Tito, y ya también había orden de captura para uno de mis hijos, pues ya todos estaban integrados al Frente. Nos fuimos al exilio con toda la familia.

Los años de Costa Rica

Fue algo increíble aquella etapa en Costa Rica, una época intensísima de mi vida. Ahí, a mi casa, llegaban todos los conocidos que estaban en San José, llegados de Nicaragua. Era muy difícil en lo económico para mí porque yo vivía casi a la buena de Dios. No recibíamos un centavo de nadie, ni sabía nadie cómo se comía o no se comía allá, con toda la caterva de hijos y atendiendo a todos los nicas simpatizantes del Frente.

Contábamos con el dinero del alquiler de la casa de Managua —de nuestra casa— y lo que daba una librería en Costa Rica, pero el gasto era enorme porque había que pagar cuentas grandes de teléfono, gastos de gasolina de ir y venir del aeropuerto a dejar y traer compañeros, y llevar todos los días la programación de la radio clandestina *Radio Sandino*.

Sin embargo, en medio de todo eso había como una luz que te confortaba. Allí vivía *El Poeta* [Ernesto Cardenal], casi permanentemente, y estuvieron también Fernando [Cardenal], Casimiro Sotelo, Arturo Cruz y Miguel D'Escoto [ver IP], todos miembros del *Grupo de los Doce*³⁴⁶. Nos visitaba [José] Coronel Urtecho [ver IP] cuando llegaba a San José, y sentado en mi casa me dijo un día: «Cuta, te quiero decir algo: vos sos como la mamá de

³⁴⁵ UCA: Universidad Centroamericana, regentada por los jesuitas.

³⁴⁶ Véase nota n.º 15 sobre la configuración del *Grupo de los Doce*.

todos nosotros». Y me quedé sorprendida, porque él era mucho mayor que yo. Y él me dijo: «No te asustes, ¿cuál es la función de una mamá? Cuidar una casa, que todo esté bien, que todo el mundo esté cómodo, que no falte nada... y eso es lo que hacés vos con todos nosotros». Pensé que sólo a él se le podía ocurrir decirme algo tan bonito.

También nos divertíamos y gastábamos bromas. Cada mañana y por la tardecita llegaban a saludarnos, preguntando qué noticias traía cada uno de Nicaragua. Se contaban todos los *cuechos* de Managua y todo eran carcajadas. Era como un desahogo, porque la parte dura era que no se sabía qué hacer para que no hubiera más muerte. Vivíamos totalmente pendientes de lo que ocurría aquí en Managua.

Cuando por las noches nos quedábamos cenando —*El Poeta*, Nicho Marengo y su esposa, la Daisy Zamora, Herty [Lewites] [ver IP] y otros— hablábamos en la sobremesa de qué íbamos a hacer cuando triunfáramos. *El Poeta* decía que se iba a la comunidad de Solentiname; Nicho y Daisy también querían vivir en Solentiname, otros, donde los pusieran a trabajar, y Herty, que a él le dieran una huerta para sembrar toda clase de verdura. Yo soñaba con que todo el mundo iba a estar contento y alegre con la Revolución... que habría rótulos en la carretera alabando los logros de la Revolución; que todo el mundo tendría hospitales, escuelas, de todo. Pero no sabía lo duro que iba a ser, y ahora lo recuerdo con mucha ternura y con nostalgia. Y además, me pasa una cosa extraña: todos los errores que pueda haber cometido la dirigencia en su vida, los desacatos, que son verdad y lo admito, es como que no me importaran; esa etapa en que yo los conocí y conviví con ellos me marcó. A Herty lo veía como a un hermano. No puedo llenarme de cosas contra él porque todavía me acuerdo de los que yo conocí y cómo eran. Sin embargo, a Humberto [Ortega] [ver IP], muy poco lo traté porque vivía semiclandestino.

En mi casa entraban y salían de todas las *tendencias* habidas y por haber³⁴⁷. A la tendencia *proletaria* se la veía cómo iba a evolucionar. Yo tuve unas referencias de él negativas, muy negativas, por mi propia familia. Nosotros éramos *terceristas* y yo nunca les dije a mis hijos, Ernesto y Rodrigo, que no fueran de alguna otra tendencia, ni desprestigiaba a nadie. Y un día mi hijo Ernesto, que estaba con los *proletarios*, me dice: «Mamá, yo tengo una cosa que hablar con ustedes: yo estoy claro de la formación que ustedes me han dado, pero no sé cómo hacer, porque en mis reuniones me dicen que no contarles a ellos lo que sucede en esta casa son desviaciones pequeñoburguesas. Y como no quiero decirles quiénes vienen, quiénes entran o salen de esta casa, por eso

³⁴⁷ Véase nota n.º 11 sobre las tendencias que se formaron en el FSLN.

cuando vengo me encierro inmediatamente en mi cuarto». Y yo le contesté: «No son desviaciones pequeñoburguesas, son principios. Nosotros nunca te hemos dicho nada aunque seas de otra tendencia, pero los nuestros nunca nos han pedido que contemos nada de ustedes». Y él decidió salirse de los *proletarios*, pero fue su decisión. Pero sí conocí a muchos de todas las tendencias.

Un caso aparte era Humberto [Ortega], de los *terceristas*, de los nuestros. Llegaba a la casa con una prepotencia... como la de un pavo real. Parecía un seminarista, con una camisa blanca abrochada hasta arriba y unos anteojos de esos que vendían en las aceras del mercado, con un marco negro que daba una expresión dura, y un cartapacio, marca Samsonite, donde guardaba un arma que portaba siempre. En una ocasión, Tito y yo fuimos a buscarlo a donde estaba en San José para que asistiera a una reunión. Llegaba a la casa y buscaba cómo sentarse en la cabecera —a pesar de que estaban los señores mayores, don Joaquín Cuadra Chamorro [ver IP] y don Emilio Baltodano Pallais [ver IP]— y ahí se quedaba. En cambio Daniel [Ortega], me caló muy hondo. Era humilde, callado, sencillo, parco en el hablar.

Tengo un montón de sentimientos ahora... pero lo volvería a hacer todo igual. Me parecería vergonzoso no haber participado, aunque si fuera ahora, tal vez hubiera bajado el gas, porque yo ya no tenía vida propia. A mí me decían que había que ir al aeropuerto a traer a tales «que van a quedarse en tu casa», y allí iba yo. Obedecía y no me alcanzaban los *reales* para la comida, pero ni se me hubiera ocurrido negarme. Hacíamos unas chuletas ahumadas, una por cabeza, pero había unos que agarraban una chuleta y le echaban un montón de arroz encima para que no se viera y tomaban otra. Yo lo sabía, pero no decía nada, y nadie se acordaba de decir cómo se las arregla la Cuta, ni preguntaban cuáles eran mis necesidades. Sólo Herty [Lewites]. Y yo manejando una cuenta en dólares a nombre del poeta Cardenal, para gastos menores del Frente. Eran donaciones de sindicatos, intelectuales amigos de la lucha, comités de solidaridad, etcétera, pero jamás se me ocurrió tocar un centavo para algo que no me ordenaran.

La repercusión en los hijos y lo más duro de mi vida: la muerte de mi hijo Ernesto

Lo primero que me viene de inmediato a la cabeza cuando alguien nombra a hijos es lo más terrible, la pérdida de mi hijo Ernesto, en 1978.

Yo estaba en mi casa de Costa Rica, como te dije, el cuartel general de algunos de los exiliados y los que trabajaban con el FSLN. Llamaron por teléfono y me dijeron que me tenían que dar una mala noticia, y sólo pregunté: «¿Quién?». Porque yo tenía a dos hijos y a Tito en Nicaragua, en peligro. Me contestaron: «Ernesto está muerto y enterrado» [ver IP]. Los que estaban

en mi casa en ese momento habían oído el teléfono, que casi siempre eran noticias de Nicaragua. Ernesto Cardenal me preguntó quién había llamado. Cuando le dije que me habían comunicado que habían matado a mi hijo Ernesto, me abrazó, y yo pensé que tenía que ser fuerte por mis otros hijos y que no podía derrumbarme. Estaba sola. Tito estaba escondido en una *casa de seguridad* de Managua.

Conseguí no llorar. Sólo lloraba de noche o escondida, y con una almohada para que no se oyeran mis lamentos. Tito y yo nos comunicábamos por teléfono, le decía: «Estoy bien», y él: «Yo también estoy bien». La gente iba a verme y me abrazaba y me decían que tenía que llorar, pero yo sabía que no podía hacerlo, que si lloraba me derrumbaría. Le había dicho a mi hijo al despedirlo que llevara con él una pistola y que si la Guardia lo capturaba, se pegara un tiro. Que si lo tomaban preso, lo torturarían y sería mucho peor. Pero, gracias a Dios, no fue necesario. Por lo menos había muerto tranquilo. Así se lo mandó decir a su papá con sus compañeros que estuvieron con él hasta el final.

Fue algo espantoso... las llamadas por teléfono desde Managua preguntando qué hacían, que si lo exhumaban, que si no iba yo a ir para allá... y ¿qué es lo que hago? Yo pensé que, si había estado de sitio en Nicaragua, tendría que pedir permiso a la Guardia para enterrar a mi hijo. Nunca iba a pedir permiso a la Guardia, y les dije que lo dejaran ahí. Lo enterraron en la pura tierra, sin bolsa plástica, menos ataúd, en una fosa común.

Antes de eso tan horrible, tampoco tuve privacidad con mis hijos, ni en Costa Rica, ni después del Triunfo; hoy siento que no les di la atención que debía, y esa es la parte que más me duele. En Costa Rica, una de mis hijas se quiso meter en el Frente Sur, con un grupo de muchachos para ir a combatir... todo era miedo e incertidumbre, y lidiando con todo eso solita...

Después, cuando triunfó la Revolución y regresamos de Costa Rica, tenía que ver los colegios de los hijos, porque unos se habían bachillerado en San José, pero otra, la menor, estaba todavía en primaria. Y ahí cometí uno de los errores de los que me he arrepentido, y yo de muy pocas cosas me arrepiento de las decisiones que he tomado, pero de esta sí: de meter a mis hijos en otros colegios. El hecho de que llegaran de colegios privados era mal visto por otros chavalos. A la menor la pellizcaban, le jalaban del pelo, les quitaban su merienda, y sólo le decíamos que no se dejara... pero nosotros teníamos que dar ejemplo, teníamos que hacerlo y lo hicimos y lo pagué muy caro: una de las chavalas agarrándose a los *moquetes* a la salida del colegio, típico de otra formación, pero aguantábamos porque veíamos como un tabú meter a los hijos a un colegio privado. Fue uno de los errores que cometimos. Hubo muchos problemas por el exceso de tiempo en el trabajo, tal vez por lo poco que podía estar con ellos. No les dimos el espacio que necesitaban en esa época de su vida.

La Revolución triunfa. Mi actividad política en Managua

Llegué de Costa Rica con la Revolución triunfante... ¡y qué impresión me hizo entrar al país! Yo venía como chocada, a las diez de la noche del 19 de julio, y dormí en el hotel que queda frente al aeropuerto. Venía en un avión de carga con un montón de *compas* que llegaban para reforzar el control de la Guardia.

La desbandada que se había dado en la Guardia ya había disminuido el número de ellos, pero los *compas* de aquí habían pedido refuerzos al Frente Sur, para que vinieran por si hacía falta, y yo venía en ese avión, con ellos, con armas, con todo, y sentada en el piso del avión. Y no sé qué era lo que yo sentía, pero yo no estaba contenta como era de esperar, venía como impávida, me parecía mentira.

Se veía a la gente que salía de las casitas mal acabadas... la cara iluminada... el Triunfo... pero aun así, yo... impávida, como si no fuera conmigo, como si me hubiera tragado un riel. Llegamos a la plaza y me dicen: «Aquí está el pueblo, tu pueblo, por el cual murió tu hijo»... me dijeron cosas bonitas la parte de la dirigencia que estaba allí en el Palacio. Yo, con Tito, a una orilla, y con mi hijo Mauricio, que se vino como para proteger a su papa o como escolta de él. Y allí tampoco, nada... sólo me entró un frío en el cuerpo que era una cosa que nunca había sentido... temblaba toda, pero sin derramar una lágrima.

Después del acto tenía que pensar dónde vivir, y muchos de los que venían para formar parte del gabinete se quedaron en un hotel, pero como nosotros teníamos una casa desocupada, nos vinimos para esa casa. Sabíamos desde Costa Rica que Tito venía con sus cargos asignados, de ministro de Justicia y de procurador. Pero yo tenía que resolver qué hacer con la librería que teníamos aquí, que yo la había manejado y que ya había entregado al Frente.

La librería había sido mi ilusión. Estar en ella me fascinaba porque hablaba con la gente, enseñaba los libros nuevos, platicaba de todo... y allí pasaban cosas increíbles: estaba yo en la librería sacando cuentas cuando llegaban los clientes y me decían: «¿Y los libros prohibidos?» Y yo decía: «Pero dime, ¿qué quieres leer?» y me contestaban: «Cualquier cosa, pero que esté prohibida». Ya se podía leer el *Dieciocho Brumario*, a Marx, lo que fuera... y yo aproveché y mandé traer cantidad de libros de Costa Rica, donde no estaba prohibido.

Me llamaba la atención el ansia de libertad. Que sin tener ni idea de lo que iban a leer, la satisfacción era el hecho de tener acceso a lo que había estado prohibido.

Entregar la librería al Frente Sandinista significaba regalársela, con sus activos y pasivos... y ahora ahí está, en el Centro Comercial Managua... pero Tito no quería que tuviéramos negocio propio, ni nada, deshacernos de todo para vivir con el sueldo que le dieran, que no nos alcanzaba. Yo tenía que trabajar para ajustar el gasto de la casa.

Pasé en ese período de julio la cosa más desagradable que he vivido. Venían amistades y familiares que nunca antes, en tiempo de Somoza, habían cogido un teléfono para decirme «Siento mucho que te mataron a tu hijo», y sin embargo, lo hicieron para pedir favores a Tito. Entonces yo me metía en el baño y lloraba. Ahí sí lloraba a lágrima viva... ¡Déjenme en paz, decía, todavía los somocistas me están molestando! Me están quitando la vida... Este hombre, venía de trabajar y también se ponía encolerizado de que lo buscaran en la casa; su lógica era que fueran a su oficina, pero no a la casa... no había tiempo personal para nadie.

Un caso emblemático fue el de mi papa, Julián Salaverry. Nunca tuvo que ver con nosotros ni conoció a mi hijo, el muerto, ni a los demás. Sin embargo, él se había esmerado, como *edecán*, en traer amistades para que Tito les solucionara los problemas, hasta que un día me dijo Tito: «Hazme el favor de decirle a tu papa que no me traiga a nadie, que eso ya se acabó en esta era, que no existen favores, que las cosas se hacen en justicia, y que si quieren algo, que vayan a la oficina». Y le tuve que decir: «Papa, hazme el favor de no volver a traer a nadie». Pero eso me provocaba una tensión horrible, porque venía gente a la que yo en mi niñez les debía favores y no podía hacer nada por ellos. Y ahí yo sí que lloraba, Lola, porque decía: «Pobre Tito que lo están poniendo en esta situación». Fue horrible. Yo sólo quería que nos dejaran vivir tranquilos.

Eso pasó los primeros seis meses. Los hijos se fueron acostumbrando al colegio, al bus colectivo al que no estaban acostumbrados —aunque en San José, sí— y en ese tiempo se me casa una hija con un *compa*, Johnny, y ya más o menos organizo mi casa. Se hizo una conversión de bonos que nos permitió pagar la casa original —porque teníamos un saldo pendiente de cancelar—, la nuestra de verdad, donde habían estado Carlos Fonseca [ver IP], Julio Buitrago [ver IP] y otros.

1. *Mi trabajo en «La Voz de Nicaragua»*

Entonces yo, que acepté todo, ya comuniqué al Frente que estaba dispuesta para trabajar, y fue entonces cuando me manda a decir el comandante Daniel que me vaya a trabajar a la radio oficial *La Voz de Nicaragua*, donde estaba de administrador, gerente o lo que fuera, Carlos Guadamuz [ver IP]. Una persona increíble. Un luchador al que le daban en la cabeza, y chorreando

sangre gritaba: «¡Viva el Frente Sandinista!» y que había estado preso los años en que también estuvo el comandante Daniel y otros más. Era increíble la relación de amistad que tenían, de hermanos. Pero era un hombre que tenía problemas de personalidad. Un hombre violento y que si tomaba tragos perdía la cabeza. Decían que era de los culatazos que le habían dado en la cárcel. La cosa es que él era un compañero conflictivo, y el comandante Daniel me manda allí con él como para controlarlo un poco.

Yo sabía cómo era, tenía que darle cariño, apoyo y manejar la situación que se presentara, porque ese era mi papel.

La estructura de la radio estaba tal y como la dejó la Guardia. Era la radiodifusora nacional, la de Somoza. Los técnicos eran los mismos y con cargos militares, pero no es que supieran ni manejar un arma ni nada. Eran militares por la naturaleza de su cargo, y eso yo lo entendí perfectamente. Pero Carlos Guadamuz, cada vez que se enojaba por cualquier cosa, les gritaba que los iba a echar presos, que eran somocistas, etcétera, y a mí me habían mandado para que hiciera de abogado del diablo. Yo sentía que era un desgaste muy grande, ya no podía más, y hubo un momento en que todo se me juntó: el trabajo, la familia, mi casa, los domingos rojinegros, las oficialías, etcétera, y yo pongo mi renuncia. Pero el comandante Daniel me llama y me dice que «un *cuadro* sandinista nunca renuncia». Yo le dije que a mí nadie me había dicho si era papeleta, si era cuadro o qué era, pero le dije que ponía mi renuncia porque ya no aguantaba más. Él se rió de mí, pero me dijo que, si quería, me fuera a trabajar a la Casa de Gobierno como administradora, y yo acepté.

2. *En la Casa de Gobierno*

Fui administradora en la Casa de Gobierno y secretaria política de uno de los comités de base. Había secretarios políticos de distintos comités de base —como yo— y éramos más de trescientos. Tuve en la Casa de Gobierno un cariño y un apoyo incondicional de mis superiores inmediatos —Emilio Baltodano y Rodrigo Reyes [ver IP]—, pero de nuevo sigo sin darles atención a los hijos, dedicada al trabajo. En recuerdo de mi hijo Ernesto, quería que se viera con mi ejemplo que todo se podía hacer. No es que yo pensara ir al frente de guerra ni a combatir a la montaña, pero tenía que dar ejemplo asistiendo a los entrenamientos militares, donde aprendí arme y desarme, del arrastre con fusil, marcha y de todo... porque con eso sentía que le estaba dando continuidad a la lucha de mi hijo. Los hijos, como voluntarios, habían participado en los cortes del café y en la alfabetización, en los lugares más recónditos. Una de mis hijas, la María José, perteneció a un batallón militar de mujeres, con doble tarea: cortar café y cuidar de la brigada de cortadores.

Aunque quería dar ejemplo, tampoco pensé que me echarían tanta carga, pero ser secretaria política significaba hacer oficialía por la noche, luego del trabajo. Yo misma, una mujer con cuarenta y pico de años, me acostaba en ocasiones en un colchón viejo para hacer la oficialía, esperando mi turno para hacer «posta». Todo el mundo estaba en lo que estaba en esas noches: poniendo las incidencias, redactando los reportes, cada cual a lo suyo. Cuando no teníamos oficialía, hacíamos trabajo casa por casa... En fin, sentía una gran presión porque quería cumplir con todo.

A eso se añadía que, en los días libres, las jornadas rojinegras de los domingos, y que el partido nos quería preparar y mandar a una Escuela de Cuadros a estudiar teoría política. Antes de entrar en esas reuniones se veían unas caras cansadas, todo el día trabajando y, después, el estudio nocturno. ¡A esas alturas del campeonato nos querían preparar! Imagínate, yo yendo a una escuela de cuadros, enseñándome comunismo, imperialismo, producto interno bruto, las corrientes filosóficas... y yo decía: «¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo aquí?»... Y Tito decía: «Son locuras, pero vos tenés que hacerlo».

El de la Casa de Gobierno fue un trabajo intenso, porque también había que limar muchas asperezas. Y se dieron episodios que demostraban la prepotencia que iban tomando algunos dirigentes, porque el cariño que les dieron los propios ciudadanos de a pie los endiosó. Te voy a contar algunos ejemplos de lo que allí pasó para que veas a qué me refiero:

Todos parecían querer destacar uno sobre otro, y cada uno le indicaba una cosa a los que estaban empleados o tenían cargos políticos. Uno de los que padeció esos comportamientos fue Rodrigo Reyes, al que tenían loco ordenándole cosas diferentes y a veces contradictorias en las reuniones de los nueve comandantes. Rodrigo llegaba a mi oficina afligido y me consultaba qué hacer, y yo le decía: «Vos apuntá lo que te diga cada uno de los comandantes, tomá nota y al final del día vos hacés lo que estimés conveniente según tu criterio. Yo creo en tu criterio». Y así iba él sorteando aquellas situaciones.

Otro ejemplo demostrativo de que tenían su propio feudo, sus propios «gobiernitos» y querían demostrarlo, fue una ocasión en que se estaban perdiendo cosas en la Casa de Gobierno, en las oficinas del doctor Córdova Rivas [ver IP]. Quedaban en el cuarto piso, y nadie, pero nadie de los empleados subía sin autorización. Que se perdiera algo era grave, claro, pero fíjate lo que ocurrió:

Un día de tantos, empiezan a reunirnos a todo el personal al finalizar el horario laboral y dicen: «Apártense las embarazadas y las mujeres que anden con la regla». Yo digo: «Pero ¿qué pasa?» y me dicen: «Tranquila, compañera». Había un responsable de la seguridad, «Antonio» era el pseudónimo. Y empiezo a ver que se llevan a quince trabajadoras y ya no vuelven. Yo pensé que las estaban entrevistando, preguntándoles... y siguen llevándose de quince en quince. Me quedé de las últimas por ser la administradora y

secretaría política, y allí seguí para cumplir como todos los trabajadores, pero todo el mundo estaba escandalizado porque nadie explicaba nada. Yo no daba crédito a lo que estaba sucediendo y pensaba ¿para eso se había hecho una Revolución y se había llorado tanto? Cuando eran como las doce de la noche, y ya me tocaba, desde mi lugar en la fila les dije a los de seguridad: «Pero ¿qué pasa aquí? Esto no es posible ¿qué es lo que quieren?». ¿Y sabes que era lo que estaban haciendo, y para qué? Era para echarnos un pastor alemán, que husmeaba por si llevábamos algo del despacho del doctor Córdova Rivas. Entre las personas que quedaron luego del registro, una joven se descontroló totalmente y lloraba y temblaba... decía que iba a renunciar al día siguiente. Nadie sabía por qué habían llevado los perros relacionando con ellos la falta de algunas cosas.

Por fin, a la una de la mañana estaba entrando a mi casa y entonces Tito, que estaba dormido y se había despertado, sin saber nada, estaba todo alterado: «Pero, ¿qué te pasó?». Porque me vio toda temblando del miedo pasado, de haberme sobrepuesto después de asumir y enfrentar la situación provocada por el registro. Al día siguiente, con los ánimos más calmados, ya se empezaron a hacer chistes, y a los tres días hasta llegó mi hijo Tito y me dice: «Mamá, te traigo este poster, mira qué cosa más linda» y era un poster del perro que nos habían echado... ya todo eran chistes... pero en aquel momento fue horrible, y en aquella inspección no encontraron nada.

En el tiempo que estuve en la Casa de Gobierno yo no vi ningún exceso, todo era medido al máximo, con una austeridad increíble. Se actuaba según órdenes y todo se hacía con total disciplina. Cuando un *cuadro* me hacía un encargo, yo llamaba a mi responsable pidiéndole autorización. Luego se fue sabiendo por otros lados que algunos se disparaban, que pertenecían a una estructura aparte... eran pequeños feudos a los que, en voz baja, se les decían «vacas sagradas».

Aquel registro sólo fue una demostración más de que cada uno tenía su feudo, como te decía. Había ocurrido porque el comandante Borge quiso decir «aquí estoy yo que mando en la Casa de Gobierno y les impongo esto». Con la disculpa de que la seguridad era la seguridad por encima de todo. Después, yo le dije a Tito, como ministro y parte del gobierno: «Por ningún punto hagas algo parecido a esto porque es gravísimo y es una violación a la integridad del trabajador. Es imperdonable».

Otra clase de prepotencia se palpaba en las órdenes absurdas. Por ejemplo, la secretaria política de Centro —la que escribía a máquina a orilla del comandante Daniel— era la *Chayo* [Rosario] Murillo [ver IP]. Los demás éramos secretarios de base, y ella era tan exigente que de forma habitual mandaba de vuelta los informes que los demás debíamos rendir sobre asuntos de seguimiento del partido y que se le presentaban a ella. Pero no sólo era

fuerte la presión por las exigencias, sino que a veces pasaban las cosas más inverosímiles y faltas de todo sentido común, como cuando se me indicó en una ocasión que tenía que llamarle la atención a un compañero de divulgación y prensa ¡porque era *gay*! Así que, tal como le había aconsejado a Rodrigo Reyes, yo acababa haciendo lo que me decía mi criterio, a pesar de que ahí había sociólogos, psicólogos y toda clase de gente preparada. Hacía uso del sentido común al tomar decisiones.

También la inexperiencia y juventud de ciertos compañeros jugaban malas pasadas, hacía que exageraran, como cuando los preparativos en la Casa de Gobierno para la temida «invasión»³⁴⁸. Todos creíamos que era inminente una invasión de EE.UU., eso es cierto, y se intentaba prever dónde iban a estar los refugios con sus respectivos puestos de mando, ensayando todo aquello, y yo estaba involucrada en ello por el asunto de los *reales*, por el dinero. En ese ambiente, hubo una reunión partidaria y supe por una hija mía que estaba allí que los secretarios políticos empezaron a decir que cuando llegara la invasión lo que tenían que hacer las mujeres era atraer a los hombres, acostarse con ellos y matarlos; y que si venían los tanques, se tiraran a las ruedas... Allí, según ella me dijo, había mujeres que lloraban porque no todas se daban cuenta de que eso eran disparates.

Esas cosas se daban porque se esperaba de verdad una invasión, pero también porque muchos puestos los tenían muchachos que eran chavalines y decían todo tipo de locuras. Y en medio de todo, surgían bromas para romper la tensión, como esta: «Está el embajador nuestro en el Departamento de Estado norteamericano, y se le acerca un funcionario de allá y le dice: '¿Es verdad que temen ustedes una invasión y que tienen preparativos y están haciendo cosas por ello?'. Y él le contesta: '¡Ah, sí, claro! Nosotros ya estamos listos, ustedes son los que se atrasan'».

Ahora todo ha pasado y los hijos están bien, pero no lo entendieron hasta tiempo después. Fue una etapa de muchísimo trabajo y tensión nerviosa, aunque al involucrarme en todas esas tareas, y no ser sólo la esposa y la mama, yo me sentía bien porque me sentía parte activa del proceso.

El trabajo político y las relaciones de pareja

A pesar de que a las esposas de los dirigentes se nos decía que había que participar disciplinadamente, el trabajo político nuestro a ellos les superaba y nuestras vidas se vieron afectadas... el machismo de la época y el

³⁴⁸ Los sandinistas temieron realmente una invasión de EE.UU. a raíz de que ocurrieron las de Panamá y la isla caribeña de Granada.

no colaborar ellos en nada doméstico... Yo llegaba de trabajar, de hacer la oficialía, iba a las milicias, iba a hacer visitas casa por casa para ver las necesidades, me daban las once de la noche y si había comité de base era a las seis de la mañana, y ahí estaba; veíamos amanecer en la Casa de Gobierno. Y los hombres se molestaban si nos demorábamos en regresar. Con todas las que hablé sufríamos ese machismo en vivo, y yo le decía a Tito cuando me reclamaba lo desatendida que estaba mi casa: «Vos sos ministro de Justicia, pero estás cometiendo una injusticia conmigo».

A la par de lo anterior, otra cuestión que surgió en aquellos años fue cómo se alborotaron los hombres con el cambio. Querían experimentar todo lo nuevo, y yo no sé lo que pasó en la sociedad, pero era todo muy difícil. Al darse el Triunfo, muchas parejas que no estaban firmemente asentadas sufrieron una explosión, por un deseo de los hombres de querer cambiar. Vivieron una euforia al sentir que existía un enamoramiento por el uniforme, un atractivo nunca visto; los *compas* de repente eran irresistibles, y los dirigentes eran superhéroes. Se desbocaron, y no me explico qué se creían o qué les hicieron creer.

Compañeros que tenían sus parejas con años de matrimonio, se deshicieron. Hubo un acercamiento a otras personas, algunas con valores e intereses comunes, que era hasta cierto punto comprensible, pero que fue demasiado generalizado.

A los comandantes les alababan de tal modo que, en la Casa de Gobierno una vez llegó un empleado emocionado y me dijo: «¡Compañera, compañera, ahí viene el comandante a saludarla por su cumpleaños!». Y yo le contesté: «Que venga, que venga, no pasa nada». Pero a todos les parecía algo especialísimo que me felicitara un comandante, porque había un deslumbre enorme, un fanatismo espantoso. Como secretaria del partido, yo tuve que mediar y hablar algunas veces de los excesos de todo tipo que yo veía, pero había que hacerlo con mucho tacto, con mucha delicadeza.

En medio de todo esa cantidad de trabajo, de todo el día en carrera, un día vinieron a preguntarme cómo me caería que nos mandaran al extranjero. Yo, honestamente, estaba perdida entre el partido, la Casa de Gobierno, todas las tareas que me ponían, mis hijos... todo se me acumulaba. Contesté que iríamos donde nos mandaran, y se empezó a rumorear que sería a Cuba, pero finalmente nos mandaron a la URSS a donde Tito iría como embajador.

La vida en la embajada de Nicaragua en la URSS

El Frente tuvo una deferencia conmigo en esa ocasión, porque me dijeron: «Cuta, vos estás acostumbrada a estar rodeada de tus hijos, así que llevate a los que querás». Yo pensé que era perfecto, porque algunos estaban

metidos en el ejército, otra hija ya casada... más o menos estaban todos arreglados y yo me podía ausentar sin tanta presión. Me llevé a una hija casada con su marido, con una hijita de nueve meses, a otra soltera y a una empleada. Y así fui a parar a la URSS, a donde nos mandaron sin un centavo en la bolsa, sin un abrigo, sin un suéter, sin nada, pero no importaba. Él lo aceptó «amén», como un responso, disciplinadamente, sin objetar nada, como siempre, y yo detrás de él.

Nos vamos a la URSS y yo sabía poner cubiertos, copas, mesas y de todo, como buena granadina³⁴⁹. No era el caso que yo fuera a improvisar por ser a partir de entonces «la embajadora» y hasta se asombraron de que yo conociera a todos los escritores rusos... pero como yo había regentado una librería y me encantaba, había leído cuanto había podido. Sin embargo, lo que no conocía era la realidad rusa. Un mundo totalmente diferente a lo que uno había imaginado. Yo no sé si era el arraigo a sus raíces de campesinos, de marginados del resto de Europa que nunca se sintieron de otra forma por más que quisiera Pedro el Grande, no sé a qué se debía, pero me sorprendía aquel conformismo, aquel ver la vida pasar... así que yo, cuando veía una estatua de un zar, me sorprendía y me extrañaba cómo conservaban aún eso... ¡pero si era un zar!

Era un tiempo confuso porque me tocó vivir la *perestroika*, la *glasnost*, y se notaba que no estaban claros en nada aún, se veía todo revuelto. Empezaban a salir en los periódicos noticias que en todo querían imitar al estilo occidental. Las empleadas rusas hablaban llenas de orgullo de la Raisa Gorbachova, de cómo iba vestida y de sus recepciones con traductores a ambos lados en todos los idiomas. Era la primera esposa de un dirigente ruso a la que se veía en público... Allí nunca había habido desfiles de modas, hubo uno al que asistí y, ante esa novedad, allí estaban todas las esposas de los dirigentes, menos la Raisa, ella no iba. Pero sí la Shevardnadze, un ropero de tres cuerpos, que era la que estaba promoviendo esos desfiles de modas en una casa, en un palacio con un trabajo de madera maravilloso, una belleza, y yo decía: «¡Ay, Cuta, pellízcate, esto no es posible!».

Cuando Tito tenía gente en la casa, delegaciones que atender, que era continuo, a mí no me importaba ir sola a las recepciones. Yo me iba y me sorprendían muchas cosas, como que yo tenía mi propio lugar en el carro, no me podía sentar en otro lugar. A veces me sentaba en el de Tito para ponerlo furioso, y tampoco me gustaba que me abrieran la puerta. Valery,

³⁴⁹ Granada era y es una de las dos ciudades más importantes del país. Origen de los conservadores, oposición parlamentaria al somocismo. Su estilo de vida y tradiciones eran considerados los más refinados de Nicaragua.

el conductor, me decía: «*Espacoina, spacoina*», que quiere decir «tranquila», porque cuando me abrían la puerta del carro, yo me volaba. No me gustaban nada esas cosas ceremoniosas.

Tito consiguió que yo pudiera volver a Nicaragua para ver a mis hijos dos veces al año, y con esos intermedios pude sobrellevar mi vida en la URSS. Yo me sentaba a ver nevar y me decía: «¿Qué estoy haciendo aquí?». No hacía nada porque, en primer lugar, Tito me prohibió que trabajara. En segundo, me hacían falta los otros hijos, y vivíamos como habíamos vivido siempre, apretadísimos económicamente. Y yo me avenía a eso porque no me importaba, porque podía prescindir de muchas cosas, quería a Tito y quería que estuviera tranquilo.

Lo que no me gustó nunca de la URSS fue que yo sentía que se me vigilaba. Quería ir a la peluquería, y tenía que programarlo con anticipación, como la cita de un doctor. Me la daban para ocho días, y si ya no quería ir después, era como un asunto de Estado, tenía que ir porque ya estaba programado. O el problema que significaba tener tranquilidad para la peluquería. Allí me llegó una mujer camuflada a peinarme a la casa, pero se dieron cuenta de que era esposa de un militar y le prohibieron que fuera, porque la estructura que daba apoyo al cuerpo diplomático —se llamaba UpDK— tenía muchos recelos con las embajadas. Acabé peinándome yo a mi manera.

Otra dificultad fue la barrera del idioma. Me costó un mundo porque no tenía cómo comunicarme, y primero pensé en aprender ruso, pero era tan difícil que sólo aprendí las letras y alguna frase simpática para agradar. Lo dejé. También andaba con una estudiante que me ponían a veces, o con la secretaria de Tito, pero esa se había acostumbrado con el embajador anterior a mangonear la casa, todo, y a mí eso no me gustaba. Yo veía que procuraba estar dentro del cuarto, husmeaba mi ropa, veía lo que tenía o no... era burdo aquello, y yo lo sabía porque en la Revolución yo también hice ese papel cuando llegaba alguien extraño, y después pasaba un informe de lo que me preguntaba ese visitante, de lo que quería saber. Yo tenía claro que eso pasaba en todas partes del mundo, pero me sentía acosada, y cuando regresé una de las veces de Nicaragua, la despidieron.

Lo bueno en Moscú fue que tuve también a dos ángeles de la guarda, de los «niños de la guerra» de España, que uno se llamaba Ángel y otro Fernando. Ese era el que me buscaba en mi casa para llevarme a hacer compras y moverme. Lo negativo era, como siempre, que si queríamos salir, teníamos que avisar, decir a qué hora, cuál era la placa del carro, cuántas personas íbamos... todo súper previsto y todo con intérpretes. Se suponía que yo tenía que llevar la bandera en el Mercedes del embajador, pero «los ángeles» me sacaban la bandera para poderse estacionar donde les diera la gana. Eran unos amores.

Lo de la vigilancia era tan constante que nuestro chofer, Valery, nos decía que no hablaba español, pero a veces se le escapaba y se notaba que nos entendía. Después, cuando nos esperaba mientras bajábamos a algo, y paraba el carro, yo veía que se ponía a hacer su informe.

La vida diplomática era una vida tan vacía y a veces exótica y extravagante. Nos invitó una vez la esposa del embajador de Brasil —que era su segunda esposa, casi lo normal, porque muchos de ellos estaban con la segunda o tercera esposa—, y lo hizo dando de mamar a su bebé. ¡El mayor-domo enguantado y la muchacha con su *chicha pelada*!³⁵⁰ En otra embajada europea, la señora todo el tiempo estuvo con un galgo, bello el perro, pero con todas las babas que le caían... y todos pasaban y le hacían caricias al perro. Nosotros no. Yo, ¡ni muerta!

La cuestión es que fueron muchas cosas. Me vi metida en un mundo frívolo donde empezaban a hablar de dónde iban a ir esa navidad: «A Austria, al *Rockefeller Center*», a mil lugares, y me dicen a mí: «¿Y vos a dónde vas, Rosa?» Y yo hasta pienso: «Esto no es conmigo, porque me dicen Rosa, pero voy a seguirles la corriente», y digo yo: «Yo a ninguna parte; mis hijos vienen aquí a conocer la nieve porque en mi país no hay nieve»... y así era todo. Yo me quería ir, no me sentía allí. Y una cosa que sí *me puso las botas*, que era una tontera, pero para mí no lo era, fue que al lado de la embajada había una garita en donde estaban los policías. Se me cuadraban, pero no respondían cuando les saludaba. Eran como de piedra. Yo le pregunté al chofer y me dijo riéndose: «Compañera, usted no haga caso, no vuelva a mirarlos aunque se le cuadren». Así que yo les mandaba sus cafés... pero ya no les miraba, como él me había dicho. En la primera navidad les preparé un regalo a cada uno... y después supe que los rotaban, los cambiaban de turno y que no podían recibir regalos y se los quitaban los jefes. Ya no volví a hacerlo.

Tenía también dificultades de comunicación con el resto del personal *nica* porque la brecha generacional impedía una mejor comunicación conmigo. Se querían apegar tanto al protocolo —que era muy estricto— que tuve que decirles que, cuando llegaba Tito, yo iba a recibir a mi esposo, no al embajador. Así que muchas cosas yo las dejé claras y fui independiente, igual que en organizar las recepciones y otros asuntos.

No quiero dar la impresión de que todo era malo. También me admiraron muchas cosas de la URSS, y una de ellas fue ver lo solidario de ese pueblo, su humildad. Con lo poco que tenían, hacían que las cosas les duraran. Se formaban unas colas interminables porque había salido a la venta, por ejemplo, un balde de plástico verde, y lo aguantaban todo. Pero, aun así, la

³⁵⁰ Seno desnudo.

estancia, en conjunto, se me hizo muy larga, y cuando se acercaba la fecha de las elecciones de 1990 en Nicaragua —aunque entonces ni se nos pasaba por la mente que fuéramos a perder— me decía que, si no las perdíamos, yo allí ya no aguantaba. Sin embargo, Tito había organizado un equipo entre todos los embajadores del campo socialista y se reunían una vez cada cierto tiempo en cada embajada para tratar los problemas de los estudiantes, de la cooperación y de un sinnúmero de cosas, y se sentía bien. Con la atención a miles de estudiantes que había allí por la cooperación, por lo que fuera, estaba contento con su trabajo, pero yo ya me sentía en una jaula.

En el último tiempo, dos de mis hijos estaban en el ejército, y el menor de ellos en la montaña luchando en la guerra de la *Contra*. Me contaron que andaba con un balazo en la pierna, que tenía lepra de montaña, mil cosas, y yo me preguntaba qué estaba yo haciendo allí como figura decorativa, y le dije a Tito: «Yo me voy el año que viene; te quedas tú con esto y yo me voy a recoger a mis hijos, y a ver cómo están. Yo no puedo estar con esta angustia y no tengo ningún cargo, ninguna obligación. Estoy buscando qué hacer para matar el tiempo». Lo que jamás pensé fue que iba a ser un viaje a Nicaragua sin retorno.

El regreso a Managua: la derrota electoral de 1990

Me fui sola a Managua y durante esa estancia mía coincidió la celebración de las elecciones de 1990. Días antes, cuando el cierre de campaña, yo estaba admirada de ver cómo estaba de llena la plaza donde tenían lugar los discursos. Tan multitudinaria que se le *paraban a uno los pelos*. Los sandinistas se *miraban* triunfantes, aquello era increíble, y yo le contaba a Tito por teléfono toda aquella euforia. Así que, más tarde, cuando le tuve que ir dando el parte de los resultados electorales, él no podía creerlo y me preguntaba: «¿Y dónde está esa gente que me decías, la gente de la plaza?». Recordar la concentración de la plaza le confundía totalmente a uno, porque no se valoró que ese lleno era también producto del gusto de este pueblo por manifestarse, como también lo hace en las procesiones. Tenemos una cultura que quiere expresarse, *zarabandear*, y acude, en parte, por romper la monotonía. Pienso que eso fue lo básico.

Pero ese mismo pueblo no quiso que siguiera este gobierno nuestro porque se había impuesto aquel servicio militar obligatorio que fue horrible. Estaban los chavalos jugando y llegaba un camión y los montaba a la fuerza para el servicio militar. Después, regresaban muchos muertos desde los frentes de guerra e, incluso, los muertos que se mandaban, no eran los que se decía³⁵¹.

³⁵¹ Se descubrió en muchas ocasiones que enviaban ataúdes vacíos, o llenos de piedras. Eso se hacía cuando no se habían localizado los cadáveres de los jóvenes.

Si Daniel [Ortega] hubiera anunciado en aquellas concentraciones de la plaza que se terminaba el Servicio Militar Patriótico, todo hubiera sido distinto. Pero se confió, deslumbrado por aquella multitud y no lo hizo. Entonces, la gente allí concentrada sintió que no había señales de esperanza de paz y muchos hasta temían que la guerra continuara si el Frente ganaba las elecciones. Decían que la *Contra* estaba armada y no hubiera aceptado los resultados, pero ¿qué apoyo hubieran tenido? Si el pueblo hubiera votado a los sandinistas, lo habrían tenido que aceptar.

La prepotencia de los altos mandos del EPS fue, en gran medida, responsable de lo ocurrido. Fueron las medidas tomadas por Humberto Ortega [ver IP], que, para mí, fueron las que sepultaron al Frente con ese servicio obligatorio, con el tema de la invasión, de tanto gasto en armamento, de la reserva... «todo para la guerra», mientras el pueblo tenía toda clase de carencias, y además, cada uno de ellos ejerciendo su autoridad y compitiendo entre sí.

Por otra parte, no se había perdonado nunca a los sandinistas el control del campo, de los precios de los granos, de tener que venderle sólo a los *comisariatos*. Fueron dos cosas determinantes: la guerra y la situación del campo.

El final de un sueño

A pesar de que suene raro, cuando se perdieron las elecciones yo lo viví muy tranquila, y pensé que era bueno que pasara. Se podía tomar como una lección, un «detente», un *stop* para que se revisaran comportamientos personales y abusos cometidos. Podía ser un tiempo para repasar todos aquellos valores que al final en nada habían quedado.

Lo peor fue el miedo de algunos ante la incertidumbre, porque no se sabía si habría revanchas. Tito sin tener trabajo, ni como abogado, ni como nada, porque no lo iban a buscar los confiscados a él que había sido procurador de Justicia, y los nuevos ricos sandinistas, tampoco. Por otra parte, ya no teníamos la librería, que en su día se había entregado al Frente y no teníamos ningún fondo económico, sino la chorrera de hijos que se habían casado y a su vez tenían hijos. Era una carga requeteduplicada, pero no había que llorar sobre la leche derramada.

Fue deprimente, otra etapa de la vida en la que teníamos que volver a comenzar a partir de cero y, sobre todo, con más responsabilidades por los hijos, yernos y nietos. Entonces, lo que hicimos fue salir con los hijos, todos, a vender cosas compradas en Panamá: ropa, tenis, de todo, en el mercado, y viviendo todos en la misma casa, un matrimonio en cada cuarto. Así, como pudimos, fuimos saliendo adelante y sin nada que no fuera nuestro.

III

EPÍLOGO

Cuando era estudiante universitaria de Historia, se definía la revolución como «aquel cambio político que genera un cambio de estructuras». Después de haber intentado penetrar en la urdimbre de varias revoluciones, del tejido que crearon los hombres y mujeres que las vivieron, celebraron y sufrieron, me pregunto ¿qué estructuras? ¿las institucionales, las administrativas o las personales y de la propia escala de valores?

Siempre sentí que eran admirables quienes formaban parte de una revolución. Quienes apostaban fuerte por una mejora, por un cambio, hasta arriesgar la propia vida, porque no es menos lo que uno se juega en procesos de esa naturaleza. Pero me pregunto ahora si, tras la insurrección o estallido revolucionario, incluso siendo exitoso, aparece realmente ese «cambio de estructuras».

Aun cuando se consiga que aquello que oprime sea derrotado, lograr que se consolide algo nuevo y mejor que lo anterior, el sueño por el que se luchó, es un reto muy diferente. Puede que sea imprescindible no sólo que se exponga la vida por un impulso noble y generoso, sino que sea consecuencia de un cambio personal de sus autores, de una evolución más lenta y elaborada, pero más sostenible; de transformaciones interiores nada espectaculares, pero más capaces de permanecer en el tiempo y de dar a luz un modo realmente nuevo de organizarse en sociedad.

La revolución —o la explosión revolucionaria— tiene un sentido incontestable: su inevitabilidad. Ante una situación injusta y prolongada, la erupción se produce de una u otra forma. Y es un momento de exaltación, de fundación, de implantación de un poder radical. «No se triunfa con las armas para conseguir un poder a corto plazo, cuando se trata de barrer con la historia», dice Sergio Ramírez.

En Nicaragua se imponía una propuesta de cambio radical y preñado de esperanza. Pero es posible que tengamos que aceptar que la historia camina mucho más despacio que la vida, y en el instante de una existencia humana no hay oportunidad de vislumbrar cambios sustanciales. Sólo se perciben los ascensos o descensos de la línea quebrada de la historia. Las revoluciones tienen frutos tardíos y los verdaderos cambios, los que forjan el futuro, son mucho más lentos y precisan de grandes dosis de reflexión y perseverancia en el empeño.

Al paso de los años y al volver la vista atrás, el sacrificio y las ilusiones del pasado revolucionario dificultan a menudo desprenderse de la epopeya de la Revolución; de un recuerdo un tanto edulcorado y auto-justificativo, de una imagen tal vez muy complaciente del sendero recorrido. Pero es imprescindible reconocer los errores de la ruta si se quiere enderezar la trayectoria.

Han sido muchos los relatos de mujeres que he escuchado en estos años. De las sandinistas, con expresiones como «los hijos terminaron integrados todos, y nosotras con ellos, claro», «nunca había trabajado tanto, pero nunca me sentí explotada», «perder las elecciones fue como perder a un hombre», «integrarse en el Frente era un proyecto de vida», «mi divorcio fue doloroso, pero la derrota de 1990 fue devastadora»... y así un buen número de respuestas que demuestran que la entrega excedía en mucho lo que era la militancia política. Del otro lado, de las *contras*, los lamentos y el recuerdo de los miedos, como por ejemplo: «me decían que yo iba a salir de la casa, pero no iba a regresar», «cuando llegó el Triunfo de la Revolución, hubo personas que realizaron masacres», «mi esposo ya se fue con la *Contra* porque decía que, si no se iba, el Frente lo iba a ir a reclutar», «los sandinistas asesinaban a la gente», «le pediré al Señor perdonar para que me perdone a mí, porque no puedo olvidar»... Mujeres a las que la Revolución alcanzó como un hecho externo del que sufrieron sus peores consecuencias. Y, en ambos grupos, el dolor, las rupturas familiares y las muertes.

Los sandinistas que lucharon supieron que su compromiso era mucho más que implicarse como ciudadanos. Fue, durante muchos años, una aspiración casi imposible —derrocar una dictadura— y después de lograrlo, el deber ineludible de gobernar el país con justicia, con la ambición de mitigar desigualdades, con el compromiso de actuar siempre en favor de los pobres. Sin embargo, el fin no justifica los medios, y los de aquel proceso, sus luces y sus sombras, deben ser explorados con detenimiento. Está todavía pendiente la tarea de ir analizándolos sin prejuicios, evaluándolos sin temor a verlos de frente, porque, de lo contrario, tanto dolor no habría enseñado nada.

La revolución «por dentro», la personal, tan necesaria, sólo será posible si finalmente comprendemos que el cambio sustancial llegará sólo de la mano de la educación. Desde la infancia, desde la escuela. Sin olvidar valores, sin

tolerar abusos. Si se atiende a la insoslayable necesidad de que aflore la verdad de las víctimas, de todas las víctimas, para que puedan sanar sus heridas.

Es necesario que no impere la destructiva cultura del silencio, o los duelos quedarán inconclusos. Que se escuche a los afectados y se ofrezcan soluciones que no sean proyectos de papel. De no ser así, la experiencia nos enseña que no es posible seguir adelante. Hay que mirar a la cara el pasado para evitar su repetición y superarlo.

Desde ambos lados del mayor conflicto de la década sandinista, a través de los testimonios de estas mujeres, confío en que la compleja gama de matices que conformaron el proceso revolucionario nicaragüense se haga un poco más comprensible. Que sus memorias contribuyan a incrementar una mirada realista, tan necesaria para extraer conclusiones correctas. Para entender mejor y seguir avanzando.

* * *

IV

ÍNDICE DE PERSONAS

MENCIONADAS EN EL TEXTO (IP)

AGUIRRE, ALFREDO CÉSAR: Fue un político conservador y colaborador sandinista después. Tras el Triunfo de la Revolución se integró a la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, y fue designado secretario de la misma. Posteriormente fue ministro de Reconstrucción Nacional y presidente del Banco Central de Nicaragua de 1979 a 1982. Se separó del sandinismo por discrepancias irreconciliables, y en 1987 ingresó en el Directorio de la *Resistencia Nicaragüense*. En marzo de 1988 fue uno de los firmantes de los Acuerdos de Paz de Sapoá.

ALEMÁN, ARNOLDO: Miembro del Partido Liberal, fue presidente de Nicaragua de 1997 a 2002. Fue el socio de Daniel Ortega en el pacto de 1998, por el cual Ortega logró ser presidente gracias al apoyo del grupo parlamentario de Alemán a una modificación constitucional que hacía posible su elección con un 38% de los votos. A cambio, Ortega garantizaba que controlaría al poder judicial para impedir que Alemán fuese encarcelado, aunque había sido condenado recientemente a cárcel por un desfalco de cien millones de dólares, entre otros delitos.

ARAUZ PALACIOS, PEDRO: «Federico» fue uno de los jefes históricos más emblemáticos de la tendencia *guerra popular*

prolongada (GPP) del Frente. Más tarde fue coordinador de la movilización y los contactos de Julio Buitrago Urroz, principal responsable urbano del FSLN. Fue miembro de la Dirección Nacional desde 1973, y uno de los dirigentes que supervisó y apoyó la planificación de la toma de la casa de Chema Castillo el 27 de diciembre de 1974. Para el año 1978, «Federico» funcionaba como primer responsable de la ciudad y el campo, y el 17 de octubre de 1978, cuando se dirigía a una reunión en Los Altos —un sitio entre Masaya y Tipitapa— murió en un encuentro con la Guardia Nacional.

ARCE, BAYARDO: Fue reclutado para el Frente Sandinista en su época de estudiante por la veterana Marlen Chow, quien sería su compañera y madre de uno de sus hijos. Llegó a ser uno de los nueve comandantes cuando triunfó la Revolución, en representación de la tendencia GPP. Ocupó diversos cargos durante la década de 1980, y fue diputado y miembro de la Dirección Nacional, entre otros muchos. En la actualidad se le considera uno de los «magnates» de la nueva riqueza empresarial sandinista.

ARGÜELLO, CARLOS: Sufrió cárcel durante la dictadura y fue liberado tras la toma de la casa de Chema Castillo, en 1974.

Tras el Triunfo de la Revolución fue el primer coordinador de la Junta de Reconstrucción de Matagalpa —la primera en conformarse— y el primer alcalde de esa ciudad.

ARGÜELLO, PATRICIO: Nacido en San Francisco (EE.UU.), se crió en Nicaragua, pero a los trece años, a la muerte del primer Somoza, la familia se exilia y él regresa a estudiar a Los Ángeles. En 1967 obtuvo la beca Fulbright para realizar un postgrado en Chile, en la época en que Chile era la vanguardia de cambio político en América Latina, y en 1969 regresa a Nicaragua. Resulta identificado por la Seguridad del Estado y se le da un plazo de cuarentaiocho horas para abandonar el país, por lo que sale de nuevo al exilio en Nueva York. En 1970, junto con otros miembros del Frente, fueron a recibir entrenamiento militar en los campamentos palestinos en Jordania. Y allí terminó participando en un operativo del secuestro de un avión —que la OLP, Organización para la Liberación de Palestina, había programado para atraer la atención mundial a esa causa— misión que no le correspondía y que le costaría la vida. Quienes habían sido preparados para esa misión eran Leticia Herrera y su compañero René Tejada. Ella relata en sus memorias que su jefe político —el actual magistrado de la Corte Suprema de Justicia, Francisco Rosales— le hizo proposiciones, que ella rechazó, e informó de ello a Patricio Argüello. Este le llamó la atención a Rosales, y por ello fueron relevados del operativo, tras lo cual, de manera vengativa e imprudente, incluyen en el operativo a Patricio Argüello, quien perdió la vida en esa acción porque desconocía los detalles acordados. Murió en septiembre de 1970.

ARROYO, CARLOS: Militante histórico del FSLN y responsable de Managua, murió en octubre de 1977, tras una redada que se produjo con motivo de la búsqueda de Pedro Arauz.

ASTORGA, NORA: Guerrillera histórica del FSLN en el Frente Sur de la insurrección, fue famosa por propiciar el secuestro de uno de los más temidos torturadores de la Guardia, Reynaldo Pérez Vega. El secuestrado opuso resistencia y se vieron obligados que matarlo para no ser descubiertos. Tras el Triunfo de la Revolución en 1979, fue abogada, jueza, política y embajadora de Nicaragua ante Estados Unidos, y después en las Naciones Unidas. Falleció el 14 de febrero de 1988 a consecuencia de un cáncer.

AVILÉS, OLGA: Fue una de las tres mujeres integrantes del «comando Juan José Quezada» que asaltaría la casa del ex ministro José María Castillo —*Chema Castillo* para los nicaragüenses— el 27 de diciembre de 1974. A partir de ese momento se impuso la ley marcial y el estado de sitio. Hubo redadas masivas, que pretendían justificar con el denominado *Reglamento para Gobierno y Disciplina de la Guardia Nacional*. Fue el inicio de la etapa más dura de la represión somocista, y los detenidos en estos años sólo serían liberados cuando el FSLN tomó el Palacio Nacional en agosto de 1978.

BALTODANO, CHARLOTTE: Detenida en la etapa posterior a la toma de la casa de Chema Castillo al lanzar una granada a un vehículo de las Brigadas Especiales contra Actos de Terrorismo (Becat) y ser capturada el 4 de mayo de 1976. Fue una de las personas liberadas cuando la toma del Palacio Nacional, el 22 de agosto de 1978. Durante la década sandinista estuvo en el Ministerio de Cultura y después en el de Interior, en el departamento de Asuntos Internos, hasta 1989. Tuvo el cargo de capitana en ese ministerio, bajo la dirección de Tomás Borge. Falleció en marzo de 2012.

BALTODANO PALLAIS, EMILIO: Empresario relevante, dueño de fincas de café y socio y gerente de la compañía *Café Soluble Presto*, la más importante del sector en Nicaragua. Perteneció al *Grupo de los*

Doce, personas de reconocido prestigio que apoyaron explícitamente al FSLN desde 1977.

BALTODANO, MÓNICA: Desde la década de 1960, en su época de bachiller, se había integrado en el trabajo en los barrios de Managua. Fue responsable política de la región de Matagalpa antes del Triunfo de la Revolución y destacada dirigente durante la insurrección contra Somoza. Recibió el máximo grado honorífico de «comandante guerrillera». Fue viceministra de la Presidencia y ministra de Asuntos Regionales durante la década sandinista (entre 1982 y 1990). Debido a sus posiciones críticas, decidió abandonar el FSLN. Desde 2006 forma parte del Movimiento Renovador Sandinista (MRS).

BARRIOS DE CHAMORRO, VIOLETA: Esposa de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, Violeta Barrios fue la primera mujer jefa de Estado y de Gobierno de Latinoamérica (1990-1997). Tras el Triunfo de la Revolución formó parte de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN), de la que se separó a los pocos meses, cuando el Frente empezó a tomar medidas orientadas a monopolizar el poder. Tras la pérdida de las elecciones por el FSLN en 1990, fue electa presidenta de Nicaragua, encabezando la coalición de la Unión Nacional Opositora (UNO).

BELLI, GIOCONDA: Poeta y escritora de éxito, ha difundido internacionalmente la historia de Nicaragua a través de varias de sus novelas. Fue militante del FSLN de 1979 a 1994 y ocupó varios cargos de responsabilidad después del Triunfo de la Revolución, siendo miembro de la Comisión Político-Diplomática del FSLN. Feminista relevante, ha fundado o participado en diversas organizaciones reivindicativas de los derechos de la mujer. Actualmente forma parte del Movimiento Renovador Sandinista.

BERMAN, SYLVIA: Médica psiquiatra, fue profesora universitaria de Psiquiatría en

las universidades de la Plata y de Buenos Aires y presidenta de la Federación Argentina de Psiquiatría (FAP), antes del golpe militar de 1976. Tuvo que exiliarse en México, donde dirigió con Marie Langer el Equipo de Salud Mental México-Nicaragua. Integró el Consejo Superior de Montoneros en el exilio y conformó una brigada sanitaria asistencial para colaborar con los sandinistas. Falleció en 2012 a los noventa años de edad.

BERMÚDEZ, ENRIQUE: Conocido como «comandante 3-80» fue coronel de la Guardia de Somoza. Durante los años ochenta fue el principal líder de la *Contra*, y según algunos, agente de la CIA. Fundó la *Alianza Democrática Revolucionaria Nicaragüense* (Adren), sustituida después por la *Legión 15 de Septiembre* —uno de los primeros embriones de la *Contra*— formada exclusivamente por ex miembros de la Guardia Nacional. Logró un gran prestigio entre los campesinos del norte, cuya vinculación con los ex guardias dio lugar a la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN). Fue asesinado el 16 de febrero de 1991 en el estacionamiento del hotel Intercontinental de Managua. Sus últimos días fueron confusos: se dijo que iba a viajar a Matagalpa para visitar una cooperativa de desmovilizados de la *Resistencia* a fin de reivindicar sus derechos; se dijo que pensaba «asaltar tierras», y una tercera versión aseguraba que en su última etapa había cortado sus relaciones con la *Contra*, decepcionado porque los guardias nacionales fueron retirados de los principales puestos. Se dijo que su asesinato había sido obra de un profesional, y se acusó al sandinismo.

BOLAÑOS, ENRIQUE: Empresario; su grupo empresarial fue objeto de expropiación de fincas por el régimen sandinista, como parte de la reforma agraria. Hasta el final del período sandinista, Bolaños estuvo al frente del Instituto Nicaragüense de Desarrollo (INDE). Fue vicepresidente du-

rante el gobierno de Arnaldo Alemán y presidente de Nicaragua de 2002 a 2007.

BORGE, TOMÁS: Fue uno de los fundadores del FSLN en la década de 1960. Ministro del Interior en la década de 1980, uno de los dos ministerios más potentes y privilegiados, junto al de Defensa. Su último destino fue la embajada en Perú durante la legislatura de Daniel Ortega. Se le consideraba uno de los representantes de la nueva riqueza empresarial sandinista. Falleció en 2015.

BUITRAGO, JULIO: Obrero militante de la Juventud Patriótica Nicaragüense (JPN) —antecedente del FSLN— desde la década de 1960, fue uno de los líderes históricos de la resistencia urbana. Compartía la Dirección Nacional del FSLN con Carlos Fonseca, Tomás Borge, Humberto Ortega, Oscar Turcios, Ricardo Morales, José Benito Escobar y Efraín Sánchez. Su muerte fue el resultado de un asalto de la Guardia Nacional a la *casa de seguridad* de Las Delicias del Volga, el 15 de julio de 1969.

CABRALES, RAMÓN: Conocido en la clandestinidad como «Nacho», fue el primer jefe de la columna «Crescencio Rosales» de Matagalpa. Participó en la liberación de Jinotepe, durante la insurrección, y fue jefe del Frente «Pablo Úbeda». Condecorado como «comandante guerrillero», fue ministro de Comercio Interior durante la década sandinista.

CAMPBELL, LUMBERTO: Fue militante sandinista y obtuvo el grado de «comandante guerrillero» en julio de 1980. Viceministro del Instituto de la Costa Atlántica (Innca), y luego ministro, en sustitución del también comandante guerrillero William Ramírez. En 1984 asumió el cargo de ministro delegado de la Presidencia para la Zona Especial II de la Costa Atlántica, y secretario político del FSLN, cargo que desempeñó hasta la derrota electoral del FSLN en febrero de 1990. Posteriormente continuó en el FSLN, en las estructuras electorales internas y en

la dirección de empresas vinculadas al partido.

CARDENAL, ERNESTO: Poeta, sacerdote, escritor y político conocido internacionalmente, comenzó como monje en el Monasterio Trapense de Kentucky a los treinta y un años, como discípulo del conocido monje contemplativo Thomas Merton. Ambos decidieron que Cardenal fundara una comunidad religiosa en Nicaragua, orientada a lo social y a cambiar la situación política. La comunidad se fundó en Solentiname, donde se discutía la situación del país bajo el punto de vista de la Teología de la Liberación, y donde surgió una sorprendente comunidad de pintores *primitivistas*. Allí fue donde tuvieron noticias de la existencia de un movimiento guerrillero, el FSLN, y esa comunidad fue la que atacó el cuartel de San Carlos en 1977. Cuando triunfó el FSLN en 1979, Cardenal fue ministro de Cultura. Abandonó el FSLN en 1994, dando su apoyo al MRS.

CARDENAL, FERNANDO: Hermano del anterior y jesuita. A raíz de la Conferencia de Medellín de 1968 se comprometió de por vida a denunciar las injusticias y a estar al lado de los pobres. Formó parte de la Teología de la Liberación y dirigió la Cruzada Nacional de Alfabetización de 1980. Fue ministro de Educación de 1984 a 1990 y director nacional de «Fe y Alegría» hasta su fallecimiento en 2015.

CARDENAL, GABRIEL: Sobrino de los sacerdotes Ernesto y Fernando Cardenal, fue el jefe de la insurrección de los barrios occidentales, donde se había organizado todo para dispersar a la Guardia, puesto que el brote principal se iba a dar en los barrios orientales. El escritor William Agudelo le llamó en un libro dedicado a su figura y mensaje «El Ángel de San Judas». Fue detenido, llevado a las oficinas de la OSN, torturado y asesinado a los veinticuatro años, quince días antes del Triunfo de la Revolución.

CARRIÓN, LUIS: Ingresó al Frente en 1972.

Fue uno de los representantes de la *tendencia proletaria*. Tras el Triunfo de la Revolución formó parte de la Dirección Nacional, fue viceministro del Interior, en la división de Inteligencia, y después ministro de Economía. Se integró luego al MRS y es miembro de la junta directiva del Instituto para el Desarrollo de la Democracia (Ipade).

CARRIÓN MCDONOUGH, JAVIER: Guerrillero del FSLN en la década de 1970, participó en el legendario asalto a la casa de Chema Castillo. Fue fundador del Ejército Popular Sandinista en 1979 y jefe del ejército después de Joaquín Cuadra, de 2000 a 2005, cuando le sucedió en el puesto el general Moisés Omaralles. Es general en retiro.

CASTILLO MARTÍNEZ, ERNESTO: Conocido como «Tito» Castillo, perteneció al *Grupo de los Doce*, fue procurador de Justicia de 1979 a 1985 y embajador de Nicaragua en la URSS de 1985 a 1990. Crítico con el FSLN oficial desde la aniquilación de *Barricada* —lo que fue motivo de que, junto con otros compañeros, demandara a Tomás Borge— extiende su desacuerdo actualmente al gobierno de Daniel Ortega, por la posición personal de este y por el incremento de su capital privado. Interpreta la situación actual como parte de una tendencia universal en la que ha caído todo el sector ex comunista o de la izquierda contemporánea. Su valoración es que se ha producido un desplome mundial de los principios revolucionarios, en todos los aspectos.

CASTILLO SALAVERRY, ERNESTO: Estudiante y poeta, hijo de Ernesto «Tito» Castillo y «Cuta» Salaverry. Dirigió una escuadra de jóvenes durante la insurrección contra Somoza, cuando iban a atacar el cuartel de León. Le alcanzó la bala de un guardia que le disparó desde una torreta de la cárcel «La 21», el 10 de septiembre de 1978, un año antes del Triunfo de la Revolución. Murió a las pocas horas y

fue enterrado en una fosa común. Tenía veinte años.

CHAMORRO CARDENAL, PEDRO JOAQUÍN: Miembro del Partido Conservador y director del diario opositor, *La Prensa*, fue con su periódico el constante azote de Somoza. Fue asesinado el 10 de enero de 1978, entre las sospechas nunca confirmadas de que la orden provino de los Somoza. A raíz de su muerte se aceleró el proceso insurreccional.

CHAMORRO, CLAUDIA: Guerrillera histórica que murió a los veintidós años en un encuentro en la montaña con la Guardia Nacional ocurrido en 1977. Pertenecía a la aristocracia granadina. No obstante su posición social, su participación en la lucha revolucionaria fue muy criticada en la conservadora Granada.

CHAMORRO, EMILIANO: Fue dos veces presidente de Nicaragua, en 1920 y en 1926, y después jefe de los conservadores.

CÓRDOBA RIVAS, RAFAEL: En 1944, siendo estudiante universitario, participó en el primer estallido contra la dictadura de la familia Somoza. Más tarde fue destacado dirigente del Partido Conservador y férreo opositor al régimen somocista. También fue precursor de la Unión Democrática de Liberación, (UDEL), el último proyecto político que lideró Pedro Joaquín Chamorro Cardenal contra la dictadura. Finalmente formó parte de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional entre 1980 y 1984, tras la renuncia de Violeta Barrios de Chamorro y de Alfonso Robelo.

CORONEL URTECHO, JOSÉ: Fundador del movimiento literario *Vanguardia Nicaragüense* y uno de sus más insígnies poetas e intelectuales, comenzó teniendo una carrera política en el gobierno de Somoza en el Congreso, y diplomática después en Nueva York y Madrid. Dejó la política en 1959 y fue más tarde colaborador y muy próximo al FSLN. Cuando triunfó la Revolución, fue uno de los principales

entusiastas, seguidores y promotores del nuevo movimiento. Falleció en 1991.

CRUZ, ARTURO: Fue uno de los altos funcionarios del Banco Interamericano de Desarrollo de Washington, cuando se integró al *Grupo de los Doce*. Según ha afirmado, antes de entrar en ese grupo se aseguró de que, en caso de triunfar el sandinismo, se admitiría en Nicaragua un tipo de empresa privada responsable y progresista, se convocarían elecciones y se despolitizaría a las fuerzas armadas. Fue miembro de la primera Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, pero en 1985, desengañado del sandinismo, pasó a la *Contra*.

CUADRA CHAMORRO, JOAQUÍN: Fue asesor político del *Grupo de los Doce* y coordinó acciones en 1978 y 1979, durante la ofensiva final. Fue padre de Joaquín Cuadra Lacayo.

CUADRA LACAYO, JOAQUÍN: Guerrillero, militar y político. Coordinó las acciones del Frente Interno durante las insurrecciones de 1978 y 1979, como parte de la ofensiva final. Tras la victoria, fue fundador del Ejército Popular Sandinista (EPS) y jefe del Estado Mayor del mismo con el grado de mayor, primero, y de general, después. Asumió el mando máximo del Ejército de Nicaragua, como sucesor de Humberto Ortega, en febrero de 1995.

D'ESCOTO, MIGUEL: Religioso de la orden Maryknoll, en EE.UU., perteneció también al *Grupo de los Doce*. Fue propuesto por Sergio Ramírez, quien pensó que su presencia podía ser útil. Sería ministro de Relaciones Internacionales durante la década de 1980.

DAVIDSON BLANCO, FEDERICO: Había sido combatiente contra Sandino y fue uno de los oficiales de gran prestigio y de los más aceptados entre personas relevantes del antisandinismo. En 1956, a la muerte de Somoza García, fue marginado debido a que los hijos de Somoza lo consideraban peligroso por su gran capacidad de mando en ambientes hostiles, y temían que se

les pudiera enfrentar en algún momento. Fue ultimado por un operativo sandinista el 20 de febrero de 1979, aniversario de la muerte de Sandino.

DÍAZ HERNÁNDEZ, PLUTARCO: Había sido primero responsable del Comando Regional de Chinandega. En 1977, el FSLN había planificado un ataque simultáneo a varios cuarteles, pero en San Carlos no se enteraron de que los demás operativos finalmente no atacaron, y la Guardia se concentró allí. Plutarco sucumbió al miedo y huyó a Costa Rica, dejando al resto del grupo sin las acciones de apoyo programadas, por lo que el grupo sufrió una masacre al quedar solos sin retirada posible.

ESCOBAR, JOSÉ BENITO: Militante histórico del FSLN, de la tendencia GPP, fue, sin embargo, una excepción dentro de su grupo, como ideólogo del movimiento. En sus análisis, donde establecía comparaciones con los éxitos y fracasos de otros movimientos, reflexionaba sobre la necesidad de un gran partido que aglutinara a las masas, como único camino para vencer la dictadura de los Somoza. Criticaba el sesgo excesivamente militar del Frente y se fue aproximando cada vez más a las posiciones terceristas. Fue miembro de la última Dirección Nacional y murió en julio de 1978 en un enfrentamiento con la Guardia Nacional.

ESPINOZA, LEONEL: Trabajó en el Servicio Nacional de Alfabetización y Educación Popular (Senaep). Cuando el sandinismo perdió las elecciones en 1990, se integró en el Ministerio del Interior y fue jefe policial, trabajando directamente con el secretario de organización del FSLN, el ex director de la Seguridad del Estado, Lenin Cerna. En la prensa nicaragüense se le ha atribuido con frecuencia una notable participación en los fraudes electorales del FSLN, a partir del año 2000.

ESPINOZA, LUISA AMANDA: Obrera oriunda de León, de familia muy pobre, se unió desde muy joven al FSLN y trabajó como

correo y en otras tareas de la lucha urbana clandestina. Cuando la mataron, a los veintidós años, el 3 de abril de 1970, su familia sólo pudo rescatarla de la morgue —por no disponer ni de una caja como ataúd— gracias a la intervención de Pedro Joaquín Chamorro. La represión era ya tan grande que sus familiares, por miedo, tardaron días en preguntar por ella, y cuando una hermana suya fue a reclamarla, la encañonaron y la sometieron a interrogatorio. Luisa Amanda fue esposa de Mauricio Hernández Baldizón, caído también el 15 de enero de 1970. En 1979 se fundó la *Asociación de Mujeres Nicaragüenses «Luisa Amanda Espinoza»* (Amnlae), como homenaje a la primera mujer sandinista caída.

FLORES LOVO, AUGUSTO: Fue coronel de la Guardia Nacional, pero también doctor en medicina y jefe de lo que en Matagalpa se conocía como «la Sanidad», los servicios de salud pública.

FLORES ORTIZ, MARIO: Psicólogo y psiquiatra, y uno de los más notables intelectuales de la generación estudiantil de 1944, la primera que se opuso a la reelección del primer Somoza. Contribuyó en gran medida a la formación de Carlos Fonseca Amador, uno de los fundadores del FSLN. Fue también uno de los iniciadores de la formación de psicólogos en Nicaragua.

FONSECA AMADOR, CARLOS: Proveniente del socialismo, estuvo en la URSS, en la República Democrática Alemana y en diversos países europeos, antes de regresar a Nicaragua y participar en todos los movimientos que precedieron a la constitución del FSLN, hasta que, tras la última denominación como *Frente de Liberación Nacional* —por el nombre de la organización argelina— el propio Fonseca propuso que se le añadiera «sandinista», quedando como *Frente Sandinista de Liberación Nacional*. Así, la primera vez que aparecieron impresas las siglas FSLN fue en noviembre de 1963, en una entre-

vista hecha a Carlos Fonseca por la revista mexicana *Siempre*, y también fueron de ese año los primeros comunicados públicos. En 1969 fue capturado y encarcelado y, tras una estancia en Cuba, regresó a Nicaragua en 1975. Al año siguiente se adentró en la montaña, tras la reciente división del Frente en las tres tendencias, en un intento de lograr la unificación. Allí murió en un encuentro con la Guardia Nacional, en noviembre de 1976. Es el más emblemático y respetado líder histórico fundador del FSLN.

GARCÍA LAVIANA, GASPAR: Sacerdote español llegado a Nicaragua en 1969 como misionero al municipio de Tola (departamento de Rivas). Trabajó intensamente con los campesinos pobres y entró en la guerrilla en Nicaragua al comprobar la atrocidades de la Guardia Nacional de Somoza. Se destacó por su trabajo en el campo, su preocupación por las cifras escandalosas de muertes debidas a carencias sanitarias, y por combatir la prostitución, y, especialmente, el tráfico de menores de edad. Participó de la Teología de la Liberación y se integró en la lucha armada del FSLN. Murió abatido por la Guardia el 11 de diciembre de 1978.

GONZÁLEZ PICADO, JOSÉ: (Chepe González). Conocido como «Ernesto», participó en la insurrección de los «muchachos» de agosto de 1978 en Matagalpa y fue integrante de la columna guerrillera «Crescencio Rosales» en la ofensiva final de la Revolución.

GUADAMUZ, CARLOS: Fue desde muy joven militante de la Juventud Patriótica Nicaragüense y era considerado un sandinista temerario y valiente. En la cárcel, sus compañeros decían que había sido brutalmente torturado y que después de cada embestida seguía gritando «¡Viva el FSLN!». Salió de la cárcel a raíz de la liberación de presos exigida durante la toma de la casa de Chema Castillo, pero nunca se recuperó del trauma carcelario. Fue compañero fraternal de Daniel

Ortega, quien le protegió, pero al que creaba muchos problemas por sus ataques furibundos a cualquier enemigo de Daniel, en la radiodifusora donde dirigía un programa. Fue asesinado el 10 de febrero de 2004; nunca se esclareció la autoría intelectual de ese crimen.

GUIDO, ANA JULIA: Campesina de Matagalpa, se incorporó a los catorce años a la vida guerrillera, y en los entrenamientos se aplicaba intensamente en los ejercicios «para que los hombres no digan que las mujeres no podemos». Ella contó que eran necesarios seis meses de adaptación para no sentir tanto el aguacero, el cansancio de las caminatas y «el hambre, que se engañaba con puros carbohidratos y con la excepción de la caza de algún mono». Pasó dos años y medio en la montaña, de 1975 a 1977, y participó en la insurrección de 1978 en Matagalpa. En 2014 fue nombrada fiscal general de la República.

GUIDO, LEA: Se integró en el Frente en 1974. Organizó y dirigió Ampronac hasta 1979 y fue una de las primeras secretarías ejecutivas de Amnlae. Durante el gobierno sandinista fue ministra de Bienestar Social y luego ministra de Salud.

GUTIÉRREZ, ALESIO: Guardia nacional, ha quedado en el recuerdo como uno de los peores represores somocistas. Se creó triste fama por su brutalidad en la cárcel de *La Aviación* y por el trato despiadado que daba a los campesinos en la montaña.

HASSAN, MOISÉS: Líder del Movimiento Pueblo Unido (MPU) formó parte de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional hasta 1981, cuando se retiró por desacuerdos internos.

HERRERA, BENEDICTO: Fue un sacerdote muy progresista, director del Colegio San Luis de Matagalpa. Apoyaba siempre a los sandinistas con el mimeógrafo (ciclostil). La entrevistada (Ana Julia Gutiérrez) considera que estaba metido en el Frente, aunque nunca se supo con certeza.

JAIME, PILAR: Destacada feminista española y luchadora en pro de la planificación familiar en la década de 1970. Fue militante del Frente de Liberación de la Mujer y cofundadora de un centro de planificación familiar en Madrid.

JARQUÍN, EDMUNDO: Ministro de Gobernación Externa de 1981 a 1984, embajador de Nicaragua en México de 1984 a 1988 y, finalmente, en España de 1988 a 1990. Presentó su candidatura a las elecciones de 2006, tras la repentina muerte del candidato del MRS, Herty Lewites.

JAUGEY, FLORENCE: Directora de cine francesa, vive en Managua desde 1983. Fundó con el cineasta nicaragüense Frank Pineda la firma de producción «Camila Films».

LACAYO ORANGUREN, ANTONIO: Esposo de Cristiana Chamorro Barrios y yerno de Violeta Barrios de Chamorro, la viuda de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal. Fue ministro de la Presidencia —coordinador de todos los ministerios— durante el gobierno presidido por Violeta Barrios de Chamorro, de 1990 a 1997. Falleció en un accidente aéreo el 17 de noviembre de 2015.

LANGER, MARIE: Notable psicóloga austríaca exiliada del nazismo. En la década de 1970, ya viviendo en Argentina, tuvo que exiliarse de nuevo, esta vez a México, perseguida por la *Triple A* debido a su lucha contra Videla. Participó en Nicaragua en el *Equipo Internacional de Salud Mental de apoyo al sandinismo* y fue organizadora del Primer Congreso de Psicoanálisis y Psicología Marxista en Cuba. Murió de cáncer en Buenos Aires en 1987.

LEWITES, HERTY: Militante histórico del Frente, durante la década sandinista fue ministro de Turismo y diputado ante la Asamblea General. Sus discrepancias con el FSLN en la década de 1990 le llevaron al Movimiento de Renovación Sandinista (MRS) ya en 1995. Fue posteriormente alcalde de Managua de 2000 a 2004,

siendo muy valorada su gestión. Candi-
dato a la presidencia en 2006, falleció la
víspera de las elecciones, en junio de ese
mismo año. Su muerte repentina en mo-
mentos en que su elección era casi segura
suscitó sospechas —nunca aclaradas— de
que fue un asesinato.

LIMA, MIKE: Fue jefe de operaciones de la
Resistencia Nicaragüense y se incorporó a
la vida militar en 1976 al ingresar a la
Academia Militar. Ex guardia nacional
somocista, combatió en los barrios orien-
tales en la insurrección de 1979, y en
1981 se integró a la Fuerza Democrática
Nicaragüense (FDN) —la unión de los ex
guardias nacionales con el resto de anti-
sandinistas— que adoptó dicho nombre
en septiembre de 1981. También pro-
tagonizó el cruel ataque de la *Contra* en
1983, en Pantasma, donde se produjeron
numerosas muertes.

LÓPEZ PÉREZ, RIGOBERTO: Poeta y figura
emblemática de la Revolución, fue el eje-
cutor del atentado contra Somoza García
—el primero de la dinastía, Somoza «el
viejo»— en septiembre de 1956, con re-
sultado de muerte. Era amigo de algunos
de los ejecutados en otro atentado fallido
el 4 de abril de 1954. Los disparos que
ultimaron a Somoza se produjeron en la
Casa del Obrero de León, el 29 de sep-
tiembre de 1956, durante el baile de la
Convención Liberal, el partido de Somo-
za, como parte de la campaña electoral
de 1957.

MARENCO, DIONISIO (NICO): De su casa
salió el operativo que ejecutó el asalto
al Palacio Nacional en agosto de 1978.
En 1979 fue ministro de Transporte y
Obras Públicas en el primer gabinete tras
el Triunfo de la Revolución, y ministro
de Comercio Interior de 1980 a 1985.
De 1986 a 1987, ministro consejero de
Planificación y Finanzas y, después, alcal-
de de Managua de 2004 a 2008, cargo
en el que gozó de gran reconocimiento
popular.

MARTÍNEZ CUENCA, ALEJANDRO: Econo-
mista, se incorporó en 1978 al FSLN. Fue
durante la década sandinista organizador
del Ministerio de Comercio Exterior y
ministro de Comercio Exterior de 1979
a 1988. Después fue nombrado ministro
de Planificación hasta 1990.

MEJÍA GODOY, CARLOS: Nacido en una fa-
milia de músicos, es él mismo compo-
sitor, instrumentista y cantante de un
repertorio en el que siempre prevaleció
un firme compromiso social y político,
sobre todo durante la dictadura del úl-
timo Somoza. Por su colaboración con
la izquierda clandestina tuvo que aban-
donar Nicaragua, tras lo cual llegó a Es-
paña, recién fallecido el general Franco,
de donde regresó a su país al triunfar
la Revolución nicaragüense en julio de
1979. Con su grupo *Carlos Mejía Godoy
y los de Palacagüina*, ha gozado de enorme
popularidad en España e internacional-
mente. En la actualidad, ya desde hace
años, Carlos y su hermano, Luis Enrique,
son propietarios de *La Casa de los Mejía
Godoy*, en Managua, foro donde actúan
para un público nacional e internacional.

MEZA, FRANCISCO: Dirigente estudiantil,
en 1975 era ya presidente del Centro
Universitario de la Universidad Nacio-
nal (CUUN). En mayo de 1979 asume
responsabilidades militares sobre la zona
norte de la capital. Cayó abatido por la
Guardia en ese mismo año. Se acusó al
líder indígena Steadman Fagoth de haber
colaborado en su captura.

MONTENEGRO, SOFÍA: Fue militante del
FSLN, y destaca como feminista activa
en toda Latinoamérica. Como periodista,
estuvo a cargo de la página editorial del
diario oficial del Frente, *Barricada*, desde
1985 hasta 1989, año en que inauguró
el semanario *Gente*, como suplemento de
ese mismo diario. Fue fundadora de la
Cátedra de Género y Comunicación de
la Facultad de Comunicación Social de
la Universidad Centroamericana, y es
en la actualidad directora ejecutiva del

Centro de Investigación de la Comunicación (Cinco).

MORALES AVILÉS, ANGELITA: Fue una estudiante de Trabajo Social, de muy buen nivel académico, que amaba la investigación histórica. En La Habana formó parte del equipo de Carlos Fonseca, encargada de investigar sobre Sandino. Cayó en mayo de 1977, junto a Mercedes Avendaño, cuando la Guardia atacó la *casa de seguridad* en que se ocultaban, en las inmediaciones de la iglesia del barrio Monseñor Lezcano. Tenía veintiocho años.

MORALES AVILÉS, RICARDO: Militante histórico del FSLN, miembro de la Dirección Nacional desde 1969, había empezado, junto con otros compañeros, a trabajar con las organizaciones de masas y a tratar de articular la ciudad con la montaña y con el exterior del país. Pero ese movimiento que había crecido en las zonas urbanas había extremado la vigilancia y la represión del régimen. Murió al ser descubierto en una *casa de seguridad* en Nandaime, en septiembre de 1973, en un encuentro con la Guardia Nacional. La noticia de su muerte se recibió en La Habana cuando se estaba preparando el regreso a Nicaragua de los compañeros residentes en Cuba, entre ellos Carlos Fonseca, por lo que ese viaje se postergaría hasta 1975.

MORAZÁN QUEZADA, FRANCISCO: Militar y político hondureño, fue el último presidente de la *República Federal del Centro América*, de 1827 a 1838. Cuando en 1821 las provincias de Guatemala, El Salvador y Nicaragua se declararon «independientes de España, de México y de toda otra nación», pasaron a llamarse *Provincias Unidas del Centro de América*. Pero el 22 de noviembre de 1924 se convirtieron en *República Federal del Centro de América*, formada por Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. En el mandato de Morazán se promulgaron reformas liberales en un

período marcado por constantes luchas internas entre liberales y conservadores. Se le valora haber mantenido la República unida hasta su muerte, tras la que terminó por dividirse en los cinco estados actuales.

MUNGUÍA, EDGAR: Edgard —*La Gata*— Munguía fue el primer presidente del Consejo Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (CUUN) y representante del país en el Congreso Internacional de la Juventud Socialista de Nueva York en 1970, donde denunció la violación de los derechos humanos en Nicaragua. Fue miembro suplente en la Dirección Nacional del FSLN, de la tendencia GPP de lucha en la montaña, donde estuvo junto con Henry Ruiz, Carlos Agüero y otros muchos. El 14 de septiembre de 1976 murió en combate en Yaosca, departamento de Matagalpa.

MURILLO, ROSARIO: Estudió unos años en Gran Bretaña y Suiza, por lo que pudo trabajar como profesora de idiomas a su llegada a Nicaragua, hasta 1969 cuando se integró en el FSLN. Fue secretaria de Pedro Joaquín Chamorro y de Pablo Antonio Cuadra hasta 1977, año en que salió al exilio en Costa Rica, donde conoció a Daniel Ortega, su pareja desde entonces. De 1981 a 1989 fue secretaria general de la Unión de Escritores de Nicaragua, y de 1982 a 1989, secretaria general de la Asociación Sandinista de Trabajadores de la Cultura (ASTC). En esta institución logró que se suprimiera el Ministerio de Cultura encabezado por Ernesto Cardenal, según él «bajo la excusa de la *compactación* o ahorro presupuestario por exigencias de la crisis económica». Actualmente es la esposa de Daniel Ortega, presidente de Nicaragua. Desde el 10 de enero de 1917 es vicepresidenta de Nicaragua.

NARVÁEZ, ZOILAMÉRICA: Hija de Rosario Murillo e hijastra del actual presidente Daniel Ortega, a quien denunció en 1998

por violación reiterada desde que era una niña. La crisis surgió siendo presidente Arnoldo Alemán, quien poco antes había sido condenado a cárcel por un desfalco de cien millones de dólares, entre otros delitos. Alemán vio la ocasión de lanzar un reto a Daniel Ortega: si Alemán secundaba la reforma constitucional que permitiría llegar a la presidencia con sólo el 38% de los votos —lo que convenía a Daniel Ortega—, éste debería garantizar que controlaría al poder judicial, si llegaba a la presidencia, para impedir que Alemán fuese encarcelado: eso fue el denominado pacto Ortega-Alemán. La madre de Zoilamérica, Rosario Murillo —esposa de Daniel Ortega—, apoyó a su marido afirmando que su hija mentía, lo que se interpretó como su incorporación de facto al acuerdo en un soterrado «pacto a tres». Desde entonces, el ascenso político de Murillo fue imparable. Finalmente, Zoilamérica retiró la denuncia. Daniel Ortega logró llegar, sin inconvenientes, a ser presidente de Nicaragua en 2006, y es considerado por muchos nicaragüenses como el gran representante de la tolerancia al abuso sexual en el país.

NUEVE COMANDANTES: La Dirección Nacional estaba integrada por nueve miembros, tres por cada tendencia del FSLN: por la tendencia *guerra popular prolongada* (GPP): Henry Ruíz, Tomás Borge y Bayardo Arce. Por la *tendencia proletaria* (TP): Jaime Wheelock, Luis Carrión y Carlos Núñez. Y, por la *tendencia insurreccional* (TI): Humberto Ortega, Daniel Ortega y Víctor M. Tirado.

NÚÑEZ TÉLLEZ, CARLOS: Fue uno de los «nueve comandantes», por representación de la *tendencia proletaria*. Presidió el Consejo de Estado desde 1980 y fue el primer presidente de la Asamblea Nacional desde 1985, cuando esta sustituyó al Consejo como órgano legislativo. Fue considerado el padre de la Constitución Política de 1987. Falleció en 1990.

NÚÑEZ TÉLLEZ, RENÉ: Guerrillero del FSLN y responsable político del FSLN de Matagalpa antes del Triunfo de la Revolución. Fue uno de los liberados a raíz de la toma de la casa de Chema Castillo. Se le nombró ministro de la Presidencia de 1985 a 1990, y desde enero de 2007 estuvo al frente de la Junta Directiva de la Asamblea Nacional. Falleció en septiembre de 2016. Era hermano de Carlos Núñez.

ORTEGA SAAVEDRA, DANIEL: Uno de los «nueve comandantes», por representación de la tendencia *tercerista* o *insurreccional*, formó parte de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional al triunfar la Revolución. Fue coordinador de la JGRN de 1981 a 1984, presidente de Nicaragua de 1984 a 1990, y, de nuevo, desde 2007. Ha sido denunciado reiteradamente en la prensa y en manifestaciones populares por muchos de sus antiguos compañeros y por la ciudadanía en general, para quienes el sandinismo revolucionario se ha ido transformando en un poder autoritario-dictatorial. Se le ha acusado de imponerse y perpetuarse en la presidencia, de abusos sexuales contra menores y de acumular una fortuna personal aprovechándose de los bienes del partido y de la ayuda energética de la Venezuela de Hugo Chávez.

ORTEGA SAAVEDRA, HUMBERTO: Fue el primer comandante en jefe del Ejército Popular Sandinista (EPS) y ministro de Defensa de 1979 a 1990. Es hermano del actual presidente Daniel Ortega. Su ministerio, por ser el mejor dotado económicamente durante toda la década —debido a la guerra de la *Contra*, y «para la defensa de la Revolución»— le permitió apropiarse de fondos reservados, que constituyeron el inicio de su acumulación de capital. En la actualidad se le considera uno de los «magnates» de la nueva riqueza empresarial sandinista.

ORTIZ, ROSA ARGENTINA: Fue compañera de columna de Carlos Fonseca, capturada

ya antes en 1974 y llevada en helicóptero desde Waslala hasta Managua para ser juzgada por un Consejo de Guerra. Después, en 1977, fue detenida en las montañas de Yaosca y estuvo en el cuartel de Río Blanco, en la montaña. Desde allí pasó a la Central de Policía de Managua, donde sufrió brutales torturas. Fue una de las diez mujeres presas y liberadas a raíz de la toma del Palacio Nacional, en agosto de 1978. Fue la que más tiempo estuvo en la cárcel, donde era la responsable del trabajo político y enlace con miembros de la Dirección Nacional del FSLN, entre ellos Pedro Arauz y Bayardo Arce. Sus compañeras la describen como un ser extraordinario.

PASTORA, EDÉN: Fue el «comandante Cero» del asalto al Palacio Nacional en agosto de 1978. Dirigió las operaciones del Frente Sur *Benjamín Zeledón* partiendo de Costa Rica con permiso del gobierno costarricense. Desde allí pudo realizar una entrada triunfal en Managua. Tras el Triunfo de la Revolución, ocupó los cargos de viceministro del Interior, viceministro de Defensa y jefe nacional de las Milicias Populares Sandinistas (MPS). Pero entre 1981 y 1982 se manifiesta abiertamente en contra de la Revolución y organiza el *Frente Revolucionario Sandino*, después *Alianza Revolucionaria Democrática* (ARDE), donde reúne a más de mil combatientes para luchar contra los sandinistas, en la guerra de la *Contra*. Sus antiguos correligionarios opinan que nunca aceptó no ser uno de los «nueve comandantes».

PINEDA, MAGALY: Feminista dominicana, directora del Centro de Investigación para la Acción Femenina (Cipaf), centro que en 2014 fue reconocido con el Premio para la Igualdad de Género y Tecnología, de la Unión Internacional de Telecomunicaciones y ONU Mujeres. Falleció en marzo de 2016.

PORTOCARRERO, HOPE: Bisnieta del ex presidente de Nicaragua, Roberto Sacasa,

nieta de un prestigioso personaje, Louis Henri Debayle, mejor conocido como «el sabio Debayle» e hija del acaudalado ginecólogo y cónsul de Nicaragua en varios países, Néstor Portocarrero. Prima hermana de Anastasio Somoza Debayle, se convirtió en su esposa en 1950. Fue la presidenta de la Junta Nacional de Asistencia y Previsión Social de Nicaragua. Se divorció en 1977 y se trasladó a vivir a Londres. Murió en 1991.

RAMÍREZ, SERGIO: Integrado en la oposición contra la dictadura, formó parte del *Grupo de los Doce*. En la década sandinista formó parte de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN) y en 1984 fue vicepresidente de Nicaragua en la primera legislatura de Daniel Ortega. De 1990 a 1995 encabezó la bancada sandinista en la Asamblea Nacional, y en 1995 abandonó el FSLN y se incorporó al Movimiento de Renovación Sandinista (MRS) del que fue candidato presidencial en las elecciones de 1996. Después de esos comicios se retiró de la vida política para dedicarse de lleno a la literatura. Fue galardonado con el Premio Cervantes en 2017.

RAMÍREZ, WILLIAM: Militante histórico del Frente Sandinista, comandante guerrillero, y, después del Triunfo, miembro del Estado Mayor, del Ministerio del Interior y fundador de las Tropas Especiales «Pablo Úbeda», tropas de asalto que se entrenaban en Cuba, en virtud de una asesoría para Nicaragua del Ministerio del Interior cubano. Allí se les instruía y, después, los mejores pasaban a integrar las unidades de defensa y espionaje de Nicaragua.

RENZI, M.^a ROSA: Salió de Argentina por problemas políticos en 1976, pocos días antes del golpe militar. Se radicó en México hasta finales de 1979, cuando ingresó a Nicaragua para colaborar con el proceso emergente de la Revolución Sandinista. Durante los años ochenta fue parte de los equipos técnicos del Gobier-

- no en el Ministerio de Comercio Exterior y en el de Planificación. Fue directora ejecutiva de la Fundación Internacional para el Desafío Económico Global (Fiddeg) y a partir de 1997 se desempeñó como asesora económica del Programa de las Naciones Unidas para Desarrollo (PNUD) y del Fondo para la Igualdad de Género (Unifem) en Nicaragua.
- REYES RUIZ, CARLOS: Fue mayor de la Guardia Nacional de Anastasio Somoza García, en 1948, y jefe de la Oficina de Leyes y Relaciones de la Guardia Nacional.
- REYES, RODRIGO: Fue ministro secretario general de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN), del primer gobierno revolucionario.
- ROBELO CALLEJAS, ALFONSO: Presidente del Consejo Superior de la Empresa Privada (Cosep) y jefe del Frente Amplio Opositor (FAO) y del Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN) durante el somocismo. Después del Triunfo de la Revolución Sandinista, formó parte de la primera Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, pero la abandonó, junto con Violeta Chamorro, el 22 de abril de 1980, por discrepancias ideológicas cuando el FSLN empezó a monopolizar el poder.
- ROBELO, ÓSCAR: Militante del FSLN, proveniente del Movimiento Cristiano Revolucionario, trabajó en la organización de barrios y en el Centro de Estudios de Promoción Agraria (CEPA). Murió en un operativo, al estallar unos explosivos.
- ROSALES, ANTENOR: Militante del FSLN desde 1967 cuando era estudiante. Estuvo en la *tendencia de la guerra popular prolongada*, GPP, pero pasó a la *tendencia insurreccional* ya en 1978. Cuando triunfó la Revolución se integró en el ejército sandinista y fue coronel hasta 1990. Posteriormente fue director del Banco Central de Nicaragua hasta 2007, considerado el mejor funcionario del gobierno.
- RUGAMA, LEONEL: Guerrillero histórico del FSLN y poeta oriundo de Estelí, de los más conocidos en el ámbito de la poesía latinoamericana. Murió en 1970 combatiendo a la Guardia de Somoza, por un batallón dirigido por Samuel Genie.
- RUIZ, HENRY: Ingresó al Frente Sandinista en 1968, cuando se encontraba estudiando en Moscú con una beca de las concedidas a miembros del Partido Socialista de Nicaragua. Conocido históricamente como el «comandante Modesto», fue el guerrillero más emblemático de la montaña, donde estuvo cinco años como jefe de la tendencia del Frente denominada *guerra popular prolongada* (GPP). Tras el Triunfo de la Revolución, fue uno de los «nueve comandantes» que constituyeron la Dirección Nacional y gobernaron Nicaragua en la década de 1980. A partir de 1984 fue sucesivamente ministro de Planificación y del Exterior. Abandonó el FSLN en la década de 1990 y actualmente está afiliado al MRS.
- SALAZAR, PABLO EMILIO: Llamado «comandante Bravo» fue el jefe de la Guardia que operaba en el Frente Sur, durante los últimos tiempos de Somoza, donde logró contener a las tropas de Edén Pastora. Enfrentó a los sandinistas ayudados por la mayor ofensiva de los aliados internacionalistas procedentes de Panamá, Venezuela, Cuba, México, Libia, Argentina y Palestinos de la OLP. Después del Triunfo de la Revolución salió hacia El Salvador y Honduras y terminó estableciéndose en Miami. Allí pronto entabló contacto con John Murphy, uno de los congresistas de Nueva York defensores de Somoza, para iniciar la preparación de la *Contra*. Murió poco después en un atentado sandinista ejecutado por la Seguridad del Estado.
- SALVATIERRA, MANUEL: Proveniente de los medios cristianos, fue «comandante guerrillero» y tuvo diversos cargos en el ejército durante la década de 1980, pasando a la reserva en 2005.
- SIU, ARLEN: Conocida como «la chinita de Jinotepe», procedía de los movimien-

tos cristianos, y se integró en el FSLN en 1973, siendo adolescente. Dos años después, en 1975, murió en un enfrentamiento con la Guardia, en El Sauce (León), alcanzada por una bala. Compuso canciones que denunciaban las injusticias y atropellos del régimen somocista.

SOBALVARRO, ÓSCAR: Conocido como «comandante Rubén» perteneció a los *Milpas*. Formó parte de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), nombre que adoptó en septiembre de 1981 la unión de los ex guardias nacionales con el resto de adversarios del sandinismo. Más tarde fue viceministro del Instituto de Repatriación, ya en la década de 1990.

SOMARRIBA, MARCO ANTONIO: Se integró en las filas de la vanguardia en 1972, y fue miembro del Comité Ejecutivo del FER, hasta 1975, cuando pasó a la clandestinidad. Desde entonces asumió en Managua la responsabilidad de los barrios orientales, bajo la orientación de Luis Carrión. Tras el Triunfo de la Revolución desempeñó diversas tareas de responsabilidad, sobre todo en el Ministerio del Interior. Falleció a los veintinueve años en un accidente de aviación ocurrido en agosto de 1982.

SOMOZA, JOSÉ: Hijo natural de Anastasio Somoza García, fue introducido por su padre en la Guardia Nacional, como raso, en 1933. Desde 1954 tuvo grado de mayor, y su hermano, Anastasio Somoza Debayle, le ascendió durante su mandato a general de brigada, primero, y a comandante del batallón blindado «General Somoza» más adelante. En los últimos años del régimen terminó siendo inspector general del ejército, el número dos en la jerarquía militar, después del propio presidente.

SOTELO, CASIMIRO: Fue un arquitecto residente en California y principal cabeza de las agrupaciones de solidaridad con el FSLN en San Francisco.

SOTO, LILY: Fue compañera de universidad de Vivian Torres y Margine Gutiérrez.

Más tarde se desempeñó como periodista, docente e investigadora, y colaboró con el Centro de Propaganda y Documentación del Frente. En la actualidad se desempeña como catedrática de la Universidad Rafael Landívar, de la Universidad Galileo y como conferencista de cursos académicos del Ejército de Guatemala.

TÉLLEZ, DORA MARÍA: Comandante guerrillera, historiadora y política del FSLN desde su juventud. Fue la «comandante Dos» en el asalto al Palacio Nacional cuando contaba veintidós años. Vicepresidenta del Consejo de Estado de 1980 a 1984, y ministra de Salud entre 1985 y 1990, fue reconocida su labor como una de la más notables del período sandinista. Abandonó el FSLN en 1995 y fue una de las fundadoras del Movimiento de Renovación Sandinista (MRS), junto con Henry Ruiz, Sergio Ramírez, Hugo Torres, Mónica Baltodano y Víctor Hugo Tinoco.

TIJERINO, DORIS: Militante histórica del FSLN. Capturada en 1969, fue torturada y violada. La denuncia que hizo de su violación fue difundida por la prensa, lo que no era habitual hasta ese momento. Salió libre en 1970 y unos años después marchó a La Habana. Vivió en Cuba entre 1974 y 1977 y trabajó en la Comisión de Información del FSLN, hasta el Triunfo de la Revolución en 1979. Fue la primera jefa de la Policía sandinista.

TIRADO LÓPEZ, VÍCTOR: Fue uno de los «nueve comandantes» de la Dirección Nacional del FSLN en la década de 1980, vicescanciller de Nicaragua durante el gobierno sandinista, y actualmente es vicepresidente del Movimiento Renovador Sandinista (MRS).

TORRIJOS, OMAR: Fue el impulsor de los tratados Torrijos-Carter con Estados Unidos, concernientes al canal de Panamá, firmados el 7 de septiembre de 1977, mediante los que se legalizaban las bases militares en el país y se establecía a perpetuidad la neutralidad del canal

de Panamá, pero con el compromiso de devolución el 31 de diciembre de 1999, como así se hizo. Fue jefe de Estado de Panamá desde 1969 hasta 1981, cuando murió en un accidente aéreo.

TÜNNERMANN BERNHEIM, CARLOS: Fue integrante del *Grupo de los Doce* en la etapa previa al Triunfo de la Revolución. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, diseñador de la reforma educativa y la Campaña de Alfabetización como ministro de Educación de 1979 a 1984 y, posteriormente, embajador de Nicaragua en EE.UU. hasta 1988. Fue expulsado de la embajada como respuesta a la expulsión del embajador de EE.UU. en Nicaragua, Richard Melton, que había maniobrado para apoyar a la *Contra*. Es uno de los intelectuales de reconocido prestigio en Nicaragua y uno de los fundadores de la Academia Nicaragüense.

VIJIL, MIGUEL ERNESTO: Próximo siempre a los temas educativos, coordinó la elaboración del primer Plan Decenal de Desarrollo de la UNAN cuando el rector era *Carlos Tünnermann*. Proveniente de

los grupos cristianos, fue colaborador del FSLN y ministro de la Vivienda durante la década sandinista.

WHEELLOCK, JAIME: Fue uno de los representante de la *tendencia proletaria* del FSLN, y miembro de la Dirección Nacional, ministro de la Reforma Agraria y director del Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria (Midinra) en la década de 1980.

ZAMORA, DAISY: Fue militante del FSLN. De su casa salió el operativo que ejecutó el asalto al Palacio Nacional de Nicaragua en agosto de 1978. Fue viceministra de Cultura durante el gobierno sandinista, y es una de las figuras más destacadas y prominentes de la poesía latinoamericana contemporánea.

ZAVALETA, TOMÁS: Salvadoreño, fue fraile franciscano y el primer religioso víctima de la guerra de la *Contra* en Nicaragua, con cuarenta años. Su asesinato el 3 de julio de 1987 causó conmoción en toda Nicaragua, y especialmente en el pueblo de Matiguás (departamento de Matagalpa) adonde había llegado a trabajar apenas tres meses antes.

V

GLOSARIO

TÉRMINOS NICARAGÜENSES Y SUS SIGNIFICADOS EN ESPAÑOL DE ESPAÑA

Afiches = octavillas, mensajes de protesta elaborados en imprenta.

Andar hasta la pata / estar hasta la pata = llevar algo voluminoso, o atestado, o re-bosante; sentir agobio.

Andar = llevar, tener consigo.

Andarle manejando a alguien = servirle de chofer.

Araña = lámpara formada por brazos de los que penden piezas de cristal.

Arrear = apresurar.

Balacera = tiroteo.

Baleado = tiroteado.

Baqueano o baquiano = guía, conocedor de senderos y caminos.

Benquero: derivado del nombre que los nativos daban a los campamentos que las compañías estadounidenses solían tener en la montaña. Les llamaban *benke*. Allí llegaban hombres, en su mayoría blancos, que garantizaban el corte de los árboles, las mediciones y la salida hacia el puerto en el mar. Eran hombres rudos, bebedores, fieros, que daban mal trato a los indígenas, quienes los llamaban «*benqueros brutos*».

Bien portadita = que se comporta bien.

Bordo = elevación del terreno.

Botado = abandonado.

Botar = tirar, arrojar, desechar.

Bóxer = Calzoncillo que cubre hasta la mitad de los muslos, con perneras estrechas. Calzón.

Brasier = sujetador femenino, sostén.

Bulla = jolgorio, movimiento de personas.

Buzones de armas = depósitos secretos de armas.

Cachorro = joven sandinista, generalmente menor de edad, que se reclutó tras la ley del servicio militar obligatorio de 1983.

Calzas de oro = empastes dentales de oro.

Camándula = rosario.

Carro = coche.

Champa = cobertizo rústico o tienda de campaña improvisada. Chamizos para resguardarse del sol y de la lluvia. A veces una simple techumbre de plástico sostenida con palos.

Chanco = cerdo.

Chavalada = grupo de gente muy joven.

Chavalero = juventud, muchachada.

Chavalo = muchacho, chaval.

Chayote = cucurbitácea americana comestible, de pulpa carnosa, casi tubérculo. *Sechium edule*.

Chele = persona rubia y de piel blanca.

Chequear = investigar, verificar, comprobar.

Chigüín = hijo pequeño, el menor de la casa.

Chinear = cargar en brazos a un niño.

Chunches = cachivaches, chismes.

Cobijas = colchas, cobertores.

Coheteras = minas explosivas enterradas.

Comandos = en la *Contra* era equivalente a soldado. Entre ellos se llamaban «comandos». También fue el nombre del lugar de operaciones militares utilizado por sandinistas de forma temporal durante la insurrección de 1979.

Comisariato = almacén o tienda. En la década de 1980 eran de carácter cooperativo.

Compa = término afectivo con el que se llamaban entre sí los sandinistas.

Compartimentación = fue la denominación que se dio a la organización de las células del Frente en compartimentos estancos, lo que implicaba un desconocimiento de lugares, personas o tareas, entre los propios miembros del Frente, para reforzar la seguridad. En ocasiones dio lugar a conductas reprobables al no poder darles un seguimiento.

Conecte = contacto, persona conocida que puede brindar ayuda.

Con los pelos parados = con los pelos de punta.

Correo = persona de transporta mensajes o información de cualquier clase.

Correr a alguien = apartarle, despedirle, quitarle de en medio.

Cotorrito = cría de cotorra.

Cuadrado = cuadrilado, rígido, ortodoxo.

Cuadro = cargo político; escena con que se encuentra alguien (¡Vaya cuadro que encontré!).

Cuecho = cotilleo, chismorreó.

Cumiche = el hijo más pequeño.

Dejar a alguien botado = dejarlo abandonado.

Despelote = desorganización, caos, degeneración.

Edecán = auxiliar, ayudante.

El Poeta = Ernesto Cardenal.

Embrocarse = ponerse boca abajo.

Enchutar = colocar.

Engallotarse = ensoberbecerse, envanecerse.

Estar por mis pistolas = por mi gusto, porque me dio la gana, por «mi cara bonita».

Facultad organizada = facultad con actividad política.

Fila = cola.

Galil = fusil de asalto.

Galpón = construcción de almacenaje rural que incluía habitáculos míseros para los trabajadores.

Gancho del camino = bifurcación.

Garand = fusil semiautomático estadounidense, que fue el usual de infantería.

Gramma: césped.

Guindar = colgar algo.

Guindo = barranco.

Guineos = tipo de plátano que se come verde, con sal.

Hablantinos = habladores, expresivos.

Halar, jalar = tirar hacia sí, arrastrar.

¡Ideay! = exclamación que indica sorpresa o interrogación.

Indito = (peyorativo): indio, de rasgos indígenas.

Ínglima = completamente sola.

Irle a topar = salir a recibirle.

Jícara = vasija vegetal, tazón.

Levantar informes = redactar informes.

Los de occidente = los provenientes de los departamentos cercanos a Managua, que son las regiones más urbanizadas.

Managuas = gentilicio de los oriundos de Managua.

Manejar = conducir, hacer de chofer.

Manta = textil de algodón crudo.

Marines = miembros de la fuerza naval estadounidense, ejército de ocupación desembarcado en Nicaragua.

Marqueta = paquete que contenía material de protesta, empaquetado en forma de caja cuadrada y cubierto con hojas de banano. Se preparaba así para aparentar que era el queso que se elaboraba en ese tiempo, que podía pesar entre veinte y cien libras (entre nueve y cuarenta y cinco kilos). Se encubría así para trasladarlo a la ciudad.

Matancina = masacre.

Mecate = cuerda, sogá.

Me puso las botas = me hartó, me saturó.

Milpas = Milicias Populares Antisandinistas.
 Primeros brotes antisandinistas después de la Revolución.

Mirar = ver.

Miskitos = grupo étnico indígena, con lengua propia, que se extiende desde el norte de la frontera de Honduras con Nicaragua hasta el sur de Matagalpa, Nicaragua. No fue intervenido por la corona española.

Monos = niños.

Moquetes = golpes, puñetazos.

Morterear = atacar con morteros.

Mujerero = mujeriego.

Muñequitas = armas.

Nipple: Tubo de metal u otro material, con rosca en sus dos extremos, que se utiliza para alargar cañerías, y como parte de artefactos explosivos de fabricación casera.

¡No fregués! = No fastidies / no lo vas a creer.

Obligado = responsable; consciente y cumplido.

Ocupar = utilizar.

Orden de cateo = orden de registro.

Pacha = biberón.

Pancakes = panqueques, tortitas, *hot cakes*.

Papel bond = papel duro y brillante, de calidad, para proyectos profesionales.

Papel de empaque = papel de embalar.

Pallasito = para allá (para-allá-sito: diminutivo de «para allá, a una distancia»).

Pegostes = niños, personas dependientes.

Peste = enfermedades.

Pinolillo = diminutivo de pinol, bebida nicaragüense espesa y refrescante a base de maíz tostado, clavo de olor, canela y granos de cacao, todo molido con agua y hielo.

Pintas = consignas pintadas en las calles.

Piñata = propiedades o bienes que alguien se apropió sin tener derecho a ellos.

Punto ciego = paso fronterizo ilegal.

Que se lo comieran o se lo hartaran = que hicieran lo que quisieran con él.

Radista = trabajador de una emisora de radio, locutor.

Rafaguear = disparar tiros en ráfaga.

Rayería = tormenta, rayos.

Reales/realitos = dinero.

Recogida = hija nacida fuera de matrimonio, o adoptada informalmente.

Regados = dispersos, en diferentes sitios.

Regar afiches = distribuir octavillas.

Socorro = adelanto de salario.

Solera = tabla que se extiende por encima de algo, de un lugar a otro.

Tabanco = terraza, balcón o entrepiso.

Tapesco = Vocablo nahua: especie de tabla desnuda, a veces colgante, que sirve de cama.

Tenebra = ocultamiento, poca claridad.

Tico, tica = gentilicio coloquial que se da a los oriundos de Costa Rica.

Tierno = bebé.

Tifoide = fiebres tifoideas.

Tijeritas = camitas plegables de madera y lona, catres.

Tirar la noticia = difundir la noticia.

Tomado = borracho.

Topar = recibir, ir al encuentro de alguien.

Traer = recoger a alguien, llevarle a un lugar.

Volantes = octavillas.

Volar a alguien = arrojarlo con fuerza.

Vosear = tratar de vos a alguien.

Vuelo = soltura, desparpajo, impulso.

Zampar = arrojar.

Zarabandear = callejear, festejar.

Zelaya = antigua denominación de los actuales departamentos de la Región Autónoma de la Costa Caribe Norte (Raccn) y la Región Autónoma de la Costa Caribe Sur (Raccs).

Zopilote = buitre negro, ave carroñera.

VI

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DOCUMENTALES

Archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (Ihnca-UCA)

- Inventario de propiedades de Anastasio Somoza García en 1951. *Sección Anastasio Somoza García* (ASG), Expediente 028.
- Civil Defense Conference: Problems faced by the Government of Nicaragua in reconstruction, zoning and planning. San Juan de Puerto Rico, 6 a 10 de octubre de 1974. *Sección Anastasio Somoza Debayle* (ASD). Expediente 081.

Archivo del Centro de Historia Militar de Nicaragua (ACHM)

- Documentos del FSLN de 21-2-1975. Comité de Lucha «Vietnam Heroico», F.R.U. *Inventario Frentes de Guerra*, Tendencia Guerra Popular Prolongada (GPP), Caja 4, Fólder 1, Expediente 14.943.
- Informe del padre Miguel D'Escoto, M.M., ante el Subcomité de Asuntos Exteriores de EE.UU., 1977. *Colección Movimiento Revolucionario (MR)*, Estante 00-1, Caja 016, Expediente 000476, 1977.

Archivo privado de Ernesto Castillo Martínez (AECM), procurador general de Justicia, ministro de Justicia y presidente del Consejo Nacional Educación Superior, de 1979 a 1985. Embajador de Nicaragua en la URSS de 1985 a 1990

- Carta de Gorbachov a Daniel Ortega del 16 de agosto de 1988. *Correspondencia D.O.R.*, AECM-109.
- Asamblea de Cuadros Rigoberto López Pérez, 21, 22 y 23 de septiembre 1979. Análisis de la coyuntura y tareas de la revolución popular sandinista. *Sin Clasificar* (S/C). AECM.
- Mandos del FSLN; Julio Buitrago. *Sin Clasificar* S/C. AECM.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHUGAR, H. (1989). Notas sobre el discurso testimonial latinoamericano. En R. Chang-Rodríguez: *La historia en la literatura iberoamericana*. Nueva York: Editorial del Norte.
- AGUDELO, I. (2016). Un estudio de la militancia política en Nicaragua. *Cuadernos de Investigación de la UCA*. Colección Humanidades, Cuaderno n.º 5, pp. 17 y ss.
- (2018). *Contramemorias. Discursos e imágenes sobre/desde La Contra*. Nicaragua 1979-1989. Ihnca-UCA.
- AGUDELO, W. (1997) *El ángel de San Judas*. Managua: ANE-Norad-CNE.
- ANDERSON, J. (1975, 18 de agosto) El capital de los Somoza. *The Washington Post*. / (1978, 15 de agosto) *La Prensa*.
- BALTODANO, M. (2010). *Memorias de la lucha sandinista*. (Cuatro volúmenes). Managua: Ihnca-UCA.
- BARNET, M. (1970). *La canción de Rachel*. Barcelona: Estela. / (1979). Barcelona: Laia.
- BENDAÑA, A. (1993). *Testimonios de la Resistencia: Una tragedia campesina*. Managua: Arte-CEI.
- BOWDEN, Mark (2010): *Killing Pablo* (En edición española, *Matar a Pablo Escobar* (2010). RBA Libros), Paperback.
- BUTLER, J. (September, 1995). *Nicaragua's Lessons in the for R's: Reconciliations, Reconstruction, Reinsertation and Rehabilitation*. XIX LASA Congress: Washington. Mimeo.
- (1995). *Conflictos difíciles, soluciones parciales. La búsqueda del consenso en Nicaragua, 1990-1995*. Cambridge: Iniciativas Hemisféricas.
- CABRERA, M. (2014). La mochila que cargamos. *Envío*, n.º 391.
- CARDENAL, F. (2008). *Sacerdote en la revolución*. Tomo I. Managua: Anamá.
- CUADRA, E. & SALDOMANDO, A. (1994). *Los problemas de la pacificación en Nicaragua. Recomposición de grupos armados y conflictos sociales*. Managua: CRIES.
- CRAFT, L. J. (1997). *Novels of Testimony and Resistance from Central America*, Gainesville: University Press of Florida.
- DORE, E. (2008). *Mitos de Modernidad: Tierra, Peonaje y Patriarcado en Granada, Nicaragua*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (Ihnca-UCA).
- ELLSBERG, M.C. (1997). *Candies in Hell. Domestic violence against women in Nicaragua*. Stockholm: Umea University, Department of Epidemiology and Public Health.
- FERNÁNDEZ PONCELA, A.M. (2000). *Estudios sobre la mujer latinoamericana*. (Tesis doctoral leída en la Universidad de Barcelona, 1992); *Mujeres, revolución y cambio cultural*. México: Anthropos. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco.
- FERRERO BLANCO, M.D. (2009). Violencia y represión en el ocaso de los Somoza. *Historia Crítica*, n.º 39, Bogotá.
- (2010). Luis 'el bueno': el gran desconocido de la dinastía de los Somoza. *Espacio, Tiempo y Forma*. Madrid: UNED, Serie V, *Historia Contemporánea*, n.º 22.
- (2010). *La Nicaragua de los Somoza, 1936-1979*. Universidad de Huelva (España) / (2012). (2.ª ed.). Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (Ihnca-UCA).
- (2015). Daniel Ortega y Mijail Gorbachov. Nicaragua y la URSS en los últimos años de la Guerra Fría, 1985-1990. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 13.
- (2015). El diseño de las instituciones del Estado Sandinista. La revolución como fuente de Derecho. *Revista de Indias*, Vol. 75, n.º 265.
- GADEA, J. (2013). *Yo fui un combatiente contra el comunismo en Nicaragua en los años 80*. Libro electrónico editado en EE.UU.
- GONZÁLEZ RIVERA, V. (1997). «Mujeres somocistas: 'la pechuga' y el corazón de la

- dictadura nicaragüense, 1936-1979, en Eugenia Rodríguez (ed.), *Entre silencios y voces: género e historia en América Central (1750-1990)*, San José de Costa Rica: Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia, pp. 197-216.
- (1998). «Del feminismo al somocismo: mujeres, sexualidad y política antes de la Revolución Sandinista», *Revista de Historia*, núm. 11-12. Edición especial. Managua: Universidad Centroamericana, pp. 55-80.
- (2001). «Somocista women, right-wing politics and feminism in Nicaragua, 1936-1979», en Victoria González y Karen Kampwirth (eds.), *Radical Women in Latin America: Left and Right*. University Park, Pennsylvania State University Press, pp. 41-78.
- (2002a). «El diablo se la llevó: Política, sexualidad femenina y trabajo en Nicaragua, 1855-1979», en Eugenia Rodríguez (ed.), *Un siglo de luchas femeninas en América Latina*. San José de Costa Rica: Plumsock, pp. 53-70.
- (2002b). «Memorias de la dictadura: narrativas de mujeres somocistas y neo-somocistas (1936-2000)», en Eugenia Rodríguez (ed.), *Mujeres, género e historia en América Central, 1700-2000*. San José de Costa Rica: Plumsock.
- (2005). «Nicaraguan Feminist Josefa Toledo de Aguerri (1866-1962): Her Life and Her Legacy». *Diálogos: Revista Electrónica de Historia*, Vol. 5, núm.1-2, pp. 1-22.
- (2011). *Before the Revolution: Women's Rights and Right-Wing Politics in Nicaragua, 1821-1979*. University Park: The Pennsylvania State University Press.
- GONZÁLEZ CASADO, A., SABATER MONSERAT, M.A. & TRYNER VILANOVA, M.P. (2013). *Guerrillera, mujer y comandante de la revolución sandinista. Memorias de Leticia Herrera*. Barcelona: Icaria. La mirada esférica.
- GONZÁLEZ, Y. & FEIXA, C. (2013). *La construcción histórica de la juventud en América Latina: bohemios, rockeros y revolucionarios*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- GOULD, J. L. (2008). *Aquí mandamos todos. Lucha campesina y conciencia política en Chinandega, Nicaragua, 1950-1979*. Managua: Ihnca-UCA.
- GUERRA, L. (1996). *La Mujer Fragmentada*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- HAYNES, J. (Coord.). (1964). *The Bay of Pigs*. New York: Norton.
- LACAYO, Nadine (2017): *Polvo en el viento*. Managua; Hispamer.
- LEGARDA MARTÍNEZ, A. (2005): *El verdadero Pablo: sangre, traición y muerte*. Colombia: Dipon.
- LEWIS, O. (2012). *Los hijos de Sánchez*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LIANO, D. (2005). *El hijo de casa*. Barcelona: Roca.
- LÓPEZ VIGIL, M. (1987). *Don Lito de El Salvador*. San Salvador: UCA Editores.
- (2007). *Piezas para un retrato*. San Salvador: UCA Editores.
- MALAMUD, C. (1999). *América Latina siglo xx. La búsqueda de la democracia*. Madrid: Síntesis, pp.133-134.
- MARTÍ I PUIG, S. (1997). *Nicaragua (1977-1996): La revolución enredada*. Madrid: Libros La Catarata.
- (1998). Recontras y Recompas. Un análisis de la violencia política en la Nicaragua posrevolucionaria. *Nueva Sociedad* (n.º 227).
- (2002) «El proceso de desmovilización y “reinserción” de la contra nicaragüense: algunas claves para el análisis de la violencia rural en Nicaragua». Barcelona: Cibod (Barcelona Centre for International Affairs).
- (2012). *Nicaragua (1979-1990): La revolución enredada*. Edición Salvador Martí i Puig.
- (2016). Nicaragua, desdemocratización y caudillismo. *Revista de Ciencia Política*, vol. 36, n.º 1, pp. 239-258.
- MARTÍN BARÓ, I. (1990). La violencia en Centroamérica: una visión psicosocial.

- Revista de Psicología*, n.º 35, pp. 123-146. El Salvador.
- MARTÍNEZ, A. (s. f.). *Feminismo y literatura en Latinoamérica*. Universidad de Nebraska. <http://www.correodelsur.ch/Arte/literatura/literatura-y-feminismo.html>. Recuperado el 20 de enero de 2017.
- MATAMOROS HÜECK, B. (2006). *La Contra, movimiento nicaragüense*. Managua: Hispamer.
- MORAGA, Ch. (1992): Art in America, Con Acento. *Frontiers: A Journal of Women Studies*, Vol. 12, No. 3, pp. 154-160.
- NARVÁEZ, J. (1986). El testimonio 1972-1982. Transformaciones en el sistema literario. En R. Jara y R. Vidal (eds.). *Testimonio y Literatura*. Minneapolis: pp. 235-279.
- NOLAN, D. (1986). *La ideología sandinista y la revolución nicaragüense*. Barcelona: Ediciones 29.
- NÚÑEZ, O. (1991). *La guerra en Nicaragua*. Managua: Cipres-Norad.
- OETTLER, A. (2013). Justicia transicional y los significados de la elaboración del pasado nicaragüense. *Encuentro*, n.º 95.
- PALAZÓN, G. (2008). Sergio Ramírez, Gioconda Belli y el testimonio posrevolucionario. En M.C. Trujillo Maza: *Lectores, editores y audiencia. La recepción en la literatura hispánica*. Vigo: Academia del Hispanismo.
- (2008). Polémicas culturales, compromiso intelectual y revolución en Nicaragua. *L'Ordinaire Latinoaméricain, Le Mirail*. Université de Toulouse.
- (2010). *Memoria y escrituras de Nicaragua. Cultura y discurso testimonial en la Revolución Sandinista*. Publibook.
- (2016). Relecturas de la revolución en los testimonios post-sandinistas. En: J. Wilk-Racięska, M. Kobiela-Kwaśniewska, & J. Lyszczyna (eds.). *Relecturas y nuevos horizontes en los estudios hispánicos*. (Vol. I). Katowice, Polonia: Universidad de Silesia.
- PÉREZ BALTODANO, A. (2003). *Entre el Estado conquistador y el Estado Nación. Providencialismo, pensamiento político y estructura de poder en el desarrollo histórico de Nicaragua*. Managua: Ihnca-UCA-Fundación Friedrich Ebert.
- PÉREZ, J. (2004). *Semper Fidelis. El secuestro de la Guardia Nacional de Nicaragua*. Bogotá: Orbis.
- PRÉNDIZ BONILLA, J. L. (2016). *Mi voluntad*. Managua: Amerisque, Colección Mi Testimonio.
- RANDALL, M. (1977). *Somos Millones. La vida de Doris María, combatiente nicaragüense*. México: Extemporáneos.
- (1980). *Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense hoy*. México: Siglo XXI.
- (1999). *Las hijas de Sandino*. Managua: Anamá.
- ROCHA, J.L. (2010). A 31 años de la revolución: la contradictoria herencia de la reforma agraria sandinista. *Envío*, n.º 340, Managua.
- ROSENGARTEN JR., F. (1976). *Freebooters must die!* Philadelphia: Haverford House.
- SALAVERRY, Rosa (2016): *Una vida es una historia para contar*. Managua. Edición propia.
- SAXON, J. (1963-65). *Sailing South American skies*. Ed. Farrar & Rinehart, 1936. Digitalizado: Universidad de California, 2008.
- SELSER, G. (2016). *Banderas y barapos. Relatos de la Revolución en Nicaragua*. Managua: Ed. Gabriela Selser.
- SOVALBARRRO, J. (2005). *Perra Vida: Memorias de un recluta del servicio militar*. Managua: Grupo Editorial Lea.
- SOLÁ, R. & TRAYNER M.P. (1988): *Ser madre en Nicaragua. Testimonios de una historia no escrita*. Managua: Nueva Nicaragua; Icaria, Barcelona.
- SOTO, F. (2011). *Ventanas de la memoria. Recuerdos de la revolución en la frontera agrícola*. Managua: UCA Publicaciones.
- SVETLANA, Alexievich (2016): *Los muchachos del cinz*. Debate.
- TORRES LAZO, A. (2002). *La saga de los So-moza*. Managua: Hispamer.

- TORRES, H. (2003). *Rumbo Norte*. Managua: Hispamer, pp. 344-346.
- TRUJILLO MAZA, M.C. (Coord., 2008): *Lectores, editores y audiencia. La recepción en la literatura hispánica*. UAB, pp. 439-445
- VILAS, C.M. (1991/2005) *La Revolución Sandinista: El legado de una década*. Managua: Grupo Editorial Lea.
- VON HOUWALDT, G. (1975). *Los alemanes en Nicaragua*. Managua: Fondo de Promoción Cultural del Banco de América. Colección Cultural, Serie Histórica, n.º 2.
- WALTER, K. (1991). *The Regime of Anastasio Somoza, 1936-1956*. The University of North Carolina Press: Chapel Hill & London.
- WHEELOCK, J. (1991). *La verdad sobre la piñata*. Managua: Ipade.
- (1997). Siete tesis sobre la inestabilidad política en la historia de Nicaragua. En: VV.AA. *Historia y Violencia en Nicaragua*. Managua: Instituto de Investigaciones y Acción Social Martin Luther King de la Universidad Politécnica de Nicaragua (Upoli) y Unesco, p. 32.
- YUDICE, G. (1992). Testimonio y concientización. En: J. Beverley, y H. Achugar (Eds.): *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Lima-Pittsburg: Latinoamericana Editores.
- ZIMMERMANN, M. (2003). *Carlos Fonseca Amador y la revolución nicaragüense*. Universidad de las Regiones Autónomas de la Costa Caribe Nicaragüense (Uracan). Managua: Pavsa.
- ZALKIN, M. (1986). *Peasant response to State intervention in the production of basic grains in Nicaragua, 1979-1984*. (Tesis doctoral). Massachusetts University, Amherst.

